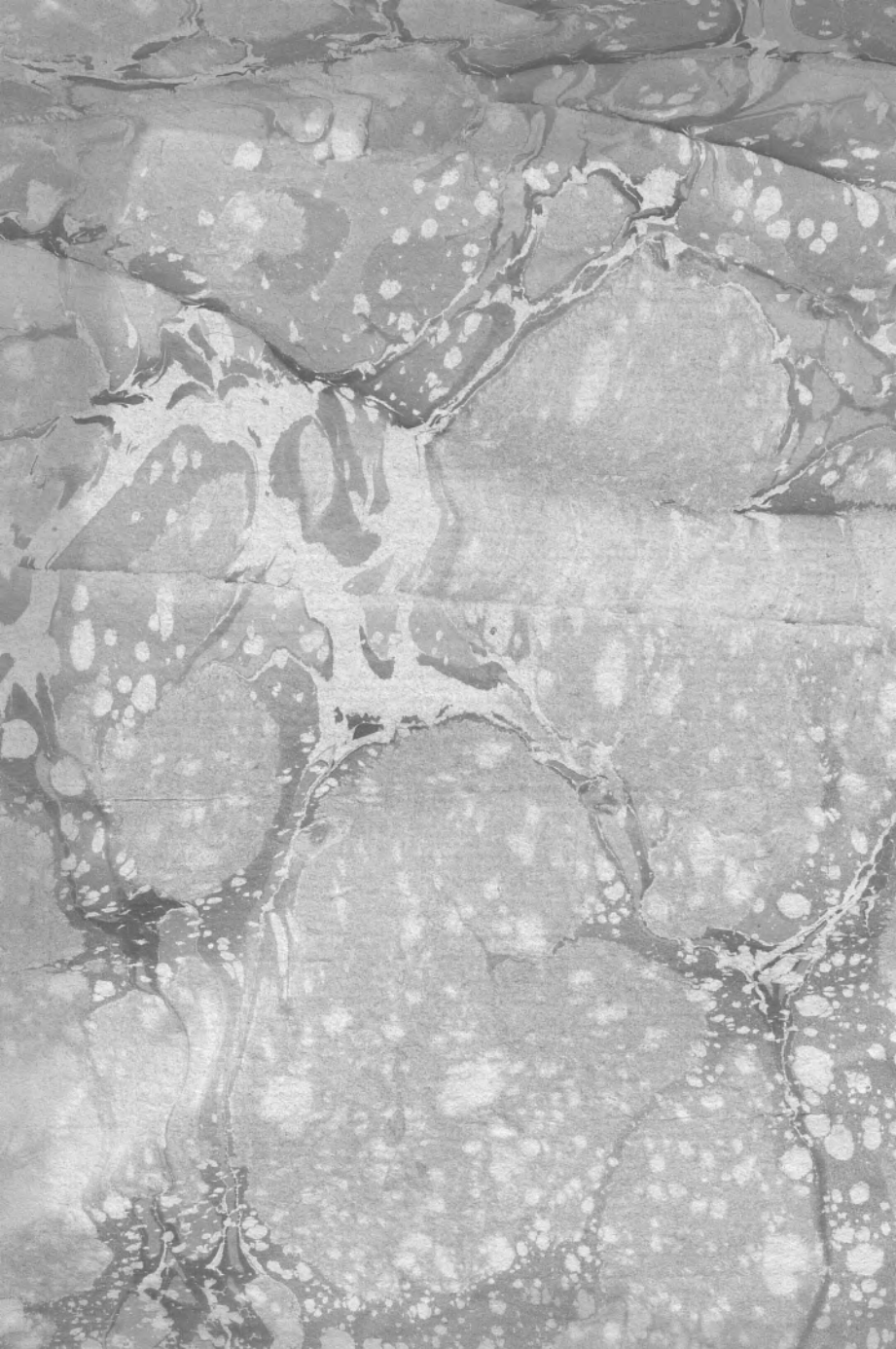
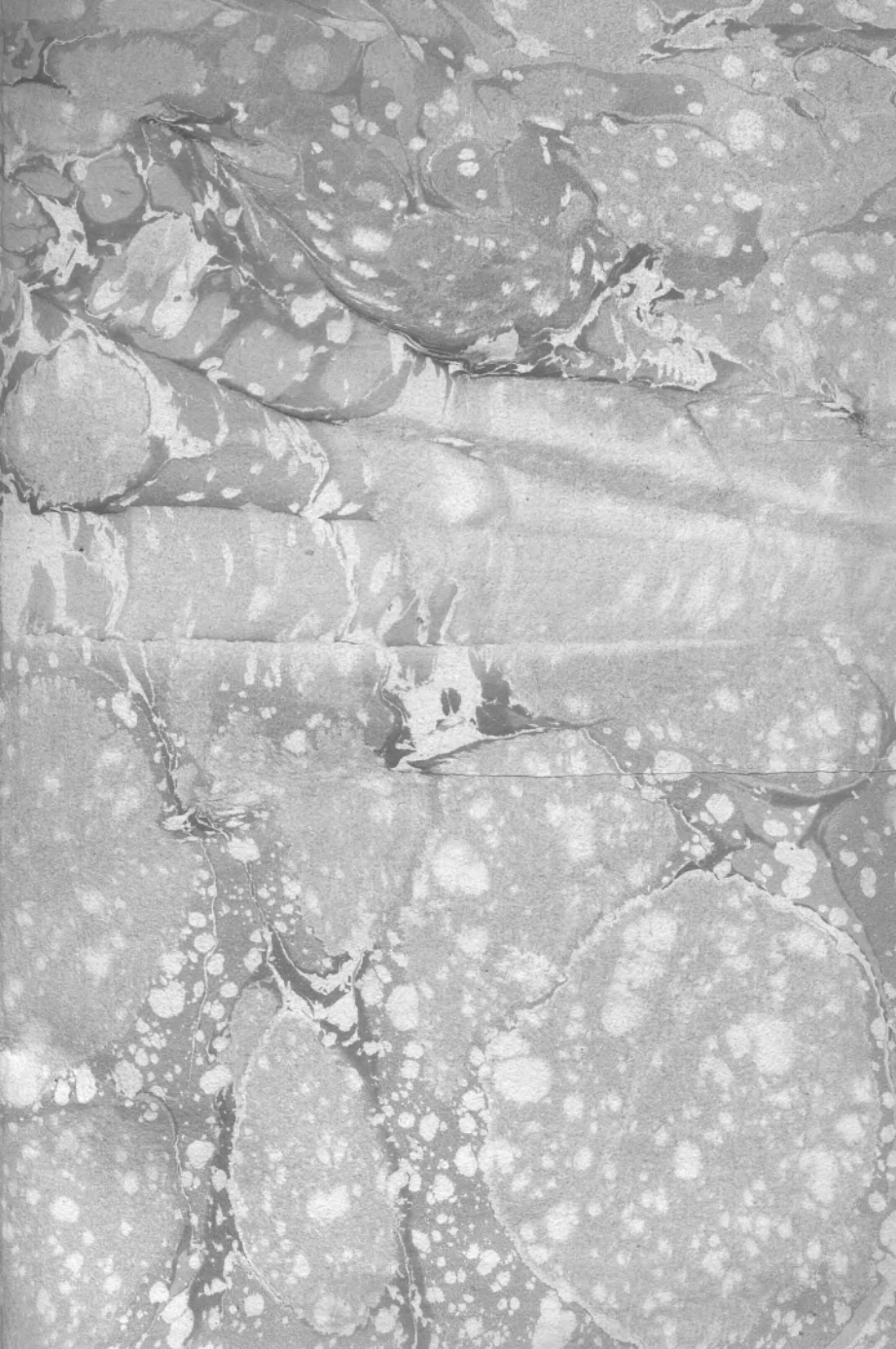
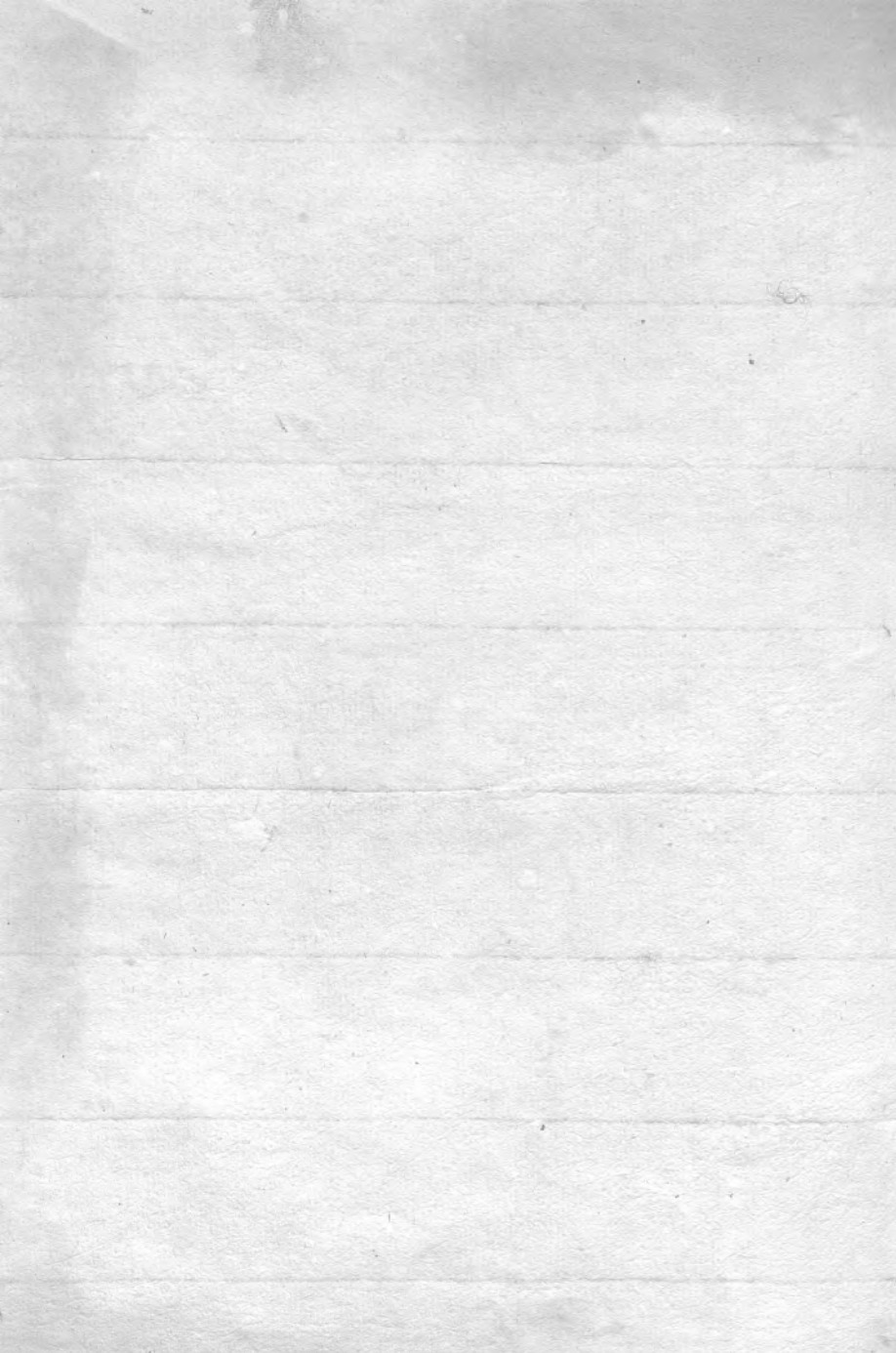




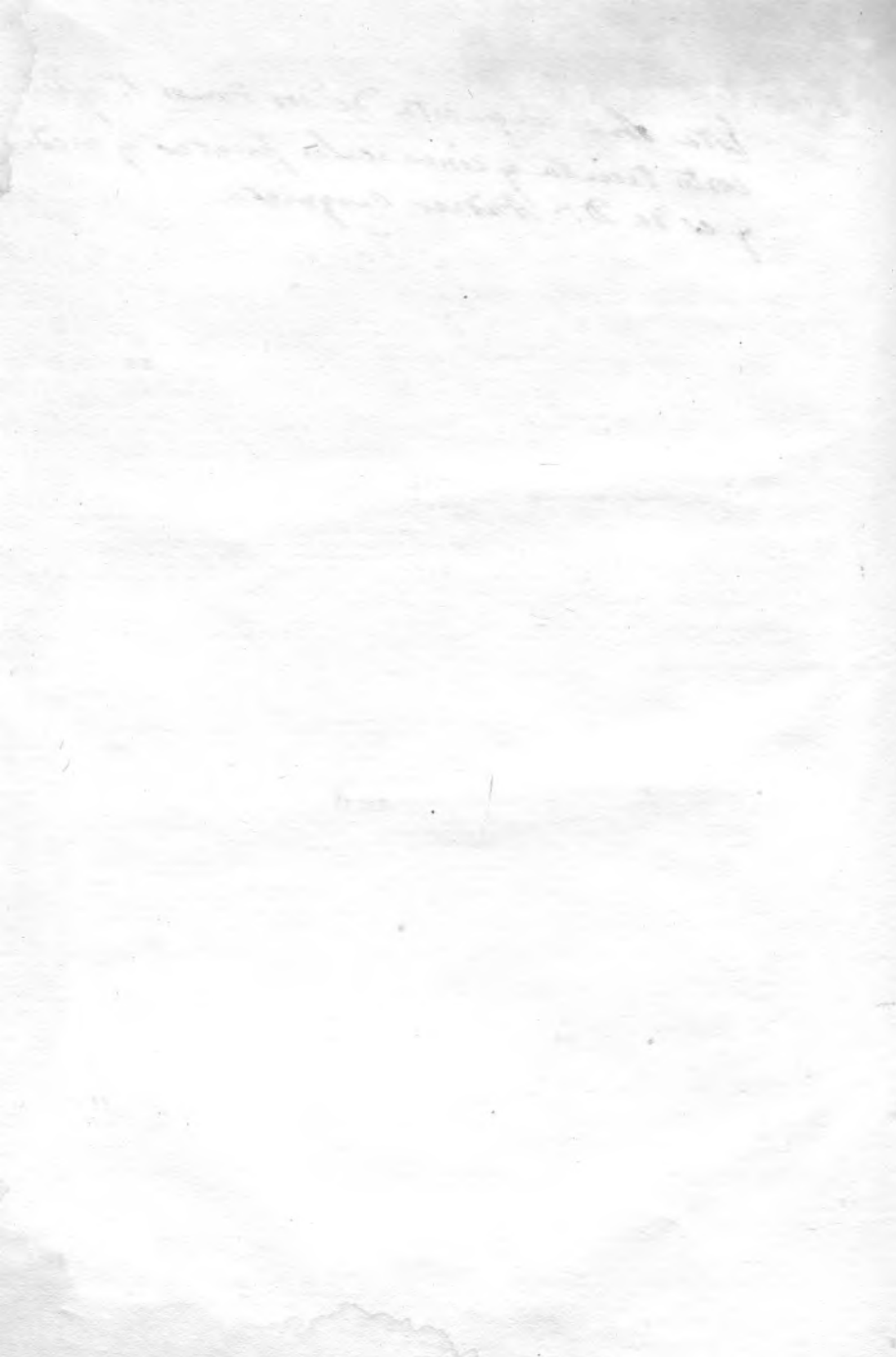






Esta obra compuesta de dos tomos 1.º y 2.º
costo treinta y cinco reales fuertes y medio,
y es de D.º Andres Oroquieta.

C. 113822
Z. 101935



Guía del Párroco.

196

GUIA DEL PARROCO

EN LA PREDICACION

DE LA DIVINA PALABRA.

Obra traducida del Francés

POR

DON EMETERIO LORENZANA.

TOMO PRIMERO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

PALENCIA :

Imprenta de GERVASIO SANTOS Y GERONIMO CAMAZON.

Febrero de 1845.



0. 81726

GUÍA DEL PARROCO

EN LA PREDICACIÓN

DE LA DIVINA PALABRA.

Del traductor del Dr. Juan

208

~~~~~  
Esta obra es propiedad del Traductor, el  
que perseguirá ante la ley á quien la reim-  
prima sin su permiso.  
~~~~~

PRIMER PRIMER

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

PALANCIA

A pedido de GERVASIO SANTOS Y GERVASIO LÓPEZ
Febrero de 1845.

PROLOGO.

EN presencia de tantas obras como sobre esta materia circulan en nuestra España, traducidas las mas de originales franceses, parece que debiera desistirse de todo proyecto encaminado á publicar otras nuevas, siquiera por no aumentar un catálogo, que en verdad va siendo demasiado largo. Esta consideracion, junto con alguna otra nacida del caracter de la misma empresa, no ha dejado de retraerme hasta aquí y hace ya algunos años, de ofrecer al clero este trabajo no obstante mi conviccion íntima de su particular utilidad en beneficio de los obreros del Señor. Ni aun ahora hubiera tampoco por esa razon dado este paso, si los eficaces deseos de algunos eclesiásticos que ya tenían noticia de la obra y sobre todo las indicaciones, para mí preceptos, de un prelado tan benemérito como nuestro Ilustrísimo Señor Obispo, voto por todos conceptos muy respetable en la materia, no hubieran vencido mi irresolucion.

Por lo demas, si bien es cierto que existen con profusion entre nosotros varias obras de sermones y pláticas, donde pueden los párrocos y predicadores encontrar algun auxilio para el desempeño del ministerio de la palabra, tambien lo es que tales obras presentando discursos hechos y acabados, dan márgen á que los menos instruidos ó poco aficionados al trabajo les tomen en todo ó en parte á la letra y les prediquen asi con evidente perjuicio de los mismos predicadores y mayor todavia del auditorio.

La que hoy ofrecemos, sobre no adolecer de este inconveniente proporciona ventajas que no pueden encontrarse en aquellas. No ec-sime al párroco de la aplicacion y del estudio, lo cual á la verdad es un bien, pero le facilita sobremanera el trabajo, presentándole materiales para componer tres, cuatro, ó mas pláticas sobre cada evangelio y epístola de las diferentes dominicas del año y le guía ademas en el orden con que debe hacer uso de esos materiales desde el exórdio hasta la conclusion de la plática. Unicamente deja á su cuidado la

ejecucion del plan y la formacion de los detalles con arreglo á las circunstancias y necesidades del auditorio, cosa en verdad harto fácil y que no requiere ni gran capacidad ni abundantes conocimientos. Trazado el plan y puestos á la mano los materiales necesarios, no debe costar mucho trabajo el levantar el edificio.

Pero no es este el único mérito de la obra, contiene otro que en mi juicio es de mucho valor para hacerla recomendable. En todas las pláticas, en unas mas y en otras menos, se presentan varios trozos acabados que pueden servir grandemente de modelo en cuanto al estilo y forma con que debe un párroco hablar á sus feligreses. Son tan notables y resaltan de tal manera en ellos la unción, la naturalidad y el tierno interés, que si el párroco llega á imitar en esta parte al autor, palpará seguramente muy luego los buenos efectos y la viva impresion que harán sus palabras en el auditorio. En estos periodos habla un padre á sus hijos, y les habla por lo mismo al corazon, tocando sus resortes mas delicados, para hacerles entrar en el sendero de la virtud y separarles del camino del vicio. Este es el objeto de la elocuencia y el que no debe perder de vista el párroco en sus composiciones.

En el estado de desmoralizacion en que nos hallamos, no hay duda que los párrocos necesitan de grandes esfuerzos para enfrenarla y hacerla desaparecer, y como el principal medio, sino el único, sea el de la predicacion asídua de la divina palabra, les servirá de mucho esta obra para la realizacion de tan interesante empresa que á ellos está reservada, facilitándoles un trabajo que bien desempeñado no puede menos de producir los mejores frutos en beneficio de los pueblos confiados á su celo y solicitud.

NOTA.

Si las suscripciones correspondiesen, daríamos á luz toda la obra del autor que contiene, ademas de los dos tomos de pláticas, otro sobremanera interesante sobre el modo de llenar el párroco los diferentes deberes de su ministerio y con especialidad el de la administracion del Sacramento de la penitencia.

PARA que pueda formarse juicio del carácter é importancia de esta obra, insertamos á continuacion la carta pastoral en que el señor Obispo, Conde de Toul, (Francia) la recomendaba al clero de su Diócesis á fines del siglo pasado. Dice asi:

Claudio, por la gracia de Dios etc., etc.—Al clero secular y regular de nuestra Diócesis; salud y bendicion en nuestro Señor.

El cuerpo de instrucciones que os presentamos, carísimos hermanos, que no es en verdad otra cosa que la práctica de las diferentes funciones del ministerio parroquial, empezó á esparcirse en manuscrito por nuestra Diócesis hace ya algunos años. El celo de un párroco que habia hecho con él grandes adelantos, nos le proporcionó meses pasados, y habiéndole hecho ecsaminar por teólogos ilustrados y piadosos y leído Nos mismo con la mayor atencion, hēmos creído que una obra tan preciosa era digna de ver la luz pública por medio de la prensa.

En ella encontrareis C. H. , una instruccion admirable sobre la manera de administrar el Sacramento de la penitencia de un género muy diferente de las publicadas hasta el dia sobre esta materia; advertencias llenas de sabiduría para dirigir debidamente una parroquia; planes y modelos de pláticas que os darán una idea esacta de esta clase de instrucciones, que deben distinguirse por su sencillez y naturalidad en beneficio de los pueblos que ós están confiados; y en fin, reglas de conducta para llenar todos vuestros deberes segun los tiempos, lugares y demas circunstancias en que os podais encontrar.

Esta obra no brilla en verdad, C. H. , ni por la sublimidad de pensamientos ni por la belleza del estilo; pero esto mismo la hace mas respetable á nuestros ojos, que si la viéramos engalanada con los vanos adornos de la sabiduría humana. Os la presentamos pues en su misma sen-

cillez, en su negligencia, y si se quiere, en su desaliño, para que os familiariceis con el lenguaje mas acomodado á la inteligencia de vuestros feligreses y el mas propio para hacer que fructifique el evangelio en sus corazones.

Pero por sencilla que sea en su elocucion, notareis al primer golpe de vista que todo respira en ella el espíritu de Dios; que todo está mostrando un alma sacerdotal, aquel temple de corazón que debe tener un verdadero ministro de Jesucristo, lleno de ardor y de celo por la salud de las almas y que toma todas las formas para convertir á los pecadores, para fortificar á los débiles y perfeccionar á los justos.

No podremos nunca exhortaros demasiado H. C., á proporcionarnos cuanto antes esta preciosa obra que hemos hecho imprimir á un precio módico para facilitaros su adquisicion. Leyéndola y releeyéndola con la mayor atencion y haciendo por imbuir vuestro espíritu y vuestro corazón de las santas lecciones que contiene *lograreis llenar el ministerio que habeis recibido del Señor* (Colos. 4. 17.) con fidelidad y seguridad para vuestras conciencias y con el mayor fruto para los fieles confiados á vuestra solicitud, y Nos tendremos el consuelo de ver en todos los párrocos de nuestra Diócesis aquella uniformidad de conducta tan deseada en la administracion de los Sacramentos, en la direccion de las almas, en el gobierno de las parroquias y en la instruccion pública de nuestros diocesanos.

Dado en Toul etc.

ADVERTENCIAS

**SOBRE LAS MATERIAS QUE SE HAN DE TRATAR EN LAS PLATICAS DEL
AÑO CON UN COMPENDIO DE INSTRUCCIONES SOBRE EL EVANGELIO
Y EPISTOLA DE CADA DOMINICA.**

PREÁMBULO.

UNO de los deberes mas indispensables de los sacerdotes encargados de la cura de almas, de los mas importantes y al mismo tiempo difíciles, es la instruccion de los pueblos, instruccion que debe ser salu-
dable, como dice el concilio de Trento: *pascant salutaribus verbis*,
(Sess. 5. c. 2.) Este deber no obstante, se ve por lo regular muy descuidado y muy
mal cumplido. La causa y el origen mas comun de esta negligencia
procede de que la mayor parte no procura prepararse en tiempo
oportuno y antes de tomar sobre sí el cargo parroquial. Limitados á
estudiar algunos tratados de teología, no se toman el trabajo de ins-
truirse en el verdadero método de anunciar la palabra divina, y reu-
san ejercitarse en la predicacion los primeros años de clericatura y
sacerdocio.

Se ha tratado de obviar este mal, escribiendo advertencias gene-
rales sobre el modo de componer las pláticas y sermones. Adverten-
cias á la verdad importantes que deben saber y estudiar con cuidado
todos los jóvenes eclesiásticos, para que puedan cumplir su deber

como corresponde ; y seria de desear que las leyeran y meditáran de cuando en cuando , para que teniéndolas presentes, se conformasen á ellas, siempre que hubieran de componer ó predicar. Pero como tales advertencias son demasiado breves, se encuentran bastante embarazados los jóvenes, cuando llega la ocasion de predicar, por no saber qué asunto han de elegir de el evangelio ó epístola de las dominicas, ni qué designio tomar, ni el modo de llevarle á cabo ; por esta razon hemos creído hacer un servicio importante á los obreros del Señor, poniendo por escrito las siguientes indicaciones que abreviarán mucho su trabajo, facilitándoles la eleccion de materias y el modo de explicarlas.

Suplicamos pues á los párrocos que las reciban con el mismo espíritu con que se las damos, que no es otro que el de contribuir mas y mas á la gloria de Dios y de Jesucristo y á la salvacion de las almas. El uso que se hará de ellas, es el siguiente : cuando se haya de componer una instruccion dominical, despues de implorar las luces del Espíritu Santo, se leerán con atencion el evangelio y epístola de aquel domingo ; despues se elegirá el asunto que le parezca mas propio, á no ser que encuentre alguno mejor en los buenos autores, ó en sus propias refleciones. Y por último, estenderá las pruebas que aqui no van mas que indicadas, haciéndolo con prudencia, y sobre todo moralizándolas conforme el asunto que se ha propuesto y con arreglo al tiempo y á la necesidad de sus oyentes. Se cuidará de consultar los libros que se citan, y en lo demas, ya sea en el lenguaje y en el estilo, ya en la pronunciaci6n del discurso, se conformará á lo que diremos en las advertencias generales, puestas en otro lugar.

ADVERTENCIA FUNDAMENTAL

SOBRE LA ELECCION DE MATERIAS EN LAS PLÁTICAS Y SOBRE EL ORDEN DE ESTAS MATERIAS.

PARA instruir debidamente al pueblo, es necesario saber elegir con prudencia el asunto, sin lo cual los fieles solo reciben una instruccion confusa é imperfecta. Un párroco debe hacer esta eleccion de manera, que cada año, si puede, ó en dos ó tres á lo mas, explique á sus feligreses toda la doctrina cristiana, ya sea en las pláticas, ya en los catecismos ó en otras instrucciones. Para esto desde el principio del año eclesiástico, es decir, desde el Adviento, debe proponerse el plan de las diferentes materias que haya de tratar, tanto en la explicacion del catecismo y conferencias de la tarde, como en las pláticas ó sermones. Nada diré respecto de la eleccion de materias para explicar la doctrina cristiana, pues cualquiera conoce que se debe seguir el orden mismo del catecismo, á escepcion de ciertos tiempos del año, en que conviene hablar ya de los misterios que se celebran, ya de los sacramentos de la penitencia y eucaristía á que deben prepararse á los fieles.

Tampoco hablaré de las materias que pueden ser el objeto de las conferencias, ni de la lectura y ecsámen en las oraciones de la tarde. Solamente me propongo tratar de las verdades que pueden ser asunto de las pláticas desde principio del Adviento.

La materia general y la mas ordinaria de este último modo de instruir es sobre las grandes verdades del cristianismo, el conocimiento de Dios y de Jesucristo, el fin del hombre y del cristiano; las virtudes teologales, la fé, esperanza y caridad, los novísimos; el pecado en general, ya sea mortal ya venial, los pecados capitales, las virtudes morales, las materias de la penitencia, las acciones del día, la oracion de la mañana y de la tarde, la misa, el trabajo, la mor-

tificacion, el arreglo de las familias; los deberes de los diferentes estados, especialmente de los padres y madres, de los hijos, de los amos, de los criados, la santificacion de las fiestas, la frecuentacion de los sacramentos.

Aunque todas estas materias y las demas verdades de la religion puedan ser siempre útiles en cualquier tiempo que se las trate, es cierto no obstante que lo son mas en un tiempo que en otro. Por eso el apostol san Pablo quiere que se anuncie la palabra divina en el tiempo mas oportuno: *prædica verbum oportune*.

Este es tambien el espíritu de la iglesia, la cual manda á los párrocos espongan á los pueblos en sus pláticas lo que les dicen en la misa, *mandat sancta synodus pastoribus et singulis curam animarum agentibus, ut frequenter inter missarum celebrationem, vel per se, vel per alios idoneos, si legitime impediti fuerint, ex his quæ in missa leguntur, aliquid exponant..... diebus præsertim dominicis et festis* (Concilium Trid. sess. 22, cap. 8 de sacrif.) Un párroco no puede hacer mejor eleccion de lo que ha de tratar, que estudiando atentamente el espíritu de la iglesia, que con el mayor cuidado ha escogido ella misma los evangelios y epístolas del año. Segun este espíritu es como se van á examinar las materias que se han de explicar en las pláticas.

1.º Durante el adviento. 2.º Desde Natividad hasta la Septuagésima. 3.º Desde la Septuagésima hasta la Pascua. 4.º Desde la Pascua hasta Pentecostés. 5.º Desde Pentecostés hasta el fin del año cristiano ó eclesiástico.

Pero antes de entrar en esta discusion, conviene presentar un plan ó designio general de instrucciones para un año cristiano, á fin de que el párroco pueda dirigirse en un curso de pláticas, teniendo á la vista el término á donde debe encaminarse,

PLAN GENERAL DE INSTRUCCIONES

PARA

UN AÑO CRISTIANO.

Para formar un plan completo de instrucciones de un año cristiano, no es necesario mas que observar el orden que la misma iglesia guarda en los evangelios y epístolas. Durante el Adviento nos pone á la vista al santo precursor anunciando á Jusucristo y preparando los fieles á recibirle. Por esta razon se lee siempre en la misa alguna cosa con relacion á San Juan Bautista, escepto en aquel dia en que presenta á nuestra consideracion el juicio final. Durante este tiempo se lee el evangelio de la embajada del Angel á María, de la encarnacion del Verbo, con el de la visitacion á santa Isabel. En seguida viene la fiesta de la Natividad, de la Circuncision, de la Epifanía, de la presentacion de Jusucristo en el templo; y cuida de que se lean en la misa los demas misterios del Salvador hasta su bautismo, de manera que desde Navidad hasta Septuagésima pone á la vista de los fieles todo lo que ha hecho el Salvador en

su infancia, en su adolescencia, y en su juventud. Despues de haber presentado toda la vida oculta de Jesucristo, como su ánimo es preparar á los fieles á la grande festividad de la Pascua y escitarles á una verdadera penitencia, por eso despues de haberles recordado durante los tres domingos célebres que se llaman Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima, las épocas mas célebres del antiguo testamento; á saber: en la Septuagésima la creacion del hombre, su caida, el designio de Dios de repararle; en la Sexagésima el castigo del pecado por el diluvio, y en la Quincuagésima, la vocacion de Abrahan; nos presenta á Jesucristo llevando una vida penitente en el desierto por espacio de cuarenta dias. Al fin de la cuaresma recuerda todo lo que sufrió Jesucristo en su pasion, su muerte dolorosa, despues su resurreccion, y desde Pascua hasta la Ascension sus diferentes apariciones. En seguida de todo esto nos muestra á Jesucristo subiendo á los cielos, desde donde envia á los diez dias el Espíritu Santo á sus apóstoles. Aqui es donde se termina el tiempo pascual, seguido del tiempo que se llama *per annum* y que no concluye hasta fin de noviembre ó principios de diciembre, en que se renueva el año cristiano.

En este supuesto, la Iglesia comienza á esponer á la vista de los fieles lo que hizo el Salvador, antes de proponer lo que predicó; este es su principal objeto desde el principio del Adviento hasta Pentecostés. Despues nos presenta, 1.º el grande misterio de la Trinidad que se celebra el primer domingo despues de Pentecostés, en seguida el de la Eucaristía, en que el Salvador renovó de algun modo todas las maravillas de su vida, ya oculta, ya penitente, ya pública, ya gloriosa; y en fin, en el resto del año espone su moral en los diferentes evangelios y concluye por el juicio final. Qué es pues lo que debemos inferir de aqui?

Que un párroco no puede hacer cosa mejor, cuando trate de formar su plan ó designio general de instrucciones para todo el año, que seguir este mismo orden que guarda la Iglesia. Debe comenzar, despues de haber hecho el oficio de san Juan durante el Adviento, por esponer los misterios del nacimiento del Señor, y asi sucesivamente todos sus diferentes misterios, segun que la

iglesia le ofrece ocasion y esto hasta Pentecostés, despues de cuya festividad se concretará á esplicar toda la moral de Jesucristo : *Qui coepit facere et docere.* (Act. 1.) Esto no impide que confirme lo que diga de la vida del Salvador con la doctrina que nos enseñó, y su doctrina con su vida, porque ambas se sostienen mutuamente. A una y á otra nos debemos conformar todos para llevar una vida como verdaderos discípulos de Jesucristo, y poder al fin de ella merecer ser colocados á la derecha del gefe de los predestinados, verdadero modelo de todos los cristianos, y oir de su boca un juicio favorable en el dia terrible.

CAPÍTULO PRIMERO.

Asuntos que debe tratar el párroco en sus pláticas desde principio de Adviento hasta Natividad.

1.º El medio mas á propósito para hacer una eleccion prudente de materias en cualquier tiempo del año, es ecsaminar bien, como se ha dicho, el espíritu de la iglesia, y que es lo que quiere que propongamos á los fieles segun el tiempo. Para instruir con utilidad al pueblo durante el Adviento, es necesario tener presente el espíritu de la iglesia en su institucion, para proponerle á los oyentes, y escitarles á que se conformen con él en su conducta.

Por lo mismo es un deber del párroco, que nunca debe omitir, el esplicar á los fieles desde el primer domingo de Adviento, lo que es este santo tiempo, la significacion de esta palabra Adviento, lo que manda la iglesia y ecsige en él de los fieles, lo que se practicó antiguamente desde los primeros siglos del cristianismo, lo que hacen hoy dia los verdaderos fieles, y lo que ellos deben hacer. Este asunto puede servir de plática en el primer año; en el siguiente se recordará al auditorio antes de la plática á modo de advertencia, y en pocas palabras, lo que se les dijo en el año anterior, y en el tercero se tratará la misma materia en la doctrina del catecismo.

2.º Como este domingo es el primero del año cristiano, se podrá tambien hablar del santo dia del domingo, de su insti-

tucion, de su antigüedad, de su santidad, del modo de santificarle, y del cuidado que deben tener en emplear mas santamente los domingos mas solemnes, tales como el primer domingo de adviento. De aqui se tomará ocasion de recordar á los fieles los fines del adviento, y la conducta que en él deben observar los cristianos. Es indudable que si los pueblos estuviesen bien instruidos del espíritu de la iglesia en las diferentes estaciones del año, se comportarian de distinto modo del que hoy observamos por desgracia. Vendrian con gusto á oír la palabra divina, y asistirían á los oficios con mas religion, si tuviesen conocimiento del objeto de la iglesia en sus ceremonias, y del espíritu con que deben asistir á ellas.

CAPÍTULO PRIMERO

3.º El concilio de Trento mandando á los párrocos y á todos los que tienen la cura de almas predicar con frecuencia á sus pueblos, al menos en los domingos y fiestas solemnes, por sí mismos ó por otras personas capaces, si ellos están legítimamente impedidos, y tomar el asunto de sus instrucciones de lo que se lee en la misa; uno de los principales cuidados de un párroco en cumplimiento de este mandato debe ser examinar cuál es el punto mas interesante á los pueblos de lo que ha leído ó cantado, ora en el evangelio, ora en la epístola, atendiendo á sus necesidades. Conviene comenzar por el evangelio, y de él sacar la instruccion.

Viniendo á las materias que se deben tratar en el adviento, siguiendo el espíritu de la iglesia, es necesario recordar que nosotros hacemos respecto á los fieles, el mismo oficio que S. Juan Bautista egerció con los judios. Lo que él hizo con ellos, es lo que nosotros debemos practicar con los pueblos confiados á nuestro cuidado.

San Juan Bautista se ocupó en hacer conocer á Jesucristo de quién era precursor, en hacerle conocer, digo, como á verdadero Mesias, Dios y hombre á un tiempo, como Salvador y Redentor de los hombres, su santificador, su Maestro, su modelo, su juez para recompensarles ó castigarles.

Procuró ademas inspirarles sentimientos de penitencia, y para escitarles á ella, no olydó ni exhortaciones continuas, ni promesas,

ni amenazas. Cuidó por toda suerte de caminos formar discípulos al Salvador, cristianos verdaderos y perfectos. Modelo cumplido al que debe conformarse un párroco sin cansarse jamas; todas sus instrucciones deben tender á este objeto durante el curso de su vida, cada dia, cada año, cada vez que instruye; pero sobre todo desde principio de Adviento. Sería de desear que se preparase como el precursor y desempeñara la carga de predicador del evangelio con el ejemplo de una vida mortificada, humilde, desinteresada, pura y santa.

Yo me concretaré hoy, hermanos míos, á las primeras palabras del evangelio, *initium Evangelii Jesuchristi filii Dei*; el principio del evangelio de Jesucristo hijo de Dios. Qué es lo que debemos anunciaros? Y á qué hemos sido enviados á vosotros? No á otra cosa que á publicar el evangelio de nuestro señor Jesucristo y á exhortaros á creer y á practicar lo que enseña: *pro Christo legatione fungimur* (2. cor. 5.) á traeros la nueva mas agradable que podeis oír y que á todos interesa, porque esto es lo que significa la palabra *evangelio*; cargo infinitamente honorífico para mí, pero al mismo tiempo ventajoso para vosotros.

¿Cómo podré yo desempeñarle? Y cómo vosotros podreis conseguir aprovecharos de él? mi primer deber es el de haceros conocer á Jesucristo y su evangelio, y vuestra primera obligacion es adquirir este conocimiento grande é importante; el será pues el asunto de esta instrucción. Vereis primero lo que es Jesucristo y lo que debeis creer; segundo lo que es el evangelio y lo que debeis practicar. Hé aqui un compendio de nuestra religion; nada mas digno de vuestra atencion.

PRIMER PUNTO.

En el primer punto empezará hablando de la ecsistencia de un Dios criador, y en seguida manifestará su gran bondad en haber enviado su hijo al mundo para salvar y redimir al hombre. De aqui pasará á esplicar quién es Jesucristo, el hijo de Dios hecho hombre: *Verbum caro factum est*. Se desenvolverán en primer lugar sus perfeccion y atributos como Dios. Para esto no necesita mas que para

frasear el principio del evangelio, según san Juan. En seguida entrará á explicar : 1.º las perfecciones de su humanidad, á saber, las de su alma santísima: *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi*, (Colós. 2.) *Vidimus eum plenum gratiæ et veritatis*: (Joan 1.º) 2.º la belleza inefable de su cuerpo: *speciosui forma præ filiis hominum* (Ps. 44) : 3.º la union admirable de esta alma y de este cuerpo con la persona del verbo y de consiguiente con la naturaleza divina. *Magnum est pietatis Sacramentum*. (1 ad Timoth. 3.)

Hé aquí, se dirá, lo que es Jesucristo. *Primogenitus omnis creaturæ* (Ad Colós. 1. 5.) Él es el grande objeto de nuestra fé, el misterio fundamental de nuestra religion, que llamamos el misterio de la encarnacion. Él es el Mesías esperado con la mayor ansia por los patriarcas y predicho por los profetas muchos siglos antes de su venida. Este divino Mesías, consumados los tiempos, se dejó ver entre nosotros; habitó con nosotros, siendo esta una verdad que nadie puede poner en duda, como afianzada en pruebas tan ciertas que seria menester estar ciego para no rendirse á ellas. (Aqui pueden referirse algunas de las mas fuertes, y para ello véanse los pensamientos de Bourdaloue tom. 3. sermon sobre la fé para la 4.ª semana de Adviento). Habeis procurado conocer bien este misterio, H. M. (1) Hay alguno entre vosotros que le haya ignorado hasta ahora, ó que le haya puesto en duda? Qué idea teneis vosotros de Jesucristo? Aqui hará el párroco un detalle, según juzgue mas conveniente á las necesidades de su auditorio, y concluirá inspirándole un alto aprecio de Jesucristo, una fé firme é indestructible de este gran misterio y previniéndole que esta fé debe ser viva y animada, de suerte que nos mueva á meditar sobre él, con particularidad durante el Adviento, á dar gracias á Dios, por habernos enviado su hijo, á manifestarle nuestro profundo reconocimiento por medio de una caridad fervorosa, y especialmente por la práctica fiel de su doctrina, de la que se presenta un compendio en el segundo punto.

(1) Léase hermanos míos, y lo mismo siempre que se encuentren estas iniciales.

PUNTO SEGUNDO.

El hijo de Dios bajó á la tierra, no solo para glorificar á su padre, ofreciéndole una satisfaccion infinita por la injuria que le habia hecho el pecado, sino tambien con el objeto de anunciar, como él mismo nos dice, el evangelio á los hombres. *Spiritus Domini super me, evangelizare pauperibus misit me*: como si digera, el espíritu del Señor me ha enviado á manifestar á los hombres la nueva mas feliz que pueden oir; á anunciarles su rescate de la servidumbre del demonio y de la esclavitud del pecado, á predicarles el reino del cielo y enseñarles el camino por donde han de marchar para conseguirle. Y cuál es este camino? No es otro, H. M., que la práctica de las máximas que él mismo nos enseñó de viva voz, y tambien por el ministerio de sus apóstoles que las predicaron y consignaron algunos de ellos por escrito. Hé aqui lo que se llama evangelio de Jesucristo, es decir, doctrina de Jesucristo, reglas de costumbres que nos trazó, ó moral del evangelio, moral toda pura, toda santa, toda divina, infinitamente mas perfecta que la de los antiguos filósofos, mas que la anunciada por Moisés de parte de Dios á los judios, moral que es el principio y la fuente de la verdadera felicidad del hombre en esta vida y en la otra.

De esta divina moral que se encuentra esparcida en los diferentes evangelios del año nos dió el Salvador un compendio en el admirable sermon que predicó en el monte y que refieren san Mat. cap. 5.º y 6.º y san Lucas cap. 6.º

El párroco hará aqui una reseña de este evangelio para mostrar á sus feligreses la doctrina de Jesucristo, cuya santidad no han podido menos de confesar hasta los mayores enemigos de la religion. Lo corroborará diciendo, que si fuera puesta en práctica, reinaria en el mundo la paz mas completa, porque entonces todos llenarian sus respectivos deberes, padres é hijos, amos y criados, superiores y súbditos: entonces se verian socorridos los menesterosos, auxiliados los enfermos, consolados los tristes y todos en una palabra gozarian de una bienaventuranza anticipada; asi como por el contrario la

inobservancia de esta divina moral es la causa de la inquietud en que viven las familias, los estados y la mayor parte de los hombres y la causa de todos los desórdenes de que se vé inundado el mundo.

Podrá confirmar esto por la esperiencia misma de los oyentes. Despues de haberles dado á conocer la moral de Jesucristo les preguntará, si están bien persuadidos de su verdad, de su santidad y si creen en ella con la misma firmeza que en la divinidad de Jesucristo, en el cielo y en el infierno: les hará ver la necesidad de una verdadera fé, de una fé práctica que consiste en la observancia de esta divina moral del evangelio. En seguida interrogará si su conducta es conforme á estas máximas y á esta moral toda santa, haciendo aqui un cotejo detallado, y añadirá que en vano llevan el nombre de cristianos, de discípulos de Jesucristo, sino modelan sus costumbres sobre aquella divina moral. Les escitará por fin á renunciar á todas sus falsas máximas, á renovar su adhesion á la doctrina de Jesucristo, á mirarle como á su único maestro: *unus enim est magister vester Christus* (Mat. 23. 10.) y á seguirle á él solo en esta vida, para que asi puedan poseerle en la bienaventuranza, término feliz al que nos lleva seguramente la observancia de las máximas del evangelio. *Ego sum via veritas et vita.* (Joan. 16. 6.) ó bien podrá concluir del mismo modo que Jesucristo en el sermon del monte, *Omnis ergo qui audit verba mea haec, et facit ea, assimilabitur viro sapienti &c.* (Math. 7. 24.)

Tambien puede tratar otro asunto en este dia, tomándole de la profecía relativa á san Juan Bautista que anunció el profeta Malaquias en estos términos: *Ecce ego mitto angelum &c.* (Malach. 3.) Principiará el exordio diciendo, que esta profecía se realizó en la persona del Bautista, y que la iglesia nos recuerda en tiempo de Adviento las palabras y ejemplos de este santo con el ánimo de escitarnos á que aprovechemos sus instrucciones y ejemplos y disponernos por este medio á la solemne festividad del nacimiento del hijo de Dios. Para ello manifestará en la 1.^a reflexion las palabras de penitencia que predicaba el Bautista en el desierto con el objeto de preparar á los pueblos á recibir el Mesias confirmando la moral que enseñaba con la santidad de su vida.

En la 2.^a reflexión hará notar la conducta que observaron la Judea y habitantes de Jerusalén, pues acudían en turbas á oírle en el desierto toda suerte de personas, ricos y pobres, soldados y publicanos y hasta los fariseos y saduceos, las cuales confesaban sus pecados y recibían de su mano el bautismo en las aguas del Jordán.

Para llenar el primer punto no hay mas que recorrer lo que dicen los evangelistas, y con especialidad san Mateo, de las predicciones de san Juan. En ellos encontrará como el Bautista principia su misión anunciando la penitencia, y exhortando los pecadores á humillarse y á que abandonen sus antiguos caminos; como en seguida pasa á especificar lo que debe practicar cada uno, amenazándoles con la ira del Señor, sino procuran cuanto antes dar buenos frutos, es decir, sino tratan de poner en obra la doctrina que les predica, para lo cual les conmina con la cólera del Señor y el fuego del infierno. El Bautista confirma su doctrina no con milagros, porque no obró ninguno, *Joannes quidem signum fecit nullum*, sino con la santidad de una vida austera que con mucha exactitud nos refieren los evangelistas. Hará ver el párroco con este motivo la obligación que tienen los fieles de aprovecharse de la predicación de san Juan, de hacer penitencia, como él la hizo, de humillarse como él se humilló, de llenar cada cual sus deberes respectivos, y en una palabra, de dar buenos frutos, sin lo que no deben esperar de Dios sino un juicio severo y una condenación eterna: les dirá también que si san Juan siendo tan inocente y tan santo llevó una vida penitente y sumamente austera, con cuánta mayor razón deben hacerla ellos; aunque no sea tan rigurosa, habiendo cometido tan gran multitud de pecados? De esta suerte podrá concluir la moral de la 1.^a reflexión.

En la 2.^a recurrirá al ejemplo de los judíos para deducir de aquí lo que deben practicar los fieles. Los judíos, dirá, abandonaron sus hogares, para ir á un desierto á escuchar la palabra de Dios. Las exhortaciones de san Juan conmovieron y tocaron su corazón y se apresuraban á recibir el bautismo de penitencia, y á confesar sus pecados; hé aquí el modelo que nos debemos proponer, y lo que debemos ejecutar en este santo tiempo de adviento, á

saber, asistir con puntualidad á los sermones y pláticas, pedir al Señor que toque nuestro corazón y le haga docil á las impresiones de su gracia, para poner en obra las máximas del evangelio que anuncian los párrocos de parte de Dios, confesar además nuestros pecados con sinceridad y dolor en el tribunal de la penitencia, y de esta suerte llenaremos los deberes de un cristiano en este santo tiempo.

Se encargará á los fieles que mediten durante la misa y algunas veces al día en lo que acaban de oír, y que procuren disponerse para hacer una buena confesion en esta semana.

También pueden servir de excelente materia para una plática estas palabras del evangelio: *vox clamantis in deserto, parate viam domini, rectas facite semitas ejus*. La voz del que clama en el desierto; preparad el camino del señor, haced derechas sus sendas.

Elegido este asunto se podrá principiar así: Lo mismo que anunciaba el Bautista en el desierto vengo yo á deciros hoy, H. M., en que nuestra madre la iglesia comienza á celebrar el Adviento; preparad el camino del señor, *parate*. Es un deber de todo cristiano el disponerse á recibir á Jesucristo en su corazón y nada mas importante que hacerlo de antemano. Por eso os manifestaré las razones que deben moveros á esta preparacion y la manera con que habeis de aparejar un camino en vuestros corazones para el hijo de Dios.

Tres son las consideraciones principales que deben escitar á los fieles á prepararse para la gran solemnidad del nacimiento del Señor, á saber: la grandeza del que viene, el fin por qué viene y los frutos que nos traerá su venida, si nos preparamos debidamente. En el primer punto se explicarán estos tres motivos, y se deducirán de su explicacion las consecuencias correspondientes. Procurará el párroco inspirar á sus feligreses los sentimientos análogos á los tres motivos anteriores, á saber: 1.º el sentimiento de admiracion por la suma bondad de Dios para con los hombres: 2.º el de accion de gracias por su infinita misericordia, y 3.º, el de deseo de participar de los bienes que nos promete, cuyo deseo debe ser tal, que nos haga practicar con esactitud cuanto Dios ecsije de

nosotros para disponernos á recibirle convenientemente en su venida.

En el segundo punto hará ver que una preparacion digna para recibir á Jesucristo consiste en dos cosas, en alejar de nuestras almas todo lo que pueda impedir que Jesucristo nazca en ellas espiritualmente, como son el pecado y el afecto al pecado, y en adornarlas con el hermoso atavío de las virtudes que tanto le agradan, particularmente con la humildad. Se procurará hacer sensible esto con el ejemplo de los grandes preparativos que suelen disponerse para recibir á un Príncipe ó á un Rey de la tierra de quien se esperan grandes beneficios. Concluirá manifestando la ingratitude, la ceguedad, y la poca religion de aquellos que pasan este tiempo de Adviento sin meditar en el gran misterio de la encarnacion y del nacimiento del hijo de Dios. Por lo mismo les escitará á que le mediten cuando menos tres veces al dia, á á saber, al toque del Ave María, explicándoles con este motivo los actos que deben hacer entonces de adoracion al Verbo encarnado, de accion de gracias por haberse cumplido este misterio, de deseos de su venida, como los que tuvieron los patriarcas y la bienaventurada virgen María, y en fin, actos de oracion ya al Padre eterno, ya al Verbo encarnado, ya al Espíritu santo, como tambien y con frecuencia á la Santísima virgen, á quien se la saludará con el Angel como á madre de Dios. Por medio de su intercesion alcanzaremos las gracias necesarias para alejar de nuestro corazon todo cuanto pueda servir de obstáculo para que venga Jesucristo á fijar en nosotros su morada.

En otro año se explicará la epístola que contiene un gran fondo de moral muy apropósito para el principio del año eclesiástico y del Adviento. La epístola está tomada del cap. 13, de la carta de san Pablo á los Romanos.

Se puede comenzar la plática de esta suerte.—En el dia de hoy, el primero de Adviento y del año cristiano, nuestra madre la iglesia empieza á recordarnos los misterios inefables de nuestra religion sacrosanta; deseosa de nuestra salud espiritual no perdona medio ni diligencia para escitarnos á llevar una vida santa y digna del

cristianismo que profesamos : con este objeto en la epístola que se acaba de cantar hace resonar en nuestros oídos la gran lección que daba el apóstol san Pablo á los Romanos, para moverles á que se aprovecharán de la gracia del evangelio. Este es el tiempo, nos dice la iglesia, de despertar de vuestro letargo: *Hoc scientes tempus quia hora est, jam nos de somno surgere*. No sabría yo, H. M., dar principio á este santo tiempo de Adviento por una instrucción mas interesante que la que me ofrecen estas palabras. Acaso hace muchos años que vivimos sepultados en el sueño de la muerte. Acaso hemos seguido hasta aquí los deseos de la carne, pero llegó ya la hora de despertar, de salir de ese letargo y de dar principio á una vida enteramente nueva. Os manifestaré las razones en el primer punto, y en el segundo os diré en qué consiste esta vida nueva.

PRIMER PUNTO.

El apóstol san Pablo nos presenta en su epístola los motivos poderosos que deben movernos á llevar una vida nueva. El primero es que ha llegado el tiempo y la hora mas á propósito: *hora est*; es decir el tiempo de la gracia que nos trae el hijo de Dios con su venida. Con este objeto ha bajado del cielo á la tierra y por eso nos ha estado esperando tanto tiempo á penitencia. *Patienter agit propter vos*. (Léase á Cornelio Alapide sobre este pasaje). Se insistirá en esta razón haciendo ver el peligro á que se esponen los que dilatan su conversión para en adelante y para un tiempo incierto.

El segundo motivo que propone el apóstol está contenido en estas palabras: *propior est nostra salus, quam cum credidimus*. Está mas cercana nuestra salud que cuando recibimos la fé; palabras que segun san Juan Crisóstomo deben entenderse de la proximidad de la muerte y de la eternidad. Ah! que cosa, H. M., mas capaz de hacernos abrazar una vida santa que la consideración de una muerte cercana y de una eternidad feliz ó desgraciada en la que hemos de entrar no tardando?

El tercer motivo es que la noche ha durado hasta aquí y que el día va á amanecer muy luego: Qué noche es esa, H. M? Ah! es la

vida tenebrosa, que hemos llevado hasta ahora, en ella nuestros trabajos han sido en vano, porque nada se puede trabajar durante la noche; así es que en vez de hacer algo para el cielo nos hemos hecho indignos de él por nuestros desarreglos. Ese día que está á punto de amanecer es la luz del evangelio, que nos trae Jesucristo con el objeto de iluminar nuestro entendimiento y disponernos á favor de sus resplandores para el día grande de la eternidad.

El párroco moralizará competentemente estos tres motivos, escitando despues á sus oyentes á que salgan de entre las tinieblas y las sombras de la muerte, para entrar en una vida enteramente nueva cuyos caracteres describirá en el punto siguiente.

SEGUNDO PUNTO.

El mismo apostol nos declara del modo mas terminante, cuál ha de ser la vida nueva que debemos llevar. Andemos, dice, honestamente, como suele andarse de día, no en comilonas ni en borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas ni envidias. A todo esto debemos renunciar segun san Pablo en la vida del hombre nuevo. Lo comprendeis bien pecadores? Y no os mueven estas palabras? Ellas hicieron tal impresion en el ánimo de san Agustín que le resolvieron á completar la obra de su conversion. (Consúltese el libro 8 de sus confesiones cap. último y refiérase lo que él dice de sí mismo).

Pero no es esto todo; el apostol ecsige algo mas para esta vida nueva. Quiere que despues de haber desarraigado el cristiano los tres vicios principales de que ha hecho mencion, se vista ademas de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum*. Y qué es revestirse de Jesucristo en el sentido de san Pablo? No es otra cosa, H. M., que tener todas sus virtudes, la mansedumbre, la humildad, la sencillez, la caridad, la modestia, el desinterés; pero de suerte que no contentos con poseerlas en el corazon, las manifestemos tambien en el exterior, para que así al ver á un cristiano pueda decirse que se vé en cierto modo otro Jesucristo. Hé aqui, H. M., el hombre nuevo que debe aparecer en nosotros, si pretendemos llevar con un

justo título el nombre de cristianos! Habeis reflexionado por ventura sobre esto? Lo habeis creído así? Ah! cuán pocos verdaderos cristianos se encuentran entre nosotros! Cuántos por el contrario que deshonoran el cristianismo con sus vicios y desordenada conducta! Comenzad, H. M., os lo suplico en nombre de Jesucristo, comenzad desde hoy y no lo dilateis mas, á dar de mano á todas las obras de tinieblas, á los antojos de la sensualidad y á los deseos de la carne. Renunciad al hombre viejo y procurad haceros semejantes á Jesucristo, imitando cada cual en su estado las virtudes que debe practicar y de que nos dió el mismo Señor tan sublimes ejemplos. Despues de hacer aqui un corto detalle, concluirá exhortando á los oyentes á separarse cuanto antes de las ocasiones de pecar, á desnudarse de los malos hábitos y á encomendarse á Jesus y María para conseguir los auxilios necesarios.

ASUNTOS

PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE ADVIENTO.

El evangelio de este dia está tomado del cap. 21 de san Lucas desde vers. 15 hasta el 36. El mismo Jesucristo nos hace en él una descripcion del juicio final, y al último se leen las advertencias que el Salvador hizo á sus discípulos para que vivieran prevenidos contra los rigores de este juicio terrible.

El asunto pues mas natural para este dia es el juicio general que ha de haber al fin del mundo. Un párroco no debe dejar de ponerle á la vista de sus feligreses en este tiempo de Adviento ó al principiar el año cristiano; así como tambien es muy conveniente recordársele á mediados y fines del año, pues con esta mira la iglesia presenta á la consideracion de los fieles varias veces al año lo que sobre este asunto han escrito los evangelistas san Lucas y san Mateo. Así es que nos propone á la entrada del Adviento lo que dice san Lucas, y en el domingo de la última semana despues de Pentecostés lo

que dice san Mateo. También en tiempo de cuaresma se lee el evangelio del mismo san Mateo que contiene la descripción de varias circunstancias que acompañarán al juicio final.

Varios designios puede proponerse un párroco al hablar del juicio final, que bien desempeñados harán una impresión saludable así en los pecadores, como en los justos. Pero el mas natural, el mas acomodado á la inteligencia del comun de los fieles y de consiguiente el mas útil es explicar el juicio por el mismo orden con que le describe el evangelio. Podrá comenzar de esta manera:

Hoy, H. M., nuestra madre la iglesia ofrece á la consideracion de los fieles una de aquellas verdades de nuestra creencia, cuya consideracion es sobremanera saludable y de grandes consecuencias así para vosotros, como para mí. Verdad terrible para los pecadores, pero muy consoladora para los justos; verdad que ha hecho temblar á los mas grandes santos, que ha llenado los desiertos de penitentes y anacoretas, que ha producido los mas extraordinarios sacrificios y las virtudes mas heroicas; esta verdad es el juicio que ha de celebrarse al fin del mundo. Es un deber mio el anunciárosle en este tiempo de Adviento, que lo es de preparacion á la solemnidad de la pascua ó primera venida del hijo de Dios al mundo. El bautista predicaba á los judios esta verdad terrible para prepararles á la venida del Mesias (véase san Lucas, cap. 5. v. 1.); y la misma debo yo anunciar hoy, á fin de disponeros para aquel dia en que el hijo de Dios vendrá á juzgar vivos y muertos. Para ello no necesito mas que haceros del juicio final la misma pintura que el Salvador hizo á sus discípulos y que nos presenta el evangelio de hoy. Os hablaré en primer lugar de las señales que precederán al juicio, en seguida os le haré considerar en sí mismo, y por último procuraré que penetreis bien los efectos de la sentencia que ha de pronunciar el soberano juez.

Convendrá que el párroco pida á Dios los auxilios de su gracia para tratar dignamente esta materia.

Como es demasiado vasta, no será posible tratarla en una sola plática, y por eso será bueno dividirla, hablando hoy del primer punto, y de los dos restantes en el domingo siguiente.

Al coménzar el cuerpo del discurso sentará por principio que si bien hay un juicio particular á la muerte de cada uno, en que se decide su suerte para siempre, habrá no obstante al fin del mundo un juicio general en que todos serán residenciados y juzgados segun sus obras. Asi nos lo enseña la fé y lo ha creído siempre la iglesia que todos los dias hace profesion pública de esta verdad en el credo que se canta en la misa y en el que recitan mañana y tarde los fieles.

Será muy á propósito presentar las razones en que se apoya este juicio y la conveniencia de que se difiera hasta el fin del mundo. (Véase santo Tomas al final de su tercera parte donde trata de *judiciaria Christi potestate*). Sentados estos principios pasará á tratar de las señales que han de preceder al juicio. De ellas unas son remotas y otras próximas, y aunque nosotros no hemos de ser testigos de varias de estas señales, no será inútil describirlas, porque sirven de mucho para inspirar sentimientos de temor. Asi es que san Pedro las recordaba á los primeros fieles. En seguida hablará de la resurreccion de los cuerpos, estableciendo y probando esta verdad de nuestra fé con la autoridad de la iglesia, con los testimonios de san Pablo y las razones que él mismo alega, y podrá citarse tambien el ejemplo de Job que tan penetrado estaba de su resurreccion en el último dia. Hecho esto deducirá una moralidad instructiva de la diferencia entre los cuerpos resucitados, y de aquí pasará á hablar de la venida de Jesucristo que entonces se dejará ver con todo el brillo y aparato de su majestad, llevando en su santísimo cuerpo las cicatrices de sus llagas que verán todos los hombres, asi como tambien su cruz preciosa, señal de nuestra redencion. Dirijiéndose en este lugar á los oyentes, con especialidad á los lujuriosos, á los avaros, á los vengativos y á todos los que hayan vivido sin freno ni religion y reusado llevar su cruz, les preguntará cuáles serán entonces los sentimientos de su corazon, y qué pensarán en aquel momento de sus desórdenes, de su vida escandalosa? etc. En seguida hará una pintura viva y patética de la separacion que harán los ángeles de los buenos y los malos: *unus assumetur et alter relinquetur*, aplicando estas palabras al auditorio y tambien asi mismo.

Para terminar este punto deberá insistir sobre la manifestacion

de las conciencias que en aquel dia estarán patentes á todos para confusion de los malos y consuelo de los buenos. Y cuidará de hacer resaltar el oprobio y la confusion que sufrirán los hipócritas, los pecadores en secreto y los que por vergüenza callan sus pecados al confesor. Como se desenvuelva esta última circunstancia con tino, con energía y unción, se verán muy luego los buenos efectos en el tribunal de la penitencia.

No deje el párroco de escitar aquí á sus feligreses á que durante la misa hagan repetidos actos de fé sobre la verdad del juicio universal en que han de comparecer; á que se confiesen luego de sus culpas y del modo con que desearian haberlo hecho en aquel dia, y que procuren no decir, hacer ni aun pensar en secreto lo que no quisieran ver manifestado ante todo el mundo.

En el 2.º punto, despues de hacer un breve resúmen de las circunstancias que han de preceder al juicio, como la resurreccion de los cuerpos, la aparicion de Jesucristo y la manifestacion de las conciencias, pasará á tratar del juicio en sí mismo y de sus efectos, advirtiéndole á los fieles que lo que les vá á decir es todavia mas interesante que lo que oyeron en el domingo anterior, proponiéndose hablar hoy de las dos sentencias irrevocables que pronunciará el supremo Juez en el último dia, y cuya ejecucion será inmediata y de eternas consecuencias. Fijad, H. M., les dirá, toda vuestra atencion y no olvideis nada de cuanto vais á oir.

Recitará en seguida la sentencia que Jesucristo ha de dirigir á los buenos. (Algunos teólogos, entre otros Silvio, son de opinion que Jesucristo la pronunciará en alta voz). Hará la paráfrasis de esta sentencia, cuidando de llamar la atencion sobre los sentimientos que producirá en el corazon de los electos, y en nosotros si tenemos la dicha de ser comprendidos en ella. Referirá por menor los motivos en que Jesucristo fundará una sentencia tan consoladora, inculcando aqui á los oyentes que no deben esperarla, si omiten practicar con sus prójimos las obras de misericordia asi espirituales, como corporales, antes bien se harán dignos de una condenacion eterna. Hecho esto, cambiará el párroco de tono y aun de semblante para dar á entender que lo que va á

decir es sumamente grave y terrible, y que no es fácil ni expresarlo bien, ni hacerlo comprender debidamente al auditorio; hablo de la sentencia que Jesucristo pronunciará contra los malos; para esto cuidará de entrar en los sentimientos del soberano juez al pronunciar la sentencia, hará la paráfrasis de ella palabra por palabra y sin olvidar los motivos en que ha de fundar el fallo; hará resaltar la oposicion que habrá de sentimientos entre los buenos y los malos en aquel trance, que estos no podrán alegar excusa alguna ni contestar la equidad de la sentencia, que en vano harán por apaciguar el enojo de su juez, que los ángeles y santos no querrán ni podrán interceder en su favor, que en situacion tan angustiosa se desesperarán, pero á pesar de eso la sentencia será llevada á ejecucion sin remedio y sin tardanza. Entonces es cuando se verificará la separacion y el eterno á Dios entre el padre y el hijo, la muger y el marido, etc. Separacion y á Dios que espuestos con viveza no podrán menos de hacer una fuerte impresion en el auditorio. Terminará la plática hablando de los efectos de la sentencia que serán eternos: *ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.*

Recomiende el párroco á sus oyentes que mediten y reflexionen sobre lo que acaban de oir, que se hagan asi mismos la aplicacion y vean qué sentencia se pueden prometer para aquel dia; y por último, les hará las mismas prevenciones que hizo el Salvador á sus discípulos, despues que les hubo hablado del juicio final. (Luc. 21, Marc. 24 et 25). El segundo plan ó designio que puede proponerse sobre este asunto es el de considerar el juicio final con respecto á los justos y con respecto á los pecadores. Despues de un exordio breve, pero patético, presentará el juicio universal como el mas terrible para los pecadores impenitentes en el primer punto; asi como el mas consolador para las almas inocentes y para los pecadores verdaderamente arrepentidos en el segundo punto. No será menester detenerse á probar la verdad del juicio, bastará indicar en globo lo que dijo en el año anterior, para pasar en seguida á la prueba del primer punto.

Sentará por principio, que un juicio es tanto mas terrible,

mas ilustrado, mas poderoso y mas inflexible es el juez que ha de pronunciar la sentencia, cuanto esta es mas severa, mas solemne y de consecuencias mas duraderas; se hará ver que á ningun juicio convienen mejor estos caracteres, que al que se ha de ejercer con los malos al fin del mundo, porque el juez será el mismo Dios, infinitamente sabio, infinitamente poderoso, infinitamente ofendido y cuya misericordia se habrá agotado; la sentencia será la mas justa como proporcionado el castigo á la multitud y enormidad de los crímenes, el juez la pronunciará á la faz del mundo entero que no podrá menos de reconocer la equidad y la justicia del fallo: *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum.* (Ps. 118.) y la ejecucion se realizará al momento, sin dilacion y para siempre: *Ibunt hi in supplicium æternum,* (Math, 25, v. 46). Puede darse cosa mas terrible?

Aquí podrá hablar de la manera con que son juzgados en la tierra los reos de lesa magestad, haciendo la aplicacion á los oyentes que se hallen en estado de pecado mortal. Les preguntará si creen de veras en la verdad del juicio, en cuyo caso deben estar persuadidos de que contra ellos lanzará Jesucristo el anatema eterno: *discedite à me;* les dirá que todavía tienen tiempo para sustraerse de la cólera del juez y de la severidad de la sentencia y que el medio único es hacer una verdadera penitencia, pues que si abusan por mas tiempo de la paciencia de un Dios, amontonarán sobre sus cabezas tesoros de furor para el dia de las venganzas: *bibent omnes peccatores terræ* (Ps. 74). Les exhortará á que aprovechen el tiempo presente con el ejemplo de un criminal encerrado en un oscuro calabozo á quien para concederle la libertad solo se le ecsigiera confesar sinceramente su crimen ante los jueces de la tierra y no continuar en sus antiguos desórdenes. No sería tenido por un insensato este hombre si reusára aceptar esta condicion tan fácil y mas si se le prometía por el príncipe una magnífica recompensa y ser elevado al estado mas feliz que pudiese apetecer? Pondrá á la vista de los pecadores sus propios intereses y les rogará por las entrañas de Jesucristo, que cuanto antes se acerquen al tribunal de la penitencia, y pongan fin á su vida criminal.

De aqui pasará al segundo punto, en el que hará ver que el juicio de los buenos ha de servir de infinito consuelo á las almas inocentes y á los pecadores verdaderamente arrepentidos: 1.º por la calidad del juez que estará perfectamente instruido de todas sus buenas obras y de los grandes esfuerzos que habrán hecho los pecadores para abandonar el pecado y corregir su pasion: 2.º por el caracter de la sentencia que será la mas dulce y se pronunciará á la faz de todo el mundo: 3.º por los resultados de esta misma sentencia que se ejecutará sin dilacion y por toda una eternidad: *justi autem in vitam aeternam.*

Dirá á los justos que mediten sobre esta sentencia tan á propósito para fortalecerles y alentarles, que en aquel dia darán por bien empleados los trabajos que hayan sufrido por adquirir su salvacion, por conservarse en la inocencia ó por haberla recobrado en el sacramento de la penitencia; á los justos perseguidos y calumniados les dirá, que en ese dia no solo se ha de manifestar la falsedad de la calumnia, sino que tambien se verán colmados de gloria, mientras que sus perseguidores sufrirán el baldon y la humillacion. Podrá dirigir aqui palabras de consuelo á los pobres de espíritu, á los mansos de corazon, á los misericordiosos, etc., siguiendo el orden de las bienaventuranzas. En nuestra mano está, concluirá, el escoger entre estas dos sentencias, escitando en seguida á sus oyentes á que antes de salir del templo formen una resolucion firme de no omitir medio para librarse del juicio de condenacion y conseguir una sentencia favorable.

Tambien puede tratarse este mismo asunto de otro modo que no es menos eficaz, á saber, el de escitar á los fieles á que mediten con frecuencia sobre el juicio final. Aunque este designio ó plan puede aplicarse á los demas novísimos ó postrimerías, hay sin embargo alguna cosa que puede decirse propia del juicio final, y cuya consideracion será muy provechosa y saludable á los pecadores y á los justos. Se podrá pues en el primer punto presentar los motivos que deben inducirnos á pensar con frecuencia en el juicio final, y en el segundo se propondrán los medios para hacer eficaz y provechosa esta consideracion.

Las razones en que apoyará el primer punto son, que este pensamiento y meditacion del juicio final tienen una virtud muy poderosa para hacernos huir del pecado, especialmente del que se comete en secreto, para evitar el que cuidemos escesivamente de nuestro cuerpo y tambien para alejar la falsa vergüenza en la confesion. Para esto hará ver cuál será la confusion que experimentarán en el dia del juicio los que hayan pecado á solas, y en la oscuridad de las tinieblas para que no llegará á noticia de sus padres, amigos etc., cuyos pecados se descubrirán entonces y se manifestarán á todos los hombres. Se dirá lo mismo de aquellos pecados que se callan en la confesion, como los sacrilegios, las calumnias, la hipocresía, y los interiores de envidia, odio etc. Respecto del escesivo regalo del cuerpo, la disolucion, la impureza y demas pecados de la carne, la consideracion del juicio es el mejor preservativo, trayendo á la memoria el estado espantoso que tendrán los cuerpos de los réprobos en el dia de la resurreccion general.

Nada tampoco mas eficaz para que hagamos buenas obras aun en secreto, para que llevemos con paciencia y aun con alegría las calumnias y las persecuciones injustas, que la memoria de la suma satisfaccion que experimentaremos en el dia del juicio, al ver publicadas todas nuestras buenas acciones, descubiertas todas las calumnias, y al considerar que nuestras almas volverán á unirse á sus cuerpos todos radiantes de luz y dotados de las demas cualidades del cuerpo glorioso.

Confirmará lo que ha dicho con el ejemplo de David, de los Macabeos y otros pasajes de la escritura, con la historia de Methodio referida por los escritores del siglo IX, de quien dicen que convirtió al Rey de los Bulgaros y á todo su reino con la descripcion terrible que hizo del juicio final; apelará ademas al testimonio de los mismos oyentes, en quienes ha producido los mas felices resultados este pensamiento, así como el olvido de los juicios de Dios ha sido siempre el origen de todos los desórdenes, segun lo atestigua el profeta en estas palabras: *inquinatae sunt vice illius in omni tempore, auferuntur judicia tua à facie ejus.* (Ps. 19). Puede citarse tambien como prueba el ejemplo de los dos viejos que atentaron contra la castidad de Susana.

Entre los varios medios que pueden hacer eficaz y provechoso este pensamiento, el primero es traerle á la memoria en las tentaciones, con especialidad en aquellas que nos inducen á cometer pecados secretos, como tambien en las calumnias, persecuciones y enfermedades. El segundo es recordarse asimismo lo que enseña la fé acerca del juicio final, parando la consideracion en todas sus circunstancias, como lo ejecutaban los santos, entre otros san Gerónimo, que se figuraba estar oyendo siempre el sonido de la trompeta que ha de llamar á juicio á todos los hombres, y ademas juzgarse continuamente asimismo, ecsaminando con cuidado su conciencia todos los dias y principalmente al tiempo de confesarse. El tercero, ejercitar la misericordia con los pobres, en cuanto lo permitan sus facultades. El cuarto en fin, mortificar el cuerpo y castigarse así mismo como lo hacia el apostol para no ser condenado en el último dia.

Pero como regularmente se tiene por penoso el meditar con frecuencia en los novísimos, es menester que cuando el párroco trate esta materia, desvanezca los pretextos que suelen alegarse para no ejecutarlo, mostrando que la consideracion del juicio lejos de hacer amarga la vida, la hace por el contrario mas dulce, mas suave y mas llevadera, porque derrama la tranquilidad en el alma y previene el pesar que en otro caso tendríamos á la hora de la muerte, por haber descuidado este pensamiento tan saludable y provechoso. Por eso no hay cosa mejor que meditar con frecuencia en el juicio final, especialmente en este tiempo de Adviento, siendo muy verosímil que los que se hallen dispuestos y preparados para recibir á Jesucristo en su primera venida, tambien lo estarán para comparecer ante él en la segunda.

Se podria tratar en este dia del temor de los juicios de Dios, del que hablaremos en el último domingo despues de Pentecostés.

La epístola de la misa es del cap. 15 de la carta de san Pablo á los Romanos. Desde el vers. 4 hasta el 14 se ocupa el apostol en hacer varias advertencias á los fieles á quienes escribe, hablándoles de las ventajas que les producirá la lectura de los libros san-

tos, asegurándoles que cuanto se ha escrito, es decir, cuanto han consignado en ellos los escritores sagrados, ha sido para nuestra instruccion y aprovechamiento. Y ciertamente en esta lectura encontraremos no solo de qué instruirnos, sino tambien motivos poderosos que nos animen en la adversidad, que nos consuelen en los trabajos y nos fortalezcan en los peligros. En seguida les exhorta á la concordia, á la union fraterna, á la caridad mútua, á que se sobreleven y sufran los unos á los otros, poniéndoles delante el ejemplo de Jesucristo y la gloria de Dios, á la que deben dirigir todas sus obras: despues habla con estension del ministerio de Jesucristo que ha venido, dice, primero para los judios, pero que tambien los demas pueblos han percibido los efectos dichosos de su venida por la infinita misericordia de un Dios de bondad; con este motivo y á fin de escitarles á darle gracias por tan señalado beneficio recita varios pasajes sacados de los libros santos.

En estas advertencias y consejos de san Pablo hallará el párroco abundante materia para formar un plan de instrucciones acomodado al tiempo de Adviento y muy á propósito para la entrada de la estacion de invierno. Con motivo de lo que dice el apostol sobre la utilidad de la lectura de los libros santos, podrá componer una plática acerca de las ventajas de leer libros de devocion en particular ó en familia. En cuyo caso manifestará lo útiles que son estas lecturas para fomentar la piedad en los padres, en los hijos, en los criados, etc.; para traer á buen camino á los que vivan en mal estado y para hacerles abandonar sus desórdenes y desarreglos, confirmándolo con el ejemplo de muchos santos que debieron su conversion á la lectura de libros espirituales, como lo aseguran de sí mismos san Agustin, san Ignacio y otros.

No se olvidará el párroco de precaver á sus feligreses contra la lectura de libros peligrosos, advirtiéndoles que tan útil como puede ser para el alma un buen libro, les será perjudicial la lectura de uno malo. Por eso les debe exhortar á que no lean sino aquellos de cuya buena doctrina esten bien seguros, y que jamás compren ó tengan en su poder libro alguno que contenga algo contra la fé ó las buenas costumbres; que en caso de duda acudan al párroco ó al con-

fesor para que les saquen de ella y que tengan bien presente la gravedad del pecado que se comete leyendo ó prestando libros malos, que son como el veneno que mata el alma, privándola de la vida de la gracia. Puede aqui aconsejarles algunos libros y encargarles que les compren si no les tienen, para que en algunos ratos se ocupen en leerles con provecho de su alma. Los mejores son la imitacion de Cristo, la introduccion á la vida devota de san Francisco de Sales, los ejercicios de san Ignacio de Loyola, Fr. Luis de Granada, en su Guia de pecadores, vida de nuestro Señor y de su santa Madre.

Despues de haberles hablado de la utilidad de la lectura espiritual y de la eleccion de libros, conviene enseñarles la manera de hacer saludable su lectura, sirviéndose de la comparacion del alimento corporal que para ser provechoso debe tomarse con ciertas disposiciones. Cuidad, les dirá, de invocar al Espíritu Santo antes de principiar á leer, poned la mayor atencion sobre lo que vayais leyendo, porque no se consigue el fruto leyendo muchos párrafos ó capítulos á la vez, sino meditando con detencion la doctrina que contienen; para eso es muy bueno que os apliqueis á vosotros mismos lo que leais, figurándoos que es Dios quien habla y os da aquellos buenos consejos, ó aquellas reprensiones, en cuyo concepto debeis prestar atento oido á sus santas llamadas para que asi saqueis algun fruto de vuestra lectura: *estote factores verbi et non auditores tantum.*

Se debe hablar con mucho cuidado y precaucion de la lectura de los libros santos. Aunque nada mas útil para los que se hallan en estado de sacar provecho, puede ser perjudicial á los menos instruidos que encontrarán en ellos dificultades y aun contradicciones aparentes que no les será posible resolver. Por esta razon debe tambien el párroco levantar su voz contra las biblias en lengua vulgar sin notas, si por desgracia se hubieran introducido en su parroquia.

Por lo que toca al segundo consejo que dá san Pablo en esta epístola relativo á la concordia y caridad entre todos, podrá el párroco dejar este asunto para otro tiempo, á no ser que quiera tratar del amor

del hijo de Dios que vino al mundo para servirnos de modelo de la caridad que debe reinar entre los hombres: *Suscipite invicem, sicut Christus suscepit vos in honorem Dei*. Esta epístola ofrece tambien materia muy abundante para una plática en lo que dice san Pablo de la misericordia de Dios para con los gentiles, cuyos dichosos efectos hemos experimentado nosotros. Se tomará por asunto la grandeza del beneficio de la encarnacion y el reconocimiento á que estamos obligados por tan singular beneficio y le propondrá de este modo. «Debemos meditar con frecuencia en el gran beneficio de la encarnacion y principalmente durante el Adviento, primer punto: cómo debemos hacerlo, segundo punto.»

Para estimular á los fieles á que mediten frecuentemente en el beneficio de la encarnacion bastará hacerles conocer su grandeza. A este fin el párroco les pondrá á la vista el estado miserable en que se hallaba el hombre por la culpa, del cual le ha sacado Dios por su encarnacion, y los grandes bienes que nos ha traído viniendo al mundo. Hará la enumeracion de los funestos efectos del pecado original; describirá la situacion deplorable en que se hallaba el género humano antes de la venida del hijo de Dios, entregado enteramente á la idolatría, que no era otra cosa que el culto de las pasiones mas abominables; solo en la Judea, dirá, se adoraba al verdadero Dios, pero en medio de esto, qué de crímenes! qué de supersticiones! Compadecido entonces Dios del hombre, envía su hijo unigénito: *Sic Deus dilexit mundum ut filium suum unigenitum daret*. Se parafrasearán estas palabras, esplicando cada término y se inferirá de aqui la inmensa bondad de Dios que no teniendo necesidad del hombre, y pudiendo perder al mundo encontró un medio tan extraordinario y admirable para rescatarle de la servidumbre de satanás, y para restablecerle en su amistad y en el derecho al cielo que habia perdido por su prevaricacion. *O inestimabilis dilectio charitatis*. En seguida hará ver cuán justo es el que todos piensen en un bien tan grande, habiendo todos participado de sus maravillosos efectos. Este beneficio, dirá, es el fundamento de nuestra felicidad y el manantial de nuestras esperanzas: *Lætamini gentes cum plebe ejus*; y los demas versículos de la epís-

tola, *Propterea confitebor tibi. etc. Laudate Dominum omnes gentes etc. Erit radix Jesse; in eum gentes sperabunt*: añadirá que en razon á la promesa que hizo Dios á los patriarcas y profetas, los judios fueron los primeros á quienes se concedió el conocimiento de tan singular beneficio: *dico enim Christum Jesum ministrum fuisse circumcisionis etc.*, pero que los gentiles de quienes descendemos nosotros hemos participado de él por pura misericordia del Señor, y en memoria la iglesia ha instituido este santo tiempo de Adviento para que le demos gracias por tan estimable beneficio, como ella misma lo hace en sus oficios y preces y principalmente en el prefacio de la misa, que será muy conveniente esplicar á los fieles: *verè dignum.... Quia per incarnati^o verbi mysterium etc.*, como tambien recordarles la oracion, *angelus domini*, que se reza en accion de gracias por el beneficio de la encarnacion; despues de esto hará ver la ingratitud de aquellos que rara vez ó nunca se ocupan de la consideracion de este misterio, y dirijiéndose á los fieles les preguntará si han pensado alguna vez en dar gracias á Dios por el insigne beneficio de la encarnacion, preciándose tanto de ser reconocidos para con los hombres. Les enseñará algunas prácticas para meditarle con fruto, y en bien de sus almas, lo cual será la materia del punto segundo.

Primera práctica: recordar este misterio siempre que se toque al *Ave María* y decir esta oracion de rodillas si se puede, y con mas devocion en este santo tiempo que en el resto del año. Si se les ha aconsejado ya en otra ocasion, les exhortará á que no lo olviden.

Segunda: unir á la consideracion de este misterio algunos santos afectos de admiracion, de accion de gracias, de amor, de ofrecimiento ó de alabanza.

Tercera: considerar las virtudes del hijo de Dios en su encarnacion y cuidar que sean la regla de nuestra conducta.

ASUNTOS

PARA LA TERCERA DOMINICA DE ADVIENTO.

En la tercera semana de Adviento caen las témporas de la estacion de invierno. Un párroco debe anunciarlas á sus feligreses no simplemente y á secas, como suele decirse, sino esplicando el objeto y las razones de su institucion y lo que ecsije la iglesia de los fieles para que correspondan á sus intenciones.

En la institucion de las cuatro témporas ha tenido la iglesia razones generales y razones particulares. El pueblo por lo regular está poco instruido de unas y otras. No sabe por qué de tres en tres meses se manda á los fieles que ayunen, y se ejerciten mas particularmente en la oracion y no sabe tampoco los motivos peculiares en que se funda la institucion de cada una de las témporas. Por lo mismo el párroco no dejará de esponer las razones generales en esta ocasion en que da principio el año eclesiástico, hablando en seguida de las particulares y propias de estas témporas, que son entre otras la de que demos gracias á Dios por habernos concedido los frutos de la tierra que nos han de servir de mantenimiento, la de que examinemos las faltas que hayamos cometido en el tiempo de la recoleccion, que pidamos su gracia para hacer buen uso de los bienes temporales, y sobre todo los ausilios necesarios para preservarnos de los pecados tan frecuentes en este tiempo de invierno, en que se suspenden la mayor parte de las labores del campo, y para emplearle cristianamente, disponiéndonos con el ayuno y la oracion á la gran solemnidad del nacimiento de nuestro señor Jesucristo.

Esta esposicion bien desenvuelta puede servir de una buena plática en el primer año, añadiendo algunas instrucciones sobre el modo con que deben santificar esta semana segun los designios de la iglesia que son: 1.º abstenerse de comer carne miércoles, viernes y sábado no teniendo bula, ayunar en estos mismos dias á no haber

algun impedimento legítimo (en estas témporas en que suelen cesar las ocupaciones del campo podrán ayunar muchos que en las demas están ligítimamente dispensados): 2.º dar gracias á Dios todos los dias de la semana por los frutos de la tierra recojidos durante el otoño, pedirle perdon de las culpas cometidas en esta estacion, y que nos preserve del pecado durante el invierno: 3.º observar el ayuno espiritual, de que nadie está esento y que consiste, como todos saben, en la mortificacion de las pasiones.

Si no se habla en forma de plática de la institucion de las témporas, convendrá tratarla en la esplicacion del catecismo, pero sin omitir en ningun caso de encomendar á las oraciones de los fieles tanto á los obispos que confieren las órdenes en estas témporas, conforme á la antigua costumbre de la iglesia, como á los eclesiásticos que las reciben, haciendo la indicacion de que acaso alguno de estos estará destinado por el Señor para ser algun dia el pastor de sus almas.

El evangelio de la misa es del cap. 11 de san Mateo, donde se habla de la embajada que san Juan, estando preso, envió con dos de sus discípulos á Jesus, que entonces se hallaba ocupado en la predicacion, para preguntarle si él era el Mesias esperado, y de la respuesta que dió el Salvador á estos enviados, como de lo que con este motivo dijo á sus oyentes acerca de san Juan Bautista.

Para formar una buena plática sobre este evangelio es preciso tener presente lo que ya hemos insinuado arriba, de que los párrocos ejercen con sus feligreses en este tiempo de Adviento el mismo ministerio que desempeñó el Bautista con los judios y por lo mismo deben tratar de llenarle del mejor modo posible en todas sus instrucciones.

Con esta mira, despues de presentar á los fieles en pocas palabras la historia de dicha diputacion, podrá el párroco comenzar su plática de esta manera:

Cuál pensais, H. M., fue la causa de que san Juan estando preso enviase dos de sus discípulos á preguntar á Jesus si era el verdadero Mesias esperado despues de tanto tiempo? Creeis por ventura que lo hiciera para asegurarse de esta verdad? No por cierto,

él sabia muy bien que Jesus era el Salvador del mundo prometido á los patriarcas; él lo habia manifestado asi al pueblo, publicando que Jesus era el cordero de Dios; él mismo le habia bautizado y visto descender sobre su cabeza el espíritu santo; él habia oido aquella voz del cielo en que el padre le declaraba hijo de Dios. Por qué pues esa mision de sus discípulos á Jesus? Les envia para que se enteren por sí mismos y se convenzan por sus propios ojos de la divinidad de Jesucristo, en presencia de los milagros que ante ellos habia de obrar con su virtud omnipotente. Jesucristo les hizo en efecto, y ya no pudieron dudar de que él fuera el verdadero Mesias. Hé aquí, H. M., lo que yodebo hacer tambien con vosotros en esta ocasion; en mí no hay la mas leve duda de la divinidad de Jesucristo y si preciso fuera, no solo sufriria como san Juan la persecucion y las cadenas, sino que derramaria tambien mi sangre por sostener esta verdad.

Pero no basta que yo esté persuadido de ella, es mi deber ademas el haceros conocer bien á Jesus, convenceros de su divinidad, comunicaros la verdadera ciencia, la ciencia de Jesus, ciencia la mas digna de un cristiano, y al mismo tiempo la mas útil y la mas necesaria de todas las ciencias. Oh! que no pudiera yo moveros á adquirirla! no está á la verdad sobre vuestros alcances; los mas ignorantes pueden aprenderla, poniendo los medios para llegar á ella. De esta ciencia, del conocimiento de Jesus vengo á hablaros hoy, proponiéndome hacer ver que nada es mas digno de vuestra aplicacion que el conocimiento ó la ciencia de Jesus y por tanto que nada debeis omitir para alcanzarla; en seguida os diré cuál debe ser este conocimiento y cómo podreis obtenerle.

Aunque este asunto parezca un poco abstracto y especulativo, no por eso el párroco debe dejar de tratarle con frecuencia; mucho mas cuando puede muy bien hacerle perceptible poniéndole al alcance de los fieles.

En el primer punto, despues de haber sentado por principio que todo hombre naturalmente desea saber y que el entendimiento humano se dedica con especialidad á conocer aquellos objetos que reunen mayor número de perfecciones, y cuyo conocimiento es mas cierto, mas ventajoso y mas esencial, no le será difícil demostrar que

el conocimiento ó la ciencia de Jesucristo es la mas digna de la aplicacion de un cristiano: 1.º porque ningun objeto hay mas perfecto que Jesucristo: 2.º porque nada mas cierto que lo que nos enseña la fé acerca de Jesucristo: 3.º porque ningun otro puede ser ni mas provechoso ni mas capaz de perfeccionar el entendimiento y el corazon del hombre, ni por consiguiente de dirigir mejor su conducta y de santificar todos sus actos en cualquier estado y condicion que sea. Y por último, ninguno mas importante ni mas necesario que la ciencia de Jesucristo que es la que mas interesa al hombre entre todas las ciencias. El párroco cuidará de estender cada una de estas razones, recordando lo que se ha dicho en otra parte sobre la hermosura de Jesus y las perfecciones de su humanidad santísima; hará ver lo mucho que escede en certeza la ciencia de Jesus á todas las ciencias; manifestará sus grandes ventajas incomparablemente superiores á todas las demas ciencias juntas, é insistirá por último en la necesidad absoluta y universal de esta gran ciencia. Porque, ¿cómo se amará á Jesus, si no se le conoce bien, si no se estudian atentamente sus máximas y su conducta? Por eso ha sido esta la ciencia de todos los santos, en especialidad del apostol san Pablo que decia: *non judicavi etc.* Por eso la iglesia se muestra tan cuidadosa de enseñarnos esta ciencia en todo el curso del año, desde el Adviento hasta el último domingo despues de Pentecostés, pudiendo muy bien decirse que no tiene otro objeto en las diferentes festividades que ha instituido en honor de Jesucristo. Hará ver en seguida que la ignorancia de Jesus es el origen de todos los desórdenes que deshonan el cristianismo; se lamentará de que haya tan pocos que conozcan á Jesus, sirviéndose de estos pasages de san Juan: *in mundo erat, et mundus eum non cognovit. Medius vestrum stetit quem vos nescitis.* Dirigiéndose despues á los oyentes, y principalmente á los padres y madres, les preguntará, si es Jesus lo primero que enseñan á sus hijos (la mayor parte de las madres no enseñan á sus niños quien es Jesucristo). Y qué les enseñan? Ah! si son ricos y de familia ilustre, les instruyen con el mayor esmero de la prosapia y nobleza de sus abuelos, les enseñan las máximas del mundo, cuidan de que aprendan las letras y las ciencias profanas, mientras que ninguna diligencia po-

nen porque conozcan á Jesus: si son pobres, no tardan en hacerles aprender á ganar la vida, á trabajar corporalmente; importándoles poco que aprendan el camino del cielo que nos trazó Jesucristo. Dirigiéndose despues á los niños y á los jóvenes, les preguntará si están bien enterados de los hechos principales de la infancia y juventud de Jesucristo que es su único modelo. Ah! de ciento, dirá, apenas se encontrarán diez, que sepan cómo pasó Jesucristo su juventud. Y qué es lo que aprenden? Mil cosas inútiles y por lo comun perjudiciales. Podrá estenderse en este detalle, si lo cree á propósito, pero no dejará de hacer conocer á sus oyentes el error en que han vivido hasta el dia, y de escitarles vivamente como lo hacía san Pedro, á que crezcan en el conocimiento de Jesucristo. *Vos igitur, fratres, crescite in cognitione Domini nostri Jesu Christi.* El santo apostol concluye su carta con estas palabras, y con las mismas podrá terminarse este primer punto.

En el segundo enseñará cuál debe ser esta ciencia de Jesus: 1.º es preciso que sea seria y atenta, procurando instruirse del mejor modo posible de cuanto concierne á la doctrina y vida de nuestro Señor desde su encarnacion hasta su ascension: 2.º debe ser tambien tierna y amorosa, porque no es bastante un conocimiento puramente especulativo, es necesario que el corazon tenga mas parte que el entendimiento; y que se asemeje al de los bienaventurados que contemplando á Jesus objeto de su felicidad están unidos á él de la manera mas íntima. Este es el término de la ciencia, á que os exhortamos, la cual del mismo modo que el amor se da á conocer por las obras.

La tercera cualidad de esta ciencia es que sea práctica. Quien dice, que conoce á Dios y no guarda sus mandamientos es mentiroso: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est.* Solo practicando lo que nos manda, es como podemos estar seguros de que le conocemos. *In hoc scimus, quoniam cognovimus eum, si mandata ejus observemus.* De aqui podeis inferir, H. M., dirá al auditorio, cuán pocos son los cristianos que conocen verdaderamente á Jesucristo, siendo tan pocos los que etc. Juzgad vosotros mismos, entrad en el interior de vuestro corazon y decid

si teneis un verdadero conocimiento de Jesucristo. Aqui el detalle de los mandamientos que no se observen en la parroquia.

Acaso me digais que vosotros sabeis perfectamente quién es Jesucristo, el hijo de Dios hecho hombre etc. Pero de qué os sirve saberlo, si desmiente vuestra conducta ese conocimiento? No os haceis por lo mismo acreedores á mayor castigo? Ah! Vosotros habeis ignorado á Dios y Dios rehusará conoceros: *Amen dico vobis, numquam novi vos*. Si puede alargarse la plática, (que nunca debe pasar de media hora), manifestará á sus oyentes dónde y cómo podrán encontrar esta ciencia: 1.º en la oracion: *Noverim te Domine Jesu*: 2.º en las visitas al santísimo sacramento, donde debemos ir á estudiar á Jesucristo, que renueva en nuestros altares todo cuanto nos enseñó durante su vida con la palabra y con el ejemplo, y hasta los milagros que obró, pudiéndose decir con verdad que este sacramento encierra la memoria de sus maravillas, segun la expresion del salmista. Alli es donde recobran la vista los ciegos espirituales, alli donde son fortificados los débiles etc. *Cæci vident, claudi ambulant etc.* Dichoso el que no se escandalice del estado á que le ha reducido en la Eucaristia nuestro amor y acuda con frecuencia al templo á oir sus divinas lecciones: *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me*. Contemplemos, H. M., continuamente á Jesucristo en ese estado de humillacion y anonadamiento y pongamos en práctica las lecciones que nos está dando de humildad y de caridad. Comencemos á practicar sin tardanza esta divina leccion, la mas digna de un cristiano en cualquier edad y condicion, la mas importante, la mas consoladora, la mas indispensable de todas las ciencias, como que ella nos allana el camino de la eterna bienaventuranza.

En la segunda parte del evangelio que contiene el elogio que el Salvador hizo de san Juan, encontrará el párroco materiales con abundancia para instruir con fruto á sus feligreses. El Salvador alaba en san Juan su firmeza, su paciencia, y ademas declara que es mas que profeta, porque es el ángel enviado de Dios para prepararle sus caminos.

Principiará enumerando las circunstancias que hacen á un hombre recomendable y digno de elogio: estas, dirá, no son ni las ri-

quezas, ni el nacimiento, ni el saber, sino la firmeza, la constancia en ejecutar la voluntad de Dios en el estado en que se halle, en sufrir sin desalentarse los trabajos y penalidades de la vida y hasta las injustas persecuciones que puedan suscitarse contra él. Referirá los diferentes rasgos de la vida de san Juan que tienen relacion con lo que se acaba de decir, significando á sus oyentes que están muy distantes de merecer aquel elogio de Jesucristo á san Juan, siendo tan flojos, tan inconstantes para el bien, y tan impacientes en los males que les sobrevienen; sucediendo que tan pronto son de Dios, como del mundo, tan pronto justos como pecadores.

Insistirá sobre la penitencia de san Juan, penitencia por parte de la soledad en que vivia, penitencia en sus vestidos toscos y groseros, penitencia en sus alimentos silvestres, oponiéndola á ese espíritu de molicie que reina en el mundo, á la inmortificacion casi universal, y especialmente al lujo y profanidad en el vestir, al regalo en la mesa, á la comodidad en las habitaciones etc. Hé aquí, dirá, lo que motivaba el elogio de san Juan. Se podrian en vosotros, H. M., elogiar las mismas virtudes? No os habeis hecho mas bien dignos de la condenacion de Jesucristo por haber tenido los vicios opuestos? Ah! escuchad hoy esa voz que clama en el desierto: haced penitencia, que lo manda el mismo Jesucristo y la piden vuestros pecados; haced penitencia, que la iglesia vuestra madre asi os lo suplica y ordena, con especialidad en esta semana; todo, todo os convida á la mortificacion y á la penitencia: sereis tan insensibles que vosotros solos os dejéis llevar de vuestras pasiones en estos dias de penitencia, y que por un amor desordenado á vosotros mismos querais esponeros á perecer para siempre? No, Dios mio, no será asi. (Aqui la oracion á Dios, en que se espresa la resolucion de su auditorio á imitar á san Juan en las dos virtudes de que le elogió Jesucristo).

Otro asunto ó mejor otro plan podria seguirse sobre el evangelio de esta dominica, á saber, el de tratar únicamente de la virtud de la mortificacion que es la que principalmente elogia Jesucristo en el Bautista. Esta materia es demasiado vasta, pero muy interesante. Elegida por el párroco, empezará desvaneciendo la falsa idea que

suele formarse comunmente de la mortificacion, mirándola algunos con espanto ó como propia solamente de los que viven en un estado de mayor perfeccion; escitará á sus oyentes á ejercitarse en ella, mostrándoles su necesidad y las grandes ventajas que produce, lo cual le dará ocasion para formar un detalle en el cual pueda reconocer cada uno en qué peca contra esta virtud.

En el primer punto, después de explicar con claridad, qué es lo que se entiende por la virtud de la mortificacion y de enumerar las diferentes especies, hablará de su necesidad, con especialidad de la que se llama interior ó espiritual, por otro nombre, mortificacion de las pasiones; necesidad fundada primeramente en la obligacion que tenemos de renunciar á la inclinacion al mal, con que todos nacemos y que no se destruye por el bautismo: dirá que todos llevamos dentro de nosotros mismos el germen de toda suerte de pecados, y que sin la mortificacion estamos espuestos á cometerles. Necesidad fundada en segundo lugar en las promesas que hicimos al recibir el bautismo, donde renunciamos al mundo, á sus pompas etc. y prometimos seguir á Jesucristo. Y fundada por último en los deberes peculiares de cada estado que no pueden cumplirse, sin hacernos una santa violencia. Mostrará á dónde nos lleva por el contrario la inmortificacion de las pasiones: *manifesta sunt opera carnis; inde bella et lites, etc.* De aqui es que san Pablo insista tanto sobre la mortificacion de la carne y que Jesucristo diga que el camino del cielo es estrecho y que es necesario hacerse violencia. Confirmará todo esto con la esperiencia misma de los oyentes. Pero como cueste trabajo resolverse á practicar esta virtud, deberá poner á la vista sus ventajas en el segundo punto. San Buenaventura las enumera en el libro segundo de *profectu religiosorum. Valet mortificatio ad peccatorum purgationem, ad citiorum repressionem, ad augmentum virtutis, ad spiritualis consolationis expressionem, ad proximi edificationem et meritum gloriæ.* No hay mas que seguir este detalle para ponderar la utilidad de la mortificacion, deteniéndose mas particularmente en dar á conocer uno de sus principales efectos, que es el de la paz para consigo mismo y para con el projimo y la verdad de esta máxima de san Basilio, que

parece una paradoja, pero que está fundada en una constante experiencia, á saber, que un hombre mortificado sufre mucho menos que aquel que nunca se mortifica.

Enseñará finalmente á sus feligreses el modo de practicar esta virtud, empezando por lo mas necesario, que es reprimir las pasiones y los estímulos de la concupiscencia, llenar los deberes respectivos de su estado, y sufrir con resignacion los trabajos y penalidades de la vida. No hay otro camino, dirá, para ir al cielo, por él han marchado los santos, aun los mas inocentes, como san Juan, persuadidos de que es el único que conduce seguramente al eterno descanso.

La epístola no ofrece menos materia que el evangelio. Toda ella es un manantial de excelentes consejos los mas saludables para prepararnos á la solemnidad de la pascua, y santificar las festividades siguientes. Está tomada del cap. 4 de la de san Pablo á los Filipenses, y fué escrita desde Roma á los habitantes de la ciudad de Filipo al finalizarse los dos años de prision que sufrió este grande apostol en aquella ciudad y poco tiempo antes de morir.

No puedo disponeros mejor, H. M., á la próxima festividad de la pascua, que poniéndoos á la vista los saludables consejos que daba en otro tiempo el apostol san Pablo á los primeros cristianos y que acabais de oír en la epístola de este dia. Sus primeras palabras son todas de alegría, de exhortacion á una alegría santa que nunca debe cesar; regocijaos siempre, dice el apostol *Gaudete etc.*, pero que sea un regocijo acompañado de modestia, de moderacion, de paciencia; un regocijo que se deje ver de todos los hombres. Sí, H. M., continuará, debeis regocijaros; y yo os anuncio un gran motivo de gozo: *Evangelizo vobis gaudium magnum*, gozo de que todos son participantes: *Quod erit omni populo*. Los pobres y los pastores fueron los primeros á quienes fue anunciada tan dichosa nueva; mas no fueron excluidos los ricos ni los pecadores, como que todos, ricos y pobres, pecadores y justos, todos somos partícipes de sus beneficios. Tambien lo sois vosotros, H. M., y lo soy yo: regocijémonos pues con motivo tan plausible; la iglesia nos invita y quiere que nuestros corazones se inunden de alegría. Pero qué alegría debe ser esta,

qué virtud debe acompañarla , cuáles serán sus preciosos frutos, si es cual debe ser? Hé aquí, H. M. , lo que me propongo esplicaros hoy. Vereis de qué modo habeis de regocijaros en el Señor en las próximas festividades, y vereis tambien la paz que producirá en vuestro corazon esta alegría, si seguis las reglas que os tracemos.

Hablará primero de las diversiones en general, diciendo que las hay lícitas y aun necesarias , tanto para el alma, como para el cuerpo; que no condena el cristianismo sino las criminales ó peligrosas, y aun enseña á santificar las primeras. Os es permitido pues, H. M., regocijaros en estos santos dias , porque teneis gran motivo para ello : *Dominus propè est*. El Señor va á dejarse ver bien pronto, fijará su morada en medio de vosotros, trayéndoos la paz y con ella toda suerte de bienes. Espondrá con toda estension el motivo de esta alegría, enumerando los infinitos bienes que son consiguientes al nacimiento de Jesucristo, deduciendo de aquí que jamás ha existido mayor motivo de gozo; por cuya razon la iglesia permite que en la primera pascua celebre cada sacerdote tres misas, y con el mismo objeto ha instituido las otras tres festividades siguientes, una en honor de los santos inocentes que fueron martirizados en su infancia, otra en honor de san Esteban martirizado en la flor de su edad, y la tercera en honor de san Juan que murió en estremada vejez, como para significarnos que no hay edad que no deba participar de la comun alegría.

Debeis pues regocijaros, H. M., pero como, cuál debe ser vuestra alegría? Será por ventura una alegría profana que se dé á conocer por los excesos, por la disolucion, los bailes, las reuniones peligrosas y otras diversiones semejantes? No quiera Dios que os aconsejemos esa alegría; os está absolutamente prohibida, y con ella lejos de agradar á Jesucristo y merecer su gracia, os atraeriais su indignacion y sus castigos. Los verdaderos fieles y discípulos del crucificado deben gemir y llorar al ver que los mundanos se entregan á tan loca alegría. Jóvenes, guardaos bien de todo placer prohibido; padres de familia, cuidad que vuestros hijos etc. (Aquí hablará contra los desórdenes que se hayan cometido en los años anteriores, para prevenirles).

Que no se vea en vosotros, H. M., sino una alegría santa *in Domino*, una alegría en el Señor. (Véase la epístola y esplíquese lo que significa regocijarse en el Señor). En qué pues dareis á conocer vuestra alegría? en qué la manifestaréis? En asistir con puntualidad á los divinos oficios en las próximas festividades, en frecuentar los sacramentos, en leer libros de piedad y en cantar cánticos espirituales que resuenen en vuestras casas, en las calles y hasta en los campos.

Pero no nos será lícito, preguntareis, recrearnos honestamente durante estos dias? Sí, H. M., que tambien lo hacian los primeros cristianos: *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una... Erant illis omnia communia.* (Act. 4. 32). *Sumebant cibum cum exultatione et simplicitate cordis.* (Ibid. 2. 46). Imitadles pues, H. M.: *Justi epulentur in conspectu Dei.* (Ps. 67. 4). *Dedlectare in Domino* (Ibid. 26. 4). Que los pobres participen de la caridad de los ricos. Cuán edificante sería, ricos del mundo, ver á vuestra mesa en esos dias algunos pobres de Jesucristo? Asi lo practicaban san Luis y otros muchos príncipes y santos. Al menos una parte de esos bienes que Dios os ha dispensado, dádsela á Jesucristo en la persona de los pobres, y no abuseis de los frutos de la tierra que os ha concedido para que podais servirle y atesorar méritos para el cielo. No nos deis motivos de gemir y de llorar, si llega á nuestra noticia que profanais dias tan santos con vuestras disoluciones y regocijos criminales; que podamos mas bien llenarnos de gozo al ver reinar en vosotros y en vuestras familias la piedad mas edificante. Este es el primer consejo del apostol: *Gaudete in Domino, gaudete semper.* Que vuestras diversiones, que vuestra alegría vayan siempre acompañadas de una santa modestia, como lo encarga san Pablo y es su segundo consejo; no la desmintais jamás en cualquier lugar que os halleis, dentro de casa, en la calle, en los caminos, y sobre todo en la iglesia; que vuestra modestia sea conocida de todos los hombres, y para conservarla no dejéis de traer á la memoria la consideracion de que Dios está presente, diciéndoos con frecuencia á vosotros mismos: *Dominus propè est*, Dios está aquí, me vé y me oye. Decidlo asi vosotros jóvenes,

ya esteis solos, ó en compañía con otros; el Señor está aquí: *Dominus propè est*. Decidlo durante las tinieblas y en la claridad del dia. Oh! este pensamiento sería muy eficaz para que evitárais toda inmodestia y santificáseis vuestras diversiones. No le olvidéis pues en las próximas festividades, acordaos de la modestia de la santísima Virgen, que fue tan grande como la alegría de que se inundó su corazon en el nacimiento de su hijo. Imitadla vosotras sobre todo, jóvenes del otro sexo: *Æmulamini modestiam ejus*, decia san Bernardo. Y vosotros padres de familia, ancianos, seguid asimismo el ejemplo de san José que tomó parte en la alegría de su esposa con una modestia perfectamente cristiana. Esta virtud os dispondrá para practicar el tercer consejo que dá san Pablo y que es tan esencial como los dos precedentes, á saber, el uso de la oracion: *in omni oratione*.

No dejéis, H. M., de dirigir principalmente en este tiempo continuas oraciones á Dios, esponiéndole vuestras necesidades, seguros de que quiere y puede remediarlas. Durante las próximas festividades teneis mas lugar de ocuparos en la oracion; aprovechad pues un tiempo tan precioso y venid á este lugar santo á descubrir vuestras miserias á un Dios niño, que os aguarda para curaros, para consolaros y fortificaros; pero pedidle con fervor y con una entera confianza. *Nil solliciti sitis*, dice el apostol, unid á vuestras súplicas acciones humildes de gracias: *cum gratiarum actione*, porque sin este espíritu de reconocimiento no pueden ser acogidas favorablemente vuestras oraciones, dice san Buena-ventura, asi como con él, nada hay que no se alcance. Acaso os parecerá que ecsijo demasiado, pidiéndoos el sacrificio de las diversiones profanas, la modestia y la oracion; acaso os figureis que lo pasaríais mas á gusto, abandonándoos á los placeres del mundo, á la disipacion, al ocio y pasatiempos inútiles; pero desengañaos, H. M., no es posible conseguir un verdadero contento y una sólida alegría si no poniendo en práctica los consejos que nos dá san Pablo en su epístola, porque solo de este modo nos será dado obtener la verdadera paz, aquella paz que hace nuestra felicidad en este mundo. Os lo demostraré en el punto segundo.

Nada mas comun y ordinario que experimentar disgusto y re-

mordimientos despues de ciertas diversiones á que se entregan los hombres contra lo que Dios manda. Vos lo habeis dispuesto asi, Señor, decia san Agustin, vos habeis querido que todo placer desordenado vaya seguido de dolor y de pena; y demasiado lo sabeis tambien vosotros, H. M., por vuestra propia esperiencia. Y sino decidme; habeis salido contentos y tranquilos de ciertas diversiones en que vuestra alma ha sido víctima de vuestro delirio insensato? Ah! qué de temores, qué de inquietudes y sobresaltos no han sucedido á esa loca alegria, á esos mentidos placeres á que os habeis entregado! Deciais, paz, y la paz habia huido de vuestro corazon, porque no es posible que haya verdadera paz, sino en el contentamiento de una conciencia pura y esenta de pecados. Quereis, H. M., gustar las dulzuras de esa hermosa paz? Pues emplead las próximas festividades en la práctica de buenas obras, en el ejercicio de las virtudes, y entonces la paz inundará vuestras almas y vuestros corazones, derramando en ellos la suavidad y la alegria, frutos de la paz del mismo Dios, que sobrepuja infinitamente todos los demas bienes. Entonces pedireis á Dios, y Dios os escuchará, y siuviéreis la desgracia de tener vuestra alma manchada con el pecado, él os moverá con su santa gracia, para que en las inmediatas festividades vayais á ponerlos á los pies de sus ministros, de un buen confesor á quien descubrais vuestras culpas y las lloreis con la mayor amargura. De esta suerte conseguireis el perdon y os vereis libres del peso que tanto os oprimia y abrumaba. Oh! quién podrá decir los consuelos de que entonces rebosará vuestro corazon! Cuán resarcidos quedareis de los falsos placeres que hubiérais podido gustar en las reuniones mundanas! Qué tienen que ver todos ellos con la paz de que os hará participantes el que vino al mundo á traernos tan precioso bien, anunciado por los ángeles á todos los hombres: *In terra pax hominibus bonæ voluntatis* (Luc. 2). Haced, H. M., la esperiencia de lo que os digo, y aun que os cueste algun trabajo, mayor todavia del que os podeis figurar, no desmayeis, porque no se puede comprar jamás demasiado caro un bien tan grande como es la paz, paz de Dios que escede á todo bien. Yo os la deseo, etc.

ASUNTOS

PARA LA CUARTA DOMINICA DE ADVIENTO.

El evangelio del cuarto domingo de Adviento está tomado del primer capítulo de san Juan. En él leemos el testimonio que dió el Bautista de Jesucristo cuando los judíos enviaron desde Jerusalem sacerdotes y levitas á preguntarle, si era el verdadero Mesías. La fama de las virtudes del santo precursor hacía que muchos de entre los judíos le miráran como el Mesías y por eso se resolvieron á dirigirle aquella pregunta. Pero este gran santo, fiel á su ministerio, declara abiertamente que él es solamente el que prepara los hombres á la venida del Mesías, quien ya se halla, añade, en medio de ellos sin que le conozcan. Fácil es conocer, porque la iglesia nos pone á la vista este evangelio poco antes de la natividad de nuestro Señor Jesucristo; desea tan cuidadosa madre que los párrocos redoblen su celo y esciten á los fieles á que se preparen para recibir al hijo de Dios que quiere nacer espiritualmente en su corazón. Este anhelo y este deseo le manifiesta en sus cánticos, en sus oficios y en sus preces que no respiran otra cosa que escitaciones tiernas á Jesús, para que venga á comunicarse á nuestros corazones. A nosotros toca, H. M., dirá, el corresponder á tan viva solicitud de nuestra madre la iglesia; dentro de poco renovaremos la memoria de la primera venida del hijo de Dios al mundo bajo una forma sensible. Y podremos por ventura disponernos suficientemente para celebrar esta festividad de un modo digno de su grandeza y de los maravillosos efectos que debe producir en nuestras almas? Para animaros á conseguirles os manifestaré en primer lugar la necesidad que teníamos de la venida del hijo de Dios y en segundo las disposiciones próximas para recibirle con fruto.

Para llenar el primer punto se leerá el sermón 7.º de san Bernardo, *de adventu Domini*, donde explica perfectamente la necesidad en que estábamos de la venida del Salvador: *Necessarius*, dice,

Salvatoris adventus, y da la razon: *Nemo enim reperitur in nobis, qui non et consilii et presidii indigus videatur. Generi humano generalis est triplex miseria.* Despues de esplicar estas tres miserias que son, facilidad en ser seducidos, debilidad en el obrar y fragilidad para resistir, muestra perfectamente en seguida, como Jesucristo nos ha traído el remedio con su nacimiento. *Fidelis consiliarius est*, dice, *fortis auxiliarius, patronus efficax.* Se cuidará de inspirar al auditorio un vivo deseo de participar de este divino remedio que nos ha proporcionado el hijo de Dios, viniendo al mundo. Les dirá que si ellos ponen tanto cuidado y diligencia en remediar las enfermedades y necesidades del cuerpo, buscando médicos hábiles, abogados entendidos, protectores poderosos, cuando se interesan la salud ó los bienes temporales, con cuánto ardor no deberán recurrir al soberano médico de las almas, al que es la sabiduria por esencia, y al que puede todo lo que quiere? Les moverá á que redoblen los deseos de su venida por medio de oraciones jaculatorias y que se unan á los sentimientos de la Virgen santísima, cuando se hallaba prósima al dichoso alumbramiento de su hijo, añadiendo que con este objeto, es decir, con el de prepararnos al nacimiento de Jesus, celebra la iglesia la festividad de la espectacion de la Virgen ocho dias antes de la natividad. Mas como no sea bastante un simple deseo de que Jesucristo venga á nosotros, sino que es menester que sea eficaz y poderoso para disponernos debidamente á recibirle, tratará en el segundo punto de las disposiciones próximas y necesarias á este fin.

Y cuáles son estas? San Juan las señala en dos palabras: *Rectas facite semitas ejus.* Para hacer derechas las sendas de Jesucristo es menester que desterremos de nuestro corazon, que es el lugar donde ha de nacer, todo lo que sea contrario á su espíritu, como el pecado y el afecto al pecado. Hará mencion de los principales pecados que le alejan de nuestra alma, distinguiendo entre los que enteramente nos separan de Dios, como los mortales y los que no hacen mas que disminuir su amor para con nosotros y poner obstáculos á las gracias que sin ellos nos comunicaría, como son el afecto al pecado venial, la negligencia y la tibieza. Exhortará á los fieles á que

se purifiquen no solo de los pecados mortales, si no tambien de los veniales, á que redoblen la práctica de buenas obras y especialmente las de mortificacion en la vigilia de navidad, que es dia de ayuno mandado por la iglesia; les propondrá por modelo el fervor con que la santísima Virgen y san José hicieron el viaje desde Nazaret á Belen, lugar en que segun los eternos decretos habia de nacer el hijo de Dios, y el ejemplo de tantos justos y almas piadosas que en ese dia se mortifican y ejercitan en buenas obras. Otra disposicion mas necesaria y esencial es la humildad, sin la cual nunca podremos lograr que venga Jesucristo á nuestra alma, y nos conceda sus gracias; virtud sobremanera rara, sin embargo de ser tan indispensable. Explicará primero en qué consiste y despues propondrá el ejemplo de san Juan, exhortando á imitarle ya en sus sentimientos interiores de humildad, *ego vox: non sum dignus solvere corrigiam, etc*, ya en su conducta exterior, negándose á recibir los títulos que le daban de Elias, de Profeta y de Mesias.

Antes de concluir preguntará á los oyentes, si desde el principio del Adviento han tratado de prepararse debidamente para la fiesta solemne de navidad, ó si como en los años anteriores han mirado este tiempo como cualquiera otro del año; añadiendo inmediatamente que en ese caso no estrañen, si cada dia se sienten mas frágiles, mas llenos de tinieblas y de pecados, pues que nada han hecho ni quieren hacer para sacar provecho de los grandes bienes que el hijo de Dios ha venido á traer al mundo: concluirá exhortándoles enérgicamente á no abusar por mas tiempo de los medios de salud que Dios les ofrece y á prepararse cuanto antes á la venida del Salvador, para que nazca espiritualmente en sus corazones.

Será muy conveniente que el párroco en este domingo enseñe á sus feligreses el modo de ocupar santamente las próximas fiestas de navidad, que suelen regularmente emplearse en diversiones peligrosas y reprehensibles. Un párroco celoso procura evitar semejantes profanaciones, amonestando seriamente á sus oyentes, ya sea en la explicacion de la doctrina, ya al principio ó fin de la plática, á que se alejen de tales peligros y escesos y ocupen dias tan solemnes de una manera cristiana.

Otra materia importante que puede tratar el párroco sobre este evangelio es el conocimiento de sí mismo, y particularmente de la pasión dominante.

Después de referir la pregunta de los judíos á san Juan Bautista y la respuesta que les dió, dirá que cada uno debia hacerse á sí mismo igual pregunta, con el fin de conseguir un conocimiento exacto de sí propio, y que son muy raros los que imitan la sinceridad de san Juan por no haber entrado dentro del corazón á examinar su fondo y sus inclinaciones. De esta falta de conocimiento procede que nos juzguemos mejores de lo que somos en realidad y de que queramos ser tenidos en mas alto concepto y estimacion de la que merecemos. Ceguedad estraña y sobre manera funesta! Se hará ver la necesidad que tenemos de conocernos bien á nosotros mismos y la utilidad de este conocimiento, mostrando en seguida lo muy descuidado que está por lo comun y los grandes perjuicios que acarrea tan funesta ignorancia. San Bernardo establece de una manera sólida la necesidad de este conocimiento en sus sermones sobre el cantar de los cantares, 35, 36 y 37. El es el primero, dice, y el mas necesario al hombre. (1) *Volo animam primò*

(1) *Volo animam primò scire seipsam, quod id postulet ratio et utilitatis et ordinis. Et ordinis quidem, quoniam quod nos sumus, primum est nobis: utilitatis verò, quia talis scientia non inflat, sed humiliat, et est quedam preparatio ad ædificandum. Nisi enim super stabile humilitatis fundamentum, spirituale ædificium stare non potest. Porro ad se humiliandum nil anima invenire vivacius potest, quam si se in veritate invenerit..... Nam quomodo non verè humiliabitur in hac vera cognitione sui, cum se perceperit oneratam peccatis, mole hujus mortalis corporis aggravatam, terrenis intricatam curis, carnalium desideriorum sæce infectam, cæcam, curvam, infirmam, implicatam multis erroribus.... Tunc convertetur ad lacrymas, convertetur ad plactus et gemitus; convertetur ad Deum et in humilitate clamabit: sana animam meam quia peccavi tibi..... Atque hoc modo erit gradus ad notitiam dei, cognitio tui..... Nam si ignoras te, non habebis timorem dei in te, non humilitatem. An vero sine timore dei, et sine humilitate, de salute præsumas, tu videris..... Nemo dico absque cognitione sui salvatur, de qua oritur mater salutis, humilitas et timor do-*

scire seipsam. 1.º: Para humillarse, conociendo sus miserias: 2.º para conocer á Dios y cumplir con los deberes que nos ha impuesto, añadiendo que sin el conocimiento de sí mismo nadie puede alcanzar su salvacion. Bastará leerle con cuidado para encontrar materiales con que llenar el primer punto. Tambien se propone alli el santo Doctor en hacer ver las fatales consecuencias de la ignorancia de sí mismo, consecuencias que no es difícil percibir, considerándolas en relacion á sí, al prójimo y á Dios, todo lo cual le servirá para esplicar el 2.º punto. Cuidará de poner á la vista de sus oyentes el estado de ceguedad en que han vivido respecto del conocimiento de sí propios. Puede ser, dirá, que hayais puesto el mayor conato en estudiar objetos estraños, objetos que están fuera de vosotros y que apenas os interesan, mientras que habeis mirado con desden el estudio de vosotros mismos. Sabeis por ventura lo que os dice la fé acerca de vuestras almas y de lo mucho que han costado al hijo de Dios? Ignorais que sois cristianos, destinados á gozar una bienaventuranza sin fin? Escuchad siquiera la recta razon y os enseñará que no habeis sido criados para este mundo, que sois mortales, flacos, semejantes á los demas hombres, que todo lo habeis

mini, qui sicut est initium sapientiæ, ita et salutis... . Noveris proinde te, ut deum timeas, noveris ipsum, ut æquè ipsum diligas..... Et quem admodum ex notitia tui venit in te timor dei, atque ex dei notitia itidem amor; sic è contrario de ignorantia tui superbia, et de ignorantia dei desperatio. Superbiam parit tibi ignorantia tui, cum meliorem quam sis, tua deceptrix cogitatio esse mentitur. Desesperationem ignorantia Dei: Fortasse aliquis reversus in se et displicens sibi in omnibus malis quæ fecit, cogitans redire ab omni via mala, si ignorat quam sit bonus deus, quam suavis et mitis, quam multus ad ignoscendum; nonnè sua carnalis cogitatio arguet eum et dicet; quid facis? Et vitam istam vis perdere et futuram? Peccata tua maxima sunt et multa, nec sufficies satisfacere. Et desperatus resilit miser, sequiturque impænitentia quæ est delictum maximum et blasphemia irremissibilis. Ita ergo et de ignorantia dei, universæ malitiæ consumatio venit quæ est desperatio.

El traductor ha entresacado estos períodos del lugar citado en beneficio de los que no tengan las obras de san Bernardo.

recibido de Dios, que á su misericordia y á su liberalidad debeis únicamente la existencia y todo cuanto teneis, el que hayais nacido con estas ó las otras cualidades, que por lo mismo nada podeis atribuiros á vosotros mismos, sino solo á Dios, á cuya honra y gloria deben dirigirse todas nuestras obras y todos nuestros pensamientos: *Non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam:* y finalmente que no os es lícito preferiros al prójimo, creyendo que vale menos que vosotros, sino temer mas bien por la cuenta estrecha y severa que habeis de dar al soberano juez del abuso de los dones que os haya dispensado la liberalidad de Dios. Concluirá recomendando á los oyentes la tierna oracion de san Agustin: *Domine, no-verim te.* Que os conozca yo Dios mio; y exhortándoles á entrar dentro de su corazon y de su conciencia para que formen un juicio exacto y justo de sí mismos y no se engrian sobre los demas, ni desprecien á nadie.

Tambien podria concretarse el párroco á tratar de la escelencia del alma, ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia, manifestando que son muy pocos los que conocen su precio y su valor, y muchos los que por esta causa descuidan la salvacion de su alma y la pierden por toda una eternidad. Les hará ver, que si por salvarla vino el hijo de Dios al mundo, y padeció y murió en una cruz, cuánto interes no deberán tener en trabajar sin descanso en beneficio de su salud espiritual, aprovechando los medios abundantes y eficaces que se les ofrecen en estos dias de gracia y de misericordia, de perdon y de reconciliacion?

Ultimamente, sobre estas palabras, *tu quis es?* puede hablar de la pasion dominante, que es la que constituye el verdadero caracter del hombre y le distingue de los demas. Todo cuanto puede decirse de esta pasion se reduce á tres capitulos, á saber, al conocimiento que debemos tener de ella, á la necesidad de combatirla y á la manera de vencerla. Este asunto es sobremanera interesante para el predicador y para el auditorio. Los párrocos necesitan conocer bien los vicios dominantes de los pueblos que tienen á su cargo, para combatirlos y nunca podrán los oyentes ser instruidos con fruto ni arreglar debidamente su conducta, si no se cono-

cen bien así mismos, é ignoran cuál es su pasión dominante. Para desempeñar este asunto empezará explicando, qué es lo que se entiende por pasión dominante y el modo de conocerla, y después tratará de hacer ver sus peligros y funestas consecuencias, probando que la perseverancia en la gracia y la salvación eterna dependen de su victoria, así como la reprobación de no haberla combatido oportunamente. Lo demostrará con ejemplos de la sagrada escritura, como los de Saul, Herodes, Judas y otros cuyo fin trágico se refiere en los libros santos, y espondrá asimismo las razones ó causas de que esta pasión produzca tan fatales resultados, siendo la principal la de que ella pone en movimiento á todas las demás y ciega enteramente á los que se sujetan á su tiránico dominio: deducirá de aquí que el vencer esta pasión es vencer todas las demás, es vencerse á sí mismo, es marchar por la senda estrecha que conduce á la vida, es procurarse todas las virtudes cristianas, es en fin asegurar su salvación; preguntará á los oyentes si se conocen bien así mismos, si han tratado de examinar con cuidado cuál es su pasión dominante, dirigiéndose primero á los jóvenes cuyo vicio dominante es comunmente el del amor á los placeres sensuales; en seguida á los que han entrado en la edad viril, que suelen dejarse arrastrar del apetito desordenado de riquezas ó de honores, y por último á los ancianos que regularmente tienen excesivo apego á la vida y descuidan el negocio importante de su salvación. No dejará de advertir el párroco á las personas del otro sexo, que la vanidad, el deseo de ver y de agradar suele ser el origen de todos sus desórdenes y pecados; á las gentes de trabajo, á muchos padres y madres de familia, les dirá que la impaciencia les lleva á cometer una multitud de pecados, y á todos les propondrá cuál es el partido que quieren tomar, si el de combatir su pasión dominante ó el de continuar siendo esclavos de los deseos de la carne; les manifestará que no hay medio entre estos extremos, que es indispensable, ó vencer, ó perderse por una eternidad, añadiendo con firmeza que es preciso desde luego, hoy mismo, sin retardarlo un instante, emprender ese combate; porque cuanto mas lo dilaten, mas difícil les será la victoria, y en confirmación de esto propondrá

en general el ejemplo de tantos que viven entregados á toda suerte de pasiones y de escesos, por no haber resistido al principio á su pasion dominante; escitará y conjurará á los jóvenes á que desarraiguen sus malas inclinaciones, tan pronto como las vean nacer, persuadiéndoles del grande peligro que corren de no enmendarse jamás, si ahora las dejan crecer y no cuidan de ahogarlas en el principio. Se valdrá de algunas comparaciones familiares, como del joven arbolito, que con facilidad se le puede arrancar ó enderezar, pero que en llegando á robustecerse, ya no es posible conseguir ni uno ni otro; de una pequeña serpiente que se la puede facilmente quebrantar la cabeza, pero despues que ha crecido, mata ya con la fuerza de su veneno. Encargará á los padres y madres que desde luego procuren corregir á sus hijos, aun antes que lleguen á tener uso de razon; no sea que si les abandonan en este tiempo, no puedan despues poner remedio á los malos hábitos que hayan contraido, haciéndose asi responsables ante Dios de su indolencia y descuido.

Hecho esto, les enseñará los medios de que deben echar mano para combatir la pasion dominante que son: 1.º la oracion fervorosa y asídua á imitacion de Judit, cuando se propuso cortar la cabeza á Holofernes, oracion que debe ir acompañada de lágrimas y de penitencia; 2.º destreza y valor; destreza en saber como se la ha de combatir, ya huyendo de las ocasiones y de los objetos que pueden irritar las pasiones, como en materia de intemperancia y de impureza; ya resistiendo positivamente á esas mismas pasiones, como en la soberbia, la avaricia y aun la ira al menos en ciertos casos; destreza para combatir la pasion en sus diferentes grados, principiando por lo mas facil, haciendo actos de las virtudes contrarias y proponiéndose por ejemplo resistir hoy, despues mañana y asi sucesivamente hasta conseguir desarraigarla; valor para perseverar en esta lucha, aunque al parecer se adelante poco y resolucion para hacer actos heróicos, si fuere preciso. Les aconsejará que ecsaminen con frecuencia su corazon durante el dia y que dirijan algunas breves súplicas al niño Jesus ó á su santa Madre, y concluirá diciendo que Jesucristo desea ardientemente ver destruida en nosotros esa pasion, como que para ello vino al mundo y tomó carne mortal;

que este es el único medio de que nazca en nuestros corazones por la gracia, y que si bien costará trabajo conseguir la victoria, debemos tener una segura confianza de que Dios estará con nosotros, nos dará sus auxilios y coronará despues nuestros esfuerzos.

Sobre estas palabras, *medius vestrum stetit quem vos nescitis*, puede componerse una excelente plática, tomando por asunto la presencia de Jesucristo entre nosotros, no solo segun su divinidad sino tambien segun su santísima humanidad. Hablará con este motivo de la devocion al sacramento del altar, donde está presente Jesucristo como Dios y como hombre de un modo real y verdadero y de las ventajas que percibiremos todos, visitándole con frecuencia en las prócsimas festividades de navidad.

Algunos toman ocasion de estas palabras: *medius stetit*, para hablar de la presencia de Dios en toda parte y lugar; asunto á la verdad muy importante que no dejará de tratar con toda solidez el párroco en algunas pláticas.

La epístola de este dia está tomada de la primera de san Pablo á los de Corinto, capítulo 4.º San Pablo se propone en ella manifestar la sublimidad del ministerio eclesiástico y enseña á los ministros de Jesucristo lo que son y las virtudes que deben caracterizarles en su estado tan santo; entre otras la fidelidad en el desempeño de su ministerio y en el cumplimiento de sus deberes para con Dios, la iglesia y los pueblos confiados á su vigilancia y solicitud; tambien prescribe en ella á los fieles cuál es la consideracion y el respeto que deben profesar á los ministros del Señor, la docilidad y sumision con que han de recibir sus amonestaciones y los sacramentos de que son dispensadores.

Con motivo de esta epístola podrá el párroco hacer un paralelo entre sus deberes para con los pueblos y los deberes de los pueblos para con su párroco, especialmente en lo que mira al ministerio de la predicacion, administracion y recepcion de los sacramentos. Cuán grande y sublime, dirá, es nuestro ministerio, H. M.! Cuánto no debemos respetarle y qué obligacion tan estrecha tenemos de sostener su dignidad con una vida toda pura y santa! Pero al mismo tiempo con qué veneracion no debeis vosotros, H. M., mirar á los minis-

tros del evangelio, con qué docilidad no debeis oirles, con qué asiduidad y confianzanos debeis acercaros á recibir de sus manos los santos sacramentos, cuya dispensacion les está encomendada!

Esta epístola le ofrece ocasion muy oportuna para encargar á sus feligreses: 1.º el honor y veneracion á las personas consagradas á Dios en el estado eclesiástico: 2.º el respeto mas profundo á la divina palabra que anuncian: 3.º la diligencia y presteza en acudir á oirla: 4.º la puntualidad y esactitud en acercarse á recibir los sacramentos con especialidad en este santo tiempo de Adviento, poniéndoles á la vista lo que al final de su epístola dice san Pablo sobre el juicio del último dia, á saber, que entonces se ha de manifestar y descubrir todo, hasta los secretos mas íntimos del corazon, y añadiendo que si san Pablo á pesar de su santidad no estaba seguro, como él mismo confiesa, de su justificacion, cuánto no deberemos temer nosotros que, etc.

En esta semana en que se celebran las tēmporas debe notarse una circunstancia particular que no deja tener su significacion en la mente de nuestra madre la iglesia. En el miércoles ó feria cuarta se refiere en el evangelio la historia de la anunciacion y encarnacion del hijo de Dios: en el evangelio del viérnes la visita que hizo la Virgen á su prima santa Isabel á luego de haber concebido á su amado hijo, y en el del sábado se hace mencion del ministerio de san Juan Bautista y del tiempo en que dió principio á predicar el bautismo de penitencia en remision de los pecados. Qué objeto se propone la iglesia al presentarnos estos evangelios poco antes de navidad? Sin duda el de que nos ocupemos en la consideracion de los misterios de nuestro señor Jesucristo y de su santísima madre, como tambien de cuanto concierne al santo Precursor. A propósito de esto convenirá que el párroco enseñe á sus feligreses algunas prácticas en que se ejerciten con provecho en estos tres dias, v, g., que piensen y mediten en la dicha y en el grande honor de la Virgen, que la feliciten por tan sublime dignidad, que imploren sus ausilios y traten de imitar las virtudes de que nos dió ejemplo, ya en su anunciacion, ya en la visita que hizo á su prima. Para el sábado les encargará que rueguen por los eclesiásticos, que son como los pre-

cursores del hijo de Dios y por los que en este día recibirán los sagrados órdenes.

Estos son los principales asuntos que puede tratar un párroco durante este tiempo de Adviento en conformidad al espíritu y designio de nuestra madre la iglesia manifestado en los evangelios y epístolas de las cuatro Dominicas. Como no es posible explicarles todos en un año, se comenzará por los mas importantes, dejando para los años siguientes los demas, pero sin omitir por eso lo que se haya dicho de mas esencial en el año anterior, porque nunca el párroco debe temer el repetir á los pueblos ciertas prácticas fundamentales. El que procura estudiar bien las necesidades de sus ovejas y al mismo tiempo es hombre de oracion, descubrirá con facilidad, cuál es el asunto que debe proponerse en los diferentes años con mayor utilidad y ventajas de su auditorio. Mas nunca ha de perder de vista el objeto principal, que es el de conducir á los pueblos á la consideracion del misterio inefable de la encarnacion y á que se preparen por medio de la penitencia y las buenas obras á celebrar dignamente la solemne festividad del nacimiento del Salvador.

CAPÍTULO II.

Asuntos para pláticas desde navidad hasta septuagésima.

Ya dijimos en la advertencia fundamental que el objeto de un párroco en sus pláticas é instrucciones durante el año no debe ser otro, que el de hacer á sus feligreses verdaderos cristianos, es decir, discípulos de Jesucristo en su doctrina y ejemplos. Por eso en el Adviento debe procurar el darle á conocer como Dios y como Hombre, como Salvador, como Juez y como Maestro, sin omitir ninguna diligencia para disponerles debidamente á la solemne festividad de la próxima pascua por medio de la penitencia y la práctica de buenas obras y singularmente por una grande devocion á Jesus. Pero despues de haber llenado este ministerio á imitacion del Bautista, qué deberá hacer desde navidad hasta septuagésima? Creo

que nada más á propósito para arribar al fin arriba indicado, que presentar á la vista de los fieles las virtudes que practicó Jesucristo desde su nacimiento hasta el principio de su predicacion. Para ello no necesita mas que considerar atentamente las virtudes, de que nos dió tan sublimes ejemplos en su nacimiento, en su circuncision, en la adoracion de los reyes, en su presentacion al templo, en la huida á Egipto, y su permanencia en este pais, en su viaje á Jerusalem, en su residencia en Nazaret, y por decirlo de una vez, en todo el tiempo de su vida oculta y oscura, hasta la edad de treinta años. Por este medio logrará conformarse con los designios de la iglesia, que cuida de recordarnos desde navidad á septuagésima los misterios de la infancia, de la adolescencia y de toda la vida oculta de Jesucristo; vida que encierra un fondo inagotable de instrucciones las mas saludables para los pueblos, y el modelo mas cumplido que pueden imitar todos los cristianos, especialmente los jóvenes. Lea el párroco con detencion los evangelios y epístolas de cada una de estas Dominicas y encontrará materiales en abundancia para instruir á sus oyentes sobre las virtudes de que nos dió Jesucristo tantos ejemplos en el discurso de su vida privada, como lo haremos notar recorriendo cada uno de los evangelios y epístolas.

Mas antes de principiár este trabajo, conviene advertir que como la pascua de navidad se celebra á fines del año civil y como el domingo inmediato es siempre el último del año que acaba y el primero del siguiente, un párroco no puede dispensarse de dos cosas; una, la de hacer á sus feligreses reflexiones serias sobre el año que concluye y sobre el que va á principiár, cuyo fin no han de ver muchos de ellos, y otra, la de manifestarles los mas sinceros deseos de un año feliz y verdaderamente cristiano. Una plática bien meditada sobre estos dos puntos seria muy interesante y no dejaría de producir mucho fruto. Podrá pues hablar de esta suerte.

Hé aqui, H. M., que hemos llegado al fin del año y que nos encontramos en vísperas de un año nuevo. Estos dos objetos, á saber, el año que se acaba, para no volver mas y el otro que vá á comenzar y que será acaso el último para nosotros y de seguro para muchos que no se lo figuran; estos dos objetos repito, me ofrecen reflexio-

nes serias y tristes sobre la brevedad con que pasa el tiempo, sobre la muerte que se acerca, sobre el juicio de Dios y la eternidad á que estamos abocados y principalmente sobre la conducta que hemos observado en este año y la que debemos tener en el próximo, si el señor nos le concede.

Hablará en seguida de la rapidéz con que ha corrido el tiempo. Todo, dirá, ha pasado para nosotros, los placeres como las tristezas, lo adverso como lo próspero, los males como los bienes; qué nos queda, H. M., de todo esto? Ah! solo nuestros pecados y nuestras buenas obras. Qué alegría, qué consuelo para los que han empleado santamente el año, viviendo de una manera cristiana! pero qué pena, qué dolor para los que le han malgastado, ocupando los dias en obras criminales, ó cuando menos en la ociosidad, en bagatelas y sin haber hecho nada para el cielo! Insistirá sobre la pérdida del tiempo, pérdida irreparable, haciendo ver que es mayor que ninguna otra, y que sin embargo es poco sentida.

Hará en seguida otra refleccion sobre la conducta de sus feligreses en el discurso del año, entrando en el detalle de las faltas cometidas en cada dia, cada semana y cada mes, y exhortando á sus feligreses á que se hagan así mismos la aplicacion de lo que les dice. Faltas de cada dia, como la omision del rezo de sus devociones, ó poco cuidado en el modo de llenar esta práctica cristiana; la pérdida del tiempo y su mal empleo en comilonas, conversaciones, en el juego, etc. Cada semana, dejando de santificar los dias de fiesta. Cada mes, no frecuentando los santos sacramentos: ah! puede ser, dirá, que alguno de vosotros no haya cumplido todavia con el precepto pascual; y por último, no refiriendo á Dios sus obras, ni pensando siquiera en él, si no solo en el objeto de su pasion, en los placeres del mundo etc.

Hecho esto, los dirigirá la siguiente refleccion muy propia para el asunto. Y qué, H. M., queréis acabar el año en estado de pecado mortal? Ah! si os sorprendiese la muerte en la última hora del año, dónde iriais á principiár el siguiente? Qué seria de vosotros, cuál seria vuestra suerte? la de despertar sin remedio y sin esperanza entre las llamas eternas del infierno. Puede ser que can-

sado ya Dios de sufiros despues de tantos años de crímenes y de escesos haya dado orden al podador de que os arranque y arroje al fuego, si cuanto antes no comenzais á dar frutos de salud: *Succide ergo illam, ut quid etiam terram occupat?* (Luc. 13). Ah! Señor, dirá aqui el párroco, dirigiéndose á Dios con todo el ardor de su corazon y con aquella solicitud de un padre cariñoso que ve á uno de sus hijos á punto de perecer entre las llamas. Ah! Señor, tened todavia un poco de paciencia; no me arrebateis aun este hijo que me es tan querido, cómo tambien lo es de vos, esta oveja que me habeis confiado: *Domine, dimitte illam, et hoc anno etc.* (Luc. 13). Yo cuidaré de ella mas que nunca, nada omitiré por su conversion, y espero que en adelante será docil á las exhortaciones que la haré de parte vuestra. Escuchad cristianos, y mis amados parroquianos, oíd los que vivis en pecado la exhortacion que os dirijo hoy en nombre de Dios; dejad ya de ofenderle, no marcheis mas por el camino del infierno, no abuseis en adelante de la paciencia de Dios y del tiempo que os ha concedido para ganar una felicidad eterna, procurad aprovecharle y ved lo que debeis hacer para santificar el año prócsimo en el

SEGUNDO PUNTO.

Es de mi deber, H. M., despues de las reflexiones que habeis oido sobre el año que concluye (ó acaba de pasar, si es el primer domingo de año nuevo), es de mi deber el desearos un año feliz y próspero. Hay la costumbre en el mundo de felicitarse unos á otros á la entrada de año nuevo y de desearse mutuamente un buen año, un año feliz, pero ordinariamente ó casi siempre se limita este deseo á un año de bienes temporales, de prosperidad, de salud y de placeres. Pero no es asi como yo os le deseo, H. M.; este es el lenguaje del mundo y no el de un verdadero cristiano; el año que yo os deseo es un año de bienes espirituales, un año empleado en estado de gracia, un año cuyos momentos todos sean santificados y durante el cual adquirais un tesoro de méritos para la eternidad; esto es lo que con propie-

dad se llama un año feliz, y no lo será, ni puede serlo, si no le pasais cristianamente, sino procurais ejercitaros en la virtud, etc. En vuestra mano está, H. M., hacerle feliz, santificando todos los instantes que Dios se digne concederos, y poniendo los medios necesarios para ocuparle de un modo saludable y provechoso á vuestras almas. Y cuáles son esos medios, me preguntareis? Os indicaré los mas principales. El primero es comenzar el año, como si debiera ser el último de vuestra vida. El que concluye (ó el que acaba de pasar) ha sido el postrero para algunos, que menos lo pensaban, cuando le principiaron. Aquí puede referirse ó indicarse algun ejemplar de muerte repentina acaecida durante el año, moralizándola con prudencia. Este medio es bastante por sí solo para conmovier al pecador, haciéndole temer en cada instante la hora de la muerte y la pérdida de su eterna salvacion.

El segundo medio es el de que reflexionen sobre las faltas cometidas durante el año, para precaverlas en el siguiente. El párroco hará la aplicacion á las diferentes edades y condiciones.

El tercero es el de que se formen un plan de vida cristiano, señalando en cada dia alguna hora para emplearla en la oracion y el ejercicio de buenas obras.

Puede hablar aqui contra los desórdenes mas comunes en la parroquia y escitar á la práctica de obras de piedad, especialmente en los dias festivos, proponiendo á los oyentes por modelo de una vida cristiana á nuestro maestro Jesus. Este es, dirá, el grande ejemplar que debeis imitar, para que el año sea para vosotros santo y feliz. No lo será ni puede serlo, si no procurais copiar con el mayor esmero este modelo acabado de todas las virtudes. (Aquí explicará las cualidades y circunstancias que deben adornar á un verdadero cristiano, poniendo delante las virtudes que mas resplandecieron en Jesucristo en su nacimiento, circuncision y adoracion de los magos, misterios que la iglesia celebra en estos dias, y recomendará sobre todo la circuncision espiritual tan necesaria al cristiano). Ah!, H. M., dirá, acaso hasta aqui no podais contar un solo año empleado como Dios manda; acaso, acaso ni un solo mes en toda vuestra vida! Y querreis que este año se parezca tambien á los anteriores? A dónde

iriais á parar con una vida semejante? No mereceriais mayor castigo que los infieles, si abusárais por mas tiempo de tantas gracias, de tantos ausilios como se os han dispensado para que obreis la salud de vuestra alma? Reanimad, H. M., reanimad vuestra fé. Vosotros os preciais de cristianos, de discípulos de Jesucristo; vivid pues como tales y sereis tan felices, cuanto cabe serlo en esta vida y os preparareis ademas una bienaventuranza eterna en la otra. Yo os deseo este año feliz y pido al Señor que os le conceda colmado de bienes y gracias espirituales, al mismo tiempo que me encomiendo á vuestras oraciones para que Dios me dé sus ausilios y pueda llenar mas cumplidamente en este año los deberes que tengo contraídos con todos vosotros. No me negueis, H. M., el consuelo de veros en este año mas vigilantes, mas cuidadosos que nunca en evitar el pecado y en poner los medios, para que vuestra conducta sea verdaderamente cristiana etc.

Puede variar las mismas advertencias ó proponerlas de otro modo, presentando á los oyentes los motivos que deben escitarles á emplear bien el año prócsimo y enseñándoles el modo de hacerlo.

Es de mi deber, H. M., al principiár este año (ó al acabar este año) escitaros á que le empleeis santamente, instruyéndoos de los medios que debeis poner en ejecucion para conseguirlo. Este es el mejor testimonio que puedo daros de mi sincero deseo, de que este año sea para vosotros un año verdaderamente feliz, santo y cristiano.

El primer medio es la consideracion de que Dios no os concede el año, sino con el objeto de que le ocupeis cristianamente. (Recuérdese aqui el fin del hombre). *Deum time et mandata ejus serva; hoc est enim omnis homo.* Le hariais pues la mayor injuria, si le robárais este tiempo que os dispensa únicamente, para que le empleeis en su servicio y en el negocio de vuestra salud eterna.

El segundo motivo se funda en vuestro propio interés. Ocupando el tiempo santamente, adquiris un rico tesoro de méritos para la vida futura, asi como por el contrario no puede concebirse lo mucho que perderiais malgastándole en la ociosidad, ó lo que es peor en la disipacion y en los desórdenes. (Hágase aqui la comparacion con los que trabajando corporalmente todo el año ó una gran parte de

él, no consiguieran nada de este trabajo). Añadid á esto la profunda tristeza en que estariais al fin del año, si abusárais tan lastimosamente de un tiempo tan precioso, asi como será indecible vuestra alegría empleándole como Dios manda y como debe hacerlo todo cristiano que desea su salvacion. Apelaré al párroco al testimonio de las almas piadosas que han procurado aprovechar los años anteriores, y al de los oyentes que nada ó casi nada han hecho por su bien espiritual en ese mismo tiempo, comparando la situacion y el estado de unos y de otros.

El tercer motivo que debeis tener presente para ocupar cristianamente el año, es la consideracion de que acaso será el último de vuestra vida, como lo ha sido el que concluye (ó acaba de pasar) para muchos que no se lo figuraban al principiarle. Cuántos que ya no existen entre nosotros, de los que vivian á la entrada del año precedente? (Si ha ocurrido algun ejemplar de muerte repentina, se indicará con prudencia, segun se ha dicho arriba). Lo cierto es que este año será el último para algunos de este auditorio, para vosotros ancianos, para vosotros jóvenes, para vosotros padres de familia, para vosotros, repito, jóvenes que me escuchais, sin aplicaros lo que estoy diciendo, porque contaís con la robusted de vuestro temperamento, con el vigor de la salud etc., y acaso lo será tambien para mí, que os hablo en este momento. Y que, no seria prudente prevenir la sorpresa de la muerte, dando principio unos y otros al año, como si estuviéramos seguros de que era el último de nuestra vida? Por que á la verdad, esta no es, H. M., una suposicion gratuita é imaginaria, habiendo declarado espresamente Jesucristo que en la hora menos pensada vendrá á pedirnos cuenta de nuestra alma. *Qua hora non putatis.* (Luc. 12, 40). Hé aqui, H. M., un medio el mas á propósito para que santifiquemos todos los dias y todos los momentos de este año, á saber el de que nos digamos á nosotros mismos, al despertar por la mañana: este será acaso el último dia de mi vida, cuando menos, puede ser que muera en este año, y por lo mismo debo vivir preparado á la manera del siervo, que espera en cada momento la llegada de su señor. O, H. M., cuán feliz seria yo, si os pudiera reducir á poner

este medio en ejecucion! Concedednos, amantísimo Jesús, la gracia de no olvidarle jamas. Si, H. M., lo vuelvo á decir, pensad todos los dias en la procsimidad de vuestra última hora y vivireis santamente durante el año.

Esta consideracion os producirá las mayores ventâjas: 1.^a la de evitar todo aquello que os pudiera causar remordimiento en tan terrible trance: 2.^a la de hacer el mayor número de buenas obras que os sea posible: 3.^a y principal, la de cumplir cristianamente con los deberes de vuestro estado. Procurad pues grabar profundamente en vuestra memoria este pensamiento tan saludable: mi muerte no está lejos, acaso en este año apareceré ante el tribunal de Dios á dar cuenta de mi vida. Quiera el cielo, H. M., que se halle siempre presente en vuestro espíritu, para que sean llenos á los ojos de Dios todos los dias de vuestra peregrinacion y mereçais una eterna recompensa en la bienaventuranza de la gloria.

Otro año despues de la felicitacion ordinaria, puede concretarse el párroco á tratar del buen empleo del tiempo, haciendo ver su gran precio, su brevedad y lo irreparable de su pérdida, lo cual le servirá de materia para el primer punto, ó primera refleccion, diciendo al concluirla, que si bien no es posible reparar absolutamente el tiempo perdido, se puede no obstante rescatarle de algun modo, como enseña el apostol, haciendo buen uso del año presente con arreglo á lo que se dirá en el segundo punto.

El buen uso del tiempo consiste en tres cosas: 1.^a en llorar sobre lo pasado: 2.^a en santificar todo el tiempo presente: 3.^a en preveer lo venidero de suerte que, si la muerte nos sorprendiera en este año, nada se encontrará en nosotros que pudiera hacernos reos de la sentencia pronunciada contra el mal siervo ó contra el siervo inútil.

Estas reflecciones, supuesto que hacen las veces de plática, se procurará terminarlâs en cada año por la esposicion y aplicacion de algunas circunstancias de la vida oculta de Jesus en conformidad á las festividades que se celebran.

Si la dominica *infra octavam* cae en el mismo dia de la Circuncision, se hallarán con abundancia en el fondo mismo del misterio

motivos eficaces para emplear el año santamente y medios poderosos para realizarlo: motivos de parte de Jesus circuncidado por nuestro amor y para ser nuestro modelo; y medios en el santísimo nombre de Jesus, el cual si le recordamos é invocamos con frecuencia, nos escitará á practicar constantemente la circuncision espiritual y nos dará fuerzas para ponerla en ejecucion. Para esto deberá explicar el párroco qué es lo que se entiende por circuncision espiritual, la cual no es otra cosa que el desarraigo de nuestros malos deseos y de todo aquello que pueda haber de vicioso en el alma, y principalmente de la pasion dominante. Recordará en pocas palabras á sus oyentes, lo que se ha dicho en el Adviento acerca de ella, enseñándoles el modo de vencerla por medio de los actos interiores y exteriores de la virtud opuesta. En cuanto al nombre santísimo de Jesus, les encargará que le pronuncien siempre con el mayor respeto, con el amor mas tierno y con la mas viva confianza y que le recuerden con frecuencia para fortalecerse con el ejemplo de Jesus. Si no habla en la plática del misterio de la circuncision, no dejará de hacerlo en la explicacion de la doctrina.

El evangelio de esta dominica está tomado del capítulo 2.º de san Lucas y comienza con estas palabras: *Erat Joseph, et Maria mater Jesu mirantes super his quæ dicebantur de illo*: y concluye con estas: *Puer autem crescebat et confortabatur etc.* Qué objeto se propone la iglesia, H. M., dirá el párroco despues de haber hecho una reseña del evangelio, qué objeto se propone al presentarnos este evangelio entre la festividad del nacimiento de Jesus y la adoracion de los magos, por otro nombre Epifanía? En él vemos á María y José llenos de admiracion con motivo de los prodijios que se obraban con Jesus y de las cosas que de él se decian: se nos asegura tambien que el Salvador ha venido para salud de muchos, pero que al mismo tiempo será ocasion de la pérdida de un gran número: y se nos proponen por último los edificantes ejemplos de un santo anciano, de una viuda octogenaria, de José y María, y en fin el del niño Jesus. Cuánto no os podria decir, H. M., sobre tantos objetos, todos sobremanera interesantes é instructivos! Por hoy me limitaré al que me ofrecen las primeras palabras del evangelio: *Erat Jo-*

seph etc. José y María no podían menos de admirar las grandes cosas que Dios hacia por la redención de los hombres, de considerarlas cada vez con mayor asombro; pero al mismo tiempo que veían y admiraban tantos prodigios, no era sin fruto ni estéril para sus almas esta admiración. Qué de transportes y piadosos afectos no producirían en su corazón los hechos milagrosos que pasaban á su vista, cuánto no aumentarían su santidad, su perfección en la vida de la gracia! Ved aquí, H. M., lo que yo me propongo conseguir de vosotros, á saber, que reflexioneis sobre los misterios que hoy celebra nuestra madre la iglesia, pero que sea con provecho y utilidad espiritual de vuestras almas. Porque os debeis ocupar estos días en meditar los misterios que la iglesia ofrece á nuestra consideración será la materia del primer punto: como debeis hacerlo, la del segundo.

PRIMER PUNTO.

Se principiará manifestando la obligación que tenemos de meditar sobre el misterio de un Dios niño, y para ello se desenvolverán todas las muestras de bondad que nos ha dado el hijo de Dios, reduciéndose á ese estado en que se humilla, se anonada, padece y sufre por nuestro amor: *Parvus Dominus*, dirá con san Bernardo: *et amabilis nimis*. Hará ver que por nosotros, por nuestro bien se ha dignado tomar la forma de niño y con ella la flaqueza y las miserias consiguientes á esta edad. Qué ingratitud seria pues, olvidar tanta bondad, tan grande beneficio, no pensando en él sino rara vez, con frialdad, como de paso y solo en los pocos momentos en que nos hallamos en el templo! Y qué crimen tan enorme cometeríamos, si viniéramos aquí á ultrajar á este Dios niño en un tiempo en que mas debemos manifestarle nuestra gratitud y reconocimiento. Nos asemejaríamos al cruel Herodes que en su frenesí principió á perseguir este divino niño desde su nacimiento. (Este pasaje bien espuesto y aplicado á los pecadores es muy á propósito para hacer impresion en el ánimo del auditorio). Añadirá, que ese seria un crimen mayor que el de Herodes, porque al fin este príncipe no sabia que fuera Jesus el hijo de Dios y vosotros estais per-

suadidos por la fe etc. Os horroriza sin duda cristianos la conducta cruel de Herodes y sin embargo le imitais todas las veces que haceis salir á Jesus de vuestro corazon con el pecado, todas las veces que le haceis salir del corazon de vuestros hermanos. Vuestra persecucion es entonces mas atroz que la del rey Herodes, que mandó degollar los inocentes.

El Será conveniente manifestar aqui la dulzura y la santa alegria que resultan de considerar al niño Jesus en el pesebre. Justos y pecadores, jóvenes y ancianos, casados y solteros, todos podeis encontrar aqui un manantial el mas abundante de consuelos y de piadosos afectos. Meditad, H. M., meditad con detencion durante estos doce dias que median entre la natividad y la epifanía, sobre lo que os dice la fé acerca del anonadamiento de un Dios reclinado en un pesebre por vuestro amor y mirad estos dias como una serie y continuacion de festividades en que los cristianos deben pensar con frecuencia en los misterios del niño Jesus. Los que entre vosotros tengan tiempo de sobra, no dejen de venir al templo á imitacion de Simeón y Ana á contemplar esos misterios tan consoladores y á llorar el olvido en que les tienen la mayor parte de los mundanos. Y si vuestras ocupaciones no os permiten venir á la iglesia, no dejeis de emplear algun rato, principalmente por la mañana, en meditar despacio sobre ellos, haciéndolo de la manera que os voy á manifestar en el

SEGUNDO PUNTO.

Para que estas meditaciones os sean saludables, debeis observar las reglas siguientes: La primera es, que despues de poner os en presencia de Dios, reanimeis vuestra fé sobre los misterios de estos dias, representándoos á Jesus envuelto en pobres pañales y que en medio de un profundo silencio adora á su eterno padre, le pide por vosotros, se ofrece interiormente por vuestros pecados, y que gimiendo en su corazon, derrama de cuando en cuando abundantes lágrimas por vuestro amor. Despues de traer á la memoria el estado de Jesus en su nacimiento, considerad las virtudes de que os ha dado ejemplo en ese primer periodo de su vida, pudiéndose

decir muy bien, que todas resplandecen de un modo admirable y que no hay una que bien meditada, no sea á propósito para inspiraros los sentimientos mas tiernos de devocion. Sin embargo debeis fijaros principalmente en aquella de que tengais mas necesidad, en su humildad por ejemplo, en su dulzura, su paciencia, ó bien en el estado de infancia á que se redujo, para enseñarnos con el ejemplo lo que nos habia de predicar mas adelante; á saber, que debemos hacernos semejantes á los niños, humildes como los niños, dulces, pacientes etc.

La segunda regla es aplicaros á vosotros mismos lo que hayais contemplado en Jesus, preguntándoos con sinceridad, tengo yo esta ó la otra virtud? No soy mas bien esclavo del vicio contrario? Qué diferencia tan notable entre mi conducta y la de Jesucristo! Y en seguida procurareis formar sentimientos análogos á estas reflexiones, á saber, sentimientos de confusion, de pesar, y de deseo de imitar en adelante á Jesus y de haceros semejantes á él.

La tercera y principal es la de formar algunas resoluciones prácticas que tengan efecto desde este mismo dia. Pero sobre qué deben versar estas resoluciones, me preguntareis? Escuchadme con atencion, H. M., porque nada mas digno ni mas importante, que lo que os voy á decir. Esas resoluciones han de tener por principal objeto el combatir la pasion dominante, madre que es de las otras, para lo cual debeis proponeros por modelo á Jesus en la práctica de la virtud opuesta al vicio que os arrastra á cometer multitud de pecados. No puedo daros un consejo mas saludable al principiar el año que el que acabais de oir, y lo es tanto que de su ejecucion depende vuestra salud eterna. (Podrá estenderse mas sobre este asunto, si lo cree conveniente, sobre todo si antes no hubiera hablado de la pasion dominante). Pero no dejará de combatir el error de algunos oyentes que se llegan á persuadir de que no hablan con ellos las advertencias y reglas anteriores, por no tener tiempo para entregarse á la meditacion, etc. Ah! les dirá, podeis muy bien, H. M., formar planes y cálculos para vivir cómodamente en este año, para conservar la salud, aumentar los bienes de fortuna y para lograr una buena colocacion; y no podreis hacer lo mismo para santificarle, para en-

riqueceros con bienes espirituales y conseguir un lugar en el cielo? Por ventura os importa menos la salvacion de vuestra alma, que la salud del cuerpo? etc.

Formad pues antes de salir de la iglesia la resolucion de emplear cada dia, al menos un cuarto de hora en las meditaciones de que os acabo de hablar. San Francisco de Sales que ha dado reglas de vida á toda clase de personas, recomienda espresamente esta práctica interesante y quisiera que todos la observáran para utilidad y provecho de sus almas. Haced la esperiencia, H. M., y conoceréis las muchas ventajas que producirá en vuestro espíritu este medio tan obvio y facil, pero tan á propósito al mismo tiempo para adelantar en el camino del cielo.

Si todavia hubiese alguna otra festividad en estos dias, no deje el párroco de amonestar á sus feligreses la práctica anterior, designándoles el tiempo y lugar mas á propósito. Como el párroco consiga introducirla en su parroquia, verá con gusto desaparecer los escesos que se cometen en los dias de pascuas, año nuevo y epifanía: para facilitar su ejercicio procure, si le es posible, esparcir entre sus feligreses algunos libros de piedad, donde se enseñe el modo de hacer estas meditaciones, valiéndose de aquellos en que se encuentran ya digeridas por decirlo asi, y puestas con la claridad y uncion que son de desear en esta materia. Pero mientras que el párroco no logre de sus feligreses acostumbrarles á meditar sobre los misterios que celebra la iglesia y sobre las verdades que les enseña desde el púlpito, poco ó ningun fruto conseguirá de sus instrucciones.

Para estimularles á ello, les hará presentes las muchas indulgencias que concedió Benedicto XIV á los que se ocupen en tan santo ejercicio y á los que enseñen el modo de hacerle. El breve tiene la fecha de 16 de diciembre de 1746, y fue dirigido á todos los prelados del orbe católico.

Otros asuntos sobre el mismo evangelio.

Despues de referir la historia del evangelio, propondrá en seguida á todos el modelo que deben copiar para vivir como cristia-

nos y santificar el año nuevo, si es que ya les ha exhortado anteriormente á ocuparle en obras de piedad y en la práctica de las virtudes. Vosotros todos, dirá, os encontráis ó en la juventud, ó en el estado de matrimonio, ó en el de celibato, ó en el de viudedad, ó por último, en la vejed. Ahora bien, considerad atentamente, H. M., el ejemplo que la iglesia os propone en el evangelio, con el fin de que le sigáis con el mayor cuidado en todo el presente año y pueda ser para vosotros un año verdaderamente feliz y cristiano. Hé aquí á lo que pienso concretarme en este breve rato. Jóvenes, qué debéis hacer para emplear de una manera digna y cristiana el año en que hemos entrado? El evangelio os lo dice, presentando á vuestra consideracion el niño Jesus que crecia y era confortado, lleno de sabiduría etc. *Puer crescebat etc.* Vosotros tambien creceis en edad y en fuerzas corporales, pero de poco sirve el que se fortifique vuestro cuerpo, si á imitacion de Jesus, no procurais al mismo tiempo conservaros en gracia: *Gratia Dei erat cum illo*, y huir de todo aquello que os pueda hacer perder el don inestimable de la inocencia. Debeis procurar ademas crecer en virtud, *confortabatur*, fortaleciéndoos en la vida de la gracia, de manera que vaya adelantando vuestro espíritu á proporcion que se desarrollan las fuerzas del cuerpo. Para conseguirlo, tened siempre; hijos mios, en la memoria al niño Jesus, pedidle de veras, cuantas veces vengais al templo y todos los dias al tiempo de despertaros, que os conceda la gracia de crecer como él en sabiduría etc.

SEGUNDO PUNTO.

Y vosotros padres y madres de familia, vosotros casados, qué debéis hacer para santificar el año? El evangelio os lo enseña, poniendo á vuestra vista el ejemplo de José y de María: *Perfecerunt omnia secundum legem Domini, et reversi sunt in civitatem suam*; cumplieron esactamente lo que estaba mandado en la ley del Señor y en seguida se volvieron á Nazaret, llevando consigo al niño Jesus. Ved aqui, H. M., la regla de conducta de que no debéis separaros jamás. Imitad pues durante el año á José y María, no teniendo

otra mira que la de llenar en todo la ley de Dios; á este fin deben encaminarse todas vuestras obras y todos vuestros pensamientos: procurad aprovechar todos los instantes, dividiendo el tiempo entre los deberes de la religion y las ocupaciones de vuestro estado; poned la mayor atencion en cuidar de vuestros hijos, como lo practicaron María y José con Jesus; que la union y la paz reinen entre vosotros, como reinaba entre estos dos esposos: no os separéis jamás de Jesus, quiero decir, solo Jesus sea el motivo del amor que os profeseis y de la educacion que reciban vuestros hijos, como igualmente de vuestra solicitud y cuidado para con todos los domésticos y demas que dependan de vosotros. Cuán felices las familias que imiten tales ejemplos! Quién podrá decir la abundancia de bendiciones que Dios derramará sobre ellas! Pluguiera al cielo que todas las de esta parroquia fuesen copias fieles de la familia mas santa que ha existido jamás!

Se continuará el discurso en la misma forma con los que viven célibes y libres de los lazos del matrimonio y en seguida con los vírgenes de uno y otro sexo, quienes encontrarán en José y María que conservaron siempre pura su virginidad, las reglas de conducta mas eficaces para no lastimarla ni perderla, siendo la principal el vivir unidos constantemente á Jesus, conversar frecuentemente con él, ya en el silencio y retiro de casa y fuera del bullicio del mundo, ya visitándole cuantas veces sea posible en su tabernáculo, y cuando se halla de manifiesto en el sacramento de nuestros altares. Les aconsejará que se formen un plan á ejemplo suyo de todo lo que deben hacer desde la mañana hasta la noche, así en los dias de trabajo como en los festivos. Recordad, les dirá, cómo vivieron José y María, los medios que adoptaron para conservar su virginidad, para adelantar en el camino de la perfeccion, haciendo una vida obscura y oculta á los ojos de los hombres, pero toda por Dios y en Jesucristo: poned todas las diligencias, no omitais medio que esté en vuestra mano, á fin de guardar la fidelidad inviolable que debeis al esposo de vuestras almas y conservar vuestros cuerpos en toda pureza y castidad, como corresponde á los que deben ser santos en el cuerpo y en el espíritu.

Viudas cristianas, añadiré, considerad atentamente la conducta de Ana la profetisa que os presenta el evangelio de este dia, como un modelo acabado que debeis imitar para bien de vuestras almas. (Se especificarán las virtudes de Ana y se hará la aplicacion á las personas del mismo estado).

Será muy conveniente advertir á los oyentes que en el curso del año no les faltarán ni adversidades, ni persecuciones, ni motivos de tristeza. Jesus y María, dirá, no se vieron libres durante su vida, antes bien Jesus fue continuamente objeto de contradiccion y á María predijo el anciano Simeon que la espada del dolor atravesaría su corazon. Podremos pues nosotros esperar completa prosperidad y buen écsito en todas nuestras cosas, cuando vemos á las dos personas mas santas llenas de afliccion y perseguidas cabalmente en ocasion en que menos lo podian pensar? Aceptemos, H. M., desde ahora todas las pruebas que Dios tenga á bien enviarnos, prepararémonos á recibirlas con una perfecta sumision á su divina voluntad, para que cuando vengán sobre nosotros, hagamos un uso santo que merezca recompensa. Ved ahora, cuán interesante es para nosotros el evangelio de este dia, que encierra en pocas palabras un fondo de lecciones sobremanera saludables para todas edades, estados y condiciones. Ah! si los años precedentes hubiéramos seguido tan escelentes modelos, como los que la iglesia nos recuerda en este tiempo, qué gran consuelo no experimentaríamos hoy de haberles tenido siempre á la vista, para arreglar nuestras acciones y toda nuestra conducta! Aprovechemos pues cuando menos el tiempo presente y de ese modo el año que empezamos será á no dudar para nosotros un año santo, feliz etc.

Tambien encontrará el párroco un asunto muy á propósito para principios de año en aquellas palabras que dijo Simeon á la santísima Virgen: *positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum*, este niño está en el mundo para ruina y para salvacion de muchos. Meditemos bien, H. M., ahora que nos hallamos á principios de año, esta verdad igualmente consoladora y terrible: este niño cuyo nacimiento acabamos de celebrar (y si fuere la víspera ó el dia mismo de la circuncision, se hará mencion de esta solemnidad), ha veni-

do al mundo, ha sido circuncidado para pérdida y salvacion de muchos. Mas en qué sentido puede decirse que Jesus fue puesto en el mundo para perdicion de muchos? Por ventura no desea la salvacion de los hombres? No derramó su preciosa sangre en el calvario por la redencion de todo el humano linaje? Si por cierto, H. M., esta es una verdad de fe que me propongo demostraros hoy con testimonios irrecusables, pero al mismo tiempo debo decir que tambien es una verdad, verdad terrible, que Jesucristo será ocasion de ruina y perdicion para multitud de cristianos que rehusan aprovecharse de las gracias y ausilios que continuamente les dispensa. De nosotros pende, H. M., que la venida de Jesus al mundo sea motivo ó de salud eterna ó de desgracia y perdicion para siempre, como os lo haré ver en la primera reflexion. En la segunda os manifestaré los medios de que debeis echar mano particularmente en este año, para que logreis entrar en el número de los que han de ser salvos por Jesus.

Se empezará la primera reflexion, haciendo ver la voluntad sincera que tiene Jesus de nuestra salvacion. *Natus es nobis salvator*. (Luc. 2.) 1.º No vino al mundo ni tomó carne con otro objeto que el de redimirnos á todos; así es que por todos padeció y murió en una cruz, por todos derramó su preciosa sangre y todos quiere que se salven. *Et omni populo*. Se hará aquí una reseña de lo mucho que hizo y padeció por salvar al hombre, trayendo en prueba algunos testos del evangelio en que se asegura que no quiere la perdicion de las almas, sino por el contrario, que se salven todas. 2.º Se recordarán los abundantes medios de salud que nos ha dispensado de los cuales unos son exteriores, como los sacramentos y otros interiores como las gracias y ausilios que á cada paso nos envia. Y que, dirá en seguida, no podemos aprovecharnos facilmente de estos medios, no está en nuestra mano utilizarles en bien de nuestra salud eterna? No será nuestra la culpa, si perecemos y nos hacemos desgraciados para siempre? No podrá echarnos en cara con igual razon que á los judios nuestra ingratitud á tantas gracias como nos ha concedido? H. M., no abusemos ya mas de los dones de un Dios de bondad, no resistamos ya mas al Espíritu Santo, procuremos

por el contrario corresponder con todas nuestras fuerzas al sincero deseo que tiene Jesús de nuestra salvacion, y busquemos los medios que deben servirnos para lograr ser contados en el número de los escogidos por Jesús: este será el asunto de la segunda reflexion.

En ella se espresará la causa de nuestra ruina y se escitará á los oyentes á precaverse de ella: en seguida les enseñará los medios de que deben valerse para asegurar su salud eterna, exhortándoles á su ejecucion desde aquel mismo dia.

Se estenderá el párroco en la enumeracion de los pecados que son causa mas frecuente de perdicion y para ello no necesita mas que recordar los desórdenes comunes y ordinarios en la parroquia; como por ejemplo, el olvido de la oracion, alejamiento de los sacramentos, falta de asistencia al templo, descuido de su salvacion etc. De aqui tomará ocasion de hablar sobre los medios positivos que deben poner en ejecucion para salvarse y son: 1.º exactitud en la oracion: 2.º frecuentacion de sacramentos: 3.º meditacion continua sobre las verdades de nuestra religion: 4.º asistencia asidua á oír la palabra divina. Tambien les recordará alguna de las principales advertencias que les haya hecho en el año precedente, todo con el objeto de moverles á imitar á Jesús y á que se le propongan durante el año como el único camino que deben seguir para arriivar á la vida eterna.

Debe concluir el párroco con una tierna oracion á Jesús, para que no permita que perezcan ninguna de las ovejas que tiene confiadas á su cuidado, encargando á los fieles que pidan esto mismo en la misa, especialmente al tiempo de la elevacion.

Si quiere tomar el asunto de la epístola del dia, que es de san Pablo á los Golatas, capítulo 4.º, se fijará principalmente en aquellas palabras: *ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum, factum ex muliere, ut adoptionem filiorum reciperemus.*

La iglesia, H. M., dirá, nos pone á la vista en la epístola de este dia el beneficio imponderable de la encarnacion del hijo de Dios y su nacimiento de la Virgen María. Durante el Adviento tuvimos ya ocasion de meditar sobre este gran misterio de la natividad del Se-

ñor que hace muy poco hemos celebrado en memoria de tan fausto acontecimiento. Pero acaso no hemos puesto toda la atencion que escije de nosotros este gran beneficio, y por lo mismo debemos hoy suplir aquella falta, procurando conocer mas y mas su infinito precio y sacar todo el fruto que podamos en provecho de nuestras almas. He aquí lo que me propongo ofrecer á vuestra consideracion en este breve rato. En el primer punto os haré ver los males de que nos ha librado el hijo de Dios con su venida al mundo, y en el segundo el reconocimiento y profunda gratitud que le debemos por tan singular beneficio.

PRIMER PUNTO.

En pocas palabras manifiesta san Pablo en la epístola de este día la magnitud de los males de que nos ha libertado el hijo de Dios y la escelencia de los bienes que nos ha traído con su venida. Nos dice que Dios envió á su unigénito hijo para rescatarnos y hacernos recibir la adopcion de hijos de Dios: *ut redime ret, ut adoptionem filiorum reciperemus*. Y qué rescate es ese, H. M., de que nos habla el apostol, cuál es la esclavitud de que nos ha sacado el hijo de Dios? No es otra que el estado miserable y vergonzoso á que nos redujo el pecado de nuestro primer padre. (Se enumerarán aqui las funestas consecuencias del pecado original y se manifestará que Jesucristo nos ha traído el remedio para todas las llagas que nos hubo causado la primera culpa). Es verdad, dirá, que nos quedan todavía algunos rastros de ese pecado, como son la inclinacion funesta al mal y la concupiscencia cuyos estímulos sentimos continuamente dentro de nosotros, pero tambien es cierto que Dios lo ha dispuesto así, es decir, no ha querido desarraigar de nuestro corazon el aguijon de la concupiscencia, para que tengamos un motivo de mérito y de galardón en la otra vida, y nos ha prometido sus ausilios para que podamos salir vencedores en la lucha y sobreponernos á todas las miserias y males que son como la herencia de los hijos de Adán. Cuán reconocidos pues debemos estar al hijo de Dios que se ha dignado sacarnos de una esclavitud tan ignominio-

sa y degradante! Cuánto nó le debemos agradecer tan considerable beneficio, sin el cual seríamos víctimas de nuestras pasiones y de nuestros desarreglos! Però no solo, H. M., la benignidad de nuestro Salvador nos ha libertado del pecado original y de la servidumbre de satanás, sino que al mismo tiempo nos ha merecido el perdón de los pecados actuales, de los pecados que personalmente hemos cometido. Voluntariamente nos habíamos sometido al yugo del demonio, y nos habíamos separado de nuestro Dios; en nuestra ceguera nos habíamos hecho esclavos de nuestras pasiones y de las máximas del mundo: *sub elementis mundi eramus servientes*, cuando, ó bondad inefable de un Dios! compadeciéndose de nuestras miserias, de nuestro extravío y de nuestra obstinación aparece en el mundo, tomando la forma de siervo, para curar nuestras llagas, iluminar nuestro entendimiento, tocar nuestro corazón y romper las cadenas con que nos tenía ligados el príncipe de las tinieblas. Podremos nunca, H. M., comprender la magnitud de tan extraordinario beneficio? Podremos nunca agradecerle tanto como merece? (Hágase aquí la comparación con un hombre á quien se hubiera librado del cautiverio ó de alguna grave penalidad).

Però no es esto solo, H. M., todavía ha hecho mas el hijo de Dios por el hombre. No contento con sacarle de tan funesta esclavitud, de curarle de tantas miserias y males, derrama sobre él á manos llenas bienes sin cuento, bienes de tal consideración y precio que jamás podremos conocer su infinito valor, ni agradecer bastante tan generosa liberalidad. Es una verdad de fé, H. M., que el Padre Eterno envió al mundo á su unigénito hijo y que el verbo se hizo carne, para hacernos sus hijos adoptivos, para darnos la gracia santificante, con la cual venimos á participar en cierto modo de la naturaleza divina, podemos con justo título llamar á Dios nuestro padre y tenemos derecho á ser herederos suyos en la eterna bienaventuranza. (Se estenderá el párroco en hacer conocer á sus feligreses cada uno de estos bienes y en seguida les preguntará si les han apreciado, como merecen). Vosotros, H. M., habeis recibido en el bautismo esta gracia santificante, esta gracia de adopción que os hace hijos de Dios y herederos de su reino, però la

habeis conservado, habeis procurado guardar esa joya tan preciosa? No habeis vuelto por el contrario á vuestra antigua esclavitud, al estado vergonzoso y degradante en que os habia puesto el pecado? Y qué, no tratareis de salir luego de situacion tan desgraciada, de romper esas cadenas que os tienen ligados á los enemigos de vuestra alma, aprovechando las ventajas que os ofrece el nacimiento del hijo de Dios, y los deseos que tiene en este momento de vuestra salvacion? Qué esclavo no aceptaria de buena gana la libertad que le prometian, si ademas de adoptarle su Señor por hijo, le hacia tambien participante de los mas insignes privilegios? Si rehusára aceptar tamaña gracia, no se le acusaría con razon de la mas obstinada ceguedad y de la mas negra ingratitud? Aprovechémonos pues, H. M., de esta ocasion en que Dios quiere volvernó otra vez al estado feliz en que nos encontrábamós antes de ofenderle; aprovechemos este tiempo aceptable en que viniendo el hijo de Dios al mundo derrama sobre nosotros sus bondades; correspondamos agradecidos á ellas y aprendamos en el segundo punto á manifestarle el mas profundo reconocimiento.

SEGUNDO PUNTO.

Nada mas justo, H. M., que este reconocimiento, si consideramos los grandes males de que nos ha libertado el hijo de Dios y los infinitos bienes que nos ha traído con su venida al mundo. Pero cómo le mostraremos este reconocimiento, cómo corresponderemos á tantas bondades y liberalidad? De dos modos podemos hacerlo en provecho de nuestras almas: 1.º saliendo cuanto antes del estado de culpa, si hemos tenido la desgracia de caer en ella: 2.º haciendo el mas alto aprecio de la insigne cualidad de hijos de Dios, que debemos preferir á todos los bienes de la tierra y portándonos con él como verdaderos hijos, sumisos á su voluntad y á sus mandatos. Hablará aqui el párroco de los diferentes deberes de un hijo para con su padre, y procurará inspirar en el auditorio los sentimientos de una santa confusion y pesar por haber hecho tan poco caso de la gracia santificante, de esta inestimable cualidad de hijos de

Dios que es preferible á los títulos mas gloriosos del mundo y sin la que los príncipes, los mismos reyes y potentados son los mas pobres y miserables. Les escitará en fin á trabajar sinceramente y con todo conato y eficacia desde principios del año en recuperar, si la han perdido, esta gracia, esta noble cualidad de hijos de Dios, á que se conduzcan en adelante como verdaderos hijos del padre celestial, y acudán con entera confianza en sus necesidades á Dios padre, á Jesucristo su hijo y al Espíritu Santo, que nos hace clamar, *abba*, esto es, padre mio. Si la Circuncision cae en domingo, deberá el párroco tomar el asunto de la plática del misterio del dia, que ofrece materiales en abundancia y de grande interés tanto sobre la Circuncision, como sobre el santísimo nombre de Jesus. Léase con cuidado á san Bernardo que en pocas palabras encierra cuanto puede decirse en el particular. Hallamos, dice este santo, en la circuncision de Jesus: *quid amemus, et admiremur; habemus etiam quid imitemur*. Las dos primeras palabras formarán el asunto de la primera reflexión, y la tercera, *quid imitemur*, el asunto de la segunda. Se estenderá en hacer ver el grande amor del niño Jesus en lo mucho que sufrió con la circuncision su tierno cuerpo el mas sensible y delicado que ha habido jamás, en lo mucho que se humilló, tomando la forma de pecador quien era la santidad por esencia. Qué prodigio de bondad, H. M. ! Puede haber algo mas digno de nuestra admiracion y de nuestro amor? Quién no amará de veras y con todo su corazon á este divino niño, que apenas entra en el mundo, cuando ya empieza con plena deliberacion á darnos tales pruebas de bondad y de tierno interés por nuestro bien? No seríamos ingratos, si dejáramos de corresponder á ellas con el mayor esfuerzo y con una voluntad sincera y decidida? Y á la verdad, H. M., que no es cosa difícil mostrarle la gratitud que ecsije de nosotros; es bien poco lo que nos pide; nada mas que le imitemos y sigamos los ejemplos que nos dejó en su dolorosa circuncision. Y cuáles son esos ejemplos? Tres son los principales que deben llamar nuestra atencion para no olvidarlos jamás: 1.º su amor á los sufrimientos, para que llevemos con gusto y entera resignacion las penalidades de la vida; 2.º su humillacion, para que desterremos de

nuestro corazón el orgullo y seamos humildes como él. A la vista de un Dios niño que se deja circundar: *jam cavendum tibi arbitror à superbia*, dice el mismo san Bernardo: 3.º su circuncision corporal, con la que nos quiso enseñar, y es el principal fruto que debe producir en nosotros este misterio, la circuncision espiritual ó de nuestros corazones.

Se explicará claramente en qué consiste esta circuncision espiritual, escitando á los oyentes á que procuren combatir en el discurso del año sus principales pasiones y desarraigar todos los malos afectos del alma.

Como no es posible tratar en una sola plática todos los asuntos que ofrecen la festividad de la circuncision y la del dulcísimo nombre de Jesus, mucho mas si se hacen algunas de las advertencias indicadas para principios de año, que no debe omitir el párroco bajo ningun pretesto por ser tan necesarias, dejará para mas adelante el hablar del santísimo nombre de Jesus, el mas augusto, el mas amable y mas poderoso de todos los nombres y el instruirles competentemente sobre este asunto del mayor interés. La iglesia ha fijado el oficio del dulcísimo nombre de Jesus en la dominica segunda despues de la epifanía y entonces es la ocasion mas á propósito para tratar de él, ya en la plática ó ya en la explicacion del catecismo. Las lecciones de san Bernardo en el oficio del dia le ofrecen abundante materia para hacerlo dignamente y con fruto. Pero si no quisiera aguardar á este dia, ó no fuese posible á causa de que en este domingo se celebraba la septuagésima, entonces podrá verificarlo en el mismo dia de la circuncision ó en algun otro domingo, si le hay, antes de la epifanía.

En este caso empezará haciendo ver primeramente, cuán santo, cuán amable y poderoso es el santísimo nombre de Jesus, y en segundo lugar lo mucho que le debemos por estos tres motivos, á saber, por su santidad, por su amabilidad y por su poder. Para llenar estos dos puntos léanse, como se ha dicho arriba, las lecciones del rezo del santo nombre de Jesus tomadas de san Bernardo. Cuidará de encargar á sus oyentes que siempre que pronuncien el nombre de Jesus, lo hagan con el mas profundo respeto, que le invoquen fre-

cüentemente con amor y confianza, y sobre todo que traigan á la memoria las virtudes de Jesus que van significadas en tan hermoso nombre, proponiéndoselas como regla de conducta en todo el discurso del año.

— Cuando entre natividad y la epifanía caben dos domingos, sucede por precision que el segundo carece de evangelio propio, celebrándose en él la octava de san Esteban, de san Juan, de los santos Inocentes, ó la vigilia de la epifanía, en cuyo caso puede el párroco entre varias materias escojer la que juzgue mas conveniente y provechosa segun el tiempo y la necesidad de su auditorio. Parece sin embargo que el asunto mas propio para este dia es el de preparar á los fieles á celebrar dignamente la solemne festividad de los Reyes. Desgraciadamente se advierte que la mayor parte de los cristianos ignorán los fines de la institucion de esta festividad y si hubiera cuidado en hacérseles conocer con anticipacion, se evitarian los desórdenes que son tan frecuentes en la víspera por la noche y aun en el mismo dia de Reyes, y en lugar de la alegría profana á que se entregan, se veria únicamente una alegría espiritual, santa y cristiana. Por eso es muy conveniente ponerles á la vista los motivos que ha tenido la iglesia para celebrar este dia con tanta solemnidad y como uno de los principales del año. En esta fiesta, les dirá, quiere nuestra madre la iglesia que demos gracias á Dios por el don inestimable de la fé y de nuestra vocacion al cristianismo en la persona de los magos. Les pondrá delante la grandeza de este beneficio y de aqui lo criminales que son los cristianos que en este dia se entregan á escesos pecaminosos, imitando de este modo los desórdenes de los gentiles. Les hará en seguida algunas advertencias sobre el modo de prepararse á celebrar dignamente este dia y de manifestar á Dios el justo reconocimiento que le debemos por haber sido llamados á la fé, proponiéndoles por modelo el ejemplo y conducta de los Reyes magos. Y por último, les recomendará eficazmente la adoracion de Jesus en el dia de la epifanía, que deben hacerla en el templo con los mismos sentimientos de veneracion, de amor y de humildad de los santos Reyes, escitando á las almas justas á que pidan perdon en ese dia por los malos

cristianos que le convierten en un día de disolución y desenfrenada licencia.

Por lo que respecta al misterio de la Epifanía puede el párroco proponerse varios designios todos muy útiles é interesantes para el auditorio. Hablaremos de ellos en las advertencias generales sobre la manera de explicar al pueblo los diferentes misterios que celebra la iglesia en el discurso del año.

Notaremos aquí únicamente que el medio mas oportuno, para impedir los desórdenes que se cometen en el día de Reyes y traer á los fieles de esa falsa alegría á que suelen entregarse, seria el de hacerles conocer la vanidad, el peligro y aun el crimen que encierran los placeres mundanos; como por el contrario, la solidez, la verdad y las felices consecuencias de una vida mortificada y verdaderamente cristiana. Esta materia podria ser tratada con mayor extension que antes de las pascuas de navidad, debiéndose tener presente que es sobremanera útil y hasta necesario el repetir de cuando en cuando ciertas verdades importantes, que de otro modo olvidan los fieles sin sacar provecho alguno de lo que les enseña su párroco. Ademas de que se puede siempre añadir algo de nuevo á las materias que se hayan tratado, ó cuando menos darlas un giro diferente que ofrezca interés y novedad.

Como en la vigilia de los Reyes nos presenta la iglesia en el evangelio la huida de Jesus á Egipto y no se ofrece ocasion de hablar sobre ella en los domingos siguientes, aprovechará el párroco el domingo anterior á la Epifanía para instruir á sus oyentes de las circunstancias de esta huida misteriosa y desenvolver las lecciones sobremanera saludables que contiene, dignas de toda la atencion de los fieles. Despues de algunas advertencias sobre el objeto de la institucion de la Epifanía y sobre el modo de prepararse á celebrarla, hará el párroco la narracion del evangelio y en seguida su paráfrasis ó una especie de homilia con las reflexiones morales mas adecuadas á la necesidad del auditorio. Debe proponerse como objeto principal de esta paráfrasis el escitar á los fieles á la ejecucion fiel, generosa y constante de la voluntad de Dios en el estado ó empleo en que les ha colocado ó tuviese á bien ponerles en ade-

lante. Para ello convendrá que explique del mejor modo todas las circunstancias de esta huida por el mismo orden con que acontecieron, á saber, la ocasion ó motivo que dió márgen á ella, la hora en que María y José emprendieron el viaje, el pais donde se retiraron, lo mucho que sufrieron en él, y por último, el tiempo que permanecieron.

1.º La huida á Egipto se verificó por mandato del mismo Dios: *ecce angelus domini apparuit in somnis Joseph*. Aprendamos de aqui, H. M., á someternos á las disposiciones de la providencia, por difícil que nos parezca su ejecucion y cuidemos de obedecerlas con prontitud y con gusto á imitacion de Jesus, de José y de María.

2.º La causa de esta huida es el furor de Herodes que habia de buscar al niño para quitarle la vida: *Futurum est ut Herodes querat puerum*. Herodes es la imágen del demonio que hace los mayores esfuerzos y busca todos los medios para echar á Jesus de nuestros corazones. (Aqui una reflexion moral á los jóvenes, á los que hayan confesado y comulgado en los dias de pascua, como tambien á los pecadores que se dejan dominar de sus pasiones). No creais, H. M., que Jesus huye á Egipto por debilidad y falta de poder; no; lo hizo por un efecto de su sabiduría infinita, con el objeto de santificar la tierra de Egipto, darnos ejemplo de una perfecta paciencia y sumision á la voluntad de Dios y enseñarnos al propio tiempo, que si bien permite seamos perseguidos y tentados, se convertirán en nuestro espiritual provecho y el de nuestros prójimos esas mismas tentaciones y persecuciones, con tal que las llevemos por Dios y seamos dóciles á sus llamamientos, como lo fueron María y José.

3.º La obediencia y sumision de los dos castos esposos fue pronta y ciega: *qui consurgens accepit puerum et matrem ejus nocte*. Convendrá que se detenga el párroco en poner á la vista de su auditorio esta prontitud, y clame contra la tardanza y negligencia que manifiestan muchos cristianos cuando se trata de obedecer á Dios, á su iglesia y á los superiores legitimos. Hablará tambien contra la conducta de aquellos que obedecen con repugnancia y murmurando á los preceptos de sus superiores, padres, amos etc.

4.º *Secessit in Ægyptum.* Manifestará qué país era el de Egipto; á saber, un país extraño en que no podían encontrar los dos santos esposos socorro ni auxilio alguno de parte de los hombres; un país lejano á donde no podían llegar sin grandes fatigas, sin multitud de trabajos; mas sin embargo nada les detiene; basta que Dios haya hablado por el ministerio de un ángel para que al momento, sin decir una palabra y con el mayor gusto, emprendan á deshora de la noche un viaje tan largo y dificultoso. De esta suerte debemos conducirnos nosotros, siempre que Dios nos hable y nos dé á conocer su voluntad por medio de sus ministros, que son los ángeles visibles. Puede tomar ocasion de aquí el párroco para instruir á sus oyentes sobre la manera de viajar cristianamente; la cual consiste en no ponerse en camino, sino por necesidad ó evidente utilidad, en santificar los dias de viaje, y en evitar con cuidado los pecados que se cometen en ellos con demasiada frecuencia.

Por último: *erat ibi usque ad obitum Herodis*, Jesús, María y José permanecen en Egipto hasta que el Señor les manda salir de este país. Escelente ejemplo para todos aquellos que se quejan de su estado, se lamentan de los trabajos y penalidades anejas á él, y se persuaden que les estorbia servir á Dios y trabajar en el negocio de su salvacion: *esto ibi, usquedum dicam tibi*; así lo practicaron José y María que permanecieron en Egipto, hasta que el Señor les ordenó volver á su país natal: *defuncto Herode, ecce angelus Domini apparuit in somnis Joseph in Egipto dicens: surge et vade in terram Israel.* Concluirá diciendo á sus oyentes que procuren sacar provecho de las molestias y penalidades consiguientes al estado en que les ha puesto la divina providencia, que hagan en el discurso del año frecuentes actos de sumision á la voluntad de Dios y que empiécen á ejecutarlo desde este mismo dia. Y les exhortará tambien con toda eficacia á que jamás abandonen á Jesús, como lo hizo san José, pues de esta suerte vencerán las mayores tentaciones y no sucumbirán ni aun en medio de los mas grandes peligros.

Dominicas despues de la Epifanía.

Solo puede haber seis desde la epifanía hasta la septuagésima y ordinariamente son menos, sucediendo alguna vez que solo caben una ó dos en este intermedio, por caer muy baja la pascua, que es la que arregla siempre las fiestas movibles. Prescindiendo de esto, presentamos aqui las materias para cada una de estas dominicas, y cuando se celebre alguna despues de Pentecostés, acudirá el párroco á lo que digamos en este lugar.

Primer domingo despues de la Epifanía.

Este domingo cae siempre en la octava de la epifanía, y se llama domingo *infra octavam, epiphaniæ*. El evangelio es del capítulo 2.º de san Lucas, en que se habla del viaje que Jesus hizo á Jerusalem á la edad de doce años en compañía de sus padres, de su asistencia al templo, donde le encontraron María y José llenos de sentimiento por haberle perdido de su vuelta á Nazaret, y género de vida en que se ocupó hasta la edad de 30 años.

Bien se deja conocer el motivo que tiene la iglesia en recordarnos los hermosos rasgos de este período de la vida de nuestro Salvador, poco despues de haber celebrado los misterios de su infancia, y puesto á la vista de los fieles el hecho notable de la huida á Egipto, quiere nuestra solícita madre que no se nos oculte ninguna circunstancia de la vida del hombre Dios, para que saquemos de ella las posibles ventajas y la mayor utilidad en bien de nuestras almas. Por esta razon no puede prescindir un párroco de proponer todos estos hechos á la consideracion de los fieles, á fin de que les sirvan de regla de conducta en las diferentes épocas de la vida y traten de imitar á Jesus como al único modelo que jamás debe perderse de vista. Comenzará pues de esta manera:

La iglesia, H. M., nos pone á la vista en el evangelio de hoy una historia sobremanera digna de la atencion de sus hijos para que yo pueda dejar de presentárosla con las reflexiones convenientes

á vuestro espiritual aprovechamiento, á saber, el viaje que Jesus hizo á la edad de doce años desde Nazaret su residencia ordinaria al templo de Jerusalem en compañía de sus padres y parientes. Este evangelio puede llamarse el evangelio por excelencia de los jóvenes cristianos, como que es el mas propio y ninguno les conviene mejor entre los diferentes que leemos en el discurso del año, atendidas las lecciones interesantes que les dá y el modelo que les ofrece tan digno de ser imitado durante el período de la juventud y aun todo el tiempo que permanezcan en compañía de sus padres: tambien á estos les instruye con reglas las mas sábias sobre la manera con que deben cuidar de la educacion de sus hijos; de suerte que á unos y á otros es sobremanera útil lo que vamos á decir en la explicacion de este evangelio, como tambien á toda clase de personas que verán en Jesucristo el ejemplo mas perfecto del cuidado que deben poner en adelantar todos los dias en la sabiduría y en la gracia. Para el mejor orden y claridad encerraremos todos los documentos de nuestro evangelio en las tres reflexiones siguientes: 1.^a los niños y los jóvenes deben aprender de Jesucristo el modo de emplear santamente su juventud: 2.^a los padres y madres deben aprender de María y José las reglas mas adecuadas para la buena educacion de sus hijos: 3.^a todos los cristianos encontrarán en el viaje que hizo Jesucristo á Jerusalem y en la conducta que observó hasta la edad de 30 años el modelo que deben imitar para hacer progresos en la sabiduría y en la gracia.

Cuando el párroco se proponga hablar del asunto de la primera reflexion, encargará con anticipacion á los padres y madres que acudan con todos sus hijos á la misa parroquial de este dia, para que oigan la plática y puedan sacar fruto de ella. A este fin les encargará tambien que cuiden de hacérsela repetir en casa en sus puntos mas principales. Dirá de este modo.

Por vosotros, jóvenes cristianos, por vosotros que teneis padre y madre se dignó Jesucristo despues de haber tomado la naturaleza humana pasar por el estado de la infancia y juventud y tener en el mundo una madre y un padre putativo, para que aprendiéseis de él la conducta que habeis de observar en vuestra juventud y la sumi-

sion en que debeis vivir para con vuestros padres. Oid pues con cuidado lo que os voy á decir y mirad atentamente al modelo que os pondré hoy á la vista. Vosotros sois cristianos, es decir, haceis profesion de creer y obrar lo que Jesucristo nos ha enseñado con sus palabras y ejemplos. Necesario es pues que sepais lo que obró y lo que dijo desde su tierna edad hasta la de treinta años, en que dió principio á su vida pública. Escuchadlo con la mayor atencion y no lo olvideis jamás. La sagrada escritura nos dice de Jesucristo:

1.º Que lleno de gracia desde su entrada en el mundo dió no obstante á la edad de doce años una prueba patente y solemne de su religiosidad, emprendiendo un largo y penoso viaje al templo de Jerusalem con el objeto de cumplir públicamente los deberes de piedad y religion para con su padre celestial y de manifestar igualmente su respeto á los ministros ó doctores de la ley.

2.º Que permaneció en el templo todo el tiempo que le habia fijado la voluntad de su padre celestial, sin tener de ello noticia María y José que sumergidos en la mayor afliccion andaban buscándole, ignorando su paradero.

3.º Que manifestó claramente á la santísima Virgen y san José cuando se quejaban de este proceder de Jesus, que le era preciso ejecutar la voluntad de su padre.

4.º Que despues de esta respuesta se volvió á Nazaret en compañía de sus padres, á los que vivia sumiso, creciendo todos los dias en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Ved aqui hijos míos en compendio el gran modelo que debeis imitar, el espejo en que debeis miraros, el cuadro de que debeis sacar copia para aprender á llenar vuestros deberes de religion para con Dios, los de piedad para con vuestros padres y los de justicia para con vosotros mismos.

Se esplicarán por orden cada uno de estos deberes, mostrando en primer lugar la necesidad de honrar á Dios, de santificar las fiestas, de asistir devotamente á los divinos oficios y á oír la palabra de Dios, y confirmandolo con el ejemplo de Jesucristo que llenó cumplidamente todos estos deberes. Con este motivo les hará ver el párroco cuán distantes están de imitar á Jesucristo y de asemejarse

á él y les reprenderá las varias faltas que haya notado sobre el cumplimiento de sus deberes religiosos, diciéndoles que si no mudan de conducta son indignos del nombre de niños cristianos, de jóvenes cristianos, y que Jesucristo no les conocerá por tales, mientras que no cuiden de seguir el ejemplo que en esta parte les ha dejado. Hecho esto pasará á la segunda leccion que encierra la respuesta de Jesus á su madre. Jesus, dirá, se quedó en el templo, sin saberlo sus padres, porque tal era la voluntad de su eterno padre. Esto os enseña, que debeis ejecutar la voluntad de vuestro padre que está en los cielos con preferencia á la de vuestros padres y madres segun la carne; que jamás habeis de ofender á Dios, por complacer á vuestros padres etc., y que cuando trateis de consagraros á Dios y obedecer su voluntad, no os es permitido escuchar la voz de la carne ni de la sangre, por desagradable que pueda ser á los padres vuestra resolucion.

Pero oid otra enseñanza no menos importante y poco practicada que os dá vuestro maestro Jesus. El evangelista san Lucas nos dice que despues de la respuesta referida se volvió á Nazaret, donde vivia sumiso y obediente á sus padres. Oh! que admirable sumision hijos míos! Quién es el que obedece? A quién obedece? En qué obedece? Cuánto tiempo obedece? Por qué obedece? Todas estas circunstancias se deben explicar por menor, haciendo en cada una la conveniente aplicacion á los niños. Qué excusa podreis ya alegar, jóvenes, para dispensaros de obedecer á vuestros padres? Cómo justificariais vuestras faltas de respeto y sumision en presencia de Jesus tan obediente y tan sumiso á sus padres María y José? Que? un Dios obedece y obedece á los que él mismo ha dado la vida; les obedece en todo y durante el tiempo de su vida privada, es decir, por el espacio de treinta años; les obedece con gusto, con la mejor voluntad, por complacer á su eterno padre, y rehusareis vosotros observar igual conducta y vivir sumisos y obedientes á los que os han dado la vida del cuerpo? No será bastante ese ejemplo por sí solo para condenaros en el último dia, como á hijos rebeldes, y para que Jesucristo no quiera conoceros como á hijos suyos? Y mirad, se añadirá, que semejante ejemplo no solo condenará á los hijos des-

obedientes que se hallen bajo el poder de los padres y están en su compañía, sino á todos de cualquier edad y condicion que falten al respeto y veneracion que les es debida mientras viven. Mudad pues de conducta, jóvenes cristianos, pedid humildemente perdon á Jesus de haber imitado tan mal elejemplo que os ha dado de verdadera sumision á vuestros padres; que desde hoy se deje ver vuestra mudanza en el comportamiento respetuoso con que les trateis, como tambien á los que hacen sus veces y cuidan de vuestra educacion, obedeciendo sin tardar á sus mandatos, á sus insinuaciones etc.

Pero no esto todo hijos mios; todavia os ha dado el Salvador en su juventud otra leccion muy importante que por desgracia está casi totalmente ignorada y olvidada, á saber, la de que adelantaba en sabiduría, á medida que crecia en edad. Debeis tener entendido, hijos mios, que Jesus lleno como estaba de gracia y santidad desde el momento de su encarnacion, fuente y manantial que era de todas las gracias que recibimos no podia crecer interiormente ni progresar en la sabiduría y en la gracia, á la manera del sol que, siempre lleno de luz y de calor, no recibe jamás aumento en estas dos cualidades. Pero asi como este astro á medida que avanza el día va haciendo sentir mas su calor y derramando con mas abundancia sus resplandores, de este modo Jesucristo, sol de justicia, que vino al mundo á iluminarnos en las diferentes edades de la vida y á comunicarnos el fuego de su divino amor, hizo manifestacion de diferentes virtudes segun los diferentes períodos de su vida, y á proporcion que crecia en el cuerpo, dejaba ver tambien mas y mas el gran tesoro que encerraba en su santísima alma. Oh! quién podrá decir la modestia, el pudor, la prudencia, la sobriedad y todas las demas virtudes que resplandecian en el joven Jesus! Enamorados quedaban de sus grandes perfecciones cuantos tenian la dicha de tratarle y no habia uno que no admirára su estraordinaria virtud y aquellos hermosos rasgos de santidad que le hacian infinitamente superior á los demas jóvenes.

Y vosotros hijos mios habeis puesto atencion en este período tan instructivo de la vida de Jesus, habeis hecho por comprenderle y fijarle bien en vuestro corazon, para que no se os olvide jamás?

Ah! mis amados hijos, quiera Dios que así sea; quiera Dios que gravado ahora en vuestra alma no se borre en todos los dias de vuestra peregrinacion sobre la tierra este grande ejemplo que os ha dejado Jesucristo. Procurad pues recordarle á menudo, por la mañana, por la tarde, al levantaros de la cama, al acostaros, dentro de casa, en el campo, en todas partes; haced con él lo mismo que Dios habia prescrito respecto de la ley antigua á su pueblo, cuando le mandó que la lleváran todos escrita en la frente, en los brazos.

Meditaberis etc. Ved aqui lo que yo quisiera que ejecutárais vosotros con el ejemplo que os ha dado Jesus, á saber, que le pusiérais por escrito desde hoy mismo, ó cuando menos que le recordárais continuamente preguntándoos á vosotros mismos cuantas veces sea posible: qué hizo Jesus en su juventud? Para que podais retener facilmente esta parte de la historia de Jesus, os la presentaré en pocas palabras y reducida á tres cosas principales.

1.^a Procuró con el mayor esmero ejecutar en todo la voluntad de Dios su Padre.

2.^a Manifestó un profundo respeto y sumision á sus padres María y José.

3.^a Crecia en sabiduría al mismo tiempo que avanzaba en edad. Despues de considerar atentamente estas tres lecciones tan interesantes de Jesus, preguntaos en seguida: le hé imitado yo por ventura en alguna de ellas? No he practicado mas bien lo contrario estando sin devocion en la iglesia, distraido y disipado, mientras se celebran los divinos oficios, sin atencion cuando se esplica el catecismo ó se predica la palabra divina? Cuántas veces no he faltado al respeto que debo á mis padres y á mis superiores? En vez de adelantar en sabiduría desde mis primeros años, desde que recibí la primera comunión, no he crecido mas bien en malicia, en vicios y en malas inclinaciones? Oh! qué motivo de confusion y de vergüenza para mí que tanto deshonor el nombre que llevo de cristiano! Llorad sí, jóvenes cristianos, dirá aqui el párroco, derramad lágrimas de dolor por vuestra conducta anterior, tan poco conforme á la de vuestro modelo Jesus, dadle una satisfaccion pública, antes de salir de la iglesia y prometedle de veras que en adelante cuida-

reis de seguir con todo esmero el ejemplo que os ha dejado.

NOTA. En algunas parroquias podrá el cura escitar á los niños á que den esta satisfaccion pública al Salvador y hagan una protesta solemne de que en adelante imitarán su ejemplo. En este caso poniéndose él mismo de rodillas pronunciará en voz pausada y tierna la fórmula de este desagravio y protesta, haciéndosela repetir á todos los niños á medida que él la vaya diciendo, y encargando á los demas que lo hagan en voz baja y para sí.

Despues de haber instruido el párroco á los niños se dirigirá á los padres y madres, proponiéndoles por modelo la conducta de María y José, los dos esposos mas santos que ha habido jamás y que deben hacer por imitar las personas casadas, en cuanto las sea posible. Mas como este asunto ecsije una plática aparte, le dejará el párroco para otro dia encargando la asistencia á los interesados.

Podrá comenzar de esta suerte: En el domingo último enseñamos á vuestros hijos los diferentes deberes que tienen contraidos para con Dios, para con vosotros y para con ellos mismos, y al mismo tiempo les dijimos el modo con que habian de cumplirlos para agradar á Jesus su modelo. Como el Señor me ha confiado la direccion de vuestras almas igualmente que de las de vuestros hijos, como tengo obligacion muy estrecha de apacentar no solo los corderos, sino tambien las ovejas, ved aquí por qué me propongo dirigirme hoy á vosotros para esplicaros cuáles son vuestros deberes y cuál el modelo que debeis seguir para llenarles. Estos deberes ó son relativos á Dios, ó á vuestros hijos, ó finalmente á vosotros mismos. Hoy os hablaré de los dos primeros en conformidad al testo del evangelio que se leyó el domingo anterior, donde se os enseñan dos cosas muy importantes, á saber, el cuidado que debeis poner en el cumplimiento de los deberes de religion para con Dios, lo cual servirá de materia para la primera refleccion, y el esmero con que debeis procurar que les practiquen vuestros hijos; asunto de la segunda.

El sagrado testo nos dice que María y José iban todos los años á Jerusalem con el objeto de celebrar la gran festividad de la pascua, como era costumbre entre los Israelitas que acudian en cier-

tas épocas á esta ciudad la mas notable de la Palestina, donde estaba el suntuoso templo en que Dios queria ser honrado de una manera particular; acudian, repito, á celebrar en él las festividades mas solemnes y con especialidad la mas grande de todas, cual era la de la pascua. María y José aunque no estaban absolutamente obligados á emprender este largo y penoso viaje, no dejaban sin embargo de hacerlo todos los años para adorar en su santo templo al Señor de todo lo criado y presentarle sus ofrendas. Y cuando Jesus se halló en disposicion de acompañarles á Jerusalem, tuvieron el mayor cuidado de llevarle consigo, para que tributase á Dios los homenajes que le son debidos. Ved aquí, H. M., un escelente ejemplo, una hermosa leccion de la esactitud y puntualidad con que debeis vosotros santificar los dias consagrados al culto del Señor y hacer que les santifiquen vuestros hijos y vuestros domésticos. Aunque María y José vivian santamente en Nazaret, su residencia ordinaria, y aunque alli habia una sinagoga donde se reunian periódicamente con los demas para orar y oir la palabra de Dios, quisieron no obstante dar un testimonio auténtico y público de su religiosidad, yendo repetidas veces á Jerusalem con el objeto de presentarse ante el Señor en su santo templo. No les detienen ni lo largo del camino, en que necesitaban emplear tres dias al menos, ni el temor que les debia infundir Herodes Arquelao, hijo del cruel Herodes que habia mandado degollar los Inocentes y buscado á Jesus para quitarle la vida: su confianza en Dios y su gran piedad les hacen pasar por encima de todos estos obstáculos que miran como de poco momento en comparacion del gran bien que iban á disfrutar visitando al Señor en su santa casa.

Despues de hecha esta esposicion, preguntará á los padres de familia, si su religion es semejante á la de María y José y si acuden con puntualidad á la iglesia en los dias dedicados al culto de Dios. Refutará los diferentes pretextos que suelen alegar para no asistir á los divinos oficios; pretextos mucho mas comunes en las madres que en los padres de familia. Añadirá sin embargo, que hay ciertos casos á la verdad en que están dispensadas las madres de asistir al templo y llevar consigo sus hijos, como tambien hay otros

en que lo están los padres por razon de ausencia indispensable etc. Pero cuántos padres y madres, dirá, se creen autorizados para no venir á la iglesia en los dias festivos, bajo el pretesto de mal temporal, de indisposicion, salud delicada, ú otros motivos semejantes, cuando el verdadero es su indevoción, su negligencia, su apego á los intereses del mundo, ó acaso, acaso, otro mas torpe y criminal? Cuántos que si asisten á los divinos oficios, no es por honrar á Dios, adorarle, ofrecerle sus homenajes y pedirle las gracias de que tanto han menester? Cuántos que se impacientan, si los oficios son algo largos; cuántos que mientras están en el templo, tienen el pensamiento en los negocios de su casa, en las diversiones y placeres del mundo, ofendiendo así á Dios en el lugar mismo, donde quiere ser alabado y glorificado. Ah!, H. M., no os avergüenza una conducta tan estraña y tan impropia de un cristiano? Será posible que olvidando á Dios por una semana entera, no le reserveis siquiera aquellos dias que le están consagrados de un modo especial y que os manda emplear en su culto y en vuestra santificacion? Algunos á la verdad no dan en esta negligencia é indevoción respecto de sí mismos, pero en cambio miran con indiferencia el que sus domésticos y demas personas que tienen á su cuidado cumplan ó no con los deberes de piedad y religion, con los deberes de cristianos. Ah! y cuánto no les debiera confundir el ejemplo de María y José! Procurad, H. M., imitar á estos santos esposos y preciaos de una laudable emulacion en esta parte, acudiendo con presteza al templo del Señor en los dias señalados: que se os vea allí tan devotos y edificantes como lo estuvieron María y José en el templo de Jerusalem y no salgais de la casa de oracion, hasta despues de haber satisfecho todas vuestras obligaciones para con Dios.

Mas con esto solo no habriais llenado todos los deberes que pesan sobre vosotros, teneis todavía otros sobremanera graves para con vuestros hijos que no podeis omitir sin una terrible responsabilidad delante de Dios. El evangelio nos instruye acerca de ellos y serán la materia de la segunda refleccion.

SEGUNDA REFLECSION.

Pasados los días de la solemnidad de la pascua, que eran siete, María y José emprendieron el camino de Nazaret, y en la persuasión y confianza de que Jesus venia con alguno de los de su comitiva, no advirtieron que se quedaba en Jerusalem. Asi lo dispuso Dios en su sabia providencia para darles ocasion de ejercer diferentes virtudes y de enseñar á los padres y madres los principales deberes que tienen para con sus hijos. El sagrado testo nos dice que tan pronto como echaron de ver María y José que no venia Jesus con los de la comitiva, se afligieron sobremanera y se tornaron inmediatamente á Jerusalem en busca suya. (Se referirá toda la historia). Qué os enseña, H. M., esta conducta de los padres de Jesus? Consideradla bien y hallareis dos lecciones importantes que no debeis olvidar en la educacion de vuestros hijos. La primera es, que concebais la mayor pena y dolor, cuando alguno de vuestros hijos se aparte del sendero de la virtud y pongais los medios para sacarle de su mal estado y restituirle á la vida de la gracia. Jesus es verdad que no podia separarse un ápice de la ley de Dios, como que era el santo por excelencia y sus padres que no lo ignoraban, nada tenían que temer en esta parte; pero sin embargo se llenan de la mayor amargura y sentimiento al considerar que le habian perdido por no haber puesto todo el cuidado y diligencia en no separarse un momento de su compañía. A cuántos peligros, H. M., están espuestos vuestros hijos, cuando les perdeis de vista, cuando les dejais solos, ó con ciertas compañías sobremanera perjudiciales á su inocencia! Ah! si tuviérais la seguridad de encontrarles siempre en el templo, entonces podriais vivir tranquilos sin cuidado alguno por su salud espiritual; pero en dónde están los niños que imiten ahora la piedad del Salvador! Cuánto no es de temer que en vez de acudir al templo, corran incautos al lugar del precipicio donde pierdan su alma! H. M., si lo que Dios no quiera, se hubiese extraviado alguno de vuestros hijos, no descanséis hasta que hayais logrado volverle al buen camino. José y María no dejaron un momento de buscar á

Jesus hasta que le encontraron, y lo mismo deben hacer los padres y madres con sus hijos, si por desgracia les hubieren perdido para Dios; á saber, no parar un instante, no omitir medio alguno hasta conseguir su conversion, con especialidad el de la oracion asídua en el templo, como la mas á propósito para alcanzar de Dios esta gracia tan interesante. Hablará aqui con eficacia contra aquellos padres que se manifiestan insensibles á los desórdenes de su familia, que permiten á sus hijos la asistencia á reuniones sospechosas, donde frecuentemente pierden la gracia y la inocencia. Ah! cuántos padres y madres contribuyen con su abandono y criminal indiferencia á la perdicion de sus hijos, y no ponen la mas pequeña diligencia para que recobren la gracia y se conviertan á Dios de que se han apartado por su condescendencia y falta de cuidado!

La segunda verdad que enseña el presente evangelio se encuentra en la respuesta del Salvador á su madre, cuando se le quejaba de la conducta que habia guardado con ellos: *quid est quod me querabatis? In his quæ patris mei sunt oportet me esse.* Aqui enseñará el párroco á los padres y madres cómo deben conducirse en el negocio vital y sobremanera importante de la vocacion de sus hijos. (Bourdalue trata perfectamente esta materia en su dominical, tomo 1.º, sermon 1.º (1) Les hará presente que por faltar á estos deberes, por mirar únicamente á los intereses del mundo, á las 'ventajas' materiales etc. suelen ser la causa de la eterna perdicion de sus hijos y lo que es mas, de la suya propia. Les propondrá en seguida las reglas que de-

(1) No pertenece á los padres, dice este autor, disponer de sus hijos en lo que concierne á la vocacion y eleccion de estado, primera parte. Son responsables sin embargo de la eleccion que hacen sus hijos, segunda. El padre que quiere hacerse dueño de la vocacion de sus hijos comete dos injusticias, una contra Dios y otra contra sus hijos. Contra Dios, porque solo á él pertenece determinar la vocacion de los hombres, como que es el padre de todos y con su providencia puede abarcar una empresa tan vasta como esta. Solo él conoce y penetra cuál es el estado en que conseguiremos mas facilmente nuestra salvacion; de consiguiente es una temeridad sin disculpa la de un padre que dispone de la vocacion de un hijo, destinándole á la iglesia para que Dios no le llama, ó colocándole en el mundo, cuando Dios le quiere para sí; pues ademas de usurpar los derechos de Dios espone á su hijo á una eterna condenacion.

Es una injusticia contra sus hijos, porque el derecho natural y divino dictan

ben tener presentes en cuanto concierne á la vocacion de sus hijos; como son el consultar á Dios por medio de la oracion, pidiéndole luces para proceder con acierto en un asunto de tanta trascendencia; no llevar otro objeto en la colocacion de sus hijos, que la mayor honra y gloria de Dios y la salud espiritual de los mismos, ecsaminar con todo cuidado su índole, sus inclinaciones etc., para conocer por este medio, qué estado les convendrá mejor y les hará mas útiles para sí y para la sociedad, y por último dar de mano á los motivos de interés y otras miras mundanas que son frecuentemente la causa de una multitud de falsas vocaciones y de la condenacion de tantos cristianos.

Por fruto de esta plática les escitará á que hagan un ecsamen serio sobre su conducta anterior, para que vean en qué han faltado á sus obligaciones para con Dios y para con sus hijos; que le pidan perdon durante la misa de su descuido y negligencia en cumplirles y que desde este mismo dia procuren satisfacer con la mayor fidelidad á un deber tan sagrado y de consecuencias eternas.

La conclusion de esta plática necesita ser fuerte y patética, v. g. Qué remordimientos os oprimen y angustian ahora, H. M., por no haber imitado á María y José en los grandes ejemplos que os dejaron para vuestra enseñanza! Cuántos de los que me escuchan son infelices en ese estado que les hicieron tomar sus padres por consideraciones humanas, por motivos de interés etc. Cuántos que en el infierno maldicen á sus padres por el descuido é indiferencia con

que el que ha de sufrir las cargas de un estado sea quien le elija; es este un negocio todo personal y ademas de una trascendencia incalculable, como que á él está unida la salvacion. Qué reconvencciones pues no sufrirán de sus hijos algun dia aquellos padres y madres que les han violentado á escojer un estado que repugnaban.

Parte segunda. Los padres son responsables á Dios de la eleccion de estado que hacen sus hijos, porque deben intervenir en ella como directores á causa de la obligacion que Dios les ha impuesto de velar sobre ellos, guiarlos etc. Por eso no puede un hijo contraer una obligacion ó un matrimonio sin dar cuenta á su padre y sin que éste lo consienta, y si se obstina en elegir un estado perjudicial segun Dios, tiene obligacion el padre de resistirlo.

La eleccion de un estado puede ser mala de tres maneras, ó porque es malo en si mismo, es decir, peligroso y contrario á la salvacion, y en este caso debe un padre hacer todos los esfuerzos para impedir que su hijo le tome, ó la eleccion es

que miraron su educacion, ó porque les obligaron á elegir un estado á que Dios no les llamaba! Pero ah! qué tormentos tan horribles aguardan á esos crueles padres, cuando precipitados en los abismos vean descender allí á sus propios hijos, que serán por toda una eternidad sus mas feroces verdugos! Evitad, H. M., tan grande desgracia, tan funesta calamidad acudiendo á Jesus, María y José, para que os preserven de ella. Procurad poner todos los medios para haceros dignos de las recompensas de Jesus y que en adelante se deje ver en todos vosotros padres é hijos el mas santo anhelo por cumplir con vuestras respectivas obligaciones, á fin de conseguir así la dicha de disfrutar en el cielo la compañía de la familia mas santa que habiais cuidado de imitar con todo esmero durante vuestra morada en la tierra.

El asunto de una tercera plática sobre este mismo evangelio y que interesa á toda clase de personas, es el ejemplo que nos dió Jesus: 1.º de piedad y religion para con Dios: 2.º de sumision á María y José; y 3.º de adelantamiento en la virtud y en la gracia.

El viaje que hizo Jesus á Jerusalem, de que ya os hemos hablado, H. M., no solo instruye á los jóvenes y á los padres de familia en sus respectivas obligaciones y modo de cumplirlas, sino que además enseña á todos cuales son los deberes de religion para con Dios y de justicia para con el prójimo y consigo mismo, y cómo les han de llenar para mejor servicio de Dios y utilidad espiritual de sus almas. El evangelio nos dice que Jesus fué á Jerusalem con ánimo de celebrar en el templo la gran solemnidad de la Pascua, y

mala por la incapacidad del sujeto que carece de las cualidades necesarias para el estado que elige, y entonces se hace responsable ante Dios aquel padre que coloca á su hijo en un empleo cuyas obligaciones no ha de poder cumplir; ó es mala finalmente por razon de los medios que se ponen en ejecucion para llegar al estado elegido, los cuales siendo injustos atraen sobre padres é hijos la ira de Dios y la condenacion eterna.

No esto decir, que no sea permitido á los padres procurar que sus hijos tengan unos empleos proporcionados; si no manifestar que su principal cuidado debe ser el darles toda la perfeccion necesaria y hacerlos capaces de desempeñarles por medio de una educacion esmerada y conveniente. Análisis del sermón citado. El Traductor.

que para realizar este acto de piedad no le detuvieron ni su tierna edad, ni la larga distancia, ni las incomodidades de un penoso viaje. Nos dice igualmente que despues de cumplir este deber volvió á Nazaret con sus padres, á quienes vivia en un todo sumiso. Y por último que adelantaba en sabiduría al propio tiempo que crecia en edad. Ved aqui, H. M., tres grandes lecciones que debeis tener bien presentes para no olvidarlas nunca, tres importantes documentos que necesitais poner en práctica para obrar la salud y santificar vuestras almas.

En la primera leccion nos enseña el Salvador cómo habemos de cumplir nuestros deberes de religion para con Dios. Porque debeis tener entendido, H. M., que no sin particular designio quiso el Salvador presentarse en el templo de Jerusalem á la edad de doce años y dar allí un testimonio público de su piedad para con Dios y de respeto á los doctores de la ley. Como que vino al mundo para ser nuestro modelo en todo, se propuso inducirnos con este ejemplo á que honráramos á Dios con el culto que le es debido, y que recibiéramos con respeto y docilidad la divina palabra de boca de aquellos que él mismo ha establecido para anunciárnosla. Aquí se entenderá un poco el párroco encareciendo el profundo respeto que manifestó el Salvador en el templo, sus sentimientos interiores de devocion y sobre todo la conducta que observó con los doctores de la ley, y en seguida pasará á moralizar este punto haciendo la aplicacion conveniente al auditorio. Para ello formará el contraste que ofrece este proceder de Jesus con el de gran número de cristianos tocante al culto de Dios, santificacion de las fiestas y asistencia á oír la palabra divina; cuidando de refutar los diferentes pretextos que suelen alegar, ya para no venir á los divinos oficios, ya para dejar de oír la palabra divina, y hablará enérgicamente contra los que se salen de la iglesia á luego que empieza la explicacion de la doctrina, como igualmente contra aquellos que menosprecian á los predicadores y se burlan de sus discursos, ó cuando menos les censuran y critican. Despues de oponerles el ejemplo de Jesus, les escitará á que en adelante procuren imitarle mejor, y segun deben hacerlo los que se dicen sus discípulos.

La segunda lección que nos da el Salvador es la sumision á sus padres. El principal fruto que debemos sacar de la palabra divina que se nos predica en los templos, y del ejemplo que Jesus nos ha dejado en esta ocasion, es el cumplimiento de nuestros deberes para con aquellos que Dios ha constituido en dignidad y en puestos elevados. Estamos obligados á obedecer á Dios, pero de nada nos serviría la mayor fidelidad en esta parte, si al mismo tiempo faltábamos á la sumision que debemos á los que hacen sus veces en la tierra. Aquí se probará la necesidad de obedecer á los superiores, cualesquiera que sean, *etiam discolis*, especificando las cualidades que debe tener la obediencia, la cual para ser perfecta necesita asemejarse á la de Jesus. Hablará con este motivo de aquellos que están con devocion en la iglesia y asisten con puntualidad á todos los actos religiosos, pero que al propio tiempo rehusan á sus amos, ó á otros superiores el respeto y obediencia que les son debidos: *Haec oportet facere et illa non omittere*. Es muy laudable y justo lo primero, mas no por eso debe dejarse de cumplir lo segundo.

Si solo se quieren tratar estos dos puntos, se cuidará de darles mas estension, dejando el tercero para el Domingo primero ó segundo despues de Pentecostés, ó para el año siguiente. Pueden servir de testo estas palabras: *Perfectus omnis erit, si sit sicut magister ejus*.

Pero si se decide el párroco á tratarle hoy, empezará de esta suerte: Ahora nos hallamos, H. M., á principios de un año, que han precedido ya muchos otros para los que estamos aqui congregados. En todos y cada uno de ellos hemos debido trabajar por adquirir nuevos méritos y fortalecernos en la virtud á imitacion de Jesus, de quien nos dice el evangelio que crecia en sabiduría y gracia, es decir, que obraba cada dia actos de mayor perfeccion, tanto en lo perteneciente al culto de su eterno padre, como en lo relativo al bien espiritual del prójimo. Del mismo modo debiéramos nosotros habernos fortalecido tambien mas y mas en todas aquellas virtudes que mas nos convenian segun la edad, estado y las circunstancias en que nos hemos encontrado; pero ah! dónde están aquellos cristianos que progresan en sabiduría al mismo tiempo que avanzan en edad?

quién de nosotros ha pensado en multiplicar sus virtudes, al paso que se multiplican los años? Bien se afanan los padres de familia por aumentar los bienes de fortuna, los jóvenes por robustecer el cuerpo, las personas dedicadas al estudio por adquirir nuevos conocimientos, y pocos, casi ninguno se ve que trabaje seriamente en amontonar riquezas para la eternidad y en afirmarse sólidamente en la virtud y en la vida de la gracia. Ah!, H. M., habremos de ser tan prudentes para las cosas del mundo, para los negocios temporales y tan ciegos sobre los de la otra vida, sobre los intereses de la eternidad? Aprendamos á conocer desde hoy, cuánto nos importa hacer progresos en el camino de la virtud y tratemos de buscar los medios que nos han de producir este bien de la mayor consideracion.

PRIMER PUNTO.

Las razones que deben estimularnos á progresar en la virtud se pueden reducir á las tres siguientes que son las principales: 1.^a Dios lo escoge de nosotros: 2.^a el ejemplo de Jesucristo nos empeña y estrecha á procurar este adelanto: y 3.^a nuestro propio interés tambien lo reclama.

1.^a Dios lo escoge de nosotros. No una vez sola, sino repetidas, nos dice que procuremos ser perfectos: *Haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra.* (1. Thess. 4). *Estote perfecti, sicut et pater vester etc.* (Math. 5). Dios es nuestro padre y nosotros somos sus hijos; debemos pues hacer todos los esfuerzos para ejecutar su voluntad y para imitarle en aquellas virtudes que mas le agradan y desea ver en nosotros segun el estado y circunstancias en que nos hallemos: *Estote ergo misericordes, sicut et pater vester misericors est.* (Luc. 6.) Aquí se hará la comparacion con un hijo de elevada clase, con un príncipe que olvidándose de su nacimiento, se ocupara en un oficio bajo é impropio de su posicion. Pues esto, dirá, es lo que vemos todos los dias, esta es la conducta de la mayor parte de los cristianos: *Homo cum in honore esset, non intellexit.* (Ps. 48). Nada sin embargo es mas grato á Dios, nada le complace tanto, como ver que los hombres se esfuerzan en imitarle, y en

asemejarse á él; á la manera de un padre que experimenta la mayor alegría, cuando ve que sus hijos se le parecen en todas sus buenas cualidades.

2.^a El ejemplo de Jesucristo nos estrecha á progresar en la virtud, como que su eterno padre le envió al mundo para que nos sirviese de modelo y adquiriéramos imitándole, la verdadera santidad y avanzáramos en el camino de la perfeccion. Será muy oportuno decir aqui algo de la vida del Salvador, como tambien de su doctrina, y en seguida se cuidará de inspirar en los oyentes los sentimientos de pesar y de vergüenza por haberse alejado tanto de la perfeccion cristiana y de no tener ni siquiera un rasgo de semejanza con Dios ni con Jesucristo: se dirigirá en este lugar á los diferentes pecadores de la parroquia, á los orgullosos, á los vengativos, á los iracundos, á los voluptuosos, diciéndoles, sois vosotros por ventura semejantes á Dios y á Jesucristo? Os pareis en algo á este divino modelo que debiérais haber procurado copiar con el mas escrupuloso esmero? Ah! vuestro Dios, vuestro padre celestial es infinitamente misericordioso, no quiere la muerte del pecador, solo desea que se convierta y viva, y vosotros rehusais perdonar á vuestro prójimo, á vuestro hermano! Jesucristo vuestro salvador es manso y humilde de corazon, y vosotros estais llenos de orgullo, de cólera etc. etc. Qué contraste entre Jesucristo, entre Dios y vosotros! Tambien se dirá algo á las almas justas que descuidan su perfeccion en la vida espiritual, reprendiendo á los tibios que se limitan á cierto grado de virtud y á no cometer faltas de consideracion haciendo poco caso de los pecados leves y de progresar en el camino de la perfeccion.

3.^a Tambien lo esije nuestro propio interés, porque cuidando de adelantar en la virtud, aseguramos nuestra salvacion, como que este deseo, este cuidado de perfeccionarnos mas y mas es una señal de predestinacion, segun lo declara el mismo Salvador, cuando dice: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam*. Por el contrario, cuando se hace poco caso y se mira con indiferencia el avanzar en el camino de la virtud, hay mucho peligro de perder lo que habiamos adquirido, y corre gran riesgo nuestra salud eterna. Los santos padres

convienen en esta verdad terrible y se fundan en que no es posible permanecer, mientras se vive, en un mismo estado ; porque ó las pasiones nos arrastran al mal y contraemos hábitos viciosos, ó adquirimos nuevas virtudes, combatiendo nuestras pasiones y sujetando la carne que se levanta contra el espíritu. Se confirmará esto con la experiencia de los mismos oyentes, que habiendo sido virtuosos en otro tiempo, han caído de su feliz estado por el descuido con que han mirado el adelantamiento en la virtud. Es indispensable pues, H. M., dirá á la conclusion de este punto, que hoy mismo hagamos un propósito firme, y concibamos ardientes deseos de progresar este año en el camino de la vida espiritual ; que procuremos desde ahora poner en obra estos mismos deseos, de suerte que pueda decirse de nosotros lo que el Espíritu Santo asegura de los justos : *Justorum semita quasi lux splendens*. Nada mas importante, H. M., que este trabajo asídúo y constante en perfeccionar nuestro espíritu, en fortalecerle mas y mas en aquellas virtudes que ecsije nuestro estado y empleo ; porque, quién sabe si nuestra eternidad no dependerá del ardor con que obremos este año nuestra santificacion? Y cómo, de qué medios, me preguntareis, echaremos mano para conseguir este objeto de tanto interés y provecho para nuestras almas? Os lo diré en el

SEGUNDO PUNTO.

El primer medio es desear con eficacia nuestra santificacion, porque sin duda la conseguiremos, si anhelamos llegar á ella. (Aquí la comparacion con los esfuerzos que se hacen por lograr un negocio temporal que interesa demasiado). Pedid á Dios, H. M., que os infunda ese mismo ardor por vuestra santificacion, que escíte en vuestros corazones un santo deseo de perfeccionaros mas y mas en la virtud. Que no pudiera yo comunicarle á vuestro espíritu, é imprimirle bien en vuestras almas! Pedídselo á Jesus durante este santo sacrificio; pedidle que apague y haga desaparecer esa hambre que os devora de riquezas, de honores, de goces y demas ilusiones de la vida, haciéndoos conocer su vacío, su nulidad y los peligros que

llevan consigo , para que de esta suerte suspireis únicamente por los bienes verdaderos y sólidos, por la verdadera sabiduría que solo se encuentra en la virtud y en la práctica de las máximas del evangelio.

El segundo medio es examinar con cuidado, cuáles son las virtudes de que careceis y las pasiones que mas os atormentan, á fin de trabajar con ahinco en cuanto pueda conducir á vuestro espiritual aprovechamiento. Si cada año, dice el piadoso autor de la Imitacion, consiguiéramos extirpar un vicio, no tardariamos en hacernos santos y perfectos.

El último medio es no dejar pasar un dia, sin que procuremos conseguir alguna victoria sobre la pasion que nos hayamos propuesto combatir en el discurso del año, y sin que nos ejercitemos en actos de la virtud contraria. (Aqui el detalle). Sabeis por ejemplo, que este ó el otro vicio, aquella ó esta ocasion os hacen caer en varias faltas y pecados; formad pues todos los dias por la mañana una firme resolucion de estar en vela contra ese vicio, de huir de aquella ocasion, y renovad varias veces al dia esa misma resolucion, cuidando de aprovechar las ocasiones que se os presenten de combatir tal vicio y de practicar la virtud opuesta. No dejeis nunca de examinar vuestra conciencia por la noche sobre las victorias que hayais alcanzado de la pasion, ó sobre las heridas que hubiéscis recibido. Este consejo, H. M., es muy importante y el mejor que puedo daros, seguro de que, si le poneis en ejecucion, palpateis muy luego sus grandes ventajas y la mucha utilidad que traerá á vuestras almas. No desperdiciéis ninguna victoria por pequeña que sea, aprovechaos de todo y cuidad de ir ganando poco á poco terreno sobre los enemigos de vuestra salvacion, á la manera de un hábil y entendido General que avanza lentamente y por grados hácia la plaza enemiga, debilitando al mismo tiempo sus fuerzas y destruyendo sus medios de defensa para dar con toda seguridad el asalto; ó á imitacion de un hombre de mundo que queriendo hacerse rico, no desprecia ni aun las mas pequeñas ganancias, ni las ocasiones que pueden facilitarle su objeto. No manifesteis, H. M., tibieza ni indiferencia en cuanto puede conduciros á un triunfo de inmenso re-

sultado, del cual depende nada menos que la conquista de una ciudad, de un reino, cuya posesion vale infinitamente mas que la del universo entero, como que en ese reino están encerradas tales riquezas, que no se puede comparar su valor, con todos los tesoros y bienes de la tierra. Y por otra parte, de qué os serviría amontonar riquezas en este mundo, sino trabajábais en hacer méritos para el otro que ha de durar eternamente? Reformaos, os diré con la iglesia en la epístola de este día, reformaos con nuevos sentimientos en vuestro espíritu, para que conozcais cuál es la voluntad de Dios, y cuál lo bueno, lo agradable y perfecto á sus ojos: *Reformamini in novitate sensus vestri; ut probetis quæ sit voluntas Dei bona, beneplacens et perfecta*. Sí, Dios mio, ya estamos resueltos y decididos á vivir en este año como perfectos cristianos, como verdaderos hijos vuestros, para hacernos merecedores del galardón que nos teneis destinado. Ayudadnos, amantísimo Jesus, á poner en ejecucion los medios necesarios para conseguirlo y no permitais que nuestra resolucion quede sin efecto, antes bien concedednos todo el valor que necesitamos para llevarla á cabo en medio de las dificultades y obstáculos que nos saldrán al encuentro, para que siguiendo aquí en la tierra el ejemplo que nos habeis dado de adelantar todos los días en sabiduría y gracia, consigamos la dicha de poseeros en la gloria por los siglos de los siglos. *Fiat, Fiat*.

Otro asunto importante puede tambien tratarse con motivo de este evangelio, á saber, la pérdida de la gracia ó de la devocion sensible, representada en la pérdida del niño Jesus por la Virgen Santísima y san José. Esta materia es tambien muy propia para principios de año.

Despues de manifestar que puede perderse á Jesus de dos maneras, á saber, perdiendo la gracia con el pecado mortal, ó perdiendo la devocion sensible y el gusto á los ejercicios de piedad y religion, se hará ver: 1.º cuán grande es la pérdida de la gracia por el pecado mortal, que aleja á Jesus de nuestro corazon, haciéndonos enemigos suyos; por cuya razon no puede darse un mal que pueda compararse con este, porque es mayor infinitamente que la pérdida de los amigos, mayor que la de los bienes temporales de mas

precio, la mayor desgracia en una palabra que nos puede acontecer en este mundo y de resultados eternos en el otro. Se dirá en seguida, que á pesar de ser tan grande é incomparable esta pérdida, es sin embargo poco temida, lo cual hace que sea demasiado comun y que apenas se sienta, despues de haberla sufrido. Jesucristo, continuará el párroco, se ha alejado de vosotros, ó mas bien vosotros habeis voluntariamente abandonado á Jesucristo y no temeis, H. M., una pérdida tan funesta? Ah! si conociérais vuestra desgracia, si reflexionárais bien sobre el estado infeliz en que os encontráis, sobre ese abandono de Jesus que os ha causado la culpa, con cuánto afán trabajaríais en buscarle y hacer que volviera á entrar en vuestro corazon? La pérdida de una cantidad algo considerable, la de un vil animal, la de un amigo etc., os llena de amargura y desconsuelo, y la pérdida de vuestro Dios no os afligirá ni contristarà, sino que la mirareis hasta con indiferencia, como si fuera de poco momento y de ningun interés! Ah!, H. M., será posible que llegue vuestra ceguedad hasta ese punto, y que no veáis el vacío que ha dejado en vuestra alma la ausencia de Jesus? Se refiere en el libro de los Jueces, etc. Léase la historia de Michás. (Judic. 18) donde se habla del sentimiento que concibió por la pérdida de sus ídolos. Este hombre, dirá, solo habia perdido sus falsos dioses, dioses de oro y plata, y sin embargo clamaba, gritaba y estaba inconsolable; y vosotros, H. M., que habeis perdido al verdadero Dios, al Dios único, al Dios de cielos y tierra, al divino Jesus, vuestro salvador, vuestro maestro, vuestro esposo, vuestro todo, no llorareis tan lamentable pérdida y tan terrible desgracia? Ah! si conociérais á Jesus, como le conocian María y José, no dilataríais de seguro un momento en salir á buscarle y en dar todos los pasos necesarios para volver á su amistad.

Pero vosotros acaso no teneis la desgracia de haber perdido enteramente á Jesus; le amais todavia, y preferiríais perder todos los bienes del mundo y sufrir todos los males, antes que separaros de Jesus por el pecado mortal; sin embargo, no sentis ya en vuestro espíritu aquella devocion, aquellos afectos tiernos para con Jesus que experimentan de ordinario las almas fervorosas; ya no tienen

para vosotros los ejercicios de piedad aquellos atractivos y dulzuras que en otro tiempo os les hacian tan suaves y agradables; lejos de eso os fastidian, os sirven de disgusto, y á duras penas, con repugnancia os entregais á la oracion y á la práctica de las virtudes cristianas; de suerte que ya no sabeis, como sucedió á María y José, dónde está el amabilísimo Jesus que se ha alejado de vosotros. En semejante caso debeis examinar atentamente la causa que os ha traído á ese estado, porque ó puede provenir de vuestra falta, lo cual es muy comun, ó puede ser tambien un medio de prueba que ha elegido Dios para ejercitar vuestra virtud, segun aconteció á los santos esposos María y José que perdieron á Jesus sin haberlo advertido. Si hubiéreis sido privados de la devocion sensible por culpa vuestra, entonces habeis de cuidar y hacer esfuerzos por reanimar vuestra fé, por humillaros en la presencia de Dios, deseando con ansia uniros mas estrechamente á vuestro amado Jesus; pero si proviniere de Dios que quiere probar vuestra virtud, en este caso someteos á su divina providencia y poned todos los medios para volver á encontrarle cuanto antes, como lo practicaron María y José que enseñan perfectamente á todos los que han perdido á Jesus, sean justos ó pecadores, lo que deben hacer para reparar tan enorme pérdida.

El primer paso que dieron los dos santos esposos fue buscar al momento al niño Jesus, y viendo que no venia en la comitiva, se tornaron inmediatamente á Jerusalem.

Su segundo paso fue buscarle en el templo, donde tuvieron el consuelo de hallarle.

Y el tercero, no separarse ya mas de su compañía. Tales son los medios que se deben poner en obra para encontrar á Jesus. Pecadores, si le habeis perdido y quereis volver á su amistad, dejad el mundo, abandonad esas compañías que os pierden y extravian, porque jamás podreis encontrar á este divino Salvador en las asambleas del placer. Oh, amantísimo Jesus, esclama san Bernardo, cómo encontraros en medio del mundo, de sus pompas y atractivos, cuando María y José no os pudieron hallar entre vuestros parientes? No, H. M., si quereis encontrar á Jesus, acudid al templo lle-

nos de amargura y de afliccion por haberle perdido y de seguro tendreis la dicha de hallarle. Acércaos á los ministros de la penitencia, seguid fielmente los consejos que os den estos depositarios de vuestra conciencia sin desmayar ni desalentaros nunca, aunque no encontréis á Jesus á los primeros pasos; buscadle sin cesar, como lo hicieron María y José, y no omitais nada para volver á su feliz compañía. Para ello será menester separaros de personas que son el objeto de vuestro especial cariño, desarraigar ciertas afecciones de vuestro corazon, pero que importa; podrá nunca comprarse demasiado caro la gracia y amistad de vuestro Dios? podrá haber sacrificio costoso, cuando se trata de un bien de tanto precio? Buscadle pues, repito, sin que os arredren los obstáculos por grandes que sean, y despues de haberle hallado, procurad conservarle siempre en vuestro espíritu y de ese modo conseguireis se manifieste Jesus á vosotros, que os vuelva su amistad y os conceda la dicha de sentaros á su mesa, comer de su carne y de su sangre y ser él mismo vuestro alimento, vuestra fortaleza y felicidad. Sí, conservadle con cuidado dentro del corazon y no os separéis de él jamás; vivid siempre en su compañía, conformándoos con sus máximas y siguiendo los ejemplos que os ha dado, y estad seguros de que como amigo fiel y constante no os abandonará nunca, si con vuestra infidelidad ó negligencia no le obligais á separarse de vosotros.

En seguida se dirigirá á las almas justas, que no han abandonado enteramente á Jesus, pero que sienten cierta frialdad en su interior para los actos de piedad y no experimentan aquellos movimientos de devocion que tenian en otro tiempo. El ejemplo de María y José os enseña, dirá, cómo os habeis de conducir para recobrar vuestro antiguo fervor; redoblad vuestras súplicas, visitad mas frecuentemente al santísimo Sacramento y pedid al guia de vuestras almas los medios mas á propósito para obtener una verdadera devocion y amor sincero de Jesus; que vuestro corazon suspire constantemente hácia él, manifestándole ademas, como María y José, el profundo dolor que os causa el haber perdido la devocion: *dolentes querebamus te*. Él os revelará entonces el motivo y la razon de esa sequedad de vuestro espíritu. Escuchadle pues con atencion, par-

ticularmente durante este santo sacrificio; aprovechaos de las reprehensiones que os dirija, alejaos de todo cuanto pueda impedir estas comunicaciones sensibles y examinad con cuidado, cuál puede ser la causa de que no las sintais en vuestro interior, si vuestra negligencia, vuestra disipacion, la inmórtificacion de vuestros sentidos, el grande apego á un bien temporal, un amor desordenado de vosotros mismos, demasiado afan por comodidades, deseo escésivo de ser estimado de los hombres y de agradarles; porque todo esto nos priva de ordinario de los favores especiales de Jesus, que nos oculta por cierto tiempo su presencia, y nos envía esas sequedades y disgusto en nuestros ejercicios espirituales, para castigar nuestras faltas y hacernos mas cautos en evitarlas. Si reconocéis que habeis dado ocasion al alejamiento de Jesus, cortadla al instante, renunciando de veras á cuanto pueda desagradarle; desterrad de vuestro corazon la mas mínima afeccion á la culpa, por leve que sea, y bien pronto os volverá Jesus su primera amistad y sus íntimas comunicaciones. Y si á pesar de todo vuestro cuidado, sintiérais de cuando en cuando algun fastidio y disgusto en las prácticas de virtud y de piedad, no os alarmeis ni turbeis por eso; antes bien esperad con paciencia la vuelta de vuestro divino esposo, que no permite esa situacion angustiosa, sino con el objeto de que redobleis vuestro amor y conozcais la necesidad de su presencia; perseverad en su amor á pesar de vuestra aridez, persuadiéndoos de que las buenas obras que ejecuteis en ese estado le serán tanto mas agradables, cuanto menos consolacion encontréis en ellas. Vendrá un dia venturoso en que se acabará vuestro dolor, porque en él tendreis la dicha de encontrarle y disfrutar de sus dulces coloquios; en ese dia os recompensará con usuras todos los sacrificios que hayais hecho por uniros á él y hacerle entrar en vuestro corazon.

— Pero ah! qué pocas son hoy aquellas almas que no pongan á Jesus en la precision de separarse de ellas! Si sondeamos, H. M., nuestros corazones, no podremos menos de confesar que hasta ahora hemos mirado casi con indiferencia y que apenas hemos puesto diligencias para conservar en ellos á nuestro amantísimo Jesus.

Reconozcamos, os suplico, nuestra ceguedad, abandonémoslo todo, como María y José, por encontrar á nuestro único bien y digamos con la esposa de los cantares, cuando hayamos tenido la dicha de volver á su amistad: *Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.* (Cant. 3). Hallé á mi amado, al único objeto de mi corazon, ya no le soltaré jamas y le amaré con toda mi alma, para poderle amar todavía con mayor intension en la bienaventuranza eterna de la gloria.

La epístola de la misa está tomada del capítulo 12 de la de san Pablo á los Romanos. Para explicarla de una manera conveniente necesita saber el párroco en qué ocasion fué escrita, con qué objeto, cuál su contenido, y por qué razon la iglesia en los tres domingos siguientes á la epifanía nos hace leer el capítulo doce de esta carta, presentándonos los cinco primeros versículos en este domingo, los diez siguientes en el inmediato y el resto del capítulo en el domingo tercero.

Esta carta ocupa el primer lugar entre las de san Pablo en razon de la dignidad de la iglesia romana á quien fué dirigida y de la excelencia de la materia que en ella se trata. La escribió el apostol por los años 57 ó 58 de la era vulgar cuando se disponia á salir de Corinto, para ir á llevar las limosnas recolectadas á los cristianos de Jerusalem. Por este mismo tiempo habia sido desterrado de Roma san Pedro por orden del Emperador Claudio. Se propone el apostol en esta carta instruir á los judios y gentiles convertidos al cristianismo que disputaban entre sí acerca de varios puntos de grande interés. Pretendian los judios que ellos habian merecido por las obras de la ley mosaica que el evangelio se les anunciara primeramente y querian ademas obligar á los gentiles á que se circuncidaran. Estos por el contrario alegaban que se habian hecho acreedores á la luz del evangelio por la observancia de la ley natural, y envaneidos con sus filósofos tenian en poco á los judios y les echaban en cara el haber rechazado al Mesías. El santo apostol establece en los once primeros capítulos, donde trata del dogma, la vocacion gratuita á la fé, haciendo ver á los judios y gentiles que la gracia del evangelio es un puro don de Dios y no la recompensa de sus obras.

Habla tambien de la perseverancia en la justicia, de los frutos de la fé, de la causa de la reprobacion de los judios, y desde el cap. 12 hasta el 16 se ocupa en dar varios preceptos morales que ofrecen el mayor interés. Comienza de este modo: *Obsecro itaque vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum.*

Cuando el párroco saque el asunto de su plática de la epístola del dia, convendrá que principie haciendo algunas reflexiones sobre la divinidad del libro de que está tomada, para que sus oyentes formen el aprecio que deben y se aprovechen de su esplicacion. Despues de este preámbulo dirá:

La misma súplica que el apostol san Pablo hacia á los fieles de Roma, que se acababan de convertir á la fé, es la que os dirige hoy, H. M., por mi boca, nuestra madre la iglesia despues de haberos recordado en el dia de la epifanía vuestra vocacion al cristianismo por un puro efecto de la misericordia divina: yo os ruego encarecidamente, H. M., por esta misma misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos, como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos, que es el culto racional que debeis ofrecerle; no querais conformaros con este siglo, antes bien transformaos con la renovacion de vuestro espíritu, á fin de conocer bien cuál es lo bueno, lo agradable y lo perfecto que Dios quiere de vosotros. Hé aqui, H. M., lo que suplicaba en otro tiempo el apostol á los nuevos cristianos de Roma y lo que yo os pido en nombre de Jesucristo que se ha dignado llamaros á la fé; á saber, que ofrezcais á Dios el sacrificio de vuestro cuerpo y el de vuestra alma, como un homenaje que le es debido por las razones que os presentaré en los dos puntos siguientes.

Se principiará haciendo ver en el primero que no basta la fé sola en Dios y en Jesucristo, sino que ademas es preciso unir á ella un verdadero culto exterior, ó el sacrificio de nuestro cuerpo, porque habiéndolo recibido todo de Dios, el cuerpo, como el alma, está muy puesto en razon que le hagamos el justo homenaje de uno y otro, por ser esencial este sacrificio á la naturaleza racional, de tal suerte que ni aun Dios puede dispersarnos de él. El vasallo debe

rendir homenaje á su príncipe, el criado á su amo, el hijo al padre; con cuánta mas razon estaremos obligados nosotros respecto de Dios que ños ha dado el ser y todo lo que tenemos? Pero cuál es el homenaje y el sacrificio que debemos hacer á Dios de nuestro cuerpo? El apostol nos lo enseña, diciendo que debemos ofrecérsele como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos.

En la ley antigua se ofrecian víctimas al verdadero Dios, consagrándoselas y destruyéndolas de algun modo en honor suyo, y esta inmolation le era muy accepta y agradable. A esto alude san Pablo en aquellas palabras: *hostiam viventem, sanctam, Deo placentem*. Ahora en la ley de gracia ya no ecsige Dios esta clase de sacrificios, pero quiere que nos ofrezcamos á nosotros mismos, y que sin destruir nuestro cuerpo le hagamos como una víctima viva, ejercitando la mortificacion y muriendo en cierto modo á nosotros mismos por el sacrificio de los apetitos sensuales y de la carne; de manera que nos sirvamos de nuestro cuerpo para hacer obras que le agraden, obras de culto exterior y religioso, de caridad, de humildad, de paciencia, y otras semejantes que pueden ofrecerse á Dios, como otros tantos sacrificios de un olor agradable.

Añade el apostol, *rationabile obsequium vestrum*, para darnos á entender que este sacrificio debe ser regulado por la prudencia, que debe ser un culto razonable, un culto espiritual. Asi es que, para significar esta prudencia y esta discreccion, mandó Dios en otro tiempo, que se pusiera sal en todos los sacrificios, y el mismo Jesucristo cuidó tambien de encargarlo á sus apóstoles, cuando les dijo: *habete in vobis sal (Marc. 9)*.

Tales son, dirá, H. M., las cualidades que debe tener el sacrificio de nuestros cuerpos y las condiciones que le han de acompañar para que sea accepto á los ojos de Dios. Pero lo hemos hecho asi nosotros? Podremos decir que hemos usado de nuestros miembros, haciéndoles servir de hostia viva ofrecida á Dios y consagrada á él solo, de tal suerte que le haya sido agradable? Ah! H. M., no ha sido todo lo contrario? no hemos hecho de ellos una hostia al demonio, sacrificándoles á nuestras pasiones y á nuestros apetitos sensuales? En qué sino, habemos empleado en los años anteriores los

diferentes miembros de nuestro cuerpo, los ojos, la lengua y las manos? Ah! me avergüenzo en decirlo! Esos miembros santificados por el bautismo se han convertido con nuestros pecados en miembros sucios y asquerosos, que han servido á la impureza, á la disolucion y á los vicios mas torpes y abominables: *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Templum sunt spiritus sancti qui in vobis est? Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis? (Absit. 1. Cor. 6).* Mas aun cuando no hayais llevado vuestro desarreglo hasta ese extremo de entregaros á las pasiones vergonzosas de la carne, no habeis descuidado el culto exterior á que está obligado todo cristiano, con especialidad en los dias consagrados al Señor? Habeis sufrido con resignacion cristiana y cual es debida al soberano Señor del universo, el trabajo penoso á que estais condenados por vuestro estado en espiacion de vuestras culpas y desagravio de la divina justicia que habeis ultrajado con ellas? Entrad, H. M., dentro de vosotros mismos, ecsaminad atentamente vuestro corazon y vereis de cuántas faltas os reprende la conciencia en este primer sacrificio que Dios ecsige de vosotros. Ah! H. M., os lo pido de nuevo con san Pablo, por la bondad y misericordia de Dios, que os ha llamado al cristianismo; no le negueis el justo homenaje que le es debido, el sacrificio de vuestro cuerpo, de que no podeis dispensaros sin atentar contra el derecho esclusivo y esencial del soberano Señor de todas las cosas.

Cuidará de inspirar aquí el párroco en sus oyentes sentimientos de pesar, por haber hecho tan mal uso de su cuerpo, diciéndoles que pidan perdon de veras á Jesucristo y le prometan para adelante la enmienda: tambien manifestará á los que hayan practicado algunas buenas obras exteriores, pero sin la pureza de intencion debida, que se han hecho culpables para con Dios, de no haberle dado el culto razonable y espiritual de que habla el apostol, y por último escitará á unos y á otros á que formen un propósito sincero de glorificar á Dios en sus cuerpos, como lo encarga el mismo apostol en el lugar citado, *glorificate et portate Deum in corpore vestro.*

Tambien podria añadir la siguiente reflexión antes de concluir: Si ecsigiese Dios de vosotros, H. M., que le inmoláseis vuestros

miembros, ó les mortificarais con austeridades extraordinarias, segun tiene derecho á ordenarlo, deberiais, no hay duda, obedecerle y someteros á esta disposicion; pero no es tanto lo que os pide, se contenta con que no hagais servir vuestros miembros al pecado, con que en dias determinados le tributeis un culto religioso y digno; solo quiere que sufraís con resignacion las penalidades anejas á vuestro estado, que os abstengais de la murmuracion, de la ira etc., cosas todas sobremanera justas y razonables. Podreis pues reusarle este sacrificio tan ligero que ecsige de vuestro cuerpo? Entonces seriais víctimas de su cólera en el dia de las venganzas, y sufririais el fuego eterno del infierno en esos mismos miembros que ahora haceis servir á la iniquidad. *In ignem æternum cum corpore torquebuntur qui corpori pepercerunt.* (S. Augustin serm. 102). Oh amantísimo Jesus, lejos de nosotros tan funesta desgracia, os ofrecemos ya estos cuerpos que habemos recibido de vos y que nos habeis dado para emplearles en gloria vuestra; perdonadnos, Señor, el mal uso que de ellos hemos hecho hasta aqui; en adelante solo les ocuparemos en vuestro servicio, convirtiéndoles en una hostia viva y agradable á vuestros ojos: aceptad pues este sacrificio en union del que vos mismo vais á ofrecer ahora en nuestros altares, y concedednos los auxilios necesarios para perpetuarle hasta el fin de nuestra vida, como vos mismo lo haceis todos los dias en el augusto y santo de la misa.

Pero no basta, H. M., ofrecer á Dios el homenaje de nuestro cuerpo, es menester ademas que le sacrifiquemos el corazon de la manera que nos enseña el apostol en la epístola de este dia y veis en mi segunda reflexion.

Se principiará estableciendo, que el sacrificio de nuestras almas es mas necesario que el de nuestros cuerpos, porque el corazon es el que ecsige Dios principalmente del hombre; por eso el apostol san Pablo exhortaba con tanta eficácia á los romanos á que reformáran su espíritu, tomando sentimientos enteramente nuevos, á que no siguieran ya mas las máximas del siglo y tratáran únicamente de hacer la voluntad del señor: *Nolite conformari huic sæculo,* como si dijera: en otro tiempo viviais apegados á las máximas del mundo, solo cuidábais de satisfacer vuestros desarreglados deseos y

dar gusto á vuestra propia voluntad; ahora ya debeis ser nuevas criaturas en Jesus, tener sentimientos enteramente cristianos, no seguir sino aquello que puede ser agradable á Dios y hacer en todo su voluntad santa, que solo quiere lo bueno y lo perfecto. Aquí especificará el párroco las máximas del mundo á que es menester renunciar. Es verdad, dirá, que Dios no os obliga á dejar el mundo, ni á renunciar al estado en que él mismo os ha puesto para que obreis vuestra salud; pero si os prohíbe que sigais las máximas de los mundanos, cuyas miras solo tienden á satisfacer su sensualidad ó su avaricia: quiere que os dirijais por principios opuestos y contrarios á los del mundo y que todos vuestros pensamientos, todos vuestros pasos tengan por único objeto el hacer la voluntad santísima de Dios: *ut probetis quæ sit voluntas Dei beneplacens et perfecta*. Tened entendido, H. M., continuará, que solo siguiendo esta voluntad divina es como podemos glorificar al Señor y conseguir la santificación de nuestras almas, porque ella sola es la única regla por donde debemos dirigirnos, de manera que seremos tanto mas santos y perfectos, quanto menos nos separemos de esta norma de nuestra conducta. Y me atrevo á añadir que, si la seguimos y tenemos la dicha de conformarnos en todo con la voluntad santísima de Dios, seremos felices aun en esta vida, gozando en la tierra de una bienaventuranza anticipada. Os referiré una historia que á este propósito se lee en un autor célebre (véase á Corn. in epist. ad Rom. cap. 12).

(1) Y no os parezca, H. M., increíble este hecho que estamos viendo todos los días con nuestros mismos ojos en algunas personas, que

(1) *Hé aqui la historia de que se hace mencion.* Narrat, D. Taulerus in colloquio Theologi et mendici, cap. 685, quod fuit olim insignis quidam theologus qui annis octo precibus continuis á Domino id cupiebat obtinere, ut ipsi quemdam hominem ostenderet qui eum viam veritatis edoceret. Cumque vice quadam hoc vehementer desideraret, vox quædam de coelo ita ipsum allocuta est: Exi foras ad limina templi et invenies hominem, qui te viam veritatis edocebit. Invenit igitur mendicum quemdam diruptis, sordidis, lutosus pedibus cujus vestes vix tribus obolis supputares; quem salutans ita affatus est: Det tibi Deus prosperum mane. Respondit mendicus: Non memini unquam adversum mané habuisse..... quando enim fame premor, Deum laudo; si frigus, si grando, si nix, si miser sum atque despectus, Deum similiter lando..... Soli namque divinæ voluntati inhærere

si bien pobres y oscuras, gozán de una perfecta salud y tranquilidad. Tambien podemos haber observado en nosotros mismos que nunca estamos mas contentos y tranquilos, sino cuando nos sometemos en un todo á las disposiciones de la providencia. Hagamos pues, H. M., concluirá, hagamos á Dios cuanto antes el sacrificio de nosotros mismos, ofreciéndole con gusto nuestros cuerpos y nuestros corazones que á él solo le pertenecen : ofrezcámoles para siempre con la seguridad de que, si vivimos continuamente en este estado de sacrificio, nuestros cuerpos reuniéndose á nuestras almas en el dia de la resurreccion general, gozarán para siempre de la eterna bienaventuranza de la gloria.

Puede el párroco con motivo de esta epístola concretarse á hablar, ó de la mortificacion sola, ó del espíritu del mundo opuesto al de Jesucristo, ó únicamente de la conformidad con la voluntad de Dios.

Tambien puede hablar del buen uso de los dones de Dios, de las gracias que nos dispensa, y de la fidelidad con que cada uno en su respectivo estado debe corresponder á su vocacion; esta es la última advertencia que nos hace el apostol en la epístola de este dia, la cual bastaria para asunto de una buena plática: *Dico enim per gratiam quæ data est mihi, omnibus qui sunt inter vos, non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere, ad sobrietatem.* A todos sin distincion dirige el apostol esta enseñanza, y con la autoridad que le dá su ministerio de apostol prescribe á todos, que se limiten á desempeñar sus respectivos empleos, y no tengan la presuncion de ingerirse en las ocupaciones que no les pertenecen. La comparacion

statui, ut quidquid ille vult et ego velim et meam ipsi ex integro voluntatem resignarim. Quid, si te Dominus majestatis in abyssum demergeret? Si id faceret respondit mendicus, duo mihi brachia sunt quibus eum amplexarer unum, vera humilitas; alterum, amor quò in in inferno ipsum circumplecterer..... Quisnam es tu, interrogavit theologus? Respondit regem esse, sic enim externos et internos sensus regere novi, ut cunctæ affectiones mihi subditæ sint..... Et rursus Theologus. Quid ad hanc perfectionem te perduxit? Respondit pauper: Nimirum silentium meum, sublimes meditationes et unio cum Deo. In nulla re quæ Deo minor foret, quiescere potui. Iam vero Deum meum inveni, et in ipso pacem et quietem habeo sempiternam. (*El traductor.*)

que hace en seguida de los diferentes miembros del cuerpo es sobremanera á propósito para el objeto y de ella se pueden sacar excelentes reflexiones ya sobre la humildad, virtud contraria á la presuncion, ó ya sobre la fidelidad en el cumplimiento de los deberes de nuestro respectivo estado: *Non plus sapere quam oportet sapere*, contra la presuncion. *Sapere ad sobrietatem, sicut Deus divisit mensuram fidei*, sobre la competente moderacion en no mezclarse, sino en aquello que escige Dios de nosotros en nuestra vocacion y empleo. En el primer punto se haria ver lo reprehensible y perjudicial que es la presuncion, y en el segundo, que la modestia ó la fidelidad en corresponder á nuestra vocacion es saludable y digna de elogio.

Como sucede alguna vez, que el dia de la octava de la epifanía cae en domingo y entonces se reunen dos evangelios, uno del primer domingo despues de la epifanía y otro el de la octava, debe el párroco formar su plática sobre el evangelio de la octava, para no privar á sus feligreses de las instrucciones interesantes á que dá margen. Es muy conveniente que, á principios de año y despues de haber celebrado en el dia de Reyes la gran solemnidad de nuestra vocacion al cristianismo, se recuerden á los fieles los vínculos y obligaciones que contrajeron al recibir el Sacramento del bautismo; asunto en que apenas se suele pensar y cuyo olvido es la causa de la vida mundana y disipada que se advierte en las diferentes condiciones y estados. Por esta razon es muy conveniente tratar en este dia de la octava, si cae en domingo, del Sacramento del bautismo, y cuándo alguna causa lo impidiere, deberá ejecutarse cuanto antes sea posible. Porque como dice el catecismo del concilio de Trento, que los párrocos deben leer constantemente: *pastores nunquam se satis multam operam et studium in hujus sacramenti tractatione collocasse arbitrentur.* (Parte sec. Catech. de Sacram. Bapt. n. 1)

En el evangelio de este dia que acabais de oir, se nos refiere, H. M., la historia del bautismo que nuestro Señor Jesucristo recibió de manos de san Juan Bautista en el Jordan. Esta circunstancia de la vida de nuestro divino maestro es tan notable é importante que no debo dejar de ofrecerla á vuestra consideracion con las reflex-

siones mas convenientes á vuestro espiritual aprovechamiento. Según la tradicion, fué bautizado Jesus en el Jordan hácia los treinta años de su vida en el dia seis de enero, dando principio por esta gran ceremonia á su pública manifestacion al pueblo de Israel. Como nuestra madre la iglesia se ocupa en ese dia en solemnizar la revelacion de Jesus á los gentiles y su llamamiento á la fé, no la ha sido posible recordarnos entonces su segunda manifestacion por medio del bautismo, y lo reserva para hoy en que celebra la octava de aquella festividad. Solícita siempre de nuestro bien espiritual no quiere que ignoremos este hecho de la vida del Salvador con todas sus circunstancias, á fin de darnos á conocer con este motivo los efectos que ha producido en nosotros el sacramento del bautismo y las obligaciones que hemos contraído.

El bautismo que recibió el Salvador no era un verdadero sacramento como el que nosotros hemos recibido, porque no tenia en sí mismo la virtud de borrar los pecados, era mas bien una ceremonia con que san Juan disponia los pueblos á la penitencia y les preparaba para el bautismo que habia de instituir Jesucristo cuya venida anunciaba. En gran número acudian á recibirle de manos del santo precursor, que se hallaba entonces en las riberas del Jordan, dispensándole á cuantos lo solicitaban y se habian acusado de sus culpas. Por este tiempo vino Jesus desde Galilea, donde habia vivido hasta entonces, y quiso recibir, como los demas, el bautismo que administraba san Juan, diciéndole cuando se resistia á bautizarle, que convenia se cumpliese por ambos toda justicia. Y por qué Jesucristo recibió el bautismo de Juan? Entre varias razones que alegan los intérpretes y doctores (pueden verse en Cornelio Alapide, in Math, 6 en santo Tomas, 3. part. quest. 39, art. 1, 2, 3, y 4), las principales son, que lo hizo para darnos ejemplo de humildad y de obediencia, y para santificar con su contacto las aguas, comunicándolas la virtud de borrar los pecados en el sacramento del bautismo que entonces instituyó. En los prodigios que acompañaron al bautismo de Jesucristo están significados perfectamente los maravillosos efectos que produce en nuestras almas el sacramento del bautismo que hemos tenido la dicha de recibir y se

nos ha conferido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Se referirá toda la historia del bautismo del Salvador, manifestando que se abrieron los cielos y que el Espíritu Santo descendió en figura de paloma, oyéndose al mismo tiempo la voz del Padre eterno que decia: este es mi hijo querido etc. De estos efectos del sacramento del bautismo me propongo hablaros hoy, H. M., con el objeto de escitaros al justo reconocimiento que debeis á Dios por tan singulares beneficios; pero como á ellos corresponden tambien ciertas obligaciones nacidas de las promesas que hicisteis al recibirle, os hablaré igualmente de ellas para que procureis su puntual y esacto cumplimiento: dos puntos que abrazará este discurso.

En el primero se esplicarán por orden los diferentes efectos de este sacramento. Desde vuestros primeros años sabeis muy bien, H. M., que el sacramento del bautismo, el primero y mas necesario de los sacramentos de la ley nueva fué instituido por Jesucristo para borrar etc. Pero habeis parado la atencion alguna vez en estos preciosos efectos? Qué érais antes del bautismo? Concebidos y nacidos en pecado, teniais la desgracia de ser hijos de maldicion, indignos del cielo y esclavos del demonio. Y qué hizo el bautismo? borrar enteramente el pecado original en que habiais sido concebidos y haceros hijos de Dios con derecho á la eterna bienaventuranza. Queda, es verdad, en todos durante nuestra vida la inclinacion al mal ó concupiscencia; pero es para que nos sirva, como dice el concilio de Trento, de corona y de premio luchando contra ella, para que nos conservemos en un temor saludable, desconfiando de nosotros mismos, y para que suspiremos continuamente por el cielo, donde no tendremos nada que temer ni obstáculos que combatir. Antes del bautismo, como descendientes de un padre prevaricador, éramos objetos de ira á los ojos de Dios y siervos de sataná que ejercia su funesto poder en nuestras almas; pero con el bautismo, ademas de haber sido quebrantado ese poder, nos hemos hecho hijos adoptivos de Dios, hermanos de Jesucristo y sus coherederos en la eterna bienaventuranza. Y cómo esta maravillosa transformacion, H. M.? Por la gracia santificante que nos ha comunicado

el sacramento, la cual no solo tiene virtud de borrar los pecados, sino que ademas nos hace partícipes en cierto modo de la naturaleza divina, purifica nuestros corazones y viene acompañada de todas las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo. Y todavia no es esto todo, H. M., porque ademas nos concede otro beneficio imponderable, cual es el de que seamos incorporados con Jesucristo como miembros suyos y que nos unamos á él por la gracia á la manera con que están unidos los miembros del cuerpo humano á la cabeza. De aqui procede que nos hagamos tambien hijos y miembros de la iglesia católica, á la cual pertenecemos como la parte á su todo y de que tengamos derecho á participar de todos sus bienes espirituales y á recibir los demas sacramentos, fuentes perennes de salud y de vida. En fin, el bautismo imprime en nuestra alma un caracter indeleble que nos marca con el sello del mismo Dios, con el sello de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por medio de cuyo signo y la gracia pertenecemos al Padre que nos adopta por hijos, al Hijo que nos mira como hermanos y miembros suyos y al Espíritu Santo que habita en nosotros como en su templo; todo lo cual se simbolizaba en aquellos prodigios que acontecieron en el bautismo del Salvador. Despues de referir el párroco los tres hechos notables de este bautismo correspondientes á los efectos de que se ha hecho mencion, procurará inspirar en sus oyentes: 1.º sentimientos de admiracion, y de accion de gracias á vista de la escelencia del bautismo y de los favores que por su medio nos dispensa la bondad de nuestro Dios: 2.º de estimacion y respeto á nuestras almas y á nuestros cuerpos, no solo por lo que mira á nosotros, sino tambien á todos los que han sido bautizados: 3.º de temor de profanar estos cuerpos y estas almas: 4.º de arrepentimiento y pesar, si hemos tenido la desgracia de haberles manchado con el pecado mortal, ya en nosotros mismos, ya en nuestros prójimos: 5.º en fin, de propósito y resolucion de guardar inviolablemente las promesas que hemos hecho al recibir el bautismo.

Las obligaciones y empeños que contrajimos en el bautismo corresponden á los maravillosos efectos que ha obrado en nuestras almas: 1.º fuimos purificados del pecado y por eso renunciamos so-

lemnemente al pecado: 2.º nos hicimos hijos de Dios, miembros de Jesucristo y templos del Espíritu Santo, y por tanto favor nos obligamos á llevar una vida digna de esta cualidad que tanto nos honra y ensalza: 3.º fuimos agregados al número de los fieles y entramos como hijos en el seno de la santa iglesia católica apostólica romana, y desde entonces nos hicimos súbditos de esta misma iglesia, con la obligacion de respetar y obedecer todas sus disposiciones. Ved aquí, H. M., en tres palabras á lo que se reducen las obligaciones que nos impusimos en el bautismo, á renunciar al pecado, á vivir como verdaderos cristianos y á obedecer á la iglesia; hé aquí las promesas que entonces hicimos por boca de nuestros padrinos, promesas auténticas y solemnes á que los santos han dado el nombre de votos, votos que nos ligan fuertemente haciéndonos religiosos de la religion cristiana, votos esenciales y solemnes de que no puede ser dispensado ningun cristiano, votos perpétuos que obligan por toda la vida y todos los dias de la vida.

Habéis reflexionado alguna vez, H. M., sobre la naturaleza de estos votos? Habéis conocido la fuerza de esas renunciaciones que hicisteis al recibir el bautismo? (Se enumerarán y despues de explicarlas, dirá el párroco á sus oyentes). No solo, H. M., habéis renunciado al demonio y á sus obras, sino que ademas os habéis alistado en la milicia de Jesucristo prometiéndole seguir sus máximas y ejemplos. (Se citarán aquí los hermosos pasajes de san Pablo, particularmente los de su epístola á los romanos, cap. 6, donde nos dice que por el bautismo hemos muerto al pecado y fuimos sepultados con Jesucristo, para que así como él resucitó de entre los muertos, así tambien procedamos nosotros con nuevo tenor de vida). Hecho esto les escitará á entrar dentro de sí mismos, para que ecsaminen si su vida es cristiana y conforme á las promesas que hicieron. Y por último les dirá que como hijos de la iglesia están sujetos á los preceptos de esta madre, cuya voz deben escuchar con la mayor veneracion, obedeciendo al Gefe de la iglesia, Vicario de Jesucristo en la tierra y á los Obispos que puso el Espíritu Santo para regirla; y les preguntará si se han comportado hasta aquí como verdaderos hijos, dóciles y sumisos á sus dispo-

siciones. Aquí el detalle, según que lo exijan las circunstancias de lugar, tiempo y personas.

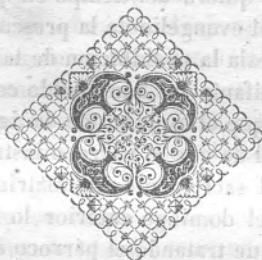
¿Quién de nosotros, dirá, ha cumplido exactamente las promesas que hizo en el bautismo, y sin que le remuerda la conciencia de ninguna transgresión en esta parte? ¿Cuánto no hemos faltado á las solemnes obligaciones que entonces nos impusimos, simbolizadas en todo aquel aparato de ceremonias con que se nos administró este santo sacramento? Hemos por ventura conservado la vestidura hermosa de la inocencia, representada en el lienzo blanco que el sacerdote puso sobre nuestra cabeza! Hemos resistido con firmeza á las sugerencias del demonio, como lo significaba aquella unción sagrada que en forma de cruz se nos hizo entonces en el pecho, entre los hombros y en la cabeza? Hemos vivido como verdaderos cristianos y discípulos de Jesucristo observando una conducta ejemplar y edificante, según lo denotaba la vela encendida que pusieron en nuestras manos? Repasemos nuestra vida y nuestra conducta, H. M., y veremos qué poca consonancia guarda con lo representado en tan augustas ceremonias. Cuántos preceptos de la iglesia no hemos también infringido, como el de la confesión anual y comunión en tiempo de pascua, el del ayuno y abstinencia de carnes en los días prescritos, el de la misa en los festivos, sin contar otras desobediencias á sus mandatos y á sus más solemnes decisiones? Ah! qué diremos cuando en el tribunal de Jesucristo se nos recuerden aquellas promesas y se nos eche en cara nuestra infidelidad en cumplirlas: *de ore tuo te judico* nos dirá entonces el terrible juez y nos cubriremos de confusión al ver que ninguna excusa podemos alegar á nuestro mal comportamiento. Entonces será cuando se levantarán contra nosotros las naciones infieles que no han recibido esas gracias y favores y nos acusarán de ingratos y desleales á tan señalados beneficios. En verdad os digo, son palabras de Jesucristo, que serán tratadas con mayor indulgencia en el día del juicio, que aquellos cristianos obcecados que así han abusado de mis dones y de mi generosa liberalidad para con ellos. Y quién podrá ponderar la vergüenza de que nos veremos cubiertos si tenemos la desgracia de caer en los infiernos por nuestros pecados? El carácter impreso en

nuestras almas, ese carácter augusto é indeleble será un motivo de redoblados tormentos y de espantosa desesperacion, porque nos traerá á la memoria etc. Será posible, H. M., concluirá el párroco, que se convierta en nuestro daño y desdicha la gracia inestimable que Dios nos ha hecho, llamándonos al cristianismo y al seno de su iglesia santa? Asi será infaliblemente, si desde hoy no tratamos de cumplir con la mas esacta fidelidad las obligaciones que contrajimos en el bautismo. Para ello recordémonos sin cesar, H. M., estos dos objetos, la gracia del bautismo y las promesas del bautismo, la primera para manifestar á Dios nuestro reconocimiento y gratitud á vista de la escelencia y dignidad con que hemos sido adornados y las otras para escitarnos á vivir como verdaderos cristianos y poner en ejecucion las obligaciones que entonces nos impusimos.

Aqui indicará el párroco á los fieles las épocas del año en que deben acordarse del bautismo, como el dia en que le recibieron, la vigilia de Pentecostés ó el domingo de Cuasimodo, que era cuando los nuevos bautizados dejaban su vestidura blanca; cuidará de exhortarles á que lo practiquen en el dia de hoy, enseñándoles el modo de hacer la renovacion de los votos del bautismo, y si lo juzga conveniente, podrá ejecutarla él mismo al fin de la plática en pie ó de rodillas, invitando á los oyentes á que la repitan con la boca y con el corazon. Tambien hará presente á los padres de familia la obligacion que tienen de instruir á sus hijos sobre los efectos del bautismo y de hacerles ratificar las promesas á luego que lleguen á tener uso de razon.

Este mismo asunto podria tratarse de otra manera mas sensible todavia y mas al alcance del comun de los fieles, mas interesante é instructiva, cual es la de seguir el orden de las ceremonias del bautismo que representan á la vez sus efectos y obligaciones (véase su esplicacion en el catecismo *ad parochos ead. Part. 2. tit. 59 et seg*). En cuyo caso se dividirá la plática en tres puntos, hablando en el primero de las ceremonias que preceden al bautismo, en el segundo de las que le acompañan y designan sus efectos y en el tercero de las que le siguen y denotan las obligaciones que se impone el bautizado.

Servirá para dar á conocer el primer punto la situacion lamentable en que se halla el hombre antes del bautismo, como que hasta entonces es hijo de ira, esclavo de satanás etc., por cuya razon es indigno de entrar en el santo templo y debe hacer antes la profesion de fé, renunciar al demonio, á sus pompas y vanidades. El segundo para manifestar el cambio maravilloso que obra el bautismo en el alma, y el tercero para recordar los deberes que han contraído los bautizados. De cada una de estas consideraciones se deducirán aquellos afectos que mas naturalmente se desprenden, como de accion de gracias, de contricion y de propósito de nueva vida.



Dominica segunda despues de la Epifanía.

Nuestra madre la iglesia presenta á nuestra consideracion en el evangelio de hoy la historia de lo ocurrido en las bodas de Caná de Galilea, á que se dignó asistir el Salvador en compañía de la santísima Virgen y algunos de sus discípulos. Ya en el dia de la epifanía hace mencion la iglesia del milagro que obró Jesucristo en estas bodas á causa, dicen algunos, de haberse verificado en ese mismo dia, un año despues del bautismo del Salyador. Otros con mas fundamento son de parecer que tuvo lugar este milagro en el 6 de marzo algunos dias despues de haber salido Jesus del desierto y que si la iglesia le recuerda en la festividad de los Reyes es porque se propone presentar entonces á nuestra consideracion los tres hechos mas notables en que se dió á conocer el Salvador á los hombres, á saber la adoracion de los magos, su bautismo y este primer milagro. Pero sea lo que quiera del tiempo en que aconteció; ello es que se nos refiere en el evangelio de la presente dominica, en cuya época levanta la iglesia la prohibicion de las nupcias que desde el adviento hasta la epifanía no han podido celebrarse. Segun esto es muy facil conocer que el espíritu de la iglesia al presentarnos hoy este evangelio es el de que el párroco instruya á sus feligreses de cuanto concierne al sacramento del matrimonio en seguida de haberles explicado en el domingo anterior lo relativo al del bautismo. Se debe advertir que tratando el párroco de esta materia necesita usar de una gran cautela y prudencia para no decir cosa que pueda ofender en lo mas mínimo los oidos castos, ni desdiga tampoco del caracter y dignidad de un ministro del evangelio que debe proceder en todo con el mayor tino y mesura.

Si se propone hablar únicamente del sacramento del matrimonio hallará abundantes materiales en el catecismo del concilio de Trento, ó bien en el Pastor Apostólico que habla de este asunto con mucho orden y claridad, haciendo ver que este sacramento es grande 1.º en su fin, 2.º en su significacion, 3.º en sus efectos y

explica en seguida las disposiciones remotas y próximas con que se debe acudir á recibirle.

Pero si no quisiera tratarle tan directamente podrá ejecutarlo de un modo indirecto, siguiendo el mismo orden del evangelio con arreglo al modelo que presentamos á continuacion.

En el evangelio de hoy se nos presenta, H. M., un hecho sobremanera notable de la vida de nuestro Salvador. Al principio de su carrera pública, es decir, despues de haber recibido el bautismo, ayunado cuarenta dias en el desierto y asociándose algunos discipulos, entre otros san Pedro, san Felipe y Natanael, fué convidado á unas bodas que se celebraron en Caná, pequeño pueblo de Galilea, no muy distante de Nazaret, su residencia ordinaria. Jesus acompañado de su madre y discipulos no se desdenó de asistir á estas bodas que tuvieron lugar en casa de algunos parientes suyos, personas de mediana condicion y aun bastante pobres. Se referirá lo restante del evangelio y continuará diciendo:

Por qué os parece, H. M., que quiso el Salvador asistir á este convite nupcial, siendo como era tan sobrio, tan mortificado y tan amante de la virginidad que con el ejemplo y la palabra venia á recomendarla muy singularmente á los hombres? Nos interesa sobremanera conocer las razones que movieron al Salvador á honrar con su presencia este matrimonio y á obrar tambien allí el primero de sus milagros. Procuremos pues examinarlas con todo cuidado y atencion en espiritual provecho y edificacion de nuestras almas.

Para que en el ánimo de los oyentes no produzca ningun mal efecto lo que se haya de tratar, convendrá que el párroco acuda á Jesus pidiéndole su asistencia y auxilios, y á la Virgen santísima para que le conceda la proteccion que tuvo á bien dispensar á los que en las bodas de Caná se vieron necesitados. Vos, dulcísimo Jesus que os hallais tan realmente presente en nuestros altares, como lo estuvisteis en las bodas de Caná, fortaleced mi espíritu con el auxilio de vuestra gracia, para que yo hable dignamente en el dia de hoy y produzcan mis palabras una impresion saludable en este auditorio. Y vos Virgen santísima, asistidme tambien con vuestra poderosa intercesion y dignaos echar una mirada favorable sobre mis feligreses

para que todos se aprovechen de la divina palabra que estoy encargado de predicarles. Para el debido orden y claridad os presentaré, H. M., este discurso dividido en dos puntos; haré ver en el primero las razones que tuvo el Salvador para asistir una sola vez en su vida á la celebracion del matrimonio y en el segundo espondré de qué modo debemos considerar las circunstancias de esta historia milagrosa para utilidad y santificacion de nuestras almas.

PRIMER PUNTO.

— Varias son las razones que segun los santos padres é intérpretes de la escritura determinaron á Jesus á honrar con su presencia las bodas de Caná y obrar en ellas el prodijio de que hace mencion el evangelio; pero las principales pueden muy bien reducirse á las tres siguientes. En primer lugar se propuso el Salvador dar al principio de su vida pública una prueba ostensible y auténtica de su divinidad por medio del milagro que obró en presencia de sus parientes, discípulos y paisanos, como que hasta entonces no habia hecho prodijio alguno que diera á conocer la virtud infinita de que se hallaba revestido; antes bien oscurecido en el silencio de una vida oculta y retirada en nada parecia distinguirse de los demas hombres con el objeto sin duda, segun observa santo Tomas con el Crisóstomo, de que nadie pudiera dudar de la verdad de su naturaleza humana. Dios, es cierto que habia realizado ya multitud de prodijios, para darle á conocer como al Mesías prometido, en su concepcion milagrosa, en su nacimiento de una vírgen, en la adoracion de los magos etc. etc.; pero lo que es Jesucristo no habia por sí obrado ningun milagro hasta ahora, como lo nota el evangelista: hoy es cuando principia á manifestar su gloria y á dar una prueba irrefragable de que era verdadero Dios hombre, y que tenia por su divina naturaleza el poder de cambiar los elementos y de ejecutar cuantos prodigios juzgara convenientes para persuadir á los hombres de que era el hijo de Dios. A este fin se valió de la ocasion favorable que le ofrecian estas bodas, donde se hallaban multitud de personas y ademas sus discípulos que debian ser

testigos de este primer prodigio de su maestro. Como viniera á faltar el vino, dice el evangelio, su madre se le acercó, esponiéndole esta necesidad en que se encontraban los convidados. Jesus despues de responder de una manera muy propia para significar que no habia recibido de ella el poder soberano, cuyo uso se le escigia, mandó que llenáran de agua las hydras etc. Puede darse cosa mas admirable, H. M.? quién sino un Dios podia obrar semejante prodigio? Asi es que todos los concurrentes fortaleciéndose á la vista de este hecho asombroso en su fé en Jesucristo, no pudieron menos de reconocerle por verdadero Dios y por el Mesías que con tanta ansia esperaba Israel. *Manifestavit gloriam suam et crediderunt in eum discipuli ejus* (Joan. 2).

Mas no solamente quiso Jesus hallarse en este convite nupcial para manifestar que era el hijo de Dios y para ejercer las virtudes de caridad y de humildad de que nos dió ejemplo, socorriendo la necesidad de los convidados y no desdeñándose asistir á las bodas de unas personas de escasa fortuna; sino que tuvo ademas otra razon mas principal y poderosa, cual era la de autorizar por este medio la santidad del matrimonio que andando el tiempo habian de combatir y condenar algunos herejes como una cosa mala é ilícita. Es decir, que se propuso darnos á entender que si bien amaba muy particularmente la virginidad, y la distinguia con su propia eleccion, era tambien el autor del matrimonio y que miraba los vínculos de este estado como una imagen de aquella union y alianza inefables que en su encarnacion se dignó formar con la naturaleza humana y con su santa esposa la iglesia, significando ya en este hecho el gran designio que abrigaba de elevar el matrimonio á la dignidad de sacramento y de unir á él especiales ausilios y gracias para santificacion de los esposos. Pues aunque no pueda dudarse que el estado de virginidad es preferible al del matrimonio, no por eso deja de ser este una cosa lícita y honesta que ha entrado en el orden de Dios y en las miras de su sabia providencia; es todavia mas, pues en la ley de gracia no puede menos de ser considerado como un estado santo, sagrado y perfecto, como que para los cristianos es de fé que el matrimonio es un verdadero sacramento que causa la gracia

santificante en cuantos se acercan á recibirle con las debidas disposiciones, y comunica á los casados particulares ausilios para servir á Dios y santificarse en su estado. Asi lo ha definido la iglesia en el concilio de Trento, y esto mismo ha creído siempre desde los primeros dias del cristianismo.

Otra razon que tuvo Jesus presente para asistir á las bodas de Caná fué la de darnos ejemplo de frugalidad y templanza, como tambien de la modestia con que nos debemos conducir en esta clase de reuniones. Por este medio nos ha dado á entender que al mismo tiempo que permite á los cristianos una alegria honesta y moderada, condena y reprueba esos escesos, esas inmodestias y diversiones criminales que tan comunes son en los matrimonios de estos dias.

En fin, H. M., debemos persuadirnos que Jesus se propuso escitar nuestra devocion para con la Virgen su santísima madre, haciendo á ruego suyo el primero de sus milagros y aun adelantando por consideracion á ella la hora que estaba marcada para ejecutarle. Fué suficiente una simple indicacion suya de la necesidad y apuro en que se veian los que le habian invitado, para que Jesus accediera luego á su demanda; de cuyo buen écsito tan persuadida estaba la Virgen santísima, no obstante la respuesta al parecer algo dura de su querido hijo, que no vaciló un instante en decir á los sirvientes del esposo que pusieran en ejecucion cuanto les ordenára Jesus: *Quodcumque dixerit vobis, facite.*

Qué de saludables reflexiones, H. M., no sujere esta historia milagrosa y cuánto provecho no podemos sacar de ella para nuestra santificacion, si ecsaminamos despacio y de la manera debida las diferentes circunstancias que la acompañaron. Procuraré manifestá-roslo en el

SEGUNDO PUNTO.

El primer fruto que debe producir en nuestras almas la consideracion de este suceso milagroso es el de que nos afirmemos en la fé de la divinidad de Jesucristo atestiguada del modo mas auténtico y completo que pudiera desearse: porque quién tendrá motivo para

dudar de que Jesucristo sea verdadero Dios á vista de su poder soberano para transformar las sustancias, no por influjo de una facultad estraña, que haya recibido de María, sino por su virtud propia, por su poder divino, personal, como hijo de Dios consustancial al Padre? Esto es lo que se propuso significarnos el Salvador en aquella misteriosa respuesta á su santísima madre, cuando la dijo: Muger, qué hay de comun entre los dos, entre tí y mí? Quién tendrá ya dificultad tampoco, H. M., en creer los misterios que él mismo se ha dignado revelarnos, y especialmente el de la conversion admirable que se obra todos los dias sobre nuestros altares del pan y vino en su cuerpo y sangre? Le será por ventura mas difícil, dicen muy bien los santos Padres, convertir el vino en sangre, que el agua en vino? Puede haber alguna cosa que sea imposible á un Dios? Reanimemos pues, H. M., nuestra fé y unámonos mas y mas á nuestro Salvador Jesucristo, como lo hicieron aquellos discípulos que fueron testigos de esta maravilla; pero sobre todo renovemos hoy muy particularmente nuestra fé en el gran misterio de la presencia real de Jesucristo en la sagrada eucaristia. Todos los dias se obra á nuestra vista este portentoso milagro, este compendio de las maravillas de un Dios; pero fijais, cual es debido, vuestra consideracion en este prodigio de su bondad? Sin duda que si hubiérais presenciado la transformacion admirable que hizo el Salvador del agua en vino, os habriais sorprendido y asombrado, y lo mismo os sucederia hoy si á vuestra vista se obrára semejante maravilla. Pues abrid, H. M., los ojos de la fé y vereis un milagro todavia mas estupendo, ó mejor, muchos milagros á la vez, siempre que asistis al santo sacrificio de la misa, y principalmente siempre que teneis la dicha de recibir la sagrada comunión, de celebrar con Jesus aquel divino convite, en que nos alimenta con su propia carne y su misma sangre y se une estrechamente á nosotros, haciéndose el esposo de nuestras almas. Acercaos pues al altar con fé y con pureza, y reconocereis á Jesus en la fraccion del pan, como los dos discípulos á quienes apareció despues de su resurreccion en el camino de Emaus; le adorareis entonces como á vuestro Dios y os vereis abrasados en las llamas de su amor y encendidos en los mas

fervientes deseos de gozarle para siempre en la bienaventuranza de la gloria.

Puede tratarse en este dia del sacramento del matrimonio, materia muy propia del evangelio y muy esencial é importante para todos aquellos que piensan tomar este estado ó que le han tomado ya. La historia que refiere el evangelio enseña á los primeros las santas disposiciones que deben llevar á ese estado y á los segundos la manera con que deben conducirse en él para bien de sus almas. Jesus fué llamado á las bodas, como tambien su santísima madre, lo cual significa que todos aquellos que intentan abrazar el estado del matrimonio deben antes llamar á Jesus y consultarle sobre la eleccion que piensan hacer por medio de la oracion, acudiendo ademias á María y al consejo de los discípulos de Jesus, es decir, al de los ministros del Señor, ó personas verdaderamente cristianas que se conducen no segun las máximas del mundo, sino segun las máximas de Jesucristo. (Puede hablarse aqui mas largamente de la preparacion remota para el sacramento del matrimonio). En seguida continuará: Llevais vosotros, H. M., estas disposiciones, comenzais por consultar á Dios, antes de dar otros pasos para entrar en el estado del matrimonio? examináis detenidamente si Dios os llama etc.

Se combatirá aqui con energía el error muy pernicioso y muy comun de que para abrazar el estado del matrimonio no hay necesidad de vocacion divina y se mostrarán las fatales consecuencias que se derivan de este infundado juicio, haciendo presente á los padres y madres el daño que causan á sus hijos y tambien así mismos, cuando les obligan á casar con personas que no son de su agrado, ó que en su colocacion solo miran los intereses de la tierra y no la tranquilidad y salud de sus almas: á los hijos dirá que teman sobremanera dejarse llevar de los estímulos de la pasion, cuando traten de contraer matrimonio; que en este negocio tan importante deben desconfiar mucho de sí mismos, consultar á sus padres, y no contrariar su voluntad razonable: les pondrá delante el párroco la felicidad que disfrutaban los que se han casado cristianamente y los males sin cuento que atraen sobre sí los que abrazan ese es-

tado contra la voluntad de Dios, y reciben el sacramento del matrimonio en pecado mortal; haciéndoles comprender bien que la salvacion de los casados depende principalmente de la manera con que se han preparado á recibir este sacramento y que muchas veces Dios permite en castigo de los pecados cometidos en la juventud, que se contraigan alianzas funestas, manantial perenne de disgustos, de desazones en esta vida y causa de eterna condenacion en la otra; asi como por el contrario un buen esposo y una buena esposa son los mejores dones de Dios, de que solo se hacen dignos los que pasan su juventud cristianamente.

Nada debeis temer tanto, jóvenes cristianos, como el ofender á Dios, entregándoos á vuestras pasiones y apetitos desordenados; huid del pecado, como de la mayor calamidad que os puede sobrevenir; ecsaminad bien cuál es el estado á que Dios os llama, pedidle de veras que os dé á conocer su voluntad y no dejéis pasar un solo dia sin dirigir á este fin fervorosas súplicas á María: consultadlo tambien con vuestro confesor, que os dirá en vista de todo, lo que juzgue conveniros mejor para vuestro bien espiritual; no tengais otro objeto en este asunto que la de secundar los designios de Dios, la de servirle, glorificarle, y conseguir vuestra salvacion en el estado que abraçais; mirad el matrimonio como una cosa santa y sagrada, como un sacramento grande: *Sacramentum hoc magnum est*, dice el apostol san Pablo, grande por su autor, que es Jesucristo, grande por su fin, grande por lo que representa, grande por sus efectos, grande en fin y aun temible por sus obligaciones; de las cuales os debeis instruir competentemente antes de ligaros con el vínculo del matrimonio, acudiendo á un buen confesor que os las dé á conocer con estension, para que procureis despues su puntual cumplimiento.

Despues de estas advertencias á los jóvenes sobre las disposiciones previas al estado del matrimonio, se dirigirá el párroco á las personas casadas, preguntándolas, si entraron en él con las referidas disposiciones, si están enteradas de los deberes anejos á su estado, si les han cumplido esactamente, si se han conducido siempre con la santidad que ecsige este sacramento, y en una palabra, si

su matrimonio es verdaderamente cristiano, honesto y sin mancilla: *Honorabile connubium in omnibus (ad Hebr. 13)*. Y concluirá advirtiéndoles que consulten las dudas que pueden tener sobre este particular en el tribunal de la penitencia.

Otra lección muy importante nos dá el Salvador en el presente evangelio, que seria muy conveniente desenvolviera el párroco con el fin de evitar los desórdenes demasiado frecuentes en la celebracion de las bodas. Se hará ver que muy pocas se hacen cristianamente y que los excesos de que suelen ir acompañadas son capaces de atraer la cólera de Dios tanto sobre los esposos, como sobre los que asisten á ellas: se referirán las historias de los santos, particularmente la de Tobias, que celebraron las bodas en el temor de Dios y el castigo de aquellos maridos de Sará á quienes mató el demonio, por haberse propuesto satisfacer sus pasiones. Exhortará por último á los oyentes á que pongan toda su confianza en la santísima Virgen, que como madre de misericordia no dejará de oir sus ruegos y atender á sus necesidades, si la imploran de veras y con fervor.

Como esta materia es demasiado vasta y no puede decirse todo en una sola plática, sin cansar al auditorio, se podrá concretar el párroco á esponer en el primer año una ó dos de las razones que tuvo Jesus para asistir á las bodas de Caná y en el siguiente hará la conveniente esplicacion de las restantes por el orden que arriba se ha seguido.

Ademas del sentido literal que se acaba de explicar, tiene tambien este evangelio su sentido espiritual que puede servir de materia para una plática. El convite á que asistió el Salvador es una hermosa imagen del sagrado banquete de la Eucaristía. La conversion del agua en vino, y su calidad y abundancia en beneficio de los que asistieron á las bodas de Caná, nos representan lo mucho que ha costado á Dios el prepararnos este convite y los maravillosos efectos que produce en nuestras almas; lo cuál puede servir de materia del primer punto. La fé de los convidados, la pureza de María, el fervor de la devocion significada en el vino nos muestran las disposiciones que debemos llevar para recibir con fruto este sacramento

y conseguir sus grandes ventajas, entre ellas, la union estrecha con Jesus en una santa alianza.

Tambien se podria formar un escelente discurso sobre la alianza espiritual del alma cristiana con Jesus y de Jesus con el alma, considerándola de parte de Jesus que es el esposo y de parte del alma que se entrega toda entera á Jesucristo.

La epístola del dia es una continuacion del cap. 12 de la del apostol á los Romanos, cuyo principio formaba la epístola del domingo anterior. En ella se propone san Pablo dos cosas: 1.^a enseñar á los que tienen destinos y cargos el modo de desempeñarlos, y 2.^a instruir á todos los fieles sobre los deberes generales que les ligán para con sus hermanos. Ejecuta lo primero desde el versículo seis hasta el nueve y lo segundo desde el nueve hasta el diez y seis. Cuando el párroco se proponga hablar sobre esta epístola podrá seguir el mismo orden del apostol y mostrar, 1.^o, cuál es el uso que debe hacer cada uno de los dones particulares que ha recibido de Dios y 2.^o, cómo debe llenar todo cristiano las obligaciones generales que le impone la caridad fraterna.

Despues de haber hablado, dirá, el apostol san Pablo á los nuevos cristianos acerca del sacrificio que deben hacer á Dios de su alma y de su cuerpo, pasa en seguida á ponerles delante los deberes que tienen para con sus prójimos, y los que la caridad prescribe á todos los fieles.

El párroco podrá aplicarse á sí mismo la primera parte de la epístola, y en seguida enseñará á sus oyentes la obligacion que tienen de acudir á oír sus instrucciones y de ser dóciles á las amonestaciones que les dirija. Manifestará el gran deseo que le anima de gobernar bien la parroquia y de llenar debidamente su santo ministerio en utilidad de sus feligreses, y despues de hacerles notar el gran peso de una carga que temerian llevar sobre sus hombros los mismos ángeles, les suplicará que procuren suavizar su rigor por medio de la mas humilde sumision á sus exhortaciones. Hecho esto se dirigirá á los que han recibido algunos talentos ya espirituales, ya corporales, para mostrarles la obligacion en que están de no tenerles ociosos y la manera con que deben hacer uso de

ellos. A este fin parafraseará las palabras del apostol: *Qui docet in doctrina*, las cuales puede aplicar á los maestros de niños y á los padres de familia: *qui tribuit in simplicitate*, á los ricos, asociaciones de beneficencia, si las hubiere en la parroquia etc.: *qui præst in solitudine*, á los superiores, amos etc: *qui misereatur in hilaritate*, á los que cuidan de los enfermos y se emplean en otras obras de misericordia. Concluida esta esposicion, dirá, cuán pocos son los que habiendo recibido de Dios algun talento, procuran ejercitarle en utilidad de los demas y cuán raros los que se acusan de estas faltas en el santo tribunal de la penitencia! Ecsaminad bien, H. M., cuáles son los talentos que habeis recibido y cuál el uso que habeis hecho de ellos; teniendo presente que, en proporcion de los que se nos hayan concedido, ha de ser tambien la cuenta, pues como dice san Gregorio: *cum augentur dona, rationes etiam crescunt donorum*. No imiteis al siervo perezoso que habiendo recibido un talento le escondió bajo tierra etc., seguid mas bien el ejemplo de aquel que trabajó con afan por aumentar los que le habian sido otorgados, por lo cual mereció galardón de su Señor, asi como el otro fue condenado á quedarse sin nada. A todos los fieles les dispensa Dios algun talento, algun bien espiritual que deben cultivar etc. Véanse las lecciones de san Gregorio: *de communi confessoris pontif.*

Pero aun suponiendo por un momento que hayamos hecho buen uso de esos talentos; todavia nos resta ecsaminar, si hemos cumplido los deberes generales de la caridad cristiana, que enumera el apostol en su carta con estas palabras: *dilectio sine simulatione*, como si dijera, el amor para con nuestros hermanos no ha de tener artificio, sino que debe ser sincero, sin disfraz, sin simulacion y sin espíritu de desconfianza; un amor que nos inspire horror á sus vicios y nos haga apreciar sus virtudes: *odientes malum, adherentes bono*. A esta cualidad debe acompañar otra, á saber: *charitate fraternitatis invicem diligentes*; es decir, amaos unos á otros con caridad fraternal, como hijos de un mismo padre que es Dios, de una madre que es la iglesia y como coherederos de una misma felicidad que es el cielo. De aqui las consideraciones que nos debemos guar-

dar unos á otros, los mútuos testimonios y pruebas de estimacion y de respeto: *honore invicem prævenientes*. Esta caridad debe ser eficaz de tal suerte que nos haga tomar parte en las necesidades de nuestros hermanos, ejercer con ellos la hospitalidad, perdonarles las injurias, bendecir á los que nos persiguen y maldicen, regocijarnos del bien de nuestro prójimo y compadecerle en sus aflicciones: *necessitatibus sanctorum communicantes, hospitalitatem sectantes, etc.* No faltar en nada á los servicios que debemos prestarles: *sollicitudine non pigri*, y por último, vivir unidos en los mismos sentimientos en cuanto nos sea posible: *idipsum sentientes*.

Tal es, H. M., la caridad que ecsije el apostol de todos los fieles, la misma que tanto se admiraba en los primeros cristianos, y les daba á conocer por verdaderos discípulos de Jesucristo. Ved, decian, cómo se aman unos á otros! Se podrá asegurar lo mismo en nuestros dias? O caridad hermosa y amable, que en otro tiempo eras una prueba viva de la verdad de nuestra religion, á dónde estas hoy? Ah! casi enteramente se vé desterrada del mundo, habiendo ocupado su lugar el ódio, el rencor, la envidia etc. Aqui se opondrá á la falsa caridad de los mundanos la verdadera caridad del cristianismo, para lo cual ofrecen un vasto campo las cualidades que enumera el apostol ya referidas, cuidándose de hacer notar á los oyentes las faltas que cometen contra ella, y escitándoles á que se corrijan y den entrada en su corazon á una amistad verdaderamente cristiana segun Dios, sin la que, les dirá, no puede haber esperanza de salvacion para vosotros. Al concluir este discurso deberá tambien exhortar á los oyentes al buen uso de sus talentos y dones, á no desalentarse por las penalidades que puedan encontrar en el ejercicio de la caridad, estimulándoles con estas palabras de san Pablo: *spiritu ferventes, Domino servientes*. Cuando servis á vuestros hermanos, servis al mismo Dios, á Jesucristo es á quien prestais esos buenos oficios; no os desanimen pues ni los trabajos ni las incomodidades que por ello sufrais: *in tribulatione patientes*; regocijaos mas bien con la esperanza del premio que no os faltará: *spe gaudentes*. Y á fin de llenar constantemente estos deberes, procurad ser continuos y asíduos en la oracion: *oratione instantes*. Finalizará el párroco su pláti-

ca, suplicando á Jesucristo que conceda á todos sus feligreses el espíritu de union y caridad, (si hubiere pleitos y enemistades les exhortará á su pronta terminacion) y podrá servirse muy bien de las palabras del Salvador en su último sermon en que rogaba á su Padre que todos sus hijos fueran una misma cosa (Joan. 17, 21).

Para el tercer Domingo despues de la Epifanía.

Nuestra madre la iglesia que en el domingo anterior nos puso delante el primer milagro que obró el Salvador en Caná de Galilea, ofrece hoy á nuestra consideracion dos curaciones milagrosas, á saber, la de un leproso y la del sirviente de un Centurion ú oficial Romano, que tenia á sus órdenes cien soldados.

Para formar una instruccion util y acertada sobre aquellos evangelios que como este contienen curaciones milagrosas, es necesario tener presente que las que el Salvador hacia en los cuerpos, eran símbolo de las que se proponia obrar en las almas. Las diferentes enfermedades corporales son una figura de las varias especies de enfermedades del espíritu, asi como las circunstancias que acompañaban á estas curaciones representan los medios que deben ponerse en ejecucion para sanar los males del alma. En este supuesto, cuando se haya de explicar un evangelio que hable de esta clase de curaciones (puede hacerse en forma de homilia, cuyas partes todas tiendan á un mismo fin moral) es necesario ver qué clase de enfermedad es la de que trata y la manera con que ha sido curada. En el presente evangelio, por ejemplo, la lepra corporal es una semejanza de la lepra pecado y especialmente del pecado contagioso, ó pecado de escándalo y la parálisis del criado del Centurion la imagen del vicio de la pereza: los pasos que dá el leproso para conseguir su curacion representan los que debe dar un pecador para librarse de la lepra del pecado, y lo que hace un amo tan caritativo como el Centurion, para

obtener de Jesus la curacion de su criado, nos significa no solo la caridad con que los amos deben cuidar de la salud espiritual de sus domésticos, sino la que han de tener los verdaderos fieles para con aquellos pecadores, que ó no piensan en su curacion ó son flojos y perezosos para conseguirla; es decir, que á ejemplo del Centurion deben rogar á Jesus que les saque de la postracion y miserable estado en que se encuentran. Esto supuesto, pasemos á hablar de nuestro evangelio, que como es facil de colegir, ofrece varios designios ó planes todos muy interesantes.

1.º Diciéndose al principio del evangelio que seguia á Jesus una gran multitud, se podrá tratar del celo y diligencia con que deben los fieles acercarse á oir la palabra divina y de la confianza con que han de acudir á Jesus en sus necesidades espirituales y corporales.

2.º Se puede tratar de las enfermedades del cuerpo, del uso que debe hacerse de ellas, del modo de santificarlas y de pedir su curacion.

3.º Puede también el párroco concretarse á manifestar la virtud y eficacia de la oracion y las cualidades que debe tener, tomándolas del ejemplo del leproso y del Centurion.

Pero todavía hay otros dos asuntos que parecen mas oportunos, á saber, el primero, la lepra del pecado y el segundo, los deberes de los amos para con los criados. Uno y otro son muy convenientes en la presente estacion de invierno, en que las gentes del campo suelen cometer muchos pecados, á causa de la ociosidad en que viven por falta de trabajo y en que los amos tienen tambien tiempo sobrado para instruir á sus criados en lo concerniente á sus obligaciones. Como por otra parte se habrá hablado en los domingos anteriores de los deberes de los hijos para con los padres y de los de estos para con sus hijos; como tambien se habrá dirigido poco antes la palabra á los jóvenes que tratan de abrazar el estado del matrimonio y á los que ya se hallan en él; es muy del caso enseñar en seguida á los criados y á los amos sus obligaciones respectivas. Esta clase de instrucciones sobre los deberes de los diferentes estados es sin duda la mas útil y provechosa.

Si solo se propone el párroco hablar de la curacion del leproso

y con este motivo de la lepra del pecado podrá comenzar de esta manera:

En el evangelio del domingo anterior hemos visto, H. M., el primero de los milagros que obró el Salvador convirtiendo el agua en vino; en el de hoy nos pone á la vista nuestra madre la iglesia otros mas sorprendentes y maravillosos. Algun tiempo despues de haber comenzado Jesus su vida evangélica (*anno secundo prædicationis circà mensem Maium*), y despues de aquel célebre sermon que predicó en el monte á una gran multitud de pueblo, vino á echarse á sus pies un hombre cubierto de lepra que le pedia con ansia su curacion. Se referirá brevemente este milagro, como tambien el segundo, y continuará despues diciendo: qué nos quieren decir, H. M., estas diferentes enfermedades de que hoy nos habla el evangelio? En ellas vemos representadas las enfermedades de nuestras almas, asi como en las circunstancias que acompañaron á su curacion se significan los medios que debemos adoptar para conseguir la salud y nuestro bienestar espiritual. Hoy pienso concretarme únicamente á esplicaros en sentido moral ó tropológico el primero de estos milagros, que es la curacion del leproso, con el objeto de daros á conocer el estado infeliz de un alma esclava del pecado, y de enseñaros al propio tiempo el modo con que podeis salir de tan funesta situacion, si por desgracia hubiéseis caido en ella: dos puntos que abrazará este discurso.

No es posible, H. M., que pueda darse un estado mas triste y desgraciado que el de un leproso; para que forméis alguna idea, os diré en pocas palabras á qué se reducía esta enfermedad bastante comun entre los orientales, conocida con el nombre de lepra. La lepra es un mal contagioso que desfigura al hombre de un modo el mas horrible, hasta el punto de que las leyes no le permitan vivir en sociedad, para impedir de esta suerte que ofenda con su presencia á los demas ó les inficione con su hábito. La piel del leproso se deja ver toda cubierta de úlceras y manchas asquerosas en forma de escamas de pez, y como esta enfermedad es producida por la corrupcion de la masa de la sangre, arruina enteramente su salud y le va quitando poco á poco la vida. Puede concebirse, H. M., una suerte

mas desdichada que la de un hombre acometido de este mal? Además de ponerle espantoso á la vista, le priva tambien de toda alegría y de aquel consuelo que podria encontrar en el comercio del mundo y en la sociedad de los hombres; todo esto y los dolores continuos que padece llegan á hacerle insoportable su existencia, la cual va consumiendo lentamente esta especie de cáncer universal esparcido por todos los miembros de su cuerpo. (Véase á Cornelio á Lápide sobre el cap. 8 de san Mat.) (1) Asi es que para describir el profeta Isaías el estado lamentable en que habia de verse el Salvador al tiempo de su acerba pasion, no encuentra otra imagen mas propia y sensible que la de un leproso: *Vidimus eum et non erat aspectus. Putavimus eum quasi leprosum* (Isaí. 53).

Pero por lastimosa que sea la situacion de un leproso, no llega sin embargo á la de un alma esclava del pecado mortal. Qué monstruo este tan horrible, H. M.! Oh! si Dios os le hiciera ver con los ojos de la fè, si os mostrára por un momento el interior de un pecador de este auditorio, el interior de un alma en estado de culpa mortal, huiriais de pavor y de espanto y muy luego se veria desierto este templo, porque nadie podria resistir un espectáculo tan horrible. O Señor! comunicadnos un rayo de vuestra divina luz y enseñadnos á temer lo que tan poco tememos, lo único que debiera hacernos temblar, si conociéramos bien sus efectos. Haced pues, H. M., todos los esfuerzos por comprenderles, vosotros pecadores, para salir cuanto antes de vuestro infeliz estado y vosotros justos, para que eviteis cuidadosamente la lepra del pecado, mirándole como el mal mas terrible que pudiera sobrevenirnos. (Se enumerarán aqui los efectos del pecado en el alma, comparándoles con los que produce la lepra en el cuerpo).

Primer efecto de la lepra: desfigura horriblemente al que la padece y el pecado quita al alma toda su hermosura: *Egressus est à filia Sion omnis decor ejus* (Tren. 1) *Obscuratum est aurum*, (Tren. 4)

(1) Leprosis á morbi labe deturpatur facies, pili decidunt, dilatantur nares, exeduntur essa, lingua tumet, foetet respiratio, et omne morbi genus in leproso reperitur. Corn. á Lap. loc. cit. (*El Traductor*).

despojándola de la gracia que recibió en el bautismo y cubriéndola toda de manchas inmundas: *denigrata est super carbones*. (*Ibid*). 2.º El pecado priva al alma de la amistad de Dios, convirtiéndola en su enemiga y de consiguiente impide sus íntimas comunicaciones y gracias especiales. 3.º La sujeta á una esclavitud vergonzosa, cual es la del demonio. 4.º Produce en ella afliccion, tristeza y remordimientos, causa algunas veces la pérdida de los bienes temporales, abrevia la vida natural, arruinando poco á poco la salud y siempre lleva consigo la virtud maligna de matar el alma, no porque la aniquile y destruya enteramente, sino porque la separa de Dios que es su centro y su vida. *Vita anime Deus est, moritur anima si recedat Deus*. (*S. Aug*). Tambien podrian añadirse algunos efectos particulares del pecado, como el de comunicarse por el escándalo, del mismo modo que la lepra contagiaba á cuantos se acercaban al leproso, la pérdida de la reputacion que en cierto modo escluye al hombre de la sociedad y trato de los demas etc., etc. Despues de esplicar estos diferentes efectos se volverá el párroco á su auditorio y dirá: puede darse, H. M., situacion mas deplorable que la del hombre que tiene su alma en pecado mortal? No habria entre vosotros quien no se horrorizará al verse cubierto de lepra y que no sacrificase todos sus bienes por libertarse de ella? Pero qué es la lepra del cuerpo en comparacion con la del alma? Qué tienen que ver las enfermedades del cuerpo por horribles que sean, si se las pone en cotejo con un solo pecado mortal. Al fin los males y enfermedades pueden sernos útiles y producirnos grandes bienes, como que Dios nos las envia por un efecto de su misericordia; pero el pecado, ah! el pecado es un mal sin mezcla de bien, es un mal absoluto, es el único mal, como dice san Juan Crisóstomo. Y sin embargo ni se le teme, ni se trata de espelerle del alma, cuando se ha cometido! Ah! cuántos leprosos en esta parroquia, en este mismo auditorio que no sienten su mal, que no le lloran, ni ponen diligencia alguna para curarle! Por eso nunca puede deplorarse bastante, H. M., la suerte infeliz de un pecador, que ha llegado á connaturalizarse con la culpa y á no sentir postracion, su miseria y su desgracia. Se terminará este primer

punto exhortando á los oyentes á que pidan á Dios las luces necesarias para conocer la situacion funesta á que están reducidos, sobre todo aquellos pecadores que escandalizan con sus desórdenes y conducta desarreglada, y les escitará á imitar el ejemplo del leproso y los pasos que dió para obtener su curacion, lo cual es la materia del

SEGUNDO PUNTO.

El primer paso que dió el leproso para conseguir su curacion fue dirigirse al Salvador; para lo cual le estuvo esperando al pie de aquel monte en que acababa de predicar aquel admirable sermón, compendio el mas completo de su doctrina, y tan pronto como vió á Jesus cerca de sí, se echó á sus pies para adorarle, diciendo al mismo tiempo en voz tierna y suplicante: Ah! Señor, si quereis, podeis curarme. Qué fe tan grande, H. M., qué humildad, qué confianza se echan de ver en esta súplica (se la parafraseará). El primer paso pues que debeis dar, H. M., para sanar de la lepra del pecado, es recurrir á la oracion, acompañándola de una fe viva, de una humildad profunda, y de una confianza firme, y seguras de que Dios quiere curar al pecador. Respecto de las enfermedades corporales se debe poner la condicion que leemos en la súplica del leproso, *si vis*, porque no podemos nosotros pedir esta clase de curaciones, sino en cuanto cedan en gloria de Dios y salud de nuestras almas, siendo muy posible que Dios quiera probarnos por medio de largas enfermedades y trabajos penosos; pero en lo que toca á los males del alma debemos pedir su remedio de un modo absoluto y sin condicion alguna, porque Dios desea sinceramente nuestra salud espiritual y nos manda que la procuremos con todas nuestras fuerzas. Decidle pues, pecadores, sin vacilar, Señor, vos quereis curarme, podeis curarme, conocéis muy bien mi estado infeliz; ea, sanadme, Dios mio y no lo dilateis, compadeceos de mí. *Sane me Domine et sanabor* (Jerem. 17.). *Sana animam meam, quia peccavi tibi.* (Ps. 40). Asi lo hará, H. M., y si sois dóciles al impulso de su gracia, experimentaréis luego en vosotros un dichoso cambio. El evangelio nos dice que conmovido el Señor

con la súplica del leproso se dignó tocarle, diciéndole al propio tiempo, quiero, queda sano, y al instante á la fuerza de este contacto divino y el poder de su palabra desapareció la lepra y su cuerpo quedó perfectamente sano. Pues de este modo estenderá el Salvador sobre vosotros, H. M., su mano benéfica, os tocará el corazón con su gracia y si correspondeis á sus movimientos, recobrareis sin tardar la belleza de vuestra alma.

Después que Jesús hubo tocado al leproso, le mandó ir á presentarse ante los sacerdotes á que ofreciera el don prescrito por Moisés para semejantes casos. (Se explicará por qué debían los leprosos presentarse á los sacerdotes y cual era la ofrenda señalada en la ley. Léase el cap. 13 del Levítico). Este es, H. M., el segundo paso que Dios exige del pecador para sanarle; quiere que descubra sus llagas á los que él ha establecido para purificarle. (Se manifestará la diferencia del poder de los sacerdotes de la ley antigua con el de los sacerdotes de la ley nueva). Abrid vuestro corazón, H. M., con la mayor sinceridad á los ministros del Señor en el tribunal de la penitencia. La ofrenda que os deben pedir, no consiste como la de los leprosos en corderos, aves ni tórtolas, sino en las virtudes de que eran símbolo estos animales, á saber, el amor al retiro, el alejamiento de las ocasiones de pecar, y sobre todo la separación de aquellos que os han comunicado su lepra espiritual; la sencillez del cordero y el gemido de la tórtola, es decir, un corazón sincero, un corazón penetrado de dolor por vuestros pecados, hé aquí las disposiciones con que debeis acercaros á ellos. Así tendrán una prueba segura de vuestro cambio y pronunciarán sobre vosotros la sentencia de absolución, con la cual quedareis restablecidos en el feliz estado de la inocencia, de que habíais caído por la culpa, y vuestra alma perfectamente limpia será ya hermosa á los ojos de Dios, sin mancha alguna de aquella lepra espiritual de que estaba infestada y que habrá desaparecido, como la de Naaman cuando se hubo lavado en las aguas del Jordán: *Restituta est caro ejus, sicut caro pueri parvuli.* (4. Reg. 5). Podrá suceder sin embargo que no siendo bastante perfectas vuestras disposiciones, exija de vosotros el profeta del Señor alguna prueba y que á imitación de Eliseo que mandó á Naa-

man lavarse hasta siete veces en el Jordan, para que fuera limpio de su lepra, os invite y aun obligue á presentaros segunda vez en el tribunal de la penitencia. Pero no por eso os desanimeis, antes bien procurad vencer con la mayor fortaleza los obstáculos que puedan retraeros de poner en ejecucion este eficaz remedio, bien persuadidos de que ningun sacrificio es costoso, cuando se trata nada menos que de salir de un estado tan miserable como el vuestro, del cual saldreis infaliblemente consiguiendo una completa sanidad, siempre que os sujeteis con la mayor sumision á cuanto os prescriba y aconseje vuestro médico espiritual. Si asi fuere, si lograis tanta dicha se apresurarán entonces las almas justas, á quienes habreis acaso escandalizado con vuestros desórdenes, á tomar parte en vuestra dicha; bendecirán á Dios con todo su corazon y vosotros mismos sorprendidos de tan maravillosa transformacion, llenos de reconocimiento hácia vuestro Salvador Jesus, no cesareis de publicar tan extraordinario beneficio á imitacion del leproso que por todas partes iba proclamando el milagro de su repentina curacion: *Cæpit prædicare et diffamare sermonem.* (Marc. 1).

Se concluirá el discurso exhortando á los oyentes á poner en práctica desde hoy mismo los indicados medios. Y para mas estimularles, hará la observacion el párroco de que si ahora se vieran acometidos de una enfermedad peligrosa, de un cáncer, por ejemplo, que les devorára y convirtiera en objeto de horror para todos, no tardarian un momento en echar mano del remedio seguro é infalible que se les ofrecia por un médico hábil y experimentado.

Y á fin de que todos puedan sacar fruto de esta plática, encargará á los justos que pidan á Dios les preserve de un mal tan grande, cual es la lepra del pecado mortal, añadiendo que el pecado venial es una especie de lepra que principia á contaminar el alma y que por lo mismo deben procurar evitarle, y sobre todo huir del roce y trato frecuente con los pecadores, pues asi cómo se precavia en otro tiempo la aprocsimacion á los leprosos, obligándoles á salir fuera de los pueblos, para que no inficionáran á los demas, del mismo modo deben guardarse de los pecadores, mirándoles como apestados que pueden comunicar y transmitir su enfermedad.

El segundo milagro que refiere el evangelio servirá de asunto para otro año, tratándole bajo el mismo método poco mas ó menos que el anterior. La parálisis del criado del Centurion es una figura de la parálisis espiritual que padecen muchos cristianos, la cual no es otra cosa que cierta flogedad ó pereza en el servicio de Dios. De los paralíticos puede muy bien decirse que solo viven á medias, como que tienen embargado el uso de una parte de sus miembros, y si bien conservan la vida, es una vida débil y lánguida que corren gran riesgo de perder muy pronto; pues esto mismo sucede tambien con aquellos cristianos que viven en un estado de tibieza ó se dejan arrastrar del vicio de la accidia. Hoy me propongo ponerlos delante, H. M., el peligro de ese estado funesto, que apenas es temido, por no conocerse bien sus perniciosos efectos, lo cual servirá de materia para el primer punto, y en el segundo os indicaré los oportunos remedios de que debeis hacer uso para libertaros de un mal tan abominado de Dios.

La tibieza viene á ser una mezcla de bien y de mal á semejanza del agua tibia que es tambien una mezcla de frio y de calor; asi es que el tibio anda fluctuando entre la virtud y el vicio, entre Dios y el mundo, creyéndose seguro y tranquilo en su estado porque no tiene gravada la conciencia con pecados mortales, y porque cumple á su modo con los preceptos de Dios, sin cuidarse de evitar aquellas faltas que le van conduciendo poco á poco á la perdicion. Despues de este retrato del tibio, que puede hacerse con mas extension, se manifestará el peligro de semejante estado, (para lo cual se consultará el cap. 3, del Apocal.) en razon de los pecados á que puede conducir la seguridad y necia confianza de los que le padecen, persuadidos como están de que son ricos y de nada necesitan, cuando en realidad son pobres miserables y ciegos. Se hará en seguida la conveniente aplicacion á los oyentes, presentando las señales por donde les sea facil conocer, si han caido en la tibieza. Cuántos cristianos, dirá, que si se ecsamináran con cuidado, verian por estas señales que son ya víctimas de tan lamentable situacion! Cuántos que tan presto son de Dios como de sus pasiones, que tan pronto se entregan á los ejercicios de piedad y devocion, como á las diversiones

profanas y peligrosas, pudiéndose decir de ellos que solo son cristianos á medias, ni frios, ni cálidos, ni bien de Dios, ni bien del mundo! Sois vosotros por ventura de este número, mis amados oyentes? Ah! puede ser que no solo esteis paralíticos, sino muertos ya á los ojos de Dios. *Nomen habes quod vivas, et mortuus es, (Apoc. 3.)* y que gozando al parecer de una salud robusta os halleis á pique de perecer por toda una eternidad! Acaso vuestro mal no sea una simple parálisis que os ofrezca algunas esperanzas de vivir largo tiempo, sino una verdadera apoplejía que por lo regular no se cura y trae consigo la muerte; al menos es seguro de que vendreis á caer en ella, si no tratáis de salir cuanto antes de ese estado de flogedad y tibiaza por los medios que voy á indicaros en el

SEGUNDO PUNTO.

Para curar la tibiaza es preciso conocer sus causas y segun ellas aplicar los remedios, del mismo modo que para sanar á un paralítico es necesario acudir al origen del mal y dar vigor á los nervios que se hallan como embargados. Las principales son las siguientes: 1.^a una fê débil respecto de las verdades eternas: 2.^a demasiado apego y aplicacion á los negocios temporales: 3.^a el ejemplo de los cristianos tibios, con que pretenden autorizarse los que lo son: 4.^a nuestra propia flogedad y desidia. Los remedios oportunos para estas causas son: 1.^o reanimar la fê: 2.^o mirar la salvacion, como el negocio principal y mas interesante: 3.^o mortificarse; y 4.^o armarse de valor en la persuasion de que, para ganar el reino de los cielos, es indispensable hacerse una santa violencia: *violenti rapiunt illud, (Math. 11)*. Se concluirá con las palabras del apocalipsis cap. 3.^o: *Suadeo tibi emere à me aurum ignitum probatum etc.*, estimulando á los oyentes con estas otras del mismo capítulo. *Æmulare ergo, et pœnitentiam age. Ecce ego sto ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cœnabo cum illo, et ipse mecum. Dabo ei sedere mecum in throno meo.*

Tambien se puede hablar con igual motivo de la pereza espiritual, uno de los siete vicios capitales, la cual es un disgusto ó

tedio de la virtud, acompañado de una gran negligencia en aprender y cumplir los respectivos deberes, á causa de las dificultades que les están anejas, y de falta de valor para vencerlas; pecado demasiado comun y poco conocido, de que por lo regular no se hace caso á pesar de sus funestos efectos. En el primer punto se manifestarán estos y en el segundo los remedios convenientes.

Arriba hemos dicho que una de las principales materias que podian tratarse con ocasion de este evangelio, era la de los respectivos y mútuos deberes entre amos y criados. Será muy conveniente hacerlo en dos pláticas, proponiendo á los amos en la primera los motivos que deben inducirles á cuidar de sus domésticos; motivos por parte de Dios, por parte de los domésticos y por parte de sí mismos. Les preguntará en seguida el párroco, si se han creído obligados á esta solicitud y cuidado, si se han ecsaminado alguna vez sobre las faltas cometidas en este particular y para que puedan conocerlas, las espondrá en el segundo punto.

Cuál es el cuidado que deben tener los amos respecto de sus criados? Deben atender á sus necesidades corporales y principalmente á las de sus almas. Se hablará primero de las del cuerpo y despues con mayor estension de las del alma, (unas y otras son bien conocidas, por cuya razon nos abstenemos de espresarlas). Cuántos amos, dirá en seguida, que faltan á estas obligaciones! Cuántos que serán condenados en el dia del juicio por los pecados que han dejado cometer á sus domésticos! Pero especialmente clamará aquí el párroco contra aquellos que escandalizan á sus criados, haciéndoles comprender bien la fuerza de este oráculo de san Pablo: *si quis suorum et maximè domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior.* (1 Tim. 5.) Tambien se servirá al principio ó al fin de estas hermosas palabras del mismo apostol; *Domini, quod justum est et æquum, servis præstate, scientes quod et vos Dominum habetis in cælo.* (Col. 4.) *Personarum acceptio non est apud Deum.* (Eph. 6.) Y concluirá con la recompensa prometida á los amos cristianos, que imiten al Centurion del evangelio, es decir, que profesen á sus criados un amor verdadero: *servus erat illi pretiosus.* (Luc. 7.) y atiendan con el mayor esmero al cuidado de

sus cuerpos y de sus almas: *Recumbent cum Abraham, Isaac et Jacob in regno cælorum*, mientras que los malos amos *ejicientur in tenebras exteriores*, donde serán castigados con mayor severidad que los infieles.

Cuando se haya de hablar de las obligaciones de los criados para con sus amos, se anunciará el día con la necesaria anticipacion, encargando á estos que procuren enviar á todos sus sirvientes. Sobre el estado y condicion de los domésticos se pueden hacer reflexiones muy oportunas para su consuelo y santificacion. Es menester primeramente inspirarles sentimientos de estimacion y aprecio hácia su estado, diciéndoles que están en él por la voluntad de Dios y que es el mismo en que quiso nacer Jesucristo, pues habiendo tomado la forma de esclavo pasó toda su vida en la obediencia. Por este motivo lejos de quejarse ó murmurar de su suerte, deben dar gracias á la divina Providencia que les ha colocado en una condicion, donde pueden imitar mas facilmente á Jesucristo su maestro. Contribuirá á que la aprecien mas, si se les hace entender que en ella tienen mas segura su salud eterna por el menor peligro y responsabilidad que lleva consigo el obedecer, que el mandar, y que si hubieran nacido en la opulencia ó en una elevada categoría, acaso hubieran sido del número de los réprobos. Les escitará en seguida á que hagan un acto de sumision á las disposiciones de Dios, á que le den gracias por la dependencia misma en que les ha colocado, y á que le pidan perdon de su poca conformidad y resignacion, de sus murmuraciones, de sus movimientos de envidia, codicia etc. y en fin á que formen propósito firme de poner todos los medios para santificarse en su estado.

Hecho esto pasará á manifestarles sus obligaciones explicándose las por orden, á saber, respeto, amor, servicio y fidelidad, haciéndoles notar las muchas faltas que habrán cometido contra cada una de ellas y sirviéndose de estos hermosos pasages de san Pablo sobre los deberes de los criados: *servi, obedite dominis carnalibus cum timore et tremore, in simplicitate cordis vestri, sicut Christo, etc. (Ephes. 6.) servi obedite per omnia dominis carnalibus; ex animo operamini, sicut Domino et non hominibus; scientes quod à Domino accipietis retribu-*

tionem hereditatis. Domino Christo servite; qui enim injuriam facit, recipiet id quod iniquè gessit. (Colos. 3.)

Ofrece además oportuna ocasión este evangelio para hablar de otras materias, como de la fé en aquellas palabras *sicut credidisti fiat tibi*; de la humildad, *Domine non sum dignus*, de la caridad que nos hace sensibles á los males de nuestros hermanos, con especialidad de los pobres. Puede tratar igualmente de las penas del infierno, teniendo en cuenta el párroco la grande utilidad que resulta de anunciar de cuando en cuando á los pueblos las principales verdades de nuestra religion, y sobre todo las que comprenden los novísimos ó postrimerías del hombre; pero se debe cuidar de hacerlo con unción y eficacia, para que causen impresion en el auditorio. Para ello debe el párroco prepararse con la oración y la meditación, aplicándose así mismo las reflexiones que le sugieran estos medios, con lo cual conseguirá presentarlas al pueblo del modo mas sensible y á propósito para conmoverles.

Como la verdad del infierno es entre las verdades de nuestra fe la que mas resiste nuestro amor propio y sobre la cual se levantan mas frecuentes dudas, especialmente en el estado de culpa grave, será muy oportuno que antes de hablar de ella se prepare al auditorio por medio de una instruccion convincente, que tenga por objeto afirmarle en la fe ó en la necesidad de creer cuanto Dios nos ha revelado. Por ejemplo si en el día de hoy se propusiera el párroco hablar del infierno, podria en el domingo anterior haber compuesto un discurso acerca de la fe con motivo de aquellas palabras del evangelio: *crediderunt in eum discipuli ejus*, ó de estas otras: *non inveni tantam fidem etc.* Principiaria en tal caso estableciendo de una manera clara y terminante la necesidad de la fe, pero de una fe firme universal y práctica; mostraria en seguida que debemos hacer á Dios el sacrificio de nuestra razon y de nuestras escasas luces, homenaje que no podemos rehusarle sin revelarnos contra su infinita sabiduría y poder; pues desde que Dios habla, debe someterse el entendimiento humano sin vacilar, asintiendo á sus palabras como á verdades que no permiten la mas leve duda; que sin esta fe es imposible agradar á Dios como enseña el apostol,

como que la fe es la raiz y el principio de nuestra justificacion y por último que son tantas y tan evidentes las razones para persuadirnos de que Dios ha hablado, que seria el colmo de la imprudencia el ponerlo en duda.

Se presentarán los motivos de credibilidad que pueden estar mas al alcance de los oyentes, deduciendo de ellos que nuestra fe debe ser firme y constante. Continuará diciendo, que debe ademas estenderse á todas las verdades de nuestra religion, porque dejar de creer una sola, seria no creer ninguna, puesto que la misma razon ecsiste para unas que para otras, como apoyadas todas en una misma autoridad igualmente infalible. El mismo Dios que nos asegura de la ecsistencia de la gloria, para la cual ha criado al hombre, nos dice al mismo tiempo que castigará eternamente en el infierno al que muera en pecado mortal; el mismo que nos manda creer el misterio de la encarnacion nos enseña que, para entrar en el reino de los cielos es preciso hacerse violencia, amar al prójimo, perdonar á nuestros enemigos etc. Mostrará finalmente que la fe debe ser eficaz, sin cuyo requisito solo servirá para nuestra condenacion, porque seria una fe muerta y reprobada por Dios. Dirijiéndose aqui á los oyentes les preguntará, habeis creido vosotros firmemente, sin dejaros llevar de dudas voluntarias y criminales? Vuestra fe ha sido universal, de suerte que hayais creido sin distincion todas las verdades reveladas tanto las especulativas, como las prácticas? Ha sido como debiera tan eficaz que hayais conformado á ella vuestra conducta y vuestras acciones? El verdadero fiel, dice un santo doctor, es el que practica aquello mismo que hace profesion de creer. *Ille verè credit, qui exercet operando quod credit.* Segun esto, cuán pocos verdaderos fieles! Se concluirá exhortando á que hagan repetidos actos de fe, principalmente sobre ciertas verdades fundamentales, como la presencia real de Jesucristo en la eucaristía, la de Dios en todo lugar, las penas del infierno etc., insistiendo en los motivos que deben inducirles á creer estos artículos de nuestra religion.

En el segundo punto puede limitarse el párroco á manifestar las ventajas de la fe, poniendo á la vista de sus oyentes estas tres mas principales, á saber, la de que ilumina nuestro entendimiento, el

cual estaba en tinieblas, abrasa tambien nuestros corazones en el amor de Dios, y nos fortifica y consuela en nuestro estado de peregrinacion por este valle de lágrimas. Caminemos pues, concluirá, á la luz de esta antorcha, dejémonos abrasar de sus ardores, sirvámonos de esta fe para vencer las tentaciones, para sobrellevar con buen ánimo las aflicciones y penalidades de la vida, poniendo nuestra vista en aquel peso de gloria que está reservado etc.

Cuando se haya de hablar del infierno con motivo del evangelio de este dia, se tomarán por testo estas palabras del Salvador: *filii regni ejicientur in tenebras exteriores*. Qué cosa mas terrible y espantosa, H. M., que este oráculo de Jesucristo? En él nos asegura que los hijos del reino, es decir, los que estaban destinados á poseer eternamente el reino de los cielos serán escludidos de él y arrojados por sus culpas á las llamas del infierno. Estos hijos del reino son los judios que no han querido créer en Jesucristo, ni reconocerle como al Mesías prometido; pero tambien hay entre los cristianos no pocos que, destinados como aquellos al reino de Dios, se han hecho indignos de poseerle por su vida criminal. Cuánto no debemos temer, H. M., ser de ese número, del número de los escludidos de este reino? El medio mas eficaz para preservarnos de semejante desgracia es el de que nos penetremos bien de los grandes castigos que Dios tiene preparados en el infierno para los malos; este es el asunto importante de que me propongo hablar en el dia de hoy, asunto que tiene por objeto una verdad terrible, verdad la mas espantosa de nuestra religion, pero tambien puede decirse que es la mas saludable para cuantos la mediten con seriedad y detencion. Si sois pecadores, no teneis mas que meditar con cuidado sobre lo que os enseña la fe acerca del infierno y de seguro os convertireis á Dios y detestareis vuestras culpas. Si sois justos, conseguireis por este medio conservaros en gracia y evitar la condenacion eterna. En dos palabras, ninguna verdad mas á propósito para convertir al pecador, primer punto; ninguna tampoco mas eficaz para conservar al justo en la gracia, segundo punto.

PRIMER PUNTO.

Hay en el otro mundo un lugar destinado por la divina justicia para castigar eternamente á los pecadores que mueren en pecado mortal: este lugar se llama infierno y su ecsistencia es una verdad de fe que ningun cristiano puede poner en duda. Creeis en ella vosotros cristianos, vosotros los que estais adormecidos en el pecado y llevais una vida criminal? (aquí el detalle de los diferentes pecadores, como de los voluptuosos, vengativos, avaros). Si no creeis en ella, ya estais condenados, porque en el mismo hecho renunciáis á vuestra religion, arrancando de ella un dogma fundamental, sin el cual no seria creible ni divina, un dogma sin el que vuestro Dios seria un Dios sin providencia, sin justicia, sin santidad etc. Pero vosotros ya sé, H. M., que no abrigais tales sentimientos: vosotros haceis profesion de creer este artículo de fe, lo mismo que cuantos nos enseña nuestra santa religion; vosotros sabeis y creeis que el mismo Dios que ha determinado premiar eternamente á los justos, castigará igualmente para siempre á los malos, como que uno y otro están del mismo modo revelados. Pero si creis firmemente que hay un infierno preparado para los pecadores, podreis rehusar arrepentiros, podreis dilatar un momento vuestra conversion sin una insigne locura y la más peligrosa temeridad? Entrad en cuenta sino con vosotros mismos, reflexionad sobre lo que os enseña la fe acerca del infierno, descendad con el espíritu á este lugar de tormento: *descendant in infernum viventes* (Ps. 54.) contempladle bien con todas sus penas y terribles suplicios, considerad si podriais soportarles siquiera por un instante y sino seria el colmo de la imprudencia esponeros á sufrirles por una eternidad. Para formar una idea aunque imperfecta del infierno, representáos esos lóbregos calabozos de la justicia humana donde los criminales son encerrados en estrecha mansion sin luz, sin auxilio, sin consuelo, en medio de la hediondez, de la miseria, atados con fuertes y pesadas cadenas, y decid despues dentro de vosotros mismos: si la justicia humana recluye en estos calabozos á los delinquentes que han cometido algunas faltas

llevados acaso de la cólera ó de alguna otra pasion violenta cuál será el calabozo que un Dios todo poderoso é infinitamente justo habrá abondado en el centro de la tierra, para castigar á hombres rebeldes, á criaturas infames que se atreven á revelarse contra él etc.

Despues que se haya descrito el lugar del infierno con sus circunstancias de tinieblas, fetidez y compañeros de tormento, se pasará á ecsaminar las penas: *ibi erit fletus et stridor dentium*. *Fletus*, es decir, la pena de daño, el amargo pesar que producirá en el alma la pérdida de Dios, del bien infinito, cuya hermosura se conocerá entonces con el desconsuelo de haberle perdido para siempre por su culpa: *stridor dentium*, es decir, la pena de sentido, el rechinar de los dientes causado por el dolor acerbo que se dejará sentir en el cuerpo y en el alma. Traed aqui á la memoria, H. M., el sentimiento que se ha apoderado de vosotros á la vista de ciertas pérdidas, como la de los bienes, del honor, de las personas mas queridas, sin esperanza de recobrar jamás estos objetos que mirábais con el mayor interés y afanoso desvelo; representaos todos los dolores mas agudos que puedan padecerse en esta vida; (se hará el detalle) qué viene á ser todo esto, H. M., en comparacion de los tormentos del infierno? (Se cuidará de hacer sensibles estas penas). Para representar la pena de sentido recordará el párroco el incendio de las ciudades nefandas de Pentápolis con los gritos espantosos que darian las víctimas de aquel fuego abrasador, y luego manifestará lo que dice Jesucristo de los réprobos: *tolerabilius erit terra sodomorum*. (*Math.* 10). Tambien se podrá presentar á la vista del auditorio el ejemplo de un alma que desde el infierno se lamenta con el rico culpable del evangelio: *crucior in hac flamma*. Y por cuánto tiempo? *Crucior*; es decir, ahora y para siempre, *crucior*. Dentro de mil años y cada vez que preguntárais á esa alma, responderia siempre *crucior*. Yo sufro tormentos horribles, tormentos de toda especie, *crucior*; sufro sin consuelo, sin alivio, sin esperanza; sufro por mis culpas, por mis delirios, por mi insensatez ect., *crucior*.

Ahora bien, es de fé, pecadores, que vosotros mereceis el mis-

mo castigo con mas justo título acaso que muchos de los réprobos, que hay en el infierno; es de fe que si os muriérais ahora, hablariais en el infierno ese mismo lenguaje del rico, y que si moris sin convertirlos le usareis infaliblemente por toda una eternidad. Y que-reis esponer vuestra alma á tan terrible calamidad? Qué! pódriais habitar un momento en medio de aquel fuego devorador, en medio de aquel fuego que no se estingue jamás? *Quis ex vobis? etc.* Os figurais por ventura que tendrá el Señor mas miramientos con vosotros que con Cain, los habitantes de Sodoma, Nabuchodonosor y los ángeles que se revelaron contra él? *Angelis peccantibus non pepercit, sed rudentibus inferni detractos, in tartarum tradidit cruciandos.* (2. Pet. 4). Podreis tener seguridad de que os esperará todavia un mes, una semana, un dia? Pero quién os ha dado esa seguridad? Ah! os hallais al borde del infierno y no hay mas que un paso entre él y vosotros. Dad gracias á la infinita misericordia de Dios de que no os haya precipitado todavia en tan horrible abismo y decidle con el profeta: *nisi quia Dominus adjuvit me, paulò minus habitasset in inferno anima mea.* (Ps. 93). No abuseis ya por mas tiempo, H. M., de la misericordia divina que os ha estado esperando hasta aquí. Acaso este sea el último aviso que os envia. Dónde estaria vuestra prudencia, si retardárais mas tiempo vuestra conversion? En tal caso, me atrevo á decirlo, si esta verdad tan terrible no os comueve, y no os hace mudar de vida, morireis en vuestro pecado. No, Dios mio, no será así, porque la consideracion del infierno apagará mis pasiones, y vos me auxiliareis para vencerlas y para trabajar cuanto antes en el interesante negocio de mi conversion.

Pero este pensamiento no solo es provechoso y saludable para los pecadores, si no que tambien lo es para los justos.

SEGUNDO PUNTO.

Si, almas justas que me escuchais, la consideracion atenta del infierno os es de la mayor utilidad. No debeis ignorar que espuestas á continuas tentaciones podeis venir á perder el beneficio inestimable de la gracia, alojando insensiblemente en el ejercicio de la

virtud y desanimándoos en presencia de las muchas dificultades de una vida cristiana. Ahora bien, qué cosa mas eficaz para haceros resistir á las tentaciones, para preservaros hasta de los mas leves pecados y sostener vuestro espíritu en medio de los trabajos y tribulaciones de una vida santa, que la frecuente consideracion de las penas y horribles tormentos del infierno? Aunque este motivo no es en verdad el mas perfecto que yo pudiera proponeros, habiendo otro mas escelente y meritorio, que nunca sabriamos encarecer bastante, como el de huir del pecado por temor filial, por amor á un Dios infinitamente bueno y perfecto; tenemos necesidad sin embargo atendida nuestra condicion de ser estimulados por el temor del castigo á obrar nuestro propio bien y evitar nuestra desgracia. Asi es que el mismo Salvador proponia este motivo á sus discípulos para animarles en los peligros que habian de correr en adelante: *timete eum*, etc. (Luc. 12. 5). Por eso vemos que los mas grandes santos tenian siempre presentes en su espíritu los suplicios del infierno, como san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gerónimo, san Hilarión etc. Nosotros que no somos tan perfectos como estos santos debemos con mayor razon meditar á menudo sobre una verdad la mas á propósito para conservarnos en la gracia. Si pues nos sintiéremos tentados contra la castidad, contra la virtud santa de la pureza, contra la templanza etc., traigamos á la memoria aquel fuego devorador, encendido por la justicia divina para castigar á los que sucumben en estas tentaciones. (Se proseguirá con el detalle). De esa suerte no diremos nunca, este es un pecado leve, una falta de poco momento, porque se presentará en nuestro espíritu la idea terrible, de que la reprobacion de casi todos los condenados ha tenido su origen en el poco caso que hicieron al principio de evitar esas culpas leves, esas faltas de pequeña consideracion. En fin, como tengamos siempre á la vista y nos penetremos bien del rigor de los tormentos eternos, nos parecerán muy llevaderas las penalidades anejas á la práctica de la virtud y nunca desmayaremos ante los obstáculos que podamos encontrar en camino estrecho que conduce á la vida. A la inclita virgen santa Teresa se dignó Dios mostrar el lugar que la estaba preparado en el infierno si no hu-

biera evitado ciertas faltas leves, á que en algun tiempo estuvo sujeta, y fue tal la impresion que hizo en su ánimo la vista de tan espantosa mansion, que en adelante miraba ya como suaves y nada difíciles los sacrificios de la mortificacion y las obras de la mas austera penitencia.

Aquí recomendará el párroco por fruto de esta instruccion la interesante práctica de recordar de tiempo en tiempo la verdad de las penas del infierno, especialmente en aquellas circunstancias en que haya peligro de caer en alguna tentacion, en que se trate, y. g., de abstenerse de ciertos placeres, de sufrir algunas incomodidades, etc. diciéndose así mismos en tales casos: habré de querer mas habitar perennemente en las oscuras cavernas del infierno, que no entrar en tal ó cual casa, que no alejarme de tales y tales compañías? Preferiré carecer para siempre de la vista de mi Dios, privarme por toda una eternidad de las infalibles delicias del cielo, á gozar de estos ó aquellos placeres? Por no sufrir el pequeño trabajo que lleva consigo la práctica de la virtud, habré de esponerme á padecer eternamente las llamas abrasadoras del infierno en medio de aquella calera ardiente, encendida por el soplo de la justicia divina?

Rogará encarecidamente el párroco á sus oyentes que no dejen pasar el día sin hacerse la aplicacion de esta gran verdad que ha convertido á tantos pecadores y alentado á tantos justos, verdad que todavia conforta á tantas almas piadosas, como de todas condiciones y estados encierra en su vasto seno la iglesia. Tendremos por ventura, H. M., se dirá, menos interés que estos nuestros hermanos en evitar una desgracia tan terrible? Ah! si no cuidamos de sacar provecho de esta instruccion, ella será para nosotros sempiternamente un manantial perenne de remordimientos que contribuirán á redoblar nuestras penas. Hagamos pues que nos sea saludable, H. M. San Juan Crisóstomo asegura que no caerá en el infierno el que continuamente le tenga en la memoria, así como por el contrario serán presa de sus llamas devoradoras los que en esta vida rehusan ocuparse de este pensamiento el mas eficaz para evitarlas. Quiera el cielo que á ninguno de cuantos aquí estamos, le acontezca semejante desdicha; que nos veamos mas bien reunidos

todos en la Jerusalem celestial, disfrutando de las dulzuras de la gloria.

La epístola de este domingo está tomada como las dos anteriores del cap. 12 de la del apostol á los Romanos. Continúa en ella san Pablo exhortándonos á la caridad, especialmente para con nuestros enemigos; nos prohíbe volver á nadie mal por mal, antes bien nos recomienda que vivamos en paz con todos en cuanto nos sea posible, que aliviemos en sus necesidades á nuestros enemigos, aun cuando ellos persistan todavía en su mala voluntad y que dejemos á Dios el cuidado de ejercer la justicia y de vengarnos de las injurias que hayamos recibido.

Se puede pues hablar con motivo de esta epístola de la conducta que deben observar los cristianos para con sus enemigos, reduciendo el asunto á dos partes: 1.^a no volverles mal por mal, porque, *mihi vindicta etc.*: 2.^a hacerles bien, *si esurierit inimicus tuus, eiba illum etc.* Pero cuán opuestas, dirá, son las máximas del mundo á las que aquí establece san Pablo! Procurará refutarlas, exhortando en seguida á los oyentes á que renuncien á ellas antes de salir de la iglesia, á que arranquen de su corazon todo resentimiento, estando siempre dispuestos á ejercitar la caridad en caso necesario, aun para con aquellos que nos hayan causado algun daño, y concluirá con el ejemplo de Jesucristo que se inmoló y se inmola todos los días por sus enemigos.

La obligacion de dar buen ejemplo á nuestros prójimos puede servir de materia para otra plática, tomando por testo aquellas palabras de la epístola: *providentes bona, non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus*. Este asunto es de grande importancia, como que versa sobre uno de los deberes mas esenciales de la caridad fraterna. Se hará ver la necesidad del buen ejemplo por la sagrada escritura: *sin luceat lux vestra etc.*, por estas palabras que se nos dijeron al tiempo de recibir el bautismo: *accipe lampadem ardentem*, y últimamente por el buen fruto que produce en beneficio de nuestros hermanos; se añadirá que esta obligacion es mas especial é indispensable en los superiores que no deben contentarse con obrar el bien en particular y á solas, sino de manera que presencien los

inferiores la regularidad de su conducta: *non tantum coram Deo.*

En seguida dirá, lo haceis así vosotros, H. M., os edificais mutuamente, cumpliendo con este deber de la caridad? Procurais escitar á vuestros hermanos con el ejemplo á los actos de piedad, de religion y á la práctica de la virtud? No contribuis por el contrario con vuestra conducta á entibiar su fervor, su devocion, á separarles del sendero de la virtud? etc. Y es eso amar al prójimo, es eso imitar á Jesucristo que durante su vida se ocupó muy principalmente en darnos ejemplo: *exemplum dedi vobis*, y en mostrarnos en todos sus pasos el camino del cielo? No, H. M., ninguno puede ser verdadero cristiano, ninguno puede decirse que ama á su prójimo, si no cumple con este precepto de la caridad, y no le estimula con una vida ejemplar y edificante á la práctica del bien, ayudándole á marchar por el sendero de la bienaventuranza.

En el segundo punto se enumerarán las principales virtudes de que debemos dar ejemplo á nuestros hermanos, recomendando sobre todo la edificacion en el lugar santo y la asistencia á los divinos oficios; se exhortará á que pidan perdon á Dios del mal ejemplo que les han dado y á formar un propósito firme de edificarse mutuamente en adelante, á imitacion de los primeros cristianos que perseveraban unidos en la oracion, en la fraccion del pan y en la doctrina de los apóstoles. Véase con este motivo lo que se dice en los hechos apostólicos sobre la vida de los primeros cristianos, que es el mejor modelo que puede proponerse en este dia á los fieles.

Por poco que se medite sobre la moral que contiene este capítulo 12 de la epístola de san Pablo á los Romanos, se conocerá claramente la grande utilidad que de su esplicación han de reportar los pueblos. El apostol nos pone en ella á la vista todos los deberes de un cristiano para con Dios, para con el prójimo por el buen uso de los talentos particulares y el ejercicio de la caridad, y para con nosotros mismos escitándonos á no pensar presuntuosamente, ni á querer sobresalir entre los demas, ambicionando honores etc., sino á que procuremos conservarnos en la mayor humildad: *non alta sapientes, sed humilibus consentientes; nolite esse prudentes apud vosmetipsos.* Pues el que evita la presuncion, desconfía de sí mismo; el que es

verdadero humilde es tambien sabio y prudente, porque nada omite de cuanto se debe así mismo. Este capítulo puede decirse que es un compendio de la moral cristiana y por lo tanto no debe un párroco defraudar su esplicacion á los fieles, pudiendo muy bien reunir las tres epístolas en una sola plática, para hablar de las obligaciones generales que tiene todo cristiano.

Si quisiera concretarse hoy á tratar de los deberes que segun el apostol tiene cada uno para consigo mismo, haria ver lo perjudiciales que son á la salud del alma la presuncion y la ecsajerada opinion de sí propio, así como por el contrario que la verdadera humildad es el fundamento de la virtud y aun su perfeccion y complemento. Si se practicára esta lección del apostol, veriamos reinar la union mas estrecha entre todos los cristianos, que entonces solo formarian un cuerpo, cuyos miembros ejerciendo fielmente sus funciones contribuirian á su belleza, á su tranquilidad y perfeccion.

Dominica cuarta despues de la Epifanía.

El evangelio de este domingo está tomado del mismo capítulo de san Mateo que el de la dominica anterior. En él vemos un nuevo milagro que el Salvador se dignó obrar en favor de sus discípulos. Un dia en que Jesus se veia cercado de una gran multitud de pueblo que le seguia, mandó á sus discípulos que pasáran al otro lado del lago de Tiberiades. Jesus entró con ellos en una barca y á poco tiempo se levantó una tempestad tan recia en el mar, que las olas cubrian la barca inundándola de agua, pero Jesus estaba durmiendo en la popa. Y acercándose á él sus discípulos, le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Se concluirá la historia.

El presente evangelio ofrece vasto campo para diferentes asuntos todos del mayor interés, si se cuida de tratarles con el debido esmero y con la uncion que debe acompañar siempre á las palabras de

un párroco que habla á sus ovejas. Puede proponerse por objeto el manifestar los peligros que ofrece el mundo para conseguir la salvacion eterna, y los medios de que deben echar mano para rehuirles y no perecer entre las olas de este mar tempestuoso. Tambien es materia muy acomodada al evangelio el hablar de la manera con que hemos de servirnos de las aflicciones y penalidades de esta vida en provecho de nuestras almas. Igualmente puede tratarse con mucha oportunidad de la confianza en la divina providencia. Como los párrocos hicieran conocer bien á sus feligreses los muchos y continuos peligros que presenta el mundo tocante á la salud de sus almas, no hay duda que pondrian mayor cuidado y vigilancia en precaverse de ellos. Del mismo modo, si les enseñaran á sacar provecho de los males de esta vida y á poner su confianza en Dios, no cometerian los pecados á que suele conducirles su estado de afliccion y sufrimiento, porque le sobrellevarian con resignacion cristiana y conseguirian de ese modo no solo santificarse mas y mas, sino disfrutar tambien aun en esta vida una dichosa tranquilidad y una paz inalterable. Por eso los párrocos deben fijarse principalmente en estos tres puntos, que abrazan toda la moral de este evangelio y forman su mejor esposicion, atendido su contesto. A luego pues que se haya referido la historia, continuará el párroco de esta suerte:

Hé aqui, H. M., el evangelio que hoy propone la iglesia á nuestra consideracion, evangelio que nos ofrece útiles enseñanzas en la conducta que observó el Salvador en esta ocasion y en la que observaron tambien sus discípulos. Por qué os parece permitió el Señor que se levantára tan recia tempestad, hallándose él mismo en el mar acompañado de sus discípulos y que estos se vieran en tan inminente peligro? No con otro objeto que con el de instruirnos á nosotros sobre los peligros que corre en el mundo nuestra salud espiritual, y el de enseñarnos al propio tiempo el modo con que debemos conducirnos en medio de esos peligros. La barca en que estaba Jesus con sus discípulos es una figura de la iglesia, que encierra en su seno á todos los cristianos que reconocen á Jesucristo por su cabeza invisible; el mar agitado significa el mundo en que vivimos; esas olas y esa tempestad son una imagen de las diferentes tentaciones con que

hemós de ser combatidos de parte de los enemigos de nuestras almas: en fin la súplica que los apóstoles dirigieron al Salvador nos muestra a manera con que debemos conducirnos nosotros en los peligros que nos ocurran así como la bondad con que el Señor socorrió á sus angustiados discípulos nos representa la confianza que debemos tener siempre en que nos dispensará sus auxilios, como de veras les solicitemos. El evangelio pues de este día, habreis podido colegir, H. M., de esta esposicion, que nos presenta á la vez un motivo poderoso para hacernos temer y otro no menos eficaz para llenarnos de una gran confianza en la bondad de nuestro Dios. Debemos temer sobremanera en el negocio de nuestra salvacion á causa de los muchos y grandes peligros que nos rodean, será la materia del primer punto. Debemos esperararlo todo del Señor, como acudamos á él con sinceridad y con la fe de unos verdaderos discípulos, será la materia del segundo. Los peligros á que está espuesta nuestra salvacion y lo que debemos practicar para no parecer en ellos; hé aqui el importante asunto que ofreceré á vuestra consideracion en este día.

En el primer punto, despues de manifestar á los oyentes lo mucho que debemos á Dios por habernos concedido nacer en el seno de la verdadera iglesia, fuera de la cual nadie puede salvarse; añadirá que á pesar de esto es muy difícil alcanzar en ella nuestra salvacion atendidos los muchos y grandes peligros que por todas partes nos salen al encuentro. Dirá que los hay de tres clases, peligros comunes á todos los cristianos, peligros peculiares de ciertos estados y peligros personales. Peligros comunes y generales interiores y exteriores. Todo el mundo, añadirá, está lleno de lazos y tropezos: *mundus totus in maligno positus est.* (S. Joan. 5.) porque todo respira en el concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, todo contribuye á escitar el deseo de placeres, de honores y de riquezas: *omne quod est in mundo, concupiscencia carnis est, et concupiscencia oculorum et superbia vitæ.* (Ibid. 2.) Todo cuanto se vé y se oye en el mundo es frecuentemente un motivo de tentaciones, de peligros y de escándalo. El demonio nuestro implacable enemigo se vale de todos estos diferentes objetos

para hacernos caer en el pecado, y á manera de un leon rugiente nos rodea por todas partes, buscando á quien devorar, como dice san Pedro. Cuánto pues no debemos temer de su malicia? Recordad lo que hizo con nuestros primeros padres, con el santo Job, y con una infinidad de santos, particularmente los que vivian en el desierto, como san Pablo, san Antonio etc., y sobre todo con el santo de los santos nuestro Señor Jesucristo. Quién podrá decir los artificios de que echa mano para seducirnos y envolvernos en su ruina? El se transforma hasta en ángel de luz, y nos engaña á las veces bajo las apariencias y pretextos del bien. Pero por terribles que sean estos dos enemigos, hay otro todavía mas terrible, contra el cual debemos siempre estar alerta y en vela para no dejarnos sorprender: este enemigo somos nosotros mismos, son nuestras pasiones que se sublevan sin cesar contra nuestro espíritu, es nuestro corazón que semejante á un mar borrascoso, jamás está en calma y siente dentro de sí una multitud de movimientos contrarios á la ley del Señor. (Aquí la enumeracion ó el detalle de las diferentes pasiones ó vicios capitales). Se dirá á los oyentes que reflexionen sobre sí mismos y verán palpablemente por esperiencia propia la verdad de lo que se les acaba de manifestar.

Ademas de estos peligros comunes hay tambien otros particulares que cada uno encuentra en su estado; como los inferiores de parte de sus superiores y vice versa, los diferentes cargos y empleos que se tienen en el mundo, y por último los peligros personales nacidos del propio génio ó caracter, de los malos hábitos que se han contraido y de las pasiones á que desde los primeros años se han dejado arrastrar. Ah!, H. M., cuántos motivos de temor! Por todas partes nos vemos rodeados de escollos y de peligros; peligros innumerables, peligros continuos, en cada día, á cada hora del día y aun de la noche; peligros en todas las edades, para toda clase de personas, hasta para aquellas que se conservan en la gracia de Dios: *Qui se existimat stare, videat ne cadat*, dice el apostol. *Numquam securitas*, añade san Bernardo. Quién podrá tenerla al considerar que el ángel cayó en el cielo, Adán en el paraíso, Judas en la compañía misma del Salvador; quién podrá repito, H. M., creer-

se seguro, sin temblar por su salvacion á la vista de estos ejemplares y de los muchos peligros que por todas partes nos circundan! Asi es que veamos todos los dias repetirse delante de nosotros las mas lamentables caidas, que veamos á tantos gemir bajo la dura esclavitud del demonio, correr frenéticos tras los fantasmas del mundo y ser el juguete de sus desenfrenadas pasiones.

Dirigiéndose á los oyentes, dirá: No sentis vosotros, H. M., los estímulos de esas pasiones, no palpais esos grandes peligros y los muchos obstáculos que se oponen por do quiera á la salud de vuestras almas? Y qué? no temblareis, no os arredrarán tan formidables enemigos, como los que en el comercio del mundo os salen al encuentro á cada paso, en cada hora y en cada momento? Tendriais por ventura tranquilidad, si corrieran riesgo vuestra fortuna, vuestra salud, vuestra vida? No hariais todos los esfuerzos por evitar semejante contingencia, por no comprometer unos bienes que nada son sin embargo en comparacion de los del alma?

Se concluirá este primer punto, exhortando á todos á trabajar en el interesante negocio de la salvacion con temor y temblor, sin distincion de edades ni condiciones, á los jóvenes como á los ancianos, á los ricos, pobres, superiores, súbditos, pecadores y justos; á los pecadores para que cuanto antes hagan por salir de entre los peligros en que voluntariamente se han entrometido y á los justos para que vivan alerta y se precavan de los que pudieran sobrevénirles. Pero este temor, añadirá, no debe ser escesivo, de suerte que amilane el espíritu y le conduzca á la desesperacion, antes bien es menester que vaya acompañado de una gran confianza en Dios, que nunca abandona al hombre si pone aquellos medios que están de su parte para no sucumbir en las tentaciones. La designacion de estos medios formará la materia del segundo punto.

Muchos y sumamente graves son los peligros que continuamente se ofrecen en este mundo á la salvacion del hombre, pero tambien son muy eficaces y multiplicados los medios que el Señor le depara para precaverse de ellos, ó sostenerse firme en su presencia. El evangelio nos presenta una imagen bien sensible en la conducta de los discípulos, cuando se vieron á pique de ser sumergidos entre las

olas del mar á la violencia de la tempestad. En tan grande apuro acuden á Jesus, le despiertan y llenos de confianza imploran su auxilio y su proteccion. Jesucristo manda á los vientos y á la tempestad, y la tempestad se calma, dejándoles pasar felizmente al otro lado del lago de Genesaret. Sigamos nosotros, H. M., este mismo ejemplo, nosotros que todos los dias nos vemos en los mayores peligros, apoyémonos todos los dias en nuestra fe en Jesucristo; no la dejemos adormecer y vivamos siempre alerta para no ser sorprendidos; desde por la mañana debemos pensar en los peligros que podrán sobrevenirnos durante el dia y tomar desde entonces las precauciones convenientes para evitar unos y no sucumbir en otros; fortalezcamos nuestro espíritu con meditaciones piadosas y principalmente con la oracion, pidiendo á Jesus que no nos niegue su amparo en nuestras necesidades y que no nos abandone en la tribulacion.

A pesar de estas precauciones no dejarán de levantarse de cuando en cuando algunas tempestades durante nuestra embarcacion en este mar borrascoso del mundo; nos veremos acaso combatidos de tan violentas tentaciones que se nos figurará como imposible el resistir á ellas, y en verdad que no podríamos por nosotros mismos; pero entonces es cuando debemos redoblar nuestros clamores á Jesus, pidiéndole que nos salve de tan terrible conflicto. Al principio nos parecerá que se halla dormido, pero no temamos que lo esté verdaderamente, porque desde lo alto de los cielos contempla nuestra situacion angustiosa, desde alli vé los peligros que nos amenazan, los embarazos que nos rodean y esto con tanta evidencia, como la que tenia del grande apuro de sus discípulos cuando se hallaban á punto de perecer en la tempestad. Sentado á la diestra de su Padre celestial está observando nuestros combates y nuestro conflicto; no vacilemos pues en dirigirnos á él, implorando su auxilio; pero hagámoslo con entera confianza, con una confianza mas firme que la de los apóstoles, y con tal que no nos hayamos espuesto temerariamente á los peligros, debemos estar seguros de su proteccion contra los enemigos de nuestra salud espiritual. Procuremos corresponder fielmente á los auxilios que entonces nos envíe y no dudemos que Jesus mandará á nuestras pasiones que se apacigüen, y

calmarán al instante; nos protegerá eficazmente contra los atractivos del mundo, nos defenderá de los esfuerzos del infierno y gozaremos la dicha de emplear toda nuestra vida en su servicio y en la más esmerada aplicacion á cuanto fuere de su agrado.

Hé aquí, H. M., la conducta que debe guardar un verdadero cristiano por todo el tiempo de su peregrinacion en la tierra; hé aquí los medios que debe poner en ejecucion para mantenerse firme entre tantos tropiezos y escollos. Y lo habeis hecho así, H. M.? Habeis acudido á la oracion en las tentaciones que os han asaltado y asaltan todos los dias? Os habeis alejado de aquellas ocasiones en que peligraba la salud eterna de vuestra alma? O mas bien en vez de disminuir su número con la huida y amor al retiro, no las habeis multiplicado vosotros mismos, buscándolas de intento y con designio premeditado del riesgo en que ibais á poner vuestra salud espiritual? Habeis tomado todas las medidas necesarias para salir victoriosos de aquellas tentaciones que van anejas á vuestro estado y condicion, como la vigilancia continua, las meditaciones piadosas, la oracion ferviente, etc. Habeis pedido con humildad y confianza y perseverado en la oracion, sin desanimaros nunca por los obstáculos y resistencias que hayais encontrado? Ah! H. M., mirad que este es un asunto el mas importante de todos, como que de él depende nada menos que nuestra suerte eterna, y en que es preciso por lo mismo ó combatir con todas nuestras fuerzas ó perecer para siempre. Temámoslo todo de nosotros mismos, pero pongamos toda nuestra confianza en Jesucristo; que no nos abandonará en los momentos de peligro, si le imploramos de veras y hacemos buen uso de los auxilios que nos dispensará su bondad; (cítense aquí algunos ejemplos de la sagrada escritura en confirmacion de lo que se acaba de manifestar, como el de la casta Susana, el de José, ú otros que parezcan mas acomodados á condicion del auditorio.) Estos santos, dirá, salieron felizmente de entre los peligros en que se veian envueltos, porque se valieron de estos ó los otros medios para mantenerse firmes en el temor del Señor; por qué pues no les habreis de imitar vosotros, H. M., que tantas veces, etc. Se podrá concluir con algunos de los hermosos pasages de san Pablo en su epístola á los Hebreos: *nolite amittere itaque confidentiam vestram quæ*

magnum habet remunerationem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, non tardabit (Hebr. 10.)

Cuando se quiera tratar del buen uso de las aflicciones, se principiará de esta manera: Ved aquí, H. M., un nuevo milagro del Salvador que la iglesia ofrece á nuestra consideracion en el dia de hoy, para confirmarnos mas y mas en la fe de la divinidad de Jesucristo, quien por este medio no dió á conocer que es el señor de todos los elementos y que obra los prodigios que le placen, lo mismo en la tierra que en el mar. Hace quince dias que le vimos convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná; en el domingo anterior hemos recordado las curaciones milagrosas que hizo al bajar del monte, donde habia predicado á una gran muchedumbre del pueblo aquel gran sermón, que era como un compendio de su doctrina; hoy le vamos á contemplar mandando á los vientos y al mar, que obedecen al imperio de su voz de una manera admirable. Puede darse un prodigio mas á propósito, H. M., para afirmarnos mas y mas en la creencia de la divinidad de Jesucristo que el que en este dia nos refiere el evangelio? No deberemos en su vista esclamar llenos de asombro, como aquellos que fueron testigos de tan estupendo milagro: *qualis est hic, quia ventus et mare obediunt ei?* Verdaderamente este es el Dios del cielo y de la tierra, cuando así le obedecen los vientos y el mar. Mas yo os creo, H. M., bien persuadidos de la divinidad de Jesucristo y que por defenderla derramarais vuestra sangre si fuera preciso; omitiendo por lo mismo este asunto, presentaré á vuestra consideracion otro tambien muy importante y de la mayor utilidad para vuestras almas. Porque lo es sin duda el conocer las razones que tuvo el Salvador para permitir que sus discípulos se vieran espuestos á los peligros de una furiosa tormenta y para echarles luego en cara la poca fe y el escésivo temor que demostraron en esta circunstancia. Qué os parece significa esa situacion angustiosa de los discípulos, navegando en una barca azotada de los vientos y combatida por las olas de un mar proceloso con inminente riesgo de ser sumerjidos en el fondo á la violencia de la borrasca? Nos representa cabalmente el estado de los justos, mientras viven en el mundo, el cual puede compararse muy bien con un

mar ajitado, donde continuamente corren grandes peligros y están espuestos á perecer. Cuántos no les ofrece diariamente el mundo, en todo tiempo, lugar y estado en que se encuentren! Entremos pues, aunque con el mas profundo respeto y humildad en los designios de la divina providencia y procuremos examinar, por qué permite que los justos lo mismo que los pecadores sean afligidos con las mas fuertes tentaciones y agoviados con toda suerte de miserias y calamidades. Como ya os he hablado en otra ocasion de los peligros de la salud y de los medios necesarios para no perecer en ellos, hoy me reduciré á instruiros sobre el modo, con que debeis hacer uso de las aflicciones y penalidades que Dios se sirva enviaros. Por que quiere Dios que seamos afligidos en este mundo, será la materia del primer punto. Qué debeis hacer para sacar provecho de vuestras aflicciones, la materia del segundo. Procurad prestar la mayor atencion á cuanto os voy á decir, que es sobremanera interesante á toda clase de personas en sus diferentes estados, edades, circunstancias, para todos tiempos y para todos los instantes de la vida.

PRIMER PUNTO.

Se principiará sentando el principio incontestable, apoyado en la fe y en la razon, de que hay una providencia divina que todo lo dispone con sabiduría y que todo lo ordena en bien de sus escogidos; de consiguiente debemos creer que cuantos males sufrimos en el mundo son un efecto de esta misma providencia que tiene á la mira nuestra salud espiritual.

En seguida hará observar que no hay uno que no esté sujeto á las diferentes aflicciones que se padecen en el mundo, de las cuales muchas son inevitables (se enumerarán las mas comunes) y nos vienen ó de fuera, ó de nosotros mismos, acompañándonos en todo tiempo y en todo lugar.

Sentados estos dos principios se vendrá á esponer las razones que tiene Dios para afligirnos de tantas maneras, empezando por los justos. A vosotros, dirá, me dirijo hoy principalmente en cumplimiento de uno de mis principales deberes, que es consolaros en vues-

tras penas y alentaros en vuestros trabajos, como lo hacia san Pablo: *deus consolatur nos, ut possimus et ipsi consolari eos qui in pressura sunt.* (2. Cor. 1.) Vosotras, almas justas, sois probadas en el crisol de la tribulacion, sufriendo las contradicciones, los temores y toda suerte de penalidades: *foris pugnae, intus timores.* (2. Cor. 7.) vosotras teneis que combatir contra vuestras pasiones y vivis ademas la mayor parte en un estado de humillacion, de pobreza y de miseria. Asi es que algunas veces habeis llegado á creer que os ha abandonado en cierto modo la divina providencia y acaso tambien se hayan suscitado en vuestro espíritu algunos pensamientos de desconfianza. Procurad pues examinar, H. M., en este dia y comprender bien el por qué os pone Dios en todas estas diferentes pruebas. El es un buen padre que os ama y que no os castiga sino por vuestro bien. Lo hace primero, para experimentar vuestra constancia y fidelidad; segundo, para purificaros de toda afeccion á las cosas de la tierra y haceros espíar al propio tiempo las faltas que habeis cometido; tercero, para que os unais mas estrechamente á él; cuarto, para daros motivo de acrecentar vuestros méritos; y quinto, para asegurar vuestra predestinacion á la vida eterna. Se cuidará de dar la conveniente estension á cada una de estas razones, apoyándolas con algunos pasages históricos de la escritura, como este de Tobias: *quia acceptus eras Domino, necesse fuit ut tentatio probaret te;* (Tob. 12.) con el ejemplo de Job, el de Judit, cuando habló á los sacerdotes de Betulia y últimamente con lo que acredita la experiencia. Cuántos justos, dirá, que son deudores de su conversion y santidad á ciertas enfermedades ó padecimientos que les han hecho abrir los ojos sobre la vanidad de los placeres y bienes de este mundo! En fin se manifestará tambien el peligro que hay de perder el alma en medio de la prosperidad, de la abundancia y de los placeres.

En seguida se dirigirá el párroco á los oyentes, preguntándoles qué juicio han formado hasta aqui de las aflicciones y desgracias con que Dios les ha probado. Jesucristo llama bienaventurados á los que lloran y se ven perseguidos; lo habeis creído asi vosotros, H. M.? No os habeis tenido mas bien por muy desgraciados, cuando os ha sobrevenido algun infortunio, alguna calamidad, llegando hasta

el extremo de prorumpir en quejas y en murmuraciones contra la divina providencia? Se podrá servir aqui oportunamente del salmo 36, *Noli amulari in malignantibus*, y del 72, *Zelavi super iniquos, pacem peccatorum videns*. Debeis pues persuadiros, almas justas, que es un efecto de la misericordia de Dios para con vosotras, el que hayais nacido en tal estado, que tengais una salud delicada, que padezcáis esa afliccion, tal trabajo, tentacion, etc.; no digais que Dios no puede ser el autor y que esos males os provienen de la malicia de los hombres, porque Dios, como enseña santo Tomas, es autor del mal de pena, él es quien envia las aflicciones y los trabajos, aunque á veces lo hace en castigo de nuestros pecados. (Se referirá la historia de David perseguido por su hijo Absalon y por Semei, exhortando á los oyentes á que imiten á este santo rey en sus sentimientos de resignacion y conformidad; sin olvidar tan poco el ejemplo de la Santísima vírgen que, siendo la mas pura y santa de todas las criaturas, fue sin embargo la mas afligida; y menos el de nuestro redentor Jesucristo, cuya vida fue una cadena continua de dolores y persecuciones.

Despues de haber hablado á los justos, se dirá tambien alguna cosa á los pecadores. Aunque algunos viven al parecer en medio de toda suerte de placeres y esentos de trabajos y aflicciones, Dios sabe sin embargo templar sus prosperidades con diferentes penas interiores y exteriores. Se hará ver por qué Dios se las envia, y que no es con otro objeto que el de disgustarles de sus placeres criminales, de aquellos bienes que les alhagan, de aquellas criaturas que les pierden y con el de obligarles por este medio á convertirse á Dios, de quien desgraciadamente viven separados: *Mala quæ nos premunt, ad Deum ire compellunt*, dicen los santos. Ah! pecadores, añadirá, este es el último recurso de la misericordia divina para con vosotros; será posible que le desecheis y pongais obstáculos á su llamamiento? Temblad, pecadores, si todo os sucede prósperamente y á medida de vuestros terrenos deseos, porque esa entonces es la señal mas evidente de la cólera de Dios contra vosotros. Por lo mismo en calidad de pastor, que desea con ansia la salud espiritual y la salvacion de vuestras almas, quisiera que os viérais rodeados de confusion y de ignominia y con

todo mi corazón hago á Dios la súplica del profeta: *Imple facies eorum ignominia, et quærent nomen tuum, Domine, (Psal. 82)*. Cuando el Señor queria convertir á los judios, á este pueblo de dura cerviz, le castigaba con mano fuerte y se volvía luego á él: *Cum occideret eos, quærebant eum, et revertebantur et diliculi veniebant ad eum. (Ps. 77.)* Desgraciados de aquellos que pasan la vida en diversiones, en alegrías y en placeres: *Væ vobis qui ridetis nunc. (Luc. 6.)* Pedid pues con todas veras á Dios que os affija y castigue en este mundo, para que no lo seais eternamente en el otro; ya os ha enviado algunas penalidades, algunos trabajos y todavia les repetirá en su misericordia; á vosotros toca el corresponder á sus designios, haciendo el uso que se debe de las aflicciones, para que os sean saludables; lo cual será la materia del

SEGUNDO PUNTO.

Si habeis de sacar provecho de las aflicciones, necesitais indispensablemente sufrirlas con cristiana resignacion, como que de hacerlo asi depende nada menos que vuestra salvacion. Por esta causa nunca podeis estar demasiado solícitos en aprovechar cuantas ocasiones Dios os presente de sufrir y padecer, interesándose tanto como se interesa vuestro bien espiritual. Pero en qué consiste el buen uso de las aflicciones y penalidades de esta vida? Consiste en aceptarlas con gusto, como de mano de Dios, en sufrirlas, como él quiere que lo hagais, por todo el tiempo que lo quiere, y en una palabra, como el mismo Jesucristo las ha sufrido durante su vida. Asi pues, para que santifiqueis vuestros padecimientos, mirad como sufrió el mismo Jesucristo y procurad seguir su ejemplo. 1.º Sufrío con perfecta resignacion á la voluntad de su padre celestial; *non sicut ego volo, sed sicut tu*: 2.º sufrió todo lo que su padre quiso que padeciera, de la manera con que lo quiso y por todo el tiempo que fué su voluntad: 3.º sufrió por obedecer á su padre y por su amor. (Se esplicarán estos tres caracteres de la pasion de Jesucristo y se deducirá despues que son pocos los cristianos que le imitan.) Sufris por ventura vosotros, dirá, con cristiana y entera resignacion? Os ofrezco, como Jesucris-

to, á llevar la cruz que os ha destinado? El aceptó el amargo cáliz desde su entrada en el mundo y si bien dejó escapar algun movimiento de repugnancia, para manifestarnos lo mucho que le costaba, su voluntad sin embargo estaba enteramente sometida á la de su eterno padre. Pero vosotros lejos de reprimir la repugnancia natural, no os dejais arrastrar voluntariamente de ella, hasta el punto de prorumpir en quejas criminales? etc. Sufris por ventura cuanto Dios quiere que sufrais, y sin mirar como pesada la cruz que os ha impuesto? Yo sufriria con gusto, decís, esta ó la otra enfermedad, esta ó la otra injuria; pero lo que es este mal, aquella injuria que me ha hecho tal ó cual persona, eso no lo puedo soportar en paz. Sufris por todo el tiempo que Dios quiere que sufrais? Ah! en prolongándose algo vuestros males, os inquietais, perdeis la paciencia y no podeis sobrellevarles ya con calma y resignacion? En fin sufris por amor de Dios? (Aqui se deberá hacer distincion de pecadores y justos, y decir á los primeros, que por no hacer meritorios sus padecimientos, perderán muchos grados de gloria y sufrirán terribles penas en el purgatorio; y á los segundos, que desaprovechando las aflicciones que Dios les envia, no solo abusan de los medios mas eficaces para su conversion, si no que ademas acrecientan sus males y padecen sin fruto y con grande perjuicio de sus almas, á la manera del mal ladrón que crucificado junto al Salvador, descendió desde la cruz á los infiernos, mientras que el buen ladrón mereció la dicha de subir al cielo, por haberla llevado con resignacion.

Por qué no habremos de aprovecharnos todos, H. M., de las aflicciones y trabajos que Dios nos envia? Si estamos en gracia, son el medio mas seguro para purificarnos, y para merecer y asegurar una eterna recompensa en el cielo, donde no podemos entrar si no por el camino de las tribulaciones: *per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (Act. 14.) Si por desgracia vivimos separados de Dios, el tiempo de la afliccion es el mas favorable para convertirnos á él y satisfacer á su justicia. Conformémonos pues con los designios de Dios y no murmuremos de su providencia, como lo hicieron los judíos en el desierto, que por esta causa fueron esclusi-

dos de la tierra de promision; imitemos mas bien á los verdaderos Israelitas que llevados cautivos á Babilonia, apaciguaron la cólera de Dios con una entera sumision á sus preceptos y merecieron ser restituidos á su patria. Nosotros, H. M., estamos en el mundo, como los judios en el desierto antes de que el Señor les pusiera en posesion de la tierra prometida, nos hallamos como en una especie de cautividad, agitados de las mas borrascosas tormentas, sufriendo los mas duros tratamientos de parte de nuestros enemigos: no esperemos pues dias tranquilos hasta que entremos en nuestra patria, qué es el cielo, en la Jerusalem celestial, término feliz de todas nuestras desdichas. Y cómo conseguiremos, arribar á ella, H. M.? Haciendo buen uso de los males que Dios nos envia; porque sino les sufrimos por su amor, si no les llevamos con resignacion, si nos dejamos llevar de la impaciencia y del pecado, comenzamos ya á labrar nuestro infierno desde este mundo; pero por el contrario, si soportamos con resignacion cristiana las amarguras y aflicciones de esta vida, si sufrimos como Jesucristo sufrió, nos abrimos de ese modo un camino seguro para llegar sin tropiezo á la felicidad de los santos. Imitémosles, H. M., y sobre todo al santo de los santos, elevemos frecuentemente nuestros ojos á la celestial morada, donde nos aguarda una eterna recompensa; su consideracion dulcificará el rigor de todos nuestros trabajos y nos les hará mirar como muy leves y cortos: *momentaneum et leve tribulationis nostræ æternum gloriæ pondus operatur in nobis.* (2 Cor. 4.) *Non sunt condignæ passionēs hujus temporis ad futuram gloriā quæ revelabitur in nobis.* (Rom. 8.)

Al concluir se exhortará á los oyentes á que hagan una aceptacion formal de las aflicciones que sufran en la actualidad y de todas las que les tenga preparadas para en adelante la divina providencia y á que las unan á la pasion del Salvador, cuya memoria se va á celebrar en el santo sacrificio de la misa.

Como este asunto ecsige ser tratado con alguna frecuencia, es muy conveniente tener preparados diferentes planes, para no repetir siempre una misma cosa. Un autor célebre se propone el siguiente. Dios no puede manifestarnos mejor su grande amor, que envián-

donos penalidades y aflicciones, y nosotros no podemos significar de un modo mas espresivo nuestro amor á Dios, que haciendo de ellas un uso santo.

Prueba del primer punto. Los sufrimientos nos estimulan á pensar en nuestra salvacion, y son el medio mas á propósito para trabajar en ella, dándonos ademas una completa seguridad de alcanzarla.

Prueba del segundo. Padeciendo por Dios, le mostramos un amor sincero y desinteresado, un amor generoso y distinguido, en fin, un amor semejante al de nuestro redentor Jesucristo. (1)

(1) Merece leerse el sermón del P. Bourdaloue sobre esta misma dominica, que contiene pensamientos muy profundos sobre la conducta de la divina providencia en la distribucion de los bienes y de los males, en las aflicciones que envia á los justos y en la prosperidad que concede á los pecadores. Se propone manifestar que nada hay en las aflicciones de los justos y en la prosperidad de los pecadores que puede hacer vacilar nuestra fé; que por el contrario se encuentran en esto motivos muy poderosos para confirmarla mas y mas.

Para probar la primera parte, dice que es muy bastante para un cristiano el saber que Dios lo ha dispuesto así, para que adore con sumision su providencia y no se escandalice, pero que ademas se presentan multitud de razones que nos sirven para explicar este misterio y justificar la conducta de la divina providencia. Son casi las mismas que se han enumerado arriba en el primer punto.

Para prueba de la segunda parte, hace ver que esta distribucion de bienes y males, esta prosperidad de los pecadores y afliccion de los justos nos dá á conocer tres cosas que sirven grandemente para fortalecernos en la fe: primera que hay otra vida, ademas de esta: segunda que Jesucristo es fiel en sus promesas, porque si segun ellas los justos estarán aquí tristes mientras que el mundo se alegrará, debemos esperar que tambien se cumplirá la otra, á saber, que la tristeza se convertirá en alegría: y tercera que Dios nos salva segun el orden establecido por su providencia habiendo determinado que seamos salvos por una santa conformidad con Jesucristo.

Tambien hay justos que disfrutan en el mundo prosperidades, pero así era necesario, para que no fueran escluidos del reino de los cielos los que poseen riquezas, puestos elevados por sus méritos, nacimiento etc. Ademas de que si los santos se han visto en la opulencia, esto mismo les hacia temblar, al ver que ese estado no se conformaba muy bien con el de Jesucristo. Pero por lo mismo bajo un exterior de abundancia y de una situacion cómoda cuidaban de practicar todos los ejercicios de abnegacion cristiana, de humildad, de penitencia, de mortificacion y de caridad para con sus semejantes.

Tambien hay pecadores que sufren las adversidades y desgracias que los justos, pero reflexionemos que las aflicciones de los pecadores son para ellos gracias de Dios muy preciosas, si saben aprovecharlas en beneficio de sus almas. (*El Traductor.*)

DEL AMOR Á LOS PADECIMIENTOS.

Tambien puede tratarse de este asunto, haciendo ver, cuan felices son los que padecen, si padecen por Dios, y cuan desgraciados por el contrario los que rehusan el padecer, ó no lo hacen cristianamente. Este plan puede decirse que es la esplicacion de aquella sentencia del Salvador; *beati qui lugent, etc., beati qui persecutionem patiuntur, etc.* (Math. 5.) *Væ vobis qui ridetis* (Luc. 6.) El objeto de esta plática es el de inspirar al auditorio sentimientos de aprecio y aun de amor á los sufrimientos y de aqui escitarle á que haga de ellos un uso santo y cristiano. Porque el punto capital en esta materia es el desengañar á los fieles del error en que están por lo general respecto á los padecimientos y aflicciones de esta vida, sobre lo cual suelen tener ideas muy equivocadas y muy opuestas á la doctrina del evangelio. Es preciso pues sacarles de ese error y hacerles ver, que no solo no es lamentable y desgraciada la situacion de los que son afligidos en este mundo, sino que es por el contrario sobremanera feliz y por lo mismo debe ser apreciada por los que se encuentran en ella. Podria pues empezarse asi la plática, adoptado el plan propuesto. Es demasiado cierto, H. M., pues que nos lo asegura la misma verdad por esencia, que son felices aquellos que padecen y son ejercitados aqui en el mundo con diferentes aflicciones; asi como es tambien cierto que son miserables y desgraciados los que no quieren sufrir trabajos ni adversidades de ninguna clase, ó las padecen con disgusto é impaciencia. Regularmente se suelen mirar con desagrado y hasta con horror los males de esta vida, porque no se conoce su valor ni la felicidad que llevan consigo; por eso debemos procurar, H. M., instruirnos bien sobre esta materia y ecsaminarla á fondo para formar un juicio justo y esacto. Bastaría que Dios nos hubiera dicho que son bienaventurados los que padecen, para que no abrigáramos la menor duda en este particular; pero yo creo poder añadir con fundamento que los que padecen, los que saben padecer cristianamente no solo son felices por la esperanza de una dicha eterna, á la cual adquieren un

derecho seguro, sino que lo son aun en este mundo, en cuanto es posible disfrutar aqui bajo la felicidad. Por qué es lo que constituye, H. M., la bienaventuranza del hombre en la tierra? Es por ventura la abundancia de riquezas, la variedad de placeres terrenos, la posesion de destinos honoríficos? No, H. M., todos estos bienes no son capaces de procurarnos una verdadera paz, pues el mismo Salomon que todos les habia recorrido y disfrutado, confiesa que nada eran sino vanidad, mentira y á lo mas un manantial perenne de disgustos y aflicciones. En qué consiste pues la felicidad? Procurad comprenderlo bien, H. M., y no lo olvideis jamás; consiste en hallarnos contentos en aquella situacion en que nuestro Dios nos ha puesto, en aquel estado en que Dios está con nosotros, en que somos amados de Dios y en el que podemos manifestarle mejor nuestro amor y abrirnos paso seguro para caminar hácia el cielo: ahora bien el que padece y sufre cristianamente se encuentra indudablemente en ese feliz estado. (Se dará la prueba de cada parte de esta proposicion, que no es difícil.) 1.º Cuando el hombre padece, está cierto de que se encuentra en el estado en que Dios quiere que esté, pues que los sufrimientos no son ordinariamente obra de nuestra propia eleccion, sino de la de Dios; de donde procede que sean meritorios y dignos de premio, si les aceptamos por su amor: 2.º Es tambien indudable que Dios está con nosotros en la tribulacion: *cum ipso sum in tribulatione*, que asiste muy particularmente á los que padecen por él, que jamás les aflige sobre lo que permiten sus fuerzas, y que el mismo Jesucristo dulcifica sus penas, etc.: *superabundo gaudio in omni tribulatione* (2. Cor. 7). Si las enfermedades les abaten, él mismo viene á consolarles, dice el profeta rey, él mismo les muelle, por decirlo asi, la cama del dolor en que se hallan acostados, para que no les sean tan incómodas: *universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus* (Ps. 40.) 3.º Dios nos hace un gran bien aflijéndonos, y no puede dispensarnos mayor gracia en esta vida (ya se han espuesto arriba las razones). 4.º Durante las aflicciones debemos estar seguros de que Dios nos ama, como que hacemos su voluntad, si las sufrimos por él. 5.º Marchamos tambien por el mismo camino que anduvo Jesucristo nuestro mode-

lo, y gozamos así de una bienaventuranza anticipada por la conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, conformidad que constituye, al menos en parte, la felicidad de los santos en la gloria.

Después de esponer las anteriores razones dirá á los oyentes: es esta la idea, H. M., que habeis tenido vosotros de los padecimientos y aflicciones de esta vida? Conoceis ahora sus grandes ventajas, su precio y su mucho valor? Lejos de temerlas y mirarlas con horror, como hasta aquí lo habeis hecho, no deberiais amarlas en adelante, desearlas y recibirlas con alegría, con amor y reconocimiento? Regocijémonos, H. M., si ahora tenemos la dicha de padecerlas; regocijémonos, cuando Dios se sirva enviarnos alguna y nos conceda la gracia de sufrir por su amor: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. 5.) Entonces conseguiremos ser verdaderamente felices aun en esta vida, con tal que, repito, hagamos de ellas el uso que ecsije Dios de nosotros, á saber, que las soportemos por él y suframos del mismo modo que Jesucristo nuestro maestro y modelo. Pero á fin de que apreciéis todavía mas y os animeis á santificar las aflicciones y penalidades de esta vida, haré ver en el segundo punto cuánta es la desgracia de aquellos que no quieren padecer, ó llegado el caso sufren con impaciencia y disgusto.

La verdad de esta segunda proposicion se halla fundada en los mismos principios que la anterior. El Salvador ha pronunciado sentencia de condenacion contra los que en este mundo se afanan por gozar de los placeres y deleites terrenos, declarando que si aqui disfrutan de consuelos y alegrías mundanales, no pueden tener parte en las delicias eternas, si no que por el contrario gemirán y sufrirán para siempre en los tormentos del infierno. Además del testimonio del Salvador se presentan razones demasiado sensibles que confirman lo que llevamos sentado. Es innegable que aquellos que rehusan padecer ó sufren con repugnancia, no pueden tener paz consigo mismos, por que resisten á Dios y se ponen en lucha con él contrariando su voluntad: *Quis resistit ei, et pacem habuit?* (Job 9.) Negándose á llevar el yugo que Dios ha impuesto á todos los hombres,

se alejan de él y se hacen indignos de su amistad. Sí, H. M., por mas santo que pudiera ser un hombre, aunque fuera tan sábio como Salomón, se perdería infaliblemente, resistiéndose á sufrir las penalidades de la vida. El ejemplo de este grande hombre es sobremanera convincente; pues es bien sabido que no tuvieron otro principio sus desgracias, que el haberse abandonado de lleno á todas las satisfacciones y placeres que pueden disfrutarse en el mundo. Pero qué digo! á dónde está el hombre que pueda libertarse absolutamente de toda afliccion y miseria? Aunque no quiera, aunque lo resista con todas sus fuerzas, las padecerá sin remedio y serán para él tanto mas pesadas, cuanto mayor sea el horror con que las mire. Una constante esperiencia nos enseña que la menor incomodidad es un martirio insoportable para esta clase de personas, á quienes la idea sola de un mal que su imaginacion asustadiza abulta y ecsajera, las llena de consternacion y de espanto, llegando de este modo á temer hasta los fantasmas de su espíritu, y á sufrir los males que jamás tendrán realidad: *Illic trepidaverunt timore, ubi non erat timor.* (Ps. 13.) (Hágase aqui la pintura de un hombre reducido á la afliccion y que no quiere sufrir por el amor de Dios.) Qué situacion tan triste! Este hombre padece á pesar suyo, sin ningun género de consuelo, ni por parte de Dios, ni por parte de los demas hombres, y menos de sí mismo; todo parece por el contrario que contribuye á aumentar sus penas y dolores. Se queja y murmura de Dios, y Dios en castigo le priva de sus consuelos; se lamenta de que todos le abandonen, cuando él con su humor negro atormenta á cuantos se le acercan; se impacienta contra sus criados y asistentes, y estos no pudiendo aguantarle, ó le sirven de mala gana, ó vienen por último á despedirse de su servicio para buscar otro amo mas racional y sensato. En el interior de este hombre todo es inquietud, pesadumbre, fastidio, deseos de muerte y algunas veces la desesperacion con todos sus horrores. (Será muy conveniente hacer un detalle circunstanciado de como se conduce esta clase de cristianos en sus enfermedades, pérdidas de pleitos, ó hacienda, en las malas cosechas, persecuciones, etc.) De aqui es que estos cristianos sufren sin mérito, multiplican sus pecados, escandalizan á los demas, pierden la

caridad, la esperanza y aun la fe; y en fin para colmo de su desgracia vienen á padecer de antemano la suerte infeliz de los condenados. Qué otra cosa sino es el infierno? Allí los réprobos se ven privados de la vision de Dios y ademas sufren por toda una eternidad y á pesar suyo los tormentos mas crueles; pues esta misma es la suerte de los malos cristianos que no padecen por Dios y llevan con impaciencia los trabajos que les envia; se fabrican aqui en la tierra un infierno, para caer despues en otro mas espantoso.

Despues de hecha esta pintura con toda viveza, dirá el párroco: no es por ventura el retrato que acabo de hacer el de muchos cristianos que me estan oyendo? Cuántos de entre vosotros que se quejan á cada paso de los males que sufren, y que con su impaciencia les hacen mas pesados de lo que son en realidad? Ah! H. M., por qué no habeis de llevarles con resignacion y con espíritu verdaderamente cristiano? Puesto que es una necesidad inevitable el padecer, por qué no habreis de convertirle en vuestro provecho? No, no os asemejéis á los condenados que sufren á su pesar y sin utilidad alguna; sino á las almas justas que están en el purgatorio, las cuales sufren con una entera conformidad á la voluntad divina. Cuántas penas podriamos ahorrarnos con la paciencia! En un solo dia en que padeciéramos por Dios, podriamos pagar mas deudas á su justicia, que acaso en muchos dias y en muchos meses de purgatorio. Abracemos pues la cruz que Jesus presenta á cada uno en su respectivo estado, aceptemos esa porcion del cáliz de nuestro Salvador; nos atreveremos á rehusarle, siendo él quien nos convida á beber de sus heces? No, amantísimo Jesus, no nos negamos ya á sufrir por vuestro amor; vos que habeis ofrecido por nosotros el precio de vuestra sangre y de vuestra dolorosa pasion, vos que nos habeis dado ejemplo de una continua paciencia, infundid en nuestro espíritu un amor ardiente á la cruz y ayudadnos con los auxilios de vuestra gracia á morir en ella á imitacion del buen ladron. Será oportuno añadir alguna cosa de la pasion del Salvador, manifestando tambien el gran consuelo que tendrán en la hora de la muerte los que hayan sufrido con resignacion, sobre todo cuando se les coloque en la mano y dé á besar la imagen de Jesus crucificado; así como la tristeza y desconsuelo de los malos cris-

tianos que se hayan negado á padecer, ó que lo hayan hecho con impaciencia, y generalmente de todos aquellos que tengan la desgracia de sufrir, estando en pecado mortal.

DE LA ESPERANZA CRISTIANA.

El segundo asunto moral que ofrece el evangelio de tan grande interes como el anterior es la confianza en Dios ó la sumision á su providencia. Nada mas comun en el mundo que la desconfianza de la divina providencia, y nada mas raro que encontrar almas que se abandonen á ella enteramente y se sometan con gusto á sus disposiciones. Cuando todo sale bien, se pone la confianza en sí mismo, en sus fuerzas, en sus bienes etc., y cuando sobreviene alguna calamidad ó algun accidente extraordinario, entonces se suele perder toda esperanza. De dónde procede semejante conducta, esta desconfianza de la providencia de Dios? *Quid timidi estis?* De la poca fe; *modicæ fidei*, de no haberse persuadido bien del infinito poder de Dios y de su bondad para con nosotros. Para curar á los pueblos de este mal tan comun, se necesita instruirles á fondo sobre la virtud de la esperanza, segunda virtud teológica, y hoy es la ocasion mas oportuna si en el domingo anterior se ha tratado de la fe con motivo de la que manifestó el Centurion. Hecha la narracion del evangelio se comenzará de este modo el exordio.

No se podria hacérsenos á nosotros con muy fundado motivo la misma reconvencion que el Salvador hizo á sus discipulos? *Quid timidi estis, modicæ fidei?* No nos alarmamos como ellos, no nos llenamos de inquietud y sobresalto y perdemos al momento la esperanza que debiéramos tener en la divina providencia, tan pronto como nos acontece alguna desgracia, ó nos vemos privados de los bienes temporales, de la salud, de las personas de nuestro cariño? etc. Y de dónde provienen esas alarmas, esas inquietudes y zozobras que tanto atormentan nuestro espíritu y que no acertamos á reprimir ni contener dentro de nosotros, sino que manifestamos bien á las claras con escándalo de los demas? Provienen, H. M., de nuestra poca fe, de que no tenemos una viva confianza en la bondad de nues-

tro Dios. Reanimemos pues hoy nuestra fe, despertemos á Jesucristo que duerme en cierto modo dentro de nuestra alma: *Excita in te Jesum*, dice san Agustín, instruyámonos debidamente en este día de la necesidad que tenemos de poner toda nuestra esperanza en Dios, sea cualquiera el estado en que nos hallemos y aprendamos al mismo tiempo cuales han de ser sus cualidades y sus motivos. Este es el asunto importante que ofrezco hoy á vuestra consideración.

Se comenzará el primer punto dando una definición exacta de la virtud de la esperanza y en seguida se dirá: todos nosotros hemos recibido esta virtud con el bautismo, en el cual se dignó nuestro Dios comunicar á nuestra alma las virtudes que se llaman teologales, es decir, aquellas virtudes que nos unen inmediatamente á él, como á suprema verdad, como al último objeto de nuestra felicidad y como á la suma bondad por esencia. Pero cuán pocos son los cristianos que llegando á la edad de la razón procuran poner en obra y hacer actos frecuentes de estas virtudes! La mayor parte no aman verdaderamente á Dios y son muchos también los que no colocan en él su esperanza. Sin embargo tenemos todos, H. M., una obligación indispensable de esperar en Dios, y de prometernos de su bondad la bienaventuranza eterna para la que nos ha criado, como también todos los medios necesarios para alcanzarla. Se entrará á probar las dos partes de esta proposición. 1.º Dios escoge de nosotros que esperemos en él: *sperate in eo omnis congregatio populi* (Ps. 61.) (1) Las sagradas letras están llenas de exhortaciones á esta virtud. (Refiéranse algunos pasajes del antiguo y nuevo testamento.) 2.º Dios recompensa abundantemente á los que ponen en él su confianza: *quoniam in me speravit, liberabo eum*. (Ps. 90.) Así es que el Salvador atribuía comúnmente á esta confianza los milagros que obraba: *sicut credidisti, fiat tibi*. (Matt. 8.) *Fides tua te salvum fecit* (Marc. 10.) Aquí la palabra *fides* significa confianza. 3.º La esperanza en nosotros es un medio excelente para honrar á Dios y glorificarle, como que por ella reconocemos que todo viene de él y que jamás nos faltará

(1) Véase á Fr. Luis de Granada, Guía de Pecadores, parte segunda, cap. 17.
(Nota del Traductor.)

su palabra. 4.º Esta esperanza se halla fundada en los méritos de Jesucristo que son infinitos, y de consiguiente podemos por su poderosa virtud pedirlo todo y alcanzarlo todo.

Nada pues debe quebrantar nuestra esperanza, ni la muchedumbre de nuestros pecados, ni el poder de nuestros enemigos ni la estremitad de nuestra miseria. La bondad de Dios es infinita, y los méritos del Salvador no tienen límites; Dios que todo lo puede nos ha prometido su asistencia y auxilio; quién pues será capaz de perturbar nuestra confianza? cuanto mayor ella sea, mas seguros debemos estar de la proteccion divina. No se deje de advertir aqui que esta esperanza no ha de ser tal que dejenere en presuncion, y que debemos hacer por nuestra parte todo cuanto nos sea posible y dependa de nosotros, porque de otra suerte tentariamos á la divina providencia.

Se pasará en seguida á la aplicacion de esta doctrina, preguntando á los oyentes si han cuidado de hacer actos de esperanza, en qué tiempo y cómo, y si por el contrario no han puesto su confianza en las criaturas; si se han dirigido primeramente al objeto esencial de esta virtud, que es la bienaventuranza eterna, y si no han limitado sus esperanzas á la tierra; si han recurrido á Dios en las aflicciones; y si á imitacion de los apóstoles se han acercado al Salvador, esponiéndole con toda confianza sus penas y los peligros en que se han encontrado.

Hecho esto entrará á esponer las cualidades que ha de tener la esperanza. Debe ser firme é imperturbable y ademas universal; dos caracteres á que pueden referirse todos los otros. S. Pablo dice de la esperanza que es como una áncora firme de salud para el alma: *Quoniam sicut anchoram animæ tutam ac firman.* (Heb. 6.) Y lo apoya, en que la esperanza tiene por fundamento la fidelidad de Dios en sus promesas y su virtud omnipotente; fundamento por lo mismo seguro y firme, siendo imposible que Dios falte jamás á la realizacion de su palabra. De estos principios se deduce que debemos esperar todo y en todo tiempo. Todo, 1.º la vida eterna si perseveramos en la gracia, ó si habiendo tenido la desgracia de perderla con el pecado mortal, nos convertimos sinceramente al Señor y mori-

mos en su amistad : 2.º todos los medios para alcanzar esta bienaventuranza eterna; y 3.º todo cuanto necesitemos para el cuerpo y para el alma. En todo tiempo, es decir, en cualquier estado y situacion á que nos veamos reducidos ya en el orden natural, ya en el orden de la gracia. Cuanto mas miserables seamos, mas debemos esperar. Vivamos bien persuadidos de que jamás permitirá Dios que seamos tentados sobre nuestras fuerzas: *Fidelis est autem Deus, qui non patietur vos, etc.* (1. Cor. 10.) que nunca nos privará de sus gracias, y aunque sean muchos nuestros pecados no debemos desesperar de obtener misericordia, mientras vivamos en este mundo, si la imploramos de veras y nos arrepentimos con sinceridad. Sin duda que se esponen á morir impenitentes aquellos pecadores que fundados en una falsa confianza, dilatan su conversion para un tiempo incierto pero este mal procederá entonces de ellos mismos y no de parte de Dios que desea la salvacion de todos los hombres. Perecerán, si, *spes impiorum peribit*, (Prov. 10.) pero será porque no habrán tenido tiempo de hacer penitencia, ó lo que es mas de temer, porque esta penitencia solo habrá sido aparente y fingida.

Aquí la aplicacion moral al auditorio. Considerad ahora, H. M., si vuestra esperanza ha sido cual debia ser, si ha tenido las condiciones que acabamos de referir. En vez de ser firme y segura no ha sido por desgracia sobremanera debil y lánguida? No os habeis conducido en vuestros infortunios, en los acontecimientos tristes que os han sobrevenido, como lo hicieran los infieles que no tienen esperanza? *Sicut et cæteri qui spem non habent.* (1. Thess. 4.) Y será esto posible, habiendo experimentado tantas veces la bondad de Dios en semejantes circunstancias? Es por ventura menos poderoso, menos bueno para socorremos en esa desgracia que ahora os aflige, que lo ha sido en las anteriores? No, H. M., no, que jamas se debilita en vosotros la esperanza en un Dios todo bondad, que sea siempre tan firme y tan grande que podais decir con el paciente Job: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* (Job. 13.) Traed á la memoria que en el mismo hecho de querer Dios (ejemplos de Abraham, de Tobias, de Susana, de David) que os dirijais á él como á tierno padre, pidiéndole el pan de cada dia, no se negará á conce-

dérosle; que en el mismo hecho de querer que le supliqueis la venida de su reino, el perdón de vuestros pecados, la fortaleza para resistir á las tentaciones, la libertad de todo mal y especialmente de la culpa, está siempre dispuesto en su misericordia á otorgaros todas estas gracias, y de seguro las recibireis, como vuestras oraciones vayan acompañadas de la confianza en su infinita bondad. Esperad pues, H. M., sin vacilar, sin dudar un instante; esperad siempre y en cualquiera situación por triste que sea, esperad durante vuestra vida y sobre todo á la hora de la muerte, apoyad vuestra esperanza en Jesucristo nuestro redentor y estad seguros de que no seréis confundidos.

O Dios amantísimo, os pedimos perdón de haber tenido hasta aquí tan poca confianza en vuestra bondad; en adelante prometemos no esperar sino en vos, no confiar sino en vuestra infinita misericordia; pero concedednos, Señor, la gracia de que se fortifique y aumente en nuestro corazón esta virtud, mediante la cual esperamos obtener todo cuanto nos habeis prometido para esta vida y para la otra por los méritos de Jesucristo vuestro hijo, en cuyo nombre habeis dicho que nada nos negareis.

La epístola de este domingo está tomada del cap. 13 de la de san Pablo á los Romanos y comprende los versículos 8, 9 y 10. Comienza por estas palabras: *Nemini quidquam debeatís, nisi ut invicem diligatis*. No tengáis con nadie mas deuda que la del amor que os debeis mutuamente, porque quien ama á su prójimo tiene cumplida la ley. Para entender bien el sentido de estas primeras palabras es menester fijar la atención en el versículo anterior, del cual puede decirse que son un compendio ó consecuencia. El apostol comienza este capítulo, recomendando espresamente la sujeción y obediencia á los superiores y á las potestades, cualesquiera que ellas sean: declara que hay obligación, hasta en conciencia, de someterse á toda autoridad legítima y prescribe que se dé á cada uno lo que le es debido, el tributo, al que se debe tributo, impuesto, al que impuesto etc.; es decir, quiere que se satisfaga á toda suerte de deudas, de contribuciones ó cargas que los príncipes tienen derecho á exigir de sus súbditos. Despues de lo cual añade, que paga-

das estas deudas temporales á los superiores, resta todavía otra que dura toda la vida y es comun á todos, como la del amor al prójimo que debe pagar el cristiano diariamente y siempre. Con este motivo puede hablarse de la obediencia debida á las potestades legítimas, haciendo ver su obligacion por las razones que alega san Pablo y el mérito grande que en su cumplimiento contraen á los ojos de Dios; les dirá tambien, que obedeciendo á sus superiores, obedecen á Dios de quien hacen las veces en la tierra, por cuya razon deben pagarles los tributos, los impuestos y el honor que les es debido no solo por temor del castigo, sino tambien por obligacion de conciencia, y esto sin fraudes de ninguna especie. Se podrá insinuar aqui algo de los deberes que tienen los empleados en la recaudacion, como alcaldes, regidores etc., los cuales no suelen formar escrúpulo de ciertas defraudaciones.

Tambien se podrá hablar de la obligacion en que están de pagar las deudas particulares que tengan contraidas, sobre cuyo punto se forman una falsa conciencia las gentes del mundo. Puede ser, dirá, que alguno de vosotros esté todavía sin pagar despues de muchos años, lo que debe á sus acreedores que acaso se hallen necesitados, difiriendo el pago bajo diferentes pretextos, quando no lo rehuse enteramente negando la existencia de la deuda, porque no puede probarse en justicia. Mas nada de eso os servirá de excusa en el tribunal de Dios que os exigirá estrecha cuenta de vuestro inicuo proceder. No, H. M., no debais á nadie nada, os repetiré con el apostol: *nemini quidquam debeat*, etc. Si á un criado, á un obreiro fuéreis deudores de su salario, del jornal que ganó con su sudor, satisfacedle al momento y sin demora, no sea que os sorprenda la muerte cargados con bienes de otro y tengais que pagar la deuda en los tormentos eternos. (Aqui aconsejará que, quando se susciten dificultades ó dudas en la forma y modo de restituir y de pagar las deudas, en los casos de dueño incierto, etc., etc., acudan á un prudente y sabio confesor que les dirá cómo se han de conducir en semejantes circunstancias): Pero suponiendo, continuará, que no tengais deuda alguna temporal que satisfacer, os queda sin embargo otra sobremanera apremiante que jamás lograreis extinguir, cual

es la del amor á vuestros semejantes, la caridad mútua de que nos habla san Pablo en la epístola de hoy. Esta deuda general que obliga á todos los cristianos y por todos los dias de la vida lleva consigo segun el mismo apostol dos grandes deberes, 1.^o no hacer el menor mal al prójimo; *Dilectio proximi malum non operatur*, y 2.^o amarle como á vosotros mismos.

Se entrará en el detalle de estos dos preceptos, diciendo que no se debe hacer mal al prójimo en sus bienes, reputacion, honra etc., ni con palabras, obras, desprecios, burlas etc., todo lo cual está comprendido en el sétimo precepto del Decálogo, *non furaberis*; y que ademas se le debe hacer todo el bien que quisiéramos se obrára con nosotros mismos, segun las circunstancias en que pueda encontrarse. Habeis cumplido vosotros, dirá, con esta obligacion? No os remuerde la conciencia de haber perjudicado á vuestro prójimo ya en sus bienes temporales, ya en su reputacion, ya en fin privándole de la gracia con vuestros escándalos y escitaciones al pecado? Y si por ventura os hallais esentos de estas faltas exteriores, no habeis pecado diferentes veces contra la caridad, dejándoos llevar de la envidia, de deseos de venganza? etc., etc. Cuán pocos son los cristianos que fijan su atencion en estos pecados secretos é interiores que tanto se oponen al precepto del amor del prójimo! Pero no es esto todo; le habeis amado, como Dios manda, no con la lengua y de palabra, sino con el corazon y con las obras? (Aqui la enumeracion de las obras de misericordia que obligan en ciertos casos). Le habeis socorrido por Dios y no por vanagloria? etc. Vuestra caridad en fin ha sido extensiva no solo á vuestros parientes, amigos, vecinos, sino en general á todos los hombres que están comprendidos en el nombre de prójimo?

Se terminará haciéndoles confesar que han estado muy lejos de tener una verdadera caridad, y les exhortará á que la pidan á Jesu-eristo que la recomendó muy singularmente con la palabra y con el ejemplo, concluyendo con la interesante historia que se refiere de san Juan Evangelista, el cual repetia sin cesar á sus discípulos en los últimos dias de su vida, hijos míos, amaos unos á otros. Véase tambien el cap. 3. de su 1.^a epíst.

Domingo quinto despues de la Epifania.

El evangelio de este domingo está tomado del cap. 13 de san Mateo, y contiene una de las parábolas que propuso el Salvador á las turbas que le seguian en el tiempo de su predicacion. Viéndose rodeado de un gran concurso de gentes le fué preciso entrar en una barca, desde donde les habló muchas cosas por medio de parábolas, siendo la primera la de un sembrador que salió á sembrar sus granos de los cuales algunos fueron infructuosos, y la segunda la que se acaba de leer en la misa. El reino de los cielos, dice, es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo etc. (Se referirá toda la parábola.) Cuál es el sentido, H. M., de esta parábola y qué es lo que quiere darnos á entender Jesucristo en ese campo, ese buen grano, ese hombre que sale á sembrar, en los hijos del reino y en la cizaña? Qué significan esa siega y esos segadores? El mismo Salvador se dignó explicarla á sus discípulos, cuando despedidas las turbas y vuelto á Cafarnaun, de donde habia salido por la mañana á predicar, le rogaron que les explicára la parábola de la cizaña sembrada en el campo: *Ascesserunt ad eum discipuli ejus, dicentes: Edissere nobis parabolam cizaiorum agri.* Aprendedlo pues, H. M., de su misma boca. El que siembra la buena simiente, dice, es el hijo del hombre, soy yo mismo; el campo en que fue sembrada es el mundo donde he venido á predicar mi evangelio; la buena simiente son los hijos del reino, es á saber, todos los que reciben con docilidad y practican las máximas de mi doctrina; la cizaña son los hijos del espíritu maligno, es decir, los malos, llamados asi porque imitan al espíritu maligno y se dejan llevar de sus pérfidas sugestiones; el enemigo que la sembró es el demonio y todos aquellos de que se sirve para pervertir á los hombres; la siega es el fin del mundo y los segadores son los ángeles, que entonces separarán los buenos de los malos y arrojarán á los pecadores en el horno abrasador, mientras que los justos resplandecerán como otros tantos soles en el reino de su padre. El que tiene oídos para entenderlo, que lo entienda, añadió el Salvador, como

para llamar la atencion de sus discípulos sobre una verdad tan terrible. A nosotros, H. M., dirá, se dirige esta parábola, y por nosotros se dignó desenvolverla á sus discípulos; debemos pues por lo mismo meditarla con detenimiento y sacar de ella todo el fruto que podamos en utilidad de nuestras almas.

El párroco puede explicar este evangelio en forma de homilia, y en tal caso cuidará de ir aplicando á cada circunstancia notable de la parábola aquellas reflexiones mas acomodadas al objeto que se propuso en ella el Salvador; es decir, que debe en esta ocasion estimular á los fieles á que se conduzcan en la iglesia como verdaderos hijos de Dios, destinados á poseer su reino celestial, y á que se preserven con todo cuidado de la corrupcion de los malos, entre los cuales hayan de vivir por necesidad. Al final de la homilia describirá en pocas palabras, pero con viveza, aquella luz y gloria que les está reservada en el reino de su padre; y con motivo de la última sentencia del Salvador, *qui habet aures audiendi, audiat*, les encargará que mediten atentamente desde hoy mismo sobre lo que hayan oido.

Pero si no quiere explicar el evangelio en forma de homilia, y cree mas oportuno fijarse en una materia particular, puede entonces elegir entre dos ó tres, que son las mas principales, la que mejor le parezca. La primera que ofrece este evangelio es sobre la conducta que deben observar los justos con los pecadores; la segunda sobre el pecado de escándalo, y la tercera sobre la diferente suerte de los justos y de los pecadores en el juicio final.

El primer asunto es de tanta importancia, que nada debe omitir el párroco para precaver á los justos del comercio de los pecadores. Si falta á este deber, se asemeja á aquellos hombres, de que habla el Salvador en el evangelio, que se echaron á dormir, y mientras tanto vino el enemigo á sembrar la cizaña en el campo; es decir, que el párroco entonces con su indolencia seria causa de que el demonio sembrara la cizaña en su parroquia, ya por medio de algun libertino de la misma feligresía, ya por algun extraño que viniera á infestar sus ovejas, comunicándolas el veneno de sus malas costumbres ó acaso de una perniciosa doctrina. (Véase el sermón de Bour-

dalue, tom. 1.º de sus dominicas sobre este evangelio.) (1)

En el primer punto haria ver que los justos están obligados á evitar la compañía de los pecadores y á huir de ellos en cuanto les sea posible; en el segundo manifestaría como deben conducirse, cuando no puedan menos de encontrarse en sociedad con los pecadores.

PRIMER PUNTO.

Empezará esplicando, qué es lo que se entiende por malas compañías ó por hijos del espíritu maligno, *filii nequam*, los cuales se hallan figurados en la cizaña. Esta palabra segun el sentido que tiene en el evangelio significa todo aquello que puede perjudicar á la buena simiente, impidiéndola crecer y desarrollarse. La cizaña se forma de los mismos granos de trigo que ó no son bien puros ó se alteran en la tierra; tambien puede proceder de alguna semilla particular que vaya envuelta con el grano, ó que se haya arrojado por malicia en la heredad. Qué es pues lo que se entiende por malas compañías ó por hijos del espíritu maligno? Se entienden todos aquellos que con malas palabras ó ejemplos nos separan del camino de la virtud y nos inducen á pecar; asi que no son solo de este número los impíos manifestos que hacen profesion abierta de no creer nada, ó que se abandonan sin rebozo á sus pasiones criminales; no solo aquellos que atacan con descaro las determinaciones siempre respetables de nuestra madre la iglesia, ó miran con desprecio los decretos y decisiones del sumo pontífice, vicario de Jesucristo en la tierra, de los cuales es evidente que debe alejarse todo cristiano, sino quiere inficionarse con sus pestilenciales máximas; son tambien todos aquellos que con sus perniciosos consejos, con sus palabras y discursos de escándalo, con su desarreglada conducta nos apartan de cumplir nuestros deberes, nos inspiran sentimientos opuestos á los del evangelio y nos incitan á cometer aquellas acciones que están prohibidas por la ley de Dios. Ese compañero, dirá,

(1) En este sermón se proponen los mismos dos puntos que se fijan á continuación. (Nota del Traductor.)

que os retrae de asistir á los divinos oficios, ese amigo que se complace en ridiculizar las ceremonias de la iglesia, son otras tantas cizañas de que debeis huir y alejaros en cuanto sea posible. Y por qué? me preguntareis; por tres razones que deseo escucheis con la mayor atencion.

La primera razon se funda en la prohibicion de Dios, la segunda en el escándalo que se causa al prójimo, y la tercera en nuestro propio interés. Se desenvolverá cada una de estas razones con la debida estension, trayendo en prueba de la primera los pasajes de la escritura, en que Dios prohíbe terminantemente el comercio con los impios: *discede ab iniquo*, dice el Espíritu santo. (*Eccl. 7.*) *Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis. Ne ambules eum eis, prohibe pedem tuum á semitis eorum.* (*Prov. 1.*) En la epístola segunda de San Pablo á los Tesalonicenses, cap. 3. se encuentra un escelente pasage que no debe olvidarse: *Denunciamus autem vobis, fratres, in nomine Domini nostri Jesu Christi, ut subtrahatis vos ab omni fratre ambulante inordinate*, como tampoco este otro de su primera carta á los de Corinto, cap. 5. *Si is qui frater nominatur, es avarus, aut fornicator, aut maledicus, aut ebriosus, aut rapax, eum ejusmodi nec cibum sume.*

El mismo Jesucristo nos dice tambien, que debemos cortar el pie, la mano y arrancar el ojo que nos escandaliza, es decir, que estamos obligados á separarnos aun de las personas mas allegadas, si nos inducen á pecar. A estos testimonios de autoridad pueden unirse las pruebas de razon, como la de que, entre otras, se hace una injuria muy grave á Dios en tener sociedad con los impios, que son sus enemigos. (Ejemplo de un hijo que contrajera amistad con los enemigos de su padre.)

Ademas de la injuria que se hace á Dios, hay tambien el escándalo que se causa al prójimo. Porque como no ha de ser un verdadero escándalo el que dan aquellos cristianos que frecuentan ciertas reuniones, donde está desterrado el pudor, donde se cometen diferentes escesos, y donde todo respira lujo, vanidad y deleites. No será escándalo el ver que personas de diferente sexo están reunidas durante largo tiempo y á horas indebidamente, dando asi moti-

vo á que se formen sospechas y juicios nada favorables? (Se refutarán los pretestos que suelen alegarse para asistir á estas concurrencias.) Si se escandaliza alguno, dicen, es sin fundamento ni motivo, porque ninguna cosa mala ejecutamos en nuestras reuniones. Sea así enhorabuena, pero san Pablo dice: *Si esca scandalizat fratrem meum, non manducabo carnem in aeternum.* (1. Cor. 8.)

Nuestro propio interés ecsige tambien evitar las malas compañías. No hablo precisamente de un interés temporal, como del honor, de la reputacion, que en verdad siempre padece, de una ventajosa colocacion que pudiera lograrse, etc., hablo de un interés mas elevado y mas esencial, cual es el de la salud eterna. (Se deberá insistir en este último motivo, que bien desenvuelto bastaria él solo para una buena plática.) Sí, H. M., dirá, vuestra salvacion depende muy particularmente de las compañías que frecuentaís; y no dudo asegurar que es infalible vuestra perdicion, si os complacéis en reuniros con los malos, es decir, con aquellos que son para vosotros ocasion de pecado; el mismo Espíritu santo es quien lo dice. (Refiéranse aqui algunos pasajes de la escritura concernientes al asunto.) La experiencia diaria es tambien una prueba triste de esta verdad. Qué es sino, lo que ha perdido á esa doncella antes tan prudente y recatada? Qué, á ese jóven antes tan sumiso, tan virtuoso y humilde? A vosotros pecadores que me escucháis, á vosotros mismos pongo por testigos; decidme, por dónde comenzó vuestra perdicion, vuestra vida desarreglada? Si preguntáramos á los réprobos la causa de su condenacion, la mayor parte nos responderian que por haberse juntado á malas compañías, etc.

Y de dónde proviene que sean tan perniciosas las malas compañías? No es difícil descubrir la razon de sus funestos efectos. Regularmente el hombre se amolda al caracter, gustos, costumbres de aquellos con quienes se acompaña, y se acostumbra insensiblemente á pensar, hablar y obrar como ellos. (Refiérase lo que dice san Agustin de sí mismo en el libro de sus confesiones.) A la conclusion de este primer punto exhortará al auditorio y con especialidad á los jóvenes, á que se aparten de todos aquellos ó aquellas, cuya compañía les sea peligrosa. Advertirá tambien á los

padres y madre que pongan en esto el mayor cuidado, sino quieren hacerse responsables ante Dios de la perdición de sus hijos, criados, etc., y que además está interesado también el buen orden y la felicidad de su familia. Suplicará el párroco á todos en nombre de nuestro Señor Jesucristo que huyan de las malas compañías y les escigirá de su parte este pequeño sacrificio. Jesucristo, dirá, va á sacrificarse ahora por vosotros y en cambio solo os pide que le sacrifiqueis vosotros ese apego y esa afición que teneis á tal ó cual persona; querreis rehusárselo H. M.? Direis acaso, que no es posible evitar toda clase de malas compañías, que no está en vuestra mano libraros de algunas que por necesidad han de vivir con vosotros: biendo conozco, H. M., pero por lo mismo debo yo también enseñaros la manera con que os habeis de conducir para no perecer en medio de esos inevitables peligros. Oído en el

SEGUNDO PUNTO.

Sería menester salir del mundo, dice el apóstol, para no tener comunicacion alguna con los malos. Dios mismo permite que vivan entre los buenos y les tolera por muy sábias razones; á saber, para darles tiempo de hacer penitencia y principalmente para bien de sus escojidos que de ese modo tienen ocasion de ejercitar diferentes actos de virtud, de caridad, de paciencia, de dulzura, de castidad, de humildad, de mortificacion etc. (Se presentarán ejemplos de aquellos que se ven precisados á vivir con los malos; como el de una muger con un marido brutal, dado á la embriaguez, etc.; el de un hombre con una muger altiva, caprichosa, etc.; el de un hijo con sus padres que le dan malos ejemplos, ó que tiene en casa una persona que no puede evitar absolutamente; el de un criado, etc.) Qué es lo que Dios escige de vosotros en semejantes ocasiones? Que os fortalezcáis por medio de la oracion y la mas constante vigilancia contra los peligros en que estais continuamente, cuidando de no esponeros temerariamente á ellos, conteniendo la lengua, etc. Escige además que seais útiles á vuestros prójimos, haciéndoles entrar en el buen camino, con el buen ejemplo, la pacien-

cia, la afabilidad, y otros medios que nos inspira el Espíritu santo: *Fratres si preoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos huiusmodi instruite.* (Ad. Gal. 6.) Acudid sobre todo á un prudente y sábio confesor para que os enseñe como habeis de conducir os en semejantes casos, y procurad imitar á Jesucristo en la manera con que trataba á los pecadores mientras vivió por este mundo. Pero, temed siempre y desconfiad de vosotros mismos; y atendiendo á que os hallais en continuo peligro, recurrid con frecuencia á recibir en la sagrada mesa el pan de los fuertes, para robusteceros contra las tentaciones y no sucumbir en ellas: por este medio conseguireis vivir como verdaderos hijos del reino y poseerle despues por los siglos de los siglos.

Al mismo tiempo que el párroco instruye á los justos acerca de la conducta que deben observar con los pecadores, necesita atender tambien á éstos, poniendo todas las diligencias para sacarles de su infeliz estado, y convertirlos en buen grano, principalmente á los que son ocasion de escándalo á sus hermanos. Será pues una materia muy á propósito para este dia la del escándalo, que procurará tratar con el mayor esfuerzo, tronando contra este pecado con todo el celo de que sea capaz. Debe pues pintarle con los colores mas feos y mostrar que nada hay mas aborrecible que un cristiano escandaloso, ni que merezca ser castigado con penas mas severas; dos reflexiones á que puede limitarse hablando de este asunto.

PRIMER PUNTO.

Para que concibiéramos verdadero horror al escándalo, bastaría que le conociéramos bien y formáramos una idea justa y exacta. (Se dará la definición del escándalo tomada de santo Tomas.) El escandaloso pues, es aquel que aparta á su hermano del bien y le induce al mal. (Despues de presentar algun ejemplo, se hará la descripción de su caracter.) El es, continuará, el mayor enemigo de Dios y de Jesucristo, es un anticristo, el asesino mas cruel de sus hermanos, un instrumento del demonio, un demonio encarnado, un perseguidor de la iglesia. Puede imaginarse, H. M., cosa mas abominable! Miramos con horror á los incendiarios, á los ladrones, á

los homicidas; y no deberemos concebirle mayor todavía para con un cristiano que esparce por todas partes la infección del pecado, que arrebató á sus hermanos la vida de la gracia, sometiéndoles á la esclavitud del demonio, y haciendo todo lo posible por precipitarles en el fondo del infierno? Ah!, H. M., un solo hombre de este carácter, una muger perdida, son muy bastantes para corromper casi toda una parroquia. Cuántos de entre vosotros que conservarían todavía la inocencia bautismal, si no hubieran tenido la desgracia de encontrar un escandaloso que se la hizo perder! Pero qué deberán pensar de sí mismos esos infelices que se han hecho reos de tan criminal atentado? Podrán fijar en él la consideración sin estremecerse de horror? Y qué diremos de aquellos que obligados por su estado á dar buen ejemplo, como un padre, una madre, un amo y en general todos los superiores, escandalizan ellos mismos al hijo, al criado, al súbdito, induciéndoles á cometer el crimen? (Bourdalue hace ver perfectamente la magnitud y gravedad del pecado que cometen.) (1) Pero qué castigos tan terribles les aguardan! Se espondrán en el segundo punto.

(1) El autor hace aquí referencia sin duda al sermón que para el domingo segundo de Adviento trae Bourdalue donde sobre el escándalo se propone hacer ver cuán infeliz es el que escandaliza á su prójimo y cuán grave el pecado que comete. Pecado monstruoso, dice, porque nada mas horrible que causar la muerte de un alma, quitándole una vida sobrenatural y divina: pecado diabólico, porque según el evangelio, el carácter particular del demonio es el de haber sido homicida de las almas desde el principio del mundo: pecado contra el Espíritu Santo, porque se opone directamente á la caridad, y el Espíritu Santo es personalmente la caridad misma. Si peca contra esta virtud el que quita á su prójimo la fama, hacienda, honra etc., cuánto no pecará el que le arrebató la vida del alma? Quitadle todo lo demas, pero al menos guardadle su alma: *veruntamen animam illius serva*: pecado esencialmente opuesto á la redención de Jesucristo, pues hace que perezca lo que Jesucristo vino á salvar: esto es lo que con tanta energía representaba el apóstol á los de Corinto diciendo: qué, habeis de quitar la vida del alma á vuestro hermano, por quien murió Jesucristo? pecado del cual nos tomará Dios cuenta muy estrecha: *ipse impius in iniquitate sua morietur. Sanguinem autem ejus de manu tua requiram*. Esta amenaza nos hace Dios por su profeta y es como si dijera; este hombre impío y licencioso, por el escándalo que le diste, morirá en su maldad y será reo de ella; pero tú que has sido la causa de su ruina, eres mas culpable á mis ojos y te pediré cuenta de su alma. (El Traductor.)

SEGUNDO PUNTO.

1.º Castigos temporales. 2.º Penas espirituales. 3.º Penas eternas. Las penas temporales son el desprecio de los demas, la infamia y la maldicion de Dios. Puede echar mano el párroco del ejemplo del demonio que habiendo causado la desgracia de nuestros primeros padres, fue maldecido por Dios y condenado á andar arrastrándose por la tierra y á ser un objeto de execracion para todos los hombres. No deben olvidarse tampoco las maldiciones que pronunció el Salvador contra los Fariseos, y tambien podrá decirse algo de las excomuniones y demas penas que la iglesia fulmina contra ciertos pecadores.

2.º Las penas espirituales son los pecados con que se carga el escandaloso y que es casi imposible reparar enteramente. Convendrá insistir sobre esta reflexion; cómo podreis reparar el perjuicio que habeis causado á vuestro hermano haciéndole perder la inocencia con vuestra instigacion al mal, con vuestro mal ejemplo, habiéndole enseñado á cometer pecados que ignoraba? Si por desgracia viniera á morir en ese estado, qué seria del infeliz, qué seria de vosotros? La voz de su sangre mas poderosa que la de Abel clamaria desde el infierno en que le habiais precipitado, justa venganza contra el autor de su infelicidad, quien empezaria á sentir sus terribles efectos aun en esta vida. Y si os llegais á encontrar en los infiernos con esa misma alma que habeis perdido, oh! que tormento tan horrible para vosotros por toda una eternidad! Y sino fuese una sola alma, sino muchas, si estas son vuestros propios hijos, vuestros mismos eriaños, vuestros mismos súbditos, se arrojarán entonces sobre vosotros á manera de furiosos leones para despedazaros y devoraros.

Qué hareis pues, H. M., si habeis tenido la desgracia de escandalizar á vuestro prójimo? Es por ventura tan inevitable vuestra perdicion que no debais abrigar esperanza alguna de remedio? Ah! no por cierto, H. M., pues aunque sea difícil alcanzar el perdon de vuestros pecados, no por eso puede decirse que es absolutamente imposible. David escandalizó, y sin embargo obtuvo el perdon de Dios.

Imitadle vosotros en su penitencia, emplead todos los medios que esten á vuestro alcance para reparar los escándalos que habeis dado, como súplicas, buenos consejos, ejemplos saludables, etc. *Docebo iniquos vias tuas*, (Ps. 50.) y de este modo lograreis hacer á Dios propicio, para que os conceda su gracia y amistad. Y vosotros, H. M., que habeis tenido la dicha de llevar siempre una vida pura y santa; muy pocos serán ciertamente, porque, quién habrá que no tenga que reprenderse de alguna falta en esta materia y que no haya dado motivo de escándalo? etc. vosotros, repito, temed sobremanera incurrir en un pecado tan enorme y procurad tener siempre á la vista aquel terrible anatema del Salvador: *Vae homini illi, etc. Expedit ut suspendatur, etc.*

Despues de haberse dirigido en particular á los justos y pecadores, podrá llamar la atencion de todos á la vez, poniéndoles delante la suerte que Dios tiene preparada á unos y á otros en el dia del juicio. Si como sucede comunmente, se celebra esta dominica despues de Pentecostés, deberá el párroco tratar de paso esta materia del juicio final para poder estenderse sobre alguno de los puntos precedentes y no hacer largo el discurso; pero si cae esta dominica en su época ordinaria, entonces convendrá que hable de ella con alguna estension, haciendo ver la diferente situacion que cabrá á buenos y malos en el último dia. Pero como es de suponer que en tiempo de Adviento se habrá hablado ya del juicio final, podrá fijarse hoy en alguna circunstancia que entonces hubiere omitido, como por ejemplo, el estado de los cuerpos en el dia de la resurreccion general. En este caso despues de hacer la narracion del evangelio, dirá de esta suerte: Hoy me propongo, H. M., ofrecer á vuestra consideracion el triste estado á que se verán reducidos los malos en el dia del juicio y la dicha que entonces disfrutarán los buenos. Principiará manifestando la desgraciada suerte de los malos, sirviéndose de estas palabras: *colligite primum cizania*. Los ángeles, dirá, les segarán lo mismo que á los buenos, pero con la diferencia de que á ellos despues de haberles segado, les pondrán en gavillas para entregarles al fuego. Porque asi como se recoje la cizaña, dice el Salvador, y se quema en el fuego, asi sucederá con

los malos al fin del mundo: *sicut ergo colliguntur cizania et igni comburuntur, etc.* Morirán pues los pecadores, como tambien los justos, unos y otros resucitarán en el último dia; mas el hijo del hombre enviará á sus ángeles y quitarán de su reino á todos los escandalosos y á cuantos obran la iniquidad: *colligent de regno ejus omnia scandala, etc.*: es decir, les arrancarán del reino y de la heredad de Jesucristo, les separarán para siempre de Dios y de la morada de los santos, y les arrojarán en el horno de fuego, donde será el llanto y el crujir de dientes por toda una eternidad. Podrá escaparse alguno al conocimiento y actividad de los ministros del Señor? Ni uno solo. Encontrarán quizá estos miserables pecadores algun paraje donde esconderse y no ser percibidos, podrán ponerles resistencia, ó ganarles la voluntad con dádivas ú otros medios? Ah! nada, nada será capaz de estorvar que estos fieles ejecutores de la divina justicia cumplan con su terrible ministerio y esto sin consideracion alguna ni á la edad, ni á la hermosura, ni á la ciencia, ni al rango, ni al nacimiento: *Alligate eos in fasciculos ad comburendum*, se les dirá por el supremo juez, y ellos en cumplimiento de esta orden tan espresa ligarán á los desgraciados pecadores, como se ata la cizaña en gavillas, para quemarles y precipitarles á la vez en las llamas eternas. Qué espectáculo este, H. M., tan espantoso! Ah! si fuera para que alli continuáran juntos satisfaciendo sus pasiones de avaricia, de gula, de lujuria, etc. pero no, que será *ad comburendum*, es decir, para sufrir en sus cuerpos, como en sus almas, tormentos incomprensibles en su rigor, eternos en su duracion; será para llorar, para bramar sempiternamente de coraje y desesperacion.

Hé aqui, pecadores que me escuchais, la suerte que os aguarda, el término á que os conduce vuestra perseverancia en la culpa: lo creis vosotros asi, estais firmemente persuadidos de una verdad tan terrible, repetida á cada paso en las escrituras y que forma uno de los artículos de nuestra fe? Si no lo creéis, sois en el hecho bien desgraciados y miserables; y si lo creéis, dónde está vuestra sensatez que no os apresurais á salir cuanto antes de una situacion tan peligrosa y espuesta, y á evitar unos males que tan de cerca os

amenazan? Porque no debeis mirar como lejano un tiempo, que ha de llegar demasiado pronto para vosotros; la muerte tiene ya dispuesta su formidable guadaña para segaros, y segun os encontréis en el último instante de vuestra vida, tales os hallareis en el día de la siega general. Pero si no os mueve el temor de los funestos males á que os esponeis con vuestra conducta, muévaoos al menos la consideracion de la inmensa gloria de que serán colmados los justos en aquel día: *Tunc fulgebunt Justi, etc.* Algunas veces, como que nos sorprendemos al ver lo mucho que Dios prueba á los justos con todo género de aflicciones, mientras que los pecadores prosperan y nadan en la abundancia. Sin que sea mi ánimo justificar aquí la divina providencia y sin detenerme tampoco á probar que el justo aun en esta vida vive mas tranquilo y mas feliz que el pecador, como ya lo tengo manifestado en otra ocasion, os haré ver hoy únicamente que por muy afligido que pueda ser el justo en este mundo, por muchos que sean los males que sufra, será completamente resarcido de todos ellos cuando venga el Señor á separar el buen grano de la cizaña; asi como por el contrario nada será mas deplorable entonces que la suerte del pecador, que ha disfrutado al parecer en esta vida de las delicias y prosperidades de la tierra. Cuál será pues el estado del justo al tiempo de la siega del Señor? *Justi fulgebunt sicut sol in regno patris eorum.* Describase aquí la gloria de los cuerpos bienaventurados, oponiéndola á las miserias con que hayan sido afligidos en este mundo, como enfermedades, pobreza, persecuciones, desprecio etc. para lo cual se echará mano de este excelente pasaje de san Pablo á los de Corinto: *Surget in incorruptione.... in gloria.... in virtute, etc.* (1. Cor. 15.) Hecho lo cual, se dirigirá á los justos, preguntándoles si esperan en esta gloria, si la creen y aguardan con entera confianza; les asegurará de parte de Dios que no les faltará tan grande recompensa, como perseveren en su servicio; y que por lo mismo no deben desalentarse, ni desmayar en el camino de la virtud, mucho mas cuando no está lejos para ellos el reino de Dios, cuya venida, les dirá, deben desear con todo su corazon y pedirla frecuentemente, rezando la oracion dominical.

20 Despues de esta esposicion se volverá al auditorio, preguntando

con quien desean verse reunidos en aquel dia. Sin duda que con los justos con los verdaderos cristianos, es decir, con aquellos cristianos, que se han distinguido por su religiosidad, que han sido caritativos, castos, pacientes, humildes, etc. Pues si así es, dirá, es menester que vivais como estos cristianos, que os ejerciteis en obras de religion, que tengais verdadera caridad para con el prójimo, etc. Porque debeis estar persuadidos, que no se os concederá en aquel dia la union con los justos, si no habeis vivido como ellos, pues cada cual se encontrará entonces en compañía de aquellos á quienes haya imitado en este mundo. Y en vista de esto será posible, H. M., que no nos animemos todos á practicar las virtudes y á llevar una vida enteramente cristiana? Qué alegría y qué consuelo para nosotros, si tenemos la dicha de vernos reunidos con los justos del antiguo y nuevo testamento! (Se designarán los justos mas notables.) *Ecce quàm bonum et quàm jucundum.* O qué compañía tan dulce y agradable! Quiera Dios en su misericordia que todos nosotros formemos parte de tan deliciosa reunion, que todas mis ovejas se encuentren allí con su pastor á la cabeza, y con todos los dignos pastores mis cohermanos y con Jesucristo nuestro gefe! Esta gracia voy á pedir por vosotros ahora en el santo sacrificio de la misa, la que os suplico pidais tambien por mí al dispensador de todo bien.

La epístola de este dia puede servir de mucho para moralizar convenientemente el asunto que se trate en la esplicacion del evangelio, pues no es otro al parecer el objeto que se ha propuesto la iglesia en la eleccion de las epístolas para los diferentes domingos del año.

La de hoy está sacada del cap. 3 de la carta de san Pablo á los Colossenses. Colossas era una de las principales ciudades de la Frigia, pues no distante de Laodicea, capital de la provincia. Escribió el apostol esta carta durante su prision en Roma por los años 60 ó 62 de Jesucristo. Está dividida, como la que dirigió á los Romanos, en dos partes; en la primera establece san Pablo el dogma de la encarnacion y combate ciertos errores que esparcian por aquella comarca algunos falsos apóstoles, y en la segunda dá escelentes reglas para las costumbres. En el cap. 3 despues de haberles exhortado enérgicamente á la mortificacion de las pasiones, á despo-

jarse del hombre viejo y vestirse del nuevo, les recomienda que como escogidos de Dios, santos, y amados, se revistan de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia y de paciencia, sufriendose unos á otros y perdonándose mutuamente, como el Señor les ha perdonado. Pero sobre todo que se mantengan en la caridad, que es el vínculo de la perfeccion, y que triunfe en sus corazones la paz, á la cual fueron llamados para formar un solo cuerpo. Que la palabra de Jesucristo, añade, habite abundantemente entre ellos, enseñándose con toda sabiduria y animándose unos á otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, y en fin que todo cuanto hagan, sea de palabra ó de obra, lo hagan en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de él gracias á Dios padre.

Al elegir, como se vé, nuestra madre la iglesia de las epístolas de san Pablo lo que hay mas de moral en ellas y particularmente aquellos pasajes que hacen relacion á la caridad, manifiesta bien claro sus deseos, de que los párrocos inculquen con frecuencia esta virtud á los fieles, que es la que constituye la perfeccion cristiana.

Por esta causa procurará elegir el párroco de entre las virtudes que nacen de la caridad ó que subsisten por ella, la que crea mas util y mas necesaria á sus oyentes: la mansedumbre, por ejemplo, la paciencia y el perdon mútuo de las ofensas son virtudes sobremedida importantes y sin embargo muy poco practicadas. Podria pues hablar, v. g., de la mansedumbre en particular, ó de la paciencia en sufrir las adversidades del prójimo, (léase el sermón de *mansuetudine* de san Juan Crisóstomo) (1) haciendo ver en el primer punto las ventajas y necesidad de esta virtud, y en el segundo los medios que deben ponerse en práctica para obtenerla.

La mansedumbre y la paciencia como tan recomendadas por Jesucristo con el ejemplo y la palabra, deben formar el principal distintivo de un cristiano: *Discite à me etc.* (1. *Math.* 11.) *Beati mites, etc.* (*id.* 5.) El apóstol san Pablo nos exhorta repetidas veces á la

(1) Hé aquí los principales pensamientos que se encuentran en el sermón citado y sirven para probar ambos puntos. *Servus Christi*, dice este santo Padre, *magis à morum mititate, quam à nomine quod ei parentes imposuerunt vocandus est...* Mi-

práctica de estas virtudes, por medio de las cuales somos amados de Dios, apreciados de los hombres y conseguimos poseer nuestros corazones en paz: *Pax Christi exultet in cordibus vestris*. Puede darse algo mas digno de nuestro deseo y aprecio? Véase una familia en que se practiquen la mansedumbre y la paciencia, y nos parecerá una imagen del paraíso; así como por el contrario en una familia en que no saben sobrellevarse los unos á los otros, en que no aciertan á proferir una palabra con afabilidad y dulzura, en esta familia todo es desorden, todo division del hermano contra el hermano, del esposo contra la esposa, del padre contra los hijos, de manera que aquello parece una especie de infierno, donde ha caído la maldicion y el anatema. Despues de haberse estendido el párroco en manifestar las ventajas de la mansedumbre que se encierran en las tres arriba enumeradas, y de haber inspirado en sus oyentes sentimientos de aprecio y deseo de conseguirla, les dirá los medios que al efecto deben poner en ejecucion.

tis orphanorum pater est, viduarum præses, paupertatis procurator, injuria affectorum adjutor, semper strenue agit quod justum. Mitis, reverendus pater pueris, et observandus dominus est servis.... Gratus et amabilis est videntibus et his quibus tantum nomine notus est; neque enim facile invenies, qui audiens laudari hominem mansuetum, et illum videre et osculari non desideret.... Est autem et hoc dignum recenseri; quod Christus solum pacificos, filios dei nominat, quia solus ille filium dei imitatur. Nam sicut Christus deus et omnium dominus in carne divina nobis apparens, sanctos angelos cum hominibus concordet effecit; ita et mansuetus homo fratres et cognatos qui inter se discordes sunt, conciliat. Quod in corpore nervi, hoc est mansuetus in domo, et ecclesia, et civitate.... Sed quid deterius hominibus qui iræ inserviunt? Insuavis est obviis, insuavis et vicinis, et si divitiis abundaverit non facile egenis succurret. Communis est hostis et civium et peregrinorum, clamat, vociferatur, dicenda et non dicenda loquitur, aspectu torvo, inflata facie, lingua rabida, et ut apparet, demone plenus... Prudentis igitur hominis fuerit ut sibi ab hoc morbo caveat, mentem contineat et furorem sopiat scripturarum admonitionibus. Omnis enim, inquit Paulus, amaritudo, et ira, et clamor auferatur á vobis cum omni malitia. Estote invicem benigni, misericordes etc.... Igitur qui vult deo assimilari, pro virili mansuetus sit ac mitis, feratque fortiter, si quid gravius aliis patiatur. Diligite inimicos vestros etc.... Etenim ipse Christus Dominus contumelia affectus, verberatus etc., leniter tulit judeorum furorem et non sumpsit vindictam, sed et patrem obsecraverit ne cœlestibus adversus impios telis uteretur. (*El Traductor.*)

SEGUNDO PUNTO.

El primer medio es hacer los esfuerzos posibles por alejar la ira, procurando desarraigar sus causas que son ó la avaricia, ó el orgullo, ó un gran fondo de amor propio que se ofende de la cosa mas mínima en los demas.

El segundo medio es pedir á Dios desde por la mañana que nos conceda esta virtud y que propongamos al mismo tiempo ejercitarnos durante el dia en alguno de sus actos, v. g., el de callar en ciertas ocasiones.

El tercero es practicarla varias veces al dia ya sea interior ó exteriormente, implorar el auxilio de Dios en las tentaciones y pensar en la mansedumbre de Jesus, cuyo dulce nombre es muy conveniente invocar con frecuencia.

En fin, cuando se haya obrado contra esta virtud, se debe cuidar de reparar al momento la falta por medio de la contricion y de algunos actos de mansedumbre para con aquellos á quienes se hubiere ofendido.

Se dirá en seguida que la verdadera mansedumbre no debe degenerar en muelle condescendencia y lo confirmará con el ejemplo de Jesucristo, que si bien no maldecia á los que le maldecian, no por eso dejaba de reprender á los pecadores públicos, como á los fariseos cuya hipocresía les echaba en cara. Y concluirá exhortando á que pidan la virtud de la mansedumbre á Jesucristo, llamado por ella cordero de Dios, que quiso ser inmolado en la cruz por nuestros pecados y que lo es todos los dias en el sacrificio de la misa; que destierre de nuestras almas toda ira, amargura, enojo y maledicencia, y que nos conceda ser fieles imitadores suyos portándonos con humildad, mansedumbre y sobrellevándonos unos á otros con paciencia y caridad. (Véase el cap. 4. de san Pablo á los Ephesios.)

En esta misma epístola exhorta san Pablo á los fieles á que alimenten su espíritu con la palabra de Jesucristo y á que se edifiquen mutuamente con cánticos espirituales. Con este motivo puede ha-

blar el párroco del uso y conveniencia de estos cánticos á la mira de introducir en su parroquia tan loable costumbre. Cuánto bien haria un párroco que consiguiera desterrar de entré sus feligreses las malas canciones, y que introdujera en su lugar los cánticos de piedad! Esta materia debe escitar todo su celo y no debe omitir nada para lograrlo. La epístola del día le ofrece oportunidad para una buena plática en que puede hacer ver la oposicion y repugnancia que dicen las malas canciones con los cánticos de piedad, por su autor, por su materia y por sus efectos. Quién ha compuesto las canciones profanas, cuál es su materia, por qué se cantan y qué efectos producen en el alma; y por el contrario, quién es el autor de los cánticos de piedad, principalmente de los que se cantan en la iglesia, cuál es su asunto, sus frutos y por qué se cantan; hé aquí los materiales que pueden servir perfectamente para formar la primera parte. En la segunda dirá cómo y con qué fin deben cantarse los cánticos de piedad, que no debe ser otro, sino con el de edificarse mutuamente y animarse en tan santo ejercicio: *commonentes vos metipsos in psalmis, etc. In gratia cantantes in cordibus vestris, Deo.* (Véase la esposicion de estos versículos en Cornelio á Lálide.) (1)

Oh, cuán edificante seria, H. M., si no solo en nuestros templos mas tambien en vuestras casas y aun en medio del campo resonáran los salmos, himnos y cánticos sagrados! Cuánto bien hariais vosotros padres y madres, si cuidárais de enseñarles á vuestros hijos,

(1) Dice así: *Verbum Christi habitet in vobis commonentes etc.*, id est, doctrina et evangelium Christi plenè et copiosè imbuat mentem vestram, in eaque quasi resideat et habitet, ut Christi sapientia plenè eam eructetis, ex eaque invicem doceatis, moneatis, exhortemini. Sic sancta Cæcilia evangelium Christi semper gerebat in pectore, et non diebus neque noctibus vacabat á colloquiis divinis, et oratione; indeque evangelium hoc ita cructavit, ut sponsum Valerianum et Tiburtium ejus fratrem converterit. Utinam christiani tam studiosi essent evangelii et doctrinæ, christianæ quantum exigit eorum professio et dignitas evangelii ac christianismi.

In gratia cantantes etc., id est cum gratiarum actione. Vult enim christianos tantorum bonorum quæ per Christum acceperunt, memores semper lætos, et exultantes vivere, Deoque laudes et hymnos in gratiarum actionem canere. Ita Ansel-

para que les cantáran con frecuencia en sus momentos de ocio! Pero qué crimen el vuestro, si permitis que aprendan y canten esas canciones mundanas y deshonestas, que no pueden menos de corromperles y pervertir su tierno corazón! Cuán abominable no se hace á los ojos de Dios aquel ó aquella que las canta delante de otros y les enseña y aun incita á repetirlas! En el nombre de Dios os suplico, H. M., que no se oigan entre vosotros tales cánticos tan impropios de la profesion de un cristiano! *Nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos. (Eph. 5.)*

En fin, las últimas palabras de la epístola contienen el consejo mas saludable que puede darse á los pueblos, á saber, que ejecuten todas sus obras en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Nunca estará de mas cuanto haga el párroco, para que sus feligreses se acostumbren á esta interesante práctica, de la cual depende en gran parte el que vivan y obren como cristianos, y cuyo olvido es la causa de que pierdan el fruto y la recompensa de sus trabajos.

Dos reflexiones deben formar el fondo de esta instruccion. En la primera hará ver que es sobremanera saludable la práctica de obrar siempre en nombre de Jesucristo y en la segunda espondrá las cualidades que deben acompañarla para que sea meritoria.

mus. Verum melius cum Teophil, *ingratia*, id est, cum gratia et venustate, ut vide licet tam pié, suaviter, reverenter canatis, ut voluptatem non carnalem, sed spiritualem, tam vobis et proximis, quam Deo ipsi afferatis. Unde vult hunc canticum fieri in cordibus, et mentibus, ut inde suavissimam ac piissimam vocem erumpat, qua alios doceamus et exhortemur.

Hic Paulus commendat psalmodiam. Est autem psalmus, inquit S. Basil. animarum tranquillitas, pacis arbiter, disciplinarum et documentorum promptuarium, fluctus cogitationum compescit, iracundiam mollit, dæmones fugat, angelos advocat; in diurnis laboribus requies est, in terroribus nocturnis securitas, elementum est incipientibus, incrementum perficientibus, confirmatio perfectis; psalmus est vox Ecclesiæ, angelorum opus, et cælestis reipubl. spirituale odorem. Corn. in epist. ad col. cap. 3. (*El Traductor.*)

PRIMER PUNTO.

Obrar en nombre de Jesucristo no es otra cosa que ejecutar nuestras acciones del mismo modo que Jesucristo hizo las suyas cuando estaba en este mundo. Ahora bien, nada mas escelente, nada mas agradable á Dios y de consiguiente nada mas meritorio, que el motivo que en todas ellas se proponia. (Se desenvolverá un poco este pensamiento, manifestando que Jesucristo no tenia otra mira en sus acciones aun las mas comunes, en el menor de sus pasos, movimientos, palabras etc., que la gloria de su eterno padre.)

Tal sería tambien á proporcion nuestra vida si tuviéramos cuidado de obrar en su nombre; porque entonces nos revestiríamos, por decirlo así, de sus mismos méritos y no habria accion por pequeña, que no nos sirviera de mérito para una abundante recompensa.

En seguida hará la aplicacion á los oyentes, segun sus diferentes condiciones; y recorriendo las principales circunstancias de la vida del Salvador, particularmente los misterios de su vida oculta que la iglesia se propone celebrar en este tiempo, *post Epiph.*, exhortará á las personas que llevan una vida obscura, á que la lleven tambien oculta en Dios y en Jesucristo: *vita abscondita.... cum Christo in Deo.* (Col. 3.)

A los justos con especialidad hará notar las ventajas que les ha de traer esta práctica, este santo ejercicio, el mas á propósito para conducirles á la perfeccion del cristianismo; añadiendo que de otra suerte no es posible arribar á ella, y que por eso todos los santos han cuidado de ponerla en ejecucion (1). Lo habeis hecho así vosotros, H. M.? Qué obras practicais cada dia en nombre de Jesucristo? Son por ventura el trabajo, la oracion, la comida? etc. Se vé algo en vuestra conducta que sea conforme con la vida de Jesucristo? Ah, puede ser que en todo un dia, en toda una semana no se encuentre en vosotros una sola accion que sea verdaderamente cris-

(1) San Ignacio de Loyola tenia continuamente en los labios estas palabras: *para mayor honra y gloria de Dios.* (El Traductor.)

tiana! Pero si no obráis cristianamente, á qué lleváis entonces el título de cristianos? (Comparacion con un soldado que no ejerciera ningun acto de su profesion.) Acaso habreis ignorado hasta aquí, qué cosa es obrar en nombre de Jesucristo; os lo enseñaré pues en el

SEGUNDO PUNTO.

Explíquese con claridad qué es lo que se entiende por obrar en nombre de Jesucristo y quiénes son los que tienen esta dicha.

Para obrar en nombre de Jesucristo es menester: 1.º hallarse animado de su espíritu y unido á él por medio de la gracia santificante, ó al menos por un sincero deseo de alcanzarla; 2.º obrar en el orden de Dios, es decir, practicar cuanto Dios ecsije de nosotros en nuestro respectivo estado; y 3.º ejecutarlo con el auxilio de su gracia del mismo modo que Jesucristo lo hacia y uniéndose á sus intenciones.

En seguida les dirá que no es por cierto una cosa muy costosa el obrar de esta suerte sino muy facil y agradable; que para ello traigan á la memoria desde por la mañana y varias veces durante el dia, en medio de sus ocupaciones, de sus negocios, en los viajes, en los padecimientos etc. la manera con que se conducia el Salvador en todas estas diferentes ocasiones. Haced la esperiencia, H. M., y conoceréis las ventajas de esta práctica importante; nada dulcificará tanto vuestras penas, nada os hará mas dignos del amor de Jesucristo, ni os asegurará mejor tampoco la posesion del reino de los cielos, como este saludable ejercicio. A él nos invita sin cesar nuestra madre la iglesia, que en todos sus oficios procura unirse siempre á Jesucristo su esposo; observadlo bien y vereis que en su nombre ora, que en su nombre alaba y ensalza á Dios, y que en su nombre por último bendice á los fieles sus hijos. (Se enumerarán las principales ceremonias, las oraciones de la misa, el prefacio, los sacramentos, etc. en que la iglesia interpone el nombre de Jesucristo.) Lo hace así, H. M., porque está bien penetrada de que no hay otro nombre en que podamos ser salvos, ni otro mas á propósito para honrar y glorificar á Dios. Imitad pues, concluirá, la conducta

de la iglesia vuestra madre, y ya sea que oreis, que trabajéis, cualquier cosa que hagais, obradlo todo en nombre de Jesucristo. Que el principio, el medio y el fin de todas vuestras acciones sea en nombre de Jesucristo y á gloria suya, dando gracias por medio de él á Dios Padre: *Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi, gratias agentes Deo, et Patri per ipsum.*

Dominica sexta despues de la Epifanía.

El evangelio de este dia es una continuacion del discurso que predicó el Salvador á las turbas que se habian agolpado en su derredor á la orilla del mar, y comprende las otras dos parábolas que la propuso, á saber, la del grano de jenabe, que es una planta de que se engendra la mostaza, el cual siendo á la vista menudísimo entre todas las semillas, crece sobremanera hasta hacerse un arbol, y la de la levadura que se mezcla con la harina y comunica su virtud á toda la masa.

Cómo la iglesia, ó la religion cristiana, se halla figurada en el grano de mostaza y en la levadura, deberá hablarse en este dia del establecimiento de la religion cristiana, la cual es con toda propiedad el reino de los cielos ó el reino de Jesucristo en la tierra, en donde únicamente se encuentran los medios para conseguir la eterna bienaventuranza. Nada más importante ni de mayor consuelo para los pueblos que el persuadirles bien de la divinidad de la religion que profesan. Esta persuasion al mismo tiempo que infunde en su espíritu sentimientos de gratitud para con Dios, les induce eficazmente á conformar su conducta con su creencia.

El evangelio de este dia, H. M., podrá decir al comenzar esta plática, es una continuacion del que oisteis en el domingo anterior. Entonces os esplicamos una de las parábolas que propuso el Salvador á las turbas que en tropel habian acudido á escuchar su doc-

trina á la ribera del mar. Pero ademas de esta les propuso otras dos que son las que acabamos de cantar en el evangelio y son como siguen. (Se referirán.) Cuál es, H. M., este reino de los cielos que el Salvador dice es semejante á un grano de mostaza la mas pequeña de todas las simientes? No es otra cosa en sentido de los santos padres é intérpretes de la escritura que la religion cristiana, la cual es con propiedad el reino de Dios en la tierra, como la única en que puede arribar el hombre á la patria celestial. El Salvador compara esta religion ó este reino á un grano de mostaza en dos cosas que son, la pequenez en su origen y la estension en su crecimiento. Y en efecto, así como entre todos los granos ó simientes una de las mas pequeñas es la mostaza, así entre todas las religiones ha sido la cristiana la mas débil y oscura en su origen: pero del mismo modo que el grano de mostaza arrojado en la tierra echa raiz, crece, se fortifica y sube hasta la altura de un arbol, de manera que las aves del cielo pueden posar en sus ramas; así tambien la religion cristiana, débil en su nacimiento y limitada á sola la Judea, se ha esparcido en todo el mundo por el ministerio de los apóstoles, de forma que los filósofos, los reyes y emperadores han tenido á mucho honor el abrazarla y seguir su doctrina.

En esta misma religion, H. M., en esta iglesia católica es donde hemos tenido nosotros la dicha de nacer y su doctrina es la que profesamos. Procuremos pues persuadirnos mas y mas de su divinidad y aprendamos al propio tiempo qué es lo que ecsige de nosotros. La religion que profesamos es una religion toda divina y la única verdadera, será la materia del primer punto. Qué ecsige de nosotros esta religion, la materia del segundo.

PRIMER PUNTO.

Se principiará este punto sentando la necesidad de una religion. Hay un Dios, se dirá, luego debe haber tambien una religion. Porque la religion no es otra cosa que aquella virtud por la cual damos á Dios el culto que le es debido; es el ejercicio de aquellos

actos con que le glorificamos y que está obligado á tributarle el hombre con todo su ser, es decir, interior y exteriormente; pues como todo lo ha recibido de Dios, lo mismo el alma que el cuerpo, debe tambien darle culto con ambas sustancias, de manera que á los sentimientos de piedad en el alma acompañen los actos exteriores de adoracion en el cuerpo. Este culto debe ser tambien público y solemne, porque viviendo los hombres en sociedad y habiendo recibido de Dios tantos beneficios que les son comunes, está muy puesto en orden que se reunan en un mismo culto, para edificarse mutuamente y dar á Dios todos juntos el homenaje de sus adoraciones. Pero cómo ha de ser este culto? Con qué actos de religion ha de honrar el hombre á la divinidad? Con aquellos que el mismo Dios le haya prescrito, porque á él solo le pertenece determinar la forma y el modo con que ha de ser honrado y servido por sus criaturas.

Se hablará en seguida de la religion judáica ó de la ley antigua revelada por Dios á Moisés y que era la religion única verdadera antes de Jesucristo. Pero esta religion, se dirá, no subsiste ya, habiendo cesado desde la venida de Jesucristo, que se dignó establecer la que hoy vemos esparcida en todo el mundo y se llama religion cristiana. Se trata pues de saber, H. M., si esta religion es verdaderamente divina, es decir, si Jesucristo, que es su gefe y autor, fué enviado por Dios; si es verdadero Dios y hombre, como él mismo lo aseguraba; y en una palabra si la religion que profesamos está marcada con el sello de la divinidad de suerte que no podamos dudar de que procede de Dios y fué establecida por su virtud omnipotente. Para convencernos de ello plenamente no hay mas que ecsaminar esta religion en su establecimiento y propagacion. De qué se trataba cuando Jesucristo vino á fundar su iglesia? Qué le era necesario para llevar á cabo su grande designio? Necesitaba probar nada menos que él era el Mesias, el hijo de Dios; necesitaba poner fin á la religion judáica, ó mas bien perfeccionar la ley antigua; necesitaba destruir la idolatría con todas sus supersticiones y hacerse conocer y adorar por todo el mundo como verdadero hijo de Dios; (véase á Bourdaloue tom. 1. Domin. sobre este evang.

p. 2. (1.) necesitaba en fin establecer una religion que durase hasta la consumacion de los siglos. He aquí lo que se ha cumplido á la letra, y lo que nos debe persuadir con toda evidencia de que nuestra religion es verdaderamente divina. (Se probará cada una de estas proposiciones, haciendo ver que todas las profecias se cumplieron en Jesucristo, el cual atestiguó su mision con los milagros mas sor-

(1) Dice así: la empresa que se proponia realizar Jesucristo era asombrosa; se trataba en ella nada menos que de formar un mundo nuevo, borrar las supersticiones mas antiguas que la memoria de los hombres, desterrar los errores que habian autorizado los siglos, estirpar la idolatria y establecer en su lugar una ley austera é incómoda, una fe ciega y una religion contraria á todas las inclinaciones de la carne. Y para esto era preciso contrarrestar los esfuerzos de los potentados de la tierra, la ciencia de los políticos, el poder de los soberanos, toda la crueldad de los tiranos, todo el celo de los idólatras, y toda la impiedad de los ateos.

Si Jesucristo, dice san Agustín, antes de dar la última mano á esta grande obra hubiera consultado su proyecto con el filósofo mas célebre de aquella época y se le hubiera explicado en estos términos: no obstante las contradicciones que sufre mi doctrina y que te son manifestas, me propongo conseguir que la abrace todo el mundo y que crea en ella á su pesar. Hasta aquí solo he predicado en los pueblos y ciudades de la Judea; pero muy luego la haré oír á todos los pueblos, y quiero que toda la tierra reciba el escándalo de la cruz: Roma misma, esa señora del mundo es la que ya tengo elegida para hacerla el centro y el asiento de mi imperio. Ves esas divinidades que encierra en sus muros y á quienes rinde adoracion? pues todas ellas me propongo derribar y construir mis altares con los escombros de sus templos, y á esos Césares que hacen temblar las naciones, les quiero arrojar de su trono y colocar en él mis pontífices que me han de suceder hasta la consumacion de los siglos. Mas no es esto todo, pues que para llevar á cabo mi proyecto tengo puestos los ojos en doce pobres pescadores sin estudios, sin ciencia ni apoyo humano, ni conocimiento del mundo.... A esta propuesta qué hubiera dicho, qué hubiera pensado este filósofo, dice san Agustín? Cuanto mayor fuera su talento y su ciencia, mas hubiera calificado el proyecto de extravagancia y locura. Y sin embargo esto es lo que se ha ejecutado y esta es la maravilla que presenciámos.

Esta religion es la única que, como dice san Gerónimo, se ha sostenido en las persecuciones: *Sola in persecutionibus stetit ecclesia*. La sangre de los mártires ha sido segun la espresion de Tertuliano una semilla fecunda de cristianos: *Sanguis martyrum, semen christianorum*. *Quanto opprimebant eos, tanto magis multiplicabantur.* (El Traductor.)

prendentes y estraordinarios; que dejó de ecsistir la religion de los judios, que fue destruido su templo, que ellos se dispersaron por toda la tierra, y que se hallan sin sacrificio, sin sacerdotes, sin gobierno propio; manifestará ademas que la ley de Jesucristo ha sido recibida por todas las naciones; que los mas grandes ingenios se apresuraron á abrazarla aun á costa de su sangre, y que despues de diez y ocho siglos subsiste firme y vigorosa á pesar del furor de los tiranos y de los esfuerzos reunidos de la heregia y del libertinaje.)

Tambien se puede mostrar su divinidad por la santidad de su autor Jesucristo y de aquellos que la predicaron, por la pureza y severidad de su moral, que jamás hubieran podido inventar los hombres y mucho menos reducir á práctica, como lo han hecho y hacen tantos en el dia ausiliados de la gracia divina.

Aqui cuidará el párroco de inspirar en sus oyentes sentimientos de gratitud y reconocimiento hácia Dios, que les ha elegido con preferencia á tantos otros para ser miembros de la iglesia católica.

Mas no basta hacerles ver que la religion cristiana es divina, es necesario demostrar ademas que ella solo lo es, y que no hay otra religion verdadera sino la católica, apostólica romana. Por lo que toca á las religiones del paganismo es claro que no pueden proceder de Dios, y en cuanto á las demas que se titulan cristianas y rehusan no obstante obedecer al gefe de la iglesia católica, romana, es preciso que sean tambien falsas. Solo hay una religion establecida por Jesucristo: una *fides*, (*Ephs. 4.*) y como Dios que es la misma verdad no puede contradecirse, es imposible que haya revelado al hombre dogmas contradictoriamente opuestos; es pues absolutamente necesario que solo ecsista una religion verdadera. Ahora bien, nada es mas cierto que solo á la católica convienen los caracteres de verdadera religion de Jesucristo: (se referirán algunas pruebas de esta verdad, inculcando principalmente la de que en esta sola se encuentran los sucesores de san Pedro, los sacramentos instituidos por Jesucristo y el fundamento sólido de la unidad de la fe; se manifestará que todas las demas son nuevas y pura invencion de hombres, que por lo comun han sido de costumbres corrompidas; que su fe carece de fundamento y que por eso se hallan sujetas á una

infinidad de variaciones, signo el mas evidente de su falsedad.

Bendito seais, Dios mio, dirá, por el favor tan singular que nos habeis hecho colocándonos en el seno de la verdadera iglesia; nosotros creemos firmemente que ella procede de vos y que es la única verdadera; nos habeis dejado pruebas tan ciertas que seríamos inescusables, si rehusáramos adherirnos á su enseñanza con todo nuestro corazon; por lo mismo cada dia creemos mas y mas, Señor, en vuestra santa iglesia católica y os suplicamos que aumenteis nuestra fe y que la hagais crecer en nuestras almas: ojalá que nuestra conducta corresponda tambien á la religion que profesamos; este es un deber, H. M., de que voy á hablaros en el

SEGUNDO PUNTO.

De nada nos serviría haber nacido en el seno de la verdadera religion, si no tratáramos de cumplir las obligaciones que nos impone; antes bien nos haríamos mas culpables y mereceríamos ser castigados con mayor severidad que los mismos infieles. Por lo mismo debemos poner el mas esquisito cuidado en llenar las obligaciones que la religion nos prescribe. Y cuáles son estas? tres son las principales que comprenden todas las demas, á saber, la de unirnos sincera é inviolablemente á esta religion, la de profesarla exteriormente y la de tener costumbres puras y santas.

Primer deber: unirnos de corazon é inviolablemente á la religion católica: *corde creditur ad justitiam*, (Rom. 10.) dice el apostol; *in fide fundati, et stabiles, et immobiles à spe evangelii*. (Colos. 1.) Se podrán citar algunos pasajes de san Pablo, en los cuales trata de confirmar á los fieles en la fe. Nada debe hacernos vacilar en esta adhesion, y todas las dudas que puedan suscitarse en nuestro espíritu deben ser despreciadas al momento; las objeciones y argumentos de los incrédulos, no son mas que sofismas y argumentos capciosos que tantas veces han sido desbaratados: cuanto mas examinemos la religion cristiana y católica, y la comparemos con las otras, tanto mayor será nuestro convencimiento y nuestra adhesion á esta hija del cielo.

Segundo deber: hacer una profesion pública y exterior de nuestra religion: *ore confessio fit ad salutem*. Profesion en el seno de la familia, profesion en el templo, profesion en las reuniones, y especialmente cuando fuere atacada. (Se explicarán estas tres clases de profesion exterior, advirtiendo á los oyentes que no disputen temerariamente sobre puntos de religion; les encargará que recen con atencion el *Credo* por mañana y tarde y les hará entender la fuerza de estas palabras: *Credo in Deum, Credo Sanctam Ecclesiam*.)

El tercer deber, el mas esencial de cuantos nos impone la religion, es el de una vida pura y santa, de una vida conforme en todo á la moral del evangelio. Qué contraste, dirá, qué contradicción, si creyendo verdaderamente que Jesucristo es el autor de nuestra religion, llevamos una vida carnal y nada diferente de la de los paganos! Sí, v. g., etc.: se hará el detalle de las costumbres opuestas al cristianismo, y en seguida la aplicacion á los oyentes, escitándoles á entrar dentro de sí mismos para ecsaminarse sobre el cumplimiento de estos tres deberes: 1.º si están bien persuadidos de la divinidad de la religion que profesan: 2.º si no se entregan de cuando en cuando á dudas voluntarias: 3.º si rezan el *credo* con atencion: 4.º si no se mofan algunas veces de las prácticas de religion: 5.º si no autorizan con su proceder á los que ponen en duda alguno de sus dogmas: 6.º si hacen con gusto los ejercicios públicos de religion, y si estos ejercicios van animados del espíritu interior de esta virtud, es decir, de un verdadero deseo y de una intencion sincera de dar culto á Dios: 7.º en fin, si sus costumbres son puras, si conservan su corazon y su cuerpo en la santidad que de todo cristiano ecsige el cristianismo. Ah! se dirá, cuántos hay cuya vida es en un todo semejante á la de los herejes y paganos, si se esceptuan algunas prácticas exteriores de religion que cumplen tan solo por respetos humanos ó por salvar las apariencias!

De aquí se procederá á inspirar en los oyentes sentimientos de pesar, de vergüenza y de propósito firme de enmienda, escitándoles á que en prueba de la sinceridad de su resolucion asistan ahora con espíritu de piedad al acto mas perfecto y augusto del cristianismo, cual es el santo sacrificio de la misa, y que para en adelante re-

fleccione cada uno sobre los medios mas á propósito para hacer una vida verdaderamente santa.

El segundo asunto que puede tratarse en este dia es el de la virtud ó eficacia de la doctrina evangélica, para lo cual se explicará la virtud que tiene el grano de mostaza, como tambien la de levadura mezclada con la harina. (Véase á Corn. á Lapide sobre este evangelio.) (1) Se principiará estableciendo la eficacia de esta doctrina por los efectos que produjo su predicacion: 1.º por Jesucristo: 2.º por los apóstoles, y 3.º por sus sucesores, y en seguida se enumerarán las propiedades de esta misma doctrina. Cuando la medita el cristiano y la guarda en su corazon, produce en él mil buenos efectos. Porque asi como el grano de mostaza despues de molido es sobremanera útil al que le usa, para preservarse de varias enfermedades, para purgarse de los malos humores, para ento-

(1) *Evangelium aut doctrina evangelica comparatur sinapi: 1.º quia Christus intendit significare ingentem vim, fructum, et propaginem evangelicæ predicationis, utpote quæ à tenui principio cum Christo cæpit, et per paucos apostolos in totum orbem se dilatavit. Granum enim sinapis est minimum omnibus seminibus, et sic evangelica predicatio primo stetit in Christo et paucis apostolis, fuitque minima. 2.º Granum sinapis præsertim in Syria crescit in arborem, ita ut in ejus ramis habitent, Syrus, nidificent volucres cæli; sic evangelium crevit et totum orbem occupavit, ita ut in ramis ejus habitent volucres cæli, id est, homines scientia sublimes, item reges et principes. Ramus est Petrus, ait Aug. Ser. 33 de Sanctis, ramus est Paulus, ramus est beatus Laurentius. Rami sunt omnes apostoli vel martyres Salvatoris ad quos si quis fortiter se tenuerit, fluctibus sæculi minime mergitur. 3.º Sinapi conteri debet; contritum enim vim igneam et halitum expirat; sic mille pressuris et persecutionibus contrita fuit in apostolis evangelica predicatio, et tunc igneam suam vim et fortitudinem exhalavit. 4.º Sinapi, teste Plinio, acre et mordax purgat pituitam, excretiones faciles facit, ad dentium dolorum manditur, fungorum venena discutit, stomacho pectorique utilissimum: valet contra epilepsiam, hydropem, asthma, lethargum, pluresque alios morbos, sic evangelium venena id est peccata expellit vomitu confessionis: acre est et mordax, quia poenitentiam docet et crucem, omnibus animæ potentiis medetur, ac præsertim concupiscentias desiccatur, vitia expellit, et virtutes acuit. 5.º Sinapi sua acredine cibos condit, sapidosque facit; sic et evangelium, omne quod durum et arduum est, sapidum efficit exemplo Christi et spe futuræ gloriæ quam promittit. Corn. loc. cit. (El Traductor,)*

narse y encontrar gusto en los alimentos; de la misma suerte la doctrina del evangelio bien meditada purifica nuestro espíritu y nuestro corazon, *Fide purificans corda eorum*, cura las enfermedades de nuestra alma, nos escita á la virtud y nos la hace dulce y agradable. Esta doctrina tiene tambien las propiedades de la levadura, cuya virtud se estiende por toda la masa, hasta hacerla fermentar enteramente; es decir, que cuando la doctrina del evangelio llega á grabarse en el fondo de nuestro corazon, ejerce una grande influencia en nuestra conducta, porque nos calienta poco á poco con el fuego del amor divino, hasta llegar á encendernos y abrasarnos del todo: *Donec fermentatum est totum*. Basta, se añadirá, uno solo de estos granos espirituales, un poco de levadura sagrada, es decir, una sola de las máximas evangélicas, como se la profundice bien, para hacer de nosotros unos hombres enteramente nuevos. Qué fue lo que convirtió á un san Francisco Javier, sino aquella máxima del evangelio que tenia siempre á la vista: *Quid prodest homini, etc.*? Tambien se puede citar á san Antonio, á san Francisco de Asis y otros muchos que debieron su conversion á la meditacion de alguna máxima evangélica.

En seguida preguntará el párroco á los oyentes, cuál es la causa de que esta doctrina siendo tan poderosa en sí misma, ejerza sobre vosotros tan poca virtud? Consiste, dirá, en que no haceis de ella el uso que debiérais, consiste en que para vosotros es como el grano ó como la levadura que se deja á un lado ó se oculta sin servirse de ella.

Y al concluir les escitará á que hagan serias y santas reflexiones sobre la doctrina de la religion católica; y si lo cree á propósito, podrá añadir las otras tres parábolas que propuso el Salvador á las turbas en esta misma ocasion, para que las mediten y reflexionen con cuidado. Estas parábolas son la del tesoro escondido en el campo, de la perla preciosa comprada por el mercader á costa de todos sus bienes, y de la red que echada en el mar allega todo género de peces, buenos y malos, de los cuales se conservan los primeros, y los otros son arrojados. Sobre cada una de estas parábolas se pueden decir cosas excelentes, ya hablando de todas á la

vez, ó bien de una sola, en cuyo caso se la explicaria con alguna estension.

Asi es, dirá, como hablaba en parábolas el Salvador á sus oyentes, valiéndose de estas comparaciones familiares para hacerles atentos á lo que les enseñaba, y por esta misma razon procuro yo tambien, H. M., instruiros á vosotros de una manera sensible y acomodada á vuestros alcances; pero quisiera como el Salvador que hicieseis lo posible por vuestra parte, para comprender bien cuanto os digo y que reflexionáseis sobre ello con la mayor seriedad: *intelleexistis haec omnia? Dicunt ei: Etiam.* Esta gracia es la que voy á pedir por vosotros al mismo Salvador en el santo sacrificio de la misa.

Despues de algunos años en que se haya explicado cada una de estas parábolas en particular, convendria que el párroco las reuniera todas en una misma plática, como lo hizo el Salvador, que en un solo discurso las propuso al pueblo que le seguia; en este caso cuidaría de recapitular cuanto hubiera dicho de mas esencial, ya sobre el dogma como sobre la moral, y preguntaría á sus oyentes si se acordaban de ello y si habian producido algun fruto en sus almas las anteriores resoluciones. La conclusion seria escitarles á que las meditáran en adelante con mas atencion y tratáran de sacar mas provecho, á fin de que Jesucristo reinára en ellos por su gracia durante la vida y pudieran de este modo ser admitidos en el reino de los cielos.

De esta práctica es muy conveniente hacer uso de cuando en cuando, recapitulando las instrucciones de los años precedentes, por ser muy á propósito semejante método para inculcar mas y mas en los oyentes las verdades cristianas y hacer que entren dentro de sí mismos, para meditar atentamente sobre ellas.

La epístola de este domingo es el principio de la primera carta de san Pablo á los Thessalonicences. El mismo apostol habia ya predicado en Thessalónica, ciudad de la Macedonia, donde logró convertir gran número de gentiles, entre los cuales se contaban personas de distincion de uno y otro sexo, como se refiere en el cap. 17 de los hechos apostólicos. Pero habiéndose visto precisado á huir

de Thessalónica por la envidia de los judios que le perseguian, se retiró á Athenas, y de aqui á Corinto, desde donde escribió esta carta que es la primera de todas en el orden de tiempo, hácia el año 52 de la era cristiana: contiene en todo cinco capítulos cuyo asunto es el siguiente: Hallándose en Athenas san Pablo habia enviado su discípulo Timoteo á Thesalónica, para que acabase allí la obra que él tenia comenzada. Despues de algun tiempo vino este fiel discípulo á encontrarse con san Pablo en Corinto con el objeto de darle cuenta de su ministerio y de la constancia en la fe de los fieles de Thesalónica. No pudiendo el apostol pasar á verlos, les escribió esta carta, en la cual despues de elogiar su fervor en la fe, su esperanza y caridad en medio de las persecuciones, les recuerda la manera con que recibieron el evangelio, les anima á perseverar en tan buenas disposiciones y por último les da interesantes avisos y reglas de moral para su instruccion y observancia, exhortándoles á que se preparen para el dia del juicio por medio de una vida santa y especialmente por la oracion y las obras de caridad.

No puede darse cosa mas edificante que esta carta; los fieles no podrán menos de oir con gusto su lectura y los párrocos beberán tambien en ella aquellos sentimientos de que deben estar penetrados para con los que Dios ha puesto á su cuidado; tambien encontrarán principalmente en el cap. 2. un compendio de todos los deberes del predicador del evangelio y materia abundante en toda ella para excelentes advertencias y reflexiones morales, como tambien un modelo de la manera tierna con que deben hablar á los pueblos, para fortalecerles en la virtud. El orden de esta carta es como sigue:

Principia el apostol invocando el nombre de Dios y de Jesu-cristo nuestro Señor, y su primer deseo, como en todas las que escribió, es la gracia y la paz á los fieles: *Gratia vobis et pax*. Concluye la carta repitiendo el mismo deseo y poco antes les conjura por el Señor á que la lean á todos los santos hermanos, es decir, á todos los fieles: *Adjuro vos per Dominum, ut legatur epistola hæc omnibus sanctis fratribus*. De aqui ha provenido sin duda el que la iglesia haga leer en la misa las cartas de los apóstoles y especialmente las de san Pablo.

Cuando el párroco forme la plática sobre la presente epístola, convendrá que dé al pueblo una idea del motivo con que fue escrita y de la materia que en ella se trata, y les advertirá que en todos tiempos ha sido costumbre en la iglesia desde su establecimiento la práctica de estas santas lecturas en las asambleas de los fieles, y que al principio se leía no solo el evangelio, sino tambien todas las cartas que habian escrito los apóstoles inspirados por el Espíritu santo y particularmente esta de san Pablo. Conformándome yo, H. M., dirá, con esta loable costumbre, os haré hoy la lectura de la epístola de la misa y añadiré algunas instrucciones para vuestra edificacion y aprovechamiento. Esta clase de pláticas presentadas de cuando en cuando á los pueblos en forma de lectura espiritual con las reflexiones convenientes, producirán en ellos á no dudar los mejores efectos y por lo mismo no podemos menos de recomendarlas muy particularmente á los párrocos. Esta manera de enseñar, ademas de la conformidad que guarda con lo practicado en los primeros siglos, tiene la ventaja de ser mas acomodada á la capacidad de los fieles, que no los discursos estudiados, los cuales como hay necesidad de recitarles sin interrupcion y con cierta eficácia, apenas dejan lugar al oyente para seguir al predicador. Este por su parte no tendrá que poner tanto trabajo para prepararse y componer su discurso, sin que por eso los fieles perciban menos provecho; pues antes bien contribuiría la variedad á evitar el fastidio que suelen producir las instrucciones uniformes ó que se hacen siempre por un mismo estilo. El método que en tal caso debe observarse es el siguiente:

1.º Se dará principio con la lectura en lengua vulgar de la epístola ó del evangelio, valiéndose de una buena version, como la de Scio, ó Amat.

2.º Despues de la lectura se dará al pueblo una idea del libro de que está tomada la epístola, inculcando bien que no hay en ella una sola palabra que no proceda de Dios y que no haya sido inspirada por el Espíritu Santo.

3.º Hecho esto se fijará el párroco en los principales puntos de la epístola ó evangelio, haciéndoseles notar al auditorio; y en seguida

deducirá las reflexiones morales mas conducentes á su salud espiritual. Reduciremos á práctica este mismo método en la epístola de hoy.

La materia de vuestra instruccion en este dia, H. M., será la epístola de la misa que se acaba de cantar, y para que podais sacar de ella el fruto conveniente, os la voy á leer en castellano y á daros su explicacion. La iglesia en los divinos oficios y principalmente en la misa y vísperas solo se vale de dos lenguas, la latina y la griega, la primera para el occidente y la segunda para el oriente, lo cual hace por sábias razones. (Se referirán algunas.) Pero al mismo tiempo es su voluntad, que os demos á conocer por medio de una sencilla explicacion en lengua vulgar lo que se lee ó se canta en el altar, con el objeto de que todos podais aprovecharos y participar de los santos misterios con mejor disposicion y mas abundante fruto. Hé aquí la epístola de la misa. (Léase y en seguida se les explicará lo que es esta carta, quién la escribió, si es su autor el Espíritu Santo que hablaba por boca de san Pablo, si la iglesia la ha tenido siempre por divina, el motivo que tuvo el apostol para escribirla, y se hará notar por último la súplica que hace á su final, de que se lea á todos los santos, es decir, á todos los cristianos, y como se lo ruega por Dios nuestro Señor. Si se concreta el párroco al primer capítulo, que es el que forma la epístola de este domingo, hará sobre él las siguientes reflexiones.) Qué desea el apostol en esta carta, H. M.? Cuáles son sus sentimientos para con los fieles á quienes escribe? De qué les felicita y qué es lo que les recomienda? Les dirá primero, que el apostol escribe á los fieles en nombre de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor, y que empieza deseándoles la gracia y la paz: se hará notar la santidad de este deseo, el único verdaderamente digno de un hombre apostólico y aun de todo cristiano. (Compárese este deseo con los que comunmente se hacen en el mundo.) En seguida el apostol manifiesta sus sentimientos de gratitud para con Dios, por las gracias que ha dispensado á los Thessalonicenses y les asegura que ruega continuamente por ellos, que se acuerda de su fe eficaz, caritativa y animosa. Despues les felicita por la manera con que han recibido el evangelio y por los maravillosos frutos que ha producido su ejemplo,

no solo en la Macedonia y en la Achaya, sino en todas partes; les anima á perseverar en esta vida cristiana y ejemplar y en lo restante de su carta les señala lo que deben huir y lo que deben practicar.

Estos mismos sentimientos, H. M., debo yo tener para con todos vosotros. (Les manifestará de una manera tierna y cordial, como lo hace el apostol, añadiendo que no cesa de pedir al Señor por su santificacion.) Pero puedo yo, continuará, regocijarme como san Pablo de vuestra fe, de vuestra paciencia? etc. (Significará aqui su satisfaccion y contento para con los buenos, cuyo elogio hará segun que se lo dicte el espíritu de prudencia;) mas en vez de poder decir de todos vosotros, lo que el apostol manifestaba de los Thessalonicenses, *Gratias agimus Deo, pro omnibus vobis*, no deberia yo por el contrario llenarme de tristeza á la vista de los desórdenes que reinan en la parroquia? Quiénes eran sin embargo, H. M., estos fieles á quienes escribia el apostol? Eran unos hombres que hasta entonces habian vivido en la idolatría, encnagados en todo género de vicios y que estaban sumergidos en las tinieblas del error. Qué cambio tan sorprendente H. M.! *conversi estis ad Deum à simulacris, servire Deo vivo*. Y vosotros nacidos y educados en el seno del cristianismo, escogidos especialmente por Dios, instruidos hace ya tanto tiempo en la doctrina del evangelio; vosotros á quienes tantas veces he amonestado, corregido, suplicado y conjurado yo mismo, á todas horas y en todos momentos; bien lejos de imitar la fe, el fervor y la constancia de estos primeros cristianos, solo teneis una fe lánguida y esteril, os desalentais ante los menores trabajos, vacilais en las mas pequeñas tribulaciones etc.; y qué digo! os dejais arrastrar de aquellas pasiones que el apostol condena en los infieles é idólatras. (Se continuará el detalle segun las circunstancias de lugar y personas, oponiendo siempre el ejemplo de los Thessalonicenses, cuyo buen olor se esparcia por todas partes, á los escándalos que dan algunos parroquianos, que por ser tan ruidosos se divulgan entre los pueblos vecinos).

Ah!, continuará, qué confusion y que vergüenza para vosotros, cuando estos primeros fieles os echen en cara en el dia del juicio vuestro desacordado proceder! Ellos esperaban del cielo, dice el

apostol, al hijo de Dios, que nos libertó de la ira venidera, ellos se ocupaban sin cesar en prepararse para día tan terrible; podrá decirse otro tanto de vosotros, se podrá creer en vista de vuestra conducta que solo pensais en disponeros para la segunda venida de Jesucristo?

Aquí puede valerse el párroco de alguna de las tiernas exhortaciones que hacia san Pablo á los Thessalonicenses, y tomará de esta misma carta aquellos pasages que le parezcan mas propios para interesar y mover el corazon de sus oyentes, conjurándoles especialmente á que renuncien á sus ídolos, que son el apetito desordenado de placeres, de riquezas y de honores. Vosotros, les dirá, mirais con horror aquellos infieles que adoraban el sol, las estrellas, y hasta inmundos animales y estátuas inanimadas; pero sois menos culpables en sacrificar á los ídolos de la carne, del oro, de la plata y de vuestro cuerpo, olvidándoos entre tanto de servir al Dios vivo y verdadero, ó dividiendo vuestro culto entre este Dios y las pasiones del bruto? (Al concluir les manifestará el párroco su tierno amor y solicitud por la salud espiritual de sus almas, valiéndose de los versículos 8, 11 y 12, del cap. 2.º, pero con las limitaciones correspondientes á la inferioridad de celo, ect. respecto del apostol.) Cerrará el discurso con estas palabras: *scientes, fratres dilecti à Deo, electionem vestram*; pues que habeis sido escojidos por Dios del mismo modo que los Thessalonicenses, para poseer la herencia celestial, procurad haceros dignos de ella por medio de una vida semejante á la de estos primeros fieles; esto es lo que continuamente pediré á Dios por vosotros en mis oraciones y en cambio os suplico con el apostol que rogueis por vuestro párroco; *fratres orate pro nobis*, á fin de que se le concedan los auxilios necesarios para desempeñar debidamente su difícil ministerio.

Antes de concluir las dominicas post Epiph. creo deber advertir á los párrocos y á todos los que están encargados de enseñar á los pueblos, que no siendo otro el espíritu de la iglesia desde navidad á septuagésima que el de honrar á Jesucristo en los misterios de su infancia y de su vida privada, seria muy conveniente que hicieran un discurso aparte, donde reunieran todo cuanto dice relacion

á este período de la vida del Salvador, del cual suele hablarse pocas veces, no obstante de encerrar la mayor parte de toda ella. Aunque ya se ha dicho alguna cosa en las instrucciones particulares de las dominicas precedentes, convendría sin embargo que se hablara esprofeso en uno de los domingos post Epiph., ó bien en el último, en cuyo caso se podría comenzar de esta suerte: Nos hallamos á fines, H. M., del tiempo en que la iglesia recuerda á los fieles la vida oculta del Salvador, es decir, la vida que llevó hasta la edad de 30 años, en que dió principio á su vida pública y evangélica. Aunque ya os he hablado de este asunto en las pláticas de los domingos anteriores, y siempre que se ha presentado ocasion; es sin embargo tan importante y nos ofrece tan gran fondo de reflexiones saludables, que no puedo dispensarme de tratarle con mas estension y particularidad. Bien sabeis, H. M., que habiéndose propuesto el hijo de Dios, el verbo encarnado rescatarnos con su muerte de la esclavitud del pecado, y darnos al mismo tiempo durante su morada en la tierra el ejemplo de todas las virtudes que debemos practicar, para que participemos de los frutos de su pasion, vivió hasta los treinta años en una condicion oscura, pobre y penosa, á pesar de que podia haber vivido en el esplendor, en la abundancia y en el descanso. Con qué esmero pues, no debe instruirse el verdadero cristiano que desea su salvacion, en las diferentes virtudes que practicó Jesucristo durante todo este tiempo para poder imitarle! Las sagradas escrituras nos dicen muy poco en verdad, pero lo poco que nos refieren, equivale á libros enteros y nos dá materia para abundantes reflexiones: *venit Nazareth, et erat subditus illis.* (Luc. 2.) Procuremos hoy, H. M., profundizar bien estas divinas palabras, veamos euál fue la conducta de Jesucristo durante su vida oculta, y aprendamos como debemos honrarle é imitarle en ese estado. De qué modo vivió Jesucristo desde la edad de doce años hasta su vida evangélica, será el objeto del primer punto. Cuáles son nuestros deberes para con Jesus en el estado de su vida privada, el del segundo. A todos interesa sobremanera lo que vamos á decir y no habrá uno que deje de encontrar aqui motivos poderosos de edificacion y de estímulo á la virtud.

PRIMER PUNTO.

Quién creyera que un Dios todo poderoso, independiente, infinitamente sabio, infinitamente rico habia de querer humillarse hasta vivir en un estado pobre, oscuro, desconocido, en un estado de sumision y de obediencia? Pues esto es sin embargo lo que nos enseña la fe y lo que ya os manifestamos al hablar de su nacimiento. Pero lo que sobrepuja toda admiracion, es que este Dios se dignó vivir en semejante condicion no por algunos dias, algunas semanas, algunos meses y aun años, sino la mayor parte de su vida, casi toda su vida. En los treinta y tres años poco mas ó menos que moró sobre la tierra, solo tres empleó en el ministerio de la predicacion. Oh sabiduría de mi Dios! y cómo confundes la sabiduría de los hombres, que por otra parte apenas se ocupan de los ejemplos que les habeis dejado! (Se hará la enumeracion de las principales virtudes de la vida oculta del Salvador, concretándose á las cuatro ó cinco mas notables.)

1.º Siendo el Dios todopoderoso é infinitamente rico, oculta su grandeza bajo el exterior de un estado pobre y humilde. 2.º Siendo, como era, el señor del universo, oculta su soberano dominio, viviendo en un estado de sumision y dependencia. 3.º Siendo infinitamente sabio, sepulta su sabiduría en el silencio mas profundo. 4.º Siendo el Dios de la majestad, anonada su gloria en una condicion desconocida y oscura; y en fin siendo infinitamente feliz por sí mismo y encontrando en el conocimiento y en el amor de sus divinas perfecciones su mas completo reposo, ó mas bien su mas excelente ocupacion, se ejercita en un empleo bajo, en una ocupacion mecánica, en una vida laboriosa.

Estas reflexiones proporcionarán al párroco abundante materia, sabiéndolas desenvolver. En seguida dirá: qué es lo que ha podido mover á este Dios hombre á preferir una vida pobre, sumisa, oscura y penosa, á una vida opulenta, independiente, gloriosa, dulce y agradable, como la pudiera haber tenido con tanta facilidad? Haced

por comprenderlo bien, H. M., porque nada en el mundo es mas digno de vuestra atencion.

1.º Prefirió ese estado para cumplir la voluntad de su Padre, que le habia enviado al mundo con el objeto de que fuera el doctor y el modelo, al mismo tiempo que el Salvador de los hombres.

2.º Porque necesitaba practicar él mismo cuanto venia á enseñar á los demas. Se probará esta proposicion, poniendo delante estas máximas evangélicas: *Beati pauperes, etc. Nisi efficiamini sicut parvuli, etc. Omnis arbor quæ non facit fructum bonum, etc.* y se dirá que en el espacio de treinta años siguió esactamente estas máximas, que habia de predicar despues á los hombres durante tres años.

3.º Porque se proponía condenar altamente el ardor escesivo que muestran los hombres por vivir en la abundancia, en el esplendor, en el sosiego y en los placeres. Sí, H. M., la vida oculta de Jesucristo no es menos elocuente que su misma predicacion; el silencio de Jesus, dice san Bernardo, predica y clama muy alto, y con una fuerza irresistible: *silentium verbi clamat.*

4.º Porque queria comenzar á espiar con su vida oscura la avaricia de los hombres, su orgullo, su deseo insaciable de figurar y brillar en el mundo, sus placeres criminales y esa innumerable multitud de culpas que diariamente se cometen en las conversaciones de los mundanos. Por todo esto, por todos estos crímenes quiso satisfacer á su eterno Padre.

En fin, se proponía ademas instruirnos y animarnos con su ejemplo. Y qué es lo que queria enseñarnos? 1.º La obligacion en que estamos de ser pobres de espíritu, amantes del retiro y del silencio, humildes y atentos únicamente á los deberes de nuestro estado, que debemos cumplir teniendo solo por objeto el agradar á Dios y llevando á ejemplo suyo una vida toda interior, por medio de la union estrecha y continua con él. 2.º Se proponía tambien estimularnos á la virtud. Porque quién podrá quejarse de la oscuridad de su nacimiento, de su dependencia, de las penalidades anejas á su estado, á la vista de Jesucristo pobre, humilde, obediente y sufrido? Quién habrá que anhele por figurar en el mundo, ambicionando honores y dignidades? Inspirará aqui en los grandes y ricos sentimien-

tos de una santa confusion; en los pobres, sentimientos de consuelo, en los jóvenes, amor al retiro, al silencio y á la sumision; en las almas justas cuya vida es toda interior y oculta en Dios, los sentimientos del mas puro regocijo, al ver que el mismo hijo de Dios ha pasado casi toda su vida en el retiro del mundo ocupado únicamente en complacer á su Padre; y finalmente en todos los oyentes el mas vivo anhelo por cumplir los deberes que tienen para con Jesus en su vida privada y oscura, haciendo por honrarle é imitarle en ese estado, como se va á explicar con estension en el

SEGUNDO PUNTO.

Dos obligaciones principales tenemos que llenar para con Jesus, quien por nuestro amor llevó por espacio de 30 años una vida oscura y desconocida: la primera es honrarle y la segunda imitarle. Qué cosa mas justa que honrar á Jesus en su vida oculta y escondida? Merece es verdad nuestros mas respetuosos homenajes en los misterios de su nacimiento, circuncision, presentacion en el templo, retiro al desierto y principalmente en su dolorosa pasion, pero no es menos digno de ellos en su vida privada y oculta. Muy laudable es la contemplacion frecuente de estos misterios gozosos y dolorosos, y muy justo el que mostreis á Jesus vuestro reconocimiento y gratitud á la vista de tan grandes testimonios de su amor; pero será menos digna de vuestros respetos, de vuestro agradecimiento y de todas vuestras afecciones la vida oculta y desconocida que llevó únicamente por vuestro bien y en utilidad de vuestras almas? Los misterios de su nacimiento, de su circuncision, de su presentacion en el templo se obraron en pocas horas, y el de su pasion se cumplió en el último dia de su vida; pero su vida oculta encierra, no algunas horas, algunos dias, sino un gran número, el mayor número de años que pasó sobre la tierra. Su pasion, es verdad, aunque de pocas horas, fue sin embargo tan dolorosa, que mereceria muy bien hallarse siempre presente en vuestro espíritu; pero tambien es cierto y puede decirse que la comenzó ya de algun modo en el tiempo de su vida oculta. Instruido perfectamente de cuanto debia padecer en

los últimos dias, se ofrecia ya y se preparaba desde entonces por medio de un continuo sacrificio á su eterno Padre. Asi es que en el retiro de su vida oscura lloraba ya nuestros pecados, les detestaba, les espiaba, sin dejar un instante de hacerlo asi por nuestro amor! Por qué pues, H. M., no habremos de honrar y glorificar á este Dios escondido? Por qué no habremos de agradecerle tanto interes y por qué no habremos de ocuparnos con la mayor frecuencia de cuanto hizo y sufrió por nosotros durante tantos años? El nos está diciendo en ese estado: *Pauper sum ego, et in laboribus á juventute mea*. Por vosotros me veo pobre, sumiso, humillado, oprimido con grandes trabajos, y vosotros no pensais en mí, que solo me he ocupado de vosotros por el espacio de tantos años! Los de Nazareth mi patria me desconocieron, y lo mismo hacen tambien muchos cristianos que jamás se acuerdan ni hacen caso de mí. Avergoncémonos, H. M., de tan criminal olvido y de tan negra ingratitud. Porque á la verdad, H. M., quién de vosotros ha pensado alguna vez en la vida oculta del Salvador? Puede ser me direis que ignorábais esta obligacion. Pero semejante ignorancia puede ser excusable en un cristiano que se tiene por tal, ó que cuando menos hace profesion de serlo? Qué debe saber un cristiano, sino la vida de su jefe, de su maestro y de su modelo? Os ocupais en leer y aprender la vida de los santos, y no habreis de, etc. Reparad, H. M., vuestra negligencia y descuido, comenzando desde hoy á meditar en la vida oculta del Salvador; dadle las mas humildes acciones de gracias por los hermosos ejemplos que os ha dejado y procurad sobre todo conformaros á ella en vuestra conducta, como lo ecsije el segundo deber de que voy á hablaros.

Es constante, H. M., que teneis una obligacion indispensable de imitar á Jesucristo. Cada uno de nosotros, dice san Gregorio de Nissa, es un pintor de su vida; el retrato que debe copiar es Jesucristo, los colores que debe emplear son las virtudes del Dios hombre, de las cuales necesita tomar para imprimirlas en el fondo de su alma, como sobre un lienzo: *Sue quisque vite pictor est; colores sunt virtutes; exemplar, Christus*. Jesús quiso pasar por las diferentes edades de la vida humana hasta la de su perfeccion, con el

objeto de ser para todos un modelo acabado de la vida que deben llevar. Es verdad que no llegó á una edad avanzada; porque, como dice santo Tomas, debia morir en la edad perfecta, en la edad mas floreciente, que de ordinario se halla entre los treinta y cuarenta años, y esto con el fin de ofrecer á su Padre, muriendo en esa edad, un sacrificio el mas perfecto, y para que resucitando en seguida en la plenitud de ella, nos diera á conocer á nosotros en qué edad y en qué estado hemos de resucitar, si somos sus verdaderos discípulos. Vivió sin embargo lo bastante para instruirnos completamente acerca de la conducta que debemos observar durante el curso de nuestra vida y aun en la edad mas avanzada. Solo se necesita que nos apliquemos á considerar con atencion estas divinas lecciones, para practicarlas debidamente. Escuchadlas, H. M., y oid lo que Jesus dice á cada uno de vosotros: *Ego sum via*: con vosotros habla, jóvenes, y á vosotros se dirigen principalmente estas lecciones. Aprended de mí como os habeis de conducir en vuestra juventud; aprended de mí á vivir retirados en casa de vuestros padres, á no andar siempre en busca de compañías, á no correr de casa en casa; aprended de mí á obedecer en todo, á ser modestos, sóbrios, asiduos á la oracion, etc. A vosotras jóvenes cristianas tambien os dice Jesucristo: *Ego sum via*. Yo soy el camino por donde debeis marchar; aprended de mí á guardar el retiro y el silencio, á huir del mundo, á no desear ser vistas, etc. Vosotros jóvenes todos, aprended de mí á trabajar asidua y santamente, á prepararos por medio de la piedad y de una conducta arreglada para el estado á que Dios os destine; aprended de mí pobreza y de mi oscuridad á no anhelar riquezas, ni puestos elevados, ni una condicion ociosa y tranquila. Habeis oido jóvenes las interesantes lecciones que os enseña vuestro maestro Jesus? Habeis fijado alguna vez vuestra atencion en ellas? Ah! quién de vosotros se pregunta así mismo, segun debiérais hacerlo con frecuencia; paso yo mi juventud como Jesus ha pasado la suya? Yo soy cristiano ó cristiana, no debo pues vivir como vivió Jesus cuando se hallaba en mi edad? y qué hacia Jesus? Él amaba el retiro, hablaba poco, obedecia en todo, trabajaba y no perdia jamás de su vista á Dios, á quien estaba siem-

pre unido. Y qué es en lo que yo le imito? Mi vida no es por ventura enteramente contraria á la suya? Pues por qué llevo el nombre de cristiano, de cristiana? *Sine causa sum christianus, si Christum non sequor*, dice san Bernardo. En vano nos damos el título de cristianos, sino nos esforzamos por imitarle: *Frustra appellamur Christiani*, dice san Leon el Grande, *si imitatores non sumus Christi*. A vosotros todos, H. M., de cualquier condicion que seais, dirige igualmente esta enseñanza y os dice ya de antemano lo que despues ha de predicar: *Discite à me, etc.* (*Math. 11.*) Aprended de mí á vivir contentos en vuestro estado de pobreza, si habeis nacido pobres y os hallais precisados á ganar el sustento con el sudor de vuestro rostro; temblad si sois ricos, etc., temblad, digo, de tener tan poca semejanza con mi conducta, y mirad no perdais vuestra alma apegándoos á estos bienes perecederos, convirtiendo en objeto de vanidad y complacencia los honores que os tributan, etc.

Cualesquiera que seais, aprended de mí á llevar una vida oculta en Dios, es decir, una vida de la que sea Dios el principio y el fin, una vida cuyas acciones todas vayan animadas de mi espíritu y dirigidas al mismo objeto que yo me propuse durante el espacio de treinta años; perseverad como yo en el estado en que Dios os ha puesto, ejecutando en él su voluntad y no teniendo otra mira que la de complacerle y servirle.

Ved aquí, H. M., el modo de honrar verdaderamente á Jesucristo y de llenar todos los deberes que tenemos para con él. Pidámosle la gracia de hacerlo así durante el sacrificio de la misa. En este misterio se nos presenta tambien verdaderamente como un Dios escondido: *Vere tu es Deus absconditus*, y lo está hace ya mas de diez y ochos siglos. Ah, H. M., no se vé en él todavia como en otro tiempo en Nazareth, desconocido, desamparado y aun despreciado de los hombres, si se exceptuan algunas almas santas que como María y José le están unidas, le reconocen y le honran? Pero cuántos hay que le olvidan? Venid, H. M., yo os lo suplico; venid con frecuencia á este templo y particularmente en esta semana á contemplar los misterios de este Dios escondido durante su vida mortal y despues de su ascension á los cielos. Venid á escuchar sus palabras, las co-

municaciones que hará á vuestro espíritu y pedidle que os dé los auxilios necesarios para practicar las virtudes de que os ha dado ejemplo durante su morada en la tierra y que os continúa dando todavía en el augusto sacramento de nuestros altares. Cuánta paz y consuelo no sacareis de esta fuente inagotable de todas las gracias? Libres entonces del tumulto y de los embarazos del siglo, y ocupados únicamente en hacer la voluntad de Dios, vuestra vida será verdaderamente una vida dichosa, que os llevará á gozar con Jesus en el cielo la eterna bienaventuranza de la gloria.

Desde la Septuagésima hasta la Pascua.

Varias veces lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo, para que quede bien impreso en el ánimo de los encargados de anunciar la palabra divina: el objeto que debe tenerse siempre presente en las instrucciones ó pláticas que se hagan á los pueblos es el de escitarles á llevar una vida verdaderamente cristiana en un todo conforme á la de Jesucristo desde su encarnacion hasta su muerte. Para esto no hay mas que seguir á la iglesia en su año eclesiástico. Desea esta solícita madre que para mover á los fieles á honrar el verbo encarnado, les recordemos en el adviento el gran misterio de su encarnacion; que les representemos encerrado á este Dios hombre por espacio de nueve meses en las purísimas entrañas de María su santísima madre, á fin de disponerles por este medio al nacimiento espiritual de Jesus en sus corazones con la práctica de las virtudes, de que Jesus nos dió ejemplo aun antes de nacer. Desde natividad hasta la septuagésima, su intencion es que recorramos los misterios de Jesus desde su nacimiento hasta la edad de treinta años, con el objeto de estimular á los cristianos á que arreglen su conducta en conformidad con este divino modelo, particularmente en el tiempo de su infancia y de su juventud. Al presente qué es lo que quiere nuestra madre la iglesia? Como no pierde

de vista al único modelo de los cristianos, Jesucristo, por eso después de haberle considerado en su vida oculta desde su nacimiento hasta que recibió el bautismo, nos le presenta ahora llevando una vida penitente, para que á ejemplo suyo hagamos tambien nosotros verdadera penitencia y seamos dignos de la gloria de su resurrección. En este supuesto el párroco, si ha de llenar las miras y deseos de la iglesia, necesita trabajar con todo esfuerzo ya sea en sus instrucciones ya en la administracion del sacramento de la penitencia, en mover á sus feligreses é inspirar en ellos sentimientos de dolor y penitencia, preparándoles asi para la grande solemnidad de la pascua y para una digna comunión, que les ponga en estado de participar de los frutos de la resurrección del Salvador, y de llevar como él una vida enteramente nueva. Los medios que para este fin le proporciona la iglesia, ademas del santo tiempo de cuaresma durante el cual nos recuerda el ayuno de su divino esposo y su dolorosa pasión, son los tres domingos célebres que preceden á la cuaresma y que deben servir de preparacion para ella, á saber, la septuagésima, secsagésima y quineuagésima.

De estos tres nos proponemos hablar ahora, designando las materias que pueden tratarse en ellos segun el espíritu de la iglesia.

Dominica de Septuagésima.

Para enseñar debidamente á los fieles en este dia, es preciso poner atencion en cuanto practica la iglesia aunque al parecer sea de poco momento, observando bien qué es lo que nos manda leer en la misa, en el oficio divino, y hasta lo que nos dice con el aparato exterior de sus ceremonias. Hoy suspende los cánticos de alegría y nos recuerda en el oficio del rezo la historia de la creación del mundo, la caída del primer hombre y la promesa de un libertador. La misa principia con palabras muy propias para inspirar una santa tristeza: *Circumdederunt me gemitus mortis*. El color de

que se sirve en los oficios es el morado, que anuncia penitencia. En su evangelio y epístola que ha elegido para este día se propone infundirnos un saludable temor por medio de la parábola en que se habla del corto número de los escogidos y de las advertencias que hacia san Pablo á los de Corinto, cuando les prevenia que estuvieran alerta, para no verse privados de la corona eterna, como lo habian sido muchos Israelitas. Se conoce pues claramente que la iglesia quiere ya desde hoy que los cristianos se revistan de sentimientos de penitencia y se preparen á imitar la vida penitente y dolorosa de Jesucristo. De consiguiente desea que los párrocos durante estas tres semanas purifiquen á los pueblos de sus pecados, para que estando en gracia, les sea meritorio y saludable el ayuno de la cuaresma.

En este supuesto la materia que haya de tratar el párroco en este domingo, deberá tomarla ó de las ceremonias de la iglesia, ó de lo que nos hace leer y cantar en el oficio divino, ó bien del evangelio y epístola.

Si se propone instruir al pueblo en conformidad al mismo espíritu de la iglesia, hablará de los sentimientos que trata de inspirarnos hoy con el aparato de sus ceremonias y con las verdades que nos recuerda en el oficio divino. Este plan es el que puede seguirse hablando de la septuagésima misma, y para llenarle debidamente convendria leer el primer sermón de san Bernardo de septuagésima. (1)

(1) *Initium Septuagesimæ, fratres, hodie celebratur, cujus nomen in universa ecclesia celebre satis habetur. Iam vero dico vobis charissimi, quia plurimum in hac nomine compatio mihi ipsi. Commovetur enim intra me spiritus meus spirans nimirum ad patriam illam cœlestem in qua nec numerus est, nec mensura, nec pondus. Quamdiu enim in pondere, et numero et mensura universa corporis animæque recipio? Nam de corporali cibo ad Adam dictum est et pervenit usque ad me. In sudore vultus tui vesceris pane. Sed cum laboravero, panis datur mihi in pondere, potus in mensura. Quid vero dicam de spirituali? Antequam comedam suspiro, atque utinam cum suspiravero, fragmentum exiguum merear de cœlesti convivio. O Hierusalem civitas regis magni qui te ex adipe frumenti satiat, in te nec pondus, nec mensura, sed satiety et affluentia summa..... Sed quando venient ista? Profecto in fine præsentis Septuagesimæ; quod est tempus captivitatis nostræ, Sic*

Para el exordio se tendrá presente lo que arriba dijimos en el preámbulo. Puede principiar de esta suerte.

El domingo en que hoy nos hallamos, H. M., se llama domingo de septuagésima, el cual ha sido célebre siempre en la iglesia y anterior en tres semanas al domingo primero de cuaresma. Desde este día suspende la iglesia sus cánticos de alegría y hasta la pascua no pronuncia ya mas la palabra, *alleluia*; el color de que se servirá en adelante para los oficios, es el morado, de que solo hace uso en el tiempo consagrado especialmente á la penitencia. Y qué nos quiere significar en todo esto? Muy importante es el conocerlo para instruirnos de cuáles son los sentimientos que quiere inspirar en nuestros corazones, y los deseos que la animan de que empleemos santamente las tres semanas que median hasta el primer domingo de cuaresma. Este será el asunto de vuestra atención en la presente plática. Qué es lo que hace á la iglesia en este día y cuáles los sentimientos que se propone infundirnos; primera reflexión. Cómo debemos corresponder á sus deseos, segunda reflexión.

enim legimus quod captivati á Babyloniis filii Israel terminum acceperunt annorum septuaginta, quibus transactis redierunt in sua. At vero captivitas nostra, fratres, quando finietur? Quando liberabimur à servitute ista? Utique completa hac Septuagesima, quæ ex denario et septenario constat, propter decem mandata quæ accepimus et septem impedimenta quibus à mandatorum obedientia retardamur. Primum impedimentum est ipsa neccesitas hujus miseri corporis. Quod dummodo somnum, modo cibum, modò vestem, cæteraque similia quærit, haud dubio impedit nos ab exercitio spirituali. Secundo loco nos impediunt vitia cordis, ut est levitas, suspitio impatientiæ, invidiæ motus, laudis appetitus et similia. Tertium et quartum, prosperitas et adversitas hujus seculi. Quintum, ignorantia nostra est, ita ut quid oremus, nesciamus. Sextum, adversarius noster, qui tamquam leo rugiens, etc. Septimum in falsis fratribus. Utinam soli impugnarent nos maligni spiritus cum suggestionibus suis, et nil nocerent homines perniciosis exemplis, persuassionibus importunis, sermonibus adulationis vel detraccionis atque aliis mille modis. Videtis certe quam neccesarium sit, ut adversus hæc septem pericula quibus impedimur, septiformis spiritus sancti auxilio sublevemur. Pro his enim septem, quibus ab observantia decalogi retardamur, in luctu pœnitentiæ Septuagesima præsens agitur. Unde et reticetur interim alleluia solemne et humanæ transgressionis historia miserabilis ab exordio recensetur. S. Bern. loc. cit. (*El Traductor.*)

PRIMERA REFLECSION.

Se tomará el principio de esta refleccion del sermón de san Bernardo arriba citado (*num. 3. initium septuag; fratres, hodie celebratur*).

El nombre mismo de Septuagésima nos declara ya los sentimientos de que debemos revestirnos; como que alude á los setenta años de la cautividad de Babilonia. (Será oportuno explicar aquí esta historia).

Para dar á conocer bien el espíritu de la iglesia, manifestará el párroco á sus oyentes todo cuanto nos recuerda en este día: 1.º la creacion del mundo y principalmente la del hombre: *Qui vivit in æternum, creavit omnia simul*: 2.º la caída del hombre, cuyas consecuencias han sido tan funestas: 3.º la promesa que Dios hizo de enviar á su hijo para rescatarnos: 4.º la manera con que celebra el oficio en este día; las palabras del introito de la misa, la suspension de los cánticos de alegría, el tracto, el evangelio, la epístola. Hé aquí, dirá, los diferentes objetos que ofrece hoy á vuestra consideracion la iglesia, y para qué? para inspirar: 1.º sentimientos de gratitud por el beneficio de la creacion y todavia mas, por el de la redencion: 2.º sentimientos de humildad á la vista de las miserias á que estamos sujetos en este valle de lágrimas, que es propiamente un lugar de cautividad: 3.º sentimientos de temor de que acaso seamos del número de los réprobos.

En fin, la iglesia se propone separarnos de las diversiones profanas á que se entregan muchos cristianos y prepararnos ya para el santo tiempo de cuaresma con el aborrecimiento del pecado y la práctica de algunas buenas obras: *in luctu pænitentiae præsens Septuagesima agitur, in sudore vescimur pane tam corporali, quam spirituali. S. Bern.*

Se estenderá el párroco sobre cada uno de estos artículos mas ó menos segun que le juzgue á propósito, pasando en seguida á la segunda refleccion donde enseñará el modo de corresponder á los deseos de la iglesia en este día.

SEGUNDA REFLECSION.

Cuáles creéis H. M., que son vuestros deberes en el día de hoy, y qué necesitáis hacer para conformaros con los piadosos sentimientos de nuestra madre la iglesia? Escuchadlo con atencion. Es menester: 1.º que reanimeis vuestra fe sobre la creacion del mundo: *fide intelligimus aptata esse sæcula*. (Se puede recordar el primer artículo del símbolo, manifestando que Dios ha criado todas las cosas, y que ha hecho este mundo para nosotros y le conserva, hace ya cerca de 6000 años.) Esta fe debe conducirnos á dar gracias á Dios por el beneficio de la creacion del mundo y de la nuestra en particular. (Sería muy del caso hacer ver la relacion que tenemos con las criaturas y como todas ellas están destinadas á nuestro servicio y utilidad.) No hay una que no haya sido criada para nosotros y que no pueda contribuir de alguna manera á nuestra salvacion: *omnia sanctis in bono convertuntur*. (*Ecccl. 39.*) Sobre lo cual apenas se pára la atencion. Pero sobre todo debemos dar gracias á Dios por habernos hecho á su imágen y semejanza, capaces de conocerle, de amarle y de poseerle. Por último, esta fe en el fin para que hemos sido criados, nos debe mover á admirar la misericordia de Dios, que no quiso condenar á nuestro primer padre, segun lo habia hecho con los ángeles rebeldes, si no que le dió tiempo para llorar su pecado y para hacer penitencia, como efectivamente la hizo, prometiéndole ademas un reparador: *O inestimabilis dilectio charitatis? O felix culpa*, dice la iglesia, *quæ talem ac tantum, etc.* Démosle pues gracias todos juntos, H. M., y no dejemos de hacerlo en el santo sacrificio de la misa; que es á lo que os invitamos en estas palabras: *gratias agamus Domino Deo nostro*: 2.º tambien es preciso que fijemos nuestra consideracion en las miserias inseparables de la vida humana en este valle de lágrimas, en este lugar de cautiverio. (Se manifestarán estas miserias, si no se ha hecho ya mas arriba.) Convenceos pues, H. M., de que os hallais desterrados de vuestra verdadera patria: *adveniat regnum tuum*: so-

brelleavad con una santa resignacion todos estos males, en la confianza de que pronto ha de venir su término: *quando finietur captivas nostra?* dice San Bernardo, *completa hac Septuagesima.*

Pero sobre todo, H. M., procurad vivir alerta y guardaros de los malos ejemplos que durante las próximas semanas os darán los malos cristianos, que no temen profanarlas entregándose á placeres criminales, que miran estos días como el tiempo de las diversiones, de los escesos y de la disolucion. Si os invitasen á tomar parte en estas alegrías mundanas: *venite, sumamus vinum et impleamur ebrietate.* (*Isai.* 56.) respondedles como en otro tiempo los Israelitas á los de Babilonia: *quomodo cantabimus in terra aliena? etc.* (*Ps.* 126.) (Sería muy conveniente parafrasear este hermoso salmo.)

Muy lejos de seguir el ejemplo de estos malos cristianos, lamentad su locura y su ingratitud; emplead los días que faltan hasta la cuaresma en ejercicios de piedad, en el retiro, y en la penitencia; y disponeos sobre todo por medio de una buena confesion á santificar el tiempo de cuaresma: *ante initium quadragesimæ confessiones à sacerdotibus dandæ sunt, discordantes reconciliandi, et omnia iurgia sedanda.* Este era uno de los principales encargos que hacia á sus diócesanos un Obispo célebre, que vivia há ya mas de mil años, y con esta misma advertencia, H. M., concluiré yo mi exhortacion. Siempre me encontrareis dispuesto á oiros en el tribunal de la penitencia; os ruego pues, que os dispongais para hacer una buena confesion, para reconciliaros con vuestro prójimo, abandonando desde hoy el pecado, poniendo fin á las enemistades y terminando vuestros pleitos y vuestras divisiones. Pero ah! qué raros son hoy estos sentimientos en el cristianismo! Cuán pocos los fieles que piensen en dar gracias á Dios, etc.; que mediten en el fin para que han sido criados etc.; que se lamenten de sus miserias; que suspiren por el cielo, y que traten de prepararse, como deben, para el próximo tiempo de cuaresma!

Se concluirá la plática recomendando á los oyentes que procuren poner en ejecucion durante esta semana y especialmente en el día de hoy, cuanto se acaba de decir; y para animarles á ello, les representará la grande alegría que han de experimentar en adelante,

si practican las advertencias anteriores: *qui seminant in lacrymis, in exultatione metent.* (Ps. 125.)

NOTA. En las parroquias en que sean muy frecuentes los desórdenes del carnaval, convendrá insistir con anticipacion sobre la locura é ingratitud de los malos cristianos que á ellos se entregan; pues como se cuide de prevenirles con tiempo, se logrará remediar cuando menos en parte este abuso.

Si prefiere el párroco hablar del evangelio (en este caso deberá decir algo sobre la Septuagésima, ya antes de la plática, ó ya en la explicacion de la doctrina) procurará estudiar bien el sentido de la parábola, su objeto y las razones que ha tenido la iglesia para fijarla en el domingo de Septuagésima. Entre los varios planes que pueden adoptarse, me parece el mas natural tratar de la obligacion que tiene todo fiel de cultivar con esmero la viña de su alma que el Señor le ha confiado, ó bien del fin para que Dios ha puesto al hombre en este mundo, de la recompensa que le aguarda, si le sirve con fidelidad, y de lo que deben hacer todos aquellos que hasta ahora no le han servido.

Otro asunto que tambien puede tratarse es el de la obligacion en que están todos los fieles de trabajar en su respectivo estado y de la manera de santificar su trabajo. Es muy conveniente esta materia en el presente tiempo, en que comienzan de nuevo los trabajos del campo, y por lo mismo, sea el que quiera el asunto que se tome de este evangelio, no deberá omitirse el exhortar á los fieles á que santifiquen su trabajo.

Una verdad por último muy á propósito para hacer entrar á los pueblos en los sentimientos de la iglesia sería la del corto número de los escogidos; pero se necesita tratarla con mucha prudencia y sin ecesageraciones infundadas.

En el exordio de la plática sobre el evangelio, se referirá la parábola y en seguida dirá: qué es lo que se nos quiere significar en este padre de familia, en esta viña, estos obreros y este salario? El padre de familia, H. M., es Dios, el cual es padre de todos los hombres y particularmente de los cristianos; la viña del padre de familia es la iglesia, donde hemos tenido la suerte de nacer,

es nuestra alma que quiere Dios cultivemos con todo cuidado durante el tiempo de nuestra vida; obligacion indispensable á todo cristiano de que me propongo hablaros en este día. Por qué debemos trabajar en la santificacion de nuestra alma y cómo deberemos hacerlo, hé aquí todo el asunto de la presente instruccion.

PRIMER PUNTO.

Se mostrarán en este punto las razones que nos obligan á trabajar en la salud de nuestras almas: 1.º Porque no con otro objeto nos ha puesto Dios en el mundo, y nos ha dado un alma capaz de conocerle, de amarle, de honrarle, y de ejercitar las diferentes virtudes. Permitió la caida de nuestro primer padre, y permite que nos veamos sujetos á varias inclinaciones malas, á fin de que podamos ocuparnos sin descanso en desarraigar de nuestro corazon esas punzantes espinas, esas raices que producen frutos tan dañinos. Nuestra alma se halla, por decirlo así, plantada en nuestro cuerpo como en una tierra fecunda en malos frutos; pero Dios quiere no obstante que la hagamos dar frutos agradables, que vivamos como verdaderos hijos suyos, y que lejos de deshonar su divina imagen impresa en nuestra alma, la conservemos con el mayor esmero, y perfeccionemos mas y mas los hermosos rasgos que ha trazado en ella; en una palabra, que no omitamos nada á fin de conservar y aumentar la gracia del bautismo que nos hizo cristianos.

Obligacion universal que se estiende á todo hombre, á todo cristiano: el rico como el pobre, el rey como el súbdito, el amo como el criado, el noble como el plebeyo, la muger como el hombre, todos indistintamente son llamados á esta grande ocupacion. Dios mismo no podia habernos criado para otro fin ni puede dispensarnos de un deber tan esencial, porque en tal caso faltaria á lo que se debe así mismo; siendo como es, el padre comun de todos los hombres, el soberano Señor del universo, es preciso que designe á cada uno y á todos un mismo trabajo, y este es el cuidado de su alma, el cuidado de su santificacion, con el cual honramos verdaderamente á

Dios, como al padre comun de todos los hombres y su señor y dueño absoluto: *Simile est regnum celorum patrifamilias*.

Pero desde qué edad quiere Dios que trabaje el hombre en la santificación de su alma? *Primo manè*, desde sus primeros años, desde que llega á tener uso de razon. (Se hará ver por qué desde esta edad debe trabajarse en santificar el alma.) En vez de esceptuar esta edad, ecsige Dios muy particularmente las primicias de la vida, y sería hacerle una grande injuria el robarle un solo momento. Qué pensaremos pues de aquellos que difieren tan importante trabajo para la edad avanzada? Que ultrajan á Dios y se esponen á verse privados del salario, es decir, de la recompensa que tiene prometida á los que hayan cuidado de su alma durante toda la vida; recompensa en esta vida y recompensa en la otra, segunda razon que debe estimularnos á trabajar en nuestra salud. Se estenderá el párroco sobre estos dos capítulos, y despues de hacer ver la magnitud de la recompensa que Dios tiene destinada para el fin de la vida, refutará la objeccion de los que pudieran decir que fueron recompensados del mismo modo los que comenzaron á trabajar á la hora undécima, que los que trabajaron desde por la mañana. Véase la respuesta de san Agustin, *serm. 81 de verbis domini*. (1).

De aqui deducirá que es indispensable trabajar desde ahora, y á los que han diferido largo tiempo esta obra importante, les exhortará á que redoblen su fervor, como lo hicieron aquellos operarios del Evangelio que fueron llamados en la última hora. Advertirá á los justos que teman hacerse indignos del salario por falta de valor y de constancia, y les escitará á regocijarse santamente, cuando vean que alguno en otro tiempo pecador les iguala despues y aun escede en virtud.

En el dia de hoy, dirá á todos por último, os invita el Señor por

(1) *Erimus ergo in illa mercede omnes aequales, tamquam primi novissimi, et novissimi primi, quia in denario illo vita aeterna omnes aequales erunt. Quamavis enim meritorum diversitate fulgebunt, alius magis, alius minus; quod tamen ad vitam aeternam attinet, aequalis erit omnibus, non enim alteri brevior, alteri longior, etc. (El Traductor.)*

mi boca á cultivar una heredad que vale infinitamente mas que cuantas podeis poseer: esta heredad la teneis bien cerca, H. H., como que está dentro de vosotros: *Regnum Dei intra vos est.* (Luc. 17.) No la abandonéis pues; de qué os servirá ser dueños de grandes haciendas, y cojer de ellas abundantes frutos, si dejábais vuestra alma baldía? (Será muy oportuna la comparacion de un hombre que dueño de muchas heredades, descuidára la mejor de todas y pusiera todo su conato en cultivar la de peor calidad.) Se parafraseará esta hermosa sentencia del Salvador: *quid prodest homini; etc. aut quam dabit homo? etc.* (Mat. 16.) Os habreis persuadido en vista de esto de la necesidad que teneis de cultivar vuestra alma; oid ahora como debeis hacerlo para conseguir la recompensa.

SEGUNDO PUNTO.

Explicará el cuidado que debe tenerse del alma con la comparacion del cultivo de una viña. Ya os he dicho, H. M., que la viña confiada por Dios á vuestro cuidado, viña que le pertenece por todos títulos y que estais en obligacion de cultivar con el mayor esmero, es vuestra alma. Pero cómo, preguntareis, llenaremos ese deber y en qué consiste el cultivo de nuestra alma? No es por cierto cosa muy difícil, H. M.; no necesitáis emplear para ello ni instrumentos materiales ni las fuerzas de vuestro cuerpo; únicamente habeis menester de valor y sobre todo de fidelidad en corresponder á las gracias que á este fin se digne Dios enviaros. En tan importante negocio debeis conduciros como el obrero á quien le encarga el amo el cultivo de su viña. Atended lo que hace. Si la viña ha estado baldía, principia arrancando los cardos, las espinas, y todo cuanto puede impedir que nazca el fruto: planta cepas donde son menester, la laborea una y mas veces etc., la abona y despues la cerca de un seto, ó de una buena tápia, y no contento con esto está siempre alerta, para evitar que entren ladrones, ó algun animal que pudiera devastarla. Hé aquí, H. M., como debeis obrar vosotros con vuestra alma. Si por desgracia la habeis tenido abandonada, comenzad por desarraigar los vicios, los malos hábitos que habrá contraído, (enu-

mérense algunos) y plantad en seguida las virtudes propias de vuestro estado. (Tal ó cual.) Mas no basta esto solo, porque ademas es preciso estar en vela, rodearla de una buena muralla, labrarla y aun abonarla. (Explicará como se hace esto en la vida espiritual.) Pero si habeis tenido la dicha de conservarla en buen estado, en el hermoso estado de la gracia que recibisteis en el bautismo; oh! qué tesoro poseeis entonces, qué herencia tan preciosa la que Dios ha puesto en vuestras manos? Conducíos en este caso como el obrero fiel que tiene á su cargo una viña que siempre ha estado bien cultivada y ha dado siempre buenos frutos; cuidad con el mayor esmero de que no venga á destrozarla algun animal dañino y feroz: *exterminavit eam aper de sylva.* (Ps. 79.) Tened entendido que no sin trabajo producirá buenos frutos, es decir, obras de caridad, y por lo mismo debeis rogar continuamente al soberano Señor que envíe sobre ella lluvias fecundas; debeis incesantemente ocuparos en podar, en trabajar y en velar; debeis en una palabra imitar la ansiosa solicitud de los que anhelan enriquecerse, vuestro propio esmero y cuidado en los bienes temporales, en la salud de vuestro cuerpo etc. Y qué viene á ser todo esto, H. M., en comparacion del precio de vuestra alma? (Cítese aqui la historia de algun santo que todo lo haya abandonado por salvar el alma, v. g., la de santa Dorotea.

Se concluirá exhortándoles al cuidado del alma con la consideracion del salario que está prometido y que no tardarán acaso mucho tiempo en recibir. Les dirá por último, que se dirijan á Jesus el cual se llama así mismo la viña, de que somos nosotros los sarmientos, pidiéndole que nos ayude á cultivar esta porcion de viña que nos ha confiado; trabajemos en ella como él, en union con él y principiemos á cultivarla desde hoy.

En los pueblos agrícolas convendrá hablar de la necesidad de trabajar y de santificar el trabajo, empezando de este modo: Hé aquí, H. M., que nos hallamos en el tiempo en que vuelven á comenzar vuestras tareas del campo, el cultivo de vuestras tierras, de vuestras viñas etc. No cumpliría yo con mi deber si no os exhortára á pensar al mismo tiempo en vuestra propia viña, á no olvidar vuestra alma, á santificar vuestro trabajo ejecutándole con

la sola mira de santificaros á vosotros mismos, obedeciendo á Dios é imitando á Jesucristo.

Respecto del trabajo corporal ó del trabajo propio de cada estado hay dos cosas que manifestar: 1.º Es preciso convencer á los oyentes sobre la obligacion en que están de trabajar, y desengañarles del error que tienen muchos figurándose que pueden dispensarse del trabajo cuando no les faltan medios de vivir con desahogo: 2.º Que no basta trabajar, pues que para hacerlo con fruto es necesario trabajar cristianamente.

PRIMER PUNTO.

Esta materia es de una estrema importancia y por lo mismo debe el párroco explicarla con todo el cuidado de que sea capaz. Hacer que las jentes del campo santifiquen su trabajo y estimularles á que guarden las fiestas, son dos objetos que deben llamar muy particularmente su atencion, como que de ellos depende la felicidad de su parroquia, su propia tranquilidad, su consuelo, la salvacion de sus feligreses y tambien la suya.

Para llenar el primer punto encontrará materiales con abundancia en multitud de autores. Véase á Bourdaloue sobre la ociosidad en esta misma dominica. Sus principales razones se reducen á tres ó cuatro, á saber, que estamos obligados al trabajo en cualidad de hombres, como pecadores y como cristianos. Todo hombre está en obligacion de trabajar, porque para esto le ha colocado Dios en este mundo: *homo nascitur ad laborem.* (Job. 5.) No podemos prescindir de trabajar, porque somos pecadores y Dios impuso al hombre en castigo de su culpa la ley del trabajo sin escepcion alguna de estados, edades ni sexo: *ocupatio magna creata est omnibus hominibus.* (Eccli. 40.) Ademas es necesario trabajar para preservarse del pecado y de las funestas consecuencias de la ociosidad, para espiar nuestras culpas por medio de las buenas obras propias de cada estado, las cuales son un excelente medio de satisfaccion, y por último debemos trabajar para imitar la vida laboriosa de Jesucristo nuestro maestro y nuestro modelo.

Después de haber estendido estas razones, se dirigirá á los oyentes preguntándoles, si se han imaginado que pueden pasar los días de su vida en el descanso y en la ociosidad, porque son ricos y no necesitan trabajar para vivir. Ah! cuántos de vosotros direis con el rico del evangelio? *anima requiesce etc.* (*Luc. 12.*) (Véase este pasaje.) Les manifestará que el que no trabaja, no merece tampoco comer: *siquis non vult operari, nec manducet*, (*2. Eph. 3.*) y que no es el cielo para los ociosos, confirmando con el ejemplo de un criado que estuviera todo el día con los brazos cruzados, ó el de un colono que dejara sin cultivar sus heredades. (esta comparacion es de san Juan Crisost.) Aceptad pues, les dirá, y someteos á la ley del trabajo, ley general é indispensable á todo hombre después del pecado, pero obedecedla no por necesidad y por fuerza como hacen muchos, sino por obedecer á Dios, por hacer penitencia de vuestros pecados, y sobre todo por imitar á Jesucristo y conseguir la bienaventuranza. Sin embargo de nada os serviría trabajar si no lo haciais cristianamente, si no santificábais vuestro trabajo.

SEGUNDO PUNTO.

Dos cosas son necesarias para santificar el trabajo; primera, alejar de él todo cuanto pueda ser ofensa de Dios, y segunda, trabajar con las disposiciones de un verdadero cristiano.

Se enumerarán los pecados mas comunes que suelen cometerse trabajando que son de dos clases, secretos y exteriores. Pecados secretos, como murmuraciones, impaciencias y algunas veces blasfemias; pecados exteriores, como juramentos, maldiciones, palabras obscenas, malas canciones etc.

Qué es lo que conseguis, H. M., trabajando de esa suerte? Ah! conseguis prepararos un infierno, y ahondar el calabozo horrendo donde os vereis condenados para siempre á un trabajo insufrible y rigurosamente penoso. Cuán desgraciados si este medio de salud le convertis en instrumento de vuestra condenacion! (Se dirigirá con energía contra los que escandalizan á sus compañeros de labor, como suelen hacerlo algunos mozos del campo, algunas jóvenes

en los obradores etc., algunos padres y madres de familia, sin olvidar á los pastores ni á los obreros que trabajan en las casas etc. etc.)

Pero de nada sirve que no ofendais á Dios trabajando, si al mismo tiempo no procurais trabajar con santas disposiciones, es decir, con la mira de servir y agradar á Dios, único motivo que debeis proponeros; de consiguiente es preciso que os ocupeis en aquel trabajo que ecsije de vosotros, en la forma y tiempo que lo ecsije y trabajeis como Jesucristo mismo lo hizo siguiendo su ejemplo; se estenderá el párroco en el último extremo valiéndose de estos testimonios de la Escritura: *in laboribus à juventute mea.* (Ps. 87.) *Pater meus usque modò operatur; et ego operor. Opera quæ dedit mihi pater ut perficiam, ipsa ego facio.* (Joan. 5.) *Non quæro gloriam meam.* (Ibid.) Trabajais así vosotros, cristianos? Ah! traed á la memoria si habeis trabajado por Dios siquiera alguna vez en toda vuestra vida! Acaso en todo un año no hayais santificado un solo dia. Qué lástima el que perdais de ese modo el fruto de vuestro trabajo! y qué pesar á la hora de la muerte, si despues de haber trabajado muchos años, ha sido todo en valde, ó lo que es peor, un motivo de condenacion para vuestra alma: *per totam noctem laborantes nil capimus.* (Luc. 3.) Y quién de vosotros trabaja constantemente por Dios, quién de vosotros procura unir sus trabajos á los de Jesucristo? Cuántos se encontrarán que trabajan en estado de gracia? Sin embargo es una verdad, H. M., que Dios no recompensará vuestro trabajo, si no os hallais en estado de gracia. Deberá hacerse sentir la fuerza de esta razon á los oyentes, para estimularles á que hagan cuanto antes una buena confesion y de este modo consigan santificar su trabajo y merecer el salario prometido á los buenos operarios. Qué consuelo y alegría no percibireis, H. M., á la hora de la muerte, si mereciereis ser entonces del número de aquellos dignos operarios á quienes el Señor dirigirá estas consoladoras palabras: *euge serve bone, etc.*, ánimo, buen siervo, tu has sido fiel en pocas cosas, has ejecutado mi voluntad en la tierra; por eso te estableceré sobre todos mis bienes, entra en el gozo de tu Señor, en el descanso eterno.

Puede tambien concretarse á tratar de la ociosidad bajo el mismo plan haciendo ver que es indigna del hombre y mucho mas de

un cristiano. En seguida mostrará sus funestas consecuencias por las virtudes de que nos priva y los vicios que nos hace contraer, como tambien por la condenacion eterna á que nos arrastrará infaliblemente. Este plan sin embargo me parece mas propio para la dominica sétima despues de Pentecostés, donde se habla del árbol que no da frutos.

Hablándose de la manera de trabajar, puede seguirse tambien otro rumbo mas fácil de indicar al auditorio y mas natural en su ejecucion, cual es el de escitarles á que principien, continúen y concluyan sus trabajos de un modo cristiano.

Despues de esplicar en la primera reflexion las cualidades del trabajo, que debe ser honesto y acomodado á la condicion en que Dios nos ha puesto respectivamente, dirá, que le comiencen siempre por la oracion y por un acto de ofrecimiento ó de union al de Jesucristo, especificando los diferentes motivos que pueden proponerse, y aconsejándoles la saludable práctica de mantenerse en silencio al principio de sus tareas, para recordar la presencia de Dios, á cuya vista trabajan y para representarse á Jesucristo trabajando él mismo durante su vida mortal en compañía de su santísima madre y el patriarca san José. Si bien se considera, la señal de la cruz, que nadie debe omitir, lleva consigo este acto de ofrecimiento, y tambien una invocacion del auxilio divino.

Continuando el trabajo, se debe hacer lo mismo en cuanto sea posible que al comenzarle, esto es, recordar de cuando en cuando la presencia de Dios, levantar el corazon hácia él pidiendo su auxilio; Dios mio, ayudadme, repetan continuamente los antiguos solitarios del desierto, *Deus in adiutorium meum, etc.* (Ps. 69.) Si trabajan con otros, nada de palabras que ofendan la caridad, la justicia, ni la verdad y mucho menos el pudor; sino por el contrario, que de en cuando en cuando se ocupen en hablar de cosas de piedad y edificacion, rezando á medio dia el ave María al toque de la campana, y por la tarde, si puede ser, el rosario. Les dirá tambien que, cuando les sea muy molesto el trabajo y se vean acometidos de algun movimiento de impaciencia, recurran á Dios y digan con el apostol: *Haec patior, sed non confundor. Scio enim cui*

credidi. (2. Tim. 1.) que consideren á Jesus subiendo al calvario, cargado con el pesado madero de la cruz; que levanten sus ojos al cielo y se digan así mismos: Dios vé y cuenta todas las gotas de sudor que brotan de mi cuerpo, todos los momentos que trabajo por él; en cada instante de estos merezco un nuevo grado de gloria para toda la eternidad.

Como se suspenden los trabajos para comer, les advertirá que siempre que tomen el alimento, lo hagan de una manera cristiana y no como los irracionales; que invoquen á Dios al principio y le den gracias al fin.

En fin, el trabajo debe ser sin interrupcion: *Exibit homo ad operationem suam, usque ad vesperam.* (Ps. 103.) Los jornaleros especialmente no pueden sin injusticia robar á sus amos una parte del trabajo á que están obligados.

Al concluir sus trabajos, será muy conveniente que den gracias á Dios, y si al volver á sus casas encontráran al paso una iglesia, harian una muy buena obra entrando en ella por algunos momentos, ó bien en alguna ermita si pasaban por delante; y si esto no puede ser, que adoren al menos en espíritu á Jesucrito realmente presente en el Sacramento del altar y uniéndose á las almas santas que se ocupan en tan santo ejercicio.

Hecha esta esplicacion, les hará ver las grandes ventajas que les traeria semejante práctica, ventajas de que hasta ahora se han visto privados. Os costará mas, H. M., les dirá, trabajar de esta suerte que como lo haceis comunmente? Qué cosa mas á propósito para disminuir vuestras fatigas y hacer llevaderos y aun dulces vuestros trabajos? Qué satisfaccion seria para Jesus, si os viera ocupados de ese modo! Y qué abundancia de méritos no conseguiriais entonces? Haced la esperiencia desde mañana y yo os aseguro se parte de Dios que si trabajais así, vuestro trabajo no quedará sin remuneracion: *Itaque fratres mei dilecti, stabiles estote et immobiles, abundantes in opere Domini semper, scientes quod labor vester non est inanis in Domino.* (1. Cor. 15.)

La epístola de este Domingo es del capítulo nueve de la primera de san Pablo á los de Corinto, escrita desde Efeso hácia el año

56 de la era cristiana, es decir, hácia el segundo año del apostolado de san Pablo. Esta carta como otras muchas se halla como dividida en dos partes; en la primera que comprende seis capítulos reprende severamente el apostol á los de Corinto por sus divisiones, por el incesto que se habia cometido en medio de ellos y por sus pleitos que llevaban ante los tribunales de los infieles; en lo restante de la carta, es decir, en los diez capítulos siguientes responde á diferentes cuestiones que le habian propuesto, y particularmente tocante á la del uso de las viandas inmoladas á los ídolos, objeto principal de este capítulo. El apostol san Pablo trata de inspirar en los Corinthios un saludable temor al escándalo que ademas de perder á sus hermanos, les privaría á ellos mismos de la corona de la gloria.

Debe observarse aqui el tino y sabiduría de la iglesia en haber escogido esta epístola para el tiempo en que nos hallamos. Su objeto es retraer á los fieles de las diversiones profanas á que suelen entregarse los mundanos particularmente en las ciudades y en los pueblos mas considerables. Estos á imitacion de los de Corinto, (nótese que Corinto era una de las ciudades mas florecientes de la Grecia; Ciceron la llamaba antorcha de toda ella, y en sus habitantes reinaban el lujo, la vanidad y la molicie mas refinada) se persuaden que nada tienen de ilícito semejantes diversiones y que no hay motivo fundado para escandalizarse de ellas. El párroco encontrará en las palabras de san Pablo como en su ejemplo materiales á propósito para combatir esa falsa mácsima, sin tener necesidad de otra cosa que de seguir sus pasos. Ojalá que cada uno de los ministros del evangelio pudiera aplicarse con verdad lo que de sí mismo decia san Pablo á los de Corinto: *Curro non quasi in incertum; sed castigo corpus meum*. Para formar una buena plática sobre esta epístola es menester conocer el motivo con que fue escrita, y para ello no debe contentarse el párroco con leer la epístola del día, sino que necesita enterarse ademas del capítulo anterior, es decir, desde el principio del octavo hasta el final del diez. En el capítulo octavo con los dos siguientes se halla la respuesta á la cuestion sobre el uso de las viandas inmoladas que de suyo no era malo, pero

que prohibe el apostol por el escándalo que se seguia á los hermanos.

Hoy pienso hablaros, H. M., sobre la epístola de la misa que se acaba de cantar. Está tomada de la que san Pablo escribió á los fieles de Corinto, ciudad muy populosa y de las mas florecientes de la Grecia. Antes de convertirse al cristianismo sus moradores, se hallaban dominados de aquellos vicios demasiado comunes en las grandes ciudades, como la vanidad, el lujo y el amor á los placeres; convertidos por san Pablo habían dejado una vida tan contraria al espíritu del cristianismo; pero algunos años despues de su conversion dieron lugar á que el apostol les reprendiera algunas faltas en esta parte. Les escribió pues con un celo verdaderamente apostólico, amenazándoles con la pérdida del cielo, si no trataban de abstenerse de todo pecado y principalmente de cuanto podia escandalizar á sus hermanos. Oid como les habla. (Recitará lo restante de la carta, ó la leerá si lo cree á propósito.) En seguida dirá: qué se propone el apostol en esta epístola? Se propone infundir en los fieles de Corinto un saludable temor de verse privados de la corona inmortal, de perder el cielo, que es la pérdida mas grande para un cristiano: *Nescitis quod unus accipit braviu?* *Sic currite, ut comprehendatis.* Alude aqui á los Athletas ó combatientes que hacian los mayores esfuerzos por ganar el premio en los juegos públicos, queriéndoles significar con esto el sumo cuidado que deben poner en evitar la pérdida de la corona eterna y que para obtenerla necesitan imitar á los Athletas que se proponian salir victoriosos en la palestra. *Omnis qui in agone contendit, ab omnibus se abstinere.* Abstengámonos tambien nosotros de todo cuanto puede impedirnos conseguir la corona incorruptible de la gloria. Aquellos por obtener, etc., (se manifestará lo que hacian los Athletas) y vosotros no os abstendreis de ciertos placeres por conseguir, etc.

En segundo lugar nos propone san Pablo su propio ejemplo. (Se desenvolverá, diciendo en seguida:) Qué! todo un apostol, un hombre elevado al tercer cielo obraba de esta suerte y nosotros H. M. pretendemos asegurar nuestra salvacion entregándonos á toda clase de placeres sin mortificar nuestro cuerpo, etc. (Se estenderá esta refleccion.)

En tercer lugar nos presenta otro motivo de temor en lo que sucedió á los Israelitas. Se enumerarán con el apostol las diferentes gracias que Dios les habia concedido, como el paso del mar rojo, la nube luminosa que les guiaba durante la noche y les preservaba por el día de los ardores del sol, el maná con que fueron alimentados en el desierto, etc., y hecho esto se dirá: sin embargo y á pesar de todos estos favores la mayor parte de ellos, nos dice el apostol, no entraron en la tierra prometida y murieron en el desierto, porque desagradaron á Dios entregándose al pecado. *Sedit populus manducare et bibere, et surrexerunt ludere.* Se sentaron para comer y beber y levantáronse para divertirse; llegaron hasta fabricarse un becerro de oro al que ofrecian holocaustos y se pusieron á bailar y cantar al derredor de su ídolo. (Se referirán los demas pecados de los Israelitas y en seguida se hará la aplicacion á los cristianos.) *Hæc omnia*, dice el apostol, *in figuris contingebant illis; scripta sunt autem ad correptionem nostram.* No os entregueis, H. M., á una vana confianza á la vista de los beneficios que Dios os dispensa en calidad de cristianos. Porque asi como los favores concedidos á los Israelitas eran una figura de los que Dios os ha hecho á vosotros; (se manifestará su cumplimiento en el bautismo, en las gracias especiales que nos iluminan é incitan al bien, en la divina eucaristía donde siempre está Jesucristo presente,) asi tambien los castigos que sufrieron por sus ingratitudes, nos representan los que Dios enviará sobre aquellos cristianos que se entreguen á los mismos pecados que cometió el pueblo de Dios en el desierto.

Y qué pecados eran estos? Héles aquí, H. M.; las murmuraciones contra Dios y contra los que él habia establecido para dirigirles, los placeres criminales, los escesos, la fornicacion y en fin la idolatría. Pero oid ahora sus castigos. Veinte y cuatro mil perecieron al filo de la espada, muchos por mordeduras de serpientes y diferentes enfermedades, y aun algunos fueron sepultados vivos en los infiernos.

En vista de esto habrá alguno que no tema imitar á los Israelitas en sus desarreglos y disoluciones, primer origen de los demas crímenes. Digo primer origen, porque, á dónde no conducen

H. M., los desarreglos de la mesa, el exceso en comer y beber, la disolucion, los bailes entre personas de diferente sexo? Ah! una funesta experiencia nos enseña que por aqui ha comenzado la perdicion de una multitud de cristianos. Decidlo sino vosotros los que vivis esclavos de las mas vergonzosas pasiones; cuál ha sido el origen de vuestros desórdenes y el principio de vuestra desgracia, sino el haberos entregado á esos placeres y diversiones en ciertos dias de fiesta, el haber dado rienda suelta á, etc.?

Y qué inferir, H. M., de las reflexiones que acabo de esponer sobre esta epístola? Tres consecuencias importantes. Primera, que debemos temer sobremanera el vernos privados de la corona de la gloria, y que para evitar esta pérdida necesitamos abstenernos de todo cuanto puede acarreárnosla. *Sic currite ut comprehendatis.*

Segunda, que los que han marchado hasta ahora por el camino estrecho de la ley de Dios y se han mantenido firmes en su cumplimiento, que vean de no caer. *Qui se existimat stare, videat ne cadat*, dice el apostol. Que eviten cuidadosamente la compañía de aquellos que traten de inducirles al pecado y se esfuercen por seguir el ejemplo del apostol, *castigo corpus meum.*

Tercera consecuencia, la cual concierne á los que habeis sido imitadores de los Israelitas culpables. Temblad, H. M., de ser castigados muy luego del mismo modo que lo fueron aquellos; cesad en vuestros desórdenes y absteneos particularmente en este tiempo de todo placer ilícito; *Charissimi mei, fugite ab idolorum cultura.* Puede servirse de lo restante del cap. 10, que viene perfectamente para este lugar, y sobre todo de las últimas palabras: *sive manducatis, sive bibitis, etc.* Obrad de manera que vuestra conducta no sea un motivo de escándalo, sino mas bien de edificacion para la iglesia de Dios: *sine offensione estote Ecclesiae Dei.*

Al concluir echará mano de estos dos versículos del mismo capitulo; *non potestis calicem Domini bibere, et calicem demoniorum; non potestis mensae Domini etc.* Se acerca el tiempo, H. M., en que habeis de recibir á Jesucristo, participar de su santa mesa y del cáliz de bendicion; y qué! osariais entregaros poco antes á excesos que deshonran su sagrado cuerpo, asistir á esos festines en que

es ultrajado, á esas reuniones en que preside el demonio? *Ut prudentibus loquor, vos ipsi judicate quod dico*; os hablo como á personas sensatas, juzgad pues vosotros mismos de lo que os digo. Esta prudencia espero de todos vosotros, H. M., y me prometo que lejos de cometer en esta parroquia durante las próximas semanas los desórdenes que tanto lamenta la iglesia, las empleareis todos de una manera verdaderamente cristiana. Padres y madres, amos y amas poned de vuestra parte los medios convenientes para que así suceda, y vosotros todos los que escuchais, unid durante este santo sacrificio vuestras oraciones á las mías, á fin de que los fieles de esta parroquia se conformen en este santo tiempo con las intenciones de nuestra madre la iglesia, las cuales no son otras sino que todos sus hijos entren desde hoy en los sentimientos de una verdadera penitencia y se preparen á santificar el próximo tiempo de cuaresma. Hagámoslo así, H. M., para que de este modo seamos dignos de alcanzar la corona de la gloria que Dios nos tiene preparada en recompensa de los combates que hayamos sufrido en esta vida; y para que todos logremos entrar juntos en aquella nueva tierra de promision, donde gustaremos sempiternamente las delicias inefables de la bienaventuranza.

Dominica de Sexagesima.

No es menos célebre este domingo que el anterior. La iglesia continúa preparando á sus hijos para el santo tiempo de cuaresma, y en su celo y solicitud nada omite á fin de separarles del pecado. Despues de haberles recordado en el domingo anterior la historia de la creacion del mundo, la caida del primer hombre con sus funestas consecuencias, la promesa de un libertador y en fin el miserable estado á que nos vemos reducidos todos en este lugar de cautiverio y destierro; nos pone hoy á la vista un objeto no menos capaz de infundirnos sentimientos de penitencia y de temor, haciéndonos leer la historia del diluvio universal con que Dios cas-

tigó los pecados de los hombres. También el evangelio y epístola nos dan á entender bien claramente sus deseos de que los fieles se pongan en disposicion de santificar la cuaresma por medio del buen uso de la palabra divina y de las gracias que se les conceden. Esto es lo que se propone con la parábola del sembrador y con el recuerdo de los trabajos de san Pablo y de los que sufrieron los mismos Corintios por seguir los consejos del santo apostol.

En este domingo como en el anterior se puede tomar el asunto de la plática ya del oficio, ya del evangelio ó ya de la epístola. La historia del diluvio bien desenvuelta y aplicada al auditorio no podrá menos de causarle una impresion saludable. Hará ver el párroco en el primer punto la severidad de la divina justicia para con el pecador que abuse de sus gracias y en el segundo mostrará la equidad de este proceder, sacando de uno y otro extremo poderosos motivos para que los pecadores hagan una pronta y verdadera penitencia y los justos se conserven en un saludable y continuo temor de la justicia divina.

En este dia, dirá, la iglesia nuestra madre nos pone á la vista un acontecimiento asombroso y sobremanera capaz de producir en nuestro espíritu la mas viva impresion. Es la historia del diluvio en que perecieron ahogados todos los hombres en castigo de sus delitos á escepcion de Noé y su familia, segun se refiere en el Génesis uno de los libros del antiguo Testamento. Mi objeto en este dia no es otro, H. M., que recordaros este suceso terrible y desenvolverle en sus pormenores mas notables haciendo al mismo tiempo las aplicaciones oportunas y mas conducentes á vuestro espiritual aprovechamiento. Quiera el cielo que la esposicion de los castigos que sufrieron los hombres en tiempo de Noé, os estimule á evitar los pecados que atrajeron sobre ellos tan funesta calamidad y os haga mas dóciles á mi voz, ó mejor á la voz de Dios que os habla por mi boca, que no lo fueron aquellos á la de Noé cuando les exhortaba de parte de Dios á la penitencia.

Os mostraré pues en el primer punto la severidad de la justicia divina para con los pecadores que perecieron en el diluvio y en el segundo os haré conocer su equidad. Cuán severo se manifiesta Dios

en sus castigos á los pecadores, y cuán justo y equitativo en obrar de esta suerte, hé aquí la materia del presente discurso. Los pecadores encontrarán en él motivos para temblar, así como los justos les hallarán de consuelo y de perseverancia en el camino que han emprendido.

PRIMER PUNTO.

Sabeis, H. M., lo que sucedió después de la creación del mundo y cuando empezaron los hombres á multiplicarse y poblar la tierra? La historia sagrada nos lo enseña en el libro del Génesis, cap. 6. Los hijos de Dios, dice el sagrado testo, enamorados de la belleza de las hijas de los hombres se casaron con aquellas que mas les agradaban, y siguiendo en un todo sus desordenadas pasiones, se entregaron á toda clase de placeres, y principalmente al vicio vergonzoso del cual apenas hay valor para pronunciar su nombre. Ya el hermano habia puesto sus manos homicidas sobre su propio hermano; Caín devorado de la envidia habia llegado hasta el extremo de quitar la vida á su hermano Abel. Nuevos crímenes sucedieron á este primer crimen y se multiplicaron de tal modo, que Dios no pudo aguantar ya por mas tiempo tal cúmulo de iniquidades.

Para darnos á entender el Espíritu Santo lo mucho que habia sido ultrajado Dios por el hombre, nos dice que se arrepintió de haberle criado y aun añade que fué penetrado de un vivo dolor en lo íntimo de su corazón; *Tactus dolore cordis intrinsecus*; no porque fuese Dios capaz, dice san Ambrosio, de mudar su interior, ni cambiar de designio, y mucho menos de dejarse llevar de la pasión de la ira ó del dolor, sino para manifestar la gravedad de los pecados que cometían los hombres, mayor de lo que nadie se puede imaginar; *Ideo hæc leguntur ut exprimatur peccatorum nostrorum acerbitas.* (San Amb. tom. 1. de Noe et Arca cap. 3 et 4.) Así es que ofendido el Señor en tanto grado por el hombre, declara su enojo de la manera mas sorprendente y mas capaz de hacernos sentir la severidad de su justicia. Yo raeré, dice, de la faz de la tierra al hombre que he criado, le destruiré y le precipitaré en un abismo de suplicios. Y no me

contentaré con esto, sino que con él haré perecer los animales de la tierra y las aves del cielo.... *Ab homine usque ad animantia, á reptili usque ad volucres cæli*; porque me arrepiento ya de haberles hecho: *Pœnitet enim me fecisse eos*. Resuelto tengo, dijo á Noé, varon justo y perfecto que caminaba con Dios y habia hallado gracia delante de él, resuelto tengo esterminar toda carne, ha llegado el fin de todos los hombres: *finis universæ carnis venit coram me*: llena está de iniquidad toda la tierra, los hombres no siguen ya mas que la corrupcion de su corazon, por eso yo los esterminaré á todos juntamente con la tierra.

Se continuará la historia y se dirá todo lo que el Señor mandó á Noé, para lo cual deben leerse con cuidado el cap. 6, el 7 y una parte del 8. Despues de referirse cuanto hizo Noé, como predicó á los hombres por espacio de cerca de cien años, como fabricó el arca y se encerró en ella con su familia, se espodrá la manera con que se obró el diluvio haciendo de él una descripción patética.

Qué espectáculo tan terrible, H. M. Representaos etc. Véase á Corn. á Lap. al fin de su comentario sobre el cap. 7 del Génesis. (1) Pero por qué, preguntareis, un castigo tan severo por parte de Dios?

(1) Horrendum fuit hoc diluvii spectaculum; sensim crescentibus aquis circumcursabant per domos tremulæ matres cum parvulis, nescientes quò pergerent: surgebant alii pavidi de mensa et effugium quærebant; è cubili exiliebant sponsus et sponsa, huc ille, huc illa fugiebant, ut salientem evaderet undam: vidisses quosdam repentè superiora domus, alios etiam tectorum cacumina conscendere; nonnullos item excelsarum arborum ramos scandere; alios vero cum festinatione ad collium montiumque juga se proripere, sed frustra; nemo enim hanc aquarum vim et impetum evadere potuit; ubique pavor, ubique tremor. O quam dolebant tunc, quod Noë hæc comminantem non audierant sed irriserant! O Noë, quam sapuisti, inquebant, ó nos dementes, quam insani et stolidi fuimus! O si jam liceret arcam ingredi! potuimus aliquando, sed nolimus, nunc volumus, sed non possumus. Ex hisce vides quam horribile fuerit diluvium; quod ut magis apprehendas, imaginare te in vertice montis consistere, ac videre aquas totam terram inundantes, omnia sternentes, homines et animalia sorbentes, arces et oppida evertentes, excrecentes et montes omnes superantes; itaque ad te tandem pertingentes, teque pariter haurientes et mergentes. Hinc discis quid sit peccatum..... Quid ergo erit indie iudicii? Audite Christum, sicut in diebus Noë etc. (*El Traductor.*)

Cuál pudo ser la causa? El pecado, H. M., y especialmente el pecado de impureza que hace al hombre todo terrestre, todo animal, que borra en su alma la imagen de Dios, y que de un ser racional destinado á poseer á Dios, le convierte en un ser semejante á los animales mas viles: *comparatus est jumentis insipientibus*. (Ps. 48.) Pero no solo fue la causa el pecado de impureza; tambien lo fueron la intemperancia y la disolucion, lo fueron los criminales escesos á que se entregaron los hombres y sus costumbres corrompidas, como lo declara el mismo Jesucristo en estas palabras: *erant in diebus ante diluvium comedentes et bibentes, etc.* (Math. 24.)

En seguida se dirigirá á los oyentes diciendo: por ventura, H. M., no reinan todavia en el mundo esos mismos pecados que trajeron el diluvio, no viven ahora los hombres como en tiempo de Noé, entregados á sus placeres y á toda clase de escesos? No podria decirse hoy lo que decía entonces el Señor: *repleta est terra iniquitate*; la tierra está inundada de iniquidades? *Maledictum et mendacium, et homicidium, et furtum et adulterium inundaverunt*. (Osèe 4.) *Omnes declinaverunt*. (Ps. 13.) Los jóvenes, los ancianos, todos se han apartado del camino recto y no hay uno que obre lo bueno. (Se dirá algo de los desórdenes mas comunes en la parroquia.) No merecemos pues, H. M., que nos castigue el Señor como á los que vivian antes del diluvio, y no deberemos temer que descargue sobre nosotros los rayos de su ira? Prometiò, es verdad, no enviar á la tierra otro diluvio de agua, y nos sirve de señal de esta promesa el arco iris que de cuando en cuando aparece en el cielo; pero tambien es indudable que si no hacemos penitencia nos tiene reservados castigos no menos terribles tanto en esta vida como en la otra. En esta vida, porque qué son sino esas calamidades que nos afligen de tiempo en tiempo, como granizos, esterilidades, incendios, mortandad de ganados, pestes, guerras etc.? No es por ventura todo esto, H. M., un justo castigo de nuestros pecados? *Omnia hæc ad vindictam creata sunt*. (Eccl. 39.) Castigos sobre todo en la otra vida. Allí no es ciertamente un diluvio de agua, H. M., el que Dios tiene preparado al pecador, sino un diluvio de

fuego infinitamente mas horrible que el que consumió las ciudades de Sodoma y de Gomorra: *ignis et sulphur, et spiritus procellarum pars calicis eorum.* (Ps. 74.) Dígase aqui alguna cosa de los suplicios del infierno. No, H. M., no os figureis que Dios ha de dejar impunes todas estas iniquidades, y que algun pecador podrá escaparse de su justicia: *Bibent omnes peccatores terræ.* (Ps. 74.) Oh, y cuán terrible es caer en manos de un Dios vengador! *Horrendum est incidere in manus Dei viventis!* (Ad Heb. 10.) *Quis non timebit te?* (Jerem. 10.) Temed sí, pecadores, concluirá, temed la severidad de la justicia divina y no abuseis por mas tiempo de la paciencia de un Dios que os espera despues de tanto tiempo á penitencia: no queráis endurecer vuestros corazones: *Hodie si vocem ejus, etc.* (Ps. 94.) *Thesaurizas tibi iram in die iræ.* (Ad Rom. 2.) Y vosotros, almas justas, imitad al santo Noé que obró siempre el bien sin participar en nada de la corrupcion general. Se hablará aqui de las virtudes de este santo patriarca, haciendo una aplicacion particular á los padres de familias y exhortándoles á que eduquen sus hijos como Noé educó los suyos, que procuren alejarles de las malas compañías, y velen con todo cuidado sobre sus hijas, sin permitir jamás que concurren á diversiones criminales ó peligrosas. A fin de que os confirmeis, H. M., en estos sentimientos de temor, considerad lo equitativa que fue la justicia de Dios en tiempo del diluvio, como os lo voy á demostrar en el

SEGUNDO PUNTO.

Facilmente conoceremos la equidad de la justicia divina en el castigo con que aligió á los hombres en tiempo del diluvio, si consideramos el ultraje que hicieron á Dios con sus pecados. Aquí se explicará la malicia del pecador, que puede decirse desafia en cierto modo á Dios, que se revela contra su majestad, le desprecia, etc. y tambien su ingratitud á los muchos beneficios recibidos. Los hombres, dirá, no podian entonces desconocer al Señor. Sus padres habian vivido con los primeros hombres y por lo mismo debian saber lo mucho que Dios habia hecho en su favor; ademas Noé les habia

predicado largo tiempo exhortándoles á penitencia, y la gracia les solicitaba á dejar su vida licenciosa y convertirse á Dios; pero á pesar de todo, ellos continuaron en sus desórdenes, no hicieron caso de lo que les decia Noé etc., no merecian pues muy justamente que Dios descargára sobre ellos su cólera y que, etc.

Podremos nosotros, H. M., quejarnos con fundamento, si abusando de la misericordia de Dios, perseveramos en nuestros pecados? Seremos menos culpables que los hombres que perecieron en el diluvio? Por ventura estamos menos obligados que ellos al Señor? No es él nuestro padre, nuestro criador? *Numquid non est ipse pater tuus qui creavit te? Interroga majores tuos, et dicent tibi. (Deuter. 32.)* Se hará aqui una enumeracion de los diferentes beneficios tanto naturales como sobrenaturales que Dios nos ha dispensado, de lo cual se inferirá que los cristianos serian todavia mas justamente castigados perseverando en el pecado, que no lo fueron los hombres que vivian en tiempo del diluvio. Qué excusa legítima podriais alegar, H. M., para justificar vuestro proceder? Acaso vuestra juventud, la fuerza del mal ejemplo? etc. Se refutarán estos diferentes pretestos sobre los cuales pretenden apoyarse algunos cristianos para dar rienda suelta á sus pasiones con especialidad en el prócsimo tiempo de carnaval.

Aprovechaos, H. M., de la misericordia de Dios ahora que podeis; no deis lugar á que os sorprenda la muerte en medio de vuestros desvaríos, porque escrito está, que vendrá el hijo del hombre en la hora que menos lo penseis: *sicut in diebus Noé*, dice el mismo Jesucristo, *ita erit adventus filii hominis. (Math. 24.)* Prevenid la cólera de vuestro juez por medio de una penitencia pronta y sincera, y vosotras almas justas esperad con paciencia la llegada de este mismo juez que ha de venir á recompensar vuestros trabajos y sufrimientos. Pidámosle todos en el santo sacrificio que vamos á ofrecerle, una sentencia favorable en el dia de la cuenta.

En la conclusion se citará este pasaje del Salvador: *attendite vobis ne fortè graventur corde vestra in crapula et ebrietate, et curis hujus vite*, encargando á los oyentes que procuren recordar estas palabras algunas veces durante todo este dia y siempre que se vean tentados de la intemperancia.

EVANGELIO.

El evangelio de este día está tomado del cap. 8 de san Lucas, donde se refiere la parábola del sembrador que propuso Jesucristo á un grandísimo concurso de gentes que de todas partes acudían á oírle. El asunto de que conviene hablar con motivo de este evangelio está ya designado en la esplicacion que el mismo Salvador hizo de la parábola. El objeto de esta plática no debe ser otro que el de inducir á los fieles á que procuren sacar fruto de la palabra de Dios, especialmente durante la cuaresma en que son tan frecuentes los sermones. Se deberá empezar persuadiéndoles de la necesidad que tienen de venir á oír la palabra divina; en seguida se darán á conocer los obstáculos que impiden produzca su fruto en el corazón, y por último se explicarán las disposiciones que deben poner de su parte, para que no sea estéril en ellos la palabra de Dios.

Como no es posible abrazar en una sola plática toda la materia, es preciso concretarse en el primer año á tratar el primer punto, es decir, la necesidad que tienen de asistir con frecuencia á oír la palabra divina, presentando al fin de la plática un compendio de los obstáculos y disposiciones que abajo se mencionan; y en el año siguiente se pueden explicar mas en particular estas mismas disposiciones y obstáculos, despues de recapitular los motivos que deben inducirles á oír con la posible asiduidad la palabra de Dios.

En algun otro domingo y especialmente en el cuarto despues de pentecostés se ofrece tambien ocasion oportuna de tratar este mismo asunto.

Es necesario tener presente, que habiendo dos palabras de Dios, la una exterior que hiere nuestros oídos y se anuncia por los ministros del evangelio, y la otra interior, con la cual habla Dios á nuestro corazón enviándole santas inspiraciones y piadosos movimientos, conviene que despues de haberse hablado de la palabra exterior y de la obligacion que tienen de oírla, se manifieste á los fieles la que tienen igualmente de estar atentos á la palabra de Dios, es decir, de escuchar cuanto Dios les hable en el fondo de su corazón, de

no poner obstáculos á los efectos de las divinas inspiraciones, y de corresponder á ellas con la mayor fidelidad.

Hé aquí, H. M., dirá, uno de los evangelios mas interesantes é instructivos, el cual os enseña á sacar fruto de todos los sermones y pláticas que se os predicán durante el curso del año. Andaba el Salvador recorriendo las ciudades y aldeas predicando el reino de Dios, acompañado de sus doce apóstoles y de algunas santas mugeres que le asistian con sus bienes, y un dia en que habia concurrido un numeroso pueblo de las ciudades vecinas á oír sus lecciones, le habló de esta suerte: (se referirá la parábola, sin omitir estas últimas palabras: *Hæc dicens, clamabat: Qui habet aures audiendi, audiat*, las cuales dijo el Salvador con el objeto de llamar la atencion de sus oyentes y hacerles desear y pedir la esplicacion de lo que no entendian y que Jesus juzgaba conveniente envolver bajo parábolas ó semejanzas).

Deseais conocer vosotros, H. M., lo que Jesucristo quiso significarnos con esta parábola del sembrador? Oid la esplicacion que hizo de ella el mismo Salvador. (Se referirá, tomándola del evangelio).

Hé aquí, H. M., el sentido de esta parábola. En ella se os dice á la vez, cuáles son los obstáculos que pueden impediros de sacar fruto de la palabra divina y cuáles las disposiciones con que debeis acudir á oirla. Tambien os ofrece motivos muy poderosos este evangelio para escitaros á concurrir con frecuencia á los sermones y pláticas en el ejemplo de ese numeroso pueblo que se agolpaba á oír al Salvador, y que abandonando las ciudades, corria presuroso á las riberas del mar donde Jesucristo predicaba. Esto mismo quisiera yo, H. M., que hiciérais vosotros, quisiera que viniérais con frecuencia al templo á oír la palabra divina. Con este objeto os presentaré las razones que deben estimularos á oír con la posible asiduidad la palabra divina, y al concluir os pondré delante los obstáculos que suelen impedir produzca su fruto en vuestros corazones.

Los poderosos motivos que os deben determinar á oír con frecuencia la palabra divina son, la consideracion de quién es el que os habla en nuestras pláticas y sermones, de qué es lo que en ellos se os anuncia, la necesidad que teneis de ser instruidos, y en fin, las grandes ventajas que sin duda alguna percibireis haciéndolo así.

(Se explicará con alguna estension cada uno de estos motivos, apoyándose en la Escritura, en los Padres, en el precepto de la iglesia y en lo que enseña la esperiencia).

Quién es el que os habla, H. M., en nuestros discursos y pláticas? Es el mismo Dios. No, no son nuestros propios juicios ni partos de nuestro entendimiento las doctrinas que os predicamos; desgraciados de nosotros si en esto siguiéramos nuestras propias luces, es su palabra y sola su palabra la que sirve de materia á nuestros discursos, no siendo nosotros mas que los instrumentos de que se vale Dios para anunciárola. *Pro Christo legatione fungimur, tamquam deo exhortante per nos.* (2. Cor. 5.) Lo único que se nos permite añadir á esta palabra que hemos recibido de Dios y se halla consignada en las escrituras y en la tradicion, es lo necesario para explicarla y ponerla á vuestro alcance, haciéndoos sobre ella las reflexiones mas conducentes á la reforma de vuestras costumbres y santidad de vuestra vida. En este supuesto con cuánto aprecio y veneracion no debéis mirar la palabra divina! Despreciarla, desatender nuestras instrucciones no sería despreciar al mismo Dios? (Ejemplo de la injuria que se haría á un príncipe, no poniendo atencion á sus palabras, ó no queriendo oir á los que hablarán de su parte, sobre todo si habia ecsijido de sus súbditos que vinieran á oirle, y fuera en utilidad suya cuanto les habia de decir.) Pues hé aquí cabalmente, H. M., lo que debe decirse de las instrucciones que os dirigimos. Dios ecsije que asistais á ellas, porque en el mismo hecho de haber mandado á los apóstoles y á todos los ministros del evangelio, que le predicáran de su parte á todas las criaturas y que enseñáran á todas las naciones, no puede menos de querer que todos acudan á oirles y asistan á sus instrucciones.

Se pondrá tambien á la vista el precepto eclesiástico, que ordena á los fieles la asistencia á su parroquia para oir la palabra divina: *Moneat Episcopus populum diligenter, teneri unumquemque parochie sue interesse, ubi commode id fieri potest, ad audiendum verbum Dei.* (Trid. sec. 24. cap. 4.)

Pero aun quando la iglesia no impusiera precepto alguno, la misma necesidad que tienen todos de ser instruidos y las grandes

ventajas que les resultan de oír la palabra de Dios, no son un motivo bien poderoso para que se acerquen á oírla con un santo apresuramiento? *Quomodd credent ei quem non audierunt?* dice san Pablo, *quomodd audient sine predicante.... Fides ex auditu, auditus autem per verbum christi.* (Rom. 10.) Por medio de la predicacion recibimos la fe, por el mismo la conservamos y por la predicacion conseguimos vivir en conformidad con lo que nos enseña la fe.

Para dar á conocer mejor la fuerza de esta verdad se entrará en el por menor de las circunstancias en que puede encontrarse el hombre. Vosotros todos, dirá, os encontrais sin duda en uno de estos estados, en el de pecado ó en el de ignorancia, en el de tibieza ó en el de fervor. Ahora bien, en cualquiera de ellos es claro que necesitais de instruccion, ó al menos os ha de ser muy ventajosa. Es fácil probar por induccion cada uno de estos extremos sirviéndose de estos pasajes del profeta rey: *Ignitum eloquium tuum vehementer: lucerna pedibus meis verbum tuum.* (Ps. 118.) *Lex Domini immaculata convertens animas.* (Ib.) Tambien es muy á propósito este pensamiento de san Ambrosio: *mundat verbum Dei, illuminat, accendit. Mundat, los pecadores. Vox domini confringentis cedros Libani.* (Ps. 28.) Porque cómo podrá resistir el pecador, si considera atentamente las grandes verdades del cristianismo, que son tan eficaces para penetrar y mudar el corazon mas rebelde? *Vivus est enim sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti.* (Ad Heb. 4.) Se estenderá esta refleccion.

Illuminat. No es por ventura esta palabra divina la que muestra á cada uno sus deberes, la que á todos enseña el camino de la virtud, la que nos hace conocer á Dios y á Jesucristo su hijo, la que descubre al hombre lo que es, el fin para que ha sido criado y los medios de conseguir este fin? etc.

Accendit. Esta palabra no solo ilumina nuestro entendimiento, sino que ademas cambia el corazon, anima á los tibios y sostiene á los firmes.

Aquí podria yo recordaros los grandes frutos que ha recogido en todos los siglos, (puede decirse alguna cosa) pero solo quiero apelar á vuestra propia esperiencia. No habeis palpado los prodigiosos

efectos que ha producido la palabra de Dios en las misiones, en los jubileos y en otras ocasiones en que se os ha anunciado con mas frecuencia? Cuántos no obra todos los dias en aquellos de entre vosotros que vienen á oírla con un fin santo y las disposiciones necesarias? Pero lo que debe sobre todo resolveros, H. M., á oír con frecuencia la palabra de Dios, es la circunstancia de que entre las señales de la predestinacion cuentan los Padres como una de las mas seguras, la aficion y gusto en oír esta palabra; asi como por el contrario el descuido, la negligencia en asistir á los sermones, el poco aprecio de la palabra divina es una muestra de reprobacion. San Bernardo nos lo asegura con el mismo Jesucristo de una manera terminante. Entre las cosas, dice, que nos dan mayor seguridad de nuestra salvacion, la principal es la de oír la palabra de Dios. *Inter ea quæ fiduciam prestant et materiam spei, illud unum maximum est: Qui ex Deo est, verba Dei audit. (Serm. de Sept. n. 2.)*

Preguntáos ahora, H. M., á vosotros mismos y mirad si sois del número de aquellos que sienten dentro de sí un anhelo santo por oír la palabra divina. No sois mas bien de aquellos que solo muestran ardor é interés por las conversaciones mundanas y por los discursos fríbolos y necios? No prestais con mas gusto oídos á los que os enseñan máximas diabólicas y pervierten con sus perniciosos principios vuestro corazon, fomentando en él las semillas del amor profano y carnal? No acudis al templo con cierta especie de repugnancia á oír las instrucciones de los ministros del evangelio, y os fastidiáis muy pronto á poco que se prolonguen? Alguno de vosotros no llega hasta despreciar interiormente lo que os dicen y enseñan? Ah! si asi fuere, no puedo menos de asegurar, H. M., que no sois de Dios y que se puede temer demasiado por vuestra salvacion: *Propterea vos non audistis, quia ex Deo non estis. (Joan. 8. 47.)*

Pedid ahora encarecidamente, H. M., á vuestro redentor Jesucristo, que es el Verbo eterno, la verdad por esencia y que va á ser inmolado por vosotros en el santo sacrificio de la misa; pedidle repito, que os conceda una aficion santa hácia su palabra, que arranque de vuestro espíritu y de vuestro corazon todo lo que pueda ser obstáculo á su benéfica influencia y que os dé aque-

llas disposiciones que son menester para oirla con fruto.

Hélas aquí en pocas palabras, dejando para otra ocasion el hablar de ellas mas largamente. Los obstáculos son la disipacion, el extravío de los sentidos, y el grande apego á las cosas de la tierra. Las disposiciones con que debeis oir la palabra divina consisten en un corazon recto y bien preparado, que procure conservarla y guardarla con esmero, y que por medio de la paciencia haga que produzca sus frutos, es decir, en un deseo sincero de ejecutar la voluntad de Dios y en un gran valor para ponerla en obra. Dichosos vosotros, H. M., si para en adelante venis á oir la palabra divina sin ninguno de esos obstáculos y con todas las disposiciones que acabo de enumerar. Entonces conseguireis las grandes ventajas, etc.

Oh Salvador amantísimo, os pedimos de todas veras perdon por haber hecho tan poco caso hasta ahora del pan celestial que nos habeis repartido en los muchos sermones y pláticas que se nos han predicado; dadnos vuestra gracia y auxilios para que en adelante oigamos con gusto y la posible frecuencia la divina palabra y concedednos tambien los que necesitamos para poner en ejecucion cuanto se nos enseñe de parte vuestra por los ministros del evangelio.

En otro año se hablará espresado de los obstáculos y disposiciones positivas para oir la palabra divina, que es el objeto mas propio de este evangelio. Entonces despues de referir en el exordio la parábola del Salvador y la esplicacion que hizo de ella á sus discípulos, dirá de esta manera: Qué efecto, que impresion ha hecho en vosotros, H. M., la esplicacion que el Salvador dió de esta parábola? Qué debemos hacer en vista de las muchas reflexiones á que da margen su contenido? Debemos examinarnos con el mas escrupuloso cuidado, si somos ó no alguna de esas diferentes tierras en que el grano de la divina palabra no produjo ningun fruto y en tal caso tratar de inquirir la causa, é instruirnos competentemente acerca de las preparaciones necesarias para que se arraigue y crezca en nuestro corazon. Con este objeto haré ver en el primer punto cuál es el origen de que produzca tan poco fruto la palabra divina en la mayor parte de los cristianos; y en el segundo, las condiciones indispensables en los oyentes para que les sea fructuosa.

PRIMER PUNTO.

Bien sabeis, H. M., porque en varias ocasiones os lo he repetido, que nada mas eficaz y poderoso para iluminar, para purificar y para santificar que la palabra divina, no pudiendo darse un alma en que no sea capaz de producir los mas admirables y extraordinarios efectos. Pero de dónde procede no obstante que sean tan pocos los que de ella se aprovechan y que segun el mismo Salvador, las tres cuartas partes de los oyentes la reciban en vano? Esto no puede provenir como es claro de la naturaleza de esta divina simiente, si no solo de la indisposicion de las tierras en que es arrojada. Esta indisposicion puede dimanar ó de los sentidos, ó del espíritu ó del corazon. Se estenderá sobre cada uno de estos tres obstáculos.

El primero es la disipacion de los sentidos, la cual se echa de ver en aquellos que mientras están en la iglesia se distraen en objetos que no pueden menos de impedirles la atencion; *cum seminat, aliud cecidit secus viam*, así es que en lugar de oír al predicador ó se entretienen en hablar con los que tienen á su lado, ó en hacerse cargo de cosas bien fútiles, ó se duermen etc.

Segundo obstáculo, la disipacion del espíritu. Hay muchos que vienen á la iglesia con la imaginacion ocupada en mil cosas extrañas é impropias de este lugar; de consiguiente no fijan la atencion sino muy superficialmente en lo que dice el ministro del evangelio, ni siguen el orden del discurso, ni les hacen impresion las razones que alega, ó cuando mas es una impresion pasajera que muy luego borran los pensamientos mundanos; de manera que concluido el sermón y aun antes de salir del templo, apenas se acuerdan de lo que han oído, *confestim venit satanas, et aufert verbum quod seminatum est.* (Marc. 4. v. 5.)

El tercer obstáculo que es el mas comun trae su origen del corazon. Durante la predicacion se suelen experimentar algunos buenos movimientos, se forman resoluciones y propósitos y entonces parece como que se quiere emprenderlo todo, abandonarlo todo y sufrirlo todo para convertirse y asegurar su salvacion; pero

estas buenas resoluciones, estos buenos sentimientos como solo lo son en la apariencia, no tardan en desvanecerse y en efecto desaparecen á luego que se presenta una tentacion aunque no sea de las mas fuertes. Y cuál es la causa? La sequedad y dureza del corazon que se halla apegado á las criaturas. *Non habent in se radicem, sed temporales sunt; deinde orta tribulatione propter verbum, confestim scandalizantur.* (*Ibid.* v. 17.) Se entrará aqui en el detalle de los diferentes vicios ó pasiones que impiden la realizacion de los buenos propósitos, como el apego á las riquezas, amor desordenado de los placeres, honores etc., que son otras tantas espinas que ahogan en el corazon la palabra divina haciéndola estéril.

Vosotros, H. M., habeis oido y estais oyendo todos los dias la palabra divina, por cuya razon todos debíais estar convertidos y santificados; por qué pues se ven tantos pecados entre vosotros, por qué es tan rara la virtud y la verdadera santidad? Buscad la causa en vosotros mismos, en la dissipacion de vuestros sentidos, en la inconstancia y ligereza de vuestro espíritu y de vuestro corazon: *Auferte offendicula de via; (Isai. 57.)* llorad, pedid perdón á Jesucristo que tantas veces ha sembrado en vuestra alma sin haber recogido; para que su palabra no sea para vosotros un motivo de condenacion en el dia del juicio: *sermo quem locutus sum, ille judicabit eum in novissimo die.* (*Joan. 12.*) Tened siempre presente que habeis de dar estrecha cuenta de cada una de estas palabras, y que oirlas sin fruto y sin provecho es tan criminal, segun enseña san Agustin, como el profanar el cuerpo sacratísimo de Jesucristo. *Non minus est verbum Dei, quam corpus christi.* Procurad en adelante aprovecharos mejor de nuestras instrucciones y pláticas, y retener bien en la memoria lo que os voy á decir acerca de las disposiciones que son necesarias para que la palabra divina produzca sus frutos en vuestros corazones.

SEGUNDO PUNTO.

Tres clases de disposiciones ecsige la palabra divina de parte de los oyentes. La primera para antes de oirla; la segunda para el

acto de oirla, y la tercera para despues de haberla oido. Todas tres las señala el evangelio en la tierra que produce frutos. Porque qué nos significa esta tierra? Nos significa á todos aquellos que oyen la palabra divina con un corazon recto y bien dispuesto, que ademas la conservan cuidadosamente y mediante la paciéncia dan frutos sazonados: *Quod autem in terram bonam, etc.* Es necesario pues venir á la iglesia con un corazon bien preparado, es decir, con un corazon limpio de pecado, ó al menos con un deseo sincero de purificarse cuanto antes y de ser docil á las inspiraciones de la palabra: *in corde bono et optimo*. Es preciso tambien oir la palabra divina con todo respeto y atencion, *audientes verbum*. Y por último, despues de haberla oido es menester procurar conservarla en el corazon y hacerla producir frutos por medio de la paciéncia, *retinent fructum et afferunt in patientia*. Esplíquense con estension estas tres disposiciones.

Bastará únicamente, H. M., que vengais á oir las pláticas y los sermones para sacar fruto de la palabra divina? No por cierto y en vano será esto si no cuidais de disponeros de antemano para recibirla. Para que el grano que se arroja en la tierra produzca el fruto de su especie y de buena calidad, no es menester preparar antes la tierra en que se le ha de sembrar? Sin duda; asi es que vosotros no dejariais de hacerlo y calificariais con razon de insensato al que fuese á sembrar un campo inculto. En qué piensas, qué es lo que haces, le diriais, si es imposible que puedas lograr la cosecha? Ahora bien, H. M., vuestra alma, vuestro espíritu y vuestro corazon es la tierra en que nosotros arrojamos el grano de la divina palabra; para que pues produzca fruto es menester que cuando vengais á oirnos, esa alma, ese espíritu y ese corazon se encuentren en aquel estado en que deben hallarse para recibir bien el grano que nosotros arrojemos. En vano predicariamos, si vosotros no estábais de antemano preparados para oirnos; al menos nunca podriamos esperar fruto alguno de nuestras instrucciones. Cuidad por lo mismo, H. M., etc.

Despues de haberos preparado debidamente para oir la palabra divina, oid como necesitais conduciros durante los sermones y de-

mas instrucciones cristianas que os prediquen los ministros del Señor. Esto es sobremano importante y esije toda vuestra atencion. Es necesario en primer lugar oirlas con el mas profundo respeto, como palabras que son del mismo Dios, imitando en esto á los Thesalonicensens que escuchaban lo que les decia san Pablo, como verdadera palabra de Dios; *sicut est verè verbum. (1. Thess. 2.)* Oh! H. M., si nos oyérais con esta disposicion, cuánto fruto no sacarais de cada uno de nuestros discursos! Vosotros sin embargo no podeis tener la menor duda de que no sea palabra de Dios cuanto os enseñamos desde este lugar. Debeis pues oirlo con el mas religioso respeto, con un respeto interior que encierre el mayor aprecio y estimacion á lo que os decimos, y ademas tambien con aquel respeto exterior que consiste en guardar un profundo silencio y principalmente en refrenar los ojos, no dejándoles divagar á objetos que puedan distraeros. Acordaos de María, hermana de Marta, cuando sentada á los pies de Jesus escuchaba sus divinas palabras, *sedens secus pedes domini, audiebat verbum illius*; ocupado enteramente su espíritu de la doctrina celestial que salia de la boca del Salvador, ningun objeto hubiera sido capaz de distraer su atencion. Qué habriais hecho vosotros si hubiéseis tenido la dicha de asistir á uno de los discursos de Jesucristo? No hubiérais puesto la mayor atencion, y procurado no perder la mas mínima palabra? Pues hé aquí, H. M., lo que debeis ejecutar con los discursos que ois en boca de los ministros del evangelio, asegurando expresamente Jesucristo que oirles á ellos es oirle á él mismo: *qui vos audit me audit. (Luc. 10. 16.)* Porque no debeis considerar precisamente al predicador en los sermones y pláticas que ois, sino al mismo Dios que nos ha escogido, aunque indignos, para dirijiros su palabra, para instruiros de su voluntad, para exhortaros, fortaleceros y ser los cooperadores de vuestra salvacion. (Segun el lugar en que se predique, podrá ser ó no conveniente decir algo contra aquellos espíritus críticos que solo van á los sermones con el objeto de censurar ya al mismo predicador ya sus discursos.)

Sin embargo no es bastante escuchar con respeto y atencion la palabra de Dios; lo esencial y mas difícil es conservarla en el cora-

zon y hacerla producir frutos. (Debe aquí seguirse la comparacion del grano que se siembra en la tierra.) En vano, H. H., vendriais á oirnos con un corazon bien dispuesto, en vano nos escuchariais con la mas religiosa atencion, todo esto seria inútil, si despues del sermón no velábais cuidadosamente en conservar en vuestro interior y en hacer fructificar el grano celestial que habiais recibido; asi como de nada serviria al labrador haber preparado bien su heredad y haber sembrado en ella buen grano, si á luego de sembrado le comieran las aves del cielo, ó bien no se pudriere en la tierra ni llegára á producir otro grano de su especie. Qué es lo que hace sino un labrador despues que siembra su grano? Le cubre bien con la tierra, donde se conserva enteró por algun tiempo, despues fermenta, se corrompe y muere haciéndose por este medio fecundo y fertil para enjendrar otros muchos de su mismo género: hé aquí una imagen sensible de la conducta que debeis observar vosotros despues que hayais recibido la palabra divina. Procurad conservarla por medio de la meditacion y reflexion y hablado sobre ella con vuestra familia, para que de este modo quede bien impresa en vosotros y en vuestros hijos, hermanos, criados, etc.; no dejes de haceros la aplicacion á vosotros mismos, viendo qué es lo que os conviene del discurso del predicador y no pensando en lo que puede convenir á los demas; formad siempre algunos buenos propósitos y sobre todo armaos de valor y de paciència para poner cuanto antes manos á la obra y pedid al Señor antes de salir de la iglesia que derrame sus bendiciones sobre la divina semilla que ha esparcido en vuestros corazones: *estote factores verbi, non auditores tantum.* (Jacob. 1. 22.) Se hará mencion de toda la sentencia de Santiago. *Non enim auditores legis, dice san Pablo, justi sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur.* (Rom. 2. 13.) Cuántos hay que despues de los sermones olvidan al momento cuanto se les ha dicho, ó no tienen valor para ponerlo en práctica? No habeis sido vosotros de este número, H. M.? Pedid de todas veras perdon á Jესucristo de esta vuestra conducta; dadle gracias por el beneficio de la divina palabra que acabais de oir; esta importante práctica la debeis renovar siempre que asistiéreis á los

sermones y demas instrucciones cristianas, que siempre son un favor singular que Dios os concede: *Non fecit taliter omni nationi, etc.* (Ps. 147.) Pedidle tambien la gracia de hacer mejor uso de esta plática y de cuantas oyéreis en adelante, que el que habeis hecho hasta aqui. Dichosos aquellos, dice Jesucristo, que oyen la divina palabra y que no contentos con esto la conservan en el corazon y la reducen á práctica: *beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* (Luc. 11. 28.)

El presente evangelio dá margen para hablar del precio de la gracia, del abuso que se hace de ella y del uso que debe hacerse. Despues que en los años precedentes se haya tratado de la palabra exterior, será muy oportuna una plática sobre la palabra interior, que no es otra cosa que la gracia. Este asunto viene muy naturalmente en seguida del primero, y se recordará al tratarle gran parte de lo que entonces se dijo sobre el buen uso de la palabra divina.

En el exórdio, despues de referir la parábola, dirá el párroco: cuál es este grano, H. M., que el Salvador arrojó en su campo? Jesucristo mismo ha dicho que es la palabra de Dios, etc.; pero por ventura es solo esta palabra exterior que sale de nuestra boca y va á parar á vuestros oídos? No por cierto, H. M.; pues es tambien muy principalmente la palabra de Dios interior, es decir, la gracia divina que obra en vuestro espíritu y en vuestro corazon; son esas santas iluminaciones, esas luces sobrenaturales que ilustran vuestro entendimiento acerca de la vanidad de las cosas del mundo y sobre la solidez de los bienes del cielo; que os hacen conocer á Dios con todas sus infinitas perfecciones, y á la humanidad santísima de Jesucristo con todas sus bellezas; que os enseñan lo malo que habeis de evitar y lo bueno que habeis de poner en obra; son esos piadosos movimientos que os inspiran el amor de Dios y de Jesucristo, y el fastidio de las criaturas, que os conducen, en una palabra, á huir de todo pecado y á llevar una vida enteramente cristiana. Oh, H. M., y qué poco caso se hace en el mundo de esta palabra de Dios, qué negligencia en prestar oído á sus inspiraciones y cuánto abuso y desprecio no se hace de ella por la mayor parte de los cristianos! Negligencia y abuso infini-

tamente deplorables, pero que son sin embargo uno de los mayores desórdenes que reinan en la tierra. Aprended hoy, H. M. á conocer el aprecio que debeis hacer de esta palabra interior, de estas santas inspiraciones que Dios os envia; aprended igualmente á conocer la causa que hace inútiles la mayor parte de estos piadosos movimientos, los obstáculos que impiden su saludable influencia en el alma, como igualmente la manera de destruirlos y de ser fieles á los impulsos de la gracia. Hé aquí todo el objeto de este discurso.

PRIMER PUNTO.

Se empezará dando una idea clara y esacta de la gracia actual, y en seguida procurará el párroco de inspirar en sus oyentes el aprecio y estimacion á este don divino, poniéndoles á la vista: 1.º su autor, que es el mismo Dios y Jesucristo su hijo, que nos le mereció con su dolorosa pasion: 2.º su precio que es la sangre de un Dios: 3.º su virtud que es todo poderosa, á manera de un fuego que nos purifica, nos ilumina y nos abrasa: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?* (Luc. 24.) por cuyo medio podemos merecer en cada momento una corona de gloria inmortal. (Se dará la debida estension á estos tres motivos.) Qué aprecio habeis hecho hasta el día, H. M., de tan singular beneficio? Habeis siquiera fijado en él vuestra atencion? El Señor ha esparcido infinitas veces en vuestras almas el grano celestial de su gracia; *exiit qui seminat, seminare*, en todas las edades de vuestra vida, todos los días y casi en todas las horas del día. Hágase aquí la enumeracion de las diferentes gracias interiores que Dios envia á los hombres y principalmente á los cristianos poniendo un especial cuidado en formarla bien, para que cada uno de los oyentes reconozca por sí mismo la verdad de lo que se les dice. En seguida continuará de este modo: Y qué fruto han producido en vosotros tantas inspiraciones, tantas gracias como habeis recibido? No habeis cerrado los ojos á esta luz interior, no habeis ahogado todos estos piadosos movimientos? Oh, qué injuria para aquel de quien procede, para aquel que os hablaba en el interior de vuestro cora-

zon! Qué castigos no mereceis por haber desoido esta voz, que es la voz de vuestro Dios. (Hablará aquí enérgicamente contra el abuso de las gracias y de la pena con que Dios le castiga, á saber, la sustraccion de estas gracias.) Llorad, H. M., la pérdida de un beneficio tan inestimable; llorad la injuria que habeis hecho á Dios y á Jesucristo su hijo abusando de su palabra interior y á fin de aprovecharos en adelante de ella, procurad conocer los obstáculos que impiden ordinariamente sus saludables efectos y la manera de corresponder con fidelidad á los piadosos movimientos que escita en vuestras almas.

SEGUNDO PUNTO.

Los obstáculos que suelen ponerse á la palabra interior son casi los mismos que hemos enumerado arriba hablando de la palabra exterior y se hallan figurados igualmente en las tres clases de tier-
ras que no dan frutos.

Primer obstáculo. La demasiada disipacion de los sentidos y por consiguiente la falta de atencion á la palabra de Dios: estando los sentidos y el alma enteramente ocupados en oir la voz de las criaturas, cómo podrán prestar atencion á la voz de Dios que habla en el interior del espíritu?

Segundo impedimento. El corazon endurecido y apegado á sus pasiones, el espíritu lleno de tinieblas é imbuido de las falsas máximas del mundo: *lux intenebris lucet, et tenebræ eam non comprehenderunt. Omnis qui malè agit odit lucem.* (Joan. 1. et 3.) En este caso Dios no habla, por decirlo así, sino en parábolas, de manera que la mayor parte de los cristianos de nuestros dias le oyen sin oirle verificando en ellos á la letra la profecía de Isaías: *videntes non vident et audientes non audiunt neque intelligunt.* (Math. 13.)

Tercero. El apego á las riquezas y á los placeres de la vida impide gustar de las dulzuras de la gracia y aficionarse á las verdaderas riquezas. En los principios se conoce muy bien por estos pecadores que están fuera del camino de la salvacion y quisieran entrar en él llegando hasta sentir cierto disgusto por las riquezas

del siglo, pero como no pasan de aqui, como no tratan de arrancar las espinas ni apartar del corazon todo aquello que sirve de obstáculo á la gracia, por eso no ponen en ejecucion aquello á que les escita; v. g., á separarse de tal ocasion, á privarse de aquel placer, á reparar una calumnia, á reconciliarse con su prójimo, á restituir lo mal habido, etc.

No podreis negar, H. M., que infinitas veces habeis sido escitados á multitud de buenas obras; por qué pues no las habeis ejecutado? Por no haber querido ser fieles á la gracia, por no haber querido seguir las inspiraciones de Dios, por haber preferido vuestra propia satisfaccion, el contentamiento de vuestras pasiones, etc. Oh! y qué preferencia tan indigna! No, no resistais ya mas á la voz de Dios que os llama, procurad hacer en adelante un uso santo de su gracia, y que vuestro corazon sea una tierra buena donde no encuentre ningun obstáculo á sus celestiales influencias, á sus divinas operaciones. Para esto, dos cosas, H. M., os son absolutamente necesarias: 1.^a La vigilancia sobre vosotros mismos, la cual no es otra cosa que una atencion continua á cuanto Dios os habla en el fondo de vuestro corazon, á las luces divinas que haga brillar en vuestro espíritu. Vosotros jóvenes, imitad á Samuel: *Loquere, domine, quia audit servus tuus.* (Reg. 3. 10.) Madres de familia, imitad á la santísima Virgen: *conservabat omnia hæc, etc.* (Luc. 2.) Se pueden proponer algunos otros ejemplos, como el de David, citando algunos pasajes de los salmos: *audiam quid loquatur in me Dominus Deus.* (Ps. 84.) Y cuándo debeis estar atentos? Desde por la mañana, al despertar, varias veces al dia y particularmente cuando orais, cuando asistis á los sermones y pláticas, despues de haberles oido, etc.: 2.^a La paciencia: *In-patientia*, para soportar las penalidades que se encontrarán en la práctica de aquellas cosas á que nos estimula la gracia; porque es necesario tener presente que sin hacernos una santa violencia no debemos esperar la salud eterna. (Se citará aqui el ejemplo de los réprobos.) No habrá uno entre ellos que no haya recibido gracias, que no haya experimentado buenos deseos, etc., pero han sido ineficaces por su negligencia ó pereza, lo cual constituye ahora una gran parte de sus tormentos.

No os espongais vosotros , H. M. , á este remordimiento eterno; seguid los impulsos de la gracia , especialmente en este tiempo en que nos hallamos. Acercaos para ello á Jesucristo, autor de la gracia que la comunica con mayor abundancia en el santo sacrificio de la misa ; escuchad atentamente lo que en ella se digna comunicar á vuestro espíritu y practicad con valor y constancia desde hoy cuanto tenga á bien prescribiros.

EPÍSTOLA.

La epístola de este domingo de sexagésima está sacada del capítulo 11 y 12 de la segunda de san Pablo á los de Corinto , la cual fue escrita poco tiempo despues de la primera y algunos meses antes de la que escribió á los Romanos. En ella se propone el apostol consolar á los Corinthios que se hallaban consternados con motivo de las reprensiones que les habia dirigido en su primera carta. Ademas de esto les habla de diferentes materias sobremanera interesantes é instructivas , y en los últimos capítulos trata de precaverles contra los falsos apóstoles que hacian los mayores esfuerzos para desacreditarle é impedir al mismo tiempo el fruto de su predicacion en los Corinthios. Por esta causa se estiende bastante en probar su ministerio y en hacer ver que le habia enviado Dios para anunciarles la fe. Contiene en todo esta carta trece capítulos.

Aunque el evangelio de la misa ofrece abundante materia para varios discursos , no estará demas decir algo sobre la epístola del día. Aunque es la mas larga de cuantas se leen en el discurso del año , no por eso dejarán de oirla los fieles con sumo placer. La iglesia desea que se hable á los pueblos de los trabajos del apostol , y por eso nos le trae á la memoria , é invoca ademas su proteccion en la oracion de la misa. Se debe notar que hoy habia estacion en Roma en la basilica de san Pablo.

Si se decide el párroco á predicar su plática sobre esta epístola , podrá comenzar de esta suerte :

Acabamos de leer , H. M. , una epístola bastante larga , la ma-

yor de cuantas se leen en el discurso del año , cuya circunstancia os habrá acaso sorprendido y deseéis por lo mismo saber lo que contiene. Oidlo pues. Esta epístola está tomada de la segunda carta que escribió san Pablo á los de Corinto, de quienes ya os hemos hablado en otra ocasion. Una de las principales razones que le movieron á escribirla fue la de precaver á estos fieles contra las malas doctrinas de varios falsos apóstoles que desacreditaban el evangelio calumniando á san Pablo, y por este medio se proponian arrebatar la fe á los Corinthios. Por este motivo habian sufrido ya mucho de aquellos que el apostol llama imprudentes, como lo indica al principio de esta epístola. En seguida pasa á hablar de sí mismo, presentándoles un breve cuadro de todo lo que ha sufrido por el evangelio; les cuenta las gracias singulares que ha recibido de Dios, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, donde oyó palabras misteriosas que al hombre no es dado proferir: no olvida tampoco las diferentes tentaciones que habia experimentado y como le habia sostenido Dios en ellas con su gracia; y todo esto con el objeto de afirmarles en la doctrina que les habia predicado y preservarles de la seduccion á que se hallaban espuestos.

Nosotros tambien os predicamos, H. M., la misma doctrina que predicó este grande apostol á los de Corinto, y si bien muy pequeño en su comparacion, no puedo decir que mi ministerio ha sido autorizado entre vosotros con milagros y prodigios, como lo fue en Corinto el apostolado de san Pablo; tengo no obstante el consuelo de poder afirmar con el que ha sido enviado por Dios para enseñaros; que experimento para con vosotros la mas tierna y continua solicitud; que me compadezco de vuestros males, y que las faltas que cometeis cuando llegan á divulgarse me causan el mas profundo dolor: *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* Tambien podria añadir que mis trabajos no han sido inútiles entre vosotros. (Podrán enumerarse aquí los principales frutos que haya recojido desde su entrada en la parroquia.) Pero cuántos habrá entre vosotros que hasta el dia nada han adelantado en el camino de la salud, no obstante mis esfuerzos y mis continuas amonestaciones!

Con este motivo el párroco reprenderá á sus feligreses con la

mayor energía pero al propio tiempo con ternura sobre ciertos desórdenes mas notables. Se levantará particularmente contra las falsas máximas que reinan en la parroquia, y si hubiera algunos que desacreditasen su ministerio, no dejaría de prevenir á los fieles, para precaverles del veneno de las falsas doctrinas.

Tambien les exhortará á sufrir á imitacion de los Corinthios; *sustinetis, si quis vos in servitute redigit, etc.* Hará ver cuán contraria es la conducta de los cristianos de nuestros dias á la de los primeros fieles que soportaban con la mayor paciencia los malos tratamientos, las injusticias, etc. Les animará con el ejemplo del apostol que sufrió tantos trabajos y persecuciones por causa del evangelio, y principalmente á las almas justas que suelen experimentar violentas tentaciones, diciéndolas que Dios se las envia para mayor mérito y galardón. Se dirigirá en fin á los pecadores todos, asegurándoles que nunca les falta la gracia, *sufficit tibi gratia mea*, si quieren aprovecharse de ella para evitar los pecados que son tan frecuentes en este tiempo, y para hacer una verdadera penitencia de los que han cometido; con este objeto les manifestará con ternura paternal sus vehementes deseos de que en adelante sean todos verdaderos cristianos y conformen su conducta con la doctrina que les predica, sirviéndose de los siguientes versículos del capítulo 12 y 13 que son muy notables y muy acomodados para el caso presente: *Non quero quæ vestra sunt, sed vos: ego libentissimè impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris..... Coram Deo in Christo loquimur: omnia, charissimi, propter ædificationem vestram. Timeo nè non quales volo, inveniam vos, etc. Vosmetipsos tentate, si estis in fide. Oramus autem Deum, ut nil mali faciatis, sed quod bonum est. Hoc et oramus vestram consummationem.* Lo que pedimos es vuestra perfeccion. *De cætero, fratres, gaudete, perfecti estote, exhortamini*, animaos los unos á los otros, *pacem habete, et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum. Gratia Domini nostri Jesu Christi, et charitas Dei, et communicatio spiritus sancti sit cum omnibus vobis. Amen.*

Esto es lo que voy á pedir á Dios por vosotros, H. M., en el santo sacrificio de la misa; pedid vosotros por mí, para que pueda

llenar el grave ministerio que me está confiado con tanto celo y buen éxito en beneficio de vuestras almas y la mia, como le desempeñó san Pablo para con los de Corinto.

Dominica de quincuagésima.

Son tantas y de tanto interés las materias que hay necesidad de tratar en este domingo, que á menos que el párroco no medite atentamente cuanto debe hacer, se espone á peligro ó de omitir cosas sobremanera esenciales, ó de cansar á los oyentes con la mucha estension de sus instrucciones.

Sus deberes en este dia son: 1.º anunciar la entrada de la cuaresma en el prócsimo miércoles, y leer el mandamiento del Obispo sobre este asunto: 2.º advertir á los fieles la obligacion que tienen de prepararse para la comunión de la Pascua: 3.º prevenir los desórdenes que la corrupcion del siglo ha introducido en los dias de carnaval: 4.º en fin, es muy conveniente que les disponga tambien para la ceremonia del dia de ceniza. Como es difícil ejecutar todo esto de una manera completa, sin cargar demasiado la memoria de los oyentes, puede dejar alguna de estas materias para despues de vísperas, v. g., la relativa á la ceremonia de ceniza.

Lo primero pues que debe ejecutar el párroco en este domingo es leer el mandamiento del Obispo (1) en voz clara é inteligible; pero no debe contentarse con hacerlo simplemente y á secas, sino esponiendo aquellas reflexiones que se deduzcan del fondo del mandamiento. Por que sucede con frecuencia que la mayor parte de

(1) En España no tengo noticia que se espidan por los Señores Obispos estos mandamientos de que habla el autor sino en alguna ú otra Diócesis como en Mallorca. En su lugar creo que podrian los párrocos con mucha oportunidad leer y explicar á sus feligreses la bula de la Cruzada, si es que no lo hubieran ejecutado antes de este dia. (*El Traductor.*)

los oyentes no entienden bien el sentido y que muchos no fijan la atencion en las diferentes prohibiciones ó concesiones que hace el Obispo y por eso el párroco debe suplir la debilidad de sus feligreses por medio de las advertencias que juzgue necesarias para su inteligencia y de las reflexiones á que dé márgen el mandamiento.

Nos hallamos hoy, H. M., dirá, en el domingo de quincuagésima y el domingo prócsimo será el primero de cuaresma. No podeis ignorar que este es un tiempo santo, tiempo aceptable y de salud; *ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis*, tiempo de penitencia para los pecadores y tambien para los justos, pues que nadie por santo que sea puede decir que no ha pecado. (Convendrá decir algo acerca de la cuaresma, su origen, antigüedad etc.), y en seguida continuará: la iglesia os la anuncia hoy, H. M., por mi boca y hé aquí el mandamiento que estoy encargado de leeros de su parte; vuestro Obispo y el mío á quien debemos todos, vosotros y yo, la mas entera obediencia, es quien me le envia para hacérosle saber; escuchad pues la voz de nuestro padre comun y de nuestro legítimo pastor. Acabada la lectura explicará aquellos puntos que ofrezcan alguna oscuridad, aprovechando esta ocasion para reprender las faltas que haya advertido en los años anteriores sobre la observancia del mandamiento y para hacer á sus feligreses las advertencias que le parezcan mas necesarias.

Puede ceñirse á tratar de la obligacion en que están los fieles de obedecer á la iglesia, haciendo ver que desobedecerla en su primer pastor, es desobedecer al mismo Dios: *si ecclesiam non audierit, sit tibi, etc.* y que por el contrario les resultarán grandes ventajas de esta obediencia, que será recompensada mas abundantemente que la de Abraham, de cuya vocacion nos habla la iglesia en el oficio del rezo de este dia. Como se esponga bien esta historia, no dejará de hacer grande impresion en los pueblos y les animará á pagar á Dios el sacrificio que ecsige de nosotros durante la cuaresma. Qué diferencia, dirá, entre el sacrificio que Dios pidió á Abraham y el que nos pide á nosotros! (Hágase sentir bien esta diferencia.) Al patriarca Abraham le mandó Dios que abandonára su casa, su parentela, su pais y que fuera á vivir en una tierra es-

traña. Y no es esto todo, sino que le exigió nada menos que el sacrificio de su propio hijo. Abraham sin embargo obedece y al momento deja su casa y su país según las órdenes de Dios; mira como un deber el sacrificar á su hijo Isaac, y aun el hijo mismo no rehúsa colocarse sobre la hoguera en estado de víctima para ser inmolado. Y qué es lo que Dios exige de nosotros? Ah! y cómo confundirá la obediencia de estos patriarcas nuestra rebelión á las órdenes de Dios que nos habla por su iglesia, del mismo modo que en otro tiempo habló al santo patriarca por el ministerio de un ángel.

Obedeced pues, H. M., y para animaros á ello considerad cuán grande fue la recompensa de Abraham y de Isaac por su obediencia. (Se manifestará.) Esta recompensa sin embargo no es mas que una débil imagen de la que Dios os tiene preparada, si, etc.

Después de la lectura y explicación del mandamiento del Obispo, el objeto que principalmente debe inflamar el celo de un párroco, es el prevenir los desórdenes de carnaval; nada debe omitir para inspirar en sus feligreses el horror que se merecen tales excesos, mostrándoles que son muy indignos de un cristiano, sobremañera funestos y aun repugnantes á la misma razón. Se detendrá en cada uno de estos puntos lo que le parezca conveniente. El evangelio del día también le ofrece materia muy acomodada al mismo objeto y la iglesia no podía haber elegido otro mas propio ni mas interesante é instructivo.

No con otro fin, H. M., dirá, que con el de retraeros de los desórdenes lamentables á que se entregan muchos cristianos en estos días nos presenta nuestra madre la iglesia en el evangelio de este día dos objetos sobremañera notables y dignos de vuestra consideración; el primero es la memoria de la pasión del Salvador y el segundo el de un ciego á quien Jesucristo restituyó la vista, según se refiere en el capítulo 12 del evangelio de san Lucas. Este suceso tuvo lugar poco tiempo antes de la pasión de Jesucristo y á los principios del mes de marzo que fué el último de su vida.

Sabiendo el Salvador que se aproximaba el tiempo señalado por su eterno Padre para completar la obra de la redención de los hombres por medio de una muerte afrentosa, dejó la Galilea donde

largo tiempo habia predicado y fué á la Judea, cuya capital era Jerusalem en que habia de consumir su pasion. A sus apóstoles les declaró el objeto de su viaje del modo siguiente: Hé aqui, les dice, que subimos á Jerusalem en donde se consumirán todas las cosas que están predichas del hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, escarnecido, azotado, escupido y despues de haberle azotado, le quitarán la vida y resucitará al tercero dia. Y aprocsimándose á Jericó, ciudad distante unas siete leguas de Jerusalem, un ciego que estaba sentado á la orilla del camino pidiendo limosna, al oir pasar una multitud de gentes, preguntó qué era aquello, y habiéndosele dicho que pasaba por alli Jesus de Nazareth, exclamó al momento: Jesus, hijo de David, compadécete de mí; en vano trataban de hacerle callar pues él gritaba mas alto: Hijo de David, ten misericordia de mí. Parándose Jesus, mandó que se le trajeran y le preguntó qué era lo que queria: Señor, respondió el ciego, la vista: ténla, le dijo Jesus, tu fe te ha salvado: al momento vió y siguió á Jesus publicando las grandezas de Dios; todo el pueblo que fue testigo de este hecho milagróso dió gloria al Señor.

Comprendeis vosotros, H. M., por qué os presenta la iglesia un evangelio tan interesante é instructivo; por una parte los sufrimientos de Jesus y su gloriosa resurreccion, y por otra, un ciego que recobra la vista y que sigue á Jesus? Ah! que no pudiera yo, H. M., imprimirlo bien en vuestra memoria y todavia mas en vuestro corazon! Ella no espera al fin de la cuaresma para recordaros la pasion del Salvador ni la ceguedad de los pecadores que la causaron; animada como está del deseo mas ardiente de prepararos en el tiempo de cuaresma para la confesion y comunión pascual, y sobre todo, de preservaros de los desórdenes en que se precipitan tantos cristianos en estos dias, os pone á la vista todo lo que ha costado el pecado á Jesus; quiere oponer á vuestras pasiones la pasion misma del Salvador, á fin de que este pensamiento os sirva de freno, de barrera y de dique para detener el curso de vuestros pecados. Quiere tambien representar á los pecadores la ceguedad en que viven, mil veces mas deplorable que la del ciego de nuestro evangelio, poniéndoles delante al mismo tiempo un modelo acabado de lo que deben

hacer para conseguir su curacion. Que no tuviera yo, H. M., el tiempo necesario para desenvolver estas verdades tan propias para enternecer vuestro corazon, para iluminar vuestro entendimiento y para curar vuestras almas! Pero no quiero abusar de vuestra paciencia, y como ya os he hablado del mandamiento del Obispo, me contentaré únicamente con indicaros algunas reflexiones sobre nuestro evangelio.

Se elejirán las que parezcan mas eficaces, ya sobre la pasion del Salvador, ó ya sobre la ceguedad del pecador y los remedios necesarios para curarla.

Si se toma el primer extremo, dirá de esta suerte: medita, H. M., pensad sin cesar en estos dias en la pasion de Jesucristo. Ningun pensamiento mas á propósito para libraros del pecado; primera reflexion. Pensad en la pasion del Salvador, porque no puede darse otro pensamiento mas eficaz para haceros pasar los próximos dias de una manera santa y cristiana; segunda reflexion.

PRIMER PUNTO.

No, H. M., no puede darse otro pensamiento que sea mas capaz de separarnos del pecado, de hacernos resistir á las tentaciones, particularmente en estos tres dias que la consideracion atenta de los sufrimientos de Jesus. Porque, cómo os atreveriais á entregaros al pecado, si os detuviérais á reflexionar que con vuestros excesos renovais en cierto modo todos los padecimientos del Salvador, que le entregábais á sus enemigos; *tradetur gentibus*, que os burlábais de él; *illudetur*, que le cargábais de injurias y de oprobios, que le crucificábais de nuevo; *conspuetur, crucifigitur*? Si, pecadores, abandonándoos en estos dias á la disolucion, á la intemperancia, á los excesos de la mesa, mezclándoos con esos hombres insensatos que solo piensan en satisfacer sus pasiones brutales, asistiendo á esos espectáculos, á esos bailes de máscaras etc. (el detalle segun el lugar en que se hable,) os pareceis á los desapiadados judios que habiéndose apoderado de la persona sagrada del Salvador en el huerto de las olivas, le ataron como á un criminal y le condujeron así á

Jerusalén, haciendo resonar los aires con sus gritos y alaridos. Hágase la aplicacion de los diferentes sufrimientos del Salvador á los pasos que dan los pecadores en estos dias.

Ahora os pregunto yo, H. M., dónde estaría vuestra fé y qué deberemos pensar de aquellos cristianos que se conducen de esa suerte? Por ventura son excusables? No se hacen dignos de mayor condenacion que los judíos, quienes no conocian bien al Salvador? Porque si le hubieran conocido, dice san Pablo, jamás hubieran crucificado al Señor de la gloria. Pero vosotros, H. M., vosotros que le conoceis, vosotros que haceis profesion de ser sus discípulos, vosotros que no podeis ignorar que en el hecho mismo de pecar mortalmente, de preferir vuestra pasion á Dios, entregais en cierto modo el mismo Jesucristo á su mas mortal enemigo el demonio, os habreis de abandonar no obstante todos estos conocimientos á los deseos de vuestro corazon, á los apetitos de la carne, crucificando asi de nuevo en vosotros mismos al hijo de Dios? Ah! no, H. M., etc.

SEGUNDO PUNTO.

Abrid cristianos los ojos de vuestra fe y considerad cuán indigna es vuestra conducta á vista de los tormentos de vuestro maestro y de lo mucho que padeció por vosotros. (Dígase aqui algo de los tormentos interiores y exteriores de Jesucristo.) Y que, será posible que todavia querais multiplicar estos dolores, estos padecimientos tan acerbos y ser del número de aquellos de quienes dice el profeta: *Super dolorem vulnere meorum addiderunt. (Ps. 68.) Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores; prolongaverunt iniquitatem suam. (Ps. 128.)* Quereis prolongar vuestras iniquidades en un tiempo en que debeis disponeros para apaciguar á Dios, en un tiempo en que solo debeis ocuparos en espirlas, y en que debeis dar principio á una vida de verdaderos penitentes? Sería eso, H. M., sería eso una buena preparacion para el tiempo santo de cuaresma? Qué juicio formariais de un hombre que habiéndoois ofendido por mucho tiempo y deseando reconciliarse con vosotros

dentro de un breve plazo, viniera todavia hoy y mañana á deciros nuevas injurias, á insultar á vuestros hijos y personas mas allegadas ó que se reuniera con vuestros enemigos con el objeto de molestaros y perseguiros? Cómo le recibiriais entonces al concluirse aquel plazo? Os hallariais dispuestos á darle una buena acogida, sobre todo si le habiais hecho ver que en vano se empeñaba en ultrajaros y perseguiros? Pues hé aqui, H. M., hé aqui la imagen de vuestra conducta para con un Dios de tanta bondad. Vosotros que-reis reconciliaros con él dentro de pocos dias, y sin embargo, etc. Qué contradiccion! Y no reparais en ella? Reparad al menos que os esponéis á los terribles castigos que vinieron sobre los ciegos judios que no quisieron aprovecharse ni de lo que les decian los profetas de parte de Dios, ni de las amenazas que les hizo el mismo Jesucristo. (Se citarán á este propósito algunos pasages selectos de los profetas Isaias, Jeremías ó Ezequiel, como tambien algunos de Jesucristo ó de sus apóstoles, y en seguida se dirá):

Tales son los castigos, H. M., que debeis temer tambien vosotros; una falsa penitencia, la ceguedad espiritual, el endurecimiento, la impenitencia final. Temed tan funestas desgracias, temed sobre todo vosotros que sois los autores y los gefes de los desórdenes que se ven en estos dias. A quién os compararé yo? Al infame Judas que puso en movimiento á toda Jerusalem contra Jesucristo, que llevó consigo una compañía de soldados, una turba de malhechores y de la gente mas soez para apoderarse de la persona sacratísima de su maestro en el huerto de las olivas: *Dux fuit eorum qui comprehenderunt Jesum.* (Act. 1.) *Antecedebat eos* (Luc. 22.) Despertad pues vuestra fe, H. M., considerad la grande injuria que haceis á Jesucristo profanando estos dias y mirad con el horror que se merece semejante profanacion; no digais, no, que estos son dias destinados á las diversiones, que es costumbre pasarles en los deleites, en los regocijos y en el bullicio de las reuniones mundanas, etc. Por ventura no sabeis que toda la vida de un cristiano, como nos lo enseñan la iglesia y los santos padres, es una continua penitencia y que todos los dias debemos llevar nuestra cruz, mortificarnos, etc. Hay acaso algun tiempo en que nos sea permitido no ser-

vir al Señor, ofenderle, escandalizar á nuestros hermanos y vivir sin religion?

Mas no por esto es mi ánimo prohibiros toda clase de recreos y diversiones; varias veces os he dicho y lo vuelvo á repetir, que las hay honestas y permitidas; pero las que no puedo menos de condenar, son..... En el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por todo lo que padeció por vosotros os suplico que las eviteis, H. M., armandoos para eso del saludable pensamiento de su dolorosa pasion: *Christo passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini. (1. Pet. 4.)* Os suplico tambien, H. M., que mediteis en ella hoy por la tarde, mañana y pasado mañana; á este fin fijad por algún tiempo vuestros ojos en la imagen de un crucifijo que todo cristiano debe tener en su casa, y decios á vosotros mismos: querré yo crucificar de nuevo á Jesucristo mi Señor, mi bien, mi redentor? Ah! no será asi Dios mio, aun cuando todos os abandonáran, yo no os abandonaré, seré todo vuestro y ocuparé estos tres dias, como debe hacerlo un verdadero cristiano. Pedidle, H. M., esta gracia en el santo sacrificio que vamos á celebrar; y vosotras almas justas que debeis llorar los muchos desórdenes que se cometen en estos dias, redoblad vuestras oraciones para conseguir la conversion de tantos malos cristianos; medidad de cuando en cuando en la pasion del Salvador, pues este pensamiento es el mas á propósito para prepararos á entrar en tiempo santo de cuaresma y tambien para que ocupeis de una manera digna de un cristiano los próximos dias en que el mundo ofrece tantos peligros: *Recogitate eum qui talem sustinuit à peccatoribus adversum semetipsum contradiccionem: ut ne fatigemini, animis vestris deficientes. (Heb. 12.)* Venid á meditar aqui lo mucho que padeció este divino Jesus por vuestro amor; unios en espíritu á tantas almas justas como en el mundo cristiano procuran desagrviar al Salvador de los muchos ultrajes que en este tiempo recibe de los malos cristianos; pedidle luces é inteligencia para conocer la magnitud y acerbidad de sus dolores, á fin de escitaros por este medio á los sentimientos que su consideracion debe producir en vosotros, y haced por redoblar vuestro fervor para conduciros como sus verdaderos discípulos y sus fieles imitadores.

En los pueblos donde se celebren cuarenta horas, exhortará el párroco á sus feligreses á visitar con frecuencia á Jesus sacramentado, como tambien á oír la palabra divina; en donde no las hubiere, (seria de desear que se establecieran en todos los pueblos de alguna consideracion,) les recomendará algunas prácticas de piedad que puedan ejecutar, como la asistencia á la oracion de la tarde, si se hace en la iglesia, al rosario, etc., ó cuando menos que hagan una visita al Santísimo Sacramento; y si no fuese posible ni uno ni otro, que se unan algunas veces con el espíritu durante el dia á todos los honores y alabanzas que se dan á Jesucristo en el mundo cristiano y que rueguen tambien por la conversion de los pecadores. Renovará por último la advertencia á los padres y madres de familia, como igualmente á los amos de que procuren conservar sus familias durante estos dias en el santo temor de Dios y retraerles de los escollos y peligros del mundo.

DEL PEGADOR CIEGO.

En otro año, despues de haber dicho algo de la pasion del Salvador, parafraseará la historia del ciego curado por Jesucristo. No con otro objeto, dirá, nos presenta hoy, H. M., nuestra madre la iglesia esta historia que con el de preservarnos del pecado y enseñar á los pecadores lo que deben hacer para lograr su curacion. Procurad fijar en ella vuestra atencion para que os penetreis de la situacion lamentable á que se halla reducido el cristiano que vive tranquilo en el seno de la culpa, sin cuidarse de salir de tan infeliz estado, y para que aquellos de entre vosotros que han caido en esta desgracia se instruyan de los medios que deben adoptar para levantarse cuanto antes. Nada mas deplorable que un pecador ciego; será la materia del primer punto. Cómo podrá curarse de su ceguedad, el asunto del segundo.

PRIMER PUNTO.

Sobremanneria infeliz es la suerte de un hombre que se ve privado de la vista; pero por triste que sea, no llega ni con mucho á la de aquel cristiano que vive adormecido en el pecado, sin poner diligencia alguna para salir de su mal estado, que no conoce la gravedad de su dolencia, y que cierra los ojos á la luz que de cuando en cuando le ilumina.

Se comparará el pecador ciego con un hombre privado de la vista corporal:

1.º La ceguedad del cuerpo puede traer grandes ventajas al alma, quitándole la vista de muchos objetos peligrosos que pudieran perderla, pero la ceguedad del espíritu en lugar de producir utilidad alguna es eminentemente funesta bajo todos aspectos para el infeliz que la padece. Se hará ver la verdad de esta proposicion poniendo delante las consecuencias que trae consigo la ceguedad y que pueden reducirse á dos capítulos, á saber, que cuando la pasion llega á cegar al hombre le hace incapaz de todo bien y capaz de todo mal. Véanse las meditaciones de Segnery, tomo 1.º pág. 13.

2.º El ciego del cuerpo trata de buscar los medios y auxilios para curarse, ó cuando menos se sirve de apoyo y de socorro ageno; pero el ciego del espíritu se imagina tener suficientes luces y acaso mas que los otros, y por eso no piensa en salir de su miserable estado y aun se complace en sus mismas tinieblas.

En fin, el ciego corporal á lo mas dá algunas caidas que por lo comun no son peligrosas, ni sin remedio; pero el ciego en el espíritu dá caidas continuas que le conducen casi siempre á la muerte en el pecado.

Se comprobará esto con algunos ejemplos de la Escritura, como el de los fariseos, y el de aquellos judios á quienes echaba en cara el Salvador su ceguedad que llegó hasta arrancar lágrimas de sus ojos, principalmente cuando se acercaba á Jerusalem poco antes de su pasion: *si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi, etc. (Luc. 19.)* No tengo yo, H. M., sobrado motivo para

decir y hacer otro tanto respecto de algunos y aun de muchos de entre vosotros? *Si cognovisses*, ah! si conociérais el estado en que se encuentra vuestra alma, jóvenes insensatos, hombres disolutos etc. *Nuc autem abscondita sunt*; pero vosotros no paráis la atencion, vosotros no considerais ni la grande injuria que haceis á Dios con vuestros deleites criminales, con vuestra intemperancia, vuestras injusticias y vuestros escándalos, ni el ultraje que haceis á Jesucristo anonadando su dolorosa pasion, y aun renovándola con vuestros desórdenes, ni tampoco las desgracias que os atraeis con vuestra desatentada conducta.

Ah! si hubiérais perdido la vista del cuerpo, con qué afan no procuraríais la curacion y buscaríais los remedios mas eficaces para conseguirla? Y habeis de ser mas indiferentes para libertar vuestra alma de las espesas tinieblas en que se halla sumergida? No habeis de poner las diligencias precisas en busca de los remedios mas convenientes para recobrar la vista del alma? Mirad que Jesus, el amantísimo Jesus desea con ansia vuestra curacion, tambien la santísima Virgen, vuestro Angel de la guarda, todos los santos juntos anhelan veros curados; yo, H. M., os lo deseo con todo el ardor de de mi corazon; y sereis solo vosotros los insensibles, vosotros á quienes interesa mas que á nadie, á quienes interesa esencialmente y mas que todas las cosas del mundo? No, no creo que hayais llegado á semejante estado de endurecimiento y por lo mismo confio en que oireis con gusto los medios que debeis adoptar para salir cuanto antes de situacion tan triste y conseguir vuestra curacion; os voy á hablar de ellos en el

SEGUNDO PUNTO.

Observad bien, H. M., los pasos que dió el ciego de nuestro evangelio y proponéosle por modelo. Tan pronto como llegó á sus oídos que pasaba Jesus, se puso á gritar: Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí: nada fue capaz de interrumpirle en su continua súplica, y tan lleno estaba de fe y de confianza en el poder y en la bondad de Jesucristo que movió al Salvador á pararse en el camino,

mandarle traer á su presencia y concederle una completa curacion: *Respice, fides tua te salvum fecit.*

Así pues debeis comenzar, H. M., la obra de vuestra curacion imitando al ciego en su fervorosa y confiada súplica; dirigios como él al Salvador que le dió vista, pero hacedlo con fe y sin dudar de su poder ni de su misericordia, y decidle desde hoy y particularmente durante la misa no una sino repetidas veces, *Jesu, fili David miserere mei.* Oh, amantísimo Jesus! mi miseria es todavia mas digna de compasion que la del ciego á quien concedisteis la vista; ya ha mucho tiempo que seducido por los encantos del mundo y los artificios del demonio, vivo entre las tinieblas del pecado; disipad, Señor, yo os lo suplico, las tinieblas de mi espíritu, iluminad los ojos de mi alma; *illumina oculos meos, ne umquam obdormiam in morte* (Ps. 12.) *Domine ut videam:* haced, Señor, que yo os conozca y que me conozca tambien á mi mismo. Continuad, H. M., pidiendo de esta suerte; no os contenteis con hacerlo hoy durante la misa, repetid la súplica con la mayor frecuencia hoy y en los dias próximos. Acaso os sucederá lo que al ciego de nuestro evangelio, á quien increpaban los que iban delante del Señor, para obligarle á callar: *Qui preibant, increpabant eum, ut taceret.* De la misma manera, dice san Gregorio, (véanse las lecciones del rezo) se esfuerza la multitud en impedir que clamemos al Señor mil deseos terrenos, el tumulto de nuestras pasiones nos alejan de la oracion, ó nos inquietan cuando estamos en ella; pero por lo mismo debemos redoblar nuestro fervor é insistir con mas fuerza en la oracion. *Quantò graviori tumultu cogitationum premimur, tantò orationi ardentius insistere debemus.* Acercaos á Jesucristo á la manera del ciego y de seguro oireis en el fondo de vuestro corazon esta tierna pregunta: *Quid tibi vis faciam?* Qué es lo que quieres? Ah! Señor, ver, que yo os vea, le respondereis. Cuán bueno sois, amantísimo Jesus de mi alma, y cuán ingrato he sido yo para con vos! Cuán infeliz he vivido por seguir mis pasiones y por imitar los malos ejemplos que he tenido en el mundo! Ya solo deseo y propongo con todas las veras de mi corazon vivir en adelante de una manera mas conforme con la fe que he profesado. Estad en tonces se-

guros, H. M., de que sereis oídos y que os dirá Jesus, *Respice*, cono- cedme, seguidme, imitad mi ejemplo, y obrad en todo como verdade- ros cristianos. Ah! qué regocijo y qué satisfaccion tan pura esperi- mentareis cuando os veais curados de vuestra ceguedad! No dejeis en este caso de manifestar á Jesus vuestro reconocimiento, como lo hizo el ciego que seguia á Jesucristo, dice el evangelio, publicando las gran- dezas de Dios. Ojalá que logren tanta dicha todos los pecadores de esta parroquia, y que todos los fieles glorifiquen al Señor en la tierra, para glorificarle despues por eternidades en la bienaventuranza.

Ademas de estos dos asuntos se puede tratar otro no menos in- teresante con motivo de la ceremonia de ceniza en el prócsimo miér- coles. Si no se propone el párroco hablar de ella en el catecismo, podrá despues de la esplicacion del mandamiento de la cuaresma, principiar de este modo: la iglesia, H. M., como madre tierna y siempre solícita en procurar la salud espiritual de sus hijos no omi- te medio para hacer que todos ellos se conformen con sus piadosas intenciones en la institucion de la cuaresma, en la cual no tiene otro objeto que separarles del pecado y escitarles á un verdadero arre- pentimiento de los que hubieren cometido. Asi es que no se conten- ta con recordarles la pasion del Salvador con las circunstancias mas notables que la acompañaron, sino que ademas ha instituido una ceremonia santa, sobremanera capaz de producir en los fieles el horror al pecado y los sentimientos de una sincera penitencia. Esta ceremonia se llama de ceniza, porque el sacerdote pone ceniza bendi- ta en la cabeza de cada fiel diciéndole al propio tiempo: *Memento, etc.*, es á saber, recuerda que eres polvo, etc. Hé aqui el asun- to de que voy á ocuparme en este breve rato. Acordaos desde hoy, H. M., de la hora de la muerte; acaso esta cuaresma sea la última para vosotros, y quién sabe si llegareis todavia al día de ceniza? acordaos, repito, de la muerte, y su memoria os hará evitar el pe- cado, como lo asegura el Espíritu Santo en estas palabras, *Memora- re novissime tua, etc.* La consideracion de la muerte es muy eficaz para reprimir las pasiones; primer punto. La consideracion de la muerte es un medio poderoso para hacernos emplear santamente el prócsimo tiempo de cuaresma; segundo punto.

PRIMER PUNTO.

Qué se necesita para refrenar las pasiones? No es menester otra cosa que comprender bien su vanidad, su inestabilidad y sus castigos. Pues todo esto nos lo hace conocer el pensamiento de la muerte y por lo mismo es un medio eficaz para reprimir las pasiones.

1.º La vanidad: porque, qué vienen á ser todos esos placeres, todos esos objetos á que tanto se aficionan los mundanos? *Vanitas vanitatum*. Preguntad á los voluptuosos que han ocupado todos los dias de su vida en satisfacer los apetitos de la carne, preguntadles qué fruto han sacado de su disolucion y de sus deleites, y os responderán que todo ha sido vanidad, etc. A la hora de la muerte en que se desvanecen todas las ilusiones, entonces es cuando se conoce bien la mentira y la nada de esos fantasmas, tras de los cuales corren locamente los mortales. Cómo si no les habeis mirado vosotros, H. M., cuando una enfermedad peligrosa os ha conducido á las puertas de la muerte?

2.º La inestabilidad: cuál es el hombre que se cree verdaderamente contento y feliz, cuando se ha entregado á sus desarreglados apetitos y quién puede decir que nada desea despues de haberles satisfecho? Ah! qué tormento y qué amargura no llevan consigo! *Viam pacis non cognoverunt. (Ps. 13.) Tribulatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum. (Rom. 2.)* La consideracion de la muerte abre los ojos que tenian cerrados las pasiones y meditándola atentamente es como se ve con claridad que la satisfaccion y el verdadero contento solo se encuentran en la práctica de la virtud y en el ejercicio de una vida enteramente cristiana.

3.º En fin, el pensamiento de la muerte nos recuerda el castigo de las pasiones. La fe nos enseña cuáles son sus funestas consecuencias; Dios tiene preparados en el infierno tormentos espantosos y eternos para los que se dejan llevar de sus seductores alhagos y no tienen reparo en abrirlas la puerta. Oid sino á los réprobos en el libro de la sabiduría y os convencereis por su propia experiencia de la vanidad, de la inestabilidad y de los castigos de

las pasiones: *Nos insensati ambulavimus vias difficiles. Lassati sumus in via iniquitatis. In malignitate nostra consumpti sumus.* (Sap. 5.)

Haceos, H. M., estas reflexiones, aplicáoslas á vosotros mismos y de esta suerte no solo conseguireis libertaros del pecado, sino que os dispondreis tambien para emplear de una manera santa y cristiana el prócsimo tiempo de cuaresma.

SEGUNDO PUNTO.

Para emplear cristianamente el tiempo de cuaresma es menester revestirse de los sentimientos de humildad y penitencia que nuestra madre la iglesia se propone inspirarnos, pues solo con estas disposiciones lograremos participar de las grandes gracias que Dios suele derramar en este tiempo favorable. La consideracion de la muerte nos infundirá seguramente estos sentimientos: *Mementote* etc. Recordad, H. M., que sois polvo, y sereis humildes, renunciareis al pecado, practicareis el ayuno que prescribe la iglesia, mortificareis vuestra carne, etc. Porque cómo no lo hariais, si de cuando en cuando os dijérais á vosotros mismos, yo he de morir y acaso será no tardando; la muerte me igualará con el resto de los hombres sin ninguna diferencia entre mí y el mas infeliz de los mortales; este cuerpo que idolatro y al que doy tantos gustos y regalos será muy luego pasto de gusanos. Ah! si no hago penitencia de mis muchos pecados, soy perdido sin remedio, y si dejo pasar este tiempo tan precioso que Dios me concede en su bondad para emplearle en mi salvacion, no debo esperar mas que una muerte miserable y desgraciada; es pues indispensable, si quiero la salud de mi alma, renunciar á mis pensamientos de vanidad y ser humilde etc.: es indispensable renunciar igualmente al amor desordenado de mi mismo, separarme de este ídolo de carne á que sacrifico mi alma, deshacerme de estos bienes que retengo injustamente y que dejaré á pesar mio en la hora de mi muerte: es preciso espíar mis culpas por medio de los ayunos en cuanto me sea posible, entregarme en este santo tiempo á ejercicios de piedad, á obras de misericordia, etc.; y en una palabra, seguir el ejemplo de mi maestro que en medio de su inocencia y santidad hizo la mas austera penitencia por mis pro-

pios pecados. Ah! y qué le podré decir yo á la hora de mi muerte, si ahora no procuro aprovecharme de las reflexiones y santos pensamientos que al presente me sugiere? Qué excusa podré alegar en tan terrible trance? Cuán saludables os serían. H. M., estas reflexiones! Hacedlas pues con frecuencia, llevad siempre y en todas partes el pensamiento fijo en la muerte, y yo os aseguro que resistireis á las pasiones, por fuertes y violentas que sean, que hareis una pronta y sincera penitencia de vuestros pecados y que empleareis estos cuarenta dias con las disposiciones de verdaderos cristianos. Yo propongo Dios mio y hago la mas firme resolución de no olvidar en adelante mi última hora; yo me la recordaré á cada paso y principalmente en las tentaciones, y cuando se me presente alguna dificultad en vencerlas, ó algun embarazo en vuestro servicio, añadiré entonces el recuerdo de vuestra dolorosa muerte que me confortará y dulcificará todas las amarguras de la mia. Concededme, Jesus mio, que en adelante la tenga presente en mi espíritu, y que ayudado de vuestra gracia me prepare debidamente para daros cuenta de mi vida y merezca de este modo acompañaros por eternidades en la gloria.

EPÍSTOLA.

La epístola de este dia está tomada del cap. 13 de la primera de san Pablo á los de Corinto. Se la puede llamar por excelencia la epístola de la caridad, como que no hay otro lugar en la escritura en que sea mas recomendada, mejor esplicada y mas ensalzada sobre las otras virtudes. El objeto que en ella se propone san Pablo es el de inducir á los Corinthios á que la prefieran sobre todos los dones gratuitos que habian recibido de Dios y que ellos miraban con tanto aprecio. Despues de haberles hablado de estas gracias en el cap. anterior, voy, les dice, á mostraros un camino mas perfecto: *Adhuc excellentiorem viam vobis demonstro*, y en seguida les explica cuál es este camino, de la manera que se vé en la presente epístola. Sería de desear que hubiera el tiempo suficiente para desenvolverla bien y esplicarla á los pueblos; pero si no fuere posible en este dia por el temor de ser largo, no dejará de hacerlo en la pri-

mera ocasion. En ella se encuentra todo cuanto puede decirse en alabanza de la caridad y al mismo tiempo se muestran los deberes que nos impone. Hace ver el apostol en los tres primeros versículos la necesidad indispensable de esta virtud; en los cinco siguientes los deberes ú oficios que nos prescribe y son hasta diez y seis, y en lo restante del capítulo, los frutos y excelencia de la caridad, como tambien su duracion.

No en vano la iglesia, despues de habernos presentado en los dos anteriores domingos algunos ejemplos y avisos de san Pablo tomados de sus cartas á los de Corintho, nos propone hoy uno elegido de la primera carta á este mismo pueblo en su capítulo trece. Como que la caridad es la reina de las virtudes y sin ella serian inútiles los ayunos que deben observarse en el próximo tiempo, por eso la iglesia quiere que los ministros del evángelio la recomienden á la entrada de la cuaresma, persuadida de que por su remedio conseguirán los fieles abundantes frutos, y harán meritorias sus obras de mortificacion y penitencia.

Sobre esta materia podrá hablar el párroco, especialmente en aquellos puntos donde no son comunes los escesos del carnaval, como sucede en las aldeas y pueblos de corto vecindario; pero en donde son frecuentes las faltas contra la caridad, viéndose en ellos divisiones, pleitos y enemistades que son uno de los mayores obstáculos para la recepcion de los sacramentos; en estos puntos, digo, despues de haber leído y explicado el mandamiento del Qbispo y hecho las demas advertencias necesarias, podrá decir de este modo:

En vano pretenderiais, H. M., (en esta especie de plática no hay necesidad de otra cosa, que de seguir el mismo orden que guarda el apostol) pasar santamente la cuaresma, si no tuviérais una verdadera caridad para con vuestros hermanos; cuanto bueno ejecutarais, todo lo que os mortificárais y sufriérais, seria inutil y de ningun valor para el cielo. Se hará en seguida la explicacion de los tres primeros versículos de la epístola.

Es pues de absoluta necesidad, H. M., esta caridad que nos hace amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos por el amor de Dios; sin ella no hay esperanza de salvacion, porque sin ella

no pueden ecsistir obras buenas que merezcan ser recompensadas.

Pero cómo ha de ser esa caridad que debemos tener á nuestros hermanos? Oid sus caracteres segun el apostol: 1.º La caridad es paciente y benigna, paciente para sufrir á nuestros hermanos y benigna para procurarles todo el bien que podamos. Despues de hablar de estos dos primeros rasgos de la caridad, puede continuar el detalle de los demas, si no teme ser demasiado difuso.

Habéis tenido vosotros, H. M., esta caridad para con el prójimo? Se reseñarán con el apostol sus cualidades y se las pondrá en paragon con la caridad que han ejercido los oyentes. Cuán lejos está, añadirá, de que vuestra caridad haya sido verdaderamente cristiana! Procurad pues reformarla sobre el hermoso modelo que os ha dejado san Pablo, tened desde hoy para con todos vuestros hermanos entrañas de un amor sincero, compasivo y eficaz. Pedidselo á Jesucristo que os ha revelado el precepto y que le cumplió de la manera mas perfecta; y á fin de que os animeis á seguir su ejemplo, no olvideis lo que añade el apostol en elogio de la caridad; á saber, que ella es la mas escelente de todas las virtudes y que sin ella carecen de valor y de mérito á los ojos de Dios. Cesará la fe, cesará la esperanza, cesarán los dones especiales del Espíritu Santo; pero lo que es la caridad, jamas tendrá fin, antes bien se perfeccionará mas y mas en la otra vida, donde nos uniremos con Dios de la manera mas íntima é indisoluble. Aspiremos, H. M., aspiremos á este amor perfecto; que todas nuestras obras sean hechas en caridad: *Omnia vestra in charitate fiant.* (1. Cor. 16.) Que el Dios de la paz y de la caridad habite en medio de vosotros, que cesen ya desde este día vuestras enemistades, vuestras divisiones, vuestros pleitos, etc.; que se vea en los ricos un santo anhelo por socorrer á los pobres; que los pobres no miren con envidia á los ricos; que todos os sobrelleveis mutuamente; que ninguno desprecie á su hermano, etc. Entonces el Dios de la paz y de la caridad estará con vosotros: *Deus pacis et dilectionis erit vobiscum* (2. Cor. 13.) Nos perdonará nuestros pecados; todas nuestras obras le serán agradables y mereceremos quemar sempiternamente en el cielo el fuego de su amor.

DOMINICAS DE CUARESMA.

Advertencias notables.

En ningún tiempo del año deben aplicarse con mayor esmero los párrocos á instruir sus feligreses que en los domingos de cuaresma. En estos dias es cuando están obligados muy particularmente á reanimar su celo y á manifestarse, segun el consejo del apostol, en los trabajos, en las vigiliass y en los ayunos. Por eso el hablarles de quince en quince dias, como hacen algunos, es demasiado poco y nunca lo suficiente para poderse decir que han llenado su ministerio. Porque cómo será posible que en dos ó tres pláticas y otros tantos catecismos enseñen á los fieles cuanto deben saber acerca de los sacramentos de la penitencia y eucaristía, obligaciones generales y particulares y demas relativo al tiempo de cuaresma en que necesitan prepararse para hacer un buen ecsámen de conciencia y recibir aquellos sacramentos en estado de gracia? Cómo podrán moverles ni inspirar en sus almas deseos sinceros de conversion y sentimientos de verdadera penitencia? Es pues indispensable, si se quiere recoger algun fruto, que en cada domingo de cuaresma, ademas de la esplicacion de la doctrina, se les haga una plática bien preparada, eligiendo para ello un asunto á propósito. Porque en este tiempo sobre todo es cuando conviene tratar de las grandes verdades de nuestra religion á fin de mover á los pecadores á un sincero arrepentimiento de sus culpas, y evitar que por falta de disposicion, por vergüenza ú otra causa, hagan una confesion y comunion sacrílegas. Con esta mira se podrá hablar v. g. en el primer domingo de la virtud de la penitencia; en el segundo, de la desgracia de un alma que se halla en pecado mortal y de su feliz estado cuando se ha librado de él; en el tercero, de la necesidad y cualidades de una buena confesion, y en el cuarto con motivo del evangelio en que se refiere la multiplicacion milagrosa de los panes, se puede tomar por asunto de instruccion el sacra-

mento de la eucaristía. En el domingo de Pasion, como se dice en el evangelio que los judios quisieron apedrear al Salvador, puede hablarse con oportunidad de la comunión sacrilega, y en el domingo de Ramos de los frutos de una buena comunión sobre aquellas palabras: *ecce Rex tuus, etc.*

Debe tenerse entendido tambien que en el hecho de recordar la iglesia en algunos evangelios de los dias de entre semana los fines ó postrimerías del hombre y ademas varias parábolas ó historias muy morales se propone que los párrocos hablen á los fieles en los domingos de estos evangelios y formen sobre ellos sus pláticas. En este supuesto se puede muy bien tratar en el primer domingo, ó en el segundo, del juicio final; en el tercero, del infierno y en el cuarto del pecador moribundo, etc.; ó sino de la parábola del hijo pródigo, de la resurreccion de Lázaro, de la conversion de la pecadora etc.

Pero no debe perderse de vista el espíritu de la iglesia en todo este tiempo, el cual no es otro que el de escitar á los fieles á que imiten la vida penitente y dolorosa del Salvador; pues esto es lo que puede decirse que ocupa toda su atencion en estos cuarenta dias. Desde el principio de la cuaresma hasta el domingo de Pasion nos pone delante todo cuanto hizo el Salvador en el desierto para inducirnos á imitarle y desde este domingo hasta Pascua, nos recuerda lo que sufrió al fin de su vida, para que meditemos atentamente su dolorosa pasion y procuremos asemejarnos á él. En conformidad á este espíritu deberá el párroco en el primer domingo de cuaresma presentar al Salvador penitente en el desierto, como al verdadero modelo que deben imitar todos los cristianos, con especialidad en este tiempo de cuaresma. Despues diremos cómo ha de ejecutarlo.

Tambien es necesario observar que las cuatro témporas de la primavera caen en el miércoles, viernes y sábado siguientes al primer domingo de cuaresma; y si bien es cierto que el ayuno de estas témporas no añade una obligacion nueva al ayuno de cuaresma, no por eso deberá omitirse el anunciarlas al pueblo, ya para advertirle de los fines particulares de estas témporas, como para animarles mas y mas á observar la abstinencia que manda la iglesia y á emprender la cuaresma con mayor ardor.

Dominica primera de cuaresma.

A este domingo se le puede llamar el domingo de la penitencia, porque segun el espíritu de la iglesia deben anunciarla los ministros del evangelio desde las cátedras cristianas. Pues aunque desde el domingo de septuagésima se debe haber exhortado á los pueblos á la penitencia, y recordado la obligacion que tienen de prepararse de antemano para una buena comunión; es menester sin embargo apremiar hoy mas que nunca á los pecadores, para que no difieran su conversion y se aprovechen incesantemente de los medios de salud que Dios les ofrece en este tiempo.

Como en el domingo anterior la abundancia de materiales no permitia hablar de cada cosa con la necesaria estension, se deberá elegir para este domingo un asunto que sea á propósito para hacer entrar á los fieles en los fines que la iglesia se propone en este tiempo, v. g., el de la necesidad de hacer una verdadera penitencia á ejemplo de Jesucristo ó bien el de no diferir la conversion.

En este dia, H. M., se podrá decir, anuncia nuestra madre la iglesia á todos los fieles y en toda la estension del cristianismo, que hagan penitencia: *Deus nunc annuntiat hominibus ut omnes ubique pœnitentiam agant; (Act. 17.)* y con este objeto les pone á la vista á Jesus penitente en el desierto. Todo en este dia está predicando la penitencia; el nombre mismo de cuaresma en la iglesia latina y de santos ayunos entre los griegos, manifiesta bien claramente que todos los fieles deben revestirse en este dia de los sentimientos de penitencia. Era costumbre en la iglesia, hace ya cerca de novecientos años, que todos los cristianos que habian tenido la desgracia de entregarse á diversiones criminales en los dias de carnaval, vinieran hoy á la iglesia con una antorcha en la mano, como para hacer una reparacion pública de los escándalos á que habian dado lugar. (Por esta causa se ha solido llamar á este domingo el domingo de los blandones.) Cuántos entre vosotros, H. M., que á pesar de mis advertencias se han engolfado, por decirlo asi, en los desórdenes de la última semana y que debieran por lo mismo á imitacion de los primeros fieles reparar

públicamente sus malos ejemplos! Pero ya que no lo hagais de una manera tan solemne, que suplan al menos las veces de esta satisfaccion pública vuestra conducta edificante y las obras de una verdadera penitencia. Mas yo debo predicar penitencia no solo á estos cristianos escandalosos, sino á todos vosotros que me escuchais, á todos vosotros que habeis pecado. Yo vengo á deciros lo que en otro tiempo san Pedro á los judíos, cuando penetrados de dolor por haver quitado la vida á Jesus, le preguntaban qué debian hacer para apaciguar á Dios: *Pœnitentiam agite*, (Act. 2.) les decia, haced penitencia. Os manifestaré su necesidad en el primer punto y en el segundo os enseñaré el modo de hacerla. Necesidad indispensable de la penitencia y cualidades que debe tener, hé aqui la materia de vuestra atencion en este dia.

PRIMER PUNTO.

Antes de este primer punto y aun mejor antes de comenzar la plática deberán hacerse las advertencias que se juzguen necesarias para que los feligreses empleen santamente el tiempo de cuaresma, guardando en ello las reglas que en otra parte van prescritas y encargando á los oyentes que procuren conservar en la memoria lo que se les piensa decir.

Si en el domingo anterior no se ha hecho la publicacion del cánon, *Omnis utriusque sexus*, sobre la confesion y comunión anual, lo ejecutará hoy leyéndole todo en castellano y en voz inteligible para conocimiento de todos; hecho lo cual podrá dirigirles las advertencias siguientes:

- 1.^a Que necesitan poner todos los medios para hacer una buena confesion durante la cuaresma, es decir, una confesion que tranquilice la conciencia y que detenga el curso de los pecados, (explíquese el sentido de estas últimas palabras.)
- 2.^a Que empiecen desde hoy á trabajar sobre este asunto tan importante, de manera que puedan decir á su confesor, que desde el primer domingo de cuaresma han dejado de pecar, que se han apartado de las malas compañías, etc. y que se han hecho violencia

para destruir sus malos hábitos; se debe inculcar esta advertencia á los que se confiesan raras veces.

3.^a Que cuiden de elegir cuanto antes un buen confesor y le pidan sus consejos para disponerse debidamente á recibir la comunión de la pascua y para hacer, si fuere conveniente, una confesion general, ó al menos una revista.

Exhortará á sus parroquianos á que no dejen de asistir á la oracion de la tarde, que deberá hacerse en la iglesia, como tambien á las pláticas ó sermones que predicará á la misma hora; porque debe tenerse presente que segun el concilio de Trento, debe el párroco hablar con mas frecuencia á su pueblo en tiempo de cuaresma que en lo restante del año: *Quadragesimæ et Adventus Domini quotidie, vel saltem tribus in hebdomada diebus, si ita oportere duxerint, sacras scripturas divinamque legem annuntient.* (Sess. 24. de reform. cap. 4.)

Si se ha propuesto preparar en este tiempo á los niños para la primera comunión, encargará muy particularmente á los padres y madres que los envíen con puntualidad á la iglesia en las horas que señale y que pongan de su parte cuanto les sea posible, para que sus hijos se dispongan á celebrar dignamente una accion tan importante y tan grande.

Tambien puede formarse el exordio de esta plática sobre el evangelio ó la epístola de la misa. El evangelio es del cap. 4 de san Mateo y la epístola de la carta segunda de san Pablo á los de corintho. Las palabras con que comienza, *Ecce nunc tempus acceptabile*, son las mas acomodadas para una plática en principios de cuaresma.

En el caso de tomar el exordio del evangelio puede decir de este modo: el evangelio de este dia os presenta, H. M., un objeto bien sorprendente y muy digno de vuestra atencion; es nuestro maestro Jesus conducido por el espíritu santo al desierto, á luego de haber recibido el bautismo de manos de san Juan. En esta soledad espantosa estuvo Jesus por el espacio de cuarenta dias, sin tomar el mas pequeño alimento y sin otra compañía que las bestias salvajes: *eratque cum bestiis.* Al finalizarse este tiempo fué tentado por el de-

monio quien, etc. Continuará la historia de la tentacion y dirá en seguida: esta circunstancia de la vida de nuestro maestro es sobremanera notable, H. M., para que no procureis indagar el misterio que encierra y conocer su significacion, pues que no es otro el objeto de la iglesia en ponerle á nuestra vista á la entrada de la cuaresma.

Por qué quiso Jesucristo retirarse á este lugar solitario y ayunar allí por espacio de cuarenta dias, despues de haber recibido el bautismo de penitencia de san Juan? Entre varias razones que alegan los padres, la principal fué la de hacer penitencia por nuestros pecados y escitarnos á imitar su ejemplo. Si por cierto, H. M., en esta soledad, en este desierto es donde muy particularmente hizo Jesus penitencia por nuestros pecados; donde satisfizo á la justicia de su eterno Padre por medio de un ayuno rigurosísimo y se ofreció á él voluntariamente, para sufrir por nosotros todos los tormentos á que nos habiamos hecho acreedores con nuestros crímenes. Y á la vista de semejante ejemplo podriamos rehusar nosotros hacer penitencia por esos pecados de que somos únicamente los culpables? Con qué razon nos dispensariamos? No, H. M., no dilatemos por mas tiempo el hacer penitencia; mirad que es de absoluta necesidad para conseguir el perdon de nuestros pecados, como os lo haré ver en la presente instruccion, en que me propongo hablaros de este punto interesante. Tambien os explicaré en seguida las cualidades de que debe ir acompañada la penitencia, y como pudiera desalentaros su severidad, os diré alguna cosa de sus dulzuras. Necesidad de la penitencia, primera reflexion. Cualidades de la penitencia, segunda. Procuraré sin embargo contenerme dentro de los límites ordinarios, para no abusar de vuestra paciencia.

PRIMER PUNTO.

Se entrará explicando con claridad qué es lo que se entiende por penitencia. Es una virtud, dirá, que nos inclina á detestar el pecado y á satisfacer á la justicia divina por todos los que se hayan cometido. Esta virtud, continuará, es absolutamente necesaria é in-

dispensable al hombre, y lo probará, 1.º, con algunos pasages de la Escritura: *convertimini et agite penitentiam*. (Ezech. 18 et 33.) *Pœnitentini igitur et convertimini, ut deleantur peccata vestra*. (Act. 3.) *Nisi pœnitentiam habueritis, &c.* (Luc. 13.) 2.º por el concilio de Trento, sess. 14. c. 1. 4. et 8. 3.º por el testimonio de los santos Padres, y 4.º por la misma razon natural. Jesucristo es verdad, añadirá, que hizo penitencia y satisfizo por nuestros pecados, pero no podemos conseguir nosotros el perdon, si no les detestamos, si no formamos una verdadera resolucion de espiarles segun nuestras fuerzas, como que esta es una condicion indispensable para que se nos apliquen los méritos de la pasion de Jesucristo. La ley de la penitencia es una ley general que obliga á todo pecador y de la que ninguno está exento. Todo aquel que haya tenido la desgracia de perder la gracia del bautismo (Ah! y cuán raros son los que la conservan!) no puede volver á la gracia y amistad de Dios sino por medio de la penitencia. Ella es, segun la espresion de los santos Padres, la única tabla que le queda despues del naufragio.

Probada esta verdad que es de fe, se dirigirá á los oyentes, diciéndoles: no sois vosotros pecadores? No habeis ofendido repetidas veces á un Dios de bondad? (Convendrá recorrer aquí las diferentes condiciones y estados.) Ricos, pobres, hombres, mugeres, jóvenes, ancianos, todos, todos habeis pecado, todos habeis ofendido á Dios; todos debeis pues hacer penitencia: *Pœnitentini igitur*; nada hay que os pueda eximir de ella, como que sin penitencia no es posible conseguir la salud eterna. Pero aunque no hubiera ni este ni otros motivos, no os deberia bastar el ejemplo de Jesucristo que la hizo tan rigurosa? Cómo podreis llamaros cristianos ni discípulos suyos, si desechais la penitencia?

Será muy del caso excitar aquí á los oyentes á que confiesen en su interior la obligacion que tienen de hacer penitencia, sirviéndose para esto el párroco de algunos pasages de los salmos penitenciales, v. g. *Tibi soli peccavi et malum coram te feci. Ego in flagella paratus sum*. En vista de lo que acabais de oír, os habreis persuadido de la necesidad de la penitencia, y solo falta que os entereis de las cualidades que deben acompañarla.

SEGUNDO PUNTO.

Todas ellas pueden reducirse á dos, las mismas que se echan de ver en la penitencia de Jesucristo, la cual fue interior y exterior. (Se explicará como fue interior la penitencia de Jesus en el desierto.) Su corazon estaba penetrado de sentimientos de confusion y de dolor por nuestros pecados: *confusio operuit faciem meam.* (Ps. 68.) *Dolor meus in conspectu meo semper.* (Ps. 13.) En el exterior, ayunaba, afligía su cuerpo, se humillaba en la oracion, vivia separado del comercio de los hombres, y se bajó hasta el extremo de permitir que el demonio le tentára. Hé aqui, H. M., un ejemplo grande y sublime que nos enseña perfectamente la manera con que debemos nosotros hacer penitencia. Debemos como él, afligir nuestro cuerpo, mortificarle por medio del ayuno y otras austeridades; pero sobre todo debemos afligir nuestras almas, humillándonos en la presencia de Dios, llorando nuestros pecados, y ofreciéndonos á la justicia divina, á manera de víctimas aparejadas para todo lo que tenga á bien escijir de nosotros, y para sufrir cuanto sea de su agrado en sacrificio de nuestras culpas. Esta es la penitencia que Dios nos ha predicado por sus profetas, por sus apóstoles y por su propio hijo. (Se citarán algunos testos del antiguo y nuevo testamento.) *Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejuniis, in fletu et planctu; scindite corda vestra.* (Joel. 2.) *Exhibeamus nosmetipsos in jejuniis.* (2. Cor. 6.) *Projicite á vobis omnes prava-ricationes vestras.* (Ezech. 18.)

Se hará ver que esta penitencia ya interior ya exterior está fundada en la naturaleza misma del pecado, por el cual el hombre se aparta de Dios, para entregarse á las criaturas y que por lo mismo es muy justo que tanto el alma como el cuerpo satisfagan á la justicia divina. Se aducirán algunos ejemplos de la escritura, como el de la penitencia de los Niniuitas, cuya historia convendrá referir con toda estension.

Es así, dirá, como haceis vosotros penitencia? Los unos se contentan con la exterior y los otros se persuaden de que la interior les

hasta. No habeis estado vosotros tambien en este error? Desengañaos, H. M., y castigad desde hoy vuestro cuerpo, que ha sido el instrumento de vuestros pecados y castigadle con tanta mas severidad, cuanto mayores hayan sido los deleites que le hubiéreis concedido: *quantum in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum.* (Apoc. 18.) (Se dirá aqui alguna cosa acerca del ayuno corporal y demás mortificaciones exteriores, que cada cual debe practicar segun su edad, fuerzas y estado.) Pero sobre todo procurad la penitencia interior que sin embargo de ser la mas necesaria, es bien rara entre los cristianos. Muchos se imaginan tenerla en el corazon, mientras que no pasa de los labios, engañándose de este modo torpemente así mismos. Y en qué conoceremos, preguntareis, si nuestra penitencia es verdadera y nace del corazon? La señal mas segura serán vuestras obras; si huiis del pecado y de las ocasiones de pecar; si desde este dia os separais del objeto de vuestras afecciones criminales, si abandonais las malas compañías etc.; si á ejemplo de David haceis actos frecuentes de contricion, y si como Jesucristo vuestro divino maestro os alejais del mundo, para llorar en secreto vuestras culpas, y practicais con fervor y una santa alegría la abstinencia y el ayuno; vuestra penitencia entonces tiene todas las cualidades que debe tener, para que Dios os sea propicio y os perdone vuestras iniquidades.

Considerad, H. M., que el que se ha separado de Dios, no puede volver á él ni recobrar su amistad sin muchos trabajos, penalidades y lágrimas: *Ad quam novitatem et integritatem sine magnis nostris fletibus et laboribus, divina exigente justitia, pervenire nequaquam possumus.* (Trid. ses. 14. c. 2.) Pero no por eso os desalentéis; pues si bien la penitencia parece que no respira mas que sangre y lágrimas, tiene tambien en medio de sus rigores, inefables dulzuras y va siempre acompañada de abundantes consuelos: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.* (Ps. 93.)

TERCER PUNTO.

Qué no tuviera yo el tiempo suficiente para daros á conocer con estension las preciosas ventajas de una verdadera penitencia, la alegría interior que sentí un pecador sinceramente convertido, la tranquilidad de su conciencia, esa paz de que está como inundado y que sobrepuja todos los bienes imaginables! Sí, mil veces mas contento se encuentra llorando sus pecados, ayunando y mortificándose, que no lo estuvo cuando se entregaba á los deleites del mundo. Asi nos lo asegura Jesucristo en estas palabras: *Beati qui lugent.* (Matth. 5.) Haced, pecadores, la experiencia desde hoy, como la han hecho muchos de entre vosotros en los años anteriores y palpares la verdad de esta sentencia del evangelio. Quiera Dios que no se pase la cuaresma sin hacer tan dichosa experiencia los que han tenido la desgracia de perder su amistad! Este favor es el que voy á pedir á Jesucristo en el santo sacrificio de la misa. Pidamos todos á la vez á este Dios penitente, el cual renueva en cierto modo sobre nuestros altares la penitencia que practicó en el desierto, que comunique á cuantos componen esta parroquia aquellos sentimientos de dolor, de que estuvo penetrado su corazon en tan espantosa soledad y que nos anime á todos á poner cuanto antes en obra una penitencia semejante á la suya.

DE LA DILACION EN CONVERTIRSE.

A otro año podrá hablar en este domingo de la dilacion en convertirse, mostrando que no se debe diferir la conversion ni aguardar al fin de la cuaresma para llorar los pecados y hacer penitencia, sino que es menester trabajar desde luego en este negocio tan interesante: *Ecce nunc tempus acceptabile*; hoy, H. M., es el tiempo mas á propósito para convertirnos. Diferir vuestra conversion, dirá, es esponeros á no convertirnos nunca, es esponeros á morir en el pecado; esta es la amenaza terrible que Jesucristo hacía á los judíos y la que yo

os dirijo tambien de su parte. Necesitais convertiros al momento. Oid las razones que os voy á proponer y los medios de que debeis echar mano, para comenzar desde hoy la grande obra de vuestra conversion.

PRIMER PUNTO.

Se espondrán estas razones con claridad y energía; hé aquí algunas: 1.^a porque la cuaresma es el tiempo de convertirse, *Ecce nunc tempus acceptabile*. 2.^a Dios dispensa sus gracias á los pecadores y estos deben corresponder á ellas desde ahora: 3.^o el tiempo pasará, las gracias pasarán, y los que no hayan querido aprovecharse de ellas á la entrada de la cuaresma, no las tendrán al fin. Véase á Fr. Luís de Granada, Guia de pecadores, tercera parte del primer libro.

Se discurrirá con los oyentes, preguntándoles por qué quieren diferir la obra de su conversion hasta el fin de la cuaresma, y acaso para mas adelante. Os será más fácil hacerlo entonces que ahora? Tendreis entonces menos obstáculos que al presente? Al contrario, los hábitos que se habrán fortificado, las gracias que se habrán disminuido, el demonio que se esforzará en hacer inútiles vuestros proyectos de acercaros en ese tiempo al Sacramento de la penitencia, los embarazos temporales que sobrevendrán; todo esto no aumentará la dificultad de vuestra conversion? *Quis scit si convertatur et ignoscat Deus.* (Joel. 2.)

Ah, H. M., no es bien extraño que os cegueis hasta este punto y que no veais el peligro que corre vuestra salvacion? Por ventura si hubiérais recibido una herida mortal, difeririais el curarla? Si os viéseis atacados de una fiebre continua, etc., si hubiéseis incurrido en la enemistad del príncipe, y pudiérais apaciguarle hoy, lo dejariais para mañana? Y solo para la curacion de vuestra alma, para reconciliaros con Dios, procedereis con tanta dejadez? No, H. M., ningun motivo podeis alegar para esa dilacion; todo os obliga y estrecha á mudar de vida, y nada puede justificar la tardanza. Es preciso que hoy mismo sea tan dichosa época: *Dixi, nunc capi.* (Psal. 76.)

Pero qué medios debeis poner en ejecucion para trabajar con eficacia en esta grande obra de vuestra conversion? Yo os lo diré, prestadme vuestra atencion.

SEGUNDO PUNTO.

Quereis, H. M., quereis convertirlos sinceramente á Dios? Poned los ojos en Jesucristo retirado al desierto; su ejemplo os enseña los medios de que os debeis valer para convertirlos verdaderamente: 1.º se aleja del mundo: 2.º se ocupa en la oracion: 3.º ayuna: 4.º resiste al tentador: este es, H. M., el modelo que debeis seguir. Muchos obstáculos se presentarán, que os hagan mirar vuestra conversion como imposible, ó al menos como muy difícil; el amor al mundo, vuestra negligencia en orar, el apego á vuestros gustos, en fin el tentador; hé aqui lo que os ha detenido, y ha hecho inútiles hasta ahora las gracias que Dios os ha concedido para volver á él; pero todos obstáculos es necesario vencer: 1.º por el retiro y apartamiento del mundo: 2.º por el ejercicio de la oracion, y piadosas reflexiones: 3.º por la mortificacion: 4.º en fin, por una resistencia valerosa á las tentaciones del demonio. Se esplicarán estos cuatro medios de conversion, principiando por el retiro, cuya necesidad se hará ver, ya sea huyendo las ocasiones de pecado, ya entrando sinceramente dentro de sí mismos. El comercio del mundo, se dirá, os ha perdido, y son tal y tal compañía; este mismo comercio, esta misma compañía dan pábulo á vuestras pasiones; mientras que pues rehuséis separaros y no hagais por salir del embarazo de vuestros negocios; estos negocios, estos objetos os impedirán escuchar la voz de Dios; pero así que alejados del mundo, y libres de estos embarazos esteis solos con Dios, se abrirán vuestros ojos, comenzarán á calmarse vuestras pasiones, conoceréis vuestro mal, gemireis, os convertireis. Cuántos ejemplos podria yo presentaros de esta verdad! Cuántos santos penitentes son deudores de su salvacion á algunos dias de retiro. (Se señalarán algunos de estos penitentes.)

Vosotros direis que esto os es imposible. Yo bien sé, H. M., que no podeis dejar enteramente el mundo; pero os es imposible

destinar algun tiempo todos los dias para retiraros á solas con vuestro Dios, considerar el estado de vuestra alma, y ecsaminar la conducta que hayais tenido en los años anteriores?

Que no fuera yo tan dichoso, que os hiciese abrazar á todos esta santa práctica! No habria uno que en pocos dias no cambiase de vida. Os ruego pues por la salud de vuestra alma, que guardéis el retiro siquiera un cuarto de hora en esta semana. Jesucristo pasó cuarenta dias en el retiro del desierto por la salud de vuestra misma alma, la rehusareis vosotros un cuarto de hora? Hé aqui, H. M., el primer medio, un medio que se puede decir necesario para trabajar sinceramente en vuestra conversion.

2.º Es preciso añadir otro segundo á ejemplo de Jesucristo. Este es la oracion que hizo estando en el desierto; humillado ante su padre contemplaba sus divinas perfecciones, pensaba en nosotros y pedia continuamente por nosotros. Haced vosotros lo mismo, H. M., humillaos en la oracion, implorad el socorro del todopoderoso, considerad la bondad de aquel que habeis ofendido, y buscad los remedios á vuestras enfermedades espirituales.

3.er medio. Jesucristo ayunó, se mortificó; practicad como él la mortificacion del cuerpo: habeis hecho servir vuestros miembros á la iniquidad, hacedles servir ahora á la justicia divina. Vuestra edad, vuestro estado, vuestra salud pueden no permitiros grandes mortificaciones, pero nada puede dispensaros del ayuno espiritual: *Jejunet oculus, jejunet auris, etc.*

En fin estad en vela continua contra el tentador; Jesucristo sufrió sus ataques en el desierto, cómo es posible que os veais libres vosotros? (Se referirán las varias tentaciones y en especial la pena que se halla en mudar de vida, en dejar los placeres, despreciar los honores). No le escuchéis, *Vade Satana*, recordad que á solo Dios se debe adorar y servir, *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies*. Oh Jesus mio, grabad profundamente en la memoria de mis oyentes esta grande verdad, haced que solo pensemos en vos, que renunciemos con gusto por vuestro amor á todo lo que nos ha encantado en el mundo, etc. Pedidle esta gracia, H. M., y hacedos dignos por vuestra fidelidad en imitar á Jesus en su retiro, de ser

visitados como él por los ángeles, de ser asistido por ellos y de recibir consuelos celestiales que os resarcirán abundantemente de los esfuerzos que hayais hecho para vencer el demonio, la carne y el mundo.

El Evangelio en forma de Homilia.

Si se quiere tratar del evangelio en forma de homilia, se podrá seguir este plan. Qué es lo que condujo á Jesucristo al desierto, y por qué la iglesia le propone al principio de cuaresma, primer punto. Qué hizo en el desierto, y qué quiso enseñarnos, segundo punto.

PRIMER PUNTO.

Se espondrán en este punto las razones que condujeron á Jesucristo al desierto (1) y despues se exhortará al auditorio á conformarse con ellas, segun lo desea la iglesia. En el segundo punto, siguiendo paso á paso la conducta de Jesucristo en el desierto, se irá haciendo en cada uno la debida aplicacion á los fieles, con la mira siempre de inducirles á santificar los cuarenta dias hasta la pascua.

Por fruto de esta instruccion les encargará; 1.º que procuren traer á la memoria todos los dias de cuaresma al Salvador en el desierto, orando y ayunando por nosotros: 2.º que unan sus súplicas, sus ayunos y todas sus mortificaciones á las del divino Salvador: 3.º que honren su silencio y su retiro con un mayor alejamiento del mundo, y con meditaciones mas frecuentes sobre las principales verdades de nuestra religion, y por último con una mas esmerada atencion sobre sí mismos, velando con todo cuidado sobre sus sentidos y sobre los movimientos de su corazon, de forma que todo el tiempo de cuaresma pueda decirse con verdad, que es para ellos un tiempo de salud y de santificacion.

(1) Véanse con detencion los cuatro artículos de la cuestion 41, de la tercera parte de santo Tomas, donde se encontrarán materiales en abundancia para llenar los dos puntos. (*El Traductor.*)

Sobre el ayuno de Cuaresma.

Importa mucho que el párroco hable espresamente de la obligacion del ayuno ó en este domingo ó en el anterior de quincuagésima, si no todos los años, al menos con alguna frecuencia, teniendo siempre en cuenta las circunstancias de lugares y de personas. En las parroquias numerosas donde hay muchos á quienes obliga el ayuno, es muy conveniente probar con toda solidez su necesidad y enseñar en seguida la manera de practicarle. En cualquier autor de teología se encontrarán las pruebas, v. g., en las controversias de Bellarmino, como tambien la respuesta á las calumnias y falsas razones que alegan los hereges contra el ayuno cuadregesimal. Tampoco se olvidará de rebatir los vanos pretextos en que pretenden apoyarse muchos cristianos para ecsimirse del ayuno y de la abstinencia de carnes que manda la iglesia, estimulándoles en seguida al cumplimiento del precepto, ya por haberle impuesto la iglesia ya por las muchas ventajas que se siguen de su observancia. Bien sé, H. M., que no todos estais obligados al precepto del ayuno, (se dirá quiénes) pero cuántos hay que se creen dispensados ó solicitan dispensa sin tener motivos para ello, que jamás han experimentado sus fuerzas, ó rehusan ayunar por una ligera incomodidad, que acaso se crean en su imaginacion! Pero qué mérito habria en el ayuno si no fuera penoso, si no mortificára la carne, etc. Ah! el ejemplo de los primeros cristianos, de infinitos religiosos y religiosas condenará altamente la flojedad y delicadeza de esas personas del mundo, que teniendo mayor necesidad que estas almas santas encerradas en el claustro, de maltratar sus cuerpos y reducirles á servidumbre, no quieren resolverse á poner en obra lo que ellas practican por muchos meses del año! (Les dirá que en caso de duda deben consultar á un prudente confesor, y atenerse á su dictámen.)

En aquellas parroquias donde es muy corto el número de los obligados al ayuno, no dejará de exhortar á los que tienen legitima dispensa, á que ayunen algunas veces, segun se lo permitan sus trabajos, fuerzas, edad, etc.

Someteos pues, H. M., á una ley tan incontestable, tan antigua, tan saludable y tan justa; pero hacedlo con un espíritu verdaderamente cristiano, procurando ayunar de la manera que la iglesia prescribe y ecsige de vosotros. Cómo habeis de ayunar? oidlo en el

SEGUNDO PUNTO.

Sanctificate jejunium, dice el profeta Joel. Para santificar el ayuno no hay necesidad de otra cosa que de fijar atentamente la vista en el ayuno del Salvador. (Esplíquese el prefacio de la misa: *Qui corporali jejunio, etc.*, donde se enumeran las ventajas espirituales del ayuno.) Jesucristo se preparó para esta mortificacion por medio del bautismo, ayunó por obedecer á su eterno Padre, por satisfacer á su justicia y practicó ademas otras buenas obras, perseverando en ellas por espacio de cuarenta dias. Hé aqui, H. M., como debemos nosotros santificar el ayuno.

1.º Comenzando por purificar nuestra alma en el sacramento de la penitencia. (Les exhortará de nuevo á que se confiesen cuanto antes, sobre todo si tienen la desgracia de hallarse en pecado mortal, manifestando las consecuencias de esta pureza de alma.)

2.º Es menester ayunar como manda la iglesia, absteniéndose de los manjares que prohíbe y contentándose con una sola comida y una ligera colacion. Sobre este punto se estenderá mas ó menos, segun lo que haya dicho en el domingo anterior. Se dirigirá muy particularmente contra aquéllos que se esceden en la cantidad ó calidad de la colacion, y que abusan asi de una pura tolerancia y condescendencia de la iglesia, como igualmente contra los que se detienen por mucho tiempo en la mesa, ó se regalan con escesiva delicadeza y superfluidad.

3.º Ayunar como ayunó Jesucristo, es decir, con el mismo espíritu y con la misma intencion que Jesucristo, uniendo nuestro ayuno al suyo, para que la perfeccion de su ayuno supla los defectos del nuestro. Es una práctica muy santa y loable, dirá, la de hacer todas las mañanas este acto de union ú ofrecimiento. Ademas es menester ayunar con valor y buen ánimo, sin desalentarse por lo largo de la cuaresma. Qué no hemos merecido con nuestros peca-

dos? Acaso, acaso el padecer un hambre y una sed sempiternas.Cuál es el réprobo que no aceptára de buena gana ayunar á pan y agua por cuarenta dias, si á esta condicion lograba librarse de las llamas del infierno?

Emprendamos pues con decision la carrera de las mortificaciones, comencemos y continuemos este santo tiempo de penitencia como verdaderos discípulos de Jesucristo y dignos hijos de la iglesia católica, teniendo presente que para participar de la gloria de Jesus resucitado y triunfante en el cielo, necesitamos tomar parte en sus sufrimientos y en su vida penitente.

Adviértase á los cabezas de familia la obligacion que tienen de procurar que observen el ayuno todos los de su casa, que no esten lejitimamente dispensados y de dar ellos mismos ejemplo los primeros. A los padres les encargará que acostumbren poco á poco sus hijos á esta mortificacion, y á todos les recomendará el ayuno espiritual de que nadie está exento.

La tentacion del Salvador en el desierto ofrece tambien materia para hablar con mucha utilidad y provecho en este domingo, esponiendo las razones que tuvo el Salvador para someterse á la tentacion del espíritu maligno, y como debemos nosotros á ejemplo suyo estar preparados para resistirle y vencerle. (1)

EPÍSTOLA.

La epístola es del capítulo 6 de la de san Pablo á los romanos. No pudiera la iglesia haber elegido otra mas á propósito para este dia; sus primeras palabras son el mejor testo para una plática ó sermon de entrada en la cuaresma: *Exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiatis. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* El plan que puede seguirse en esta epístola y que se presenta con mucha naturalidad, es el de hablar en el primer punto de la estimacion y aprecio que debe hacerse del tiempo de cuaresma; y en el segundo de la manera de emplear este tiempo ó de ocuparle segun las intenciones de la iglesia.

(1) Véase á santo Tomas en el artículo 1.º de la cuestion citada. (*El Traductor.*)

PRIMER PUNTO.

Por tres razones hará ver lo muy digno que es de veneracion y aprecio el tiempo de cuaresma: 1.^a Porque desde los apóstoles se ha mirado siempre con singular veneracion: 2.^a por los fines de su institucion, y 3.^a por los bienes espirituales que trae consigo.

Como se expliquen debidamente estas tres razones, se hará concebir á los fieles una alta idea de la cuaresma, y la mirarán como el tiempo mas á propósito para trabajar en el importante negocio de su salvacion: *dies salutis*, etc. Se les enseñará por este medio á entrar en los fines que la iglesia se propone en este tiempo y se logrará inspirarles un ardor santo por participar de las singulares gracias que Dios suele derramar sobre los que le emplean cristianamente.

SEGUNDO PUNTO.

Acerca de la manera con que debe ocuparse el tiempo de cuaresma, no hay mas que seguir al mismo apóstol en su epístola de este dia: *Nemini dantes ullam offensionem.... sed in omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros in laboribus, in jejuniis, etc.* palabras que encierran cuanto debe huirse en tiempo de cuaresma, y cuanto debe tambien practicarse. *Nemini dantes ullam offensionem*, lo que debe evitarse, es á saber, todo lo que puede servir de tropiezo ó escándalo á nuestros hermanos y á cuantos sean testigos de nuestra conducta. Con este motivo se reproducirá lo que se ha dicho arriba sobre huida de las ocasiones, ayuno de los sentidos y con mayor razon de todo placer ilícito, de toda injusticia. etc.

In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros; es lo que debemos practicar. Pues aunque esta advertencia del apóstol se dirige particularmente á los ministros del santuario establecidos por Dios para reconciliar los hombres con él, se puede muy bien aplicar á todo cristiano que, segun el hermoso pensamiento de Tertuliano, es en cierta manera ministro de Dios, para vengarle de las injurias que él mismo le ha hecho con sus pecados: *Pœnitentia*, dice, *pro Dei indignatione fungitur*.

Y cómo os parece que debéis hacer las funciones de ministros de Dios y de su justicia para con vosotros mismos? Vosotros habeis ofendido repetidas veces á Dios, abusado de sus gracias, etc. y Dios en su misericordia quiere perdonaros y admitiros de nuevo en su amistad; pero es con la condicion de que tomeis sus intereses en vuestra mano contra vosotros mismos, que os trateis como á enemigos suyos, que castigueis vuestro cuerpo como á un esclavo insolente, que ha tenido la osadía de revelarse contra su soberano dueño y señor. Oh, si pudiera yo inspiraros, H. M., este espíritu de penitencia, si consiguiera imprimirle en vuestro ánimo, en el fondo de vuestro corazon, qué fervor y qué adelantos no se verian en todos vosotros durante esta cuaresma! El os sugeriría de seguro mil medios para crucificar vuestra carne con los ayunos, con las vigiliass y con otra multitud de inocentes mortificaciones.

Pero ah! dónde está ese espíritu de penitencia? Dónde los cristianos que se miren como ejecutores de la divina justicia contra si mismos? No se reduce hoy por ventura toda su penitencia á vanas palabras y esterioridades? Se confiesan, es verdad, pero su confesion no es mas que de palabras; pronuncian actos de contricion, pero no salen del corazon, no son mas que palabras; rezan despues algunas oraciones, algunos rosarios, pero sin atencion, sin compuncion, de manera que en todo esto no se ven mas que palabras; hé aqui, repito, á lo que se reduce la penitencia de la mayor parte de los cristianos; penitencia de palabras y nada de verdaderas conversiones. Y cuál es la causa? Que no estais animados como debiérais, de un verdadero espíritu de penitencia; que vuestra penitencia acaso hace ya muchos años no ha pasado de la boca, ni tocado siquiera á las puertas de vuestro corazon. Confundíos, H. M., al considerar esta vuestra conducta y comenzad al menos desde este año á imitar verdaderamente á Jesus penitente en el desierto; y despues de darle gracias por el singular amor que os ha manifestado afligiendo su carne y derramando lágrimas por vuestros pecados, pedidle que os conceda caminar sobre sus mismas huellas, y de no recibir en vano la gracia que continuamente os ofrece. Esto es lo que os suplico con todo mi corazon, H. M., unid vuestras oraciones á las mias

para alcanzar de este divino Jesus, que va á ser inmolado en el santo sacrificio de la misa, los auxilios y gracias de que habeis menester en la ejecucion de cuanto acabo de recomendaros para la presente cuaresma: *Adjuvantes* (1) *exhortamur, ne in vacuum. etc.*

Puede muy bien el párroco servirse de lo que se ha dicho en el exordio y conclusion de este discurso, aun que no forme su plática sobre la epístola del dia.

Dominica segunda de Cuaresma.

Aunque se lee en la misa el evangelio de la transfiguracion y debe tomarse de aqui el asunto de la plática, parece no obstante que puede formar su instruccion el párroco con mucho fruto de sus feligreses sobre la historia de la Cananea, que refiere san Mateo en el capítulo 15, la mas á propósito para presentar á los pecadores en la hija de la Cananea poseida del demonio, una imagen del estado de su alma, y un modelo de la oracion que deben dirigir al Salvador para salir de situacion tan miserable. Con este motivo puede hablar el párroco en este domingo de los efectos del pecado y de la eficacia de la oracion, como de un medio necesario para prepararse á la penitencia. Principiará refiriendo la historia de la Cananea, de la que tomará ocasion para ponderar los grandes destrozos que causó en el alma el pecado mortal y principalmente su esclavitud vergonzosa al demonio, enseñando despues el medio que deben seguir para libertarse de ella, el cual no es otro que el de imitar fielmente á la Cananea. Tambien puede componer una plática especial sobre cada uno de estos dos objetos, á saber, sobre la triste situacion del pecador haciendo ver su desgracia en hallarse sujeto á la esclavitud de satanás, asi como su dicha, cuando se ve libre de ella, y so-

(1) Nosotros como cooperadores del Señor en la obra de vuestra santificacion, os exhortamos, etc. (*El Traductor.*)

bre la oracion, estableciendo en el primer punto su necesidad y sus cualidades en el segundo.

Leemos en el evangelio, H. M., (véase el evangelio de la feria quinta anterior) una historia de las mas edificantes é instructivas. Habiéndose retirado Jesus á los confines de la Judea por la parte de Tro y Siyon, pueblos habitados por idólatras, una muger de este pais noticiosa de su llegada vino al momento á pedirle la curacion de su hija, que se veia muy atormentada del demonio. Jesus, hijo de David, gritaba, ten lástima de mí, mi hija es cruelmente atormentada del demonio. (Conclúyase la historia.) Por qué os parece, H. M., que me he resuelto á recordaros en el dia de hoy este suceso? Hé aqui la razon. Esta hija atormentada por el demonio es una imágen del alma que se halla esclava del pecado mortal y por lo mismo lo es tambien del demonio que atormentaba á la infeliz hija de la Cananea; y la oracion á que fué debida su milagrosa libertad, es el mejor modelo de la que debe dirigir á Jesus todo pecador, especialmente en este tiempo de cuaresma, si quiere salir de la servidumbre en que gime. Que no tuviera yo, H. M., bastante elocuencia para trazaros al vivo el retrato de un alma en pecado mortal! Oh! y qué horror no concebirian entonces todos los pecadores y cuánta compasion las almas justas! Ensayaré sin embargo presentaros un ligero bosquejo. Nada más espantoso que el estado de una alma en pecado mortal; primer punto; la oracion es uno de los medios mas eficaces para salir de él. Ó mejor, os mostraré en el primer punto la desgracia de un alma que es esclava del demonio, y en el segundo su feliz situacion despues de libre.

PRIMER PUNTO.

Para explicar bien este primer punto, se compararán los efectos de la posesion ú obsesion corporal con los de la espiritual.

Nada mas triste, nada mas espantoso, H. M., que el estado de una persona poseida del espíritu maligno. Esta clase de obsesiones, en el dia muy raras al menos entre los cristianos, eran muy fre-

cuentés en otro tiempo, en que Dios concedia al demonio un poder mas estenso que el que tiene despues de la encarnacion del hijo de Dios, el cual vino al mundo para destruir su imperio y arrojarle de los cuerpos lo mismo que de las almas. En el evangelio se nos habla de muchos poseidos que el Salvador libertó; y lo que de ellos se nos dice, es muy bastante para que formemos juicio del estado miserable á que se hallaban reducidos. (Se citarán dos ó tres pasajes del evangelio, en que se haga mencion de estos poseidos, con especialidad del famoso demoniaco que habitaba en los sepulcros, y del que hablan san Mateo en el cap. 8, san Marcos en el 5 y san Lucas en el 8., como tambien de aquel joven poseido de un demonio lunático, de que habla san Mateo, cap. 11.

Puede darse nada mas deplorable, H. M., que semejante situacion! y si hubiera en esta parroquia muchos hombres como el que habitaba en los sepulcros, como aquel joven, á quien el demonio hacía caer unas veces en el agua, otras en el fuego, como la infeliz hija de la Cananea tan cruelmente atormentada por el espíritu maligno, no os llenaríais de consternacion y no temeríais una tan terrible desgracia? Ah! H. M., y cuántos entre vosotros, unos jóvenes, otros mas avanzados en edad de uno y otro sexo, á quienes el demonio posee de una manera mas lastimosa todavia, aunque no sea tan visible! Él no obra sensiblemente es verdad, sobre sus cuerpos, como en los poseidos; no les hace caer ya en el agua, ya en el fuego, no se les ve agitarse, atormentarse, etc; pero qué furor no ejerce sobre sus almas! Es dueño y señor absoluto de ellas y las tiene encadenadas á su poder tiránico (Se recordará aqui la servidumbre de los judios bajo el poder de Faraon, despues de la muerte del patriarca Joseph.) Esta sin embargo no era mas que una figura, una sombra de la esclavitud del demonio bajo la cual gimen los pecadores. En ellos está el romper las cadenas y conseguir su libertad, pero, ó ceguera increíble! lejos de hacerlo asi, como que se complacen en tan ignominiosa esclavitud, cuya dureza no sienten ó mas bien no quieren sentirla. Tinieblas mas espesas todavia que las de los egipcios les impiden percibir su desgracia y les tienen sumergidos en la obscuridad de una noche espantosa que no les deja ver su desgracia. Se les pue-

de aplicar lo que dice san Juan: (cap. 8.) *Vox ex patre diabolo estis; et desideria patris vestri vultis facere*. Sí, ellos son hijos del demonio, le tienen por gefe, siguen todos sus caprichos, y él les hace obrar á su antojo, arrastrándoles tan pronto á un crimen como á otro crimen. Hé aqui, H. M., su funesta situacion; abrid pecadores los ojos de vuestra fe y reconocereis los terribles efectos de esta posesion espiritual en vosotros y en los demas que la padecen. Ese jóven que escandaliza con tal ó cual falta, no es un poseido del demonio mil veces mas terrible que el que atormentaba á la hija de Cananea? Aquel otro, que desde su niñez cae unas veces en los escesos del vino, y otras en una pereza mortal, que no quiere oir ni las correcciones de un padre y de una madre, ni las amonestaciones de su párroco, que no sabe lo que es hablar de Dios ni en la oracion, ni aun en el santo sacrificio de la misa, no se parece al joven que desde su infancia estaba poseido de un demonio lunático, que ponía con tanta frecuencia su vida en peligro y no le dejaba ni hablar ni oir? Este padre de familia que no puede vivir en paz con sus vecinos, aquel hombre avaro, colérico, furioso; esa muger soberbia, murmuradora, caprichosa, deshonesta, no viven entregados al demonio de la avaricia, de la envidia, de la cólera? etc. Y despues de esto direis todavia, H. M., que ahora ya no hay posesos? Ah! puede ser que jamás haya habido tantos y á juzgar por el estado de nuestras costumbres, bien se puede asegurar que el imperio del demonio nunca ha sido tan dilatado.

Que cada uno de vosotros considere, H. M., el estado de su alma, la pasión á que vive sujeto, teniendo presente que segun el número de vicios que os dominan, son tambien los demonios que poseen vuestras almas. Cuántos habrá entre vosotros, que pudiera responder como aquel demoniaco á quien preguntó Jesucristo cuál era su nombre: *Legio mihi nomen, quia multi sumus*; (Marc. 5.) Mi nombre es Legion, porque somos muchos? Cuántos como María Magdalena, de quien lanzó el Salvador siete demonios? Ah! ojalá que unos y otros hagais por salir en esta cuaresma de una posesion tan desgraciada! Pedid, pecadores, pedid á Jesucristo que ilumine vuestro entendimiento para conocer cuál es el demonio á que vive

esclava vuestra pobre alma; haceos á vosotros mismos estas reflexiones; me dominará el demonio del orgullo? lo podeis conocer por estas y las otras señales. Es el demonio de la avaricia? observad sus efectos. Es el demonio de la lujuria? atended á vuestras palabras, miradas, acciones, etc.

Puede seguirse esta enumeracion de los vicios capitales, y si se cree conveniente dar fin á este punto, les encargará que durante la misa ecsaminen su corazon y ofrezcan el santo sacrificio, para alcanzar la victoria de la pasion que les domine. Se dirigirá por último á Jesus, pidiéndole que obre en sus oyentes los mismos milagros que ejecutó con aquéllos, de quienes lanzaba los demonios durante su vida mortal.

SEGUNDO PUNTO.

Si se ha propuesto hacer ver en este punto el estado feliz de un alma libertada del pecado, le comparará con el de un endemoniado que se veia libre del espíritu maligno. Si la situacion de estos posesos de que se habla en el evangelio era bien digna de lástima, antes de que Jesus les libertára, tambien es muy digno de admiracion su estado feliz despues de conseguir la libertad. El sagrado testo nos dice que la madre que habia venido á pedir al Salvador la curacion de su hijo y que obtuvo con su perseverancia, encontró al volver á su casa, serena, tranquila y alegre á su hija, descansando en su cama, como libre ya del espíritu inmundo que la atormentaba: *Invenit puellam jacentem super lectum, et dæmonem exiisse*. Leemos tambien que aquel hombre furioso de que os he hablado, habiendo salido de él los demonios, le vieron con asombro los que se hallaban presentes, muy tranquilo, sentado á los pies de Jesus, vestido y en su sano juicio: *Venerunt ad Jesum, et invenerunt hominem sedentem, à quo dæmonia exierant, vestitum ac sanamente, ad pedes ejus, et mirabantur*.

El jóven que desde su tierna edad se hallaba poseido del demonio y que libertó el Salvador, parecia al principio como que estaba

muerto; pero tomándole Jesus de la mano, le ayudó á levantar; y en seguida principió á andar y á dar pruebas de una perfecta curacion.

Hé aqui, H. M., una pintura muy natural de lo que sucede con aquellos que salen de la esclavitud del pecado. Mientras que viven sujetos á sus pasiones, qué de inquietudes no experimentan dentro de sí mismos, qué de remordimientos de conciencia, qué de sobresaltos y temores! Si no siempre están agitados, si algunas veces parecen disfrutar de una cierta tranquilidad y aun que se entregan á las diversiones y á la alegría, sienten con demasiada frecuencia el peso del yugo que les oprime, no dejándoles tranquilos mucho tiempo el amo á quien sirven.

Ademas de estas penas interiores, qué consecuencias tan funestas no se siguen de tan deplorable esclavitud? Los escándalos que causan los malos en sus familias, en sus amigos, en toda la parroquia, no son efecto del imperio que el demonio egerce en sus almas? (Puede estenderse este detalle.) Pero si han hecho una buena confesion, si se han arrepentido sinceramente del pecado, si en una palabra, se ven libres de la tiranía del demonio, entonces la paz sucede á los remordimientos, la alegría á la tristeza; pero una paz, una alegría que sobrepujan á todo cuanto puede decirse.

Pero no es esto solo: pues todos perciben luego los efectos de su nuevo estado y de su libertad. La familia con que viven, la parroquia en que residen, todos son edificados al ver su mutacion. De coléricos se les vé convertidos en dulces y pacientes; de avaros y pleiteistas en pacíficos y caritativos, de escandalosos en ejemplares, (se hará un detalle diciendo aquel joven, aquella madre etc.) Ahora se les ve ya con frecuencia á los pies de Jesucristo modestos, devotos, entregados á las obras de piedad etc., tan mudados en una palabra, que ya no se les conoce. Las almas justas bendicen á Dios, y reconocen que esta mutacion es un efecto de su bondad, de su poder y misericordia. Se podrá citar como ejemplo algun pecador convertido, entre otros san Agustin.

Despues de esta esposicion se dirigirá á todos los pecadores de su parroquia y les preguntará en qué estado de los dos quieren vi-

vir. Les dirá que hagan la experiencia de los grandes bienes que se les prometen, si hacen generosos esfuerzos por arrojar el demonio de sus almas. Todo lo podeis, les dirá; Jesucristo lo desea ardientemente, os ofrece sus gracias particularmente en este tiempo, de manera que vuestra libertad depende de vosotros. Ah! no dilateis el procurarla, arrojaos en este momento á los pies del Salvador que libertó al endemoniado de que habla el evangelio, pedid con fe, con humildad, como la madre de esta hija, y no dejeis de pedir hasta haber obtenido el resultado de vuestra súplica.

Si adopta el plan de hacer ver en un mismo discurso la desgracia de un alma poseida del demonio, y su feliz estado despues de libre, invitará á las almas justas á pedir por los pecadores. (Se podrá hacer de este modo.) Pero ah! cuán de temer es que los pecadores descuiden la oracion y que sean insensibles á sus males! á vosotras me dirijo, almas justas de esta parroquia, yo os suplico encarecidamente que imiteis á esa madre alligida que pide por su hija. Esta madre representa á la iglesia, que como buena madre no cesa de pedir, especialmente en este tiempo de cuaresma, por la conversion de los pecadores y de los malos cristianos. Todos los verdaderos fieles, todos los justos deben unirse á ella para mover el corazon de Jesus. (Se comenzará por las madres cristianas.) Siuviéseis (se dirá) una de vuestras hijas, uno de vuestros hijos atormentados por el espíritu maligno, qué no hariais por conseguir su libertad? al momento acudiriais á mí, para que le dijera los exorcismos de la iglesia. Ah! puede ser que tengais alguno entre vuestros hijos, el cual se halle esclavizado por el demonio! Y qué, tendreis menos compasion de su alma que de su cuerpo? Imitad pues á la madre del evangelio, redoblad vuestros ruegos y vuestros clamores, y continuad hasta que vuestro hijo, vuestra hija, vuestro esposo se hayan convertido; dirijios á Jesus con fe firme y segura, y no dudeis de que se rendirá á vuestra perseverancia. (Lo mismo se dirá á los padres de familia.) Imitad al padre de que habla el evangelio, el cual no tenia mas que un hijo, y este poseido del demonio, y decid á Jesus como este padre desconsolado: *obsecro te, respice in filium meum, quia unicus est mihi* (Luc. 9).

Pero acaso padres y madres, soís tambien vosotros esclavos del demonio; muchos motivos tengo para temer que algunos padres de familia no se hallen en este miserable estado. A vosotras acudo, almas fieles, niños inocentes, hagamos una santa violencia al cielo para obtener en favor todos los pecadores de esta parroquia un corazon verdaderamente contrito. Con este fin os suplico que receis todos los dias de cuaresma en vuestras casas un padre nuestro y una Ave María.

Todos los domingos de cuaresma despues del ofertorio conviene que rece el párroco un padre nuestro por la conversion de los pecadores.

En otro discurso ó en el mismo se dará un modelo de la oracion que deben hacer los pecadores para alcanzar su conversion.

Os he exhortado, H. M., el domingo último á que os limpiéis del pecado é imiteis á Jesucristo en el desierto haciendo penitencia por nosotros. (Se recapitulará lo que se haya dicho de la penitencia y del ayuno.) Pero no basta (añadirá) tener algunos deseos de conversion, ni practicar el ayuno corporal y la abstinencia, es necesario ademas unir la oracion á la mortificacion, porque sin ella no se puede obtener la gracia de la conversion, como lo tiene definido la iglesia. Se establecerá con mas estension esta necesidad y se hará ver que segun el curso ordinario de la providencia, no se justifica el pecador, sino procura humillarse en la oracion, y pedir á Dios la gracia de su conversion. (*Trid. sess. 6. can. 3.*) Pero cómo debeis pedir? Esto es, H. M., lo que me propongo explicaros hoy, poniéndoos delante las cualidades de la oracion de la Cananea. San Gerónimo nota tres principales, que harán la division de esta instruccion: la fe, la humildad y la constancia; *fides, constantia, humilitas*. Es necesario pedir con fe, primera reflexion; con constancia, segunda; con humildad, tercera.

PRIMERA REFLESION.

Se seguirá el evangelio. Apenas supo esta muger la llegada del Salvador, que sin dudar un momento de su poder y de su bondad

se presentó á pedir la curacion de su hija. Qué cosa mas admirable? quién era esta muger y en qué religion habia sido educada? Cuánto no os debe alentar y confundir al mismo tiempo este ejemplo! No estais seguros vosotros del deseo que tiene Dios de que os convirtais? Se estenderá sobre estos dos pensamientos, confirmando-les con algunos pasajes de la escritura. Comenzad pues desde hoy, H. M., á pedir á Jesus; él es el mismo que era en otro tiempo: *Jesuchristus heri et hodie, ipse est in secula.* (Heb. 3) dice el apostol. Él está realmente en medio de nosotros, él está en esta iglesia segun su santa humanidad; él llena todos los lugares con su divinidad, vosotros le podeis invocar en todas partes, en el campo, en casa, en los viajes, decidle, y decidle con un santo ardor, gritadle con la Cananea: *Jesu filii David etc.* Jesus, hijo de David, ten compasion de mi alma, que ya ha largo tiempo atormentan y poseen furiosos demonios: el demonio del deleite, el demonio de la vanidad, el demonio de la intemperancia. Pero no penseis que basta pedir una sola vez, ni un solo dia.

SEGUNDA REFLESION.

Otra cualidad que debe tener la oracion es la paciencia, el valor y la constancia. Fijad la vista en el modelo que propone el evangelio. El Salvador aparenta no oir á esta muger, antes bien parece que la despide. Pero por esto se desalienta? no, clama mas alto todavia, hasta que los apóstoles se ven precisados á suplicar á su maestro que la conceda su peticion. Habia principiado á pedir en el camino donde le encontró, le sigue hasta la casa en que entra y alli se arroja á sus pies.

Asi os debeis conducir, H. M. No desmayeis ni perdaís el ánimo, aunque os parezca que no son oidas vuestras oraciones. Dios quiere probar vuestra paciencia, quiere haceros conocer la necesidad que teneis de su gracia, la miseria á que os ha reducido el pecado y la fuerza de vuestras cadenas. Despues de esto, no es justo que Dios os haga pedir largo tiempo esta gracia? Decidme, os suplico, cuánto tiempo há ya que os hallais en pecado? Cuántas semanas,

meses y acaso años que Dios os está escitando á convertiros, y que lejos de responder á sus invitaciones, abusais de su paciencia? Y será extraño que Dios os haga esperar á la puerta de su misericordia? Su justicia, su santidad misma no parecen estar ecsigiendo una prueba como esta para con vosotros? Continuad pues, H. M., pidiendo dia y noche, pedid á todas las horas del dia, pedid en los intervalos de la noche, en que se interrumpe vuestro sueño. Pedid con el profeta: *De profundis clamavi. Manibus meis nocte contraeum.* (Se citarán algunos pasajes selectos de los salmos, aconsejando á los oyentes que se sirvan de ellos á manera de oraciones jaculatorias. Vuestra paciencia y constancia en la oracion moverán infaliblemente el corazon de Dios, siempre que vayan acompañadas de la humildad.

TERCERA REFLESION.

La humildad es absolutamente necesaria, porque Dios resiste á los soberbios y dá su gracia á los humildes. Todo pecador que se humilla, amansa infaliblemente su cólera y le mueve á conceder el don de la penitencia. *Oratio humiliantis se, nubes penetrabit.* (Eceles. 35.) Referirá el ejemplo del Publicano, y confirmará esta proposicion con la Cananea. El Salvador la despide, la compára con los mas viles animales, y ella le responde con una humildad que interesa y gana su afecto, hasta merecer de su boca esté magnífico elogio, *o mulier magna est fides tua! Te concedo lo que pides.* Reconoceos pues indignos de las gracias especiales del Señor, así como esta muger confesaba que no merecia favores tan particulares; suplicad solamente al Salvador que eche sobre vosotros una mirada favorable, como sobre miserables pecadores: *propitius esto mihi peccatori.* (Luc. 18.) Manifestad vuestra humildad en el respeto profundo con que pidaís, pero que esta humildad se halle sobre todo en vuestro espíritu y en vuestro corazon.

Si vuestra oracion, H. M., está llena de fe, de constancia y de humildad, os aseguro de parte del Señor que sereis oídos infaliblemente: *cor contritum et humiliatum Deus non despicies.* No, Dios mio, vos no desechareis los ruegos de un pecador que se humilla

en vuestra presencia, *cōr contritum*; dad á todos los pecadores que me oyen estas santas disposiciones, á fin de que entren en vuestra amistad y se pongan en estado de poder acercarse cuanto antes á la sagrada mesa.

Quando se quiera componer una plática entera sobre la necesidad y las cualidades de la oracion, se mostrará como hemos dicho, la necesidad en el primer punto; necesidad para los pecadores y necesidad para los justos: para los pecadores, porque están en estado de muerte, y porque sin la gracia de Dios, no pueden recobrar la vida de la gracia; así como el que ha muerto no puede resucitarse á sí mismo. Pues para obtener esta gracia, el medio ordinario es pedirla. Hay ciertamente algunas conversiones milagrosas, como la de san Pablo que fué convertido antes de pedir; pero las ordinarias no se obran, sin que los pecadores pidan por sí: y es muy conforme esta conducta de Dios con su divina justicia. El pecador que se ha revelado contra Dios, es muy justo que conozca la necesidad que tiene de su auxilio, que se humille ante él y que recurra á su poder.

Persuadíos pues pecadores y no lo dudeis, que la oracion os es absolutamente necesaria, y que si la descuidais, muy lejos de salir el demonio de vuestra alma, se fortalecerá y arraigará mas y mas.

Pero no son solo los pecadores los que necesitan orar; los justos no pueden dispensarse tampoco sin un peligro evidente de caer bajo el yugo de la serpiente infernal. Aunque no posea las almas de los justos, las sitia y las cerca, está siempre en torno de ellas para hacerlas caer en el pecado; y cómo alejarle, como resistirle? por la oracion; nada mas recomendado en el evangelio por el Salvador. Cuántas veces lo dijo á sus discípulos que eran sus amigos? Pues si los discípulos del Salvador necesitaron pedir, y hubieran sucumbido en las tentaciones del demonio, si no se hubieran valido de la oracion, quién podrá esperar sostenerse firme en la gracia sin este auxilio? Cuál es la causa sino de que veamos á tantos justos resfriarse y aun caer en pecados graves? Su negligencia en pedir, como sucedió á los discípulos al tiempo de la pasion.

Redoblemos pues todos nuestra asiduidad en la oracion, especialmente en este tiempo de cuaresma; pedid pecadores por vuestra conversion, pedid justos por vuestra santificacion. Pero pedid de la manera con que se debe pedir.

EPÍSTOLA.

La espístola de este domingo tomada de la primera carta de san Pablo á los tesalonicenses cap. 4.º, contiene advertencias muy saludables de que sacarán gran provecho los pueblos. El apostol conjura en ella á los fieles por nuestro Señor Jesucristo, á que se conduzcan de una manera irrepreensible y tal que les haga agradables á Dios por medio de un continuo adelantamiento en la piedad. Les recuerda con este motivo los preceptos que les habia dado en nombre de Jesucristo: *Scitis quæ præcepta dederim vobis per Dominum Jesum*. Pero principalmente insiste en que procuren trabajar en su santificacion, en conservar sus cuerpos en la pureza, evitando cuidadosamente todo lo que pueda ofender el pudor, y en guardar con el mayor esmero la castidad propia de su estado. *Hæc est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra, ut abstinatis vos à fornicatione, ut sciat unusquisque vas suum possidere in sanctificatione et honore.*

En ningun tiempo es mas útil esta advertencia que en tiempo de cuaresma, en que se trata de preparar á los fieles para la comunión pascual. No hay pecado que cause mayor número de comuniones sacrílegas, ni que aumente tanto el de indignos de acercarse á la sagrada mesa, como el pecado opuesto á la santa virtud de la pureza, de que son esclavos infinitos cristianos. Por esta razon no debe omitir el párroco de hacer presente á sus feligreses la necesidad en que se halla de hablarles de una virtud que les es absolutamente indispensable, para recibir dignamente la comunión.

Hoy me he propuesto hablaros, H. M., sobre la epístola de la misa que se acaba de leer. Oid lo que en ella nos dice san Pablo. (Se referirá.) No pudiera yo, H. M., encontrar otra cosa mejor ni mas propia para prepararos en este tiempo de cuaresma á una buena confesion y comunión que esa tierna súplica, esos saludables

consejos que el apostol dirigia á los primeros fieles. Os conjuro pues con san Pablo en nombre de Jesucristo, que os porteis especialmente en este tiempo, de una manera irreprehensible, que multipliqueis vuestras buenas obras, procurando agradar á Dios, y caminando siempre en su presencia, segun que repetidas veces os lo he recomendado. Vosotros sabeis muy bien cuáles son los preceptos que en diferentes ocasiones os he intimado: *Scitis quæ precepta dederim vobis.* (Se recordarán algunos de los mas principales, ya tocante á evitar ciertos desórdenes, como á practicar alguna virtud particular.) Porque ciertamente no os he hablado por mi mismo, ni en mi nombre, sino de parte de Dios y en nombre de Jesucristo. *Per Dominum Jesum.*

Pero lo que debo recomendaros hoy muy singularmente es el precepto de la castidad, como lo hace san Pablo en la epístola de este dia. Que cada uno de vosotros, dice, use de su cuerpo santa y honestamente, evitando todo lo que puede mancharle. Por esta razon os haré ver en la primera reflexion la necesidad que teneis de conservar vuestros cuerpos en pureza, y en la segunda os daré á conocer en qué consiste esta pureza y como debeis procurarla.

PRIMERA REFLESION.

Principiará dirigiendo una breve súplica á Jesucristo como autor de la pureza, para que purifique sus lábios y el corazon de los oyentes; ó bien á la Virgen Santísima para que alcance en favor de los oyentes y del predicador la virtud de la pureza. Para probar la necesidad de esta virtud, no es menester mas que seguir al apostol en su epístola.

El mismo san Pablo, dirá, es quien os enseña la obligacion que teneis de conservar vuestros cuerpos exentos de toda inmundicia. Porque esta es, dice, la voluntad de Dios, que seais santos y puros, que os abstengais de la fornicacion, es decir, segun el sentido de la escritura, de todo lo que es contrario á la pureza, como pensamientos, deseos criminales etc. Que sepa cada uno de vosotros usar santamente de su cuerpo y tratarle con honor, cuidando de

evitar toda acción que ofenda al pudor. Guardaos bien de imitar en esto á los gentiles que no conocen á Dios, y acordaos de que el Señor tomará venganza de esta clase de pecados; porque no nos ha llamado para ser inmundos, sino para ser castos y santos.

Deberán estenderse todas estas razones. Primera; es la voluntad de Dios la que nos manda evitar todo lo que se opone á la pureza; él es la pureza por esencia y no puede tolerar á los impuros. Segunda razon; nuestra vocacion al cristianismo. Desde entonces hemos sido llamados muy singularmente á ser castos y puros, como que nuestra carne desde entonces es una carne santificada, y nuestro cuerpo ha sido consagrado de diferentes modos por el bautismo, por la confirmacion y sobre todo por la eucaristia. Tercera razon; sin esta virtud somos indignos de recibir á Jesucristo en la comunión. A nada tiene mas horror que al vicio opuesto, porque este vicio hace al hombre terrestre, animal, etc. Por eso nos prohíbe que demos su cuerpo á los perros, es decir, á los cristianos que, semejantes á los animales, se entregan á placeres carnales y groseros: *nolite sanctum dare canibus* (Math. 7.)

Qué pureza no es necesaria para comer este pan celestial! En otro tiempo para comer los panes de proposicion era menester estar exento de toda inmundicia. Cuando David acosado del hambre les pidió al sacerdote del Señor, Abimelech, para él y su comitiva; el sacerdote le preguntó si estaban puros, y en especial exentos del comercio del secso: *si mundi sunt pueri, maxime à mulieribus* (1. Reg. 21.) Ah, H. M., qué no pudiérais responder todos lo que David á Abimelech! Sí, estamos puros, hemos evitado todo lo que puede manchar nuestro cuerpo, y los panes que nos dareis, serán recibidos en vasos santos, es decir, en cuerpos santificados: *fuertunt vasa puerorum sancta, sanctificabitur (panis) in vasis.*

Los cálices, los copones en que colocamos las hostias consagradas, es preciso que esten bien limpios y puros, que los tabernáculos esten decentes, y está mandado que los cálices sean de plata etc. Qué nos dá á entender todo esto, H. M.? sino la obligacion en que estamos y están todos los cristianos de purificar su boca, su lengua, todo su cuerpo, que es como el tabernáculo en que se hos-

peda Jesucristo? Qué diriais, H. M., si nos viéscis colocar las hostias en copones llenos de suciedad? y no tendreis el mismo horror, y no mirareis como un gran crimen, el colocar la sagrada hostia en el cienago y la inmundicia? Ah! H. M., Jesucristo no tiene menos repugnancia á entrar en una boca, en una lengua ensuciada con malas palabras, en un cuerpo manchado con acciones deshonestas etc.

Aqui deplorará el párroco la desgracia del cristianismo, en el que se encuentran tan pocos fieles que cuiden de conservar su cuerpo y su espíritu en la debida pureza. Entrará en los detalles de algunos pecados que se cometen en los diferentes estados y condiciones. Pero debe ir con mucho tiento en esta materia, meditando bien lo que ha de decir, y usando siempre de términos castos, que no puedan ofender los oidos. Debe atender para ello á su edad, á la autoridad que goce en la parroquia, á las personas con quienes habla, y despues del detalle dará una excusa á su auditorio, para que vea que solo por necesidad, y por la salvacion de sus almas, por seguir las huellas de san Pablo y por conformarse con las intenciones de la iglesia, ha tocado este asunto.

Pero no es bastante, H. M., haceros ver la necesidad de la pureza; es menester ademas enseñaros en qué consiste, y cómo podreis alcanzarla.

SEGUNDA REFLECSION.

Hay dos clases de pureza, la una del cuerpo y la otra del alma. Hay tambien pureza virginal, conyugal y la que es propia de las viudas. El apostol habla á todos cuando dice: *Sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione et honore*. Habla con los casados y dá á conocer particularmente la malicia del adulterio, que comete el que se atreve á tocar la muger de su prójimo; y quiere que todos respeten su cuerpo, que es como el instrumento de que se vale el alma para ejercer las obras del cristianismo. Debeis pues todos, H. M., conservar vuestros miembros en la pureza, vuestros ojos, vuestra lengua, vuestros oidos, vuestras manos, vuestros pies, vuestro espíritu y vuestro corazon

Debeis hacerlo asi jóvenes de uno y otro sexo: vosotros padres y madres, vosotros ancianos, etc. Se hablará en seguida con los que han tenido la felicidad de conservarla, y con los que la han perdido, haciendo ver á los primeros el gran tesoro que poseen, como que nada es comparable á un alma casta: *Omnis ponderatio non est digna continentis animæ* (*Ecclesi. 26.*) y que Jesucristo les ama de una manera particular. *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem.* (*Prov. 22.*) Pero qué cuidado y esmero no pide esta virtud para conservarla! Velad sobre vosotras almas castas, vírgenes cristianas; el enemigo de la salud trabaja continuamente para quitaros este tesoro, y vosotras le llevais en vasos frágiles. Si tuviérais una perla de gran precio, con qué cuidado la guardaríais! Guardad pues todavía con mayor solicitud la perla de la castidad; evitad todo lo que pueda empañar su brillo, las frecuentaciones peligrosas, las miradas indiscretas, las canciones profanas, las reuniones mundanales, la ociosidad etc. Pedid y no ceseis de pedir, que no se pase un dia sin que pidais á vuestro divino esposo la conservacion de esta virtud, pedid con especialidad en las tentaciones, alejadlas al momento, humillaos, acercaos con frecuencia á la eucaristía, cuyo principal efecto es mantener nuestros cuerpos en la pureza debida reprimiendo el ardor de vuestras pasiones.

Y vosotros que habeis tenido la desgracia de perder esta virtud, que estais engolfados en el vicio opuesto; ah! qué esfuerzos no debeis hacer ahora especialmente para preparar á Jesucristo una morada digna de él? Nada mas difícil que lanzar al demonio del alma que posee. Pero lo que es imposible á los hombres, es posible á Dios; acercaos á Jesucristo y él os enseñará el modo con que podreis libraros de su yugo. Acudid á los pies de sus ministros, y ellos os ayudarán á echarle. Hé aqui, H. M., los dos medios que debeis emplear, para conseguir la pureza necesaria.

1.º Recurrir á Jesucristo que solo puede curaros. Él os dirá, lo que dijo al padre cuyo hijo se veia atormentado de un demonio impuro: *hoc genus demoniorum non ejicitur nisi oratione et jejunio.* Es preciso, os dirá, no solo pedir sino mortificar los ojos, la lengua, las manos, los pies, todo el cuerpo; es necesario qui-

tarle este ó el otro placer, castigarle de este ó del otro modo.

Debeis acudir á los ministros del Señor, y si no habeis comenzado á verificarlo todavia, id luego, y declaradles cuánto tiempo há que os atormenta, y las diferentes faltas que os hace cometer, y de su boca oireis los remedios particulares de que debeis echar mano para vuestra curacion.

En fin, H. M., considerad que es el Dios de pureza el que habeis de recibir en vuestro cuerpo, un Dios hombre que quiso tener una Virgen por madre, y un hombre casto por padre putativo.

No seais tan temerarios que os presentéis á su mesa con un cuerpo mancillado y no os espongaís á los castigos terribles de su justicia. Meditad durante la misa todo cuanto acabais de oír, y cuidad de ponerlo en práctica, teniendo presente lo que añade el apostol en la epístola de este dia y que yo puedo igualmente añadir con él: quien desprecia lo que acabo de decir, desprecia no á un hombre, sino al mismo Dios que habla por mi boca: *qui hæc spernit, non hominem spernit, sed Deum*. Obedeced pues, H. M., á un Dios que os habla y ordena lo que habeis oído; que no desea, ni anhela sino vuestro bien y que únicamente ambiciona vuestra felicidad en esta vida y en la otra. Esta gracia es la que voy á pedirle en el santo sacrificio de la misa que se está celebrando.

Dominica tercera de cuaresma.

Tres ó cuatro cosas notables se encuentran en el evangelio de este domingo, el cual está tomado del cap. 11 de san Lucas. 1.^a La libertad de un hombre poseido del demonio que le hacia mudo. 2.^a La respuesta del Salvador á los fariseos que con la mas negra calumnia atribuian á virtud del demonio el milagro que acababa de obrar Jesucristo. 3.^a Lo que dijo el mismo Salvador del demonio impuro que habiendo salido de una alma trata de volver á ella. Y en fin el elogio que hizo del Salvador una muger y la respuesta que la dió.

Aunque se puede muy bien hablar de cada uno de estos asuntos; quiero decir, de los que son mudos espiritualmente, del pecado de

calumnia, del vicio de la impureza, de la recaída, y de la felicidad de los que oyen y guardan la palabra de Dios, me parece sin embargo que el primero es el mas natural y el mas conforme al espíritu de la iglesia.

Y cuál será la causa de que la iglesia aguarde á recordarnos en el tercer domingo de cuaresma la historia de un hombre poseido de un demonio mudo y su curacion milagrosa? Sin duda es con el objeto de que los párrocos hablen á sus feligreses detenidamente sobre el interesante asunto de la confesion, como medio que es para disponerse á recibir dignamente la comunión de la pascua. De esta suerte y en razon á que en el domingo precedente se ha tratado de la oracion, como de una disposicion necesaria para recibir los sacramentos, y se ha hecho ver tambien el estado infeliz de un alma esclava del demonio, deduciendo de aquí la necesidad de sacudir cuanto antes el yugo de tan cruel tirano; nada mas propio ni natural que hablar en este domingo de la confesion, escitando á los fieles á que se libren de otro lazo del demonio, el cual hace todos los esfuerzos por cerrarles la boca y atarles la lengua para que de ese modo no consigan en el sacramento de la penitencia la remision de sus pecados.

Hablándose de la confesion, pueden seguirse varios rumbos, porque hay mucho que decir acerca de ella. Se puede tratar primero de su obligacion y preciosas ventajas, tambien de los obstáculos que se oponen á los efectos de la confesion y faltas que suelen cometerse, de las disposiciones necesarias para hacerla buena, y por último de la frecuente confesion.

Todos estos puntos como muy importantes deben tratarse ya en un tiempo, ya en otro, deteniéndose mas ó menos segun que lo exijan las circunstancias de lugar y personas. Por ejemplo, en los pueblos donde haya algunos libertinos ó impíos se deberá establecer sólidamente el precepto de la confesion haciendo ver con toda eficacia su obligacion, sino expreso, al menos al principio de la plática que se predique sobre esta materia.

En cuanto á los demas puntos no debe dejar de explicarles todos los años. En los catecismos conviene hacerlo de un modo fa-

miliar, pero en las pláticas es preciso que sea con mas fuerza y energía, y como se guarde el debido orden cuidando ademas de hablar con claridad, no dejará de producir en los oyentes una saludable impresion.

EVANGELIO.

El exordio de una plática sobre la confesion tomada del evangelio puede concebirse en estos términos.

El evangelio de este dia principia, H. M., por la historia de un hombre poseido de un demonio mudo, es decir, que hacia mudo al poseso de manera que no le permitía pedir su libertad. Acababa el Salvador de convertir una famosa pecadora en casa de Simon el fariseo, cuyo suceso le habia atraído á muchos, y excitado su admiracion, cuando en este mismo tiempo le presentaron al hombre mudo de que hablaba el evangelista rogándole que le curase. Jesus movido á compasion hácia este infeliz lanzó al demonio y en el momento habló el mudo. Todos al verlo quedaron sorprendidos y solo los fariseos á quienes cegaban la envidia y los celos se atrevieron á decir que Jesus lanzaba los demonios por virtud de Beelzebuth, principe de los demonios. Se referirá lo restante del evangelio si se cree conveniente, y en seguida podrá decirse:

Detengámonos, H. M., en el primer hecho de la historia que hoy ofrece á nuestra consideracion la iglesia y procuremos conocer su significado. Qué es lo que se nos quiere dar á entender en ese hombre poseido de un demonio mudo? En él están representados aquellos cristianos que rehusan declarar sus pecados en el sacramento de la penitencia, á quienes el demonio ata la lengua para que no les manifiesten en la confesion, ni se acusen con sinceridad de sus culpas ante los ministros del Señor; tambien les impide ese mismo demonio dirigirse á Dios y pedirle los auxilios necesarios para hacer una buena confesion. Oh! H. M., y cuántos demonios mudos hay en el dia! Que no pudiera yo lanzarles hoy á todos de esta parroquia por la virtud de Jesucristo mi maestro y señor! Oh Salvador amantísimo! comunicad al efecto una eficacia particular á mis palabras, vos prometisteis á vuestros discípulos antes de subir á los cielos que lanza-

rian los demonios en nombre vuestro; vos nos habeis concedido el poder sobre este espíritu infernal; ayudadme pues á ejercerle hoy debidamente en beneficio de mis feligreses. Y vosotros, H. M., mostraos dóciles á la palabra divina que vais á escuchar; mirad que no podeis ser curados sino lo quereis y no poneis los medios necesarios de vuestra parte. Procurad pues instruiros hoy sobre la obligacion que teneis de confesar vuestros pecados en el sacramento de la penitencia y sobre las grandes ventajas que os producirá una buena confesion; esto es lo que formará el asunto de la presente instruccion.

En el primer punto vereis la obligacion y el precepto de una buena confesion y en el segundo su utilidad ó sus ventajas. (*Vide Trid. sess. 14, c. 13 et 5. Item can. 1, 2, 6, 7 et 8. Vide etiam diligenter catechismum concilii, parte 2, num 45 et sequent.*)

PRIMER PUNTO.

Para esplicar debidamente esta materia, es necesario distinguir dos clases de preceptos sobre la confesion; el precepto eclesiástico y el precepto divino. Se hablará de uno y otro, procurando desvanecer en cuanto sea posible las dificultades de su cumplimiento ó cuando menos suavizarlas. Para ello mostrará que la bondad de Dios resplandece de un modo particular en la institucion de la confesion y que por lo mismo lejos de que pueda mirarse este precepto como una carga pesada, deben por el contrario acercarse con un santo ardor al tribunal de la penitencia para aprovechar un remedio tan saludable, como el que ofrece alli la misericordia divina á los pecadores.

La obligacion de acusar sus pecados en el tribunal de la penitencia no es, H. M., un simple consejo, es una obligacion indispensable para todo el cristiano que ha tenido la desgracia de perder la gracia del bautismo, y esta es una verdad de fe que siempre se ha profesado en la iglesia. El mismo Jesucristo estableció esta obligacion y de ella nadie ha sido jamás dispensado, ni Rey, ni Principe, ni Papa, ni Obispo.

El Salvador impuso el precepto de la confesion á los fieles, cuando dió á sus apóstoles la facultad de perdonar y retener los pecados. Refiérase la historia de la institucion del sacramento de la penitencia, tomándola de san Juan cap. 20, y hágase ver que por este hecho fueron investidos los sacerdotes con el carácter de jueces de las conciencias, á quienes se deben descubrir los pecados cometidos para que de este modo puedan sentenciar justamente é imponer penitencias proporcionadas. Se dirá en seguida: desde Jesucristo hasta nosotros se han sometido siempre á esta ley los verdaderos fieles. (Testimonios de los antiguos padres griegos y latinos, como de san Cipriano (1), Tertuliano (2), san Juan Crisóstomo (3), san Ambrosio (4) y san Agustin. San Basilio trae uno bien terminante: *Necessarium est confiteri his quibus credita est dispensatio mysteriorum Dei*. San Agustin decia á los fieles de su tiempo, que se negaban á confesar sus pecados: *Ergo sine causa dictum est; Quæ solveritis in terra, soluta erunt in cælo? Ergo sine causa sunt claves datæ Ecclesiæ Dei?*) Pero como el Salvador no fijó el tiempo en que debe cumplirse con este precepto, dispuso un concilio general celebrado hace ya mas de 600 años, que todo fiel en llegando á la edad de la discreccion se confiese de todos sus pecados al menos una vez en el año; lo cual ha sido confirmado por otros varios

(1) Confiteantur singuli delectum suum, dum adhuc qui deliquit in sæculo est, dum admitti ejus confessio potest, dum satisfactio apud Dominum grata est. Serm. de lapsis, p. 226, edit. Froben.

(2) Plerosque publicationem sui aut suffugere aut de die in diem differre præsumo, pudoris magis memores quam salutis; velut illi qui in partibus verecundioribus corporis contracta vexatione conscientiam medentium vitant, et ita cum erubescencia sua pereunt.....Grande planè emolumentum verecundiæ occultatio delicti pollicetur; videlicet si quid humanæ notitiæ subdux erimus, proinde et Deum celabimus. Tert. de Pœn., ed Froben, p. 484.

(3) Confessio prateritorum est abolitio delictorum. Hom. 20 in Genes. tom. 4. apud Hug, p. 20.

(4) Evidentissimè Domini prædicatione mandatum est etiam gravissimi criminis reis, si ex toto corde et manifesta confessione peccati pœnitentiam gerant, sacramenti cœlestis gratiam refundendam. Sanc Amb. L. II. de Pœnit. cap. 3. tom. 2. ed. nov. Paris, p. 420. (*El Traductor.*)

concilios y autorizado con la constante práctica de la iglesia universal que no puede despreciarse sin una insigne temeridad y sin renunciar á la cualidad de hijos de Dios. (Se responderá á las objeciones de los hereges é impíos, segun que lo dicten la prudencia y las necesidades de los feligreses.)

Estais pues obligados, H. M., tanto por el precepto de Jesucristo como por el de la iglesia vuestra madre á declarar sinceramente todas las culpas mortales de que os arguya la conciencia, y como universal que es, comprende á todos sin esceptuar á nadie; así es que yo mismo que he recibido la facultad de absolveros, estoy tambien sujeto á esta ley general de manera que si tengo la desgracia de caer en alguna falta considerable, no podria conseguir el perdon como rehusára acusarme de ella en el tribunal de la penitencia.

Este precepto es á la verdad repugnante á la naturaleza, y acaso el que mas cuesta observar por lo mucho que mortifica y humilla nuestro orgullo; de aqui es que le hayan arrancado los hereges de su falsa religion, que los malos cristianos le observen con repugnancia y que muchos de ellos creyendo cumplirle no lo hagan en realidad.

Es difícil ciertamente, repito, su cumplimiento á la naturaleza, porque nos obliga á revelar nuestras faltas aun las mas vergonzosas. (Aqui el detalle de todo lo que debemos manifestar en la confesion, como número, especie y circunstancias de los pecados.) Y no basta para satisfacer á este precepto decir los pecados sincera y enteramente; pues es preciso ademas que al confesarles, les detestemos con todo nuestro corazon, y nos hallemos dispuestos á ejecutar cuanto nos prescriba un prudente confesor; no siendo así, la confesion seria nula y sacrilega y pecariamos formalmente contra el precepto de la confesion. Esto no hay duda que cuesta y repugna; pero por costoso y repugnante que sea, es una necesidad, es un deber indispensable y tan estrecho que cualquiera que pudiendo confesarse se negára á ejecutarlo, no conseguiria jamás el perdon de los pecados ni la amistad de Dios, aunque ejerciera sobre su cuerpo las mas austeras penitencias y aunque distribuyera á los po-

bres todos cuantos bienes pueda poseer. Con esta condicion y á este precio nos ofrece su gracia el Salvador, y sin ella no hay remision de los pecados, ni gracia, ni salvacion. La condicion es pesada y difícil, pero qué no tiene derecho á ecsigir el Dios de la majestad de un hombre pecador y de una criatura rebelde? Quién se atreverá á constatarle este derecho?

Designense todos los casos en que obliga el precepto de la confesion, para lo cual se consultará el catecismo del concilio, part. 2., núm. 58 y 59, donde despues de haber dicho que están obligados al cumplimiento del precepto los niños que pueden discernir entre el bien y el mal, añade que hay obligacion de confesar los pecados al menos una vez en el año, siempre que ecsista peligro de muerte, y cuando se deba administraró recibir algun sacramento, ó ejercer alguna funcion que ecsija estado de gracia; y tambien finalmente cuando por dilatar la confesion haya motivo de temer que se olvide algun pecado mortal. Algunos Doctores sostienen que obliga el precepto de la confesion á luego de haberse perdido la gracia; pero al menos no se debe diferir mucho tiempo para no esponerse á caer en el endurecimiento.

No tardeis pues, H. M., en acercaros al tribunal de la penitencia si habeis tenido la desgracia de ofender á Dios mortalmente; y cuidad sobre todo de llamar un buen confesor tan pronto como os veais acometidos de alguna enfermedad grave y os halleis en peligro de muerte.

Pero como se aprocsima el tiempo pascual en que acostumbran particularmente los fieles á cumplir con el precepto de la confesion, es de esperar que ninguno de vosotros dejará de hacerlo buscando vanos pretextos para escusarse; antes bien me persuado de que os sometereis con gusto y pondreis las diligencias para llenarle cuanto antes. Son tan sabias las razones en que está fundado y tan preciosas las ventajas que nos trae su cumplimiento, que aun cuando no nos lo mandáran el mismo Dios y la iglesia, deberíamos apresurarnos á obedecerle. Estas razones son las que voy á presentaros en mi segundo punto.

SEGUNDO PUNTO.

Sería menester un discurso entero para enumerar las inestimables ventajas de la confesion y por eso me concretaré á las mas principales. Estas las podemos considerar con relacion á los pecadores ó con relacion á los justos. La confesion, dice san Bernardo, purifica al pecador y aumenta la pureza del justo: *Peccatorem purgat, et justum reddit purgatorem*. Si por cierto, la confesion purifica al pecador, y de qué pecados? De toda clase de pecados, aunque sean los mas vergonzosos, los mas multiplicados y los mas enormes. No, no os deben retraer, H. M., ni la muchedumbre, ni la magnitud, ni la fealdad de vuestros crímenes. La palabra de Dios es formal y terminante; todos os serán perdonados, si les acusais al ministro del Señor. (Pruebas de esta verdad por la Escritura, *quorum remiseritis, etc.*) (Joan. 20.) *Quæcumque solveritis, etc.* (Matth. 18.) *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra*, (1 Joan. 1.) por el concilio de Trento (1) y por los SS. Padres (2). De aqui cuántos bienes no recibe nuestra alma! el recobro de la gracia, el derecho al reino de los cielos, y sobre todo, la paz de la conciencia. (Se insistirá sobre esta paz, ponderando sus ventajas).

Y qué, sereis insensibles vosotros á unos bienes tan preciosos? Ante esta paz del alma fruto dichoso de la confesion, podrán deteneros las dificultades y obstáculos con que el demonio enemigo de vuestra felicidad tratará de estorbarla? Quereis llevar siempre en vuestra conciencia ese gusano roedor, ese peso de vuestros pecados, que os abruma y no os deja respirar? Id, corred en busca de un

(1) Si quis dixerit in Ecclesia catholica Pœnitentiam non esse vere et proprie Sacramentum pro fidelibus, quoties post Baptisum in peccata labuntur, ipsi Deo reconciliandis á Christo institutum; anathema sit. Sess. 14, can. 4.

(2) Sed Deus distinctionem non facit, qui misericordiam suam promisit omnibus, et relaxandi licentiam sacerdotibus suis sine ulla exceptione concessit, sanct Amb. lib. 4. de pœn. cap. 2 contra Novat. (El Traductor.)

hombre caritativo que os quite de encima tan terrible carga. Ah! ¿quién podrá decir el placer y el contento que gustareis entonces? Preguntádselo á los que han hecho la esperiencia y os manifestarán, que no hay alegría como la que se siente despues de una buena confesion.

Y vosotras almas justas que gozais de la amistad de Dios, aunque no necesiteis de la confesion para merecer la gracia, no dejéis sin embargo de acercaros al tribunal de la penitencia, ya para cumplir con el precepto de la iglesia, como para purificaros mas y mas. Teneis horror, es verdad, al pecado mortal; pero cuántas faltas veniales no cometeis todos los dias por negligencia ó por deliberacion? (Enumeracion de estas culpas con relacion á Dios, al prójimo y así mismos.) Y en dónde conseguireis purificaros de ellas? Particularmente en el sacramento de la penitencia. Pues aunque no tengais obligacion de confesarlas, os será sin embargo muy provechoso el hacerlo, así como es tambien una práctica muy saludable el renovar la acusacion de los pecados graves de la vida pasada, porque siempre que se repite esta acusacion, se alcanza una nueva gracia y se disminuye la pena debida por los pecados. *Quantò aliquis pluries de eisdem peccatis confitetur, tantò magis pœna diminuitur. Sanct Thomas in 2 dist. 19 quæst. 3.*

Tambien podría añadir otros efectos saludables que son consiguientes á una buena confesion, pero temo prolongar demasiado esta plática, y me persuado por otra parte que lo que acabais de oir, es muy bastante para haceros apreciar la confesion, y para que deis gracias á Dios por haberla instituido, é impuesto precepto de una cosa que os es tan ventajosa. Tales son los sentimientos que debe producir en vosotros este discurso; sentimientos de estimacion y aprecio por la confesion; sentimientos de gratitud para con Jesucristo que la ha instituido dejándonos en ella, como dice un santo Padre, un baño saludable para curar las llagas de nuestra alma. Pero habeis tenido hasta ahora estos sentimientos tocante á la confesion? En lugar de apreciarla no la habeis mirado como á un mónstruo? No ha sido un gran tormento para vosotros tener que decir á un sacerdote vuestras faltas? No lo habeis dilatado cuanto os ha sido posible? Estais

penetrados del debido reconocimiento hacia Dios que habiendo podido perderos despues del primer pecado mortal, os proporciona en la confesion un medio seguro para volver á su amistad? Habeis cuidado de darle gracias por tan singular beneficio? Ah! si hasta aqui habeis faltado, H. M., á estos justos deberes, no dejeis de llenarles desde hoy, imitando á los primeros fieles que daban gracias á Dios por haber concedido á los hombres el poder de perdonar los pecados: *Glorificaverunt Deum qui dedit talem potestatem hominibus.* (Matth. 19.)

Acercaos cuanto antes á los ministros del Señor, pero acercaos con las disposiciones de verdaderos penitentes y sobre todo con sinceridad y con un corazon contrito y humillado. Pedid estas disposiciones al mismo Jesucristo, autor de este sacramento y que va á ser inmolado en aquel altar por nuestra salud. A todas las almas justas de este auditorio las suplico y ruego por el amor de Jesucristo, que se unan á mí para alcanzar del padre de las misericordias la gracia de que todos los pecadores de esta parroquia hagan una confesion digna en este santo tiempo de cuaresma; vuestra súplica hecha con fe y confianza será muy poderosa para conseguirles la remision de sus culpas, como lo vemos en el evangelio con aquel paralítico que presentaron al Salvador unas almas caritativas. (san Mat. cap. 9.) Imitemos nosotros esta caridad compasiva y presentemos ante Jesucristo á todos nuestros hermanos que gimen en el pecado, implorando por ellos la gracia de su curacion, para que de esta suerte podamos todos participar de la sagrada mesa con la pureza debida y vernos despues reunidos para siempre en el celestial banquete.

OTRO ASUNTO SOBRE LA CONFESION.

Se tomará el exordio del evangelio, como en el discurso anterior. Lo que hacia el demonio mudo de que nos habla el evangelio de hoy para impedir que el desgraciado á quien poseia, pidiera y alcanzara su libertad, es una imágen bien sensible, H. M., de lo que ejecuta todavia para estorbar que muchos cristianos consigan el perdón de sus pecados en el tribunal de la penitencia.

Quién podrá decir los innumerables artificios de que se vale para hacer inútil y aun perjudicial el remedio saludable que Dios les ha dejado en la confesion! Nada mas interesante, H. M., que descubrir estos ardides y lazos del espíritu maligno, á fin de que sepais preservaros y no caigais en ellos. Este es el objeto de que voy á ocuparme en este breve rato: estadme atentos.

El demonio hace mudos á los cristianos respecto á la confesion de dos maneras diferentes. A unos les hace mudos del todo, apartándoles enteramente de la confesion, como se ve en ciertas personas de uno y otro sexo que ni aun en tiempo de pascua se presentan al santo tribunal de la penitencia, ó si lo verifican, es sin las disposiciones necesarias, quiero decir, sin haber orado antes, ni dolídose de sus culpas, ni hecho propósito de mudar de vida, habiendo entre ellos muchos que vienen con ánimo de no manifestar sus faltas al confesor segun las han cometido.

Hay otros á quienes el demonio hace medio mudos, y son aquellos que antes de confesarse rezan algunas oraciones, pero de una manera imperfecta, que se acusan de algunas culpas, mas que no se atreven á declararlas todas, callando algunos pecados por vergüenza, por malicia, ó porque se figuran pero con duda, de que no son demasiado graves.

Hé aquí, H. M., los artificios de que se deja sorprender un gran número de cristianos, y son la causa de que muchos permanezcan en el pecado y cometan multitud de sacrilejos. Acaso habrá entre mis oyentes tambien algunos que se hayan dejado seducir por estos ardides del espíritu infernal y á quienes continuará engañando todavía, para estorvar que hagan una buena confesion en el próximo tiempo de pascua. Aprended hoy como debeis resistir á sus malignas sugerencias; para lo cual pondré á vuestra vista las razones que deben moveros á declarar con sinceridad todos vuestros pecados en el tribunal de la penitencia. Dichosos vosotros y yo, si consiguiéramos haceros vencer la vergüenza que impide á tantas almas hacer buenas confesiones!

De esta falsa vergüenza ó de la falta de sinceridad en las confesiones es de lo que quiero hablaros en este dia, sentando en pri-

mer lugar que esta vergüenza es sobremanera criminal é injuriosa á Dios; en segundo, que es perjudicial en extremo á vuesta alma, y en tercero, que es irracional y sin fundamento alguno.

PRIMER PUNTO.

Pocos asuntos habrá, H. M., de mayor interés que el presente. Por lo mismo quisiera que conociérais de una vez la malicia, las consecuencias funestas y la sinrazon de esa vergüenza que inspira el demonio á multitud de penitentes. (Se desenvolverá cada una de estas razones, insistiendo en ellas mas ó menos segun lo exija la calidad del auditorio.)

No lo dudeis, H. M., la vergüenza que no os deja confesar todos vuestros pecados en el tribunal de la penitencia es sobremanera criminal é injuriosa á Dios. Porque qué hace en efecto el cristiano que oculta en todo ó en parte los pecados mortales que ha cometido? Desobedece 1.º al precepto del Señor y al de la iglesia: 2.º comete un grave sacrilegio: 3.º se burla de Dios y miente al Espíritu Santo.

Vayamos por partes. Desobedece al precepto del Señor y al de la iglesia. En otra ocasion os he hablado sobre este precepto y creo que ninguno de vosotros le ignora. (Si lo cree conveniente, recapitulará cuanto haya dicho en el año anterior acerca de este precepto.) Vosotros sin duda creéis cometer un pecado grave si dejais de confesaros una vez en el año, segun lo manda nuestra madre la iglesia; pero os parece que pecáis menos confesándoos mal, callando de propósito alguna falta de consideracion ó un pecado que vosotros teneis por mortal? Ah! valdría mas en tal caso, os lo aseguro, que omitiérais la confesion, porque de este modo no os hacíais tan culpables á los ojos de Dios. Y por qué? Porque confesándoos mal incurris en un doble pecado, uno faltar al precepto del Señor, en lo mismo que el que no se confiesa, y otro en el grave sacrilegio que cometéis profanando el sacramento y abusando de la sangre de Jesucristo en la absolucion inutil que exigis al sacerdote.

Habeis reflexionado sobre esto vosotros jóvenes, vosotras doncellas y mugeres cristianas, vosotros todos cualesquiera que seais que

por temor de no ser tildados, os acercais con frente serena al tribunal de la penitencia y cometeis alli uno de los sacrilegios que mas indignamente ultrajan al Señor en aquello mismo que debiera reconciliaros con el? Habeis considerado bien vuestra refinada hipocresía? Ignorais acaso que el Señor está viendo el fondo de vuestro corazon y que no se le oculta vuestra perfidia? No es eso burlarse de Dios, menospreciarle y probar su paciencia; no es eso mentir descaradamente á su vista y tentar al Espíritu santo? (Aqui la historia de Ananias y Saphira.) (*Act. 5.*)

Ah! pensad, H. M., en la grande injuria que haceis á Dios abusando asi de su bondad. Pedidle de veras perdon si habeis tenido la desgracia de caer en tan enorme pecado; derramad sobre él lágrimas de dolor y proponeos desde ahora reparar cuanto antes las malas confesiones anteriores; con este objeto y para estimularos á vencer eficazmente esa mala vergüenza que os ha tenido ligada la lengua, ecsaminad conmigo lo muy funesta y perjudicial que es á vuestra alma.

SEGUNDO PUNTO.

Si quereis conocer, H. M., lo nociva que es la falsa vergüenza á vuestra salud espiritual, no teneis mas que fijar la atencion en los muchos bienes de que os priva y en los grandes males que os acarrea. Supongamos que uno de vosotros se ha dejado llevar de ella en el año anterior ó en la última confesion; cuáles os parece que han sido sus consecuencias? 1.º Le ha privado de la gracia santificante que debió recobrar en el sacramento, de los dones del Espíritu Santo que hubiera recibido y de todos los méritos que habria podido adquirir desde entonces. 2.º Le ha privado tambien y le priva todavia de la paz del alma que no puede hallarse tranquila en medio de la agitacion de los remordimientos. Y si continuais por mas tiempo dejándoos arrastrar de la vergüenza, á qué no os esponeis? Nada menos, reflexionadlo bien, nada menos que á morir en el pecado. Por qué así? La razon es clara; porque á medida que vayais abanzando en edad, irá en aumento tambien la vergüenza, y de consiguiente multiplicareis los sacrilegios y comulgareis en este estado

todo el resto de vuestros años. Tendreis mas fuerzas para sobreponeros á ella en el lecho de la muerte, que las que habeis tenido en sana salud? Ah!, H. M., no sabeis que entonces es cuando el demonio redobra sus ataques y hace los mayores esfuerzos, para que no se le escape su presa? Por otra parte, quién sabe si sereis sorprendidos de una muerte repentina en castigo de tantos sacrilegios como habeis cometido? Pero yo quiero suponer que en aquel terrible trance tengais los sentidos despiertos y el tiempo necesario para pensar en los intereses eternos de vuestra alma; como necesitais entonces de una gracia particular para haber de reparar tantas malas confesiones, como necesitais ademas hacer por vuestra parte unos esfuerzos extraordinarios; quién os asegura de que tendreis á la mano esa gracia de Dios que tantas veces habeis desechado y en vosotros mismos el valor de que careceis ahora, para resistir al demonio que os tentará entonces con mas empeño que nunca?

En los sermones del P. Lejeune se lee un ejemplar terrible de una falsa devota, cuya vida habia sido toda ella una cadena no interrumpida de sacrilegios. Esta infeliz á la hora de la muerte se negó á recibir los sacramentos, haciendo sin embargo una declaracion pública de su vida criminal y muriendo en la mas espantosa desesperacion.

Quereis vosotros, H. M., esponeros á tener un fin tan funesto? Mucho debeis temerlo, si no tratais de superar cuanto antes esa falsa vergüenza que acaso hasta el dia os ha cerrado la boca.

Qué es lo que podria impediros el vencerla, y qué excusa podriais alegar para seguir en vuestros sacrilegios? Sobre qué fundareis esa falsa vergüenza? Entrad dentro de vosotros mismos, indagad su origen y encontrareis que no solo es criminal, sino que tambien es de todo punto vana é infundada.

Ante todo es muy cierto que no puede proceder de Dios que la condena y nos lo manda vencer; es forzoso pues que tenga su origen de un mal principio, ó del demonio que os abulta el pecado y que habiéndoos quitado la vergüenza para cometerle, os la vuelve cuando se trata de confesarle, ó bien de un temor pusilánime de que son en gran manera susceptibles los jóvenes y las personas tí-

midas, ó en fin y es lo mas comun, de un orgullo secreto que os hace avergonzar de ser tenidos por pecadores, ó de no querer humillaros hasta el estremo de doblar vuestras rodillas á los pies del sacerdote en la postura y ademan de un criminal.

Para entrar ahora en el exámen de cada una de estas circunstancias, decidme, H. M., cuál es la causa de que no os atrevais á confesar vuestras culpas? Es acaso su enormidad? Puede ser que no sean tan enormes como vosotros os figurais, y que el demonio os las ecsagere con el fin siniestro de reteneros en su esclavitud. (Téngase presente que hay conciencias mal formadas ó erróneas desde los primeros años y que no se atreven á confesar faltas de suyo leves, pero que el demonio se las abulta haciendo que las tengan por mortales. Convendrá presentar algunos ejemplos.)

Mas supongamos que vuestros pecados sean efectivamente muy enormes y que hayais estado repitiéndoles desde vuestra niñez; ignorais acaso que el sacramento de la penitencia fue establecido principalmente para los grandes pecadores y que Dios se complace de un modo particular en hacer resaltar para con ellos la magnitud de sus misericordias? Habreis cometido mas que un san Agustin que nos dejó su confesion por escrito, mas que la pecadora de que nós habla el evangelio, mas que un Manasses? etc.

Aunque fuéreis tan culpables como todos los réprobos juntos, como todos los demonios, como todos los pecadores que hay en la tierra, Dios sin embargo quiere perdonaros, os manda que confeseis vuestras faltas, y al sacerdote á quien acudais, le tiene encargado que os las remisione de su parte; asi es que os haria una injusticia ese sacerdote, ese confesor, y cargaría ademas con la pérdida de vuestra alma, si rehusára absolveros desde el momento en que os confeseis con sinceridad y con verdadero dolor de vuestros pecados.

No es precisamente, me direis, la enormidad de mis culpas la que me detiene en confesarlas, es mas bien la vergüenza y la confusion que encuentro en decirlas al oido de un sacerdote.

Me hago cargo, H. H., de vuestra pena; conozco bien que la confusion es la causa de vuestro embarazo y que teneis vergüenza

en declarar los pecados al confesor; pero, *cur te pudet peccatum tuum dicere*, dice á este propósito san Bernardo en sus sentencias, *quod non pudoit facere?* No os atreveis á manifestar, decís, vuestras flaquezas, y os veis enteramente confusos en llegando el caso de revelarlas; haceis muy bien en esto, H. M., y teneis mucha razon para sentir esa vergüenza, porque á la verdad nada hay mas vergonzoso que el pecado. Si viérais toda su fealdad, seguramente que no la podríais soportar de horror y de espanto y que apartaríais á luego vuestra vista de un mónstruo tan abominable; por lo mismo convengo en que la confesion debe ir acompañada de una santa vergüenza, y ser hecha con rubor; pues que de otra suerte, es decir, si os presentárais en el tribunal de la penitencia con insolencia y descaro y sin aquella compostura exterior que debe ser efecto de los sentimientos de humildad y compuncion de que necesita estar penetrada una criatura rebelde á su Criador, un criminal de lesa-majestad divina, no podríais de ningun modo conseguir la gracia del sacramento ni recuperar la amistad de vuestro Dios. Pero debeis tener entendido que hay dos clases de vergüenza, una que es buena, saludable y gloriosa: *Est confusio adducens gloriam et gratiam*, nos dice el Espíritu Santo, y otra que es criminal, perniciosa y que conduce al pecado: *Est confusio adducens peccatum*. (*Eccli. 4.*)Cuál de las dos es la que os embaraza declarar vuestras culpas al ministro del Señor? No te avergüences, añade el Espíritu Santo, de decir la verdad cuando se trata de la salud de tu alma, no tengas vergüenza de confesar tus pecados: *Non confundaris confiteri peccata tua. Pro anima tua ne confundaris dicere verum*. (*Ibid.*) Decidme vosotros jóvenes, doncellas, mugeres cristianas y todos los que me escuchais, si os viérais acometidos de una enfermedad secreta pero peligrosa, os dejaríais morir primero que descubrirla á un médico prudente que de seguro os curaría de ella tan pronto ó poco despues que se la manifestárais? Y cuando vuestra alma está herida de una llaga mortal, no temeréis irritarla y hacerla incurable por el rubor de declararla á quien puede aplicaros saludables y eficaces remedios? Se pueden presentar algunas otras comparaciones, v. g., si fuéreis reos del crimen de lesa-majestad y para salir del calabozo enteramente libres y perdo-

nados del suplicio de fuego á que os habiais hecho acreedores, ¿no tubiérais necesidad de otra cosa que de confesar vuestro delito, os dejarías condenar á una muerte tan terrible como ignominiosa antes que hacer la declaracion que se os ecsigía? Si tubiérais entre manos un pleito de consideracion y para ganarle solo fuera menester instruir á vuestros jueces é ilustrarles sobre todo el asunto, rehusaríais hacerlo, aunque para ello necesitárais emprender un viaje largo y costoso? (Aqui la historia de Naaman; véase la epistola de la misa para el lunes de la tercera semana de cuaresma.) Ah! H. M., será posible que pongais mas cuidado y diligencia por la conservacion de vuestros bienes, de vuestra salud, de vuestra vida, que por recobrar la gracia y la salud de vuestra alma? Hasta cuándo habeis de ser menos prudentes en el único negocio que os interesa esencialmente, que en los negocios terrenos cuya duracion es de un dia? Os causa vergüenza, decís, el manifestar vuestros pecados á un sacerdote. Pero quién es este sacerdote á quien Dios quiere que confeseis vuestras culpas? Es por ventura algun angel ó un hombre confirmado en gracia? No, es un hombre fragil, pecador por naturaleza como vosotros, que acaso habrá caído en varias faltas y si ha conservado siempre la inocencia, sabe muy bien que puede perderla. Quién es este sacerdote? Es un ministro de Jesucristo que debe recibiros, como el mismo Jesucristo recibía á los pecadores y pecadoras, y que no podrá menos de regocijarse de vuestra conversion y de bendecir por ello mil veces al señor. Temeis acaso que os trate con aspereza? No puede hacerlo sin faltar á la dulzura y afabilidad que deben caracterizarle. Vosotros empezais la confesion llamándole padre, y él está obligado á ejercer con vosotros los oficios de un padre espiritual y á no omitir nada para engendraros de nuevo en Jesucristo. Si para curar las dolencias de vuestra alma se vé en la precision de hablaros con alguna energía, tened entendido que únicamente lo hará por vuestro bien y movido del celo de vuestra salvacion eterna. Pero tememos, direis, que nos difiera la absolucion y nos veamos privados así por algun tiempo de recibir la eucaristía. Ah! H. M., qué, habreis de querer mas cometer los mas horribles sacrilegios, que sufrir una breve demora en la reconciliacion con

vuestro Dios? No sabeis que el confesor hace con vosotros los oficios de juez lo mismo que los de médico? Dejadle pues el cuidado de vuestra alma, seguid sus consejos y de esta suerte no tardareis en veros curados y en disposicion de comer el pan de los fuertes.

Qué mas podreis temer de su parte? Que os imponga una penitencia demasiado severa? No lo hará ciertamente, porque sabe muy bien que debe ser proporcionada á vuestras fuerzas, estado, condicion, etc., y primero preferirá tomar sobre sí una parte de ella, que causaros disgusto con penitencias indiscretas.

Hay todavia alguna otra cosa que os arredre? Temereis que piense mal de vosotros y os perjudique la confianza que le hagais de vuestras debilidades? Pero podeis dudar que el confesor está obligado á un sigilo inviolable por todas las leyes naturales, divinas y humanas? No es para vosotros bastante garantía la de que siempre y en todas partes se ha observado exactamente este secreto, sin que haya ningun ejemplar en contrario? Qué pensará de vosotros? Pensará que Dios os ama, que quiere seais ya del número de los verdaderos penitentes; pensará de vosotras, doncellas y mugeres cristianas, que en adelante os asemejareis puede ser, á la Magdalena; vosotros jóvenes licenciosos á san Pablo, vosotros ricos injustos á Zacheo, etc.

TERCER PUNTO.

Pero aunque os suceda todo lo que teméis y por grande que sea la pena que sintáis en decir vuestra flaqueza al confesor, podeis vacilar en el partido que debeis escoger? Preferireis morir impenitentes y sufrir á la faz del mundo entero una confusion la mas amarga, una vergüenza eterna é infructuosa? Porque necesariamente os habeis de sujetar á uno de estos dos extremos, ó á revelar vuestras culpas al confesor, ó á verlas publicar á la faz del universo en el dia de la cuenta. Y podríais vosotros soportar esta vergüenza tan terrible y abrumadora, (san Bernardo es quien os lo pregunta) vosotros que no os atreveis á sufrir la vergüenza de manifestar vuestras faltas á un confesor, es decir, á un hombre solo, y á un hombre

pecador? *Si pudor est tibi uni homini et peccatori peccatum tuum exponere, quid factururus es in die iudicii, ubi omnibus exposita tua conscientia patebit. (san Bern. in sent.)*

Entre dos males no dicta la prudencia elegir el menor? Elegid pues el de una confesion humilde á los pies de un sacerdote: *Presbitero humilia animam tuam. (Eccl. 4.)* Nada os será mas ventajoso que esta santa y humilde confesion, pues con ella ademas de honrar á Dios, comenzareis á espiar vuestros pecados y le movereis á que os conceda sus gracias y el perdon de los que hayais cometido. Aceptad esa vergüenza con espíritu de penitencia, uniéndola á la que sintió Jesucristo en su pasion por vuestros pecados y decid como él: *operuit confusio faciem meam. Tu scis confussionem meam. (Ps. 58.)*

Meditad, jóvenes, en la vergüenza que pasó Jesus en el huerto de las olivas, en la vergüenza de Jesus azotado por vuestras deshonestidades, coronado de espinas por vuestras vanidades, vuestro lujo y vuestro orgullo; pensad vosotros avaros en la vergüenza de Jesus despojado de todo por espiar vuestras injusticias; vosotros etc. Ocupaos todos en este pensamiento durante la misa y pedid á Jesus que os desate la lengua y haga con vuestra alma el mismo milagro que obró sobre el demonio mudo de nuestro evangelio; cuidad, no lo olvidéis, de pedir antes de confesaros, que os dé fuerzas para decir todas vuestras culpas al confesor con la mayor sinceridad y como si fuera al mismo Jesucristo, como si alli no hubiera mas que Dios y vosotros: *confitebor adversum me injustitiam meam Domino. (Ps. 31.)*

Presentaos en el tribunal de la penitencia con una resolucion generosa de manifestar todas las culpas que tengais en la memoria despues de hecho un diligente ecsámen; responded con sencillez á las preguntas que el confesor juzgue oportuno dirigiros para formar juicio del estado de vuestra conciencia, sin disminuir ni ecsagerar nada, porque tanto lo uno como lo otro son contrarios á la sinceridad. Acostumbraos sobre todo á principiar la confesion por los pecados de que tengais mas embarazo y pena en declarar al confesor. Padres y madres, inculcad esta saludable práctica á vues-

tros hijos y no dejéis de ponerla en ejecucion vosotros mismos.

Concluirá el párroco esta instruccion escitando á los oyentes á que pidan perdon á Dios de la falta de sinceridad en sus confesiones anteriores y á que cuiden de repararla en la confesion inmediata, que deberán hacer desde este dia ó en el curso de esta semana. Para ello el párroco debe presentarse en el confesonario á buena hora aun en los dias de trabajo, para oir á todos los que quieran acercarse.

Deberá estenderse mas de lo ordinario sobre este segundo asunto que tratan rara vez los autores, y que importa sobremanera no olvidar en el tiempo pascual. Por lo mismo, en el año en que no se haga sobre él una plática determinada, deberá tratarse en el catecismo ó bien en la ocasion mas oportuna que se ofrezca.

TERCERA PLÁTICA SOBRE LA CONFESION,

Como en la plática anterior se ha combatido la falta de sinceridad en la confesion, resta hablar ahora de la falta de contricion ó de dolor que podrá servir de materia para el año siguiente: una y otra son los dos defectos esenciales que hacen infructuosas y sacrílegas las confesiones, y aunque no debe omitirse el decir algo de ambas en la esplicacion de la doctrina, es muy conveniente sin embargo, como ya hemos insinuado, hacerlas servir de asunto de pláticas con alguna frecuencia.

El evangelio de este dia nos ofrece ocasion oportuna, H. M., para hablaros acerca de la confesion. Bien sabeis que se aprocsima el tiempo pascual en que todos los fieles deben recibir los santos misterios segun lo tiene ordenado la iglesia; pero no podeis ignorar tampoco que para hacerlo dignamente, es indispensable purificarse antes por medio del sacramento de la penitencia, es decir, por medio de una confesion bien hecha en la que se remisionen los pecados cometidos. Os voy á hablar por esta causa de las disposiciones necesarias para hacer una buena confesion, ó por otro nombre, de los actos del penitente. Esta instruccion es tanto mas importante, cuanto que de la manera con que nos confesemos, depende nues-

tra buena ó mala vida y por consiguiente nuestra buena ó mala muerte. (*Vide Trid. sess. 14.*)

Se comenzará diciendo: para conseguir una remision entera y perfecta de los pecados en el tribunal de la penitencia, tres actos son indispensables por parte del penitente, á saber, la contricion, la confesion y la satisfaccion. El verdadero penitente, dice san Gerónimo, debe tener la contricion en el corazon, confesar con la boca sus pecados y hallarse dispuesto á practicar las obras de una verdadera satisfaccion: *In corde contritio, in ore confessio, in opere tota humilitas satisfactionis*. Detestad pues de veras vuestros pecados, confesadlos sinceramente á los ministros del señor, haced un propósito firme de satisfacer á la justicia divina, y recibireis infaliblemente el perdon de todos ellos en el instante mismo que el sacerdote haya pronunciado las palabras de la absolucion.

Mas para producir estos actos son menester otros dos, la oracion y el ecsámen de conciencia, de donde procede que se enumeren por lo comun cinco condiciones para hacer una buena confesion. (Se las nombrará.) El tiempo no me permite tratar de cada una de ellas en particular, y como ya os he hablado de tal ó cual, me reduciré hoy á las que deben preceder á la confesion, quiero decir, á la oracion, al ecsámen y especialmente á la contricion de corazon.

El párroco no debe temer entrar en este detalle que algunos creerán propio del catecismo. Yo le juzgo no solo conveniente sino hasta necesario, ya se hable en las aldeas ya en las grandes poblaciones, y si cabe, todavia mas en estas donde por lo regular son muy pocos los que asisten á la doctrina y muchos los que han olvidado cuanto aprendieron desde niños sobre esta materia. En las aldeas, ademas de que hay tambien muchas personas que no acuden á la explicacion de la doctrina, se debe tener en cuenta que aun los que suelen asistir pondrán mayor atencion á una plática que miran como hecha para ellos, que no al catecismo, donde se figuran que solo se habla con los niños. De todos modos es indudable que una plática bien preparada sobre las disposiciones necesarias para la confesion y particularmente sobre el dolor, no podrá menos de producir grandes ventajas en los oyentes.

Se principiará hablando de la oracion que ha de preceder al ecsámen, diciendo por qué se debe orar y que no es únicamente para conocer y recordar los pecados, sino sobre todo para alcanzar la gracia de confesarles todos y detestarles con el corazon, gracia absolutamente necesaria y que es el efecto ordinario de la oracion: les advertirá que no deben aguardar al dia mismo de la confesion, como hacen muchos, para pedir á Dios esta gracia, sino que necesitan pedirle repetidas veces y con alguna anticipacion; con este objeto les enseñará una fórmula de la súplica que pueden dirigir á Dios para obtenerla. Pero si antes hubiese hablado ya de la oracion, podrá limitarse hoy á tratar del ecsámen de conciencia, haciendo ver su necesidad, la diligencia que ecsige y el modo de ejecutarle, para lo cual les presentará un método facil y sencillo. Recorriendo en él los diferentes mandamientos, cuidará de estenderse sobre aquellos pecados que sean mas comunes en la parroquia, v. g., en el primero, sobre la negligencia en hacer los actos de fe, esperanza y caridad, y sobre las varias especies de supersticion; en el tercero, sobre la falta de devocion en la misa y sobre ciertas ocupaciones serviles en los dias festivos; en el séptimo, sobre ciertas injusticias que se cometen sin escrúpulo etc. Téngase presente que muchos cristianos por ignorancia mas bien que por otra causá ó no oran antes de la confesion, ó si lo hacen, es muy mal, y que muchos mas todavia no se ecsaminan suficientemente sobre las faltas contra los deberes de su estado, ni sobre sus pasiones dominantes, por cuya razon viven con falsas conciencias sobre un asunto de tanto interés.

Pero en lo que debe insistir mas particularmente es en mostrar la necesidad de la contricion, su naturaleza, sus cualidades esenciales, ya sea tocante al dolor ya al propósito de la enmienda. (En cualquier autor de teología encontrará esplicada esta materia.) Hará ver tambien lo rara que es la contricion; y esto por el poco fruto que suele producir en tantos cristianos el sacramento de la penitencia, y con este motivo encargará á sus oyentes que reflexionen seriamente sobre sus confesiones pasadas, ecsaminándose sobre los efectos y mudanzas que hayan experimentado

en su conducta, para que así se persuadan de que no han llevado al tribunal de la penitencia una verdadera contrición.

Por conclusion les escortará á que hagan en este año una confesion que subsane los defectos de las precedentes, á que se preparen antes por medio de la oracion, por una mayor diligencia en examinar su conciencia y tambien por medio de algunas mortificaciones corporales, como el ayuno etc. Pero el punto capital en esta materia, les dirá, es formar una verdadera contrición de vuestros pecados, sin la cual son inútiles todas las demas disposiciones. Para eso cuidad de examinar cuál es la pasion que os esclaviza y apresuraos desde hoy mismo á hacer de ella un verdadero sacrificio á Jesucristo en la misa que se está celebrando. El es quien arrojó el demonio mudo del infeliz que poseia, y quien nos dice en el evangelio que el demonio impuro hace todos los esfuerzos por volver á entrar en el mismo lugar que ha ocupado una vez. Si así ha sucedido con vuestra alma, si despues de la última confesion le habeis dado entrada en ella, mirad cuál ha sido la causa, y cortadla enteramente; haced todo lo posible y tomad las mas esquisitas precauciones para que no la ocupe por mas tiempo, ni vuelva á entrar en ella jamas, aunque para ello os haya de costar lo que mas amais en el mundo, vuestro pie, vuestro ojo, ese amigo, esa compañía, una parte de vuestros bienes etc. Nada os debe parecer difícil, cuando se trata de arrojar al demonio de vuestro corazón, para dar entrada en él á Jesucristo.

Aquí les dirá la fórmula de la oracion que deberán hacer cuando hayan de prepararse para la confesion. Oh divino Jesus, autor del sacramento de la penitencia! no permitais que profane yo jamás este sacramento, abrid los ojos de mi entendimiento para que vea la muchedumbre de los pecados que he cometido; dadme valor para confesarles y penetrad mi alma de los sentimientos de una verdadera contrición: así os lo suplico por los méritos de la sangre preciosa que habeis derramado por mí y que ahora deseais aplicarme en el santo sacrificio de la misa.

EPISTOLA.

La epístola de este domingo está tomada del cap. 5 de la de san Pablo á los de Efeso, que la escribió desde Roma en el año 59 del Señor. Hablando de ella un docto intérprete, Cornelio Alapide, se esplica asi: *Stylus profundus est et grandiloquus, quia sapientissimus sapientibus scribit contra sapientes philosophos*. Empieza esta epístola con las siguientes palabras: *Estote ergo imitatores Dei, sicut filii charissimi, et ambulate in dilectione*. En seguida se dirige el apostol contra los que se dejan arrastrar de los vicios de la impureza y de la avaricia, y concluye esortándoles á caminar como hijos de la luz en toda bondad, justicia y verdad.

Facil es conocer la intencion de la iglesia en haber elegido esta epístola para el tercer domingo de cuaresma. De seis capítulos que contiene toda ella y de los cuales tres versan sobre el dogma y tres sobre la moral, el quinto es el mas á propósito para el tiempo en que nos hallamos. Qué medio en efecto mas eficaz, para que los fieles se preparen debidamente á confesar y comulgar de un modo digno, que el recordarles su cualidad de hijos de Dios, el amor de Jesucristo para con ellos y la obligacion que tienen de imitar á su Padre celestial y á Jesucristo su salvador? Pues este es el objeto de los dos primeros versículos, asi como el tercero y siguientes hasta el penúltimo miran á los pecados que deben evitar, con especialidad los dos mas funestos y comunes que han llevado al infierno tantas almas; á saber, el vicio opuesto á la pureza y el apego á las riquezas. Bastaria explicar bien á los pueblos las palabras de esta epístola, para hacerles conocer cuán indignos de un cristiano son semejantes vicios, no queriendo el apóstol ni aun que se oigan entre los fieles los nombres de impureza ó de avaricia, como tan impropios de quienes Dios ha hecho santos; ni tampoco las palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas, ni cuanto pueda ofender el pudor, porque todo esto desdice de su estado. Les declara en seguida que ni el impúdico ni el avaro tendrán parte alguna en

la herencia de Jesucristo, porque estos pecados atraen la cólera de Dios; y añade que se guarden bien de dejarse seducir por los discursos de los que traten de persuadirles que estos crímenes son de poca consideracion y que pueden cometerse impunemente: *Nemo vos seducat inanibus verbis*; y ni aun querais tener comunicacion alguna con ellos. En fin les advierte que si en otro tiempo han tenido la desgracia de entregarse á estos desórdenes, deben vivir ahora como hijos de la luz, como iluminados que han sido por la luz del evangelio, procediendo con toda bondad, justicia y verdad.

A poco que se pare la atencion en esta epístola se conocerá lo muy acomodada que es para el presente tiempo de cuaresma. El párroco puede servirse de ella ó bien echando mano del alguno de sus principales rasgos cuando tome la plática del evangelio, ó ya citándose á parafrasearla y á recorrer las tres advertencias capitales que encierra.

La primera, que comprende los dos primeros versículos, tiene por objeto la imitacion de Dios y de Jesucristo; la segunda, la huida de toda impureza y avaricia, y la tercera, la vida de luz que debe llevar todo cristiano.

En este dia me propongo hablaros, H. M., de la epístola que se acaba de cantar en la misa. Esta epístola forma parte de la que escribió san Pablo á los fieles de Epheso, ciudad capital de la Grecia en que el mismo habia predicado el evangelio por espacio de muchos años, y en la cual estaba aquel famoso templo dedicado á la diosa Diana. En esta ciudad consiguió destruir la idolatría y convertir muchos á la fe de Jesucristo; pero habiéndose visto en la precision de dejarla, aprovecharon muy luego los falsos apóstoles esta ocasion para pervertir á los nuevos cristianos, sembrando entre ellos una doctrina enteramente contraria á la de Jesucristo. Muchos de estos nuevos cristianos no tardaron en olvidar lo que habian oido de boca del apostol, y se entregaron á sus antiguos desórdenes, y habiéndolo sabido desde Roma, donde se hallaba cargado de cadenas por la defensa del evangelio, les escribió esta carta que es una de las mas sábias é interesantes que nos ha dejado. En ella despues de fortalecerles contra la doctrina de los falsos

apóstoles, les pone á la vista la moral que les habia enseñado y les excita á practicarla. Hé aqui, H. M., los principales avisos que les dá y que contiene esta epístola.

Sed, les dice, imitadores de Dios, como hijos que sois muy queridos suyos, y caminad con un espíritu de amor hácia vuestros hermanos á ejemplo de Jesucristo etc. En qué desea el apostol que los Ephesios imiten á Dios y á Jesucristo? Principalmente en su dulzura, en su bondad, en su paciencia y en su caridad para con nosotros. Quiere que imiten á Dios en sus perfecciones, porque son sus hijos, é hijos muy amados y que se asemejen á Jesucristo en el amor que nos tuvo, ofreciéndose á sí mismo á Dios en oblacion y hostia de olor de suavidad. A vosotros, H. M., lo mismo que á los de Epheso se dirijen estas palabras del apostol. Vosotros sois tambien hijos de Dios, y sus hijos muy amados; y por lo tanto debéis proceder como tales caminando en el amor á ejemplo de Jesucristo. Pero lo haceis asi vosotros, cuidais de imitar á Dios? Yo bien sé que no podeis asemejaros á Dios en ciertas perfecciones que le son esclusivamente propias como en su eternidad, inmensidad etc.; pero ademas de estas hay tambien otras en que podemos y debemos hacernos semejantes á él. Jesucristo nos le propone por modelo, quiere que amemos aun á nuestros enemigos, á fin de que seamos hijos de nuestro Padre celestial, *ut filii sitis patris vestri*, etc. (*Math.* 5.) y ademas nos ha dado él mismo el ejemplo entregándose á una muerte afrentosa por nuestro amor. Haceis vosotros por imitarle, H. M., especialmente desde que principió la cuaresma? Han cesado ya todas vuestras enemistades, todas vuestras divisiones, os habeis reconciliado unos con otros sinceramente, de manera que camineis como hijos de Dios por el sendero de la caridad tan necesaria para participar de los santos misterios? No vivis esclavos todavía de alguno de los vicios que con tanta eficacia prohibe el apostol á los Ephesios. Oid como los habla: (se recitarán las palabras del tercer versículo y siguientes.)

Oh, H. M., que no estuvieran escritas éstas palabras con caracteres de oro en todas vuestras casas! Quiera Dios que no las olvidéis jamás en vuestras reuniones, que las tengais á la vista vos-

otros jóvenes, siempre que os halleis en compañía con otros de vuestra edad, que las mediteis atentamente con especialidad vosotros, que os dejais arrastrar del maldito pecado á que el apostol miraba con tanto horror y como tan contrario al cristianismo, que ni aun su nombre quería se profiriera entre los que habian sido llamados á ser santos asi en el espíritu como en el cuerpo.

Declamará el párroco, pero con prudencia, contra las palabras deshonestas, las canciones obscenas, la inmodestia en las personas del otro sexo y contra todo lo que sea contrario al pudor. Hecho esto pasará á decir algo de la avaricia ó de la injusticia, segundo vicio que aqui condena san Pablo. Puede ser, y ojalá sea asi, que os halleis exentos del vicio vergonzoso de que acabo de hablar; pero acaso seais esclavos de otro que no es lo menos y que tiene consecuencias bien funestas; hablo, H. M., de la avaricia que el apostol considera como una idolatría. Cuántos entre vosotros que hacen un Dios de sus riquezas y que por acrecentarlas, ó por salir de la miseria no temen cometer mil injusticias con perjuicio de sus prójimos! Cuántos que con su corazon de metal son insensibles á las necesidades de sus hermanos, á los lamentos del pobre! Pero tened entendido, os diré con el apostol, que ni el impúdico ni el avaro tendrán parte alguna en el reino de Dios y de Jesucristo. No es menester para quedar escluidos de esta herencia preciosa, hacerse culpables de ambos vicios; basta uno solo para ser sempiternamente infelices.

Y habiendo tantos cristianos que viven esclavos del uno ó del otro de estos crímenes, qué pocos serán los que participen del reino celestial y de la heredad de Jesucristo! Salid pues, H. M., salid cuanto antes de tan fatal servidumbre; no os dejéis seducir por los discursos insensatos de los que os representen esos pecados como faltas de poco momento, pues por tales cosas descarga la ira de Dios sobre los hijos de incredulidad y contumacia. *Propter hæc enim venit ira Dei etc.*; no os engañéis á vosotros mismos creyendo con error que podeis impunemente cometerles; acudid á los pies de un discreto confesor que ilustrará vuestra conciencia y dirigirá vuestros pasos, enseñándoos á vivir como hijos de la luz, segun lo encarga el apostol en su tercera amonestacion á los fieles de Epheso: *Era-*

tis aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino. Ut filii lucis ambulate. En otro tiempo erais tinieblas; viviais entregados á la dissolution y á la inmundicia; y en vuestra ignorancia mirábais como lícitos estos escesos. No se os pueden aplicar tambien á vosotros, H. M., estas palabras del apostol? Qué erais en otro tiempo? Qué erais antes de la cuaresma? Qué sois todavia? Dejad ya de caminar por esos senderos de perdicion y comenzad á vivir como hijos de la luz; no cerréis los ojos á la claridad evangélica que produce los mas sazonados y esquisitos frutos, á saber segun el apostol: *Omnis bonitas, et justitia, et veritas. Omnis bonitas*, quiere decir la benignidad, la beneficiencia, la dulzura sin cólera, sin aspereza ni malicia; *justitia*, la equidad opuesta á los fraudes y engaños; *veritas*, la sinceridad en oposicion á la hipocresía y á la mentira.

Puede servirse el párroco de lo restante del capítulo para confirmar las reflexiones anteriores, concluyendo esta paráfrasis por exhortar á los oyentes á que formen una resolucion firme de poner en práctica las amonestaciones del apostol en la presente epístola.

Dominica cuarta de Cuaresma.

Este domingo se ha celebrado siempre en la iglesia con especial solemnidad. Antiguamente era uno de los mas señalados, llamado entre el vulgo *Domingo de los cinco panes* á causa del milagro de su multiplicacion. Tambien se le dió el nombre de *Domingo Lætare*, por empezar con esta palabra el introito de la misa. La iglesia se propone inspirar á sus hijos una alegría santa ó una especie de consuelo en medio de la abstinencia cuadregesimal, y ademas tiene la mira de disponerles para la comunión de la pascua. Con este objeto nos presenta en el evangelio de la misa la interesante historia de la multiplicacion de los panes, de donde se tomará la primera plática para este dia.

EVANGELIO.

Os voy á referir, H. M., la historia que hoy leemos en el evangelio, persuadido de que la habeis de oír con el mayor placer. Haviéndose retirado Jesucristo al desierto en compañía de sus apóstoles, fue seguido de una gran muchedumbre de jentes atraída por las maravillas que obraba, curando toda clase de enfermedades. Esto tuvo lugar hácia la Pascua, una de las principales fiestas de los judíos que la celebraban comiendo cada familia un cordero que se llamaba el cordero pascual. El Salvador habiendo visto venir hácia sí á un grandísimo jentío, subió á un monte donde sentándose con sus discípulos, preguntó á uno de ellos llamado Felipe cómo se podría dar de comer á tan numerosa multitud. San Felipe lleno de sentimiento le manifiesta la escasez de provisiones que habia y la dificultad consiguiente de alimentarla, no bastando doscientos denarios de pan para que cada uno de ellos tomara un bocado. Jesucristo entonces usando de su poder, obra uno de los milagros mas sorprendentes que se han visto jamás. Con cinco panes y dos peces dá de comer á mas de cinco mil personas y despues que quedaron saciadas, se llenaron todavia doce cestos de los pedazos que habian sobrado de los cinco panes de cebada. Visto este milagro por el pueblo empezó á esclamar: este es sin duda el gran profeta que ha de venir al mundo y el Mesías esperado hace ya tanto tiempo; y conociendo Jesus que habian de venir para llevársele por fuerza y proclamarle rey, se ocultó á su vista y frustró por este medio sus intentos.

Cuántas cosas todas edificantes no podria yo deciros, H. M., sobre este evangelio, si el tiempo me lo permitiera? Qué testimonio mas convincente de la bondad del Señor para con aquellos que le sirven, que el milagro cuya relacion acabais de oír? Podreis ya, H. M., desconfiar de la bondad divina aun en vuestras necesidades temporales á la vista de semejante prodigio? Pero como ya en otra ocasion os he hablado de la confianza que debeis tener en la divina providencia y todavia podré hacerlo en el curso del año, me limitaré hoy á tratar un asunto mas conforme al espíritu de la iglesia y

á la circunstancia del tiempo en que nos hallamos, á saber, la proximidad de la pascua. Como Jesucristo obró este milagro hácia la festividad de la pascua en cuyo tiempo comían los judíos el cordero pascual, que era una figura de la eucaristía, queriéndoles preparar por este medio á la fe en el sacramento del altar, nada mas natural ni mas propio que el que yo os hable en este día de la comunión que habeis de recibir dentro de poco en conformidad á lo dispuesto por la iglesia. En este supuesto os haré ver primero la necesidad que teneis de prepararos cuanto antes para la comunión pascual, y segundo, cómo debeis hacerlo para comulgar dignamente.

PRIMER PUNTO.

Muchos y muy poderosos son los motivos que os deben inducir á prepararos cuanto antes para la comunión de la pascua. Jesucristo lo desea, os lo manda y hasta os amenaza si no lo haceis. La iglesia os intima este mismo precepto de Jesucristo de una manera rigurosa y absoluta, y en fin vuestro propio interés ecsije que os resolvais á ello, poniendo los medios que esten á vuestros alcances. Escuchad con atencion estas tres razones.

En primer lugar digo que Jesucristo desea os prepareis cuanto antes para la comunión. Y á la verdad ninguna cosa anhela tanto, como darse á vosotros y á cada uno de vosotros en este sacramento sin escepcion alguna; los pobres y los ignorantes son el objeto de sus ardientes deseos, lo mismo que los ricos y los sabios, y ni aun á los pecadores les escluye de su mesa con tal que procuren hacerse dignos.

Quién de vosotros, H. M., no responderá á los llamamientos de un Dios que os convida á su banquete? (Puede servirse aqui de la parábola del evangelio para la Dominica infraoct. corp. Christi. tomada de san Lucas cap. 14.) Rehusaríais por ventura asistir á la mesa de un príncipe que os invitara á comer en su compañía con las mayores instancias, que os lo mandara y aun amenazara con su indignacion, si no accedíais á sus deseos? Pues este príncipe es Jesucristo quien no se contenta con invitaros á su mesa.

venite ad me omnes etc., sino que os lo escige estrechamente y os amenaza ademas con privaros de la vida de la gracia y escluirs para siempre del reino de los cielos, si no comeis su carne y no bebeis su sangre: *Amen, amen dico vobis, nisi manducaveritis etc.* (Joan. 6.) *Dico vobis quod nemo virorum illorum qui vocatis sunt, gustabit carnem meam.* (Luc. 14.) Pero al propio tiempo os prohibe bajo pena de muerte el comerla indignamente y declara por el apostol que en este caso os haceis reos de su cuerpo y de su sangre y comeis vuestra misma condenacion. Por eso quiere que os prepareis antes de asistir á su mesa: *Probet autem seipsum homo.* Y cuándo lo habeis de hacer? Cuanto antes, H. M.; la iglesia á quien pertenece declarar las intenciones del Salvador, os manda comulgar al menos una vez en el tiempo de Pascua. Desearía esta tierna madre que comulgárais con mas frecuencia; antiguamente obligaba á los fieles á comulgar tres veces al año, por Natividad, por Resurreccion y por Pentecostés. Pero el poco fervor de los cristianos la ha movido á moderar en gran parte este precepto aunque sus deseos sean siempre los mismos, bastando para cumplirle el comulgar una vez en el año por el tiempo de pascua.

Habrà pues alguno que rehuse hacerlo? Cuál sería entonces vuestra sumision á las disposiciones de la iglesia? No mereceriais que ejerciera con vosotros toda la severidad con que deben ser castigados los hijos rebeldes? Sin duda que lo mereceriais, y que obligaríais con vuestra resistencia y tenacidad á escluirs del lugar santo y á privaros despues de la muerte de la sepultura comun á los fieles. Pero no, yo espero de vosotros mas docilidad, espero que correspondereis á sus deseos y que comenzareis desde hoy, sino lo habeis hecho todavia, á prepararos para comulgar dignamente. Deberíais hacerlo asi, aun cuándo Jesucristo ni la iglesia os lo mandáran; porque qué mayor fortuna para vosotros que comer en la mesa de Jesucristo, ni qué mayor desgracia que privaros voluntariamente de los esquisitos manjares que alli os prepara? En verdad que miraríais como el mas alto deshonor el veros escomulgados públicamente y separados de la sociedad de los fieles; por qué pues no habeis de pensar lo mismo, cuando por

vuestra propia voluntad os escomulgais á vosotros mismos, privándoos de la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo? Ah! con qué ardor no deberíais suspirar por el celestial alimento de su sagrado banquete! Como el ciervo sediento anhela por la fuente del agua, así deberíais correr vosotros con una sed santa al manantial de la vida. (Citense aquí algunos versículos del salmo: *Quam dilecta tabernacula tua*, que espresan con toda energía este deseo.) Cuán diferente es en esta parte la conducta de los cristianos de nuestros dias de la que observaban los primeros fieles! Para estos no habia mayor sentimiento que no poder comulgar con frecuencia; y ahora la gran pena de muchos es verse precisados á comulgar una sola vez! (Se dirá algo de la práctica de los primeros fieles de quienes se dice en los Hechos de los apóstoles: *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis. Quotidie frangentes circa domos panes.*)

Y por qué os parece que los primeros cristianos se apresuraban á comulgar con tanta frecuencia? Es porque conocian bien los grandes frutos que les producía la comunión y por eso su vida puede decirse que era una continua preparacion para recibir la sagrada eucaristía. Teneis acaso vosotros menos necesidad que estos ilustres confesores de la fe de ser confortados con este divino alimento? Al fin ellos hubieran podido dispensarse de comulgar con tanta frecuencia porque la iglesia no les habia impuesto precepto para hacerlo así; pero les bastaba saber que Jesucristo lo deseaba y que este celestial alimento fortificaba en ellos la vida del alma, uniéndoles estrechamente con su divino maestro, para que con el mayor fervor acudieran á tomarle siempre que les era posible. Y vosotros despues de un precepto tan terminante de la iglesia mostrais todavía como sentimiento de tener que acercaros una sola vez en el año y quisiérais diferirlo para mas adelante, alegando con los convidados del evangelio que os estorban comulgar ahora vuestros negocios, vuestros embarazos, vuestras ocupaciones, y que todavía teneis tiempo de sobra para pensarlo y que os preparareis allá para fines de la semana de pascua? Ah!, H. M., es este el lenguaje de un cristiano? Lo habeis pensado bien? Es posible que mireis co-

mo el último negocio el de vuestra salvacion? Quereis esponeros á no comulgar ó á hacer una comunion precipitada que os seria mas perjudicial que provechosa? Yo bien sé que para no ser transgresor del precepto de la iglesia basta comulgar en las dos semanas que están designadas para esto, y que puede haber muy bien impedimentos legítimos que no os permitan verificarlo en la primera semana; pero tambien sé que estos impedimentos son raros y que el cristiano que mira con interés la salvacion de su alma se prepara cuanto antes le es posible y vence con facilidad los mas grandes obstáculos. (Puede hacerse aqui uso de algunas comparaciones con el objeto de estimular á los oyentes al pronto cumplimiento del precepto: v. g., á los aficionados al juego, á las diversiones etc., les propondrá que si fueran convidados á esta clase de recreos, no tardarian en aprovecharse, del mismo modo que los aficionados á las riquezas ó á los honores no dejarian escapar la primera ocasion que se les ofreciera de enriquecerse ó de conseguir un elevado destino). Y á dónde hallareis un placer igual al que se gusta en la comunion? á dónde mayor abundancia de bienes, ni honor mas encumbrado? Jesucristo asegura que os consolará, que os regocijará y enriquecerá con sus dones: *Venite ad me omnes, etc.*, que comereis á su mesa y sereis alimentados con su propia carne; *panis quem ego dabo, caro mea est* (Joan.) Determinaos pues, H. M., á prepararos inmediatamente para recibir la comunion de la pascua; padres y madres dad ejemplo á vuestros hijos y, vosotros amos á vuestros criados; comenzad todos desde esta semana á emplear algunos momentos en este negocio importante. Pero cómo habeis de hacer esta preparacion? os lo diré en pocas palabras.

SEGUNDO PUNTO.

Es sin duda de la mayor consecuencia el prepararse cuanto antes para la comunion de la pascua, pero no lo es menos el disponerse dignamente para recibirla. Por muy saludable que sea en sí misma la divina Eucaristía, no debeis ignorar que solo aprovecha á los que se preparan como es debido antes de participarla y que dá la muerte á los malos al propio tiempo que conserva y aumenta la vida del alma en los buenos.

Tambien sabeis que hay dos clases de disposiciones para recibir la comunión, unas remotas y otras próximas. Aquí solo os hablaré de las primeras, como que son las que debeis procurar desde ahora, y para la debida claridad las reduciré á dos, que son, la pureza del alma y la práctica de algunas buenas obras. Respecto á la instruccion necesaria en este punto, me persuado que estais suficientemente enterados de cuanto nos enseña la fé acerca de este misterio, y que seria muy conveniente recordárais de cuando en cuando para animaros mas y mas por medio de su consideracion á recibir dignamente á un Dios que es la pureza por esencia. Porque ciertamente no es una obra de poco momento la de preparar al Dios de la santidad una morada en vuestro corazon, es la mayor, la mas grande que se puede imaginar. *Opus grande est*, decia en otro tiempo David cuando trataba de edificar un templo al Señor; *neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*. (En seguida se explicará cuál debe ser esta pureza de alma, que consiste en el alejamiento de todo pecado, al menos del mortal, y en un verdadero amor de Dios.) El mismo Jesucristo nos ha dado á entender la gran pureza que debemos llevar á la comunión en el hecho de haber lavado los pies á sus discípulos poco antes de instituir este santo sacramento. El lavatorio de los pies, dicen los santos padres, nos significa que debe nuestra alma hallarse exenta de todo pecado mortal y venial, como tambien de las menores imperfecciones. Nada mas justo que esta preparacion, habiendo de entrar en nuestro pecho el santo de los santos; pero cuán rara es entre los hombres, y qué pocos son los que quieren tomarse el trabajo de procurarla! Ya se vé, en este caso sería menester hacerse violencia para destruir una pasion, sería menester renunciar á esa compañía, dar algunos pasos para reconciliarse con su enemigo, ó al menos perdonar sinceramente á la persona que nos ha ofendido; sería menester refrenar los ímpetus de la ira, callarse en ciertas ocasiones, declarar una falta vergonzosa en que se ha incurrido, resistir á una tentacion en que se sucumbe con frecuencia; todo esto era preciso é indispensable y nada de esto se quiere ejecutar. Ah!, H. M., un Dios hace todo lo posible por darse á vosotros, para ello obra los mas grandes prodigios, se es-

pone á los mayores ultrajes, y vosotros no quereis que os cueste nada comer el pan celestial que os ha preparado á costa de tantos afanes? Tened entendido que para comer el pan espiritual lo mismo que el corporal es necesario sujetarse al trabajo: *In sudore vultus tui vesceris pane.* (Gen. 3.) *Si quis non vult operari, nec manducet.* (Tes. 3.) Preparad pues, preparad vuestros corazones al Señor que quiere hacer en ellos su morada: *Præparate corda vestra Domino.* (1. Reg. 7.) Ecsaminad con cuidado en este dia y en los próximos aquellos pecados que podais haber cometido desde vuestra última confesion, como tambien los pecados de la vida pasada que no hayais manifestado todavia en la confesion, ó de que no hayais hecho una verdadera penitencia. Traedlos á la memoria para llorarlos con el corazon, como lo ordenó Dios en otro tiempo á su pueblo por boca del profeta Ezechiel: *Recordabimini viarumstrarum, et omnium scelerum vestrorum quibus polluti estis in eis; et displicebitis vobis in conspectu vestro, in omnibus malitiis vestris quas fecistis.* (Ezech. 20. 43.) Escudriñad tambien qué es lo que necesitáis corregir ya en vuestra alma como en vuestra conducta. Es tal ó cual pasion? Haced todos los esfuerzos por vencerla. Faltais á este ó al otro deber? Procurad en adelante ser fieles y esactos en su cumplimiento; formad desde este dia diferentes actos de contricion; no omitais sobre todo la oracion de la noche ni la de la mañana; meditad de cuando en cuando en la grande accion que habeis de celebrar dentro de poco, y no dejeis de practicar aquellas buenas obras que sean análogas á vuestro estado. (Señálense algunas.) En fin, H. M., y este es el punto principal, concebid grandes deseos de hacer en la pascua una comunión digna y cual el mismo Jesucristo la desea, para que de este modo sea para vosotros una verdadera pascua, (pascua quiere decir tránsito) es decir un tránsito del pecado á la gracia y de esta á la eterna bienaventuranza de la gloria.

Tambien puede presentarse por conclusion el ejemplo de los pueblos de que habla el Evangelio, los cuales seguian con tanto ardor á Jesucristo.

ASUNTO SEGUNDO.

Comparacion del pan común y de la Eucaristía.

En el ejemplo de este pueblo y en la bondad del Salvador que se dignó alimentarle por medio de un milagro, se encontrará materia para una plática muy acomodada para el tiempo presente. Para ello no hay mas que comparar la bondad que nos muestra el Salvador en la Eucaristía, con la que manifestó á las turbas alimentándolas con el pan material. Se hará ver la diferencia de este pan y de la Eucaristía, de los efectos del uno y frutos saludables de esta; lo cual formará el primer punto, y en el segundo se comparará la conducta de este pueblo respecto del Salvador con la que deben observar los cristianos respecto de la Eucaristía.

El domingo en que nos hallamos, H. M., suele llamarse el domingo de los cinco panes, porque la iglesia nos recuerda en este día uno de los mayores prodigios que obró el Salvador durante su vida mortal, multiplicando cinco panes y dos peces hasta el punto de que se saciáran mas de cinco mil personas que le seguian. Acaeció éste milagro hácia la festividad de la pascua. Jesucristo nos quiso dejar en ésta multiplicacion prodigiosa una prueba como tambien una imágen de otra multiplicacion mucho mas admirable que habia de hacer en el sacramento de nuestros altares, alimentando las almas de los fieles con su mismo cuerpo bajo las especies de pan. Asi es que poco despues de este milagro leemos en el evangelio que comenzó á hablar con los que le seguian, del pan espiritual, del pan celeste, del pan de vida que queria darles en alimento de sus almas, declarando desde entonces que este pan seria su propio cuerpo, el mismo cuerpo que habia de ser enclavado en la cruz por su salvacion. Entre los que le oyeron, unos como verdaderos fieles que no dudaban de su omnipotencia, creyeron en su palabra; pero otros no podian persuadirse que su poder llegára hasta tal grado. Pero el salvador confirmó

cuanto les habia dicho, manifestando que si no comian su carne y bebían su sangre no tendrían vida en sí mismos, y les aseguró del modo mas terminante que su carne era verdaderamente comida y su sangre verdaderamente bebida.

Al ver que muchos le habían abandonado, porque no querían creer en su doctrina, se dirigió á sus doce apóstoles diciéndoles: quereis también vosotros dejarme? No quiera Dios, respondió san Pedro en nombre de todos, vos teneis, Señor, palabras de vida eterna, vos sois la misma verdad, y nosotros creemos todo cuanto nos decís, sin dudar de que cumplireis lo que nos habeis prometido.

Vosotros, H. M., como verdaderos fieles tampoco abrigais la menor duda sobre la presencia real de Jesucristo en nuestros altares; sabeis muy bien que él instituyó este sacramento para que le recibieran en determinado tiempo todos aquellos que hacen profesion de su doctrina, haciendo de ello un precepto, y la iglesia de su parte os manda acercar á la sagrada mesa al menos una vez en el año por tiempo de pascua. (Puede recordarse aqui algo de lo que se haya dicho en el año anterior con el objeto de escitar á los pueblos á que se preparen cuanto antes para la comunión.) Hacedos pues dignos de recibirla, considerando bien los dos motivos tan poderosos que os presenta el evangelio de hoy para estimularos á trabajar en esta obra importante. El primero le hallareis en la bondad de Jesucristo para con el pueblo que le seguía, y el segundo en el ejemplo de este mismo pueblo que el Salvador alimentó milagrosamente; esto es lo que va á servir de asunto para la presente plática. Vereis en el primer punto la infinita bondad del Salvador que se digna alimentarnos con su misma carne, y en el segundo aprendereis del pueblo que le seguía, lo que debeis ejecutar para corresponder á tanta bondad de Jesus y comer dignamente el pan sagrado de su celestial banquete.

PRIMER PUNTO.

No se puede menos de admirar, H. M., la ternura de Jesus para con el pueblo que le seguía. Al ver aquel gentío inmenso que desde lejos habia venido á oírle sin recursos ni provisiones para co-

mer, se compadece de la necesidad y trata de remediarla al momento; para lo cual dirigiéndose á Felipe, etc. Por grande que sea esta bondad tan generosa y liberal de Jesucristo para con las turbas que le seguian, no se puede poner en cotejo con la que nos muestra en el sacramento de la Eucaristía. Para conocer la diferencia, no hay mas que atender á la naturaleza y efectos de uno y otro pan. El pan que dió á las turbas era pan de cebada que multiplicó hasta el punto de que todos pudieran saciarse. Pan milagroso en verdad, pero grosero y terrestre. Pero qué pan es el que nos ofrece en la Eucaristía? Ya os lo he dicho, H. M., es su misma carne, su misma sangre, es el mismo Jesucristo. Quién hubiera podido esperar tanta generosidad? Y á quién le ofrece? A todos nosotros y á cada uno de nosotros. Para ello quiere que se multiplique este pan sagrado á cada instante, por decirlo así, para que el que comulga le reciba todo entero, sin disminucion y aunque sean infinitas las personas que comulguen, pues en su bondad se digna multiplicar en cada momento el milagro eucarístico á fin de que todos puedan participarle no una vez sola, sino cuantas veces lo deseen. Y qué es lo que ha podido moverle á esta continuacion de milagros? Su caridad únicamente y sin ningun mérito de parte nuestra. Al fin el pueblo en cuyo favor multiplicó Jesucristo los panes, se habia hecho en cierto modo digno por el afan y ardor con que le seguia. Pero nosotros qué habemos hecho para merecer este favor tan singular y extraordinario? Nada, absolutamente nada. Todos los santos juntos jamás hubieran podido merecerle.

Habeis reflexionado, H. M., sobre tan insigne beneficio y habeis manifestado á Jesus vuestro reconocimiento? Ningun otro le ecsige tanto como este, que siendo por su naturaleza incomprendible, aumentan todavia su magnitud los maravillosos efectos que produce en nuestra alma, cuando le comemos con las debidas disposiciones. Tratando santo Tomas de los efectos de la Eucaristía hace notar la analogía que ecsiste entre los que produce el alimento material para la vida del cuerpo y los que produce la Eucaristía para la vida del alma. El alimento material, añade, conserva la vida del cuerpo, le hace crecer, repara las fuerzas

que ha perdido dándole nuevas, y por último le deleita y regocija: *Sustentat, auget, reparat et delectat.* (3. part. quæst. 79, art. 10 in corp.) Pues esto mismo es cabalmente lo que hará en vosotros el pan eucarístico si le recibís santamente. Os conservará en la vida espiritual, la aumentará con las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, os purificará de las faltas que hayais cometido, os fortalecerá contra aquellas en que pudiérais caer, y por último inundará vuestra alma de una alegría santa y de los mas puros consuelos. (Véase el catecismo del concilio, donde se esplican estos efectos; ó sino el mismo concilio en la sess. 13, c. 2: *Sumi voluit Christus sacramentum hoc tamquam spiritualem animarum cibum quo alantur et confortentur viventes vita illius, etc. et tamquam antidotum quo liberemur á culpis quotidianis et á peccatis mortalibus præservemur.* Se confirmarán estos testimonios por la razon y la experiencia.) Porque cómo, se dirá, Jesucristo, el principio de la vida, la plenitud de la gracia, la santidad misma, el Dios de toda consolacion no ha de conservar la vida del alma, aumentarla, comunicarla su santidad, fortalecerla contra las tentaciones y llenar de dulzura y de inefables consuelos á cuantos se acerquen á él con la preparacion necesaria? Por ventura no ha instituido con tal objeto este admirable sacramento de su amor? No habeis percibido estos dichosos efectos, vosotras almas justas que frecuentais este sacramento y aun vosotros mismos pecadores, quando os habeis acercado como Dios manda? No os habriais preservado de esos crímenes en que habeis caído, si no hubiérais desdeñado este saludable antidoto contra los enemigos de vuestra salvacion? Preparaos pues para comer dignamente este pan celestial; desead con ansia alimentaros con este maná infinitamente mas ventajoso que el que hacía Dios llover antiguamente en el desierto. (Puede hacerse mencion de alguna de las propiedades del maná.) Por qué os habreis de disgustar de la divina Eucaristía, como se cansaron los ingratos Israelitas del maná á pesar de ser tan delicioso? No tendrá para vosotros ningun atractivo este pan de los ángeles? Le mirareis como un alimento cualquiera y acudireis á comerle con frialdad, con indiferencia y sin ninguna preparacion?

Si así lo hiciérais, H. M., mereceríais que el Señor os privara de él para siempre. Pero yo espero de vuestra religiosidad que acudiréis á buscarle con un ardor santo y llenos de reconocimiento hácia Jesús que en su bondad desea alimentaros con su propia carne. Para manifestarle esta gratitud no teneis mas que imitar al pueblo de nuestro evangelio y conduciros de la misma manera que Jesucristo.

SEGUNDO PUNTO.

En la conducta del pueblo que seguia al Salvador, encontrareis un excelente modelo de lo que debeis hacer vosotros para corresponder á la bondad que os muestra Jesús en la Eucaristía y disponeros á recibirla dignamente. Qué hacen estas gentes? 1.º Abandonan sus hogares, sus bienes y se separan de sus objetos mas caros, de su familia, amigos etc. 2.º Siguen con ardor á Jesucristo sufriendo el cansancio, el hambre y la sed, y no tienen otro placer mas grande que el de estar con el Salvador. 3.º Comen con religiosa piedad y con una alegría pura y santa el pan y los peces que habia multiplicado. Y por fin en muestra de su reconocimiento quieren hacerle rey y servirle siempre con una fidelidad inviolable. Hé aquí, H. M., un cuadro acabado que os representa las disposiciones que debeis llevar á la comunión de la pascua.

La primera consiste en dejar el pecado, la segunda en un deseo ardiente de recibir á Jesucristo, la tercera en acercarse á la sagrada mesa con santo fervor y la cuarta en hacer que reine Jesucristo en vuestros corazones para no abandonarle jamás. (Se insistirá en la primera disposicion que es la mas esencial.) Les exortará á que todos los dias de la semana se tomen algun tiempo para pensar en la comunión retirándose de sus ocupaciones. Les encargará igualmente la mayor devoción al tiempo de recibir la Eucaristía, como tambien despues cuando den gracias, insistiendo mas ó menos en estas disposiciones segun que lo exija la necesidad del auditorio y hablándoles al corazón, de manera que todos sin escepcion empiecen á disponerse desde hoy para la próxima comunión de la pascua. En seguida descenderá á la aplicacion de cuanto haya dicho, preguntándoles primero

si se hallan bien penetrados de la grandeza del beneficio que Dios les dispensa en la Eucaristía y qué juicio formarían de estos pueblos alimentados milagrosamente en el desierto, como igualmente de los israelitas á quienes enviaba Dios todos los dias el maná, si unos y otros se hubieran mostrado insensibles á la bondad de Dios que así les favorecía, si los primeros v. g. se hubiesen desdeñado recibir de su mano ó de la de los apóstoles el alimento que les ofrecía, y los segundos de recoger el maná que les llovía del cielo. Pues eso mismo, H. M., es lo que debeis deciros á vosotros mismos. Estos mismos pueblos en el dia del juicio os echarían en cara vuestra ingrata conducta, si ahora os negárais á comer el pan eucarístico, ó no quisiérais disponeros debidamente para participar sus admirables efectos. Qué, os dirían, nosotros lo abandonamos todo por seguir á Jesucristo y recibir de su mano un pan material, y vosotros, etc. No os espon-gais á este tan justo baldon; que vuestros negocios temporales que ningún otro obstáculo sea capaz de retraer vuestro ánimo del piadoso y saludable ejercicio á que acabo de ecsortaros. Sobre aquel altar va á ser inmolado ahora el divino huésped que os llama á su mesa y que desearía os hallárais en disposicion de recibirle todas las veces que asistis á la celebracion del santo sacrificio. Suplicadle de veras que os ayude con su poderosa gracia á prepararos dignamente para darle entrada en vuestro pecho de una manera que para él sea gloriosa y saludable para vosotros. Concededme el consuelo, H. M., de que os vea reunidos á todos en derredor de la mesa del señor, para que alimentados todos de un mismo pan, no tengamos sino un mismo corazon animado de un mismo espíritu.

SEGUNDO ASUNTO.

Tambien se puede tratar esta misma materia haciendo un paralelo entre la pascua de la ley antigua y la pascua de la nueva, mostrando la diferencia de una y otra y la superioridad de la pascua de los cristianos sobre la de los judíos; lo cual formará el primer punto. En el segundo, recorriendo una por una las disposiciones que Dios ecsijió de los israelitas para comer el cordero pascual,

se esplicarán las que deben llevar los cristianos para comer el cordero de Dios que es Jesucristo.

Al referir el evangelista el milagroso suceso de la multiplicacion de los panes, de que nos habla el evangelio de hoy, observa que tuvo lugar este gran prodigio hallándose ya próxima la festividad de la pascua que celebraban los judíos. Esta circunstancia no puede creerse que la notára á la aventura y sin designio. No, el Espíritu Santo se la inspiró como todo lo demas, y la iglesia nos hace leer espresamente este evangelio con dicha circunstancia poco antes de la pascua de los cristianos, con el objeto sin duda de que los ministros del señor tomen de ella ocasion para instruirles competentemente acerca de los deberes que necesitan llenar en los próximos dias. Los judíos, por otro nombre israelitas ó hebréos, que eran el pueblo de Dios en la ley antigua, los judíos, digo, celebraban la pascua por orden expresa del Señor en el dia 14 del primer mes del año que corresponde á nuestro mes de marzo. Les impuso este precepto la víspera del dia en que salieron de Egipto para entrar en el desierto y de pues en la tierra de promision. Pero no se concretaba el precepto á un año solamente, sino que debia ser inviolablemente observado como ley perpetua todos los años por ellos y por sus hijos, es decir, siempre y por todo el tiempo que subsistiera la ley antigua. Todo esto y mucho mas habreis oido repetidas veces y sería muy conveniente que no lo olvidárais, pero debeis tener entendido muy particularmente que cuanto sucedia entonces á los israelitas era una figura y sombra de lo que habia de acontecer y verificarse realmente en la ley de gracia. *Hæc omnia in figura contingebant illis.* Su pascua era pues una figura de la que está mandada observar á los cristianos no una vez sola, sino por todos los años de su vida. De esta pascua es de la que me he propuesto hablaros en el dia de hoy. Vereis en primer lugar la excelencia de nuestra pascua sobre la de los judíos; y en lo que Dios escijía de los judíos para comer el cordero pascual hallareis las disposiciones con que debeis acercaros vosotros á comer dignamente el cordero de Dios que es Jesucristo, dos reflexiones que formarán el todo de este discurso.

PRIMERA REFLECSION.

Para que forméis alguna idea de la festividad de la pascua que celebraban los judíos, será menester recordaros algunos pasajes de la historia del pueblo hebreo en el antiguo testamento. Entre los diferentes pueblos de la tierra se dignó Dios en otro tiempo escoger un pueblo favorito que le sirviera de una manera particular y fuera el depositario de las grandes verdades y dogmas de la revelacion. Con este objeto puso los ojos en Abraham, patriarca de este numeroso pueblo, le hizo salir de su pais y le prometió que despues de permanecer por algun tiempo en una tierra estrañã, daria á sus descendientes el pais de Canaan, que por eso fue llamado la tierra de promision, ó por otro nombre, la Palestina. Abraham tuvo por hijo á Isaac; Isaac tuvo por hijo al patriarca Jacob, del cual uno de sus hijos llamado Joseph, despues de haber sido vendido por sus hermanos á unos mercaderes de Egipto, llegó á ser uno de los primeros ministros de Faraon rey de este pueblo. Cuando se hallaba en tan elevado puesto hizo venir á su padre y á toda su familia para que habitáran en una tierra de dicho pais llamada Gessen. Habiéndose multiplicado extraordinariamente esta familia y temiendo los egipcios que se hicieran demasiado poderosos, no omitieron medio alguno para destruirles llegando hasta el extremo de hacer morir á todos sus hijos varones. Movido Dios á compasion del infeliz estado en que se encontraba su pueblo y queriendo cumplir la promesa que habia hecho á Abraham de poner á sus descendientes en posesion de un pais fertilísimo y delicioso, suscitó á Moisés, que habia sido salvado milagrosamente de entre las aguas, para que fuera el libertador de sus hermanos los hebreos. (Se referirán en seguida los principales prodigios de Moisés y las plagas de Egipto.) (1) En la vispera del dia en que los judíos salieron de Egipto libres ya de la servi-

(1) Véase la historia de la Religion del Sr. Mazo, tom. 1.º pág. 472 y siguientes. (*El traductor.*)

dumbre de Faraon, fué cuando Dios les mandó que inmoláran el cordero pascual y que celebrasen todos los años la festividad de la pascua en memoria y reconocimiento del singular favor que recibían en este día. Hé aquí como habló Moisés á todos los israelitas de parte del Señor: *Mensis iste vobis principium mensium, primus erit in mensibus anni. Decima die mensis hujus tollat unusquisque agnum per familias et domos suas. Erit autem agnus absque macula, masculus, anniculus. etc.* (Véase el capítulo 12 del Exodo.)

Este cordero no tendrá mancha, es decir, ha de estar sin defecto, será macho y primal, ó del año; le reservareis hasta el día catorce de este mes, en el cual por la tarde le inmolará toda la multitud de los hijos de Israel: *Servabitisque eum usque ad quartam decimam diem, etc.* Tomareis de su sangre, añade Moisés, y rociareis con ella los dos postes y el dintel de las casas en que le comereis; las carnes las comereis en aquella misma noche asadas al fuego y el pan sin levadura con lechugas silvestres; comereis tambien la cabeza con los pies y los intestinos. Yo el Señor pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré de muerte á todo primogénito de esta tierra sin perdonar á hombre ni á bestia. Yo pasaré de largo por ante las casas donde estubiéreis, las cuales estarán marcadas con la sangre del cordero, que os servirá como de señal. Tendreis á este día por memorable y le celebrareis como una fiesta solemne al Señor con perpetuo culto de generacion en generacion. Tal es, H. M., el mandamiento que en otro tiempo hizo Dios á su pueblo escogido, los israelitas, y este el origen de la solemnidad de la pascua que era su grande y principal festividad, y consistía como veis, en comer cada familia un cordero primal en memoria de su libertad de la tiranía de los egipcios y en accion de gracias al Señor por tan imponderable beneficio, cuyo recuerdo habia de servirles de estímulo perpetuo para la mas inviolable fidelidad. Asi es que ninguna fiesta miraron con mas interés ni observaron tampoco con mas esactitud que la presente, desde que la estableció el Señor hasta la venida de Jesucristo, es decir, por todo el tiempo que subsistieron el templo y la ciudad de Jerusalem. Aun ahora que se hallan dispersos por el mundo, y apesar

de que no les obliga su observancia, no por eso dejan todavía de celebrarla al menos en lo tocante á la ceremonia de la solemnidad de los azymos, ó panes sin levadura. Este es un efecto de su ceguedad, de su obstinacion y endurecimiento que permite el Señor, para que sirvan de una prueba patente y viva de la verdad de nuestra religion. A esta pascua de los judíos ha sucedido otra pascua mas grande y mas solemne. Jesucristo, autor de la ley de gracia que vino al mundo á libertar los hombres de la esclavitud del pecado y de la servidumbre del demonio, instituyó la sagrada Eucaristía, donde se halla él mismo realmente presente bajo las especies de pan y de vino. El es el verdadero cordero de Dios que quita los pecados del mundo y la iglesia, conducida por el Espíritu Santo, nos manda de su parte que comamos por lo menos una vez en el año este divino cordero. El es tambien verdaderamente nuestra pascua, la cual es tan superior á la de los judíos, cuanto escede la realidad á la figura, Jesucristo á Moisés, y el criador á la criatura. Juzgad vosotros mismos, H. M., juzgad de la excelencia de nuestra pascua. Quién es nuestro cordero pascual? Cómo se nos dá á nosotros? Por qué se nos dá? (Esplíquense estas tres diferencias que se encuentran entre nuestra pascua y la de los judíos.)

Sí por cierto, H. M., Jesucristo es el verdadero cordero representado por el cordero pascual, tiene todas sus cualidades, pero de una manera eminente. El cordero que debian escoger los judíos para celebrar la pascua habia de ser sin mancha, es decir, perfecto, debia ser macho, para mostrar que á Dios se le ha de ofrecer lo mas excelente, y ademas no tener sino un año para significar que la ofrenda no ha de ser tardía y que Dios quiere las primicias.

Ahora bien, á quién pueden convenir mejor estas propiedades que á Jesucristo? No es él, como dice san Pedro, el cordero sin mancha y sin el mas mínimo defecto que nos ha rescatado con su preciosa sangre? *Redempti pretioso sanguine, quasi agni immaculati Christi et incontaminati* (1. Pet. 1. 19.)

Nada mas excelente podia ofrecerse al Padre eterno. Jesucristo es el cordero dominador de la tierra, la virtud de Dios

padre, él fue revestido con la fuerza de un leon y murió por último en la edad mas floreciente. De este modo llenó completamente todas las cualidades del cordero que le figuraba, y así como el cordero pascual no habia de comerse sino despues de haber sido degollado y asado su carne al fuego, de esta misma suerte el nuevo cordero nos dá á comer su propia carne despues de inmogada en la cruz, donde fue consumido por el fuego de su amor. Y en fin, así como debia comerse la cabeza del cordero con sus pies é intestinos, á este modo tenemos nosotros la dicha de recibir á Jesucristo todo entero, su divinidad y su humanidad, su cuerpo y su alma con todas sus perfecciones.

Jesucristo en la última cena que celebró con sus discípulos comiendo en su compañía el cordero pascual, conoció perfectamente todas las significaciones de esta cena misteriosa; allí se contempló así mismo en el cordero que comian, y queriendo cumplir en su persona todo cuanto simbolizaba, renovó el gran sacrificio que habia hecho de sí mismo á su entrada en el mundo; para ello consintió de nuevo en ser estendido sobre el arbol de la cruz sin decir una palabra, á la manera del cordero que se deja degollar; quiso ademas que la sangre que habia de derramar por nosotros, nos libertára de la esclavitud del demonio y nos preservára de la muerte eterna; y á fin de que jamás olvidáramos este favor, instituyó la cena eucarística donde nos dá su misma carne para fortalecernos contra las asechanzas del espíritu infernal y ayudarnos á marchar por el camino de la salud durante el tiempo de nuestra peregrinacion, y hasta tanto que arrivemos á la tierra feliz que nos ha prometido.

Oh cordero de Dios, que desde la creacion del mundo habeis muerto por la redencion del género humano, no realmente sino en figura, y que desde entonces habeis comenzado á derramar sobre los hombres las gracias que despues les habiais de merecer con la efusion de vuestra preciosa sangre; qué os daremos nosotros por tantos bienes como nos habeis dispensado? Lo que debemos hacer, H. M., para retribuirle por sus innumerables beneficios, es tomar en nuestras manos el cáliz de la salud, como dice el real Profeta y disponernos con anticipacion á comer santamente el divino cordero.

Ninguna otra cosa le será mas agradable, y por eso debemos prepararnos cuanto antes para asistir á este celestial banquete. A los judíos les habia señalado Dios el día décimo del primer mes del año que, como os he dicho, corresponde á nuestro mes de marzo, le habia señalado, repito, para que escogieran el cordero y se prepararan para comerle cinco dias despues. Esta ceremonia no está ya en uso y vosotros teneis mucho mas tiempo para disponeros á comer el verdadero cordero, concediéndoo la iglesia dos semanas con este objeto. Pero cuanto mas antes os prepareis, mejor os conformareis con el espíritu de la iglesia y con los deseos de Jesucristo. Ahora voy á instruiros acerca de las disposiciones con que habeis de comer este cordero divino.

SEGUNDA REFLECSION.

En las ceremonias que debian observar los judíos al comer el cordero pascual, nos trazó el Señor, H. M., una imagen de las disposiciones con que hemos de comer nosotros el cordero de Dios de que aquel era figura.

Oid como continúa hablando por boca de Moisés: *Sic comedetis illum; renes vestros accingetis, et calceamenta habebitis in pedibus, tenentes baculos in manibus, et comedetis festinanter*; tendreis ceñidos vuestros lomos y puesto el calzado en los pies, y un báculo en la mano y comereis apriesa; por ser la *Phase* (esto es el paso) del señor. Qué os parece que representa todo esto?

1.º Los lomos que debian estar ceñidos, nos significan la castidad y la mortificacion: *Lumbos nostros præcingimus cum carnis luxuriam per continentiam coaretamus.*

2.º El calzado en los pies nos representa que nuestra alma debe hallarse exenta de todo pecado al menos mortal y especialmente el cuidado que debemos poner en caminar sobre las huellas de los santos que nos han precedido: *calceamenta in pedibus, et mortuorum vitam conspícere, et nostra vestigia á peccati vulnere custodire.*

3.º El báculo en la mano y la postura de viajeros figuraban la cruz, en la que debemos colocar toda nuestra esperanza durante

el viage de esta vida y la vigilancia en que debemos estar para corregirnos á nosotros mismos, como tambien á los que dependen de nosotros.

4.º Debian comerle apriesa, lo que nos indica, dice el mismo santo Doctor, el fervor y devocion con que debemos acercarnos á la sagrada mesa. Al mismo tiempo comian el pan sin levadura y lechugas silvestres, lo que nos dá á entender que debemos mortificar nuestra carne y purificar el alma de la levadura de la iniquidad, como nos lo dice el apostol en estas palabras: *Pascha nostrum immolatus est Christus. Epulemur non in fermento veteri, neque in fermento malitiæ et nequitiae, sed in azymis sinceritatis et veritatis.* (1. Cor.)

En fin, nada del cordero debian comer crudo ni cocido en agua, si no solamente asado al fuego, cuya circunstancia nos muestra que nuestros corazones han de estar abrasados con el fuego del divino amor para comer este pan celestial, y que debemos ademas al comerle, traer á la memoria la pasion de Jesucristo que fué un efecto de su ardiente caridad para con nosotros. Asi nos lo encargó él mismo, quando instituyó este sagrado banquete. Hacedlo, nos dijo, en memoria de mí; acordaos de mi amor y de lo mucho que me ha costado libertaros del pecado y abriros las puertas del cielo.

En vista de lo que acabais de oir, preguntaos á vosotros mismos si hasta aqui habeis celebrado de ese modo la pascua. No ha sido por desgracia con disposiciones enteramente contrarias á las que Dios escijia de vosotros? Estaban puros vuestro corazon y vuestro cuerpo, se hallaba despegada vuestra alma de los bienes de este mundo, y vuestra vida era semejante á la de los santos de vuestro estado? Habeis comulgado con fe y confianza en Jesucristo, con una santa avidez, con una carne mortificada y un deseo ardiente de uniros á vuestro Dios? El divino Salvador desea con la mayor ánsia celebrar con vosotros la prócsima pascua, que acaso será la última para vosotros y sin duda que lo será para alguno de vosotros. Os exhorto pues á celebrarla, H. M., como si fuera por la última vez, y como os prepararíais si estubiéseis seguros de ello.

Seguid aquel consejo del Espíritu Santo que os dice; poned el cuchillo á la garganta cuando os halleis sentados á la mesa de un príncipe : *Statue cultrum in gutture tuo.* (Prov. 24.) Que nos quiere dar á entender con esta espresion, poned el cuchillo á la garganta? Es como si dijera, comed el pan sagrado que os ofrece Jesucristo, como si estubiérais próximos á ser degollados, como si no os restára mas que un momento de vida; recibidle despues de haber mortificado vuestras pasiones y como quisiérais haberlo hecho, si esta fuera para vosotros vuestra última cena.

Se hará aqui alguna otra aplicacion segun los vicios mas dominantes en el auditorio, concluyendo en seguida con una súplica á Jesucristo como á verdadero cordero. Le pedirá que una vez que se digna recibirnos á su mesa, añada á este favor el de darnos los auxilios necesarios para prepararnos debidamente y de manera que celebremos todos la pascua como verdaderos discípulos y sin que haya entre nosotros ningun Judas. Pidámosle, H. M., todos á la vez esta gracia durante el augusto sacrificio de la misa.

EPISTOLA.

La epístola es del capítulo 4 de la de san Pablo á los Galatas. A primera vista parece ofrecer muy poco esta epístola para la instruccion de los pueblos, y no se ve la razon que haya tenido la iglesia para presentarla en este domingo. Para comprenderla, se hace preciso penetrar bien el sentido de esta epístola y conocer el motivo que tuvo san Pablo para escribir á los Galatas. En la Dominica infraoctavan de la Natividad del Señor dijimos que este no era otro, que el de precaverles de las máximas de los falsos doctores quienes trataban de persuadirles como necesario el unir las ceremonias de la ley antigua con el evangelio. Despues de probarles san Pablo que era verdaderamente apostol de Jesucristo; que nadie se puede justificar por las obras de la antigua ley; que esta ley no era mas que una preparacion para la nueva; y que las promesas hechas al patriarca Abraham tienen su cumplimiento por la fé en Jesucristo; les trae á la memoria el gran fervor con que recibieron

el evangelio que les habia predicado, y con las espresiones mas tiernas les solicita vivamente á mantenerse firmes en la doctrina que les habia enseñado; despues de lo cual entra á hablar del asunto que forma la epístola de este dia, que es una alegoría de los dos hijos de Abraham en quienes dice están representados los dos testamentos. De aqui deduce que nosotros somos ya libres del yugo de la antigua ley y que los que buscan en ella la justificación no tendrán parte alguna en la herencia de Jesucristo. Las últimas palabras de la epístola espresan la clase de libertad que nos ha adquirido Jesucristo y que es propia de la ley evangélica.

Esta carta es casi toda dogmática y puede decirse que es como un compendio de la epístola á los romanos, pues el asunto es el mismo con la sola diferencia de que en esta no habla sino á los gentiles convertidos, y en la otra se propone instruir á los judíos y á los gentiles. No se sabe á punto fijo donde fue escrita, si en Roma, como algunos piensan, ó en Epheso, ó en alguna otra ciudad de la Grecia. Contiene en todo seis capítulos, de los cuales los cinco primeros tratan del dogma, y el sexto y parte del quinto, es decir desde el versículo 13, contienen preceptos morales. Algunos son de opinion que estos pueblos de la Galácia eran originarios de la Gaula, y san Gerónimo dice en su comentario sobre esta epístola, que hablaban el mismo lenguaje poco mas ó menos que los alemanes.

Ahora será ya facil conocer que esta epístola es muy acomodada para el tiempo en que la iglesia ha determinado que se lea en la misa, como es el de la proximidad de la pascua. Si los pueblos han de tener una mediana instruccion religiosa, es preciso que tengan algun conocimiento del antiguo testamento del que oyen hablar con frecuencia, sin saber lo que se les dice. Por eso una plática en que se desenvuelva con claridad la alegoría del antiguo y nuevo testamento representados en Ismael y en Isaac, les servirá de mucho para sacar mayor fruto de otras instrucciones. Puede tomarse de aqui motivo para hablarles de la institucion de la Eucaristía por la cual confirmó Jesucristo la alianza de la nueva ley, segun nos lo declaró al instituir el sacramento de nuestros altares, y para ha-

cerles entender la gran dicha que disfrutan los cristianos bajo la ley de gracia, que es ley de libertad, y la manera con que deben usar de esta libertad que les adquirió Jesucristo con su sangre.

La epístola de la misa de que me propongo hablaros en este día, H. M., está tomada de una carta que en otro tiempo escribió san Pablo á unos pueblos llamados Galatas, es decir, habitantes de la Galácia, provincia de Asia menor. Habian vivido entregados á la idolatría, y sido convertidos á la fe por el apostol; pero algunos falsos doctores, se esforzaban por persuadirles que necesitaban para salvarse unir con el evangelio las ceremonias judáicas, circuncidarse como ellos, y someterse á todas las demas observancias de la ley de Moisés. Muchos se dejaron llevar de estas máximas de los falsos doctores y el apostol cuyo celo se extendia por todas partes, les escribió esta carta donde les reprende fuertemente, hasta el punto de llamarles insensatos, por haber abandonado la verdad para abrazar una falsa doctrina. Les hace ver con varias razones que la ley antigua estaba derogada, y que obstinándose todavia en practicar sus ceremonias, hacian inutil el beneficio de la fe y el misterio de la cruz, con cuyo motivo les refiere lo que se lee en el Génesis del patriarca Abraham. Abraham les dice tuvo dos hijos, á saber, Ismael é Isaac, el primero nacido de una esclava llamada Agar y el segundo de una libre llamada Sara. Estos dos hijos, añade, representan los dos testamentos. Ismael era figura de la sinagoga ó iglesia de los judíos que habia de ser repudiada; Isaac simbolizaba la ley de gracia ó la iglesia de Jesucristo que habia de subsistir siempre. Ismael, continúa, que habia nacido segun la carne, perseguia á Isaac nacido segun el espíritu, y en quien debian realizarse las promesas hechas á Abraham; pero qué dice la escritura? Echa fuera á la esclava y á su hijo, que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Segun esto, concluye el apostol, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre; es decir, no pertenecemos á la sinagoga que habia sido repudiada con todas sus ceremonias, las cuales por lo mismo no estamos obligados á observar en ley de gracia, habién-

donos escimido de ella Jesucristo, sino que debemos aprovecharnos de la libertad que nos adquirió con su sangre, y de ninguna manera someternos al yugo de la ley antigua. Hé aqui, H. M., un compendio de la presente epístola cuyo sentido conozco que tendreis mucha dificultad en penetrar; pero como la iglesia dirigienda siempre por el Espíritu Santo nos la hace leer en la misa de este dia y nos manda por otra parte que os expliquemos lo que en ella se lee, he pensado ocuparme hoy en desenvolver su sentido con la mayor claridad que me sea posible, para facilitaros su inteligencia, haciendo tambien de modo que la aplicacion de su contenido os sea grata y saludable. Para ello me veré en la precision de ponerós á la vista algunos pasajes del antiguo testamento que os servirán de mucho para entender y aprevechar las demas instrucciones, y de ellos deduciré al mismo tiempo las reflexiones oportunas á la mira de disponerós para la comunión pascual que habeis de recibir dentro de pocos dias. Oid pues cual es mi designio. Os hablaré primero de uno y otro testamento, mostrándoos la relacion que hay entre el antiguo y el nuevo; despues vereis la diferencia entre ambos y cuánto escede el nuevo al antiguo, de donde inferireis lo muy obligados que estais á Dios por haberos concedido nacer en la ley de gracia, y lo que debeis hacer en el tiempo en que nos hallamos para cumplir como es justo con los deberes de cristianos. Qué es en lo que aventaja el nuevo testamento al antiguo; ó de otro modo, en qué es preferible la ley de gracia á la ley antigua, será la materia del primer punto. Cuál es la obligacion de los cristianos en la ley de gracia, con especialidad en el tiempo de pascua, la materia del segundo.

PRIMER PUNTO.

Para comprender, H. M., lo que es uno y otro testamento y en que el nuevo es superior al antiguo, necesitais saber la significacion de la palabra, testamento, ó qué es lo que aqui se entiende por testamento. Qué es un testamento? Entre los hombres no es otra cosa que una disposicion de la última voluntad, un ac-

to auténtico por el cual instituye el testador un heredero á quien deja sus bienes para que los posea despues de su muerte. Asi es como acostumbran hacer testamento los padres quienes dejan por lo comun á los hijos su hacienda. Nosotros todos somos hijos de Dios, el cual es nuestro padre que nos ha criado para servirle y que nos promete á todos su eterna herencia, siempre que le sirvamos por el poco tiempo que vivimos en este mundo. Esta herencia no es otra cosa que él mismo, á quien veremos, amaremos y poseeremos sempiternamente.

Criando Dios á nuestro primer padre le destinó á este fin sobrenatural, como igualmente á su posteridad. Verdad es que por el pecado perdió para sí y sus descendientes el derecho á esta celestial herencia; pero el Señor que es rico en misericordia, resolvió desde entonces restablecernos en este derecho y enviar su hijo al mundo para que sirviera de mediador entre él y nosotros. No juzgó oportuno sin embargo enviarle inmediatamente despues de la caída de Adán, sino que lo dilató algunos miles de años con el objeto de que el hombre reconociera el gran beneficio de la Encarnacion y la necesidad que tenia de remedio. A este mismo fin dejó á los hombres por siglos enteros sin otra ley que la de su propia razon natural y entregados á su incierto dictámen, pero con la escepcion no obstante del precepto de la fe en un Dios remunerador y de la esperanza en el Mesías, y sin privarles tampoco de las gracias necesarias para vencer las tentaciones y poder aspirar hácia él como á objeto único de su bienaventuranza sobrenatural. Mas no tardaron los hombres en experimentar para su desgracia las funestas consecuencias del pecado original. Los crímenes inundaron la tierra y Dios se vió como forzado á castigarla por medio del diluvio en que perecieron ahogados los hombres y los animales. Esta catástrofe acaeció á los 1600 y tantos años de la creacion del mundo. La tierra sin embargo fue poblada de nuevo por Noé y su familia, que Dios salvó del diluvio. Pero no tardaron los hijos de Noé en imitar los desarreglos de sus antepasados, haciéndose tan general el desorden que no habia pueblo que no estuviera sumergido en la corrupcion y en la idolatría. Entonces fue cuando el Señor se dignó

escoger uno que fuera el depositario del verdadero culto y del que habia de nacer el Salvador de los hombres, cuya venida anunciarian multitud de profetas con las circunstancias mas minuciosas, para que cuando apareciera en el mundo, nadie pudiera desconocerle. Para cabeza de este pueblo fue destinado el grande Abraham, llamado el padre de los creyentes y de quien la sagrada escritura nos hace el mas magnífico elogio. Con él y enseguida con todo el pueblo judáico fué con quien el Señor hizo una alianza que se llama antiguo testamento, y á fin de que se distinguiera de los demas pueblos, le prescribió la ceremonia de la circuncision, señal tambien indeleble de aquel divino pacto. Prometió al patriarca Abraham que daria á sus descendientes una tierra fertilisima, la misma que desde el principio del mundo habitaron Adán, Seth y los demas Patriarcas hasta Noé, quien tambien la habitó antes del diluvio. Pero antes de ponerles en posesion de esta tierra y cuando se hallaban en el desierto libres ya de la cautividad de los egipcios, dió el Señor á Moisés en el monte Sinaí los preceptos del decálogo escritos sobre una tabla de piedra y le ordenó ademas las diferentes ceremonias que deberian observar los judíos y las leyes con que habia de ser gobernado este pueblo. Moisés habiendo descendido del monte leyó á todos los preceptos del Señor y les anunció de su parte cuanto habia oido, como tambien que si eran fieles en la observancia de su santa ley y de las ceremonias que acababa de prescribirles, recibirian toda clase de bendiciones y serian para el Señor una nacion escogida, un reino sacerdotal y un pueblo santo. Todos respondieron á una voz que así lo harian, y prometieron á Dios guardar todos sus preceptos y ordenaciones. Entonces Moisés edificando al pie del monte un altar de doce piedras en representacion de las doce tribus, ofreció sobre él víctimas pacíficas y derramó su sangre sobre el altar y sobre el pueblo para confirmar el pacto celebrado, diciendo al rociarle con la sangre de estas víctimas: Esta es la sangre del testamento que el Señor ha contraido con vosotros mediante todo lo tratado: *Hic est sanguis fœderis quod Dominus pepigit vobiscum super cunctis sermonibus istis.* Ved aqui, H. M., lo que se llama antiguo testamento, el cual

no es otra cosa que la alianza que en otro tiempo hizo Dios con su pueblo, prometiéndole dar aquí en la tierra un pais abundante y fertil en toda clase de bienes, siempre que se conservára fiel y obediente á todas las órdenes y preceptos que de su parte le habia intimado Moisés. Pero todo esto es bien facil conocer que era una imagen de la alianza, que habia de celebrar Dios con los cristianos por medio de Jesucristo su hijo quien la sellaría con su propia sangre. Asi se verificó unos cuatro mil años despues de la creacion del mundo, segun la opinion mas comun. (Explíquese como el Salvador predicó la nueva ley y como al fin de su vida celebrando la última cena con sus discípulos, les declaró que la sangre que iba á derramar era la sangre del nuevo testamento: *Hic est enim sanguis meus novi testamenti.* (Mat. 26. 28.)

Ahora comprendereis sin trabajo, H. M., la gran diferencia que hay entre el antiguo y nuevo testamento, y como los cristianos son mucho mas privilegiados que lo fueron los judíos, ya sea que se consideren el autor del nuevo testamento y los bienes que nos promete, ya se atienda á los preceptos que nos ha dado Jesucristo, á la gracia que nos ha merecido, la cual esmas abundante ahora que en la antigua ley, y á los demas medios de santificacion con que nos ha enriquecido principalmente en el sacrificio de la misa y en los sacramentos. (Se estenderá cada uno de estos puntos, haciendo siempre el cotejo entre una y otra ley. Pero no se olvide hacer observar á los oyentes que los hombres que vivian antes de la venida de Jesucristo no carecian de gracias para conseguir su salvacion, y que los que tenian la fe pertenecian ya en cierto modo al nuevo testamento, como puede decirse de los patriarcas, los profetas y otra multitud de santos que murieron antes de la encarnacion del Verbo.)

Hecho esto se pasará á proponer la moral que el asunto requiere, presentando á los fieles dos reflexiones que acaso no habrán oido; una sobre la felicidad de los que han nacido en la ley de gracia y las grandes ventajas que en ella se encuentran para obrar su salvacion; y la otra la desgracia de los cristianos que no arreglan su conducta á las leyes del evangelio, sino que viven tan mal ó peor como los judíos y aun que los idólatras. Se les escitará al reconocimiento y al do-

lor en la conclusion de este primer punto y en seguida al cumplimiento de los deberes del cristianismo, que son la materia del

SEGUNDO PUNTO.

Cuanto escede en perfeccion la ley nueva á la antigua, otro tanto debiéramos nosotros aventajar en santidad á los judíos. El Señor no nos ha impuesto ciertamente ni tan gran número de preceptos ni tan severo rigor como á este pueblo que necesitaba ser conducido por motivos de temor; así es que le hablaba entre truenos y relámpagos, le tenia ligado con una multitud de sacrificios y ceremonias, le castigaba de cuando en cuando con penas temporales, de las cuales algunas eran extraordinarias y terribles, siendo este el motivo de que á la ley antigua se la llamára ley de servidumbre y de temor. Mas nosotros somos tratados de una manera bien diferente. Libres de aquel yugo que apenas podian sobrellevar nuestros padres, como dice san Pedro, tenemos muy pocos preceptos que cumplir y abundantes medios para ponerles en ejecucion; así es que con mucha justicia se llama á la ley nueva, ley de libertad, ley de amor y de gracia. Ley de libertad, porque estamos exentos del gran número de las ceremonias antiguas, y reducidos únicamente al sacrificio de la misa, á la recepcion de los sacramentos y á un escaso número de ceremonias bien fáciles de observar. Ley de amor, porque ya no es un temor servil el que nos debe mover á obrar, sino un temor filial y todo de amor: *Non enim dedit nobis Deus spiritum timoris, sed dilectionis.* (2. Timot. 1.) Y en fin, ley de gracia; porque la gracia es el efecto propio de la ley nueva y tambien mucho mas eficaz que lo era en la antigua, donde solo se recibia por los méritos anticipados de Jesucristo, salvador de todos los hombres.

A qué se reducen pues las obligaciones que nos impone la ley nueva? A tres puntos principales, que son la fé, la caridad y la recepcion de los sacramentos. Estas son las tres cosas que recomendó el Salvador á sus discípulos y á cuantos quisieran abrazar el cristianismo, creer en él, amarle sobre todas las criaturas y al prójimo

por Dios y por último recibir los sacramentos que instituyó, con especialidad el de la sagrada Eucaristía. Nada os diré hoy de los dos primeros deberes, habiendo tratado de ellos en otra parte y teniendo ocasion de poder hacerlo todavia en el discurso del año; y por lo tanto me ceñiré á manifestaros lo que nos dejó encargado Jesucristo al tiempo de establecer y confirmar el nuevo testamento ó la ley de gracia. En la última cena, que es la época y el día fijo de la institucion del gran sacrificio de la nueva ley, habiendo tomado Jesucristo el pan en sus manos le bendijo etc. y encargó á sus discipulos que cuantas veces hicieran esto mismo, lo hicieran en memoria de él. Asi lo ha observado cuidadosamente la iglesia hasta el día de hoy, ordenando á todos los fieles que cumplan con este precepto del Salvador y celebren anualmente la memoria de la institucion del augusto sacramento, por medio de una comunión digna de su sacratísimo cuerpo, á cuyo fin desea con el apostol que se preparen y se prueben de antemano para no incurrir en una eterna condenacion. En el año anterior os presenté ya, H. M., los motivos que deben induciros á esta preparacion de tanta importancia para la salud de vuestras almas. (Se recordarán en breves palabras estos motivos y en seguida amonestará á los oyentes á que sean mas esactos y fervorosos en disponerse para la comunión pascual, que lo fueron en el año anterior. Al efecto les pondrá á la vista el ejemplo de los judíos que de todas partes del mundo acudian á Jerusalem á celebrar la pascua, ademas de las veces que se reunian en esta ciudad en diferentes épocas del año.) Será posible, dirá, que mostremos nosotros menos ardor y actividad por celebrar la verdadera pascua, la pascua de Jesucristo, que los judíos por la suya la cual era solo una figura de la nuestra? Habrémos de prepararnos á comer el verdadero cordero de Dios con menos fervor que ellos que solo comian un cordero material?

Formemos pues todos desde hoy mismo la mas firme resolucion de disponernos para recibir la comunión de la pascua con mayor fervor que en los años anteriores. (Recordará algunas de las advertencias que hubiere dado al principio de la cuaresma, ó en la última pascua, y concluirá la plática exhortándoles á renovar

con Jesucristo la alianza que se dignó hacer con ellos al admitirles en el número de cristianos, y á que le pidan en el sacrificio de la misa, donde se derrama todavia de una manera misteriosa la sangre del nuevo testamento, que les dé fuerzas y ansilios para cumplir mejor que hasta aqui con todas las obligaciones que les impone la ley de gracia, con especialidad la del precepto pascual.

Creo, deber advertir á los párrocos y á todos los que tienen á su cargo la instruccion de los pueblos, que sería muy conveniente les dijeran alguna cosa hácia el medio de la cuaresma sobre el modo de continuarla. A este propósito puede leerse una breve exhortacion de san Ambrosio á su pueblo en su sermón cuarto, *pro Dominica quarta quadragesimæ*, que comienza con estas palabras: (1) *Agite gratias, fratres, divinæ pietati quæ nos ad medium quadragesimæ perduxit incolumes.* Todo este discurso es digno de leerse; en él habla con los que han llenado sus deberes hasta entonces y con los que han dejado de cumplirles; exhortando á estos últimos á que se conviertan de veras y se aprovechen de este discurso para alcanzar las bendiciones que solo merecen los verdaderos discípulos de Jesucristo. Tambien se traerá á la memoria de los oyentes la vida penitente del Salvador en el desierto y la obligacion que tienen de imitarle los cristianos con especialidad en el tiempo de cuaresma. El fervor de su penitencia, se dirá, no se resfriaba ni disminuía en el transcurso de los muchos dias de sus grandes austeridades y ayunos; Jesucristo sufria por nosotros, se mortificaba por nosotros; cómo pues podremos quejarnos nosotros de la duracion de la cuaresma?

(1) En las dos ediciones que tengo á la vista de las obras de san Ambrosio no se halla sermón alguno que empiece con las palabras que espresa el autor; aunque hay siete ú ocho discursos *pro Cuadragesima*, de donde se pueden sacar materiales en abundancia para llenar el designio arriba propuesto. (El Traductor).

DOMINICA DE PASION.

ADVERTENCIA AL AUDITORIO ANTES DE LA PLÁTICA.

Se acerca, H. M., el tiempo pascual que dará principio en el domingo de Ramos y concluirá en el de Cuásimodo. Desde la entrada de la cuaresma os anuncié ya el precepto de la comunión anual y os hice saber que por disposición de la iglesia está obligado todo cristiano en llegando á los años de discrección á confesarse al menos una vez en el año con su propio párroco, ó con otro sacerdote aprobado por el Obispo y á comulgar por pascua en su parroquia bajo la pena de ser excluido durante su vida de la entrada en la iglesia y privado de sepultura después de la muerte.

No obstante, para que nadie pueda ignorar una ley tan santa que no es en rigor mas que una determinación del precepto de Jesucristo, creo deber repetiros hoy la publicación de lo que sobre este particular tiene dispuesto la iglesia en el concilio de Letran. Que todo fiel de uno y otro sexo, dice este santo concilio, celebrado en el año 1215 bajo el pontificado de Inocencio III, que todo fiel habiendo entrado en la edad de la discrección se confiese fielmente de sus pecados con su propio párroco al menos una vez en el año y que reciba también al menos por pascua con toda reverencia el sacramento de la Eucaristía, á no ser que por alguna causa razonable juzgue el párroco que debe dilatarlo por algun tiempo; y que en otro caso se le prive de la entrada en la iglesia durante su vida y de sepultura eclesiástica después de la muerte. Tal es, H. M., la ley de la iglesia que ningun cristiano debe ignorar y que puede expresarse en estos términos: "Recibirás humildemente á tu Creador por lo menos una vez en tiempo de pascua." Es obligación mia disponeros como es debido á que cumplais dignamente con este precepto. El Salvador desea recibirnos á la sagrada mesa no con menor ansia que la que tenia de celebrar con sus discípulos el banquete eucarístico, pero quiere que nos preparemos de antemano, que nos

presentemos adornados con la vestidura nupcial, que es la pureza y la santidad de nuestras almas. Ved aquí mi único designio, H. M., en la exhortacion que os voy á hacer en este día. Pero antes de comenzar, os debo advertir dos cosas; la primera relativa al sacerdote con quien habeis de confesaros; la segunda al tiempo y lugar de vuestra comunión pascual. Aunque el concilio de Letran ordena que todo fiel se confiese con su propio párroco, podeis sin embargo, y yo os lo permito con mucho gusto, dirigiros al confesor que mas os agrade, con tal que sea un sacerdote facultado por el Obispo. Os recomiendo únicamente que cuideis de elejir uno que sea entendido y discreto y que hagais por vuestra alma lo que hariais por vuestro cuerpo. Si estuviérais enfermos, escogeríais sin duda de entre muchos médicos el que os pareciera mas á propósito para curar vuestras dolencias. Para que no erreis en tan importante asunto os daré un consejo y es que elijais aquel sacerdote que quisiérais tener por confesor á la hora de vuestra muerte. Por mi parte estaré pronto á oír á cuantos gusten confesarse conmigo; pero como puede haber causas para dirigirse á otro que á su propio párroco, haré de manera que no falten confesores estraños y esto lo mas pronto que me sea posible. (Si puede proporcionarles en el discurso de esta semana, lo advertirá á los feligreses. Procure el párroco hacer una eleccion acertada de estos confesores estraños, los cuales deben ser tales que puedan reparar las confesiones sacrílegas que con él hayan hecho sus parroquianos, y que no permitan acercarse á comulgar sino á los verdaderamente dignos.)

La segunda cosa que tengo que advertiros es que se puede satisfacer al precepto pascual desde el domingo próximo, y solo os encargo que no dilateis. Tened presente sin embargo que vale mas diferir la comunión, que esponerse al peligro de comulgar sacrílegamente por acercarse demasiado pronto á la sagrada mesa. Con este objeto al disponer el concilio de Letran que todos los fieles comulguen por pascua, añade, á no ser que segun el consejo de su confesor necesiten demorarlo por algun tiempo. Por lo demas bien sabeis que debeis recibir la comunión en vuestra iglesia parroquial y que no podeis hacerlo fuera de ella sin mi permiso y licencia.

Si hubiere que hacer alguna otra advertencia, se añadirá á las anteriores; como si el domingo de Ramos fuere el dia señalado para la comunión de los niños, recordará á los padres y madres sus deberes en este particular; á saber, que rueguen por sus hijos, que les hagan comprender la magnitud y excelencia de este acto el mas importante y el mas grande de su vida; que les envíen con puntualidad á la esplicacion del catecismo durante la semana, que les exorten á confesarse bien, que les hagan practicar y practiquen por sus hijos algunas buenas obras, y en fin, que no les dejen acercarse á la sagrada mesa, sino reconocen en ellos la piedad y discreccion necesaria para una accion tan grande.

Hay parroquias donde los curas no admiten ningun niño á la comunión sin que precedan buenos informes de sus padres. Pero no siendo general esta costumbre, aunque no deja de ser útil, me parece que no se debe obligar á ello á los padres, sino invitarles unicamente, porque el párroco debe conocer por sí mismo no solo á sus ovejas, sino tambien á sus corderos.

ADVERTENCIAS Á LOS PÁRROCOS.

A este domingo que es el quinto de cuaresma se le llama comunmente domingo de Pasión, porque la iglesia nos pone á la vista la pasión de Jesucristo desde septuagésima hasta el presente, con el objeto de que los cristianos mediten en la vida penitente del Salvador en el desierto y procuren imitarla; tambien desea que los cristianos giman sobre su triste cautiverio en este mundo y suspi- ren por la libertad de las miserias de la vida y con especialidad del pecado. Este es el fin de la institucion de los siete domingos que median desde la septuagésima hasta el domingo de pasión. En el dia de hoy nuestra tierna madre nos anuncia mas particularmente este gran misterio que es tambien el de nuestra redencion, y por eso hace cantar el himno, *vixilla regis prodeunt*, y durante estos quince dias se sirve de las ceremonias mas propias para inspirar en los fieles una devocion especial á la pasión de Jesucristo y animarles con su memoria á continuar en las obras de mortificacion y penitencia, á

concluir santamente el tiempo de cuaresma y á prepararse para la gran solemnidad de la pascua.

En conformidad á este espíritu de la iglesia necesita el párroco exhortar á sus feligreses á que durante estos quince dias mediten con la mayor frecuencia la pasion de Jesucristo; lo cual podrá servirle en un año de materia de plática. En otro podrá hablar con motivo de lo que se dice en el evangelio, sobre que los judíos quisieron apedrear á Jesucristo, de la comunión indigna ó sacrílega. La epístola ofrece un asunto no menos importante que los anteriores, pues hace ver en ella el apostol la escelencia y valor del sacrificio de la cruz, materia en verdad muy á propósito para el tiempo en que nos hallamos.

Pero el principal objeto de un párroco en este domingo debe ser el de inspirar en sus feligreses el mas vivo horror á la comunión sacrílega. Esta clase de comuniones son demasiado comunes entre los cristianos, y por mucho esmero que se ponga en hacer resaltar su gravedad y malicia, no dejará de haber muchos Judas. Mas por lo mismo necesita un ministro del Señor emplear todo su celo y no omitir medio para impedir por su parte este crimen tan enorme, pues se haria muy culpable á los ojos de Dios si por su silencio ó negligencia en preparar sus instrucciones y pláticas, fuera causa de algunas comuniones indignas. Asi es que todo cuanto diga en este dia debe tener por objeto el inspirar en el auditorio un temor verdadero y eficaz á las comuniones sacrílegas, pudiendo hacer ver tambien los dichosos efectos de la comunión, cuando se recibe con las disposiciones requeridas.

Aunque en el domingo de Quincuagésima se habló ya de la pasion, se puede volver á tratarla en este dia, proponiéndola bajo otro punto de vista. Nada debería ser mas familiar á los cristianos que la memoria y meditacion de los sufrimientos de nuestro divino maestro y al efecto recomendaba san Francisco Javier á los predicadores que mezcláran siempre alguna cosa de la pasion de Jesus en todos sus sermones. Pero sobre todo en este tiempo es cuando se la debe mas particularmente traer á la memoria de los fieles, pues el mejor modo de llenar las intencio-

nes de la iglesia es el de inducir á sus hijos á que no dejen pasar un solo dia de esta quincena, sin ocuparse en su consideracion.

PLATICA PRIMERA

REFLESIONES SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO.

El domingo en que nos hallamos se llama, H. M., domingo de pasion, y tiempo de pasion los dias siguientes hasta el sábado santo. No es difícil descubrir la razon que ha tenido la iglesia para darle este nombre. Se propone esta solícita madre que los cristianos honren con mayor fervor durante estos quince dias al di-
vino Jesus que padece por nuestro amor. De aqui es que todas sus ceremonias en este santo tiempo ya sea en la misa, ya en los demas oficios, no tienen otro objeto que el de escitar la devocion de los fieles para con nuestro amantísimo Jesus que sufre por nosotros los mas acerbos dolores y tormentos. (Si se hubiese hablado de la pasion de Jesucristo al principio de la cuaresma, se añadirá:) Algunos dias antes de principiari la cuaresma, os exhorté á que os ocupárais de este grande objeto para preservaros de los desórdenes á que entonces se entregan los cristianos, y haceros emplear santamente todo el tiempo de cuaresma y con especialidad los tres dias de carnaval que la preceden; pero hoy me creo obligado á hablaros mas despacio, á fin de que renoveis vuestra devocion hácia la pasion de Jesucristo. Las cuatro semanas anteriores las habeis debido emplear en hacer penitencia por vuestros pecados; mas ahora es menester que en estas dos semanas reanimeis vuestro fervor y honreis el misterio de la pasion del Salvador, tomando parte en sus sufrimientos de una manera mas perfecta que lo habeis hecho hasta aquí. Redoblad pues vuestra atencion á lo que os voy á decir en este dia acerca de la verdad mas tierna é interesante de nuestra religion. Ningun asunto mas digno de la consideracion de un cristiano que la pasion de Jesucristo, particularmente en el tiempo en que estamos, ni ninguno tampoco mas á propósito para

prepararnos á celebrar dignamente la solemnidad de la pascua; esto es lo que os haré ver en el primer punto, así como en el segundo os manifestaré cuánto tiempo y cómo debeis ocuparos de este saludable pensamiento. Qué es lo que os debe inducir á meditar en estos quince dias sobre la pasion de Jesucristo y de qué manera debeis hacerlo; hé aqui la materia de vuestra atencion en este dia.

PRIMER PUNTO.

La religion, el reconocimiento, nuestro propio interés y la intencion de la iglesia son otros tantos motivos que deben estimular á todos los cristianos á ocuparse durante estos quince dias en la memoria de la pasion del Salvador con mas frecuencia y fervor que en el resto del año. Qué cosa en efecto mas digna de nuestras reflexiones! La religion, H. M., nos inspira este deber; porque quién es aquel cuyos sufrimientos os exhortamos á meditar? Es el hijo del mismo Dios que se dignó tomar nuestra naturaleza humana y sufrir en ella las penas mas rigorosas, entregar su alma á la tristeza mas profunda, abandonar su cuerpo al furor de sus implacables enemigos, y padecer por último la muerte mas afrentosa y cruel. Y qué, será menos digno el hombre de Dios de nuestro culto en su estado de penalidad y dolor que en su estado de gloria? No es siempre por ventura nuestro Dios en ambos estados? Pero qué digo! no es mas digno todavia de nuestros respetos, no debemos en cierto modo honrarle y reverenciarle mas en medio de sus sufrimientos? No lo escige así la gratitud y el reconocimiento? Y si no decidme, por quién padece, por quién se entrega á la muerte nuestro amantísimo Jesus? No lo ignorais, H. M., por vosotros y por mí. Todos y cada uno podemos decir con san Pablo: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.* Sí, Jesus mio, por mi amor, porque me habeis amado mas que á vos mismo, habeis padecido y muerto en una cruz. (Se echará mano de alguna comparacion familiar, como de la de un bienhechor que hubiera espuesto su vida por conservar la nuestra. San Bernardo trae sobre esto mismo una tierna parábola del hijo de un rey que dá su vida por un va-

sallo que se habia revelado contra su padre.) No es á la verdad bien extraño que los cristianos piensen tan poco en la pasion del Salvador? *Justus perit, et nemo est qui recogitet corde.* En la vida de san Francisco de Assis se lee, que habiéndole encontrado cierto dia llorando un siervo de Dios, le preguntó la causa de sus lágrimas, y el santo respondió que lloraba de ver que nadie pensaba en la pasion de Jesucristo. No tendríamos nosotros tanto y aun mayor motivo que este gran santo, para llorar el olvido tan profundo que se advierte en nuestros dias de la pasion del Salvador? A dónde está pues, H. M., nuestra religion? Ah! qué ingratitud no pensar casi nunca en lo mucho que Dios ha padecido por nosotros, mientras que ocupamos nuestro espíritu; de qué? de mil objetos vanos, peligrosos acaso y quizás criminales. Cuántos que no se acordarian jamás, sino fuera porque oyen hablar alguna vez en el templo á los ministros del Señor? Cuántos que no piensan en ello ni aun durante el sacrificio de la misa, donde corre todavia sobre nosotros la sangre preciosa de Jesucristo en remision de nuestras culpas! No se ven por desgracia algunos, que en vez de meditar entonces los padecimientos del calvario, se atreven á renovar los mismos ultrajes que recibió el divino Salvador de parte de sus crueles verdugos y de los desapiadados judíos que concurrieron á su muerte? Nuestra madre la iglesia desea que los fieles se ocupen de este santo pensamiento todos los vienes del año y en honor de esta dolorosa pasion ha querido que en todos ellos se guarde la abstinencia de carnes; con el mismo objeto ha establecido varias festividades, como la Invencion de la Cruz, la Exaltacion de la Cruz, la Corona de espinas, las llagas de Jesucristo, el santo sudario y otras muchas en que se propone honrar su sacratísima pasion. Y sin embargo cuántos fieles hay que ni en los vienes ni en las demas festividades que acabo de referir, se acuerdan de lo mucho que ha costado su salvacion al hijo de Dios! Para reparar en algun modo un olvido tan injurioso al Salvador ha instituido esta solícita madre el presente tiempo que llamamos de pasion, durante el cual se reviste de una santa tristeza y en sus oficios, sus ceremonias, sus gemidos nos está predicando la mucha parte que toma en los sufrimientos y dolores de Jesucristo y la que quiere que to-

memos tambien nosotros mismos. Pero son por ventura muchos los que llenan sus piadosos deseos? Doloroso es decirlo, apenas se encuentra quien se acuerde de la pasion de su Redentor ni aun en el viernes santo! Con cuánta razon os podria dirigir el Salvador á vosotros, H. M., la misma queja que daba en otro tiempo por uno de sus profetas. Hé buscado quien tomára parte en mi afliccion y ni uno siquiera ha venido á consolarme; *Torcular calcavi solus, et non est vir mecum. Quæsivi et non fuit qui me adjuvaret. (Isai. 63.)*

Conoceis ahora, H. M., la ingratitud y aun la irreligion de que os haceis culpables olvidando hasta ese extremo los dolores de vuestro amantísimo Jesus? No veis tambien el grande perjuicio que os causais á vosotros mismos? Porque si es verdad, que nada hay mas digno de un cristiano que el meditar con frecuencia en la pasion del Salvador, tampoco nada hay mas ventajoso ni mas propio para prepararnos como es debido á celebrar la grande festividad de la pascua. Un célebre doctor, Alberto el grande, sostiene que es mucho mas útil meditar cada dia un poco en la pasion de Jesucristo que el ayunar á pan y agua todos los viernes, que tomar una disciplina y rezar todo el salterio. La razon que alega es, que las obras exteriores no son tan eficaces para mover el corazon, como lo es la meditacion atenta de la pasion del Salvador. Y en efecto, qué otra cosa puede haber mas á propósito para hacer una saludable impresion en nuestra alma y ponernos en disposicion de celebrar dignamente la pascua? De dónde podrán sacar mayor fruto ni mas ventajas tanto los pecadores como los justos? La memoria de la pasion es uno de los motivos mas poderosos y eficaces para convertir al pecador y despertarle de su letargo, porque nada nos da á conocer mejor la injuria que hace á Dios el pecado, que la severidad de la divina justicia para con los pecadores impenitentes: *Si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet? (Luc. 23.)* decia Jesucristo á las santas mugeres que lloraban sobre él en el camino del calvario. No se hallaría de seguro un pecador que no se corrigiera de sus vicios, como meditára con frecuencia los dolores y penas de Jesucristo. El voluptuoso, el vengativo, etc. todos se apresurarian á salir de su infeliz estado; todos procura-

rian disponerse debidamente para cumplir con el precepto pascual, porque nadie habria que se atreviera á profanar con un sacrilegio los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía; nadie habria que no mirára con horror el renovar con una comunión indigna la crucifixion del hijo de Dios. Los tímidos saldrian de su estado de tibieza, y harian esfuerzos por adquirir las virtudes; los justos adelantarian mas y mas en la piedad y se abrasarian en las llamas del divino amor al tiempo de comulgar, recordando las angustias y tormentos de Jesus en los últimos momentos de su vida. En una palabra, no habria pecador que no abandonára sus culpas, que no se llenára de fervor y que no se dispusiera para la comunión de la pascua, si en conformidad al precepto del Salvador tragese á la memoria el grande amor que nos manifestó en su dolorosa pasion y del que nos ha dejado un memorial perpetuo en el sacramento de nuestros altares. Por esta causa ha sido siempre la principal devocion de los santos el meditar continuamente la pasion de Jesucristo. *Hæc meditari*, decia san Bernardo, *dixi sapientiam, in his justitie mihi perfectionem constitui. Hæc mea sublimior philosophia scire Jesum, et hunc crucifixum*. Esta era tambien la particular devocion de san Pablo, quien se gloriaba de no saber otra cosa que á Jesus crucificado, y ponía el mayor esmero durante sus tareas evangélicas en predicar y hacer amar á un Dios crucificado: *Prædicamus Christum crucifixum*. (1. Cor. 1.) Asi es que exhortaba sin cesar á los cristianos, á que tuvieran continuamente en la memoria la pasion de Jesus: *Recogitate eum*, escribia á los Hebreos, *qui talẽ sustinuit à peccatoribus adversum semetipsum contradictionem*. (Heb. 12.) Notad bien, H. M., esta espresion, *recogitate*, como si dijera, pensad y volved á pensar en aquel que sufrió por parte de los pecadores una tan gran contradicción. De aqui procede el que la iglesia ponga tanto cuidado en inculcarnos esta consideracion y que no contenta con recordárnosla todos los viernes del año, haya consagrado ademas esta quincena en honor de la pasion de nuestro Dios.

Armaos pues, H. M., os diré con san Pedro, del pensamiento de lo que Jesucristo padeció por vosotros en su carne: *Christo passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini* (1. Pet. 4.)

Pensad vosotros pecadores, pensad también vosotras almas justas; pensemos todos, H. M., á fin de disponernos á celebrar por medio de una verdadera penitencia y las obras dignas de un cristiano la solemne festividad de la pascua en que hemos de recibir á ese mismo Dios que tanto sufrió por nosotros. Pero cuánto y cómo nos deberemos emplear en esta consideración? Os lo voy á decir en pocas palabras.

SEGUNDO PUNTO.

De desear sería, H. M., que nos ocupáramos continuamente de los dolores y sufrimientos de Jesucristo, porque además de serle muy agradable este recuerdo, nosotros sacaríamos cada día nuevas ventajas en provecho de nuestras almas. El mismo Jesucristo no perdió jamás de vista este pensamiento de su acerba pasión, la cual se le presentaba á cada instante con todo el aparato de crueldad y de furor con que habían de atormentarle sus verdugos. Santos y santas ha habido que le recordaban á todas las horas del día y aun de la noche, trayendo á la memoria cada vez que sonaba la campana del reloj lo mucho que el Salvador había padecido por su amor: práctica devota á que las almas piadosas suelen llamar reloj de la pasión. Pero si este santo ejercicio nos parece costoso y difícil, somos inexcusables de no pensar al menos en ciertos días y en ciertas circunstancias en que nuestra madre la iglesia así lo desea. Ya os dije antes que los viernes están destinados á este fin, como también muchas festividades establecidas en honor de la pasión de Jesús. También os he indicado al comenzar este discurso cuáles son las intenciones de la iglesia en estas dos semanas que componen el tiempo llamado de pasión, durante el cual desea solícitamente que nos dediquemos con la posible frecuencia á considerar los tormentos y dolores de nuestro Redentor. Yo espero que todos vosotros, H. M., llenareis sus piadosos deseos y que no dejareis pasar un solo día de esta quincena sin ocuparos de tan saludable pensamiento. Como sino os podreis llamar hijos del calvario, si rehusais pensar seriamente durante estos quince días en aquel señor que con inde-

cibles angustias os ha dado la vida sobre el madero santo de la cruz? No creais que esta sea una empresa árdua é incompatible con vuestros negocios y ocupaciones. Os es permitido elegir para ello el tiempo mas oportuno y mas desembarazado, ya sea el de la mañana, el de medio dia ó el de la noche. Sin embargo os aconsejo, que si es posible, prefirais siempre el de la mañana, porque entonces os servirá la meditacion de escelente medio para santificar el resto del dia, y para infundiros aquellos sentimientos de penitencia y de amor que no pueden menos de producir estas piadosas consideraciones. Hasta las mismas tareas y ocupaciones de vuestro estado os deben sugerir el pensamiento de la pasion de Jesucristo, y tanto mas, quanto fueren mas penosas. Qué otra cosa en efecto podrá dulcificar mejor vuestras penas, vuestras fatigas y sudores que el contemplar á Jesus sudando sangre y agua en el huerto de las olivas, abrumado con el peso de la cruz en el camino del calvario y sufriendo una sed ardiente en el infame patíbulo donde estuvo enclavado. Ah!, H. M., si tuviéramos alguna fé, todo nos recordaría lo mucho que ha sufrido Jesus por nosotros y los grandes ejemplos que nos ha dado en su pasion dolorosa. La imagen de la cruz se presenta á nuestros ojos casi en todos los pasos y acontecimientos de la vida. Qué cosa mas facil que hacer entonces algunos actos con el corazon y aun con la boca, ya de adoracion á Jesus en su estado de dolor, ya de ofrecimiento y union de nuestros trabajos á los suyos, ya de súplica para que corrija nuestros malos hábitos y nos dé auxilios para vencer las tentaciones é imitar los muchos ejemplos que nos dejó en su pasion! Ved pues aqui una manera facil y nada superior á vuestras fuerzas de meditar útilmente en los sufrimientos del Salvador, sea el que quiera vuestro estado, condicion, etc. Hay tambien otros varios métodos que podeis seguir con poco trabajo y mucho fruto, como el de recorrer por orden todos los misterios de la pasion, considerando atentamente lo mas principal de cada uno. Para ello necesitais estar enterados de la historia de la pasion, que dividen los místicos en siete estaciones dolorosas para que pueda meditarse una en cada dia de la semana. (Se especi-

carán estas diferentes estaciones, teniendo presente que algunos aumentan su número, como puede verse en el *via-crucis*, que se halla en los devocionarios.) No os olvidéis tampoco, H. M., de los dolores de la Santísima virgen, en cuyo honor y memoria celebra la iglesia una fiesta particular en el prócsimo viernes: meditación sobre ellos especialmente vosotras jóvenes y mugeres cristianas, procurando escitar en vuestros corazones los sentimientos y afectos con que tan tierna madre asistió á la pasion de su querido hijo, y haciendo tambien por imitar á las piadosas y santas mugeres que la acompañaron en su dolor.

Canvendrá estenderse algo sobre el modo de hacer estas meditaciones en beneficio de aquellos que tengan tiempo para ocuparse en tan saludable ejercicio. En otra parte hemos hablado acerca de esto. Pero en lo que debe insistirse mas particularmente es en hacerles ver cuáles son los sentimientos que deben producir en su ánimo estas meditaciones y los propósitos y resoluciones que á consecuencia deben formar: á saber, sentimientos de admiracion, de adoracion, de accion de gracias, de contricion, de amor, y principalmente de imitacion. Tambien se les especificarán las diferentes virtudes que deben proponerse imitar, concluyendo la plática por exhortarles á que comiencen desde esta semana, por ejemplo, mañana por la mañana, á considerar á Jesus en el huerto de las olivas y á recordarle varias veces al dia, haciendo como él muchos actos de conformidad con la voluntad divina y pidiendo de cuando en cuando la gracia necesaria para disponerse á recibirle dignamente en el sacramento de la comunión. Aqui vendrá con mucha oportunidad aquel pasaje de la escritura donde se habla de la serpiente de metal que levantó Moisés en el desierto: véase al efecto el libro de los números, cap. 21 y el Deuter. cap. 8, como tambien el 3.º de san Juan donde se leen estas palabras: *sicut Moyses exaltavit serpentem, etc.*, sobre las cuales dice san Agustin: *Quis est serpens exaltatus?* y despues de responder que es Jesucristo, que murió y fué levantado en la cruz, añade: *Quomodo qui intuebantur in illum serpentem, non peribant morsibus serpentum, sic qui intuentur fide mortem Christi, sanantur morsibus peccatorum.* Hecho esto se ter-

minará el discurso con una súplica al mismo Jesucristo.

Perdon, Salvador de mi alma, por el olvido en que he tenido hasta hora vuestra dolorosísima pasión, perdon por mi ingratitud, por mi insensibilidad: grabad en lo mas hondo de mi espíritu y de mi corazón esta dolorosa pasión. Ya no dejaré pasar un solo día sin traerla á mi memoria y pensar en ella algun tiempo. Concededme, Señor, vuestra gracia para poner en obra esta resolución y haced que imite fielmente las virtudes que vos habeis practicado en medio de vuestros dolores y sufrimientos, haced que yo padezca como vos, para que pueda reinar un día con vos en la patria de los bienaventurados. Amen.

SEGUNDA PLÁTICA.

SOBRE LA COMUNION SACRÍLEGA.

La comunión sacrílega es un asunto de la mayor importancia para que pueda omitirse en este día. Por eso debe hablarse de ella ó bien espresamente, ó bien en el intermedio de la plática sobre otra materia, como seria esta de la pasión del Salvador. De todos modos conviene tratarla expreso de cuando en cuando, y en ninguna otra instruccion debe manifestarse mas el celo de un párroco que en la de la comunión indigna. El evangelio del día conduce muy naturalmente á tocar el asunto y á ponderar la enormidad del crimen que cometen los sacrílegos. Puede comenzarse de esta manera:

El evangelio que acabais de oír, H. M., contiene la historia de un razonamiento que tuvo el Salvador con los judíos pocos días antes de su pasión. Como Jesucristo sabia muy bien el designio que habian formado de quitarle la vida, les hace ver que son inescusables en sus criminales intentos, puesto que solo les ha predicado la verdad y su conducta ha sido en un todo irrepreensible. Quién de vosotros, les dice, podrá convencerme de pecado? y si os digo la verdad, por qué no me creéis? Si vosotros fuérais verdaderos hijos de Dios, escucharíais las palabras de Dios. Qué os parece,

respondieron á esto los judíos? No lo podreis oir, H. M., sin espanto y horror; le llenan de injurias, inclusa la de llamarle samaritano, es decir, apóstata, y no contentos con esto se atreven á decirle que está poseído del demonio. Y por qué Jesus añadió despues que era mas antiguo que Abraham su patriarca y que antes que Abraham ecsistiera, ya ecsistía él, esto es, desde la eternidad, llegaron hasta quererle apedrear. (Esto aconteció en el templo de Jerusalem.) Jesus no escapó de su furor sino ocultándose, es decir, haciéndose invisible y saliendo así por en medio de ellos del templo donde se hallaban. Vosotros os habreis indignado sin duda al ver este proceder tan inicuo que observaron los judíos para con el Salvador, así como os habrá edificado la conducta de Jesus para con los judíos. Pero quién lo creyera! los cristianos obran, y ojalá no fuera cierto, los cristianos obran con Jesucristo de una manera todavía mas horrible y mas cruel. El es nuestro salvador y nuestro Dios que se halla en medio de nosotros y realmente presente en nuestros templos, no solo para instruirnos como á los judíos, sino para darnos á comer su propia carne, y á beber su misma sangre, y sin embargo, cosa increíble! se ven cristianos y no pocos que se atreven á ultrajarle en el sacramento de su amor, á insultarle, á tratarle de la manera mas indigna, recibéndole con una conciencia criminal y manchada de pecados. Ah!, H. M., cómo podrán dejar de conmovirse mis entrañas del celo mas ardiente á la vista de una acción tan monstruosa? Que no tuviera yo toda la elocuencia de los mas grandes doctores, todo el ardor de los querubines, para hacer un justo retrato de la comunión indigna y poder de este modo infundiros todo el horror que se merece! Oh Jesus amantísimo! en esto se halla interesada vuestra gloria, pues se trata nada menos que de evitaros los mas ofensivos ultrajes y de preservar á mis oyentes de los terribles castigos con que les amenazais; dad pues, Señor, á mis palabras una fuerza irresistible, poned en mi boca espresiones todas de fuego, para que los fieles aqui congregados se aprovechen de lo que voy á decirles de parte vuestra. Y vosotros, H. M., escuchadme con religiosa atencion en este asunto de tanto interés. Entre todos los sacrilegios no hay uno que deba temerse tanto como

el de la comunión indigna, por las razones que procuraré desenvolver con toda claridad á saber, porque la comunión indigna es por sí misma y por su naturaleza el mas enorme de todos los sacrilegios, el mas odioso por todas sus circunstancias y el mas funesto en fin por sus fatales consecuencias. Los diferentes modos con que se comete y como habeis de preservaros de tan horrendo crimen, hé aqui todo el asunto de esta plática.

PRIMER PUNTO.

Se empezará explicando qué se entiende por sacrilegio y sus diferentes especies. (Véase á santo Tomas 2.^a 2.^a, q. 99. art. 1 et 3.) De dónde se toma la gravedad del sacrilegio? Segun la doctrina de los teólogos, de la santidad de la cosa sagrada que se profana. *Tantò sacrilegium est gravius, quantò res sacra in quam peccatur majorem obtinet sanctitatem.* Ahora bien, entre las cosas que están consagradas á Dios, hay alguna mas santa que la divina Eucaristía? El profanar las imágenes de los santos y sus reliquias, el profanar los vasos sagrados, deshonar los lugares santos con criminales irreverencias, poner las manos en los ministros del señor, en las personas consagradas á Dios, son otros tantos sacrilegios que se sobrepujan unos á otros; pero profanar la sagrada Eucaristía, acercarse indignamente á Jesucristo, es el sacrilegio mas enorme por su naturaleza, porque ataca lo que hay de mas santo en la religion, porque profana el mas augusto de todos los sacramentos, porque conculca la persona misma de Jesucristo que es la santidad por esencia. *Ideo*, dice santo Tomas, art. 3, *sacrilegium quod contra hoc sacramentum committitur gravissimum est inter omnia.* Esto mismo es lo que nos significa bien claramente san Pablo cuando dice que el que comulga indignamente se hace reo del cuerpo y sangre de Jesucristo. *Reus erit corporis et sanguinis Domini.* Y qué es hacerse reo del cuerpo y sangre de Jesucristo? No es otra cosa, dice san Ambrosio, que profanarle, tratarle indignamente, menospreciarle y conculcarle: *conculcatur corpus Domini*: es hacerse tan criminal como si alevosamente se asesinára á Jesucristo y se derramára de un

modo inhumano su sangre preciosa: *Reus est talis (peccator) cædis dominicæ, ac si Dominum occidisset, et Chisti sanguinem effudisset.*

Representaos ahora, H. M., las profanaciones mas infames, el saqueo de las iglesias, el derribo de las imágenes, el robo de los vasos sagrados y las sagradas formas arrojadas á los perros; á todas estas abominaciones que os llenan de horror, sobrepuja con mucho la comunión indigna y todavía hace mayor injuria á Jesucristo el que se atreve á recibirle con un corazón inmundo y un cuerpo manchado de pecados, que si hollára con sus plantas los vasos sagrados y diera á comer á los perros la sagrada hostia. Por qué? porque él comulga indignamente, entrega á Jesucristo al mismo demonio, quien se hace dueño, por decirlo así, de su santísimo cuerpo, para reinar absolutamente en el corazón del sacrilego como en un lugar que exclusivamente le pertenece.

Imaginaos si podeis la injuria que en este caso recibe Jesucristo, el cual se ve como forzado á entrar y permanecer en un lugar asqueroso y horrible, á incorporarse por decirlo así, con el pecado, á unirse todo un Dios, un Dios de santidad, de pureza y de justicia con un miserable pecador, con un alma y un cuerpo impuros, manchados de crímenes, con un vengativo, con un adúltero, etc. Oh, Jesus de mi alma! la iglesia canta llena de admiración que no tuvisteis horror al seno de María la mas pura y la mas santa de todas las vírgenes; cómo podreis pues habitar en el lodazal inmundo del infame sacrilego que os recibe indignamente? (Inspírese el mas vivo horror á este crimen.)

Comprendeis ya cristianos sacrilegos toda la malicia de vuestro atentado y podeis pensar en él sin estremeceros de horror? Habeis cometido el mayor sacrilegio que se puede cometer en la religión; habeis hecho á Jesus, al santo de los santos, el mas indigno y ofensivo de todos los ultrajes, cual es el de haberle entregado al poder del demonio. Quién de vosotros al pensar en esto no se muere de dolor!

Pero todavía no es esta mas que una parte de la malicia que encierra la comunión indigna; las circunstancias de que va acompañada aumentan de tal modo su gravedad, que llegan á convertirla en el mas odioso de todos los sacrilegios. Qué circunstancias son esas,

H. M.? ojalá pudiera yo describirlas con sus verdaderos colores para haceros comprender toda la indignidad que lleva consigo este atentado de lesa majestad divina. Qué tiempo, decidme, es el que escogé el sacrílego para ultrajar á Jesucristo? es cabalmente aquel en que recibe el beneficio mas señalado, en que su divina majestad viene á colmarle de dones y gracias singulares, de bienes sin cuento y de infinito valor; es en un tiempo en que mostrando al parecer el indigno que quiere honrarle mas que nunca, le ofende y deshónra cuanto puede deshonorarle, y renueva en cierta manera todos los tormentos de su pasion, y aun supera en malicia á los infames verdugos que conspiraron á la muerte del Salvador; es decir en pocas palabras, que este hombre perverso comete entonces la ingratitud mas monstruosa, la traicion é hipocresía mas abominables y renueva en un sentido todos los tormentos, todos los ultrajes, todas las violencias de su acerva pasion y de una manera que le es todavia mas amarga y dolorosa. Para descubrir esta conducta tan indigna del pecador sacrílego, no tenemos mas que seguir sus pasos y observar los designios que forma al acercarse á la sagrada mesa en pecado mortal. En lugar de mostrar entonces el mas profundo reconocimiento á la bondad infinita de Jesucristo, este infeliz no teme ni recela alimentarse de su santísima carne, sabiendo como sabe que es indigno, que es enemigo suyo y que con este paso le ofende y desagradamas que con todos los delitos que ha cometido. Despues de haber hecho una mala confesion, sin dolor, sin propósito de la enmienda, con un corazon ulcerado y rebosando hiel contra su hermano; etc., etc., se acerca al altar y recibe en su boca al santo de los santos! Qué puede haber de mas horrible? Dónde habrá términos para ponderar debidamente la maldad de este delito?

A la ingratitud junta el sacrílego la traicion, la perfidia y la hipocresía. Vedle mezclado con las almas justas, dirigir sus pasos hácia la sagrada mesa con un exterior compungido, en ademan modesto, los ojos bajos, las manos juntas; vedle como llega y se prosterna de rodillas; cualquiera diría que era un discípulo de Jesucristo en cuyo espíritu rebosaba el fuego de la caridad para con su divino maestro. Ah! maldito hipócrita, qué es lo que haces?

Ignoras acaso que el Dios á quien vas á recibir, está viendo el fondo de tu perverso corazon? No temes, miserable, que haga salir de su santuario un fuego que te devore, ó que se abra la tierra y te trague vivo, como á Coré, Dathan y Abiron? No, no lo teme, H. M., antes bien se presenta con descaro y á la manera del pérfido Judas entrega con un beso á su maestro en manos de su mas cruel enemigo. El demonio que es ya dueño del corazon de este infeliz, se apodera en cierto modo de la sagrada persona del Salvador y se vuelve á repetir entonces la escena sangrienta de la pasion de Jesucristo. Traigamos á la memoria los diferentes tormentos del Salvador en el huerto de las olivas, en los tribunales donde fué conducido y sobre todo los que sufrió en el calvario; pues todos ellos son renovados aquí con una malicia muy superior á la de los mismos judíos.

Se mostrará como se verifica esta renovacion de los tormentos del Salvador, y despues de especificarles, se añadirá que la perversidad del sacrílego sobrepuja en muchos grados á la perversidad de los judíos: 1.º porque tiene conocimientos de que estos carecian: *si cognovissent, numquam, etc.*: 2.º porque ultraja á Jesucristo en su estado de gloria, y 3.º porque continúa y multiplica con frecuencia sus sacrilegios.

Asombráos, cielos, y sobrecogeos de espanto! Oh sol, que te eclipsaste á la muerte de Jesus, cómo puedes alumbrar al infame sacrílego? etc.

Dios les sufre, pero ah! es por lo regular, H. M., para su desgracia, es para descargar sobre ellos el justo castigo que merecen por sus crímenes. Y ved aquí lo que debe acabar de infundiros el mas vivo horror á la comunión indigna: Dios que es justo por esencia y que guarda una esacta proporcion entre la pena y el delito, ha de castigar forzosamente de la manera mas terrible á los sacrílegos; lo cual si se meditára bien, seria motivo bastante para que los cristianos se retrajeran de cometerle con el mayor cuidado posible. Pero cuáles son, preguntareis, esos castigos que Dios envia sobre el que comulga en mal estado? Se pueden distinguir tres clases, castigos corporales, castigos espirituales y castigos eternos.

Castigos corporales. San Pablo les indicaba ya en su tiempo bien

claramente cuando decia: *ideò inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi*. En donde se ve que las enfermedades, la muerte prematura y aun repentina son castigos de la indigna comunión. San Cipriano, serm. de Laps. y san Juan Crisóstomo atribuyen las calamidades públicas de sus tiempos á la profanacion de este sacramento. No podríamos nosotros con mucho fundamento mirar como castigos de las comuniones sacrílegas, los granizos, las tempestades, etc. que acontecen despues de la pascua y que arrebatando los frutos de la tierra dejan sumidos en la miseria á pueblos enteros cuando menos lo esperaban? Lo cierto es, dice san Pablo, que si nosotros pusiéramos todo nuestro conato y diligencia en probarnos bien antes de comulgar, no nos castigaria Dios de esa manera: *si nosmetipsos dijudicaremus, non utique dijudicaremur*, y que si nos aflije ahora con estos males y calamidades es con el objeto de corregirnos y de que nos sirvan de escarmiento para lo sucesivo; *Dum judicamur autem, á Domino corripimur*. Pero lo que Dios se propone muy particularmente al enviarnos tales castigos, es el preservarnos de la condenacion eterna y de que no nos perdamos para siempre con los impíos: *ut non cum hoc mundo damnemur*. Porque debeis saber, H. M., que las penas espirituales con que Dios castiga á los que comulgan sacrílegamente son mucho mas terribles sin comparacion que las penas temporales. La ceguedad del espíritu, la obstinacion del corazon y la impenitencia final son sus consecuencias mas ordinarias, como se ve claramente en el triste suceso de Judas. (Se manifestarán los resultados de su comunión sacrílega.) *Exivit continuò; introivit in eum satanas*. A pesar de haber sido testigo de los grandes prodigios de su maestro, y recibido los mas insignes beneficios, medita la mas negra traicion y se pone á la cabeza de los enemigos del Salvador para entregarle en sus manos. Jesucristo le recibe con benignidad, le besa con ternura, le llama su amigo y lejos de convertirse con estas demostraciones de afecto, se endurece mas y mas y viene á parar en la mas funesta desesperacion, *et laqueo se suspendit*, perdiendo asi la vida del cuerpo y la del alma. No os conmovirá, H. M., este ejemplar tan terrible? Ah! cuántos casos iguales se están viendo todos los dias, que si no

son tan públicos, no por eso son menos efectivos! Cuántos cristianos que antes de comulgar sacrílegamente sentían todavía los remordimientos de su conciencia y les hacía alguna impresión la palabra divina, pero que después de su primera comunión indigna, se ha cegado su espíritu y endurecido su corazón, hasta el punto de que solo un milagro de la gracia puede cambiarles! El apóstol san Pablo llega á decir que no solo está pronunciado contra ellos el juicio, sino que le han comido, que le han incorporado consigo mismos; *judicium sibi manducat et bibit*. Comprendeis la fuerza de esta expresión, *sibi manducat et bibit*, ha comido y bebido su juicio de condenación? No es un papel donde esté escrito su juicio, no está solamente grabado en el bronce, sino que le llevan impreso en su corazón, le tienen unido y como encarnado por decirlo así en su mismo ser y en su misma alma. Cómo pues ha de ser fácil borrarle ni hacerle revocar? En verdad que es en extremo difícil y que se puede aplicar á este delito lo que decía san Pablo á los que abandonaban voluntariamente la ley de Jesucristo: *voluntariè peccantibus non relinquitur pro peccatis hostia*. Jesucristo como víctima adorable, ofrecida todos los días por nosotros, es capaz de templar la indignación de Dios; su sangre derramada en el calvario tiene virtud para lavar todos nuestros delitos; pero si ultrajamos esta víctima, si del mismo sacrificio hacemos un sacrilegio, si pisamos esta preciosa sangre, lejos de apaciguar á Dios esta víctima, este sacrificio, esta sangre, pedirán venganza y justicia contra nosotros. Y á dónde recurrir entonces? Qué abogado podrá encontrar para con Dios quien ha ultrajado tan indignamente á Jesucristo, abusando de la hostia santa, de la hostia pacífica? etc. Os confieso ingenuamente que si hubiera algún pecado irremisible, no dudaría un momento en pronunciar que este era el de la comunión indigna.

Ah!, H. M., si algunos de vosotros ha tenido la desgracia de hacerse reo de este crimen, que jima, que se duela con todo su corazón, que se humille y no omita medio para templar la cólera de un Dios justamente irritado; sin duda que su infinita misericordia le ha dejado llegar á la presente pascua para que repare por medio de la penitencia su sacrilegio. Y vosotras almas justas que

siempre le habeis mirado con horror, aprended ahora como habeis de preservaros de tan enorme delito. Yo os lo voy amanifestar en pocas palabras, poniendo á vuestra vista los diferentes modos con que puede hacerse uno culpable de la comunion indigna.

SEGUNDO PUNTO.

Ya os dije, H. M., al principiar el discurso, y lo vuelvo á repetir ahora, que el número de comuniones sacrílegas es mayor de lo que se cree comunmente, pues que vemos comulgar á tantos por este tiempo, sin que por eso se disminuyan los crímenes, ni dejen de continuar los mismos escesos que se observaban antes de la pascua.

Entre los que comulgan sacrílegamente hay unos que lo hacen por una malicia refinada y otros por una ilusion criminal. Sí por cierto, y lo digo con el mas profundo dolor, hay cristianos, si se les puede dar este nombre, mejor hay monstruos que se atreven á presentar en la sagrada mesa con una malicia deliberada, sabiendo como saben que se encuentran en estado de culpa mortal, por no haberla querido declarar en la confesion. Yo no puedo sospechar en ninguno de vosotros semejante iniquidad; esta clase de hombres son dignos de todos los rayos del cielo, y en vano sería tratar de hacerles ver su malicia, porque estos no vienen á los sermones, para no tener que recordar su mal estado, y aunque asistieran, les harian poca impresion nuestras palabras, como sucedió con Judas, cuando el Señor le echó en cara la enormidad de su crimen. Cuántas veces los ministros del Señor á ejemplo de su maestro se ven en la precision dolorosa de tener que dar la comunion á estos nuevos Judas! Dejemos pues, H. M., dejemos á estos mónstruos, para examinar otra clase de cristianos, que si bien menos malvados que los primeros, no por eso dejan de ser culpables de la profanacion de tan augusto sacramento. Y quiénes son estos? Son muchos cristianos de uno y otro sexo que comulgan despues de una confesion imperfecta, sin haber renunciado sinceramente á sus hábitos criminales, con el apego en su corazon al pecado, sin querer abandonar la

ocasion próxima de cometerle, que conservan todavía el rencor y ódio para con su prójimo, etc.

No quiero decir que estos cristianos quieran á sangre fria y por malicia recibir indignamente el cuerpo del Señor, sino que ellos no se prueban antes lo bastante, ni se ecsaminan sobre si su corazon está desasido de las criaturas, y convertido de veras á Dios de quien se habian alejado, persuadiéndose falsamente que con haberse confesado y recibido la absolucion, no necesitan mas para acercarse á comulgar. Hé aquí lo que se llama sacrilegio de ilusion, de engaño y de falsa conciencia; ellos no reparan en su mal estado, porque las pasiones les ciegan y el demonio les ciega. Abrid hoy los ojos, H. M., y mirad si os habeis hecho reos por esta causa de comuniones indignas. Yo no temo decir que muchos de vosotros habeis comulgado sacrilegamente, porque habeis comulgado sin cambiar vuestro corazon, sin tener el vestido nupcial que es la caridad, el amor de Dios y del prójimo, segun nos está mandado.

Veamos sino como se conducen muchos cristianos cuando se proponen cumplir con la iglesia. Comienzan como debian por alejarse del pecado, de las malas compañías, etc., de modo que sea este su principal cuidado, y preferente solicitud? A que lo hagan así, se les exhorta desde la entrada en la cuaresma y aun antes, pero á pesar de todo ellos son siempre los mismos. Se aprocsima el tiempo pascual, y no pueden dejar de acudir al tribunal de la penitencia. Pero cómo se preparan? Hacen poco antes un ecsamen ligero y superficial de su conciencia y en seguida buscan un confesor indelgente, procurando huir de aquel de quien hacen juicio que querrá sondear sus llagas y no les ha de permitir la comunión, sin que antes hayan mudado de vida. Y si llegan á caer en manos de un prudente médico, de un confesor celoso que les ecsija suficientes pruebas, no le dejan para ir á otros? O si vuelven al mismo, ¿no cuidan de disfrazar sus culpas, de disminuir su gravedad, no le hacen promesas que no piensan cumplir, no ecsageran su pretendida conversion, todo con el objeto de arrancarle una absolucion que solo servirá para hacerles mas condenables? Ah!, H. M., y cuántos hay que se engañan así mismos para su eterna desgracia!

Cuántos, dice san Cipriano, que exalando todavía por decirlo así el olor de sus crímenes, arrebatan el cuerpo de nuestro Señor, sin haber purificado bien su conciencia, sin haber tomado el tiempo necesario para prepararse á celebrar una accion tan grande y tan santal *Quam multi, exhalantibus etiam nunc scelus suum faucibus, Domini corpus invadunt, ante purgatam conscientiam, ante expiata delicta!* Entrad dentro de vosotros mismos, jóvenes de uno y otro sexo, con especialidad vosotros los que os veis con demasiada frecuencia bajo el pretesto de tomar estado acaso contra la voluntad de un padre y de una madre. Reflexionadlo tambien vosotros cristianos que empeñados en ciertos empleos, en ciertas profesiones peligrosas para vuestra alma, en que cometeis puede ser mil injusticias; vosotros cuya vida es enteramente mundana y del todo contraria á las santas máximas del evangelio; vosotros los que os dejais llevar de los furrores de la ira, que negais la palabra á una persona de quien creéis haber recibido un insulto; vosotros los que á cada paso vomitais palabras escandalosas y obscenas, los que despues de muchos años reteneis injustamente unos bienes que no os pertenecen, etc., etc. Bien me persuado que habrá algunos cristianos que pongan algun intervalo entre sus crímenes y su comunión, que se abstengan de pecar en los dias anteriores al que tienen destinado para cumplir con la iglesia. Pero á qué se reduce este intervalo? A unos pocos dias, muy pocos, durante los cuales se abstienen de los pecados de mas bulto, sin dejar acaso de cometer otros que ofenden á Dios gravemente, con lo cual y despues de una confesion hecha de priesa y sin mas preparacion, creen ya poderse acercar á recibir el pan de los ángeles! Qué extraño es que su corazon no haya cambiado, y que se vean esas prontas recaídas á luego que pasa la pascua, que se adviertan los mismos vicios, los mismos desórdenes sin ninguna enmienda ni reforma en las costumbres!

Ah!, H. M., no os espongaís por Dios á la terrible desgracia de comulgar en mal estado: tomaos todo el tiempo que necesiteis para una digna preparacion; no digais que va á espirar el tiempo pascual y que os veis en la precision de comulgar para cumplir con el precepto; no, tomad primero todas las precauciones necesarias,

y si vuestro confesor juzga que no os hallais dispuestos para comulgar en estos quince dias, tened presente que la iglesia le autoriza para dilatar vuestra comunión y que el tiempo de recibirla para vosotros es aquel en que os halleis suficientemente dispuestos. En la ley antigua estaba mandado por Dios que aquel que se hallara inmundo, es decir, indispuerto para celebrar la pascua con los demas en el primer mes, la celebrara en el mes siguiente: *Homo qui immundus fuerit, faciat phase Domini mense secundo*. Este precepto le ha renovado el Señor en la nueva ley por conducto de la iglesia que autoriza á los confesores para diferir la pascua de los cristianos, cuando y con quienes lo juzguen á propósito. Asi pues, dejad obrar, H. M., á vuestro confesor, y que ni los humanos respetos, ni las consideraciones mundanas, ni ningun otro motivo sean capaces jamás de llevaros á la sagrada mesa sin la preparacion necesaria. Formad desde hoy este propósito y para animaros á ponerle en práctica, meditat todos los dias sobre lo que habeis oido en esta instruccion, á saber, que entre todos los sacrilegios no le hay mas enorme en si mismo que la comunión indigna; ninguno mas odioso por sus circunstancias, ninguno mas funesto en sus consecuencias. Añadid á esto el terrible anatema con que amenaza el hijo de Dios al que comulga indignamente; ah! no quiera Dios que caiga sobre ninguno de vosotros. Yo tiemblo, H. M., al pronunciarle: *væ homini illi, per quem filius hominis tradetur*. ¡Ay de aquel por quien sea entregado en esta pascua el hijo del Hombre! ¡Ay de ese jóven, de esa mujer, de ese padre de familia que comulguen indignamente! Habrá alguno tan desgraciado en mi auditorio á quien toque esta maldicion? Sobre quien caerá, H. M.? Sobre quien? sobre todos aquellos que sin hacer caso de lo que acaban de oír, continúen en sus desórdenes y no traten de poner los medios mas eficaces para salir de su mal estado. Que no sea así, H. M.: yo os suplico por la sagrada hostia que os he de distribuir y que va á ser inmolada en aquel altar, os suplico que no convirtais esta hostia santa en motivo de vuestra condenacion, que es la mas espantosa de todas las condenaciones; antes bien que os sirva para aumentar la vida de la gracia y conduciros á la vida eter-

na. Que se realicen con todos vosotros y con cada uno de vosotros estas hermosas y tiernas palabras que la iglesia pone en boca de sus ministros al dar la comunión á los fieles: *Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam æternam. Amen.*

NOTA. Puede variarse muy facilmente el plan que se acaba de presentar, mostrando, v. g., en el primer punto la grande injuria que hace á Jesucristo la comunión sacrilega, y en el segundo, el rigor de las penas con que Dios castiga este enorme delito. O bien se puede proponer de esta manera: Nada es mas de tener que una comunión sacrilega, primer punto. Es sin embargo demasiado común, segundo punto. Pero de cualquier modo que se trate esta materia, es preciso no perder de vista el objeto de la presente plática, que es el de preservar á los justos del grave pecado de la comunión sacrilega y de hacer que los pecadores no omitan medio para purificar su corazón antes de acercarse á la sagrada mesa, y que ademas procuren seguir con la mayor docilidad los consejos de un sabio y discreto confesor.

EPÍSTOLA.

De la grandeza y valor del sacrificio de la cruz y del abuso que de este sacrificio hacen muchos cristianos.

La epístola de la misa del día es del cap. 9 de la carta de san Pablo á los hebreos ó judíos convertidos á la fe de Jesucristo. Fué como una circular que desde Roma, donde se hallaba el apostol hácia el año 60 de la era cristiana, dirigió á todos los judíos convertidos, de los que un gran número estaba disperso por las diferentes partes del mundo, y con particularidad á los que habitaban en la Judéa. Muchos creen que fué escrita en hebreo ó en siríaco. El objeto de los diez primeros capítulos, (contiene toda ella trece) es desarraigar de los hebreos la fuerte inclinación que conservaban hácia el antiguo testamento y que les inducia á unir las ceremonias y prácticas de la ley antigua con el evangelio de Jesucristo. Con este objeto les hace ver la grande preeminencia de la persona y de la ley de Moisés, para pasar en seguida á mostrarles el sacerdocio

de Jesucristo y la dignidad y escelencia de su sacrificio, del que no eran mas que una figura los sacrificios de la ley antigua. Tal es su designio hasta el versículo 19 del cap. 10, y en lo restante de ella se consagra á recordarles varios preceptos morales y particularmente á infundirles aliento para sufrir las persecuciones con entera resignacion y á fortalecerles en la fe y demas virtudes cristianas.

La iglesia ha entresacado de esta epístola lo que contiene de mas notable acerca del sacrificio de la cruz, cuya memoria nos recuerda en estos quince dias; comienza con estas palabras: *Christus assistens pontifex futurorum bonorum, per amplius et perfectius tabernaculum, neque per sanguinem hircorum, sed per proprium sanguinem introivit semel in sancta. Et ideo novi testamenti mediator est, ut morte intercedente, etc.*

No se hallará una epístola en el año que trate de un asunto mas elevado que la presente. En la del domingo anterior nos muestra la iglesia en la alegoría de los dos hijos de Abraham la gran diferencia que media entre el antiguo y nuevo testamento y en el dia de hoy nos pone á la vista lo que hay de mas escelente y sublime en la ley de gracia, lo que ha sido origen fecundo de los bienes espirituales que desde la creacion del mundo se han derramado sobre el género humano; á saber, el gran sacrificio de la cruz, la muerte del sumo sacerdote de la ley de gracia, con la cual han sido espiados los pecados de todos los hombres que vivieron, viven y vivirán. Se presenta pues ocasion oportuna para tratar con motivo de la presente epístola del asunto mas bello y grandioso de nuestra religion, de donde puede sacarse una escelente moral muy á propósito para el tiempo en que nos hallamos: este asunto es el que va indicado en el epígrafe. Convendria leer en castellano los versículos que comprende esta epístola.

Nuestra madre la iglesia que desea, H. M., no perdamos de vista la pasion de Jesucristo, con especialidad en estos quince dias y que nos dispongamos á sacar todo el provecho de ella por medio de una comunión digna, nos recuerda en la epístola de este dia el gran sacrificio de la cruz. En el domingo anterior os hice ver la diferencia del antiguo y nuevo testamento y la superioridad de la

ley de gracia sobre la ley antigua; pero lo que mas particularmente ensalza y distingue al nuevo testamento, es la cualidad del pontífice, es la escelencia y virtud del sacrificio que ofreció y cuya memoria renovamos todos los dias en nuestros altares. Hoy me propongo hablaros, H. M., de la grandeza y valor de este sacrificio; con el objeto de estimularos á tomar parte en los sentimientos que la iglesia desea inspirar en todos sus hijos en el tiempo en que nos hallamos, y al mismo tiempo poner á vuestra vista la indigna conducta de muchos cristianos que en vez de aprovecharse del precio infinito de este gran sacrificio, llegan á renovarle en cuanto está de su parte, atendida la manera y mala disposicion con que se acercan á los santos sacramentos.

No puede darse un asunto mas elevado, H. M., ni mas interesante que el que acabo de proponeros y que para el mejor orden é inteligencia reduzco á los dos puntos siguientes. Cuál es la grandeza y valor del sacrificio de la cruz, será la materia del primero; cómo abusan de este sacrificio muchos cristianos, el objeto del segundo.

PRIMER PUNTO.

El sacrificio es un acto de la virtud de la religion, con el cual se ofrece á Dios por el sacerdote lejítimo una cosa sensible que consagra y destruye de alguna manera en honor suyo. El sacrificio es esencial á la verdadera religion, porque es un homenaje debido á Dios en reconocimiento de su soberano dominio sobre las criaturas y un medio necesario para satisfacer á su justicia, darle gracias por los beneficios recibidos y alcanzar de su bondad los bienes de que habemos menester. Asi es que en todos tiempos ha habido sacrificios. (Se dirá algo de los sacrificios de la ley natural y de la ley escrita.) Pero qué venian á ser todos estos sacrificios, y qué virtud podian tener para dar á Dios el honor que le es debido? Por sí mismos ni eran capaces de glorificarle tanto cuanto se merece, ni de templar su enojo, ni de agradecerle por sus beneficios ni de conseguir nuevas gracias; ni podian tampoco purificar la concien-

cia de los que tributaban semejante culto, porque es imposible que se borren los pecados con la sangre de toros ni de machos de cabrío. Qué hizo pues el hijo de Dios al entrar en el mundo? El apostol nos lo dice en esta carta. Tú no has querido, dice á su eterno Padre, víctimas ni ofrendas; los holocaustos y sacrificios por los pecados no te han agradado, (por víctimas y ofrendas entiende aquí el apostol todo lo que se ofrecia á Dios ya fuera animado, ya inanimado, con el objeto de darle gracias ó de obtener beneficios, y por holocaustos y sacrificios por el pecado entiende los que se ofrecian para glorificar á Dios como á soberano dueño y para la espiacion de las culpas cometidas); pero á mí me has apropiado un cuerpo mortal para que sea víctima digna de tu infinita magestad; hème aquí pues que vengo, oh mi Dios! para hacer tu voluntad y suplir á la impotencia de los antiguos sacrificios: *Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam*. De este modo se ofreció Jesucristo á ser el sumo sacerdote de la ley nueva y muriendo despues en la cruz ejecutó á la letra cuanto habia dicho á su entrada en el mundo. De este sacrificio ofrecido por Jesucristo al fin de su vida es del que habla san Pablo en la epístola de este dia, cuando dice que presentándose Jesucristo como el pontífice de los bienes venideros, es decir, como sumo sacerdote que habia de adquirirnos los bienes celestiales, entró una sola vez en el santuario, no con sangre de machos de cabrío, ni de becerro, sino con su propia sangre. El apostol se propone darnos una alta idea de este sacrificio, al asegurar que todos los sacrificios antiguos no eran mas que una sombra de los futuros bienes: *umbram habens futurorum bonorum*. Y á la verdad, qué diferencia no hay entre el sacrificio de la cruz y los sacrificios de la ley antigua? Para conocerlo, no tenemos mas que considerar la diferencia del sacerdote, de la hostia ofrecida, y de los efectos del sacrificio en una y otra ley. En tiempo de la ley natural y de la ley escrita, sus sacerdotes, á saber, los patriarcas en la primera y Aaron y sus sucesores en la segunda, eran hombres imperfectos y pecadores; las víctimas que ofrecian eran ó frutos de la tierra ó animales; pero en el sacrificio de la ley nueva es un Dios el sacerdote y al mismo tiempo la víctima; un Dios que habiéndose dignado tomar

nuestra naturaleza, se ofreció él mismo y derramó su sangre para gloria de su eterno Padre y por la salvacion del género humano. Ahora bien, quién podrá ensalzar dignamente la escelencia de este sacrificio? Nadie, ni los hombres ni los ángeles ni criatura alguna es capaz de comprenderla ni espresarla. Regocijémonos, H. M., al contemplar el honor infinito que ha recibido Dios por este sacrificio en que el sacrificado tenia una dignidad infinita, como así era menester para que Dios fuera glorificado en Dios. Mas no solo se ofreció Jesucristo en sacrificio para honra y gloria de Dios, sino que tambien lo ejecutó por nuestra propia salud, por satisfacer á la justicia de su eterno Padre, etc., lo cual hizo decir á san Pablo que Dios nos habia reconciliado consigo mismo por Jesucristo; *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi. (2. Cor. 5.)*

Y qué diremos de la virtud de este sacrificio? Que fué infinita y que jamás podrá ser agotada. Así es que solo por él podemos conseguir la remision de nuestros pecados; su valor es el que se nos aplica en el sacrificio de la misa y en los sacramentos; y todas las gracias que en la sucesion de los siglos se han dispensado á los hombres, todas las que nosotros recibimos, y cuantos se les comunicarán hasta fin del mundo no son otra cosa que los frutos de este grande y único sacrificio, habiendo satisfecho Jesucristo por esta sola oblation, como se esplica san Pablo, á la justicia de su eterno Padre, y merecido para los hombres todo lo que han menester para santificarse y arriivar á la cumbre de la perfeccion: *uná oblatione consummavit in sempiternum sanctificatos*. De este sacrificio derivan su virtud todos nuestros sacramentos, que son como carnales por donde se nos comunica su fruto; de él toman todo su valor nuestras buenas obras que sin él nada serian á los ojos de Dios, y en fin es tan eficaz y abundante su virtud que aun cuando se multiplicáran los hombres hasta lo infinito y aun cuando sus iniquidades no pudieran numerarse, este solo sacrificio seria suficiente para purificarles y hacerles santos á todos. *Uná oblatione, etc.*

Cuán ta pues debe ser nuestra alegría, H. M., y cuán grande nuestro consuelo al ver que tenemos un pontífice que ha satisfecho por nuestros pecados y que siendo Dios, el santo de los santos, in-

cente y sin la mas leve mancha, separado de todo comercio con los pecadores, es decir, de sus desarreglos y de sus vicios, se halla colocado sobre los cielos y en disposicion de salvar á cuantos se acerquen á él, como que está siempre vivo para interceder por nosotros: *Pontifex sanctus, innocens, impollutus, salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum.*

Sí, H. M., Jesucristo está siempre vivo y ejerce todavia en el cielo para con nosotros las funciones de su sacerdocio; sentado á la diestra de su eterno Padre es alli nuestro mediador, como le llama san Pablo en la epístola de hoy: *Novi testamenti mediator est;* es decir, que en calidad de hombre es todavia nuestro abogado y nuestro intercesor en el cielo, donde despues de habernos reconciliado con su Padre por medio de una muerte afrentosa se digna servirnos de medianero para con él, á fin de que nos sean aplicados los méritos de su pasion y muerte.

Ved pues ahora cuanta es la preeminencia del sacrificio de la cruz sobre todos los demas sacrificios, ya se mire la dignidad del sacerdote, ó ya la virtud y preciosos efectos de su sacrificio. Los sacrificios antiguos solo podian por sí mismos purificar el cuerpo pero la virtud de este se estiende á nuestras almas, se estiende á todos los tiempos, á todos los lugares, á todos los hombres y en nosotros está el recoger sus abundantes frutos para el tiempo y para la eternidad. Infelices de nosotros, H. M., si rehusamos hacerlo!

Apresurémonos á dar las mas espresivas gracias á este nuestro Dios salvador que se dignó morir por nosotros en una cruz; ocupémonos durante estos quince dias de lo mucho que sufrió por nuestro amor; hagámonos dignos de participar de la abundancia de su redencion y evitemos con el mayor cuidado entrar en el número de aquellos que con la ingratitud mas enorme abusan del precio infinito de su sangre.

SEGUNDO PUNTO.

Por escelente que sea el sacrificio de la cruz, por grande y poderosa que sea su eficacia, hay sin embargo muchos cristianos que

lejos de aprovecharse y mostrar á Jesucristo su reconocimiento, haciendo un uso santo de los medios que les ha dejado para que perciban los frutos de su pasion, abusan de ella de la manera mas indigna y sacrílega. Pero es verdad que muchos cristianos anonadan, por decirlo asi, en daño suyo la virtud y eficacia de este sacrificio? Es verdad que profanan la sangre que Jesucristo ha derramado por ellos? Ah! pluguiese á Dios que no fuera tan crecido su número. En este santo tiempo es cabalmente cuando mas que en ningun otro dan en esta horrible profanacion; en este tiempo, repito, en que Jesucristo desea con la mayor ansia comunicarles con santa y liberal profusion los méritos de su preciosísima sangre. Asi lo manifesta en las piadosas ceremonias que practica la iglesia durante estos quince dias, asi se lo dice principalmente en los sacramentos de la penitencia y comunión que les manda recibir. Pero cuán pocos son los fieles que entran en sus miras! Cuántos por el contrario que en vez de santificarse en este tiempo pascual, no hacen otra cosa que aumentar sus crímenes y ultrajar de nuevo á este Dios Salvador! (Hágase aqui una reseña de las principales ceremonias de la iglesia en estas dos semanas y de los medios de que se vale para conseguir que sus hijos participen de los frutos de la pasion.) Mas á pesar de esto apenas se encuentra quien realice sus piadosos deseos; la mayor parte miran con indiferencia la celebracion de sus oficios, ó si asisten á ellos, es sin espíritu interior, sin meditar como debieran los sufrimientos de Jesus. El ayuno tampoco es mas exacto que en la cuaresma, rehuyen la mortificacion, la penitencia, y nada quieren sufrir, para completar en su carne lo que falta á la pasion del Salvador.

Pero no está aqui todo el mal; lo que hay de mas extraño y monstruoso es el abuso enorme que hacen multitud de cristianos del sacramento de la penitencia y de la sagrada Eucaristía. Quién podrá pensarlo sin el mas profundo dolor? Quién no se estremecerá al ver que tantos cristianos renuevan en cierto modo con sus confesiones y comuniones sacrílegas el sacrificio del calvario? (Pon-
dértese el abuso que hacen de la sangre del Salvador con las malas confesiones y comuniones, y como renuevan al mismo tiempo

su dolorosa pasion.) Dan principio á ella, digámoslo asi, recibiendo sin las debidas disposiciones el sacramento de la penitencia; la continúan acercándose á la sagrada mesa despues de una confesion mal hecha, y la consuman haciendo morir espiritualmente á Jesucristo en su corazon, enclavándole de este modo sobre un patibulo mil veces mas infame que el de la cruz. (Todo esto necesita alguna estension.)

Qué abuso tan criminal, H. H., y cuán digno del mas severo castigo! Para realzarle echará mano el párroco de alguna comparacion sensible, como de la de un príncipe que se entregára voluntariamente á la muerte para espiar la rebelion de un vasallo contra su padre; ó tambien de la de un rey que invitára á uno de sus cortesanos á comer en su compañía. Qué se diria del primero si despreciára la gracia que le habia obtenido el príncipe, si se negára á confesar su falta, ó si insistiera en su espíritu de rebelion contra el rey? De qué castigo no seria merecedor el segundo que sentado á la mesa del príncipe, se valiera de esta ocasion para clavarle un puñal en el pecho?

Pues todavia es infinitamente mas criminal el abuso que hacen los cristianos de la sangre de Jesucristo acercándose en mal estado á recibir los sacramentos. Pero ah! y cómo clamará contra ellos esta sangre preciosa! (Aqui se recordará el fratricidio de Abel por Cain.) *Quid fecisti?* dice el Señor á Cain, *vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra; nunc igitur maledictus eris super terram quæ aperuit os suum, et suscepit sanguinem fratris tui de manu tuá.* De este mismo modo hablará el Señor con voz de trueno á todos aquellos que hayan derramado indigna y cruelmente la sangre de su Hijo, y esta misma sangre pedirá sin cesar venganza contra tales impíos, hasta que venga á caer sobre sus cabezas la maldicion del Señor. (Como se haga con acierto la aplicacion de este pasage en todos sus pormenores, no podrá menos de causar impresion en el auditorio.) Pero si habeis tenido la desgracia, H. M., de imitar á Cain en su crimen, no por eso habeis de imitarle en su falta de confianza y entregaros como él á la mas funesta desesperacion. No digais, *major est iniquitas mea, etc.*, no; la virtud del sacrificio

de la cruz es infinita y no teneis mas que acercaros al tribunal de la penitencia con un corazon verdaderamente contrito, para que Dios infinitamente indulgente y misericordioso os conceda el perdon. Haced por uniros á él en los santos misterios que vamos á celebrar y en que el mismo Jesucristo será inmolado por nuestra salud. Mostradle durante la misa vuestro reconocimiento y gratitud por el grande amor que os ha significado muriendo por vosotros en una cruz despues de los mas dolorosos tormentos. Pedidle que ilumine y levante vuestro espíritu para comprender mas y mas la escelencia y eficacia de este sangriento sacrificio; suplicadle que os perdone el abuso y desprecio que habeis hecho de tan inestimable beneficio, y prometedle de todas veras que en adelante no abusareis ya mas de sus dones y gracias, sino que las empleareis cuidadosamente en utilidad y santificacion de vuestras almas; con este obgeto, si no habeis purificado todavia vuestra conciencia de la inmundicia del pecado, no lo dilateis por mas tiempo, corred en busca de un prudente y sabio confesor, etc. (Las resoluciones y propósitos que se acaban de indicar, puede presentarlas tambien el párroco en forma de súplica, en cuyo caso concluirá pidiendo para sí á Jesucristo los ausilios de que ha menester á fin de ocuparse en su servicio. Para esto son muy propias las oraciones de la colecta, secreta y poscomunio de la misa.)

Como los oficios del domingo prócsimo son bastante largos, convendrá mucho que se prepare desde hoy á los pueblos para las ceremonias de aquel dia, instruyéndoles competentemente sobre la significacion de las principales, como son la bendicion de ramos, la procesion que se hace en seguida y el cántico de la pasion. Concluida estas ceremonias ya no seria tiempo. Por eso debe hablar de ellas el párroco ó bien en la misa de este dia ó bien por la tarde despues de vísperas, en cuyo caso pueden servirle de asunto doctrinal que reducirá á las preguntas siguientes: por qué el domingo prócsimo se llama de ramos ó de palmas? Por qué se bendicen estos ramos y qué es lo que se pide para los fieles al tiempo de bendecirles? Por qué se hace en seguida la procesion, qué significa y con qué espíritu deben asistir á ella? Por qué al volver de la procesion se toca

tres veces á las puertas de la iglesia antes de abrirlas? Por qué finalmente se lee en la misa la historia de la pasion de nuestro señor Jesucristo? Seria muy vergonzoso para un párroco que asistieran sus feligreses á estas ceremonias, sin saber la significacion que tienen.

Tambien debe tenerse presente que en el viernes de la presente semana celebra la iglesia la fiesta de los dolores de la Virgen. Un párroco piadoso no debe omitir el exhortar á sus feligreses á que honren de una manera particular esta solemnidad. Para ello convenirá que les convoque al templo en la tarde de este dia donde despues de cantar el *stabat mater*, les hará una plática sobre la compasion de la Virgen ó sus siete dolores. Véase al P. Croiset en su año cristiano, tom. 3; al P. Nepveu en sus reflexiones, (1) para el sabado santo tomo 2, y tambien deben leerse con detencion las lec-

(4) Como la obra del P. Nepveu no es tan comun como la del P. Croiset se insertan á continuacion sus breves reflexiones sobre la pasion y dolores de la santísima Virgen, en beneficio de los que carezcan de esta obra utilísima. Dice asi:

1.º "Despues de nuestro señor Jesucristo nadie ha padecido tanto como la santísima Virgen, porque la pasion del hijo fué la pasion de la madre. Si Jesucristo fué el hombre de dolor, ella fué la madre de los dolores, porque eran iguales á lo que amaba á su hijo. Tan grande fué en la Virgen este amor, que superaba al que le han tenido y tendrán todos los hombres juntos; de donde podras inferir el esceso de su dolor. Todo lo que su hijo padecia en el cuerpo, Maria lo padecia en el corazon: las llagas que rompian las sacratísimas carnes de Jesus traspasaban el corazon de Maria. Padecia mucho mas viendo padecer, á su hijo, que si hubiera padecido todo lo que su hijo habia de padecer, porque le amaba mas que á sí misma. Si Maria hubiera podido aliviarle en sus tormentos padeciéndoles en sí misma, hubiera tenido el mayor placer, porque es muy dulce y agradable padecer por quien se ama; pero es un dolor sin consuelo ver padecer lo que se ama sin poderlo aliviar en sus dolores. Si como Maria estuvieras tocado vivamente del amor de Jesus, sentirias vivamente como ella sus tormentos y querrias participarles.

2.º Aunque Maria en la pasion de su hijo fué madre afligidísima, no por eso se disminuyó su fortaleza; su gran dolor y sentimiento no minoraron su conformidad y resignacion. Ella estaba en pie junto á la cruz de su hijo y como participaba de sus tormentos, participaba tambien de su constancia, y su hijo era el modelo y motivo de su paciencia. El Padre eterno quiso que se uniera á su hijo para ofrecerle este gran sacrificio que debia producir la salvacion del mundo y la

ciones del breviario. Principiando por decir alguna cosa sobre la institucion de esta festividad, explicará en seguida cuáles fueron los dolores de la Virgen durante la pasion de su hijo y principalmente en el calvario y manifestará despues lo mucho que debemos á María en reconocimiento de lo que padeció por nosotros.

DOMINICA DE RAMOS.

Hemos llegado á la última semana de cuaresma, llamada por excelencia la semana santa, la semana grande, la semana mayor, la semana penitencial ó penosa. Todo en ella es grande á la verdad, todo

dijo como en otro tiempo á Abraham: *Toma este hijo único que tanto amas y sacrifícamelo tú misma.* No lo sintió menos que Abraham, porque amando María incomparablemente mas á Jesus que Abraham á Isaac, la era mucho mas costoso este sacrificio. El Padre eterno no se compadeció de María como de Abraham, pues no se contentó solo con la voluntad del sacrificio, sino que quiso la ejecucion y que consumára aquel gran sacrificio que empezó desde el instante en que Simeon la profetizó la muerte y pasion de su hijo. Cuánto no la costó á María santísima contribuir y asegurar su salvacion! Y tú no quieres que te cueste la mas mínima violencia y penalidad.

3.º A esta generosidad y resignacion de María fué igual la gloria que la resultó; es verdad que sacrificó mucho á Dios, pero Dios tambien la dió mucho. Qué no la costó á María ofrecer su hijo á la pasion y á la muerte! Pero cuánta gloria no ganó por haber hecho este sacrificio? María mereció la calidad de corredentora de los hombres, por la parte que tuvo con su consentimiento al sacrificio de Jesus en el rescate del género humano. El acercarse Eva al arbol de maldicion fué la causa de nuestra muerte, y el acercarse María al arbol de la cruz, arbol de bendicion, fué para nosotros un manantial de gracias. Jesus ganando para nosotros la vida con su muerte, es nuestro Padre. María consintiendo á este gran sacrificio, es nuestra madre; por eso su hijo la dió por madre á todos los predestinados, cuando le dijo á san Juan desde la cruz: *Ecce mater tua.* Amala con amor y confianza de hijo y ella te mirará con el cariño y solicitud de madre, y asi como asistió á su hijo en su muerte, no te abandonará en la tuya. Dichoso si entonces encuentras este socorro." (*El Traductor.*)

es santo, todo nos recuerda los grandes trabajos de Jesucristo nuestro redentor y todo nos induce á tomar parte en sus dolores. Hay tantas cosas que decir acerca de esta semana y todas tan interesantes, que á menos que el párroco no reuna varias veces á sus feligreses para instruirles, les dejará en la ignorancia de muchas muy importantes que debe saber todo cristiano. Por eso no bastará que les dirija la palabra en el día de hoy por mañana y tarde, sino que necesitará hacerlo en los dias siguientes á la hora mas cómoda y oportuna para sus feligreses, para explicarles los diferentes oficios que se celebran en el discurso de esta semana, y darles á conocer el espíritu de la iglesia en todos ellos. Como en el domingo anterior les habrá preparado para la ceremonia de la bendicion de ramos y de la procesion que se hace en seguida, tomará hoy por asunto de su plática lo concerniente á la semana santa, enseñándoles la manera de ocuparla en santas meditaciones y ejercicios piadosos; pero si se propone dejar esta materia para la tarde en la explicacion del catecismo, hablará por la mañana de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén en conformidad al testo del evangelio que se lee antes de la bendicion de los ramos. En la epístola encontrará materiales para instruir al pueblo acerca de las virtudes y penalidades de Jesucristo y para exhortarle á que se conforme con sus sentimientos de humildad, de obediencia, etc. Segun esto son tres los objetos que puede tratar el párroco en este dia, á saber, el modo con que debe emplearse la semana santa, el misterio de la entrada gloriosa de Jesucristo en Jerusalén y la pasion del Salvador. De cada uno de ellos vamos á presentar algunas reflexiones que faciliten á los párrocos el desempeño de su deber.



PRIMER ASUNTO SOBRE LA SEMANA SANTA.

La semana en que hemos entrado hoy es por excelencia la semana grande, la semana santa, la semana penal ó trabajosa. Desde el establecimiento de la iglesia se ha distinguido siempre esta semana de las restantes del año y desde entonces acá los verdaderos fieles han mirado como un deber el emplearla mas santamente que ninguna otra. Obligacion mia es, H. M., el reanimar vuestra piedad y fervor para que ocupeis esta semana en los ejercicios de religion y prácticas devotas que son tan propias de estos dias y concluyais asi la cuaresma de una manera verdaderamente cristiana. Haciéndome cargo de que la ceremonia de bendicion de ramos y la procesion á que habeis asistido, como tambien el evangelio de la pasion que se acaba de cantar, han durado bastante tiempo, procuraré abreviar el presente discurso todo lo que me sea posible para no seros molesto. Os diré primero por qué deben los cristianos emplear mas santamente esta semana que ninguna otra del año, y en seguida os enseñaré el modo de santificarla segun el espíritu de la iglesia.

PRIMER PUNTO.

No por cierto, H. M., no hay una semana en el año que exija de los cristianos mayor piedad y devocion que la presente. Los nombres que se la han dado en todos los siglos del cristianismo, los misterios que la iglesia ofrece á nuestra vista, sus diferentes y espresivas ceremonias, todo nos persuade la estrecha obligacion en que están los cristianos de distinguirse en estos dias por un mayor fervor y religion. A esto debemos añadir la práctica constante de

los verdaderos fieles que siempre han manifestado mas devocion en este tiempo pascual que en ningún otro del año; digo mas, hasta los menos piadosos de entre los cristianos se esfuerzan por servir á Dios y emplearse en obras de piedad, y aun los mas grandes pecadores, los libertinos mismos que en lo restante del año apenas dan señales de religion como que no pueden menos de mostrarla en estos dias santos. (Se dará alguna estension á todas estas razones, pero cuidando de no alargarse demasiado.) Digo en primer lugar que los nombres dados comunmente á esta semana nos inducen á pasarla mas cristianamente que ninguna otra. No hay duda de que todas las semanas del año pueden llamarse santas, porque en todas estamos obligados á vivir santamente y referir todas nuestras obras á Dios; pero tambien es menester confesar que hay una especialmente santa en la que Dios ecsige de nosotros redoblado fervor, en que debemos practicar mas obras de santidad, y en que estamos obligados á venerar y glorificar á Dios de una manera mas particular y con mayor piedad y devocion. Tal es la presente semana consagrada por la iglesia á la memoria de la grande obra de nuestra redencion, de la pasion y muerte del hijo de Dios por la salvacion del género humano. Por esta razon se la da generalmante el nombre de semana mayor á causa de los sublimes misterios que durante ella son el objeto de la devocion de los fieles, á causa de las singulares gracias que nos ha merecido Jesucristo en estos dias de salud, de los grandes ejemplos de virtud que nos ha dejado y de la mayor penitencia que debemos hacer á imitacion de nuestro maestro y modelo. De aqui viene tambien que se la llame semana penal ó laboriosa, y entre los griegos, semana de cruz, de dolores y tormentos. Y sino decidme, H. M., cuál es el cristiano que al pensar en el nombre de semana santa no se sienta como escitado á una mayor devocion, sobre todo si fija su pensamiento en el espíritu de la iglesia y en las diferentes ceremonias que nos pone á la vista? Hablará aqui de las principales, como la bendicion de ramos y procesion que se acaba de celebrar, con cuyo motivo despues de recordar la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem y al mismo tiempo el oprobio y tormentos del

hombre Dios, que reúne la iglesia en este mismo día y en una misma solemnidad, se podrá servir muy oportunamente de estas hermosas palabras de san Bernardo. (1) *Quid sibi vult mirabilis ista conjunctio, aut quid cogitaverunt patres nostri passionem addentes processioni?* Qué es lo que ha movido á la iglesia á ponernos ya hoy á la vista la pasión del salvador que no tuvo lugar hasta cinco dias despues de su

(1) *Es digno de leerse el sermon segundo del santo Doctor in ramis palmarum, de donde están tomadas estas palabras, y los siguientes periodos mas notables que transcribo en gracia de los que no tengan á mano las obras de san Bernardo.*

Neccese est ut loquamur hodie brevius propter angustiam temporis. Multa quidem nobis ministrat processio quam celebraturi sumus, sed eadem impedit no dicere plura possimus. Celebraturi sumus hodie processionem et paulò post audire passionem. Quid sibi vult mirabilis, etc. Nam processio meritò quidem repræsentatur hodie, quæ facta est hodie. Passio vero cur addita est, ect. Ut discamus in nulla lætitia hujus seculi habere fiduciam, scientes quoniam extrema gaudii luctus occupat. Propterea in die bonorum non simus immemores malorum, et è converso. Istis enim mixtum est præsens seculum; non secularibus tantum sed spiritualibus viris.... Interim sicut amatores mundi multa patiuntur adversa, sic nec ipsis servis Dei omnia in hoc mundo optata succedunt. Sed isti in die malorum memores sunt bonorum, ne pusillanimes fiant et impatientes et in die malorum non sunt immemores malorum, ne extollantur et dicant in abundantia sua, non movebimur in æternum..... Unde et Dominus sicut in passione patientiam, ita in processione humilitatem exhibere curavit. In illa enim tamquam, ovis ad occisionem ductus est et quasi agnus, etc. In processione autem quid? Parabant sese populi ut exirent obvian ei, nec eum latebat qui noverat quid esset in homine. Propter quod et ipse paratus est non in curribus et in equis nec in frenis argenteis aut sellis auro tectis; sed humilis aselli tergo sedens, suppositis apostolorum vestibus quas ego de preciosioribus regionis fuisse non credo. Sed quid fuit quod processionem habere voluit, qui mox futuram noverat passionem? Fortè ut amarior esset passio, quam processio præcessisset. Ab eodem enim populo, in eodem loco et ipso tempore paucissimis diebus interpositis primò cum tanto triumpho susceptus, postea crucifixus est. O quam dissimile est tolle, tolle, crucifige eum; et benedictus qui venit in nomini Domini, ossanna in excelsis! Quam dissimile Rex Israel; et non habemus regem nisi Cæsarem! Quam dissimiles rami virentes et crux, flores et spinæ! Cui prius sternerbantur vestimenta aliena; ecce suis exuitur, et sors mittitur super ea. Vae tibi amaritudo peccatorum nostrorum: propter quæ solvenda tanta amaritudo necessaria est. (El Traductor.)

entrada triunfante en Jerusalem? *Passio vero cur addita est, cum feria sexta constat esse secutam?* No es con otro obgeto, H. M., que para hacernos entrar desde este día en los sentimientos que tuvo el mismo Jesucristo en medio de su triunfo, durante el cual estaba fijo su espíritu en la pasion dolorosa y en el sacrificio sangriento que habia de sufrir dentro de pocos dias; por esta causa al volver de la procesion nos hemos detenido á la puerta de la iglesia que estaba cerrada y la ha golpeado el sacerdote por tres veces con el pie de la cruz que tenia en sus manos; dándonosos á entender con esta ceremonia que el perdón de nuestros pecados y la entrada en el cielo se deben únicamente á la virtud de la pasion y muerte de nuestro redentor Jesucristo. Todas las demas ceremonias y todos los divinos oficios de los dias próximos no son menos propios para inspirar en nuestros corazones los mas tiernos sentimientos de religion y de piedad. Y en efecto todo en ellos es patético, todo lúgubre, todo inspira devocion, todo nos trae á la memoria los grandes y sublimes misterios de nuestra redencion, los dolores, las fatigas, los crueles tormentos de nuestro libertador Jesus. A este fin la iglesia nos hace leer en la misa en tres dias diferentes la pasion del Salvador escrita por san Marcos, san Lucas y san Juan, despues de haberse leído en el de hoy la que nos refiere san Mateo; por eso el miércoles y jueves santos, por eso la adoracion de la cruz en el viernes; todo en una palabra nos anuncia la grandeza, la santidad de esta semana, y todo clama altamente á los fieles que ahora mas que nunca deben hacer resaltar la fe que profesan y el amor con que es muy justo correspondan á un Dios que tanto ha hecho y sufrido por ellos.

Tan penetrados de esto se han ballado siempre los cristianos desde el establecimiento de la iglesia, que se les ha visto mirar como una obligacion indispensable la de señalar este tiempo con obras particulares de piedad y religiosa devocion. Asi es que los verdaderos fieles han observado con mayor esactitud el ayuno en esta semana que en lo restante de la cuaresma, y han manifestado mas modestia, mas humildad, mas recogimiento que en los demas dias del año: *universi christiani*, dice san Bernardo, *sacram hanc septimanam, aut pro solito aut præter solitum colunt, modestiam exhibent,*

humilitatem sectantur, induunt gravitatem, ut Christo patienti quodam modo compati videantur. (1)

Y ciertamente, qué cosa mas justa, H. M., que redoblar en estos dias santos nuestra devocion y fervor? Lo contrario no sería renunciar en cierto modo á la religion que profesamos? No sería menester habernos despojado de casi todos los sentimientos de piedad para mostrarnos frios é indiferentes en medio de tan poderosos incentivos, como los que nos pone delante la iglesia en este tiempo de salud y santidad?

Permitidme ahora que os pregunte, H. M., habeis mirado hasta qui la presente semana como un tiempo consagrado muy particularmente á los ejercicios de piedad y devocion? No la habeis pasado al contrario en los años anteriores sin hacer el menor esfuerzo por conformaros con el espíritu de la iglesia? No ha habido muchos entre vosotros que la han empleado en el crimen, que han escogido estos dias santos para cometer injusticias y aun para insultar al mismo Jesucristo hasta en su mismo templo, profanándolo-

(A) *Lo que sigue es muy digno de notarse:* Quis enim tam irreligiosus qui non compungatur? quis tam insolens ut non humilietur? quis tam iracundus ut non indulgeat? quis tam deliciosus ut non absteineat? quis tam flagitiosus ut non contineat? quis tam maliciosus ut non pæniteat his diebus? Merito quidem. Nempè adest passio Domini usque hodie terram movens, petras scindens, aperiens monumenta, propè est etiam resurrectio ejus; in qua solennitatem celebrabitis altissimo domino, utinam usque in altissima quæ fecit magnalia, alacritate et aviditate spiritus subeuntes. Nil in mundo poterat melius fieri, quam quod factum est his diebus. Nil mundo poterat melius vel utilius commendari, quam ut ritu perpetuo celebret et singulis annis memoriale ejus in desiderio animæ et memoriam abundantæ suavitatis suæ eructet. Utrumque autem propter nos, quod in utroque nobis salutis fructus, in utroque vita spiritus nostri. Mirabilis passio tua, Domine Jesu, quæ passiones omnium nostrum propulsavit, propitiata est omnibus iniquitatibus nostris, et nulli unquam pesti nostræ invenitur inefficax. Quid enim tam ad mortem quod non tua morte salvetur?..... Vigilate animo fratres; nè infructuose vos hujus temporis sacramenta pertranseant. Copiosa est benedictio; date receptacula munda, devotas animas, sensus vigiles, affectus sobrios, puras conscientias exhibete tantis charismatibus gratiarum. Nimirum admonet vos solitudinis hujus non modò specialis ipsa conversatio quam professi estis, sed et generalis ecclesiæ observatio ejus filii estis. S. Bern. in fer. quarta hebdomadæ pœnosæ. (El Traductor.)

le con sus comuniones sacrílegas? Y si todos no habeis llevado la irreligion hasta ese lamentable extremo, bien puede asegurarse que os han ocupado mas en esta semana vuestros negocios del mundo que en las restantes del año, cuando á penas se os ha visto asistir á la misa en el domingo de ramos y adorar por algunos momentos la cruz del Salvador en el viernes santo. Ah!, H. M., cuán vergonzosa es para cristianos semejante conducta que denota su poca fe y su grande frialdad en lo que mas les interesa!

Reanimadla pues en el dia de hoy, á fin de reparar vuestra negligencia de los años anteriores, y poned todos los medios para emplear esta semana en aquellos ejercicios de piedad y religion que la iglesia desea en vuestro bien y los mismos que yo os voy á manifestar brevemente en el

SEGUNDO PUNTO.

A qué se reduce la particular santidad que la iglesia ecsije de los cristianos y que deben estos dar á conocer en la presente semana? A cuatro ó cinco cosas principales. La primera consiste en observar la abstinencia y el ayuno con mayor esactitud que en toda la cuaresma; la segunda, en dar mas tiempo á la oracion; la tercera, en elevar con mas frecuencia el espíritu para meditar en los santos misterios que en ella celebra la iglesia; la cuarta, en asistir con la posible puntualidad á los divinos oficios del miércoles, viernes y sábado, y la quinta en fin, en disponerse debidamente para recibir los sacramentos de penitencia y comunión los que no hayan cumplido todavia con este precepto.

Debeis primeramente practicar con mayor esactitud la abstinencia y el ayuno. No ignorais, H. M., cual es el fin con que fue instituido el ayuno de cuaresma, á saber, en honra y gloria del que observó por nosotros Jesu Christo durante cuarenta dias antes de dar principio á su vida pública. Pero como nunca sufrió mas este divino Salvador por nosotros que en el tiempo de su dolorosa pasion, cuya memoria solemnizamos en esta semana; por eso nada mas justo tampoco que hacer en su honor mas penitencia, mas obras de mortificación

en esta semana que en las restantes del año. Cuántas almas cristianas no hay encerradas en los claustros que durante estos días maceran sus cuerpos y afligen su carne con rigurosas austeridades? (Se dirá algo de las penitencias que practican muchos cristianos en esta semana. En las aldeas donde la mayor parte de los fieles están acupados en las faenas del campo se les recomendará que ayunen el miércoles y viernes ó que al menos por vía de mortificación se priven de alguna parte de su ordinario alimento. Antiguamente ayunaban todos, como lo testifican san Basilio y san Bernardo. En las ciudades se insistirá sobre la obligación que tienen de mortificarse mas en esta semana que en la cuaresma aquellas personas que no están exentas del ayuno ni pueden alegar causa legítima para dispensarse del precepto. Y en todas partes encargará el párroco la práctica del ayuno espiritual que obliga indistintamente y sin exclusion de clases, estados ni condiciones.)

La segunda cosa que necesitáis poner en obra para santificar esta semana es la de emplear mas tiempo en la oracion. Porque si bien en toda época es cierto que debe ser la oracion el principal ejercicio de un cristiano, no puede dudarse tampoco que en estos días debe formar, digámoslo así, su única y esclusiva ocupacion, como nos lo enseña la iglesia con su ejemplo en la duracion de sus oficios y ceremonias. Siglos ha habido en la iglesia en que toda esta semana era festiva, á fin de que los fieles pudieran dedicarse con mas libertad y frecuencia á la oracion y á los ejercicios de piedad. Procurad pues vosotros, H. M., rezar al menos algunas oraciones particulares en cada día de esta semana y unidlas á las que hizo nuestro Salvador durante su dolorosa pasion y en los días que la precedieron. Para que podais entregaros á la oracion con mas frecuencia y por mas tiempo que el ordinario, necesitareis hurtar á vuestras diarias ocupaciones aquellos momentos que vuestro estado lo permita sin perjuicio de sus principales deberes. Cuidad tambien de vivir mas retirados y recogidos, de absteneros de toda conversacion superflua, de guardar en lo posible el silencio, para honrar por este medio el silencio de Jesucristo, y no dejeis pasar un solo día sin meditar algun rato en los grandes misterios de nuestra re-

dencion. Se reiterará la advertencia del domingo anterior sobre el piadoso ejercicio de andar las estaciones del calvario.

Ademas del ayuno, la oracion y el retiro debeis tambien santificar los últimos dias de la semana con una puntual asistencia á los divinos oficios. Ya os he dicho que antiguamente cesaban los trabajos y ocupaciones serviles, se cerraban los tribunales y asistian todos á los oficios divinos. El espíritu de la iglesia es hoy el mismo, H. M., y desea que no dejen de concurrir todos aquellos á quienes se lo permitan sus ocupaciones. Por lo menos que no falte uno de cada familia al oficio de tinieblas que se cantarán el miércoles, jueves y viernes próximos. Os ruego que hagais lo posible por asistir á la misa del jueves santo. Este es el gran dia de la institucion del sacramento de nuestros altares, y aunque la iglesia ocupada ahora en la pasion de su divino esposo ha trasladado la celebracion de esta solemnidad para despues de Pentecostés, desea sin embargo que manifestemos muy especialmente nuestro reconocimiento á este Dios de bondad en el dia mismo en que nos dispensó tan inestimable beneficio. Venid pues, os lo ruego segunda vez, y al mismo tiempo os recomiendo la piadosa y laudable costumbre de muchos cristianos que en este dia cumplen con el precepto pascual. Por lo que toca al viernes santo, os creo demasiado devotos para que dejeis de asistir á los oficios. Escuso advertiros que en este dia no se celebra misa en toda la iglesia, por ser el en que se ofreció el gran sacrificio de la cruz sobre la cima del calvario, sacrificio que se renueva en la misa de un modo místico. Si, como debe hacerse en todas las parroquias, se predica la pasion, lo advertirá á sus feligreses encargándoles que vengan á oirla y que procuren guardar durante este dia el mas profundo silencio en cuanto les sea posible. Por último les hablará de los oficios del sábado, y particularmente de la bendicion de las fuentes y del cirio pascual.

Pero la mejor práctica, la mas escelente y la que debe ser el objeto de todas las demas es la de prepararos á recibir dignamente los sacramentos de penitencia y eucaristía, si es que todavia no les hubiéreis recibido. Ayunad, pedid, meditad, observad el mas religioso retiro, asistid puntuales á los divinos oficios; pero todo con la mira

de disponeros para comulgar dignamente y celebrar una verdadera pascua. Y si habeis ya satisfecho al precepto, haced todo esto para conservaros y afirmaros mas y mas en la gracia y amistad de Dios. Oh! y qué copia de bendiciones celestiales no lloverán sobre vosotros si procurais ser esactos en la práctica de estos piadosos ejercicios! En esta semana derrama Jesucristo mas especialmente sus gracias y aplica los méritos de su pasion con mayor abundancia que en ningun otro tiempo del año. Pero á dónde están los cristianos que se pongan en estado de recibirlas por su fidelidad en corresponder á las intenciones de la iglesia? Haced vosotros, H. M., por llenar los justos deseos de tan tierna madre, á fin de que santificados todos durante estos dias de misericordia y despues de haber tomado parte en la pasion de Jesucristo con las obras de una verdadera penitencia, podais participar tambien todos de la alegría de su resurreccion gloriosa.

ASUNTO SEGUNDO.

Sobre las disposiciones que deben preceder, acompañar y seguir á la comunión de la pascua.

El segundo asunto que puede tratarse en este domingo y el mas conforme al espíritu de la iglesia, es la entrada gloriosa de Jesucristo en Jerusalem. Este es propiamente el misterio que la iglesia se propone celebrar en este dia, y por eso el párroco debe hacer todos los esfuerzos para renovar este triunfo de Jesucristo en los corazones de sus feligreses, exhortándoles á una comunión digna y santa, como el mejor medio de honrar y glorificar al Salvador. Parafraseando el evangelio de la bendición de ramos, puede componer una homilia sobremañera instructiva, teniendo por principal objeto el hacer que Jesucristo sea honrado y glorificado por todos los fieles que se acerquen á la sagrada mesa, donde deben recibirle como á rey y concederle un imperio absoluto y perpetuo en su corazon.

HOMILIA

Sobre la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem.

Hoy solemnizamos, H. M., la entrada gloriosa que hizo Jesucristo en Jerusalem pocos dias antes de su pasion. Acabo de leeros la historia en el evangelio que se ha cantado antes de bendecirse los ramos y en memoria de esta entrada triunfante he bendecido los ramos que llevais en vuestras manos, y hemos ido todos en procesion con estos mismos ramos, cantando un himno al honor de nuestro Dios salvador: *Gloria, laus et honor, etc.* Aunque esta ceremonia ha sido algo larga, no puedo menos en cumplimiento de mi deber de presentaros algunas reflexiones sobre el misterio que celebramos, haciendo de modo que sirvan igualmente á los que han cumplido ya con parroquia, como á los que se preparan para llenar esta indispensable obligacion. A este fin seguiré por orden la historia de nuestro misterio, que espero escucheis con la atencion y el espíritu que se merece, cuidando sobre todo de entrar dentro de vosotros mismos para examinar si vuestra conducta se conforma con lo simbolizado en la ceremonia que acabais de ejecutar: *Videte si spiritualiter facitis, quod corporaliter agitis.* Sabiendo el Salvador que se aprosimaba el tiempo de su pasion y que los judíos buscaban ya los medios de poner en obra el criminal designo que habian formado de quitarle la vida, quiso cumplir á la letra todo cuanto habian anunciado de él los profetas y dar al propio tiempo una prueba evidente de su divinidad, de su dignidad real y del ardiente deseo que tenia de ser sacrificado por la salvacion de los hombres. Como era el verdadero cordero que habia de ser inmolado por la salud del mundo, quiso que se practicára con él todo aquello que se observaba respecto del cordero pascual, en el cual estaba figurado. La ley disponia que el dia 10 del primer mes se escogiera el cordero que habia de sacrificarse en la tarde del 14 de la luna. Todos los judíos se reunian entonces en Jerusalem y se preparaban desde este dia para comer la pascua en el jueves siguiente. Jesucristo tambien

acudia á celebrarla acompañado de sus discípulos; pero en esta ocasion se presentó no como otras veces sin magestad, ni aparato, sino que se dejó ver de una manera pomposa, brillante y que denotaba bien á las claras que era el verdadero Mesías anunciado por los profetas. Recorramos á la vez, H. M., las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á su entrada y vereis en ellas una completa imagen de las disposiciones que deben preceder, acompañar y seguir á vuestra comunión pascual.

PRIMER PUNTO.

Lo primero que debemos observar es, que proponiéndose Jesucristo hacer su entrada gloriosa en Jerusalem y dejarse ver como Rey pacífico sentado sobre una asna, segun le habian predicho los profetas, mandó á dos de sus discípulos, cuando se hallaba todavía á alguna distancia de Jerusalem y cerca del monte de los olivos, les mandó, digo, ir á una aldea que tenian á la vista, para que le trageran el animal sobre el que habia de entrar en Jerusalem. Id, les dice, á esa aldea que se ve enfrente de vosotros, donde encontrareis, etc. Los apóstoles ejecutaron las órdenes de su maestro y le trajeron la asna con su pollino y habiéndolos aparejado con sus vestidos, le hicieron sentar encima.

Observad de paso, H. M., como en este hecho manifiesta bien claramente Jesucristo que era Dios y Dueño de todo. Sabedor de cuanto sucedia en el universo indica á sus discípulos el lugar en que hallarian el animal de que pensaba servirse, la situacion en que le hallarian, lo que habian de decirles y el comportamiento que tendrian con ellos. Este mismo Dios que todo lo sabe, que ve todo cuanto pasa en lo mas escondido de nuestro corazon, que conoce cuáles son las pasiones que nos esclavizan y subyugan; este mismo Dios es quien se digna hacer ahora su entrada en nuestra alma de manera que con mucha razon puedo yo decir á cada uno de vosotros lo que en otro tiempo decia el profeta Zacarías á los habitantes de Jerusalem: mirad que viene á vosotros vuestro Rey lleno de mansedumbre, el justo por excelencia y vuestro salvador: *venit tibi man-*

suetus, justus et Salvator. Él viene sentado sobre una asna: *sedens super asinam*. *Ecce*, miradle que ya está cerca y no tardará en llegar. *Venit tibi*, á vosotros viene, y vuestra alma es el lugar donde quiere hospedarse; viene lleno de bondad, de mansedumbre y dispuesto á derramar sobre ella toda suerte de favores; él es el cordero que quita los pecados del mundo: *Ecce agnus Dei, etc.* A su llegada lejos de ostentar grandeza, brillo ni aparato que ofusque vuestros ojos, se dejará ver en un estado pobre, bajo las débiles apariencias de pan, *ipse pauper*; pero no dudeis por eso que es vuestro Rey, el Rey de los reyes, el Señor de los señores, de los angeles, y de los hombres y el dueño absoluto del universo. Él ha querido encubrirse bajo ese exterior humilde, bajo la forma de pan; mas lo ha hecho para ganar nuestros corazones, para atraerlos hácia sí con el cebo de este alimento el mas común y necesario al hombre, pero el mas propio tambien para significarnos que viene á servir de alimento á nuestras almas y á enriquecerlas con inestimables bienes. Estando con él todos sus tesoros nos colmará de riquezas, siempre que le hagamos la acogida que merece: *Mecum sunt divitiæ et gloria*, nos dice, *opes superbæ et justitiæ; ut ditem diligentes me et thesauros eorum repleam*. (Prov. 8) Qué dicha mayor para vosotros, H. M., qué día tan feliz el en que tendreis el alto honor de recibir á vuestro Rey, á vuestro Dios y á vuestro Salvador! Este es propiamente el día que hizo el Señor para vosotros; regocijaos pues y manifestad públicamente vuestra alegría. Todos debemos tomar parte en esta alegría, porque viene para todos nosotros y para cada uno de nosotros; para vosotros ricos y grandes del mundo, para vosotros pobres y miserables, para vosotros jóvenes, para todo el pueblo cristiano viene este gran Dios lleno de bondad, de dulzura y de amor. Principiad pues, H. M., por avivar vuestra fé en la magestad y grandeza de aquel que habeis de recibir en vuestro pecho dentro de poco; la primera disposicion para comulgar dignamente es la fé en la presencia real de Jesucristo sobre nuestros altares, pero una fé firme, sólida y constante.

Sí, amantísimo Jesus, debeis decirle, yo creo que estais presente en la sagrada hostia y que sois el mismo que entró triunfante en

Jesusalen. Yo lo creo firmemente aunque no os vea con los ojos del cuerpo; lo creo porque vos me lo habeis dicho, porque sé que la misma bondad que os llevó á nacer por nosotros en un pobre establo, á vivir en medio de las penalidades y á morir en una cruz, os ha hecho tambien quedar oculto bajo las especies de pan, para habitar con nosotros y ser el alimento de nuestras almas. Vos lo habeis dicho y esto basta para que yo lo crea sin vacilar; solamente os suplico, Señor, que aumenteis mi fé y que la fortalezcáis mas y mas, *Credo, Domine; adjuva incredulitatem meam. (Marc. 9.)*

Mas á qué nos debe conducir esta fé en la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía? A prepararle una morada digna en nuestros corazones.

SEGUNDO PUNTO.

Nuestra alma, dice san Ambrosio, es el lugar donde Jesucristo quiere descansar: *Omnis quippe anima Dei asina est.* Y asi como fue menester que los apóstoles desatarán la asna en que habia de subir Jesucristo, asi tambien es preciso desatar nuestra alma y santificarla para que sea digna de hospedar al Señor: esta es la segunda disposicion que debe anteceder á la comunión, es decir, necesitamos hallarnos exentos de pecado y limpios de corazon. Ahora bien; habiendo de comulgar vosotros acaso hoy mismo, ó en el discurso de esta semana, permitidme que os pregunte; ¿está desatada vuestra alma? habeis sido absueltos por los discípulos del Salvador, quiero decir, por los ministros del sacramento de la penitencia? Porque bien sabeis, que á ellos les ha sido dado por Jesucristo el poder de atar y desatar, y que por lo mismo les incumbe enviaros ó no á la sagrada mesa y presentaros ante el altar. Si habeis sido absueltos de vuestros pecados despues de una confesion sincera de todos ellos, si un confesor prudente y celoso por vuestra alma y por la gloria de Jesucristo despues de haber ecsaminado bien vuestra conciencia, vuestro estado y disposiciones os embia á comulgar; acercaos en hora buena, pero que sea con un profundo respeto, con un santo temblor. El Dios á quien vais á recibir es un Dios de bondad, un Dios Salva-

dor; mas tened presente que tambien es justo, *ipse justus*, y que descargará un dia toda su cólera contra los que le hayan ultrajado en su sacramento. Entrad pues dentro de vosotros mismos, sondead vuestras conciencias: *Redite ergo ad conscientias vestras, charissimi*, os dice san Ambrosio, y si no os reprenden de culpa grave, salid al encuentro de vuestro Rey á imitacion del pueblo fiel de Jerusalem. Los evangelistas refieren que muchos de los que habian acudido á esta ciudad con el objeto de celebrar la pascua, noticiosos de que no debia tardar en hacer su entrada Jesucristo, salieron á encontrarle en el camino por donde venia, y que entusiasmados de gozo al verle, prorumpieron en vivas y aclamaciones y le hicieron todos los honores que podian en aquella ocasion. Muchos tendieron los vestidos á su paso; otros cortaban ramos de los árboles y los ponian por donde habia de transitar, y tanto las gentes que iban delante, como las que venian detras, todos le colmaban de elogios y hacian resonar los aires con sus aclamaciones. *Hosanna*, decian, salud y gloria al hijo de David, bendito sea el Dios de Israel, bendito el que viene en el nombre del Señor: *Hosanna*, en lo mas alto de los cielos, como si dijeran, que los ángeles, que todos los espíritus celestiales se unan á nosotros para celebrar las alabanzas del Mesías, de aquel que viene á salvarnos. Que perspectiva tan agradable ofrecería, H. M., el ver la ingeniosa piedad con que se apresuraba este pueblo fiel á ofrecer sus homenajes á Jesucristo y á darle las mas inequívocas muestras de que le reconocia por verdadero Mesías! Qué gloria para este Dios salvador caminar en medio de estas tiernas y sinceras aclamaciones, en medio de este piadoso cortejo hácia la ciudad de Jerusalem.

Pero al mismo tiempo, H. M., entre tantos motivos de gozo y alegría, entre esas alabanzas y espresiones del mas puro entusiasmo se presenta á mis ojos un espectáculo triste y doloroso; Jesucristo al ver aquella gran ciudad, objeto de su predileccion y cariño, teatro de sus maravillas y prodigios, se allige, suspira y derrama lágrimas: *videns civitatem flevit super illam*. Y por qué, Salvador de mi alma, os abandonais á la tristeza en un tiempo en que al parecer solo

teneis motivos para regocijaros? Ah!, H. M., Jesus que conoce y penetra el fondo de los corazones veia la multitud de pecadores que habitaban en Jerusalem, y sabia que dentro de pocos dias los moradores de esta ciudad habian de pedir su muerte y que á los gritos de gozo y entusiasmo que sonaban en sus oidos, sucederian muy luego los espantosos clamores de un pueblo entero, diciendo en su furor repetidas veces: Quítale, crucifícale.

Hé aqui, H. M., la causa de sus lágrimas. Tambien es muy probable que llorára sobre tantos malos cristianos que al parecer dan muestras de quererle adorar y venerar cuando se acercan á la comunión, que esteriormente aparentan reconocerle por su verdadero Rey, desmintiéndolo sin embargo su interior; que no temen recibirle con un corazón depravado y lleno de pecados, ó que habiéndole recibido con una conciencia pura y limpia le abandonan despues cobardemente y le crucifican en sí mismos con sus criminales recaídas. Ah! querreis vosotros asemejaros á los ingratos judíos? Habrá entre vosotros algunos hipócritas? Despues de comulgar hoy ó en el discurso de esta semana, ¿no se os verá ya volver de nuevo á los mismos pecados que han dado la muerte á vuestra alma? Poneis los medios para hacer que reine siempre Jesucristo en vuestros corazones y procurais alcanzar una completa victoria sobre vuestras pasiones, como lo dan á entender esas palmas ó ramos que teneis en la mano? Estais poseidos del espíritu de Jesucristo, del espíritu de dulzura y mansedumbre de que es símbolo el ramo de olivo; sois en una palabra verdaderos discípulos suyos, verdaderos cristianos que solo anheleis vivir siempre unidos á él y no abandonarle un instante? Si estos son vuestros sentimientos, acercaos á la comunión y recibidla con toda la piedad que os sea posible, con aquel espíritu que ecsige el acto mas augusto de nuestra religion. Mas para que nada ignoreis en esta materia, os diré en pocas palabras cuáles son los afectos que deben despertarse en vuestro ánimo al tiempo de comulgar, y cuáles despues de recibir la comunión.

TERCER PUNTO.

Para ello no perdamos de vista á Jesus en su entrada en Jerusalem, con todas las circunstancias que la acompañaron y siguieron. Jesucristo entró en esta ciudad como Rey lejítimo no para ejercer sobre ella una autoridad temporal, sino para reinar en los corazones de sus moradores. Hasta entonces el divino Salvador habia hecho sus viajes á pie; y aunque varias veces habia ido á Jerusalem, lo verificó siempre en un estado pobre y abyecto y sin servirse de ningun aparato. Hoy hace su entrada sentado sobre un animal; mas aun en esto quiere manifestar su espíritu de pobreza, pues en lugar de los magníficos adornos con que los ricos del siglo suelen enjaezar sus cabalgaduras, Jesucristo se vale para este fin de los toscos vestidos de sus discípulos.

Representémosnosle ahora á este Dios manso atrevesando las calles de Jerusalem en ese estado tan humilde, aunque con un semblante lleno de dulzura y augusta magestad. A su llegada se conmueve toda la ciudad, nos dice san Mateo, y maravillados sus habitantes á la vista de este espectáculo, preguntan con afán quién es este? *Commota est unibersa civitas, dicens: Quis est hic?* Esto nos dá á entender, H. M., que muchos de los que habitaban en Jerusalem no conocian á Jesucristo á pesar de los brillantes milagros que habia obrado en diferentes ocasiones y que ignoraban quién era, hasta que las gentes que le seguían les hicieron saber que era Jesus, el profeta de Nazareth de Galilea. El Salvador llegando cerca del templo, añaden los evangelistas, echó pie á tierra y entró en él á dar gracias á su eterno Padre y á referirle toda la gloria de su triunfo; despues de lo cual, como declinaba el dia, salió con sus doce Apóstoles y se retiró á Bethania. Hé aqui lo que ocurrió en el dia memorable de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem. Qué debeis inferir de todo esto, H. M., para vuestra edificacion? Jesucristo, cuando comulgais, entra tambien en vuestra alma, reposa en vuestra lengua, se encierra en vuestra boca como en un tabernáculo; de allí pasa á vuestro pecho y va recorriendo, por decirlo asi, todos los

miembros de vuestro cuerpo, comunicándose sobre todo á vuestra alma que es el templo de Dios vivo y en donde con su infinita sabiduría descubre hasta los menores pliegues del corazon.

Considerad ahora, qué sentimientos no debereis experimentar durante el tiempo que se digna permanecer con vosotros. Con qué devocion no debereis recibir la santa hostia, cuando el sacerdote la aproesima á vuestros labios! Cuán abrasado de amor no deberá quedar vuestro corazon! Vosotros que coneceis la bondad, la grandeza, todas las perfecciones de Jesus, á diferencia de muchos cristianos que apenas tienen de él un escaso conocimiento; ¡qué afectos de tierna piedad no deberán suscitarse en vuestra alma por todo el tiempo que teneis la dicha de poseer á Jesucristo! Aprovechaos, H. M., de estos felices momentos; no dejeis escapar uno siquiera; y despues de haberos acercado á la sagrada mesa con la mas edificante modestia, con el mas profundo recogimiento, ocupaos despues de la comunión en amorosos coloquios con el dulcísimo Jesus que acaba de tomar posesion de vuestras almas; consagraos á todos los actos de religion que os sugiera vuestra piedad; adorad á este Dios que se ha hecho esposo de vuestras almas; reconocedle por vuestro soberano dueño y señor; ofrecedle todo cuanto teneis y todo lo que sois; rogadle que se digne recibir la ofrenda irrevocable que le hacéis de vuestros corazones, y emplead en todos estos actos al menos un cuarto de hora. Pero cuidad de no asemejaros á los judíos que despues de haberle recibido con tanta pompa á su entrada en Jerusalem, le dejaron salir sin instarle siquiera á que permaneciera en medio de ellos. Vosotros por el contrario le habeis de conjurar á que se quede para siempre en vuestra compañía; decidle lo que los dos discípulos que iban á Emmaüs, cuando se les apareció despues de su resurrección: Quédate, Señor, con nosotros, porque ya es tarde. No os separeis de él jamás, como lo hicieron los apóstoles que fueron sus fieles compañeros; suplicadle que santifique mas y mas vuestras almas, para que esta comunión sea para vosotros el principio de una dichosa vida y la prenda de una bienaventurada inmortalidad por los siglos de los siglos. Amen.

Sobre las próximas disposiciones para una buena comunión y la acción de gracias que debe seguirla.

Si se quiere hablar mas metódicamente sobre las disposiciones próximas para la comunión y acción de gracias que debe seguirla, despues de un breve exordio tomado del evangelio, se explicarán en el primer punto estas disposiciones, y en el segundo, la acción de gracias que debe seguir á la comunión.

Al presentarnos la iglesia, H. M., en el evangelio de este dia la entrada gloriosa de Jesus en Jerusalem, se propone por principal objeto que nos preparemos próximamente para la comunión de la pascua, en la que este Dios salvador quiere hacer su entrada en nuestros corazones. En desempeño de mi deber os hablaré hoy de la preparacion próxima para comulgar. Cómo os habeis de preparar y cómo habeis de dar gracias despues de la comunión, hé aqui todo el asunto de este discurso.

PRIMER PUNTO.

No basta, H. M., para cumplir dignamente con el precepto pascual el haberos preparado durante la cuaresma por medio de la oración, el ayuno y otras buenas obras á recibir el cordero de Dios en el sacramento de nuestros altares; no basta haber purificado vuestros corazones en el tribunal de la penitencia con una confesion exacta y sincera de todas vuestras culpas; es menester ademas que unáis á todo esto ciertas disposiciones ó preparaciones que llamaremos inmediatas, es decir, que no debeis acercaros á la sagrada mesa sin haberos ejercitado antes en aquellos actos que reanimen vuestra devoción y os pongan en estado de participar abundantemente de los frutos de la comunión. Porque debeis saber, H. M., que segun la devoción que lleveis al altar, participareis tambien mas ó menos de los efectos del sacramento, y que cuanto mas fervorosa fuere vuestra devoción, serán tambien mas abundantes las gracias que os comunicará Jesucristo. Y de qué ma-

nera lograreis escitar en vuestro espíritu esta devocion? No de otra suerte que acercándoos con las disposiciones que ecsige la iglesia, las mismas que en otro tiempo hacia saber á los fieles cuando se presentaban á comulgar, por medio de uno de sus sagrados ministros. Acercaos, fieles, decia en alta voz un Diácono, acercaos á la sagrada mesa con fe, con temblor y con amor: *Accedite cum fide, cum tremore et dilectione*. (Se explicará cada una de estas tres disposiciones.)

La primera disposicion para comulgar es la fe. Por ella principiaban su preparacion para tan grande acto los primeros cristianos, diciéndo en alta voz y con los brazos estendidos: *Credo, Credo*. Creemos, Señor, que estais verdaderamente con vuestro cuerpo y vuestra alma en la sagrada hostia; lejos de nosotros aquella curiosidad reprehensible de querer penetrar tan profundo misterio; vos habeis hablado y esto nos basta; lo creemos porque vos que sois la misma verdad nos lo habeis revelado. Imitad, H. M., á estos primeros cristianos; ante todas cosas reanimad vuestra fé y decid con todo vuestro corazon: *Credo, Credo*. Yo creo, amantísimo Jesus, que os hallais realmente en la sagrada hostia, y que sois el mismo que nació en un establo, que murió en la cruz, y que ahora está en el cielo sentado á la diestra del eterno Padre. Yo creo, etc. Es una práctica muy saludable la de formar muchos actos de fé, porque ella os llevará, primero á que adoreis á Jesucristo con el mas profundo respeto, á que os anonadeis en su presencia á la vista de su grandeza y de vuestra miseria, de su santidad y de vuestros pecados: 2.º á formar un acto de perfecta contricion y á detestar aun los menores pecados, por haber ofendido con ellos á un Dios tan bueno y tan digno de ser amado. Entonces no podreis menos de esclamar con san Pedro: *Exi à me, quia homo peccator sum, Domine*: (*Luc. 5.*) con el Publicano: *Deus, propitius esto mihi peccatori*: (*Luc. 18.*) y con el Centurion: *Domine, non sum dignus, etc.* (*Matth. 18.*)

Esta fe os inspirará ademas un santo temblor, que es la segunda disposicion para comulgar dignamente: *Accedite cum tremore*. Y en efecto, con cuánto temor nos debemos llegar á la mesa de

un Dios, en donde vamos á recibir nada menos que á un Dios en nuestros corazones? Él ciertamente que es un Dios infinitamente amable, pero tambien es un Dios en extremo terrible: *Deus magnus et terribilis*. (Deut. 7.) Con una sola mirada hace temblar toda la tierra y en un momento puede perder para siempre al hombre que tenga la osadía de revelarse contra él. Porque si es severo contra todos los pecadores, cuál será su furor contra los sacrilegos? Temamos pues, H. M., acercarnos á la comunión con una conciencia manchada por el pecado. (Aquí vendrá bien aquel pasaje de san Juan, cap. 13 de su evangelio, cuando Jesucristo anunció á sus apóstoles que uno de ellos le habia de entregar. Se cuidará de hacer una justa aplicacion á los oyentes.) Al oír los apóstoles de boca de su maestro que uno de ellos le habia de hacer traicion, empezaron cada uno de por sí á preguntar llenos de afliccion y de temor, ¡Señor! soy acaso yo? Ah!, H. M., quizá habrá tambien muchos Judas entre vosotros que le hagan traicion en este tiempo pascual! Y quiénes serán? Dios lo sabe; pero lo que yo puedo asegurar en general es, que si no temeis, si no os llegaís con un santo temblor, es muy de recelar que vuestra comunión se asemeje á la de Judas.

Mas no por esto vuestro temor debe ser excesivo de manera que llegue á teneros inquietos, ni un temor puramente servil que solo os haga temer los castigos; no, H. M., vuestro temor ha de ser un temor filial, un temor que proceda de la caridad, del amor de Dios, el cual es la tercera y la mejor disposicion para comulgar: *Accedite cum dilectione*. El Dios á quien vais á recibir, es un Dios de misericordia que ha instituido este sacramento en el exceso de su amor, dejándonos en él la muestra mas espresiva de su infinita caridad para con el hombre. No será pues muy justo que os acerqueis á recibirle con el amor mas ferviente y perfecto? *Nemo igitur tepidus accedat*, dice san Juan Crisóstomo, *sed ferventes omnes accedant*. Entregaos enteramente á un Dios que se da todo á vosotros; desead tener el amor de todos los espíritus celestiales, de todos los santos y especialmente el de la Reina de los ángeles y de los santos; pedid al mismo Jesucristo que os abraze con el fuego de su amor, pedídselo

no una, sino muchas veces y emplead en estos afectos los momentos anteriores á la comunión; acercaos á recibirle con estos mismos sentimientos manifestando á vuestro divino huésped lo mucho que le amais; y cuando el sacerdote tome en sus manos la sagrada hostia para ponerla en vuestra boca, fijad la atención en las palabras que entonces os dirigirá: *Ecce agnus Dei*; mirad el cordero de Dios, etc. *Domine non sum dignus*. Antiguamente un Diácono decía en alta voz inmediatamente antes de distribuirse la comunión: *Sancta sanctis*, las cosas santas son para los santos; que los que no son santos, no tengan la temeridad de acercarse á participarlas. El sacerdote añadía: *Dominus est*, es el Señor, y respondían los fieles: *Amen*, es decir, lo creemos. Ah!, H. M., si considerásemos bien que es nada menos que un Dios el que recibimos, no habría un cristiano que dejara de llevar á la comunión las disposiciones necesarias; todos harían una verdadera pascua y se verificarían para con ellos aquellas tiernas palabras que pronuncia el sacerdote al distribuir la comunión: *Corpus Domini nostri Jesuchristi custodiat*, etc. Reflexionad ahora por un momento, H. M., sobre el modo con que hasta aquí os habeis llegado á comulgar, y preguntaos á vosotros mismos si lo habeis hecho con fé, con temor y amor. (Se dirá algo de como han faltado á estas condiciones.) Reparad en esta pascua vuestra negligencia, vuestra tibieza de los años anteriores; mas no os contentéis con haber comulgado de esa suerte, es decir, llenos de fé, de temor y caridad; porque es preciso ademas que despues de la comunión manifestéis al Salvador el justo reconocimiento que se le debe y que os empleéis algun tiempo en darle gracias por tan insigne beneficio. Pero esto es de lo que me he propuesto hablaros en el

SEGUNDO PUNTO.

Parece que no debiera haber necesidad de amonestar á los fieles sobre el cumplimiento de un deber tan sagrado y lejítimo, porque ciertamente, qué cosa mas justa ni mas saludable que dar gracias á Dios despues de la comunión? (Espliquense estos dos términos, justa y saludable, sirviendose en seguida de la comparación de un

vasallo á quien el monarca hubiera convidado á su mesa.) Sin embargo hay muchos cristianos que faltan á este deber ó que le cumplen muy imperfectamente; hay muchos cristianos que lejos de considerar el gran beneficio que reciben en la comunión, dejan á Jesucristo solo para ocuparse de objetos vanos y frívolos, perdiendo de este modo los momentos mas preciosos de su vida. Guardaos vosotros, H. M., de imitar la conducta de estos cristianos, muy semejante á la de Judas que se salió del cenáculo á luego de haber comulgado: *Cum accepisset ille bucellam, exivit continuò.* (Joan. 13.) No dejéis nunca de dar gracias á Dios despues de una accion tan santa, empleando en ello algun tiempo, por lo menos un cuarto de hora. Pero no creais que baste leer algun libro de devocion y pronunciar maquinalmente las oraciones que contenga; sino que es menester decirlas con mucho cuidado y procurar penetrarse de su espiritu. Los mejores actos son los que proceden de un corazon lleno de amor de Dios y que forma el Espiritu santo en nosotros; como los actos de fé, de admiracion, de gratitud, de amor, de ofrecimiento y de súplica. (Se estenderá sobre cada uno de estos actos.) A luego que hayais recibido al Señor procurad renovar vuestra fé y apartándoos á un lugar retirado de la iglesia en que no estéis espuestos á la disipacion, conversad amorosamente con el divino esposo de vuestra alma; adoradle con los ángeles y toda la corte celestial; convidad á todas las criaturas á darle gracias; ofrecedos todo cuanto sois y todo cuanto teneis en accion de gracias; ofreced tambien al mismo Jesucristo á quien teneis la dicha de poseer; decid con la santísima Virgen aquel hermoso cántico: *Magnificat*. (Aqui es el lugar mas propio para hablar al pueblo de este cántico.) Manifestad á vuestro divino huesped todas vuestras miserias, porque esta es la coyuntura mas favorable para proveer á todas las necesidades espirituales, teniendo como teneis en vuestro pecho al mismo Jesucristo que curó tantos enfermos, iluminó tantos ciegos, etc. Decidle vosotros jóvenes: Señor, ved los grandes peligros que corre mi inocencia, las tentaciones con que me combate el mundo, etc.; fortificadme pues con el auxilio de vuestra gracia para conservarme siempre en vuestro servicio, apartarme de las malas

compañías, etc. Decidle vosotras mugeres cristianas: Ah! Salvador de mi alma, el contacto de vuestro vestido bastó para curar á una muger que se veía atormentada de una larga y penosa enfermedad; tambien hace ya muchos años que yo vivo esclava de tal pasion, etc. (Este detalle dá margen para una buena materia.)

Pedid á Dios por vosotros y pedid con entera confianza de conseguir el remedio á vuestros males y miserias espirituales. Qué os negará, quien se os ha dado así mismo? Pedid tambien por vuestra familia, parientes, amigos, necesidades de la iglesia y del estado, considerando que esta es la ocasion mas propicia para obtener de su divina Magestad los favores y las gracias de su liberalidad. No omitais nunca, repito, H. M., la accion de gracias; que nada en el mundo sea capaz de haceros faltar á esta práctica de religion. Pero que no se limite vuestro reconocimiento al tiempo que sigue despues de comulgar; traed á la memoria de cuando en cuando durante este dia, el mas feliz para vosotros, la gracia singular que habeis recibido por la mañana y cuidad sobre todo de evitar hasta lo mas mínimo que pueda ofender y desagradar al amantísimo Jesus que os ha dado en alimento su sacratísimo cuerpo, teniendo presente que semejante beneficio ecsige de nuestra parte un reconocimiento eterno: *Gratias (ago) Deo super inenarrabili dono ejus*, (2. Cor. 9.) y que no podemos agradecerle debidamente esta gracia sino por una consagracion entera y perpetua al servicio de nuestro bienhechor.

Se dará fin á este discurso advirtiendo á los que hayan comulgado en este dia, que procuren traer á la memoria durante esta semana la comunión que acaban de recibir, y que hagan por imitar á la santísima Virgen, á santa María Magdalena y á otras almas justas que permanecieron inviolablemente unidas á Jesucristo. Tambien seria muy oportuno el recordarles con el mismo objeto lo que aconteció en la sepultura de Jesucristo, para deducir de aquí que, siendo su cuerpo por la comunión á manera de un sepulcro en que se encierra el cuerpo del Salvador, deben hacer por guardarle con el mayor cuidado y vigilar á toda hora para que no les sea robado este santísimo cuerpo.

EPÍSTOLA.

Debemos imitar las virtudes de que nos ha dado ejemplo Jesucristo en su dolorosa pasion.

La epístola de este día es del cap. 2 de la carta de san Pablo á los filipenses. Fué escrita desde Roma por el año 60 de la Era cristiana y el segundo de la prision del apostol, y remitida por conducto de Epaphrodito, Obispo de Filipos que habia ido á Roma á ver á san Pablo y darle cuenta del estado y disposicion en que se hallaban aquellos nuevos cristianos convertidos por el apostol. El objeto de esta carta es el de fortalecerles en la fe y precaverles contra la doctrina de algunos falsos profetas enemigos de la cruz de Jesucristo. Casi toda ella es moral, recomendándose principalmente la práctica de las virtudes cristianas como la humildad, la caridad, la paz y mútua concordia. Contiene en todo cuatro capítulos. Desde luego se puede asegurar que no podia escogerse otra mas á propósito para el domingo de semana santa, pues que en ella se encuentran los sentimientos que deben animar á los fieles mas en estos santos dias que en cualquier otro tiempo del año. Asi es que á poco que se reflexione sobre esta epístola se hallará materia abundante para una instruccion muy provechosa y saludable. Pero debe tenerse en cuenta que siendo los oficios de hoy algo largos conviene consultar á la brevedad, aunque sin dejar de decir por eso lo mas necesario.

En este año me he propuesto, H. M., tomar de la epístola que se acaba de cantar el asunto de vuestra instruccion. Los siete versículos que comprende están sacados del cap. 2.º de la carta que escribia el apostol á los habitantes de Filipos, ciudad principal de la Macedonia, convertidos por él á la fe cristiana. El objeto de esta carta era el de fortalecerles en la fe que habian recibido y prevenirles contra las máximas de ciertos hereges, los cuales negaban que Jesucristo fuera verdadero Dios y hombre y que hubiera sido crucificado en realidad. Pero al mismo tiempo les exhorta con toda la fuerza de su celo á que se penetren de los mismos sentimien-

tos de Jesucristo y á que procuren imitar las virtudes de que nos dió ejemplo, y especialmente su humildad y obediencia. Oid lo que les dice: (Se recitará el testo ó se leerá en castellano y en seguida continuará:) Estas palabras se dirigen también á nosotros, H. M., lo mismo que á los filipenses y la iglesia las ha reservado para el presente tiempo con el objeto de que os expliquemos su sentido y os inspiremos aquellos sentimientos de que debeis estar poseídos muy particularmente durante toda esta santa semana. En la esplicacion de la epístola del domingo anterior os hablé del gran sacrificio que se dignó Jesucristo ofrecer por nosotros en el calvario y os hice ver su virtud y escelencia, como tambien el abuso que de este sacrificio hacen una infinidad de cristianos. Hoy debo llevaros, H. M., á una cosa mas perfecta, como es, á que entreis en las mismas disposiciones y en los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo durante su dolorosa pasion. A fin de conseguirlo, os pondré á la vista las virtudes que mas resplandecieron en el tiempo de sus acerbos tormentos, y en seguida os diré cómo y por qué debeis esforzaros por imitarle en aquellas virtudes: *Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*

PRIMER PUNTO.

De toda clase de virtudes nos dió Jesucristo el mas perfecto ejemplo durante su sacratísima pasion; pero algunas hay sin embargo que resplandecieron sobre todas las demas, como la humildad, la obediencia, la paciencia y la caridad. Y ciertamente, dónde se encontrará una humildad mas admirable, una obediencia mas perfecta, una paciencia mas heroica, una caridad mas ardiente? Para explicarlas, se dirá, quién es, H. M., el que sufre? Es Jesucristo: *Qui cum in forma Dei esset, etc.* Qué anonadamiento! (1)

(1) Son muy al caso los siguientes periodos tomados del sermón antes citado de san Bernardo: In hac igitur passione, fratres, tria specialiter convenit intueri, opus, modum et causam. Nam in opere quidem patientia; in modo humilitas, in causa charitas commendatur. Patientia autem singularis, quod videlicet cum supra dorsum ejus fabricarent peccatores; cum sic extenderetur in ligno, ut dinu-

no se contenta con tomar la forma de un esclavo, si no que es vendido como esclavo por el bajo precio de treinta dineros, es azotado como los esclavos, conducido al pátibulo como el mas criminal de los malvados y muere por fin en un suplicio el mas infame é ig-

merarentur omnia ossa ejus; cum foderentur manus et pedes, sicut agnus ad occisionem ductus sit et tamquam ovis coram tondente, non aperuit os suum, non adversus Patrem à quo missus fuerat, non adversus humanum genus, pro quo quæ non rapuit exolvebat, non denique contra populum ipsum peculiarem sibi, à quo pro tantis beneficiis tanta mala recipiebat. Plectuntur aliqui pro delictis suis et humiliter sustinent; hoc ipsum tamen ad patientiam eis reputatur.... Quomodo non maxima conseatur in Christo qui in funiculo hæreditatis suæ ab his quibus specialiter advenerat salvator, crudelissima morte mulotatur sicut fur, nullum omnino peccatum nec actu proprio, nec contractu habens? Nimirum in quo habitat omnis plenitudo divinitatis, non umbraticè sed corporaliter; in quo Deus est mundum reconcilians sibi, non figurativè sed substantialiter; qui denique plenus est gratiæ et veritatis non cooperativè sed personaliter.... Ita ergo habes in opere patientiam. Nam modum ipsum si diligenter attendas, non modo mitem, sed et humilem corde cognosces. Nempe in humilitate judicium ejus sublatum est, cum nec ad tantas blasphemias, nec ad falsissima quæ sibi objiciebantur crimina responderet. Vidimus, inquit eum et non erat aspectus, non speciosum forma præ filiis hominum, sed opprobrium hominum et tamquam leprosum; novissimum virorum, planè virum dolorum à Deo percussum et humiliatum, ita ut nulla esset ei species neque decor. O novissimum et altissimum, o humilem et sublinem, o oprobrium hominum et gloriam angelorum. Denique sputis illitus est, opprobriis saturatus est, morte turpissima condemnatus et cum sceleratis reputatus est. Nil nè merebitur ista humilitas, quæ hanc habet modum; imò quæ tam est ultra modum? Sicut est, patientia singularis, sic et humilitas admirabilis, utraque sine exemplo. Utramque tamen magnifico causa ipsa comendat, nimirum charitas. *Propter nimiam charitatem suam quæ dilexit nos, etc.* Verè nimiam, quia et mensuram excedit, modum superat, planè supereminens universis. Majorem inquit charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Tu majorem habuisti, Domine, ponens etiam pro inimicis. Cum enim adhuc inimici essemus, per mortem tuam, et tibi reconciliati sumus et patri. Quænam alia videbitur esse vel fuisse, vel fore huic similis charitati. Vix pro justo quis moritur; tu pro impiis mortuus es, moriens propter delicta nostra, qui venisti justificare gratis peccatores, servos facere fratres, captivos cohæredes, exules reges. Nec sanè aliud aliquid patientiam hanc et humilitatem æquè illustrat, quam quod in mortem tradidit animam suam, etiam pro transgressoribus rogans ut non perirent. S. Bern. Fer. 4. hebdom. pænosæ de pass. Dom. Serm. (*El Traductor.*)

nominioso. Podrá imaginarse una humildad mas profunda? Y por qué se humilló de este modo, H. M.? El apostol nos dice que fué por obediencia: *obediens usque ad mortem*; porque su eterno Padre así se lo habia ordenado en sus eternos decretos. Jesucristo hubiera podido no morir, hubiera podido redimir al hombre por algun otro medio: *Nemo tollit animam meam à me; pono eam à me ipso*; pero se sometió á la muerte y á una muerte la mas afrentosa por pura obediencia y por cumplir perfectamente con los deseos de su eterno Padre.

¿Mas cuánto no tuvo que sufrir nuestro buen Jesus para satisfacer á la divina justicia y libertarnos á nosotros del pecado? Ah!, H. M., el tiempo no me permite hacer hoy una relacion detallada de los sufrimientos del Salvador; en el viernes próximo espero poder hablaros con alguna estension sobre este triste asunto; únicamente os diré por ahora que padeció de toda clase de maneras, de parte de toda suerte de personas, en todas las potencias de su alma y de su cuerpo, todo con un rigor inaudito que hizo sobrepujában sus dolores á cuanto han padecido los mártires y llevándolo todo con una paciencia admirable de que no se ha visto ni se verá jamás ejemplo. Y qué es lo que pudo moverle á esta humildad, á esta obediencia y á esta paciencia inauditas? La caridad, responde san Bernardo: *Sicut est patientia singularis, sic et humilitas admirabilis; utramque tamen magnificè causa ipsa commendat, nimirum charitas est*. Oh! qué caridad! puede llevarse por ventura mas lejos? El apostol la llama escesiva: *Propter nimiam charitatem suam*. (Ephes. 2.) ¡A semejante estado de abatimiento y de dolor le ha reducido, H. M., el amor, el amor escesivo que os tiene á vosotros y que me tiene tambien á mi! Y seremos indiferentes á tanto favor y á estas demostraciones tan inequívocas de lo mucho que nos ama? Podremos sin desnudarnos de los sentimientos que deben inspirar en nuestro ánimo la fe y la razon, dejar de poner todos los medios para revestirnos especialmente en este tiempo de los que tuvo Jesucristo durante su dolorosa pasion? Reanimad pues en este dia, H. M., vuestra fé; la que si no sois insensibles, han debido ya despertar las significativas ceremonias que habeis pre-

senciado, la pasion que se acaba de cantar y la procesion que hemos celebrado con ramos en las manos y entonando el *hosanna* al hijo de David. Pero cuidad tambien muy particularmente de imitar el ejemplo que os ha dado en su pasion este Dios salvador y de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que Jesucristo tuvo en el suyo: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu*; á cuyo fin voy á instruiros sobre el modo con que habeis de imitarle y las razones que os deben inducir á seguir su ejemplo.

SEGUNDO PUNTO.

Por la breve reseña que acabo de presentaros de la pasion del Salvador, conocereis facilmente cuáles son las virtudes en que principalmente debeis imitarle. Jesucristo fué humilde, obediente, manso, caritativo y practicó todas estas virtudes en el mas alto grado. Es menester pues que tambien vosotros que os decís cristianos, que haceis profesion de serlo y que por lo mismo estais obligados á caminar sobre los pasos de Jesucristo crucificado; es menester, repito, que vosotros os ejerciteis á ejemplo suyo en la humildad, en la obediencia, en la paciencia y en la caridad. Si sois pobres, conformaos con el estado en que os ha puesto la divina providencia y hasta regocijaos en él. Si sois ricos, procurad ser humildes de corazon, sin ensalzarnos jamás sobre nadie, cualquiera que sea; antes bien humillaos y abatíos por debajo de todos; avergonzaos de un estado que tiene tan poca semejanza con el de Jesus pobre y humillado, y poned toda vuestra gloria en anonadaros, singularmente en esta semana, ante un Dios que no se desdñó de morir por vosotros en una cruz. Honrad sus humillaciones observando una modestia edificante en el templo, tributando vuestros mas respetuosos homenajes á la cruz, instrumento de su suplicio, y tomando parte en sus dolores y tormentos. (Aqui se recordará aquel hecho de David, quando se humilló ante el arca, hasta danzar en su presencia con el objeto de dar culto á Dios que en ella estaba representado; ó sino, el del emperador Heraclio, quando llevó la cruz sobre sus hombros.) Dad tambien muestras de humildad, obedeciendo su-

misos á cuanto la iglesia os prescribe tocante á la confesion y comunión, etc. Un Dios, H. M., obedece hasta la muerte y muerte de cruz; un Dios obedece á sus mismos verdugos; cómo pues podreis vosotros alegar excusa para no cumplir los preceptos de Dios y de la iglesia, para escusaros del ayuno, de la confesion, etc., para no perdonar á vuestros enemigos, etc. Qué es esto todo en comparacion de lo que ha padecido el hijo de Dios por obedecer á su Padre?

Sometámonos pues, H. M., como nuestro maestro Jesus á todo cuanto nos ordena el Señor, cumplamos por obediencia todas las obligaciones de nuestro estado, sobrellevando sus trabajos y penalidades, pero soportándolas como Jesucristo con una paciencia que no se desmienta jamás. Quién al considerar la pasion del Salvador se atreverá á quejar de los males y miserias de su estado? Si Jesucristo que era la misma inocencia sufrió como si hubiera sido el mas malo de los hombres, pretenderemos nosotros miserables pecadores que Dios nos trate como si estuviéramos sin pecado? Habremos de prorumpir en quejas, en murmuraciones y acaso en imprecaciones, en blasfemias, cuando nos sobreviene una enfermedad, la pérdida de nuestros bienes, ó algun otro acontecimiento funesto, siendo asi que Jesucristo sufrió sin quejarse, sin decir la mas mínima palabra, sin que se le escapara un solo lamento, ó á lo mas muy moderado para darnos á conocer la fuerza, la magnitud de su dolor? Ah! y qué oposicion entre nuestra conducta y la de aquel que debe ser nuestro modelo! Pidámosle, H. M., durante la semana los auxilios necesarios para sufrir como él sufrió y para que no salga de nuestra boca expresion alguna que manifieste la mas pequeña impaciencia. Sufrid, H. M., sufrid por el amor de un Dios que tanto ha sufrido por vuestro amor. Esto es lo que os exige mas particularmente en reconocimiento de su inmensa caridad para con todos vosotros; y para significarle que le amais de veras, distinguíos en este tiempo pascual por las obras de caridad de unos para con otros, ayudándoos mutuamente con limosnas, favores, etc.

De esta suerte os conformareis con el espíritu de la iglesia en este tiempo, que tiene consagrado al honor de la pasion de su es-

poso; y si necesitais algunos motivos para conduciros de esa manera, no teneis mas que fijar la atencion en aquel tan poderoso que os propone san Pablo en la epístola, á saber, la grande gloria que á Jesucristo le merecieron sus humillaciones, su obediencia y sus demas virtudes: *Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit, etc.* Cuánta gloria, H. M., no ha recibido y recibe todavia Jesucristo en el cielo, en la tierra y aun en los infiernos! Pues esta misma gloria, fruto de su paciencia y de su obediencia, participareis tambien vosotros, si sois constantes en practicar las virtudes de que este Dios paciente os ha dado tan admirables ejemplos. Poned la vista de cuando en cuando en el prêmio que os aguarda, y esta consideracion os moverá á practicar la virtud y á llevar una vida verdaderamente cristiana: *Non sunt condignæ, etc. Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione compta.* (Heb. 12.) La esperanza de tan rico galardón fue la que animó al mismo Jesucristo á sufrir con tanta paciencia los crueles tormentos de su pasion; y esta esperanza es la que os moverá tambien á vosotros á la imitacion de sus virtudes, á sufrir con resignacion los males de la vida, que son bien poca cosa en comparacion de aquel peso inmenso de gloria, de aquel gozo inesplicable que os está reservado en la otra vida por perpétuas eternidades. *Amen.*

Como solo me he propuesto presentar en esta obra los materiales necesarios para componer pláticas sobre las diferentes dominicas del año, no me estenderé sobre el modo de tratar el asunto mas grande y mas interesante de nuestra religion, que no hay parroquia donde no se acostumbre predicar en el viernes santo; hablo de la pasion de nuestro redentor Jesucristo. Pues aunque no sea un deber absoluto para el párroco el recordarla todos los años á sus feligreses en este santo dia, parece sin embargo que no puede omitir tan laudable práctica sin desatender de algun modo lo que ecsige de él la piedad, como tambien lo que debe á sus ovejas. Por lo mismo sino se halla con fuerzas para predicar él mismo, puede valerse de algun otro orador que al buen decir reuna la uncion tan necesaria en esta clase de discursos. Y si ni aun esto fuera posible, que

haga al menos una breve reseña de la pasión del Salvador, siguiendo al efecto el orden natural de esta dolorosa pasión; á saber, considerará primero á Jesucristo en el huerto de los olivos, despues en los diferentes tribunales de Jerusalem y por último en el calvario; y cuidará de presentar en cada circunstancia de estas algunas reflexiones morales, que despierten en los oyentes aquellos sentimientos que semejante objeto ó consideracion debe producir en todo corazon cristiano; como el horror al pecado mortal, el temor de la divina justicia, el amor de Dios y de Jesucristo y el deseo sincero de seguir su ejemplo.

FIN DEL PRIMER TOMO.



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE PRIMER TOMO.

	<u>Páginas.</u>
<i>Preámbulo.</i>	I
<i>Advertencia fundamental.</i>	III
<i>Plan general de instrucciones.</i>	1
<i>Asuntos que puede tratar el párroco desde adviento hasta na- vidad.</i>	3

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO. (1)

<i>De Jesucristo y su evangelio.</i>	5
<i>Sobre la predicacion del Bautista.</i>	8
<i>Sobre la preparacion de los fieles para celebrar la natividad del Señor.</i>	10
<i>Paráfrasis de la epístola del día.</i>	11

ASUNTOS

PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE ADVIENTO.

<i>Sobre el juicio universal.</i>	15
<i>Sobre la frecuente meditacion del juicio final.</i>	20
<i>Epístola de la misa.</i>	22
<i>Sobre la lectura espiritual.</i>	23
<i>Sobre la grandeza del beneficio de la encarnacion.</i>	25

(1) Fácilmente se advertirá la variacion con que se colocan los evangelios de estas cuatro dominicas: el autor tenia á la vista el misal de su Diócesis, que en esto guarda diferente orden del Romano. En la dominica primera principia hablando sobre el evangelio de san Juan y sigue despues con el de la cuarta dominica de nuestro misal. En la dominica segunda explica el evangelio de la primera, y así sucesivamente en las otras dos. (*El Traductor.*)

ASUNTOS

PARA LA TERCERA DOMINICA DE ADVIENTO.

<i>De la institucion de las cuatro témporas.</i>	27
<i>De la ciencia y conocimiento de Jesus.</i>	29
<i>De las circunstancias que hacen á un hombre recomendable y digno de elogio.</i>	32
<i>De la virtud de la mortificacion.</i>	33
<i>Epístola del día.</i>	35
<i>La alegría de los fieles debe ser santa.</i>	36

ASUNTOS

PARA LA CUARTA DOMINICA DE ADVIENTO.

<i>Sobre las disposiciones próximas para recibir al hijo de Dios en su nacimiento.</i>	40
<i>Del conocimiento de sí mismo y particularmente de la pasión dominante.</i>	43
<i>Epístola de la misa.</i>	48
<i>Sobre los deberes de los párrocos para con sus pueblos y los de estos para con sus párrocos.</i>	48
<i>Advertencias sobre el evangelio del miércoles de las cuatro témporas de Adviento. (1).</i>	49

ASUNTOS

PARA PLÁTICAS DESDE NATIVIDAD HASTA SEPTUAGÉSIMA.

<i>Advertencias preliminares.</i>	50
<i>Domingo infraoctavam natiuitatis.</i>	51
<i>Reflexiones sobre el año que concluye y el que va á principiar.</i>	51
<i>Sobre el buen empleo del tiempo.</i>	57
<i>De la circuncision espiritual.</i>	58
<i>Reflexiones sobre el evangelio de esta dominica.</i>	58

(1) Corresponden á la semana anterior. (Nota del Traductor.)

OTROS ASUNTOS SOBRE EL MISMO EVANGELIO.

<i>De los medios para santificar el año que va á principiar.</i>	63
<i>De los medios para asegurar la salvacion.</i>	65
<i>Epístola del dia.</i>	67
<i>Sobre el gran beneficio de la encarnacion del Verbo y reconoci-</i> <i>miento que le debemos.</i>	68
<i>Plan de una plática sobre el dulcísimo nombre de Jesus.</i>	72
<i>Instrucciones sobre la festividad de la Epifanía.</i>	73
<i>Homilia sobre la huida de Jesus á Egipto.</i>	74

DOMINICAS DESPUES DE LA EPIFANÍA.

PRIMER DOMINGO.

<i>Deberes de los niños y jóvenes para con Dios y para con sus padres.</i>	78
<i>Deberes de los padres para con Dios y para con sus hijos.</i>	83
<i>El viaje de Jesus á Jerusalem enseña á todos sus obligaciones</i> <i>para con Dios y para con el prójimo.</i>	89
<i>Debemos trabajar en nuestra perfeccion.</i>	91
<i>La pérdida de la gracia ó de la devocion sensible.</i>	96
<i>Epístola del dia.</i>	101
<i>Debemos á Dios el sacrificio de nuestro cuerpo y de nuestra alma.</i>	102
<i>Del buen uso de los dones de Dios.</i>	107
<i>Para la octava de la Epifanía.</i>	108
<i>De los efectos del bautismo y obligaciones que se contraen al re-</i> <i>cibirle.</i>	108
<i>DOMINICA SEGUNDA despues de la Epifanía.</i>	116
<i>Homilia sobre el evangelio de este dia.</i>	117
<i>Sobre el sacramento del matrimonio.</i>	122
<i>Epístola del dia.</i>	125
<i>De los deberes para con el prójimo y de la caridad fraterna.</i>	125
<i>PARA EL TERCER DOMINGO despues de la Epifanía.</i>	128
<i>De la curacion del leproso y de la lepra del pecado.</i>	129
<i>De la tibieza.</i>	136
<i>De los deberes entre amos y criados</i>	138
<i>De las cualidades de la fé.</i>	140
<i>Del infierno.</i>	142
<i>Epístola del dia.</i>	148
<i>Conducta que deben observar los cristianos para con sus enemigos,</i> <i>y del buen ejemplo.</i>	148

DOMINICA CUARTA despues de la Epifanía.	150
De los peligros á que está espuesta en el mundo nuestra salud es- piritual.	151
Del buen uso de las aflicciones.	157
Del amor á los padecimientos.	165
De la esperanza cristiana.	170
Paráfrasis sobre la epístola del día.	174
DOMINGO QUINTO despues de la Epifanía.	177
Conducta que deben observar los justos con los pecadores.	178
Contra el escándalo.	183
La suerte de los justos y de los pecadores en el día del juicio.	186
Epístola del día.	189
De la mansedumbre y la paciencia.	190
Contra las malas canciones.	193
El cristiano debe hacer todas sus obras en nombre de Jesucristo.	194
DOMINICA SEXTA despues de la Epifanía.	197
Sobre la verdad de nuestra religion y sobre lo que ella ecsige de nosotros.	197
De la virtud ó eficácia de la doctrina evangélica.	204
Epístola del día, instrucciones acerca de ella.	206
Sobre la vida oculta de Jesus y obligacion que tenemos de imi- tarle en ese estado.	212
DESDE LA SEPTUAGÉSIMA HASTA LA PASCUA.	219
DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.	220
Epíritu de la iglesia en este domingo.	221
La obligacion que tenemos de trabajar en la santificacion de nues- tras almas.	226
Obligacion de trabajar y de santificar el trabajo.	230
Epístola de este día.	235
Del temor de perder el cielo.	237
DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.	240
Sobre la severidad y equidad de la divina justicia.	241
Evangelio.	247
Los efectos de la palabra divina	247
Disposiciones con que debemos acudir á oirla.	252
Del precio de la gracia y del uso que debe hacerse de ella.	258
Epístola.	262
DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.	265
Advertencias para antes de la plática.	265
Sobre el evangelio del día.	267
Ningun pensamiento mas á propósito para libertarnos del pecado que la memoria de la pasion de Jesucristo.	269

<i>Del pecador ciego.</i>	273
<i>Sobre la ceremonia de ceniza.</i>	277
<i>Epístola del día.</i>	280
<i>Cualidades de la caridad.</i>	282

DOMINICAS DE CUARESMA.

<i>Advertencias notables.</i>	283
DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.	285
<i>Necesidad de la penitencia y sus cualidades.</i>	285
<i>De la dilacion en convertirse.</i>	292
<i>El evangelio en forma de homilia.</i>	296
<i>Sobre el ayuno de cuaresma.</i>	297
<i>Epístola, sobre la manera de emplear el tiempo de cuaresma.</i>	299
DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.	302
<i>Estado espantoso del alma que se halla en pecado mortal.</i>	303
<i>Cualidades que debe tener la oracion del pecador para alcanzar su conversion.</i>	309
<i>Epístola, de la pureza del cuerpo.</i>	313
DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.	318
<i>De la obligacion de la confesion y sus ventajas.</i>	319
<i>Otro asunto sobre la confesion, de la falta de sinceridad, ó de la vergüenza en confesar los pecados.</i>	327
<i>Tercera plática sobre la misma materia, á saber, de las condiciones necesarias para hacer una buena confesion.</i>	337
<i>Paráfrasis sobre la epístola del día.</i>	341
DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.	345
<i>Evangelio.</i>	346
<i>Sobre la necesidad de prepararse para comulgar dignamente en este tiempo pascual.</i>	347
<i>Comparacion del pan comun y de la Eucaristía.</i>	353
<i>Segundo asunto, paralelo entre la pascua de la ley antigua y la pascua de la nueva.</i>	358
<i>Epístola del día, sobre la relacion que hay entre el antiguo y nuevo testamento y su diferencia.</i>	366
DOMINICA DE PASION.	376
<i>Advertencia al auditorio antes de la plática.</i>	376
<i>Advertencias á los párrocos.</i>	378
<i>Plática primera, reflexiones sobre la pasion de Jesucristo.</i>	380
<i>Segunda, sobre la comunión sacrilega.</i>	388
<i>Epístola, sobre la excelencia y valor del sacrificio de la cruz.</i>	400
DOMINICA DE RAMOS.	410

<i>Sobre el modo de santificar la semana santa.</i>	412
<i>Disposiciones que deben preceder, acompañar y seguir á la comunión pascual. Homilia sobre la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem.</i>	420
<i>Disposiciones próximas para una buena comunión y acción de gracias que debe seguirla.</i>	429
<i>Epístola del día: debemos imitar las virtudes de que Jesucristo nos ha dado ejemplo en su pasión.</i>	435



ERRATAS MAS NOTABLES.

Pág. ^a	Lin. ^a	DICE.	LEASE.
III..	44..	á los fieles.....	<i>los fieles</i>
49..	4..	mas ilustrado.....	<i>cuanto mas ilustrado</i>
77..	49..	Egipto, quiere.....	<i>Egipto: quiere</i>
102..	35..	dispersarnos	<i>dispensarnos</i>
430..	34..	hábito	<i>hábito</i>
432..	24..	mortal.....	<i>mortal?</i>
462..	46..	pecadores y justos.....	<i>justos y pecadores</i>
483..	4..	inspira	<i>inspirará</i>
489..	28..	pues no.....	<i>no</i>
229..	4..	servirá.....	<i>serviría</i>
257..	47..	hablado.....	<i>hablando</i>
262..	5..	digna	<i>digne</i>
263..	25..	con el que ha sido.....	<i>con el, que he sido</i>
276..	22..	Señor.....	<i>Señor;</i>
284..	45..	remedio.....	<i>medio</i>
306..	4..	esclava	<i>esclavizada</i>
317..	24..	vuestras.....	<i>nuestras</i>
329..	28..	uno faltar al precepto del Señor, en lo mismo.....	<i>uno en faltar al precepto del Se- ñor lo mismo</i>
353..	4..	la necesidad.....	<i>su necesidad</i>
357..	6..	que Jesucristo.....	<i>con Jesucristo</i>
404..	26..	carnales	<i>canales</i>

AVISO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES.

El segundo tomo saldrá por entregas mensuales de seis pliegos como este primero; mas para evitar que se tomen sueltas con perjuicio de la empresa, se pagará siempre adelantada la siguiente.

Aunque el segundo tomo contendrá mayor número de pliegos que el primero, solo se escijirá 20 rs. á los señores que se suscriban á dicho tomo segundo antes del 1.º de Marzo de 1846; es decir, que aunque esceda de uno ó mas cuadernos, el coste solo será 20 rs. en esta Ciudad y 25 fuera de ella por razon de franqueo ó portes. Lo mismo se observará en el caso de darse á luz el tercer tomo.

Precio de cada entrega, dos reales en esta ciudad y dos y medio en los demas puntos franco el porte.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Palencia en la imprenta y librería de Gervasio Santos y Gerónimo Camazon, calle de D. Sancho, Palacio de Tordesillas.

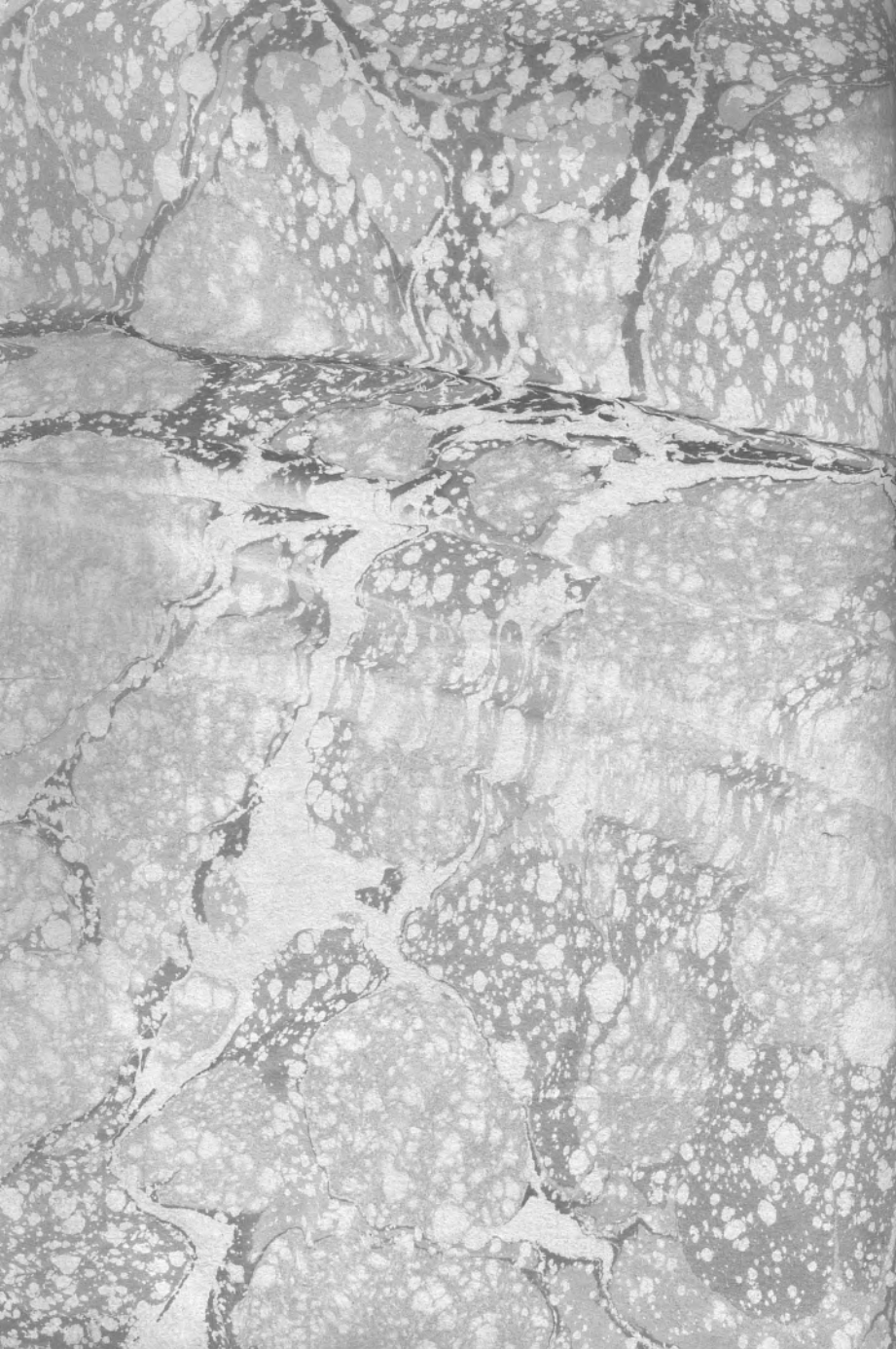
EN LAS DEMAS PROVINCIAS:

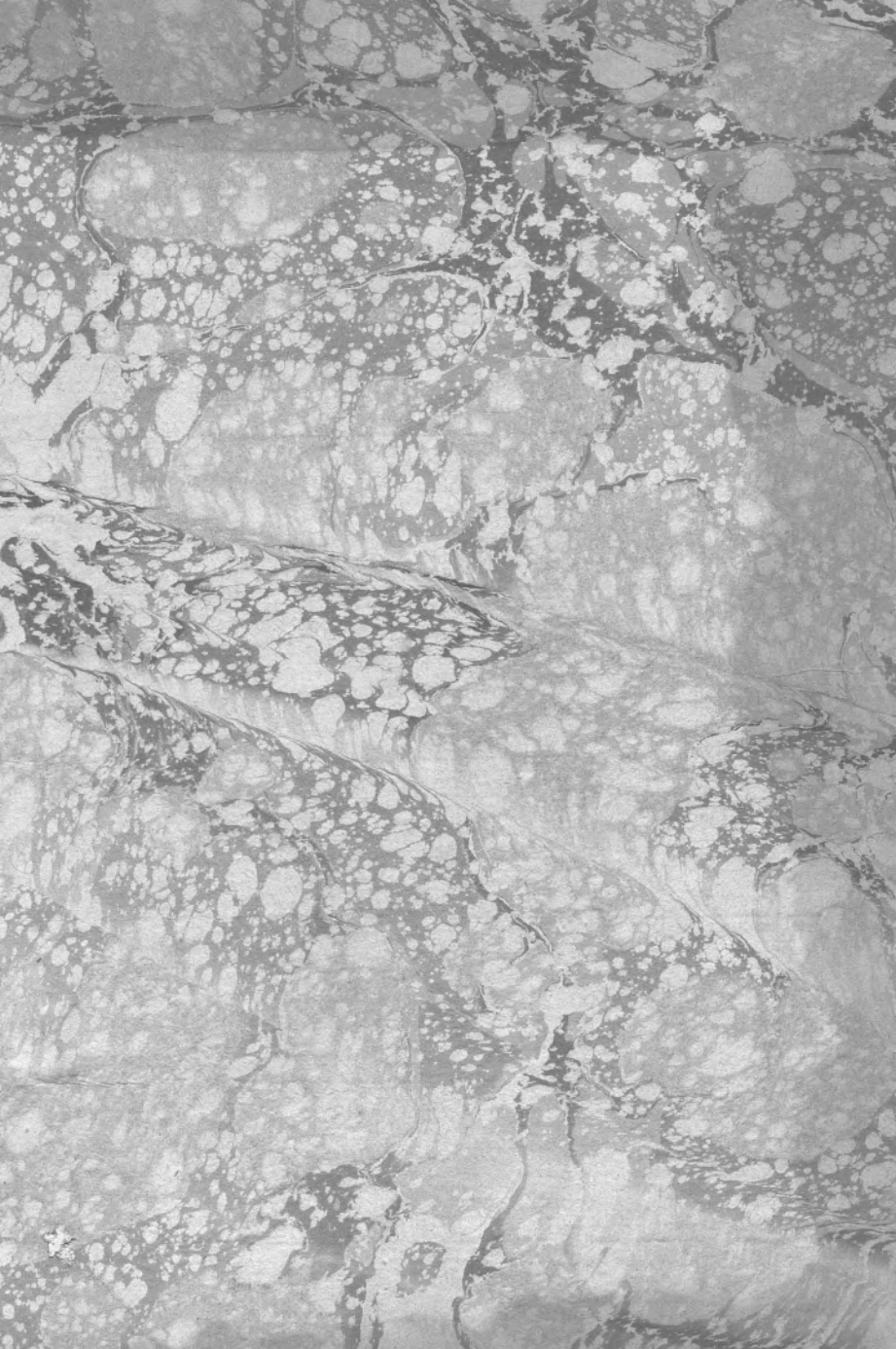
Albacete, D. Nicolás Herrero y Pedron.—Adra, D. Pablo Rodríguez, Administrador de correos.—Alcoy, D. Francisco Botella.—Algeciras, D. Vicente Castaño y Monet.—Almería, Vergara y compañía.—Alicante, D. Juan José Carratalá.—Avila, D. Fausto Aguado.—Avilés, D. Ignacio García.—Antequera, D. Joaquín Uribe.—Astorga, D. José Alonso Sobejano.—Andujar, D. Pedro Botija.—Badajoz, Sra. Viuda de Carrillo y sobrinos.—Barbastro, Sr. de Lafita.—Barcelona, D. Manuel Sauri y Piferrer.—Benavente, D. Pedro Fidalgo Blanco.—Bilbao, D. Juan Antonio Velasco y Sr. de Delmas é hijo.—Burgos, D. Timoteo Arnaiz.—Baeza, D. Manuel Alambra y Jareño.—Betanzos, D. Manuel Pardo Osorio.—Cáceres, D. Lucas Burgos Concha y compañía.—Cádiz, D. Severiano Monaleda.—Cervera de Rio-pisuerga, D. Juan Manuel Ruesga.—Carrion

de los Condes, D. Simeon Cordero.—*Carmona*, D. Máximo Lorenzana.—*Cartajena*, D. Vicente Benedicto.—*Castellon*, D. Pedro Gutierrez de Otero.—*Ciudad-Real*, D. Victoriano Malaguilla.—*Ciudad-Rodrigo*, D. José Alguacil, Administrador de Correos.—*Cordoba*, D. Joaquin Manté.—*Coruña*, D. José María Perez.—*Cuenca*, D. Pedro Mariana.—*Calahorra*, D. Miguel Jimenez.—*Calatayud*, D. Esteban Tobár.—*Don Hierro*, D. Gregorio Camazon.—*Ecija*, D. Pedro Vazquez.—*Ferrol*, D. Nicasio Tajonera.—*Figueras*, D. Francisco Oliveras y Colomer.—*Gerona*, D. Joaquin Francisco Palalú.—*Granada*, D. Miguel Benavides.—*Guadalajara*, D. Julian Ruiz.—*Huesca*, D. Bartolomé Martinez.—*Huelva*, D. Francisco Galvez y Palacio.—*Igualada*, D. Joaquin Abadal.—*Jaen*, D. Felix María Orozco.—*Jerez de la Frontera*, Sr. de Montañés.—*Játiva*, D. Blas Bellver.—*Levanza*, (Obispado de Palencia.) D. Rafael Llorente.—*Lerma*, D. Tomas Gil.—*Lérida*, D. José Sol.—*Leon*, D. Pedro Lopedi y D. Ramon Fernandez.—*Logroño*, D. Domingo Ruiz.—*Lugo*, D. Manuel Pujol y Masía.—*Madrid*, Sra. Viuda de Jordan y D. Julian Viana.—*Málaga*, Sr. de Cabrera y Laffore.—*Mayorga*, (Provincia de Leon.) D. Enrique Gomez.—*Mallorca*, D. Felipe Guas.—*Murcia*, D. Tomas Benito Adrion, Administrador de Correos.—*Orense*, D. Juan María Pazos.—*Oviedo*, D. Nicolás García Longoria.—*Pamplona*, D. Francisco Erasmus y Rada.—*Pontevedra*, D. Nicolás Andrade.—*Puerto de Santa María*, Sr. de Valderrama.—*Reus*, Sra. Viuda de Angelon y Sobrinos.—*Rioseco*, D. José María Andonaegui.—*Ronda*, D. José Ordoñez.—*Salamanca*, D. Juan José Moran.—*Sahagun*, D. Juan Antonio del Corral.—*Santander*, D. Clemente María Riesgo.—*Santa Cruz de Tenerife*, D. Juan P. Alva.—*Santiago*, Sr. Rey y Romero.—*Sevilla*, D. José Hidalgo y Compañía.—*Segovia*, D. Domingo Alejandro.—*Soria*, Sr. Perez Rioja.—*San Sebastian*, D. Ignacio Baroja.—*Tarragona*, D. Tomas Aurin y Puigruhi.—*Toledo*, D. José Hernandez.—*Teruel*, D. Juan García.—*Tortosa*, D. Vicente Miró.—*Toro*, D. Tomas Rodriguez Mena.—*Valencia*, D. Juan Bautista Gimeno.—*Valladolid*, Sra. Viuda de Roldan.—*Vigo*, D. José Hubert.—*Vitoria*, D. Saturnino Ormilugue.—*Zamora*, D. José García Pimentel.—*Zaragoza*, D. Joaquin Yagüe.

Donde no haya puntos de suscripcion podrán valerse remitiendo ibranza por medio de las Administraciones de correos y remitirlas á la redaccion de esta obra con carta franca.







GUIA,
DEL
PARROCO

1



G 233399

